3 1761 08166232 2

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 9.º NUM. 100.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

ABRIL 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

462636

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 9
no. 100-02

EL SALUDO DE LAS BRUJAS

SEGUNDA PARTE

I

ERCOLANI

El nido en que se refugiaron Rosario y Felipe María cuando á éste le ordenaron los médicos completar la curación de su grave herida respirando aires de campo, es una villita, de construcción y fecha reciente, pero, como veremos, de antiguo estilo, enclavada en el pedazo de paraíso que forma la península de Mónaco, ceñida en torno por el cinturón de terciopelo turquí del Mediterráneo. En tan diminuto Estadillo, con su ejército de muñecas que no llega á cien soldados, se reune más gente rica, antojadiza y desocupada que en los ámbitos de una gran nación; y las quintas y las villas construídas por hábiles especuladores ó por millonarios hartos del mundanal ruido y ansiosos de quietud, son, en su género, obras de arte, realzadas por una espléndida naturaleza que no abruma con su exuberancia como la de los trópicos; un paisaje todo armonía y luz, todo nobleza de líneas y suavidad de tonos, unas olas y unas playas finas que evocan los sueños claros y ligeros de la Grecia clásica.

La villita se encontraba más próxima á Rocabruna que á la capital de Mónaco, en una de las gentiles escotaduras del golfo de

Génova; y si á sus espaldas se extendía, trepando por las vertientes de la montañuela, un bosque poblado de cedros, limoneros, palmeras y olivos, los jardines iban descendiendo por medio de una serie de terrazas escalonadas, hasta la playa misma, anfiteatro de rubia arena, que, como el engaste de un zafiro, cerca una ensenadilla siempre dormida, siempre transparente y azul.

El que había erigido la villa Ercolani—así se llamaba—no era un industrial deseoso de sacar buen rédito al capital invertido, y que por consiguiente emplea materiales de segunda y construye á la malicia, sino un magnate escocés estrafalario y lunático, dotado de esa imaginación impulsiva y sin freno que suelen tener los hijos del Norte, cuando gastan el lujo de tener imaginación. Cansado de las nieblas, de las románticas leyendas y los polares inviernos de su dura patria; detestando hasta el nombre de Walter Scott y María Estuardo; jurando que en Escocia no se podía vivir, porque todo se volvían historias de asesinatos y cabezas cortadas; renegando de los melancólicos *lochs* y de aquellos tristes macizos graníticos erizados de picos y cortados por sombríos desfiladeros, de las siniestras bahías y de los áridos valles casi horizontales que ellos llaman *glens*, entenebrecida el alma por la salvaje rudeza de Caledonia, creyó disipar los negros vapores que la envolvían residiendo en un país que ni tuviese crónicas, ni tradiciones, ni recuerdos; un país joven, apacible,meridional; y para mejor olvidar las brumas y los espectros de la tierra alta, propúsose saturarse de paganismo, según sus manías estéticas, que le proponían como ideal la cultura helénica y latina. En realizar el capricho se gastó bastantes millones el señorón. Viajó por Italia y Grecia; dirigió excavaciones; desenterró ó compró á peso de oro estatuas, columnas, mármoles y mosaicos, y no aprobó el plano de la villa hasta que le pareció digno de su ensueño. El resultado fué maravilloso. Los fragmentos, los restos arqueológicos que en las salas y galerías de los Museos parecen tan fríos y tan descabalados, adquirieron, al destacarse sobre un cielo purísimo, al lucir sobre un intenso fondo de vegetación, todo su encanto peculiar. La columna de alabastro acanalada, con su chapitel de intrincadas volutas, se alzó firme y briosa, entre el follaje de los granados y los mirtos. El vaso de rotas asas, con su bacanal esculpida en alto relieve, se completó al engalanarlo una caprichosa enredadera; y el busto de Pan, ó la figurilla de la Ninfa

agreste, parecieron vivos y hablaron misterioso lenguaje bajo la tibia sombra de los árboles cubiertos de dorado líquen, ó en el fondo de la gruta donde las peñas rezuman el hilo sutil de agua cristalina.

Con estos despojos de una edad artística, la villa ganó lo único que falta al ideal país de Mónaco: algo que recuerde el pasado, algo histórico, pero que no evoque memorias de dolor y de sangre, sino de nobleza, poesía y heroismo.

En memoria del templo de Hércules, que se cree existía donde hoy está Mónaco, el escocés impuso á su locura el nombre de villa Ercolani. El palacio es exactamente una antigua villa romana, con elementos griegos en la ornamentación, lo cual sucedía en muchas del Lacio, y tiene una distribución tan bella como racional y lógica, superior á la de las casas modernas, y que apenas se concibe cómo hoy no se restaura. No le faltaba ni su vestíbulo, donde hacían la guardia dos esfinges de jade, ni el desahogado atrio que cerca espaciosa columnata, con el impluvio que recoge el agua llovediza del compluvio, y el terso estanque, donde se supone que el visitador ha de lavarse los empolvados pies; ni el peristilo con otro estanque y otra columnata más fina y gallarda aún que la primera, ni el triclinio con su nínfeo en el centro, mirando al jardín, vista que realza el pórtico y sus cuatro estatuas de bronce, auténticas, encontradas en el lugar donde es tradición que se celebraban los juegos ítsmicos, cerca del bosque de pinos consagrado á Neptuno. Delante del pórtico se escalonaban las terrazas, con suave declive hacia el mar.

Tenían estos palacios de la gran Roma sobre nuestros edificios modernos la ventaja de la respiración. Eran viviendas con pulmones; aspiraban el aura vital en sus múltiples patios descubiertos, y bebían la regalada frescura de sus estanques y fuentes: aire y agua á discreción. El escocés quiso reproducir fielmente y hasta el último ápice la vida romana, pero ni el mismo Vinckelmann lo conseguiría, pues hay exigencias modernas imprescindibles, y el más clásico no se alumbra hoy con aceite en lámparas de bronce, ni pasea por mar en una birreme con velas de púrpura, de esa forma escultural que se observa en la nao de Caronte. Al que quiere revivir el pasado, siempre habrá algo que le llame al presente con la voz irónica de la realidad.

En el mobiliario, sobre todo, vióse precisado el escocés á transigir con lo que detestaba; no logró, por más esfuerzos que hiciese, por más dinero que derrochase, amueblar la villa Ercolani como podría estarlo la de Horacio ó la de Augusto. Esto trastornó su no muy sana cabeza. Cada nota contemporánea que sorprendía en Ercolani, le causaba accesos de furor. Llegó al extremo de despedir á un criado porque dejó un periódico sobre la mesa de jaspe sostenida en ancas de león de bronce, una de las antiguallas más auténticas que la villa encerraba. Un día que cierto célebre artista inglés, rival de Leighton, calificó la villa Ercolani de "bonito *pasticcio*„ su dueño pidió el coche, hizo la maleta y abandonó para siempre aquellos lugares donde se dejaba malgastado la mitad de su caudal. Ya casi arruinado por la villa, ahogado después á causa de otros despilfarros no menos fantásticos y estupendos, hubo de vender por un pedazo de pan la locura, y el fondista de Mónaco que la adquirió empezó á hacer buen negocio alquilándola muy cara por dos años á Felipe María Flaviani, para quien acababa de descubrir aquel verdadero tesoro Sebasti Miraya, el periodista.

La luna de miel de Rosario y Felipe era llena, radiante, deliciosa: tenía el aroma y la forma perfecta de una de las aureas naranjas que con la mano podían cojerse desde las gradas de amarillento mármol lesbio del pórtico. Habían llegado á Ercolani de una sentada desde París, sin querer detenerse en Ventimiglia ni en Niza, haciendo el viaje con las manos asidas y los ojos en los ojos, sonriendo sin querer, en el transporte de una dicha de esas que no se miden. Hasta que descansaron en la villa, no se dieron cuenta de lo que les pasaba, ni paladearon gota á gota esa impresión, realmente inefable para los enamorados, de encontrarse juntos, solos y lejos del universo. Nadie como ellos podía apreciar el valor del apartamiento; venían deseosos de huir, no tanto de la gente, cuanto del ruido. La gente, desde el momento en que Rosario, con ciega intrepidez, se instaló á la cabecera de Felipe moribundo, fué despedida en la antesala por el inteligente Adolfo, que, al aliciente de las propinas de Miraya, supo dejar con un palmo de narices á los curiosos, á los noticieros de periódico, y hasta á los amigos de Felipe, sin más excepción que Yalomitsa, y, por supuesto, Miraya también; Miraya, que aprovechó aquella desgracia

para crearse un puesto propio en la casa de Felipe y en la intimidad de Rosario, á quien ayudó en la asistencia, velando como ella todas las noches. De lo que deseaban emanciparse era del bullicio parisiense, del vértigo de una populosa capital, y de aquella repentina celebridad de sus amoríos, compuesta de todos los elementos de ironía, escepticismo, curiosidad malévola y fingido interés,—lo que más hiere y lastima el corazón de los enamorados.—Estorbábales también en París la sombra de Jorge Viodal, desesperado, enfermo, y por último, fugitivo. El pintor acabó por irse á Mallorca, no pudiendo soportar la vergüenza y el dolor de que su sobrina habitase bajo el techo de Felipe, y el remordimiento de haberla impelido á este paso hiriendo al joven Flaviani. Mensajes y cartas fueron inútiles para conseguir que Rosario volviese á su hogar: estaba resuelta á no moverse del lado de Felipe, y así se lo hizo saber á su tío en terminantes palabras. Convencido ya Viodal de que no salvaría á Rosario, levantó la casa y desbarató el estudio. Acrecentaba su perenne tristeza la vista de los "Cuatro elementos" abandonados desde que la chilena faltaba de allí; las flores secándose, los peces subiendo muertos, panza al aire, á la superficie del acuario; las aves con el bebedero vacío, y hasta el fuego mal encendido, con leña verde; porque antes Rosario dirigía y cuidaba de los menores detalles, vigilando é inspeccionando á encargados y sirvientes, y el pintor, á las preguntas de estos, sólo contestaba ahora encogiéndose de hombros, como si dijese: "Todo me es igual. Ya puede llevárselo el diablo." Por fin, en uno de esos saltos repentinos de la voluntad, exasperada por un constante suplicio, Viodal cortó las tradiciones queridas de su existencia, y vendió la ninfa del acuario, la soberbia chimenea, los tapices, hasta las flores... Fueron llevándose poco á poco aquellos objetos familiares que cada uno tenía un recuerdo, y había recogido, por decirlo así, algo del amado ambiente de Rosario. Sin más equipaje que sus pinceles, dejando el famoso cuadro de la *Crucifixión* enrrollado en la boardilla, donde depositó unos cuantos muebles que no pudo vender, Viodal salió de París y se embarcó para las Baleares, donde esperaba domar con el ejercicio y anestesiar con el aire libre esa inquietud punzante que nos impulsa á mudar de sitio esperando mudar de dolor.

Fué esta huída de Viodal anterior á la mejoría decisiva y com-

pleta de Felipe. Aún yacía en la meridiana, sin fuerzas, ojeroso, demacrado y con los labios pálidos, cuando el pintor abandonó á París. Al reponerse Flaviani, al cicatrizarse su terrible herida, al empezar á dar algún paseo en coche por las calles del bosque de Bolonia, que ya hermoseaba la primavera, supo la desaparición de su vencedor y rival. Observó á Rosario y no vió en sus ojos ni sombra de pena cuando contó Yalomitsa como habían sido vendidos los "Cuatro elementos". Era sin embargo el ayer de la chilena, lo santo de su vida, lo alegre y lo puro de su juventud, eso que algún comprador desconocido acababa de llevarse en el cáliz de una rosa ó en la pluma de un pájaro..... A los dos minutos, Rosario charlaba y reía sin aludir á la conversación pasada.

II

INSTALACIÓN

Cuando Felipe María, al abrir los párpados después de un largo desvanecimiento, había visto á Rosario á su cabecera, no sintió extrañeza: parecióle natural que la chilena estuviese allí, cogiéndole la mano, lo mismo que una madre. Desde el primer momento, sus injuriosas presunciones se desvanecieron: la lucidez que á veces acompaña á las proximidades de la muerte le descubrió en el rostro de la chilena, en su gesto, en su voz, en un no sé qué imposible de definir,—la verdad de su inocencia y el noble móvil de sus actos.—Rosario, arrodillada, balbuciente, pedía perdón; no el que piden los criminales, sino otro *perdón,* el que solicita el alma enamorada cuando hace daño sin querer: el que angustiosamente pedía Viodal al dar á Rosario la noticia de la herida de Felipe. Rosario se creía culpable de que Felipe estuviese á las puertas de la sepultura. Era ella, su obstinado silencio, su incomprensible abandono, lo que había ocasionado aquella desgracia tan grande. ¡Ah! ¡Que Felipe viviese, y Rosario pagaría su deuda!

Con energía juvenil y apasionada, de que sólo pueden dar idea las abnegaciones de las razas jóvenes, en que todavía se encuentran casos de adhesión incondicional, en que las relaciones de

dependencia de la mujer al hombre toman forma de religioso entusiasmo, Rosario se consagró á amparar con la mano la débil llama de vida que aún conservaba Felipe. Asistencias como aquella se habrán visto pocas. Los médicos se asustaban de encontrar á Rosario siempre de pie, despierta, infatigable, contando los minutos para administrar la poción ó el alimento. La herida, que había rozado el pulmón, podía presentar complicaciones graves, lesiones que, conjurado el primer riesgo, trajesen la neumonía aguda ó la tisis. La existencia pendía de un sutil cabello; cualquier descuido era mortal.

Rosario se interpuso entre Felipe y la muerte, dispuesta, como la heroína del cuento de Andersen, á dar sus ojos, su hermosura, su alma, para rescatar la presa.

Así que Felipe fué dejando de ser el moribundo á quien la menor emoción, la menor sacudida puede llevar derecho á la fosa, así que recobró fuerzas, Rosario sufrió otra transformación. Desapareció su familiaridad, la sencilla confianza con que entraba y salía en la habitación del enfermo, la ternura casi maternal con que le acariciaba la cabeza, pasándole la mano por las sienes y enjugándole el sudor de la calentura. Hízose recelosa y reservada; desvióse sin querer, echándose atrás con una especie de pudorosa rebeldía, que se acentuaba á medida que volvía la salud al cuerpo de Felipe. Cuando entraba alguna visita, cuando Miraya saludaba á Rosario con una especie de forzado respeto, la chilena se retiraba á su cuarto, roja de confusión, y allí desahogaba los sentimientos provocados por el combate entre una resolución irrevocable y la resistencia de un alma honrada y altiva á consumar el sacrificio del honor. Resuelta, lo estaba firmemente; de Felipe María era su vida desde la hora en que estuvo á punto de cortársela. De Felipe María, y ni podía ser de otro, ni servir para otra cosa; y si la idea de vivir con Felipe fuera de la ley la quitaba el sueño y atirantaba sus nervios, la del casamiento un tiempo proyectado sublevaba su orgullo. Esposa de Felipe María Leonato, obstáculo á su engrandecimiento y á su porvenir..... nunca. Hay una solución para todo destino; hay un modo de desatar el nudo más estrecho, y esa solución no la ignoraba Rosario; la tenía preparada, dispuesta su voluntad á aplicarla. Pero en la juventud y en el período de vigor, la muerte parece, por decirlo así, cosa *imposible*; algo que no ha dellegar á realizarse nunca, *inefectivo,* sin consistencia; mientras

la vida desarrolla horizontes y perspectivas tan amplias, que un día puede encerrar lo infinito. Rosario soñaba con Felipe una dicha muy grande, pero en el umbral de esa dicha retrocedía y temblaba..... Se renuncia á la fama, á la honra, al respeto del mundo, y se defiende, sin embargo, la vergüenza, último velo del alma, jamás desgarrado sin que tiemble y sufra la mujer.....

Felipe María comprendió el estado moral de Rosario. Supo apreciar aquella delicadeza de sentimiento, que aquilataba la esperada ventura. Sano, pero débil aún, ya nervioso, ya abatido, sintió á su vez deseo de envolver en el misterio y proteger con la distancia la felicidad. Repugnábale verse encerrado en un rincón de París; detestaba oir las rodadas de los coches y los gritos de los muchachos voceando los periódicos; le irritaba, á veces hasta el paroxismo, la diaria visita de Miraya y la continua presencia de Yalomitsa—aunque éste trataba á Rosario como á una diosa.—Apenas Miraya, encargado de buscar un retiro campestre, hubo descubierto la Ercolani, al anochecer, sin que lo sospechase ni Dauff (la curiosidad y la indiscreción reporteril en persona), tomó el tren en compañía de Rosario, y al amanecer de aquella primera noche que pasaban juntos sin que Rosario velase por atender á un enfermo, se bajaban en Rocabruna y su coche los recogía y los dejaba á la puerta de la villa, extasiados como niños en una comedia de magia.

Sebasti Miraya, al hacer el viaje de Mónaco para descubrir una residencia tan ideal, no había perdido el tiempo. Los tres ó cuatro meses de París, el "barro á mano" que venía de Dacia, habían producido en Miraya una transformación curiosa y digna de notarse. Ya no era el mal trajeado que vimos en el primer capítulo de esta narración: Dauff, especialista en la propaganda de costumbres parisienses, se había encargado de "desengrasarle" y arreglarle y vestirle como corresponde. Si en esto tuvo mal discípulo, y si el incorregible abandono y los gustos plebeyos de Miraya le mantuvieron fiel á las corbatas chillonas y á los guantes baratos, y reñido con el baño y con las exquisitas menudencias del aseo personal, salió en cambio aprovechadísimo alumno en todo lo que es ciencia social y discernimiento de gentes: su inteligencia clara y aguda le hizo enterarse pronto de mil cosas de actualidad y mundanismo necesarias para brujulear en el oceano de París. No dejándose embelesar por este sabroso estudio, lo refirió exclusivamente á la cau-

sa felipista, para la cual reclutó prensa y adeptos, trabajando sin cesar y haciendo labor fina cuando gestionaba la aparición de un retrato de Felipe María en una Ilustración, ó su caricatura en uno de esos periódicos humorísticos y ligeros de ropa que se venden en los kioscos. Por estos medios la causa de Felipe había ido popularizándose, según los vaticinios de Dauff. El dinero, hábilmente distribuído, se convertía en artículos, en sueltos, en vistas de Dacia, en unas carterillas blancas y rojas que se llamaron *Felipes* y en que se hizo moda guardar las tarjetas: detalles de esos que dan en París nombre y atmósfera á una causa desconocida. La noticia del desafío de Felipe María y de su herida divulgó su fama de valiente; y el pueblo dacio, cuyo ideal es todavía el valor y el desprecio de la vida, porque se vé en el caso de luchar por su independencia, celebró como una gracia del príncipe heredero el duelo á muerte; y Miraya, con aplomo admirable, hizo correr allá la voz de que el lance tenía por motivo unas palabras injuriosas contra los patriotas dacios, desmintiendo la versión oficial, propalada por Nordis, de que se trataba de faldas. ¡Faldas! He aquí lo único que desesperaba á Miraya..... las faldas malditas, el terrible obstáculo atravesado en el camino que se había propuesto recorrer. ¡Ah! ¡Si no fuese por Rosario! Pero Rosario lo desbarataba todo. Miraya recontaba los daños causados por la chilena, su funesta acción sobre el destino de Felipe. No era la bailarina muerta, era la mujer viva la culpable. En primer lugar, la rotunda negativa á las proposiciones de los emisarios; en segundo, el choque con Viodal, que por poco les deja sin príncipe; en tercero, el escándalo europeo fruto de este lance, y que tal vez enfriase las buenas disposiciones de la princesa de Albania, tan deseosa de adornar su retrato con el lacito blanco y rojo. ¡Rosario! Era la mancha negra del felipismo; era la sombra que lo envolvía y velaba. ¿Qué hacer para librarse de su desastroso influjo?

—Nordis—pensaba Miraya en momentos de violenta irritación —no tropezaría seguramente en esto que yo tropiezo. Nordis..... ¡ah! Ese..... Ese es expedito..... Ese emplea recursos que..... ¿No fué él quién enseñó á Viodal la estocada maestra, el golpe á la italiana, que decidió el resultado del desafío..... y que á poco más.....? Pero Nordis tiene guardadas las espaldas: el duque Aurelio le sacará adelante por mucho que se comprometa.....! Nosotros estamos en distinto caso..... ¡Si se nos van los pies!.....

Estas reflexiones sepultaron á Miraya en meditación profunda. Sus ideas iban y venían como olas; pero consiguió dominar aquel extraño estado psicológico, rechazar ciertas visiones que se le presentaban, insinuantes y tenaces, y llegar á una conclusión más serena y más acorde con el respeto á las leyes de Francia, que ponen á salvo la seguridad y la vida.

—Sin duda la situación es mala—pensó—pero las he visto peores. Y aquí, Miraya, es donde vas á probar tu habilidad. Tienes tres objetos: separar á Rosario de Felipe; preservar á éste de otra asechanza de Nordis, y lograr que en Dacia la opinión se divida, y muchos consideren este episodio como un pecadillo de la juventud. Separar á Rosario de Felipe..... es por hoy imposible. Pero en cambio..... después del paso que ha dado esa sirena..... me parece que se ha cerrado para siempre la puerta del matrimonio. En eso ha sido poco hábil. Si aspiraba á bodas..... anduvo torpe. ¿Qué razón hay ya para que se casen?..... Esto hemos ganado..... Contratiempo por contratiempo, prefiero la estocada de Viodal al casorio con su sobrina..... Y, puesto que estamos en plenitud de amor, que huyan, que se retiren, que agoten pronto la copa, que descubran su fondo... Yo les buscaré un asilo; malo será que no lo encuentre, y á mi gusto; pero ha de ser algo que *les acerque á Dacia;* país donde la libertad de fronteras y la afluencia de viajeros haga que no se note la llegada de un agente, y donde, lejos de este torbellino de París, me sea fácil mirar por Felipe, preservarle de asechanzas..... y observar qué pajarracos sospechosos revolotean por allí..... Mientras le crean entretenido con su novela de amor, le dejarán en paz: seguro estoy de ello..... ¡Ah! ¡Con tal que á nuestro augusto monarca y señor no se le ocurra morirse antes que Felipe se canse de Rosario!..... ¡Antes que la calaverada haya abierto brecha en su fortuna!

Estos pensamientos decidieron á Miraya á convertirse en aposentador é intendente de los enamorados. A propósito hizo las cosas en grande: no sólo pagó por la villa Ercolani lo que le pidieron, sin regatear, sino que buscó para Felipe María un servicio digno de sus ínfulas de príncipe, y montó cuadras y cocheras, aprovechando las lecciones de Dauff, con regia esplendidez. Entre la servidumbre colocó á dos dacios de toda su confianza: uno en funciones de cochero, otro en las de mayordomo ó despensero, que tenía bajo su vigilancia al jefe y á los pinches. La instalación era fastuosa

hasta rayar en insensata, pero Felipe María, con el engreimiento del amor, que hace olvidar las consideraciones del orden práctico, lo aprobó todo, todo lo encontró de perlas, y, sin rechistar, dió á Miraya letras contra su banquero en París, ordenando además á éste que abriese crédito en Mónaco, á fin de no tener ni la molestia de escribir pidiendo remesas de fondos cuando hiciesen falta. Así entraron los dos enamorados en la Ercolani.

III

ODA DE HORACIO

A ciertas horas del día, sobre todo en las primeras de la mañana y en las que preceden á la puesta del sol, era indecible la poesía de la Ercolani. Antes de que el sol picase fuerte, la frescura y pureza del aire, aliento vital de la madre Venus, blando céfiro que sale de un baño de rocío sacudiendo las alitas, prestaba tonos rosados á las estelas de alabastro y á los bustos de mármol, y recordaba la serenidad luminosa de la atmósfera ateniense, que, según dicen, parece manar leche y miel. A medio día, los fragmentos antiguos, caldeados y como estremecidos por el sol, halagados por los efluvios de amor esparcidos en el ambiente, revivían una vida singular, y las ninfas sonreían á los nervudos faunos, y los amorcillos tenían en sus pedestales actitud de impaciencia, ansiosos de volar, de beber la cálida atmósfera y la esencia de las rosas, violentamente profanadas por abejas y moscardones. A la tarde, con las primeras y refrigerantes brisas del mar, que subían impregnándose de resina en el verdiazul ramaje de los pinos, los mármoles se diría que reposaban, que se preparaban á disfrutar el sosiego de la noche, envueltos en aquel hálito suave y vivificador. Lo único que contrastaba con el helenismo de los mármoles, era una nota modernista, el aroma de gardenia que exhalaban los macizos de los jardines, llenos, á pesar de las manías del escocés, de plantas y flores desconocidas en la antigua Grecia.

La esplendorosa luna de miel de Rosario y Felipe brillaba mejor en el fondo de arte y naturaleza que la Ercolani le prestaba. No

sospecharía el lunático que la creación de sus antojos iban á aprovecharla dos seres que, al encontrarse allí, creyeron, en los primeros instantes, haber descubierto el paraíso. Suele decirse comunmente, que el amor lo transforma todo, y puede convertir un tugurio ó zaquizamí en palacio de dorados camarines; y será verdad si se aplica á gente sencilla, que no ha refinado las necesidades de la vida y no ha exaltado la imaginación con lo que más la enciende y solivianta, que es el arte; pero á los que tienen muy cultivada la sensibilidad artística; á los que siempre han vivido con lujo y llenos de requilorios, no les puede bastar una cabaña y un trozo de negro pan, así lo sazonen y condimenten todas las alegrías amorosas del mundo. Al sibarita le dañará siempre el roce de la hoja de rosa.

Por lo mismo que Rosario y Felipe—cada uno de ellos obedeciendo á distintos móviles, que producían el mismo resultado—se habían abrazado á aquella felicidad con el ímpetu del que quiere olvidarlo todo, con el arrebato del que cierra los ojos y se lanza á un precipicio vestido de flores, y en cuyo fondo resuena misteriosa música, el contraste de un sitio feo, triste, incómodo, les hubiese vuelto á lo que evitaban y temían: la realidad. En ciertos espíritus de gran cultura estética—ya que no moral—el amor está lleno de exquisiteces, de finuras idealistas, y quiere condiciones donde lucir libremente su gallardía y belleza propia, sin que lo sujeten prosáicas ligaduras. En la Ercolani encontraron los dos enamorados esta idealización casi mágica. Como niños á quienes presentan el apetecido juguete, batieron palmas, transportados de gozo, cuando recorrieron por primera vez aquel albergue incomparable. La risa, dulce compañera de las tranquilas horas del amor satisfecho, les asaltaba al estudiar el *pasticcio* del escocés, y al creerse, por momentos, trasladados á los tiempos de Horacio y Lidia.

Reíanse de los anacronismos que tanto habían desesperado al hipocondriaco escocés. Les hacía prorrumpir en festivas exclamaciones cada disonancia que advertían; la carretela descubierta—que por las tardes les llevaba á Rocabruna ó les paseaba á orillas del mar, donde los grandes pinos, quitasol de abiertas ramas, avanzaban atrevidamente sobre los peñascos, debía ser,—¡quién lo duda!—una *biga* romana; y la bonita y ligera falúa—que tripulaban dos marineros corsos—una birreme con cordaje de seda y velas de púrpura.

En ciertos sitios de la villa,—por ejemplo el rincón de una de las terrazas, donde un bosquecillo de mirto y rosas servía de asilo á la Venus mutilada, admirable fragmento de una belleza que sorprendía á los artistas,—por momentos Rosario, que tenía imaginación más virgen y ardorosa que la de Felipe, se creía realmente fuera de la vida actual, en las edades en que se vivía para la felicidad breve, deshojada como la flor que á la mañana despliega su broche y á la tarde cae mustia y triste, aunque perfumada todavía y con restos de su pristina hermosura. Y de este recuerdo pagano nació en Rosario la primer fugitiva ráfaga de melancolía, esa melancolía voluptuosa que, como la risa involuntaria, acompaña á la excesiva ventura, abrumadora para el mortal. Pero con un esfuerzo ligerísimo disipó la pequeña nube. Era preciso no pensar sino en lo presente.

Arte supremo, en el cual consiste tal vez el secreto de la dicha, el de echar á un lado todo género de preocupaciones cuando se presenta un momento de esos que en la vida son excepcionales y únicos. Ni Rosario ni Felipe calculaban: obedecían al instinto no queriendo saber si había algo fuera de la Ercolani. La villa podía pasar muy bien por uno de esos jardines mitológicos en que se pierde el sentido. Todo era allí cómplice de la enajenación y la embriaguez amorosa. Aquellos mármoles de Paros y de Samos tenían el clásico impudor y la fiebre de vida que animaban á las generaciones que los crearon. Su vaga sonrisa, la eterna torsión de su cuerpo, aconsejaban el olvido de las penas, de la vejez y de la muerte. Ni la naturaleza ni los complacientes mármoles dirigian á Rosario ninguna severa advertencia. En la Ercolani, el escocés se había guardado bien de poner capilla ni imágenes cristianas; allí los númenes eran Venus y las Ninfas; y la fé de española de Rosario se adormecía en su abrasado corazón. Felipe y ella sentían que el arte es paganismo, al pie de aquellas Ninfas incitadoras que reían de gozo al verles pasar.

Nunca se levantaban á hora fija: las lunas de miel son enemigas del método. Había mañanas en que se despertaban muy tarde, agobiados de pereza y languidez, y otras en que el fervor de la sangre juvenil y la inquietud de la dicha ansiosa de adquirir conciencia de sí propia les movían á madrugar. Rosario era quien generalmente llamaba á la puerta del cuarto de Felipe, ya con traje de manana, de blanca franela, armada de sombrilla y de calzado

de campo. Felipe se arreglaba á escape y salía á encontrarla bajo el pórtico, donde se doraban al vivo sol los robustos faunos y entreabrían sus labios de amante y pecadora piedra las Ninfas. Y corriendo como muchachos, locos, beodos de claridad, subían á buscar la sombra del bosque, á tal hora animada con los gorjeos de las aves y las correrías de los insectos por el musgo de los troncos. Los cedros y los pinos derramaban bálsamo, y el azahar de los limoneros, arrebatado por una brisa palpitante, les sugería epitalamios. No hacía bastante calor para acogerse á la gruta, y sentados en un banco de piedra rojiza, traído de la famosa villa de Cicerón, hablaban ó permanecían mudos y juntos, porque el silencio era tan hermoso como las palabras. Algunas veces llevaban consigo un libro, pero poco leían, porque el deseo de comunicarse lo leído era más fuerte que el afán de leer, y en realidad, si algo sacaban del libro, era pretexto para reanudar la conversación. En sus diálogos, sólo discurrían acerca de lo presente: de lo venidero no se hablaba nunca, y respecto al pasado, no se nombraba á Viodal sino por alusión remota, y Felipe lo hacía con una especie de humorística y desdeñosa piedad, á lo cual tenía derecho, ya que por poco le cuesta la vida. Al leer no se asociaban: eran uno y otro demasiado refinados para no comprender que en la impresión que nos produce un poeta, entra siempre algo inefable de nosotros mismos, imposible de comunicar, tan imposible como que, á pesar de las desesperadas tentativas del amor, un alma llegue á fundirse con otra alma. Los poetas verdaderos penetran en ese interior santuario donde ni el amor penetra, y hay que recibirles á solas. Es raro, además, que un mismo poeta logre, en momentos dados, conmover á dos almas. Cuando Rosario leía, era sólo por entregarse á igual ocupación que Felipe. Este, en cambio, buscaba en los poetas el reflejo de sus sensaciones y la armonía con el mundo exterior, y especialmente le deleitaba la lectura de Horacio,

> Coge la flor que hoy nace alegre, ufana:
> ¡quién sabe si otra nacerá mañana!.....

El afán de detener la dicha al vuelo, como se caza una mariposa, era lo que dominaba en Felipe. La certeza de que aquel celeste episodio no era eterno, ni aun duradero, prestaba á su sentimiento un

ardor que á veces se parecía al frenesí; duplicaba la intensidad de su pasión y le despeñaba, por decirlo así, con los ojos cerrados, á un insondable golfo de ventura. ¿No acababa de ver de cerca el sepulcro? ¿No podría estar ahora ya disuelto, convertido en ceniza? Era pagano, pagano, y disfrutaba del instante fugaz.....

Del bosque ó de la playa no se retiraban hasta medio día. Entonces bajaban, saturado el pulmón de vivificantes brisas, el cuerpo ágil y restaurado con el ejercicio. Antes del almuerzo bañábanse en el mar. Rosario era gran nadadora, Felipe algo menos, pero ella le amaestraba y sostenía. Sencillo goce el de entregarse á aquellas olas azules tan limpias y tan apacibles como las de un lago, y ver los hermosos brazos de Rosario que las cortaban con elegante y rítmica precisión. Tranquilos, con la sangre fresca, subían á sentarse á la mesa del almuerzo, no sin que Rosario se vistiese uno de esos trajes de verano que son todo muselina y encajes. Tomaban el café en el pórtico, anacronismo del cual no se asustaban los faunos, que tampoco dejaban de gallardearse en sus pedestales cuando el humo del cigarro de Felipe—otra cosa bien ajena á los tiempos mitológicos—subía en espiral á envolver su eterna, su inmortal alegría.....

En las horas de la siesta era cuando mejor saboreaban los dos el placer de verse juntos en la soledad. Sentían filtrarse por sus poros la molicie penetrante de aquel aire elástico y perfumado, olor de mar y de flores, y el goce de vivir, como vivirían los semidioses, si les fuese dado elegir género de vida, y si descendiesen á la tierra en esta prosáica edad. Las suaves manos de Rosario vagaban entre los rizos de Felipe, y al pasar cerca de los labios siempre recogían cosecha de caricias.

A las cinco tenían enganchado el coche, y ó bajaban á Rocabruna, ó recorrían la costa, por la cual serpeaba el camino tortuoso, en que, al través de los troncos y el ramaje horizontal de los grandes pinos quitasol, se veían girones del azul del mar. A veces, en alguna playa solitaria, les esperaba un criado con cestillos de paja fina que contenían frutos, una botella de Ay, dos ó tres exquisitas golosinas traídas de Mónaco. Y merendaban con expansión de chiquillos, cogiendo conchas, corriendo por la orilla, escondiéndose y traveseando. Otras veces salían á caballo: Rosario montaba sin miedo, y daba gusto verla derecha en la silla, con el magnífico

rodete de su pelo recogido bajo el sombrerillo de fieltro á la tirolesa, y el mórbido cuerpo modelado por el paño de su traje. El sano ejercicio aprovechaba á los enamorados y les evitaba esas crisis de tristeza que á veces acompañan, en nuestra pobre naturaleza humana, á los derroches de fluído nervioso. Volvían á Ercolani cuando la luna plateaba el mar; cuando á lo lejos la iluminación de la ciudad se reflejaba como una torre de fuego en las serenas olas; cuando el aire, tibio aún del calor solar, adquiría la grata frescura nocturna; y su dicha, más recogida y misteriosa en aquella calma, adquiría la deliciosa vaguedad de un sueño. Tal era realmente la impresión de Rosario: creer soñar. La chilena se dejaba mecer por esta idea seductora: que estaba soñando, y que la vida que circulaba por sus venas era no de aquí, sino de otro mundo mejor, más bello y apacible.

IV

ENTRE FLOR Y FLOR...

Lo externo de la existencia de Felipe y Rosario, podría causar envidia á los monarcas en su trono. La vida del hombre encierra pocos momentos así, y quien no los tasase y estimase en todo su precio carecería de sentido. Sin embargo, no valdría nada el espectáculo de los jardines de la Ercolani, como nada había valido para el misántropo escocés, si no lo alumbrase la luz interior del alma. Un fondo de paisaje, un palacio artítico, realza y avalora la felicidad, pero no puede crearla. Más que el panorama, nos importa lo que piensan, lo que meditan, lo que ven en el porvenir los dos enajenados amantes.

Uno de los desalientos que abaten al amor y cortan sus vuelos en busca de lo infinito, es el comprobar que las mismas circunstancias, las mismas impresiones, resuenan de un modo diferente en cada alma; es el cerciorarse de que las almas rara vez vibran al unísono. Si por casualidad llega á producirse esta unidad de vibración, el momento es de una ventura tan profunda y completa, que apenas puede resistirla el ser humano. Pero estos momentos son con-

tados. Bien sabe el enamorado lo que hace cuando aspira, como al bien más grande que existe en la tierra, á salir de sí mismo, á abandonar su conciencia y su yo, á disolver su alma en otra alma; huir de sí mismo es evadirse del más negro calabozo, y entrar en un espíritu que ama, abrirse la puerta de la gloria. Por eso Felipe María, en las horas de intimidad, en esos instantes en que el corazón se derrama porque rebosa, solía murmurar bajito al oído de su amada: "No soy Felipe, nena..... Soy Rosario, ¿entiendes? Soy tú....., y tú eres yo, yo mismo."

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando á manera de esbirros que salen á capturar al prisionero que se evade, ó á guisa de canes que persiguen al esclavo fugado y oculto en la espesura, venían los pensamientos de Felipe á romper el encanto, volviéndole á la realidad. No, él no era Rosario, y de sobra lo comprendía al mismo punto en que, apretando contra su pecho la cabeza seductora de la sobrina de Viodal, deseaba con deseo agudo, casi rabioso, incorporar á su espíritu aquel espíritu joven, vibrante de pasión y de ilusión. Si alguna vez consigue el amor realizar ese anhelo elevado y puro de la mezcla de las almas, es por el único medio de la unión completa, definitiva é irrevocable de la vida y del destino. Sólo el convencimiento de que otro ser está allí para acompañarnos hasta el trance de la muerte, sin separación posible, más que la separación fatal que también aparta y aisla el alma del cuerpo donde habitó, puede hacer que en cierto modo, y con ayuda de una atracción vehemente y perseverante, moral y física, se realice ese fenómeno en que acaso consiste toda la beatitud posible en lo humano: el no sentir aislada el alma, el poseer un alma doble. Y Felipe María, al comprenderlo así, sintió dos ó tres veces impulsos irresistibles de decir á Rosario:

—¿Por qué no nos casamos, gloria mía?

Al oir la proposición, una ráfaga de contento iluminaba los ojos negros de la chilena; pero con negación enérgica, reiterada, movía la cabeza vivamente.

Apenas soltaba la frase, Felipe sentía, allá en su interior, *algo* que se arrepentía y protestaba. No sabría decir qué, pero era *algo*. Y ese *algo* maldito, ese *algo* personalísimo de Felipe y ajeno por completo á Rosario, determinaba en Felipe una reacción involuntaria, indefinible y vergonzosa, en que entraba como elemento

esencial esta idea: "Tanto mejor..... Ella te quiere..... la tienes aquí, contigo, á tu lado..... y eres libre, libre..... ¿Quién te impide prolongar esta situación cuanto te plazca? Y si así lo deseas, después....."

El *después*—el enemigo del amor, el garfio que rompe la tela de la intimidad moral—se presentaba ante Felipe María bajo forma de un porvenir de ilimitadas perspectivas, no precisamente felices, sino grandes, hondas como la sima de la ambición, á cuyos bordes solía creerse sentado, y donde poco á poco se veía caer, como aquel á quien un vértigo arrastra y á quien llaman voces que le fascinan. Si á ratos deseaba y conseguía olvidar que existiese nada real más allá de la villa Ercolani, á poco reaparecía la realidad delatada por algún pormenor insignificante, y en ese pormenor encontraba Felipe señal evidente de aquel inevitable dualismo: porque esos pormenores que en él despertaban extraña excitación, picante y fuerte como la del peligro, en Rosario causaban otra impresión contraria: un momentáneo abatimiento, indicios de pasión de ánimo, seguidos de una exaltación vehemente en las manifestaciones del cariño, como si previendo el fin de sus amores tratase de aprovechar los instantes que la suerte la otorgaba, fuesen largos ó cortos. El fondo doloroso de aquella situación era que los dos amantes sabían—sin decírselo ni á sí mismos—que su convivencia tenía un desenlace previsto, seguro, que toda su voluntad no podría evitar. Si Rosario exigiese de Felipe una unión eterna, y aun sin exigirla, con sólo admitirla, se quitaría el riesgo. Pero antes de aceptar tal solución, Rosario era capaz de arrojarse al golfo desde uno de los promontorios donde, sentados sobre una roça, habían pasado ella y Felipe ratos inolvidables.

Pequeñas circunstancias eran á veces gotita de agua helada que produce el estremecimiento y despierta del éxtasis. Desde su herida; desde que su nombre había empezado á rodar por la prensa y su retrato á figurar en las publicaciones ilustradas, Felipe María recibía muchas cartas—adhesiones, ofrecimientos de servicios, respetuosos saludos de personajes del partido felipista.—Los primeros días, el correo se hacinó sobre el mueble escritorio, sin que Felipe se acordase de meterle mano. Rosario, al entrar por las mañanas en la habitación de Felipe, miraba disimuladamente la torre de cartas, y una candorosa alegría se pintaba en sus ojos cuando advertía que no habían sido abiertas, ni aun removidas. Un día notó que el

montón tenía otra figura: sin duda Felipe lo había registrado. Al siguiente pudo observar pedazos de sobres en el cesto, y cartas abiertas bajo el prensapapeles. Poco después, hasta juraría que Felipe contestaba á alguna de las misivas, y que la respuesta era llevada á Rocabruna por el cochero dacio, en una de esas excursiones que hacen los criados, no con encargo de secreto, pero con especial comisión de sus amos, un recado que es de uno especialmente, y no de otro de los dos que viven juntos.

También desazonó á Rosario la prensa. Los periódicos, dacios y parisienses, llovían en la Ercolani. Felipe afectaba no mirarlos ni quitarles las fajas, pero á veces, como si le atrajesen, rondaba la famosa mesa de ancas de león, en que los colocaba el criado para recogerlos al día siguiente y hacerlos desaparecer de la vista. En realidad, el efecto que producían sobre el alma de Felipe los periódicos no era grato; el fruncimiento de cejas que determinaban en él no era una de esas dulces comedias que representa á veces el amor para engañarse á sí mismo; no una tierna hipocresía, una lisonja indirecta á Rosario, no; expresaba un verdadero sentimiento de repulsión y antipatía contra lo que significaban aquellos periódicos: la vida de afuera, que rompía el hechizo de la de adentro. Y sin embargo, Felipe seguía rondando la mesa, y se sentaba á veces en el sillón fronterizo, hasta que un día su mano, guiada por impulso involuntario, se tendió hacia la pirámide de periódicos, rompió algunas fajas, arrugó algunas hojas, y después se retiró, como desdeñando una atenta lectura. Pero era bastante: Rosario, que le espiaba atentamente, notó las fajas rotas y las hojas arrugadas. Hizo más: pasó á su vez la vista por aquellos diarios. Los dacios no los comprendía: ni aun siquiera podía descifrar los caracteres: sin embargo, su instinto adivinó repetido el nombre de Felipe en los indescifrables signos. En los franceses y en alguno inglés encontró sueltos donde se hablaba del incremento del partido felipista, se aludía á la residencia en la Ercolani, al duelo, y á ella, á Rosario... Otro artículo grave estudiaba los proyectos de enlace albanés, ponía en las nubes la belleza y méritos de la joven princesa María Dorotea Electa, y comentaba las manifestaciones que en Dacia se habían realizado para demostrar la alegría con que el pueblo vería unidos por ese enlace, altamente político, dos países hermanos para quienes era una misma la causa nacional.

Por primera vez se dió cuenta Rosario de la magnitud y la extensión de su sacrificio. No había ilusión juvenil, no había engreimiento amoroso que pudiese velar la perspectiva terrible y descarnada del porvenir. ¿Qué aguardaba Rosario? La soledad, el abandono..... y algo todavía peor, cuya amargura había presentido, aunque no lo pudiese medir ni calcular exactamente, como no se miden ciertos dolores cuando no se han padecido todavía. Acudió á su memoria, quemante como una brasa, el recuerdo de Jorge Viodal, que por ella había sufrido esa tortura; y sintió una lástima que creía generosa y realmente era egoista,—porque se compadecía á sí misma, se veía ya *dejada,* desechada, sola, atravesando la vida como se atraviesa un desierto y abrasado arenal.....

A la noche—la misma noche del día en que Rosario bebió el primer trago en la plana de un periódico—la atmósfera tenía tal pureza, brillaba la luna con claridad tan argentina, era ya tan templado el aire, que Felipe propuso un paseo por mar. Bajaron hasta la playa cogidos del brazo, silenciosos, como solían estarlo cuando más sentían viveza de afectos y plenitud de dicha ó de ensueño que no se traduce en palabras. La falúa, tripulada por los dos marineros corsos, les esperaba ya, y en la popa estaban apilados los cogines que servían á Rosario de asiento, y otros que, echados en el fondo de la falúa, permitían á Felipe María reclinarse y recostar la cabeza en las faldas de su amiga, pasando así horas de contemplación, en que le parecía que sus ideas se evaporaban y se iban desflecadas y disueltas como el humo de un cigarrillo turco que contiene opio; en que creía desnudarse de sí mismo, perder su cuerpo y no notar más que una sensación de blandura y suavidad y el deseo de que tal estado durase eternamente.

Rosario saltó á la falúa, apoyándose en el brazo nervudo y moreno de Luigi, uno de los marineros, y al punto Felipe ocupó su sitio de costumbre, con la cabeza en la falda. Una mano de Rosario pendía y se bañaba en las olas, sobre las cuales derramaba sus aljófares la luna en fantásticos rieles; la otra, distraidamente, jugaba con el pelo de Felipe, con la lentitud y la calma de una caricia fraternal. No se oía más que el cadencioso y acompasado golpe de los remos, que de vez en cuando dejaban los marineros suspendidos en el aire, y entonces la embarcación, bogando suavemente sin casi avanzar, quedaba como suspendida y flotante sobre una sá-

bana de viva plata. El agua batía mansamente los costados de la navecilla, y Felipe, con un movimiento de bienestar, ocultaba el rostro en el largo abrigo de paño que envolvía el cuerpo de la chilena, preservándolo de la humedad del mar. De pronto, creyó advertir que Rosario respiraba fuerte, que se precipitaba su aliento, como sucede á las personas afligidas y que se reprimen. Alzó la cabeza: era el momento, precisamente, en que la bajaba Rosario: sus rostros casi se encontraron, y Felipe María sintió caer sobre su mejilla una gota ardiente, que escaldaba y enfriaba á la vez..... Y aquella gota no era del agua salada y fosfórica que alzaba el remo, ni del relente de la noche, cálida como de Agosto. Felipe calló..... No sabía qué decir; no acertaba á enjugar la lágrima de Rosario.

V

ACOMPAÑADOS

Al otro día—á la hora en que Rosario notaba en el espejo, sobre la seda fina de sus párpados morenos, la huella de aquella lágrima devoradora que Felipe no había intentado enjugar—entró la doncella trayendo el cesto lleno de rosas, entre las cuales acostumbraba el ama elegir la que era más de su agrado, para prenderla, con largo imperdible de perlas, entre los encajes de su traje de mañana; y al bajar el canastillo, del cual se exhalaba delicada esencia, dijo recelosamente:

—Señora..... Hay visita.

—¿Visita? ¿Quién?—preguntaba Rosario, con un sobresalto justificado. ¡Era tan extraño tener visita en Ercolani! Habían transcurrido tres ó cuatro meses sin ver á nadie absolutamente.....

—El señor de Miraya. Acaba de llegar. Está paseándose por las terrazas con el señor.

Rosario calló, pero se vió en el espejo pálida como un reo sentenciado. Tener visita era ya cortar la cadena, dorada y compacta, de las horas de amor; pero que esa visita fuese Miraya..... ¡Miraya representaba lo que había de separarla de Felipe para siempre, con

una separación peor que la de la muerte! Sus labios temblaron, y haciendo un esfuerzo penoso, murmuró, dirigiéndose á la doncella y quitando las horquillas de concha que sujetaban en desorden su abundante mata de pelo:

—Peíname, hija mía, al instante..... Tengo que salir á recibir á ese caballero.

Mientras la doncella hincaba el peine en aquella crencha negra, perfumada y elástica, Rosario decía con sequedad violenta:

—Prepararás y arreglarás el cuarto que cae al jardín, aquel donde está el Baco de bronce..... Que no falte nada; coloca lo preciso, eh? Adolfo te ayudará; entiende más de cómo se puede alojar á un hombre. Que disponga Adolfo un baño. Te encargo mucho cuidado, y que la ropa de cama sea de la mejor que tenemos. ¡Ah! Y en vez de dos platos, que coloquen tres á la mesa.....

Ya recogido el moño, que mordían y sujetaban peinecillos de diamantes, Rosario tendió la mano hacia la puerta del cuarto que servía de ropero.

—El traje de fular azul—exclamó.

La doncella la miró no sin alguna extrañeza. Estaba acostumbrada á que Rosario, mitad por pereza americana, mitad por ese intimismo que caracteriza al amor dichoso, no se vistiese por las mañanas sino de trajes flojos y batas muy espumosas y chorreadas de encajes, muy engalanadas de cintas. El traje de fular azul era un correcto atavío propio para una excursión á Mónaco. Sin embargo, la doncella obedeció, y abrochó con esfuerzo hasta el último corchete del traje y de su alto cuello rígido, orlado por una austera golita blanca. Ataviada ya, púsose Rosario un sombrero de jardín, y preguntó á la doncella:

—¿Dices que están en las terrazas?

—Sí, señora..... Por el bosque de mirtos los ví hace poco.

Derecha, resuelta, la chilena se dirigió al vestíbulo, y de allí á las terrazas, inundadas de sol.

Su pie ligero hacía crujir la arena, y el aire, moviendo su falda, modelaba su cuerpo airoso y de provocativas formas. Sin embargo, mirando un instante la silueta sin querer, sobre un espacio de arena lisa, creyó notar que su talle era menos elegante y juvenil, que había en él no sé qué alteración de líneas, disminución de gentileza..... "Decaigo ya" pensó con amargura. "Dentro de poco Felipe

sentirá pesar como hierro la cadena de flores..... ¡Ah! ¡Que jamás llegue ese día; que mis ojos no lo vean! El recuerdo de Rosario ha de ser siempre para Felipe luminoso y bello como este verano paradisiaco, en esta quinta que parece un rincón del edén....."

El murmullo de la conversación de los dos hombres guió á Rosario al bosquete de rosales y mirtos, y á la sombra del alto cenador, sentados en un banco, encontró al periodista y á Felipe, fumando y charlando mano á mano, con ese abandono que sólo se tiene cuando se habla de lo que interesa. El eco del paso vivo de la joven les llamó la atención, y el diálogo se interrumpió, como suele suceder cuando la conversación no debe oirla el que llega. Fué un movimiento de esos que crean una situación ligeramente embarazosa; Rosario, con su instinto fino y altivo, lo percibió instantáneamente y se mordió un poco el labio inferior; á pesar de lo prevenida que iba, se nubló su cara y sus pupilas desmayaron. Fué un instante, porque enseguida se rehizo sin aparente esfuerzo, y tendió, ancha y abierta, amistosa, la manita de marfil á Miraya, que la saludaba algo cohibido. En el mismo banco se sentó Rosario entre los dos, y dijo afablemente, como entrando en materia:

—Cuando quiera usted quitarse el polvo..... (Miraya tenía, en efecto, una blanquecina capa de él sobre traje y sombrero, y es de suponer que también sobre la cara;) tiene usted dispuesto, en su habitación, el baño.....

Felipe miró á Rosario con sorpresa, y la chilena añadió:

—Supongo que el señor Miraya viene á pasar una temporada, ó por lo menos unos días.....

—Estoy en el hotel de Mónaco—respondió Miraya evasivamente, como el que aguarda á que insistan.

—Pues arregle usted su cuenta y quédese aquí—reiteró la chilena.—Es preciso, porque tenemos mucho que hablar; no crea usted que es sólo con Felipe con quien va usted á tratar de..... *nuestros* asuntos.

Una ojeada atónita de Felipe prestó ánimos á Rosario, que prosiguió, hablando despacio y como quien sabe el efecto de las palabras, y acariciando la rosa que había cortado al pasar:

—No valen los misterios, Miraya, y aunque usted crea que las mujeres no servimos para..... opinar en cuestiones políticas, ¡bah!, algunas veces, cuando son negocios que nos interesan mucho, que

nos llegan al alma, no hay que despreciar nuestro consejo..... Usted me tiene por una criatura sencilla... ó inútil... Ya verá si lo soy ó no lo soy. Póngame á prueba. Y para que se convenza de que tengo buen olfato, empiezo por decirle que ha hecho usted perfectamente en venir. Felipe se distraía: se olvidaba de que tiene en Dacia intereses y asuntos..... Me alegro de que usted le despierte.

Miraya atendía, frunciendo el entrecejo con desconfianza. ¿Sería cierto? ¿Iba á encontrar una aliada en la misma mujer en quien veía el obstáculo y la rémora para el porvenir de la causa felipista? Parecíale demasiado bonito. ¿Sería un lazo, una artimaña, un medio hábil de desorientar y quedarse dueña del campo inspirando descuido? Pero los ojos magníficos y luminosos de Rosario, su tersa frente morena y pulida como el ágata, su boca entreabierta, respiraban sinceridad y buena fe, y hasta un extraño entusiasmo, una especie de transporte. "O es una gran cómica, ó realmente le importa la causa de Felipe", pensó Miraya, que, en voz alta, dijo con efusión:

—Ninguna aprobación, en este caso, puede agradarme y tranquilizar mi conciencia, indicándome que procedo bien, más que la de la señorita Rosario.....

La palabra "señorita" cayó como un copo de nieve en medio de una atmósfera serena y templada..... Rosario se estremeció, sin querer; Felipe tuvo una contracción de los músculos del rostro. Miraya, impávido, se volvió hacia Felipe, y prosiguió:

—¿Lo ve vuestra Alteza? Cuando yo le decía que mi consejo era el de todas las personas que le aman.....

Sin dar tiempo á que Felipe se rehiciese, Rosario intervino, y declaró con convicción y seriedad:

—El que ame á Felipe María de *Leonato* no puede aconsejarle, no puede querer otra cosa sino que no arroje por la ventana, en un acceso de locura ó por entregarse á una indisculpable apatía, su porvenir y la gloria de Dacia, que son una misma cosa. Jamás hemos hablado de este asunto el príncipe y yo; pero tampoco la ocasión se había presentado: hoy, que se presenta, celebro, Miraya, celebro mucho que usted sea testigo de mi modo de pensar, de lo que siempre repetiré al príncipe.....

—Rosario.....—murmuró Felipe, cogiendo la mano de la chilena, que apretó la suya con energía.

—Felipe.....—respondió ella, acostumbrada á esa dulce correspondencia del nombre de pila, que es una de las muletillas del amor.—No te había dicho nada..... pero no creas, lo pensaba; sí, lo pensaba mil veces. Mientras pasamos aquí horas tan..... tan tranquilas..... ¿qué sucederá por Dacia? Ahora, que ya estás bueno, fuerte, repuesto por completo..... ahora es preciso que mires hacia Oriente..... hacia tu patria, hacia tu herencia.

—No hablemos de eso ahora, te lo suplico—declaró Felipe.—La mañana está hermosísima. Demos un paseo hacia el bosque, para abrir el apetito. Almorcemos alegremente después: Miraya trae un cargamento de anécdotas de París..... y va á contárnoslas y á divertirnos mucho con ellas. Tiempo hay de hablar de cosas aburridas y serias, ya que la dueña de esta casa—y Felipe recalcó la expresión, —ya que la dueña de esta casa tiene gusto en hospedarle á usted.

Miraya asintió, y poco á poco fueron ascendiendo por los senderos enarenados de los jardines hasta la casa, donde se provistaron de quitasoles. La corta subida al bosque era un ejercicio que aumentaba el buen sabor del almuerzo. Entre el silencio armonioso de los pinos y bajo la sombra embalsamada y transparente de los vetustos cedros, Miraya parecía una cotorra, un ave exótica, charloteando con buen humor y facundia inagotable. Rosario, haciendo un esfuerzo poderoso, le prestaba atención, y hasta aprobaba, y sonreía, y celebraba las oportunidades maliciosas; pero Felipe sin esfuerzo alguno, se divertía y solazaba realmente, con la expansión del que, privado hace tiempo de toda relación y contacto con la sociedad, de pronto vuelve á entrever su panorama de mil colores, absorbe afanoso la bocanada de aire exterior. El comprobar esta disposición de ánimo en Felipe, acrecentó el oculto sufrimiento de Rosario. "No le bastaría estar siempre aquí, conmigo", pensó agobiada de pena. ¡A ella le bastaba! "Los hombres son otra cosa", añadió para sí, acudiendo á esa distinción del modo de sentir en cada sexo, que es á la vez el triste consuelo y la desesperación incurable de las almas femeniles apasionadas y tiernas. "Los hombres necesitan el movimiento; la actividad es su vida..... ¡Pobre Felipe!" Así Rosario le compadecía porque la estaba matando.....

Entretanto seguía la charla de Miraya. Hablaba de la *Actualité*, de las aventuras y desventuras de Dauff, preso en las redes de cierta damita joven de los Bufos, la cual había conseguido del cro-

nista una campaña de reclamos que desesperaba al director y hacía que se burlasen de él todos los redactores. Contó asimismo una cómica desdicha de Lapamelle: atraído una tarde á los bulevares exteriores por el aviso de que se vendía una interesantísima colección de estampas viejas, cayó en el garlito de unos ladronzuelos que le desbalijaron, le apalearon muy á su sabor, y por poco le asesinan. Salió también á relucir la última vuelta de la veleta de Loriesse, que ya no se entusiasmaba por el pintor español de asuntos decorativos y galantes, sino que andaba loco por un *puntillista,* cuyos retratos, como algunos de la vieja escuela holandesa, al verse con una lente, descubrían el grano, las arrugas y la complicada red del tejido epidérmico, gracias á una labor maniática y obstinada, realizada con pincelillos finos como puntas de aguja. "¡Ah, ese París!"—exclamaba Miraya comentando el caso. — "¡Ese París! Todo el que tiene una idea, todo el que tiene una concepción cualquiera, buena ó mala, estravagante ó sencilla, arcaica ó modernista, á París la trae, y al calor de París la empolla y la saca á luz, ¡y con esa luz se alumbra luego el mundo!" Estaba elocuente hablando de París, poniéndolo en las nubes, con entusiasmo sensual é intelectual, de hombre que en la fuerza de la edad pasa desde el ambiente letal y mustio de una ciudad dormida, al ambiente saturado de efluvios de la capital cosmopolita. Olvidándose de lo tratado al principio de la entrevista, iba Miraya á pronunciar un ditirambo en favor de París, por lo que había contribuído á dar á conocer la causa felipista en Europa; pero una ojeada ligeramente autoritaria de Felipe María le detuvo á tiempo. Sin embargo, á los pocos momentos, cometió otra imprudencia: recordó á Viodal, la venta y dispersión de los *Cuatro elementos,* y el voluntario confinamiento del pintor en la Baleares. Esta parte de la conversación tuvo la virtud de hacer que Rosario bajase los ojos, y un abatimiento profundo se reflejase en su cara. Era aquel recuerdo, apareciendo en tal instante, un puñal agudo que traspasaba el corazón de la chilena. Sus propios sufrimientos le daban á conocer los que había causado. Cuando Miraya, pasando rápidamente á otro asunto, trazó una caricatura de Yalomitsa, de sus botas rotas, su gabán grasiento y su miseria desde la marcha de Felipe, Rosario exclamó:

—Felipe, hay que escribirle que se venga.

VI

EL PACTO

Dos días llevaba Miraya en la Ercolani, y todavía se guardaba la consigna de no hablar de política, cuando de mañana, al salir para fumar un cigarro en el vestíbulo, antes de ponerse á escribir su fondo para el periódico órgano de Stereadi, vió delante de sí á Rosario, que se cogió de su brazo con inusitada familiaridad.

—Vamos hasta la segunda terraza, á sentarnos á la sombra — le dijo con tono entre mandato y súplica.

—Vamos, señora — respondió Miraya inclinándose con una galantería que disimulaba mal la extrañeza y cierto recelo.

Era en la segunda terraza donde mirtos y rosales en flor rodeaban una estatua de Venus, mutilada, pero de belleza sorprendente. Sentáronse bajo el templete, á cuya sombra transparente y dorada recordaba Rosario haber pasado horas plácidas que acaso no volverían nunca.....

—¿Y..... el príncipe?—preguntó Miraya al ocupar, por indicación de la chilena, sitio en el banco de jaspe rojo.

—Su Alteza duerme todavía—respondió ella acentuando con firmeza el tratamiento.—Yo he sido más madrugadora, porque tenía que hablar con usted.

Miraya, á pesar de su verbosidad, calló y esperó. Parecíale que en aquella luminosa mañana, entre aquellos bosquetes salpicados de flor, se jugaban verdaderamente los destinos de la causa felipista. ¿Qué iba á decir la mujer amada? ¿Qué decreto pronunciaría su boca? ¿Qué pensaba? ¿Había sido sincera dos días antes?

Al cabo de una pausa, repitió Rosario:

—Tenía que hablar con usted, porque es necesario que nos entendamos bien, que no incurramos en una equivocación funesta. Usted no está convencido de que yo quiero que Felipe..... reine..... ó haga lo posible..... por llegar á reinar. ¿No es eso?

—Señora..... — exclamó Miraya apelando á la franqueza. — Es exacto..... A pesar de sus hermosas palabras del otro día..... no sería extraño que..... Yo comprendo las leyes del corazón.....

—¡Qué ha de comprender usted!—protestó con un matiz de mal disimulado desprecio Rosario. — ¡Qué ha de comprender! Si *comprendiese.....* Si *comprendiese,* vería en mí la mejor aliada, la más segura.

Sintióse Miraya deslumbrado por un rayo de sol que entró en su espíritu, á la vez que en el lindo templete, acariciando las ramas de las enredaderas que trepaban por las columnas de alabastro amarillento. ¿Sería verdad? ¿Aquella mujer, tan interesada en alejar á Felipe del trono, le aproximaría á él? ¿Y por qué no? ¿Acaso no existe la abnegación, no existe el amor al sacrificio en el corazón de las mujeres que aman? ¿Y no podría ser también — aquí la grosería moral de la naturaleza de Miraya volvía á sobreponerse —no podría ser también que aquel propósito ocultase la ambición más vulgar y hasta la codicia más vil? ¿No podía soñar Rosario, retiro por retiro, el papel de favorita cesante, con una dotación magnífica y esos honores bastardos y equívocos, que, sin embargo, halagan la mezquina vanidad,—la vanidad humilde, que se contenta con lo que la ofrecen?—En el pensamiento de Miraya revolviéronse mezcladas la admiración entusiasta y la sospecha afrentosa. "Tal vez es una heroína del amor..... y tal vez una calculadora muy hábil. Bien conoce ella que no iba á ser eterno el idilio..... entre otras razones, porque Felipe, al paso que lleva desde que está con esta mocita, no tiene dinero ni para tres años..... de lo cual me alegro, y con lo cual he contado al instalar la Ercolani..... De fijo sospecha..... y toma sus precauciones..... ¡Ah..... no me la pegan á mí tan fácilmente las gatitas!.... En fin, sea por un motivo, sea por otro, lo que nos conviene es que adopte esta actitud..... y que trabaje en pro de la causa....."

En voz alta, con tono vehemente y alarde de brusco respeto, dijo el periodista:

—Si usted nos ayuda, señora, nuestro es el triunfo... Hoy por hoy, lo único que podría perdernos sería su oposición de usted. Si usted no quisiese, no entraría aquí ni un soplo de aire que oliese á felipismo. ¿Por qué estoy yo en la Ercolani? Porque usted se digna permitirlo. Pero hace usted bien. Yo la he presentido á usted; yo

he comprendido perfectamente que los amigos de Felipe María de Dacia, en usted tenían que poner su esperanza, como la ponen los marinos en la Santísima Virgen. Y esto se lo voy á probar á usted con dos palabras..... Verá usted..... ¿Se acuerda de un anónimo que recibió por el correo interior..... pocos días antes de..... del desafío de su Alteza?.....

Vivo carmín tiñó un instante las pálidas mejillas de Rosario, y sus desmesurados ojos se clavaron con magnética fuerza en los de Miraya.

—¿Era de usted?—balbuceó.

—Mío. Haga usted memoria.... Decía en substancia, no sé si con estas mismas palabras ó con otras muy parecidas: "Si quiere usted de veras á Felipe María Leonato, no se case usted con él, y si no le quiere y es una ambiciosa, tampoco, pues casado con usted, jamás reinará."

—¡Era de usted!—repitió abismada la chilena.

—¿De quién había de ser?—exclamó con vehemencia Miraya.—¿A quién, sino á mí, le importaba en París el destino del príncipe heredero? Señora, usted, cuya alma voy viendo que es tan varonil y grande; usted, cuyo padre sucumbió luchando por su patria, debe comprender muy bien lo que la patria significa..... Dacia está á pique de convertirse en provincia de otra nación..... señora, entiéndalo usted: ¡vamos á ser esclavos! Nuestro redentor, el hombre que puede levantar á la nación y despertar su conciencia, es Felipe María..... El rey que representa su libertad y su vida, sólo lo puede recibir Dacia de esas manos. Míreme usted—continuó el periodista con un arranque oratorio que tenía algo de teatral y enfático, pero mucho de sublime.—¿No ve usted cómo me domina esta emoción? ¡Se trata de la patria!

Los negros ojos de Rosario chispearon. Por fácil que fuese Miraya en admitir malignas suspicacias, su entendimiento, siempre muy superior á su sensibilidad, le guiaba en aquella ocasión, y reconocía que Rosario, á su apóstrofe, se conmovía de veras.

—Precisamente—dijo al fin la chilena, en voz quebrantada—precisamente por eso, Sr. Miraya, he querido que hablemos, que nos unamos para la obra en que tengo más interés que usted mismo..... más que nadie, No se trata de la patria: se trata de Felipe. Y yo me ofrezco á hacer que prescinda de los escrúpulos que todavía

no ha podido desechar, y se presente sin rebozo como aspirante al puesto que de derecho le corresponde.

—¡Ah!—exclamó Miraya.—¡Eso, eso ante todo! Un acto ostensible del príncipe, señora, y en una semana centuplica sus fuerzas y sus esperanzas el partido felipista. ¿No ve usted que el arma que esgrimen los enemigos, el gran recurso de que se valen, es propalar que el príncipe se niega rotundamente á secundar los esfuerzos de sus fieles partidarios? Este rumor ha desalentado á casi todos.... y puesto que usted se presenta animada de tan generosas intenciones, no vacilaré un punto en decirla toda la verdad. En Dacia se cree que..... afectos profundos..... é imposibles de desarraigar..... se oponen á que Felipe María presente su candidatura. Sí, señora; suponen que el príncipe, entre su corazón y sus derechos, opta por su corazón. Se cuenta que está fascinado, embelesado, como Ulises en la isla de Calipso..... y que el resto del mundo ha desaparecido para él. Las contingencias de su candidatura al trono..... parecen incompatibles con el hermoso sueño que el príncipe sueña..... Esto descorazona á nuestros amigos. Muchos, desmoralizados ya por el retraimiento de Felipe, se han pasado al partido del duque Aurelio y son sus más celosos agentes..... ¿Qué quiere usted? El hombre es débil y medroso..... Temen, el día de mañana, tener que sufrir represalias del duque..... En fin..... ¿quiere usted oir toda, toda la verdad? Pues el mismo Stereadi,—el egregio Stereadi, el que me ha comisionado á mí para entenderme con el príncipe, el que es allá la cabeza, el que arrastra á los apocados *antiguos,* y representa la fusión del orden con la libertad.....—Stereadi, señora..... ya empieza ¿lo creerá usted? á titubear..... Le veo y no le veo..... El día menos pensado, tenemos cuarto de conversión..... Una mañana recibo carta suya con instrucciones reservadísimas, y me ve usted desaparecer. ¡Adiós, felipismo.....!

—¡Pero eso sería una infamia!—protestó con anhelo Rosario.—¡Abandonar á Felipe! No, eso no lo harán ustedes.....

—¡La política no tiene entrañas, señora! El príncipe es quien nos abandona á nosotros..... ¡No podemos, como usted comprende, jugar en balde nuestra seguridad y nuestra vida! Por algo, por una probabilidad, sí la jugaríamos, y de buen grado; estamos resueltos... Pero ¿no sería necedad insigne jugarla por quien rechaza hasta el holocausto? Héroes, mártires..... ¡bueno! Necios, ¡nunca, señora!

—Miraya, eso no será! Ustedes no deben dejar á Felipe... Yo, que le conozco, juro que en su ánimo..... allá en el fondo de su corazón..... está decidido á ir con ustedes..... hasta donde haga falta. No: escriba usted á Stereadi, y asegúrele que Felipe hará muy pronto un acto público, una demostración de esas que no dejan lugar á duda, rotunda, terminante.....

Miraya guardó estudiado silencio. Veía á Rosario comprometerse, y no dudaba: la abnegación de la chilena saltaba á los ojos. Era uno de esos heroismos secretos y pasivos de mujer enamorada, feliz al tenderse para servir de escabel al amado. En pocos momentos comprendió Miraya el dominio que las circunstancias le prestaban sobre el alma de Rosario, y hasta qué punto podía explotar ese dominio. Decidióse á dar un paso peligroso.

—Si resiste bien esta prueba, seguros podemos estar de la aliada—pensó, calculando á qué profundidad iba á introducir el cuchillo. Y en voz alta, como hablando consigo mismo, murmuró:

—La gente de allá ha dado en desconfiar, y se necesitaría un golpe muy resonante para inflamar los ánimos otra vez..... Lo único que les convencería.....

Titubeó.

—Lo único....., si, lo único que considerarían positivo y directo..... más que un manifiesto, más que un mensaje, (lo cual, por otra parte, en vida del rey sería impolítico en alto grado.....)

Volvió á detenerse Miraya, y suspendiendo la oración, su mirada vagó por el suelo y se remontó hasta las rosas que enramaban el templete y hasta la estatua mutilada, la Venus antigua, tan serena en su hermosura.....

—¡No me atrevo!—añadió por fin.

—¿Quiere usted que yo tenga el valor que le falta á usted?—pronunció lentamente Rosario en tono incisivo y dolorosamente fúnebre.

Clavó el periodista en la chilena tan atónitos ojos, que si ella no estuviese en uno de esos momentos de la vida en que la noción de lo cómico desaparece, sería capaz de soltar la risa. Contentóse con sonreir amargamente.

—Lo único—prosiguió—que puede convencer á los felipistas y exaltar su entusiasmo..... sería..... ese..... ese enlace..... con la princesa de Albania..... ¿Verdad que sí?.....—interpeló con sobrehumana fuerza.

—No se equivoca usted!—declaró Miraya, que veía abrirse el cielo.—Pero..... sería usted tan noble..... tan generosa..... tan.....

—Basta—repitió Rosario con esfuerzo.—No necesitamos palabras, sino obras. Soy su aliada de usted, y si usted lo olvida ó lo duda..... peor, peor para usted y para la causa de Felipe! ¿Como hacemos para que Felipe declare que accede á..... esa boda?

—Lo mejor—indicó Miraya tartamudeando de júbilo—sería..... que..... dentro unos días, cuando la familia de Albania venga á pasar una semana en Mónaco..... el príncipe..... los..... los visitase..... y.....

No supo decir más.

Rosario asintió con la cabeza, porque las palabras no acudían; la garganta estaba seca, la saliva se había suprimido, la laringe no formaba la voz..... Pero la voluntad, vencedora, movió los músculos del brazo, y Rosario tendió la mano y estrechó la del periodista, sacudiéndola á la inglesa, con lealtad viril. Miraya tuvo una inspiración: se arrodilló, besó la mano, y después volvió el rostro, para no ver que Rosario temblaba con todos sus miembros, como un ave azorada; y que abría la boca para recoger aire, lo mismo que si le faltase la respiración.

Emilia Pardo Bazán.

Continuará.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA.

Espanta-moscas.—En marcha.—Malditas monedas.—Exabrupto.—Un susto.—Fin del viaje.—De Herodes á Pilatos.—Aventura manchega.—Curas descorbatinados.—Bonito batallón.—Blancas y negras.—Islas Chafarinas.—Venganza trompetera.—Historias y cuentos.—Un complot.—Asciendo.—El beso del moro.—Vuelvo á la Península.

Don Emilio Castelar, presidente del Poder ejecutivo, propuso en las Cortes el 2 de Enero del 74, la conciliación y castigar la demagogia. Los federales lo derrotaron á las cinco de la mañana del 3. Se enteró Pavía, capitán general de Castilla la Nueva, ocupó con tropa los puntos estratégicos de Madrid, llegó al frente del Congreso con un solo batallón y preguntó al que lo mandaba:—¿Qué capitán es á propósito para echar por las ventanas á los diputados que no quieran salir por las puertas?—Todos, le contestó el más atroz, el de la 6.ª, el que en la reunión de los oficiales en Capellanes se distinguió entre los del batallón de cazadores de Béjar.—Recibió órdenes del general, y entró en el edificio con su compañía y varios guardias civiles, moviendo la espada á izquierda y derecha, como

si espantase moscas. Quisieron arrancar el fusil á un sargento; los reclutas dispararon al aire unos tiros, y escaparon, hasta el ministro de la Guerra, que perdió el sombrero. Acabó la federal tan cómicamente como principió. Las Cortes monárquicas de aquella época votaron la República. D. José María Orense, marqués de Albaida, que las presidía, dijo, agitando la campanilla:—Se proclama la República en España. Queda terminado este incidente.

Tan estrafalario aristócrata, decía de los diputados independientes:—Si les quitan el in, quedan dependientes del que les da; si el de, se convierten en pendientes, y suprimiendo el pen, concluyen por dientes que se comen la nación.

El nombre de D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque pasará á la historia. Nació en 1827, y murió el 95. Comandante de artillería el 66, se sublevó con Prim; emigró, y el 68 le dieron el mando del regimiento infantería del Rey; sorteó entre los oficiales el cubierto de plata que pertenecía al príncipe de Asturias (Alfonso XII) cuando fué soldado del mismo Cuerpo. Ascendió el 73 á teniente general, concediéndole la gran cruz de San Fernando, pensionada, y el 92 le nombraron capitán general de ejército. Era modesto, valiente y muy ordenancista, menos en haberse sublevado. Pudo hacerse dictador; le llamaron flor de un día, y entregó el poder á Serrano, que presidió una República unitaria vergonzante, hasta la restauración.

Se verificó el pronunciamiento mientras yo dormía. Me alegré. Al día siguiente pregunté á un oficial de varias compañías de ingenieros situadas en la Plaza Mayor:—¿Qué hay?—Me creería paisano y me volvió la espalda. A los dos años lo encontré en Monte Esquinza y no le hice caso. En paz.

La guarnición de Madrid se componía de reclutas que ni cargar el fusil sabían. A los de un batallón de infantería de marina les enseñaron á introducir el cartucho en el cañón el día anterior al famoso 3 de Enero. El que lo mandaba tuvo orden de apoderarse del ministerio de la Gobernación, que

ocupaban 800 hombres del Cuerpo de Orden público, veteranos armados hasta los dientes. Llamó á la puerta del edificio, abrieron, se metió la tropa, y los de Orden público, por no alterarlo, se marcharon persuadidos que nada peor que la federal podía venir. La milicia republicana se disolvió sin defender el régimen político que la opinión rechazaba. La revolución engendró la guerra de Cuba, que duró nueve años; murieron 5.000 oficiales, 140.000 soldados, y perdimos 700 millones de duros; la cantonal, cuando los presidarios de Cartagena lanzaron de los buques á los oficiales del Cuerpo general de la Armada, costó á la nación más de 200 millones, y la carlista concluyó de arruinarnos. Se convirtió en bufa la exclamación que repetían:—¡La Europa nos admira atónita!....

Por no parecerme en algo á cuatro revolucionarios, quise cambiar mi nombre de bautismo.

El partido llamado neutro, que paga y calla, se alegró desapareciese el gobierno republicano. Es el más numeroso y cobarde. Podría aplastar á los pillos y los sufre.

A Pavía se le ocurrió formar un ministerio militar, que todas las autoridades perteneciesen á la milicia, y establecer la Ordenanza para todo. Habría salvado la patria. En Melilla componen el Ayuntamiento los jefes de la guarnición. Que se compare con el de Madrid.

En Marzo de 1874 me avisaron bajase á escape á la estación del Mediodía. En ella encontré esperándome al coronel Torrero; acababa de meter en un tren, sin orden ni concierto, á 600 mozos; como si el nombre hiciera á la cosa, no los llamaban quintos, sino reemplazos; me mandó los condujese á Barcelona, sin darme pasaporte, instrucciones, ni dinero, entregando unas listas muy emborronadas á dos oficiales de un provincial, que nombraron para que me ayudasen en la comisión, uno de ellos muy gordo, pesado, taciturno, sin carácter, y otro muy flaco, que olía á vino, ambos de cortos alcances, sin cabos, sargentos ni cornetas, que para tal cantidad de hombres eran indispensables.

Yo, que no había servido desde 1868, ni conocía el desbarajuste interior del ejército, me admiraba tan disparatado modo de conducir fuerzas. Encomendándome á San Rafael, protector de caminantes, me senté en un coche de primera; sonó el silbato, y la locomotora comenzó á marchar, dirigiéndose á las costas del Mediterráneo.

En cada estación que hacía alto el tren, se bajaban los mozos á bandadas, se subían cuando querían, sin que yo tuviese fuerza moral para aconsejarles, mandarles, y mucho menos reprenderles ó castigarles; no me conocían, no les habían leído las leyes penales, ni tenían la menor idea de subordinación y disciplina. Jamás había calculado pudiera encargarse á nadie, sobre todo en tiempo de guerra, sin elementos y en desorden, de una comisión tan arriesgada.

Asomado á la ventanilla, contemplaba á los reemplazos saltar á la vía como pájaros que se escapan de la jaula, resignándome á que me quedasen la mitad de los que yo llamaba *totales*. Si por sacar la quinta parte de los que entraban en suerte para las armas los llamaban quintos, al arrancarlos de su casa á todos, la denominación que les correspondía era la de *totales*.

Por fortuna, por casualidad, por providencia divina ó porque el pueblo español es inmejorable cuando no lo pervierten los de levita, al bajar del tren en Alicante, conté los mozos como si fueran cabezas de ganado, el pasar lista era impracticable, y resultaron los 600 justos.

Ninguno de los jóvenes que contra su voluntad iban á la guerra se había perdido ni desertado. En Alicante costó gran trabajo alojarlos; no se encontraba á los dependientes del Ayuntamiento ni á los concejales, algunos habían dimitido; para colmo de dicha, aunque en la referida ciudad rara vez llueve, aquel día nos mojamos.

El gobernador militar me dijo que según el comisario encargado de trasportes no había ningún vapor que saliera para Barcelona, y esperaba llegase alguno que á él le conviniese.

Pasaron tres días, mis 600 se comieron los socorros de á peseta que les abonaron en Madrid y acudí al gobernador para que me diesen con qué mantener la gente; no le gustó mi petición, como sucede siempre cuando hay escasez; lo convencí que de donde no hay no se puede sacar, que para vivir es preciso comer, y ordenó al provincial de Alicante me entregase 1.200 pesetas.

Sin corneta, tambor ni otro instrumento bélico, para pasar lista, ó mejor dicho, contar los mozos y darles la ración de pan, nos costaba inmenso trabajo reunirlos llamándolos de casa en casa. Los llevé á misa; todavía me arrepiento. Me quedé en la puerta de la Iglesia para verlos desfilar; los que marchaban á la cabeza con el oficial gordo entonaron la marsellesa, cuya revolucionaria y extranjera música me produjo un ataque nervioso; mandé corriendo al oficial flaco para hacerlos callar; impuso silencio á puñetazos á los que todavía recordaban el Cantón de Málaga, de cuya provincia eran la mayor parte.

El vapor destinado para trasladarnos á Barcelona estaba preparado y listo; reuní pronto á los reemplazos, los llevé al muelle sin que se enteraran del objeto, puse centinelas de carabineros para que nadie se escapara, nos cayó una fuerte granizada durante la operación, saltaron á las lanchas de mala gana, de peor subieron al buque, temí que se desbandaran y me quedara sin ninguno; cuando se incorporó el oficial que había mandado á recibir las 1.200 pesetas, el vapor, donde no cabíamos ni de pie, salió del puerto con cielo sereno, viento en popa y mar en calma, única suerte que tuve en tan malhadado, contrariado y desesperado viaje.

La embarcación era vieja, pesada y muy pequeña para la fuerza que contenía. Los mozos se hallaban materialmente amontonados; encima ni debajo de cubierta se podía formarlos; entregarles el socorro, sin orden, á gente lista y poco aprensiva, de seguro unos lo recibirían varias veces y otros ninguna; mientras estos reclamaban justamente, aquellos que-

darían sin castigo y burlándose. Me devanaba los sesos dándome á los demonios, discurriendo y no atinando el medio de verificarlo. El capitán del vapor se enteró que las 1.200 pesetas metidas en mantas dentro de su cámara se componían de piezas de cobre de á medio real; me advirtió que esas monedas no pasaban en Cataluña y á los soldados eran completamente inútiles. Yo que me creía experto en numismática por haber colaborado en la obra *Descripción de las monedas hispano cristianas desde la invasión de los árabes*, no entendía jota, ni comprendía que un país no admitiese la moneda nacional que en el mismo se acuñaba. No había de engañar á los pobres muchachos dándoles dos pesetas á cada uno, que al llegar á la capital del Principado, y en el barco para nada les servían, se convertirían en ocho cuartos; sólo representaba cada pieza un ochavo.

Desde el puente del vapor arengué á los forzados que tan mal, y no por mi culpa, conducía á derramar su sangre por una causa que de seguro entre los 600 no habría seis que comprendían; les expliqué nuestra desgraciada situación, les advertí que si alguno tenía precisión absoluta yo le adelantaría algo de mi bolsillo, exortándolos á la paciencia, seguro que en Barcelona el mal se remediaría, me cambiarían las citadas monedas y recibirían sus ocho reales.

Las dos de la mañana serían cuando entramos en el puerto de la antigua Barcino. En la Capitanía del mismo no tenían dispuestas las lanchas, y nos costó gran trabajo desembarcar. Después de mil tropiezos, cayéndose y levantándose, muertos de sueño y de hambre, hacía más de veinticuatro horas que no habían comido, conduje á los mozos á la ciudadela de Barcelona, noticiándome el oficial encargado de la calderilla, que ésta llevada en mantas, se había ido sembrando por el camino. Al capitán de la Guardia de Prevención de la ciudadela, pedí por favor quedaran las referidas monedas en el cuarto de la misma, costándome gran trabajo persuadirlo, á pesar de asegurarle que nadie le exigiría responsabilidad

aun cuando se las robasen. Los mozos pasaron el resto de la noche tan holgadamente en una cuadra, como si no hubieran salido del buque. Murieron dos de hambre ó de lo que sufrieron en la travesía y desapareció uno que desertaría ó desesperado se tiraría de cabeza al mar.

Destinaron los reemplazos á diferentes cuerpos, enteré de lo que me sucedía con las 1.200 pesetas en calderilla al general gobernador, se interesó en que me las cambiaran en moneda corriente para repartirlas á los pobres muchachos que no habían recibido socorro en dos días, se habló al jefe del batallón provincial de Barcelona, al comandante de la Caja de Ultramar, al consignatario de la Compañía de vapores de Antonio López, á los cambiantes de moneda, pagándoles el tanto por ciento, y todos se excusaron ó negaron.

Entregué las mantas, donde la calderilla se hallaba á granel, compré sacos, la saqué de la ciudadela, desesperado pasé al gobernador una comunicación para que el capitán general pidiese al jefe económico de la provincia se encargase de ella y con la de la misma clase que acuñaban en Barcelona la exportasen á donde tuviese curso, visto no servía donde se fabricaba; dificultad inconcebible para los célebres escritores de numismática el arzobispo aragonés D. Antonio Agustín y R. P. Flórez si resucitasen.

Pasaban días, yo rabiaba, los oficiales me apuraban deseando volver á Madrid porque no tenían un cuarto, aunque ochavos nos sobraban demasiados, y mientras el gordo callaba, ponía una cara muy triste, miraba siempre al suelo, el flaco, que apestaba á mosto, con la finura propia de un riojano sin civilizar, exclamaba viniese ó no á pelo: «Ya se lo decía á usted en el barco; entreguemos el dinero á los quintos, si no lo pasan que lo pasen; buenos disgustos tendrá usted, no me sucedería á mí.» Envié á preguntar en el gobierno civil si contestaban ó no á la Capitanía general sobre cambiar las malditas monedas, y volvió furioso el oficial flaco porque no le habían hecho caso. Tropezaría con algún empleado patriotero que al

necio orgullo que tan común es en las oficinas civiles, se parecería al militar en amabilidad y cortesía.

Observé el estado del Ejército en Cataluña; los carlistas no lo destruyeron antes de poner la Ordenanza nuevamente en vigor y restablecer la pena de muerte, porque los catalanes son refractarios á la subordinación; los partidarios de D. Carlos jamás llegaron á disciplinarse; sus jefes audaces, fanáticos y valerosos, con raras excepciones, vivían del merodeo; su objetivo principal era robar y hacerse ricos; continuamente rivales, ni se aunaban, ni dirigían al mismo fin. Si hubiera salido algún conde de España lo habrían asesinado.

Al proclamar la república en Barcelona, la abandonaron las autoridades militares de procedencia revolucionaria. Los diputados provinciales se encargaron de los cuarteles y tropa; se propusieron disolver el ejército, arengaron á los regimientos en la plaza de San Jaime, promovieron la indisciplina, y los soldados gritaron á los oficiales: «¡Que bailen! ¡Abajo estrellas y galones!» Los generales y jefes pronunciados el 68 fueron las primeras víctimas. Despreciados, los echaban, escarnecían y deshonraban. Llegó el escándalo á lo inconcebible. Como el Gobierno abolió la pena de muerte no se veía el remedio. Lo raro es que los soldados no desertaron á sus casas. Había columna mandada por un albéitar.

Al dimitir el general Martínez Campos, se atrevió á decir al capitán general Patiño: «Hay una columna, la del coronel Vega, que roba cálices, viola mujeres y que se va al lado contrario del enemigo. Hay un batallón de cazadores de Béjar, que su teniente coronel Pina, aseguran quiere proclamar la independencia de Cataluña; hace tres meses era teniente. Hay una columna del Vallés, que, por toda hazaña, prende paisanos y los presenta como carlistas. Hay batallones de francos que sublevan los pueblos contra nosotros. Propuse restablecer la disciplina, y V. E. no me lo permitió.» Patiño, al reclamar armas para la milicia ciudadana, decía al Gobierno: «Esta ha de ser la que termine la guerra é imponga la disciplina.» ¡Daba

en el quid! El 9 de Julio, en Alpens, el carlista Saballs mató al liberal Cabrinety, cogió 800 infantes, 50 caballos, 42 mulos y dos cañones. Uno de los pocos que se salvaron, en el parte del desastre concluía con la fórmula: «*Salud y república democrática federal.* Al ciudadano Excmo. señor ministro de la Guerra.» Otros, en lugar de Dios guarde á usted muchos años, ponían: «Viva usted muchos años.»

Al brigadier Cabrinety, los soldados, por capricho, le hacían montar ó desmontar del caballo, andar ó descansar cuando les ocurría. Despreciaba á los oficiales ordenancistas, y, cegado por la ambición, sufría las insolencias de la soldadesca. Su fin era natural.

Saballs en Toix, el 14 de Marzo, cogió al general don Eduardo Nouvilas, á 155 jefes y oficiales, 2.500 soldados, 154 caballos, 68 mulos, cuatro cañones y más de 2.000 fusiles. Llegó la noticia á Barcelona, se formaron grupos en la Rambla y oí á uno que arengaba al populacho: «El ejército tiene la culpa de todo; es preciso acabar con los oficiales; mientras haya nidos habrá pájaros.» Traslado á los militares que se pronuncien en adelante.

Los carlistas en Cataluña tenían 13.000 infantes, 400 caballos y 20 piezas. El ejército se componía de 22.000 infantes, 1.300 caballos y 31 piezas. De movilizados y francos unos 6.000.

Aunque el 74 no se había restablecido del todo la disciplina en el ejército de Cataluña, ya los soldados no gritaban á los oficiales: «¡Que bailen!» ni llevaban muñecas en las bocas de los fusiles, representando la república, para en su nombre, cuando no querían caminar, dar la voz de alto á las columnas.

El gobernador militar de Barcelona llamó á un teniente de malísima conducta; avisaron al general que un oficial quería hablarle, y, sin enterarse ni preguntar su nombre, le llamó pillo, tunante y canalla. El subalterno, al oirlo, quedó aturdido, se repuso y contestó con energía.—No soy pillo, tunante, ni canalla; jamás he faltado á mi deber.—¡Calle usted, ó

le mando á Monjuich!—añadió el gobernador furioso, porque le replicaba. A los gritos volvió á entrar el ayudante y dijo: —¡Mi general! no es el que usted esperaba; el otro no ha venido todavía.—Yo presencié la escena; temí que, ofendido tan injustamente el oficial, en un arrebato matase al gobernador y lo fusilasen. Para reparar la humillación que sufrió el teniente y el haberle puesto al borde del precipicio, ¿bastaba con «usted perdone?» Ni eso obtuvo. Se consolaría ó reventaría. No sería el primero. El general pertenecía á la más alta aristocracia y pasaba por bien educado. ¡Qué barbaridades cometerían los que no lo estaban! Mandó el gobernador que le arreglasen la levita de uniforme. El sastre, que era republicano, raspó la corona real en todos los botones de la mencionada prenda, y el general aguantó el insulto. El artesano vengó al oficial.

En Barcelona habían suspendido la publicación de el *Diario*, periódico decano de los españoles, que no ha variado de forma desde el siglo pasado, y al cual tenía yo particular afición. Manifesté en el Casino que, medida tan despótica se debería á un artículo que leí en el mencionado periódico, probando que la causa del asesinato del teniente coronel Martínez Llagostera por la soldadesca, fué el revólver que sacó el segundo cabo de Andalucía contra su superior en 1868; se hallaba de capitán general del Principado en 1874.

Serían las doce de la noche; entré en la fonda en que me hospedaba, y me advirtió un mozo, que me esperaban en la *Capitanería general tut seguit*. Creí que, noticiosa la primera autoridad militar de lo que yo había dicho, me hartaría de improperios y pondría preso.

El ayudante de guardia avisó al general mi presentación, volvió, le seguí, atravesamos la galería, me dejó en un gabinete, me introdujo en un salón escasamente alumbrado, y una de las tres personas que en él había, alta, gruesa, se me acercó, marchando á compás, y preguntó:

—¿Es usted el teniente coronel.....?—Sí, señor.—Pues bien,

teniente coronel..... Hizo pausa; yo esperaba un chaparrón de insultos antes de enviarme á las islas Medas; después continuó: —¿Es usted muy antiguo? —Aficionado á las antigüedades, pensé contestarle.—El grado lo tengo por la batalla de Wad-Ras: nunca he ascendido por gracia particular. No le gustó la respuesta.—Pues bien, teniente coronel, va usted..... volvió á pararse; ansiaba yo llegar pronto al desenlace, que cada vez calculaba más fatal, y prosiguió alzando la voz. En el batallón cazadores de Cuba hay un teniente coronel sin carácter y una oficialidad reaccionaria, á la que es preciso meter en cintura; mañana mismo tomará usted el mando de dicho Cuerpo, y nada de política, teniente coronel, y menos reaccionaria. ¿Lo entiende usted, teniente coronel?

Me quedé como una estatua; reflexioné que si me mandaban á impedir hablar á los antirrevolucionarios, no podían elegir á otro más á propósito. Al hacerle presente que no tenía caballo, ni equipo, ni equipaje, añadió, atronándome:—Nada, nada, teniente coronel; mañana mismo se marcha usted; no admito observaciones ni excusas, teniente coronel. Aturdido por los gritos, contento de verme en libertad y pesaroso de no poder regresar á mi casa, al hallarme nuevamente en el gabinete reparé que un paisano dictaba en voz baja á un capitán; adiviné sería el jefe de Estado Mayor, y le dije: —El general me manda encargarme del batallón cazadores de Cuba; tengo precisión de volver á Madrid para dar cuenta de haber conducido á Barcelona 600 mozos de la reserva. —¿No pertenece usted al cuadro eventual del ejército de Cataluña?, me preguntó. —No, señor. —¿Cómo se llama usted? Yo, muy despacio, marcando bien las sílabas, pronuncié mi nombre y apellidos. —¡Ah! ¡Qué bárbaros! No es á usted al que buscamos, exclamó. Se fué corriendo, dió cuenta al general de la equivocación, regresó, y añadió: —Puede usted retirarse.

Bajé de dos en dos los escalones de la Capitanía general, pensando: de buena me he escapado. Desde la revolución huía

de servir en activo, y *velis-nolis* caía de patitas en una tropa sin disciplina.

Si no hablo al jefe de Estado Mayor, compro caballo y equipo, voy al día siguiente á donde se hallaba el batallón cazadores de Cuba, y al recibir la orden escrita me encuentro con que no era yo el destinado al mencionado Cuerpo. Hubiera tenido digno coronamiento la primera y divertidísima comisión que había desempeñado desde 1868.

Me pinchaban en la ciudad condal; deseaba dar fin á mi comisión, y aunque no me hacía ni pizca de gracia volver á ver al capitán general, lo verifiqué para que terminase el negocio de las monedas. Me dijo que el jefe económico de la provincia se oponía al cambio, y que podía dejarlas donde las había tomado, al regresar á Madrid. A las pocas horas me embarqué.

En el Grao de Valencia me recomendó á D. Fernando Cotoner, nombrado director de Infantería, el marqués de la Roca.

Llegamos á Alicante á las diez de la mañana; el tren para Madrid salía á las tres de la tarde; contaron las 1.200 pesetas en calderilla; el mismo que las había entregado al peso no se conformó en tomarlas de igual modo, y entre monedas no recibidas, perdidas ó robadas, lo que adelanté á varios mozos en el vapor, valor de las sacos, conducción al muelle en carro, lancha y flete del buque, me costó 50 duros.

El oficial que se había hecho cargo del dinero, único responsable, se encontraba tan flaco de bolsillo como de cuerpo. Yo, pagué y los pobres reemplazos ó totales no cobrarían jamás sus dos pesetas.

En el tren salimos para Madrid el general Cotoner, varios oficiales y algunos soldados catalanes, sin uniforme ni armas. En Almansa hicimos alto; los carlistas acababan de cortar el ferrocarril. Al disponernos para retroceder, y ya colocada la locomotora, se preguntó á la estación inmediata si había novedad; no contestaron, y se calculó habrían cortado el telégrafo.

Aislados, incomunicados y en ansiedad, pasamos una porción de horas esperando que el enemigo nos cogiera prisioneros, sin poder defendernos ni huir.

El general Cotoner me mandó á media noche que, con los oficiales y soldados, me trasladase á Almansa, alojándonos separados unos de otros; así era más fácil nos salváramos algunos.

En dicha población existía D. José Galiano Enríquez de Navarra, coleccionista de monedas antiguas; por lo que me acababan de mortificar las modernas debía aborrecerlas. Llamé á la puerta del referido señor; se asomó un criado, y al decirle avisase á su amo, éste, que temía lo cogiesen nuevamente los carlistas, de los cuales concluía de escapar y se hallaba dispuesto á saltar por las tapias del huerto, conoció mi voz, mandó abrir, y me dió hospitalidad; me enseñó sus riquezas arqueológicas, entre ellas los pedazos del monumento erigido en memoria de la batalla de Almansa, que destruyeron los patrioteros en 1868. ¡Una hazaña!

Al día siguiente llegamos á Madrid.

Entré en mi casa para descansar, que bien lo necesitaba, encontré un oficio dejándome de reemplazo, y una orden urgente para que me presentase en el acto al Secretario de la Dirección general de Infantería. Lo verifiqué muy ajeno de lo que me iba á suceder. El brigadier conspirador en 1868 me preguntó bruscamente mi nombre. Lo podía excusar porque me conocía; habíamos servido juntos en un regimiento poco antes de la revolución. Recordé la reciente escena de Barcelona; mi sino fatal era ir de Herodes á Pilatos. Me dijo estaba yo destinado al batallón reserva de Utrera, núm. 79, compuesto de tan malos elementos, que, por no poderlo organizar, dos tenientes coroneles seguidos acababan de pedir el retiro, cuyo Cuerpo se distinguía en ser el peor entre los peores recién creados; que á las tres de la tarde salía un coche de la calle de Toledo para Leganés, donde se acantonaba el mencionado batallon, dándole parte el mismo día de haberme hecho

cargo del mando. Como hacía yo el número 3 para ascender á coronel por antigüedad, trataban de precisarme á imitar á mis predecesores. Una iniquidad.

El brigadier añadió, sin mirarme, que, antes de emprender el viaje, el capitán general me daría instrucciones verbales; que fuese á verlo en seguida. Le manifesté concluía de llegar de Cataluña de conducir 600 reemplazos, y que debía dar en el Depósito de Instrucción de Castilla la Nueva, cuenta formal y exacta de mi comisión.

«Es inútil ponga usted inconvenientes. Son las doce, vea usted al general Pavía y se marcha á las tres á Leganés.» replicó á gritos.

Dije al ayudante del capitán general que según orden terminante del secretario de la Dirección de Infantería debía presentarme personalmente á S. E. antes de ir á Leganés en aquel instante á encargarme de un batallón, y me contestó: «Pues yo la tengo de no pasar recado por nada ni por nadie.»

Las manecillas del reloj volaban. Corriendo regresé á la Dirección á dar cuenta al secretario del callejón sin salida en que me metía. Quedaba tiempo aquel día para trasladarme á Leganés, y aun de ingresar en su manicomio; imposible presentarme á Pavía si éste no quería recibirme. Así lo expuse al referido brigadier, que sin atender razón tan poderosa repitió: «Marche usted á Leganés y reciba instrucciones del capitán general. Desesperado, le repliqué: «Me iré, sin salir responsable de no dar cuenta de mi comisión; no puedo obligar al capitán general á que me vea contra su voluntad; vengo de Barcelona con el señor general Cotoner.» «Ahí está», me interrumpió. Le volví la espalda y corrí al despacho del Director, que me recibió muy amable, preguntándome si había descansado del viaje. Le respondí que al entrar en mi casa me dieron orden de ver al señor secretario, el cual se empeñaba (estaba oyendo lo que decía), que á las tres de la tarde, y eran ya las dos, fuese á Leganés á encargarme de un batallón, sin dejar de ver al general Pavía, que á nadie recibía según su ayudante.

El brigadier esperaría ser secundado en el incalificable atropello que conmigo cometía; el general Cotoner añadió con la calma que le caracterizaba: «Bueno, bueno, vaya usted á descansar y mañana será otro día.»

Los revolucionarios contínuos, chupópteros perennes, que dominaban en España, trataban más brutalmente que los moderados progresistas y republicanos á los militares que no eran políticos ni nunca se sublevaban. Los necesitaban para restablecer la disciplina en el ejército y les temían porque se sobrepondrían á la postre.

Por espíritu de oposición, que confieso es uno de los principales rasgos de mi carácter, me propuse tener calma y ejercitar la paciencia, ya que tal vez trataban de que la perdiese.

El ayudante del capitan general me repitió al día siguiente que tenía orden absoluta de no pasar recado; que era igual recibir instrucciones del jefe de Estado Mayor. Este me dijo: —Hoy sale el batallón de usted para Málaga y Melilla.

Existía verdadero propósito de que yo no llegase á coronel; calcularon que si me destinaban á campaña iría por aquello del honor; de seguro pediría el retiro antes de llevarme al presidio de Melilla. Yo estaba completamente en Babia. No me ocurrió hasta entonces que para tomar el mando de un Cuerpo estando de reemplazo precede siempre la orden escrita comunicada por el gobernador militar. Así lo manifesté al mencionado coronel; de ninguna manera me expondría á que el jefe accidental del batallón, no llevando yo un documento que acreditase mi persona pudiera decirme: «¡A mí qué me cuenta usted!» y que en mi casa esperaría el oficio.

El jefe de Estado Mayor se sonrió y exclamó:—Tiene usted razón: esto es un barullo completo.—Ocho días tardaron en enviarme la orden.

En el Gobierno militar ví que en mi pasaporte habían escrito alférez en lugar de teniente coronel, y exclamé:—¡Si al menos me dejaran de la edad que tenía cuando lo era!—Al oirlo dijo un capitán:—Cuando llegué de soldado hace treinta

años al regimiento de Zaragoza, conocí á usted de teniente.

De Madrid á Málaga íbamos en el mismo coche un matrimonio, que por sus ternuras debía encontrarse en la luna de miel, un comerciante gordo sevillano, un coronel miembro de la primera junta que trató inútilmente de presidirnos en la famosa reunión de Capellanes el 73, y yo; al murmullo de las baladronadas que contaba mi compañero me quedé dormido. A media noche desperté á las voces de «¡alto: nadie se mueva ó lo parto,» y de repetidos disparos de fusil. El tren estaba parado, los viajeros alarmados, los novios abrazados y parapetados con los almohadones, el militar pegado á la pared del coche, el mercader pidiendo auxilio á la corte celestial, encogido y empeñado en meterse debajo del asiento; creyéronme dormido, me agarró el coronel por un pie diciendo:—Compañero, que nos roban.—Aún no—le respondí.—¿Oye usted? —Vaya.—Cómo ¿no hace usted caso?—¿Para qué?, no llevo armas.—Si tocan á desbalijar me levantaré.—Permanecí tendido, pensando en la vergüenza que me causaría el ir de uniforme. Manifesté extrañarme de que continuase el fuego tanto rato. La novia, muy serena, dijo:—Vienen con nosotros muchos guardias civiles. Cesaron los tiros, apareció por la ventanilla un tricornio dándonos la grata noticia de que los ladrones acababan de huir. Gracias á la moralidad de los empleados en el ferrocarril los bandidos se enteraron de que el tren conducía dinero, no de la escolta que lo custodiaba.

Al llegar á la primera estación, pasado el peligro, gritó el coronel, ya repuesto del susto:—¡Viva la Guardia civil! ¡Viva la libertad!—Por los excesos de ésta, si no nos acompaña la otra nos quedamos sin un cuarto.

En Málaga hablé con el gobernador militar de lo mal que se hallaba mi batallón; le referí que había visto al capellán del mismo en Madrid, notable por su indecente traje y no usar corbatín ni alzacuello.—Ya está aquí, le reprendí por su falta de corbata—me dijo.—Lo mandó buscar por toda la ciudad y no pareció. El 9 de Abril, que me embarqué para Melilla, lo

encontré sin corbatín ni cuellecillo, acompañado de una sobrina que tenía facha de tía; me probó con el pasaporte, que acababa de llegar á Málaga. Sin duda eran dos los capellanes sucios y descorbatinados. No conseguí que el de mi batallón atravesase el Mediterráneo. Se desertó. El desbarajuste republicano influía hasta en el clero castrense.

Salí de Málaga, y á las catorce horas desembarqué en Melilla el 10 de Abril, después de una noche de las peores de mi vida. El vapor estuvo á punto de naufragar. Cuando estoy mareado y me dicen: «Se evita usted una enfermedad.» No he padecido otra, replico siempre.

Con trabajo me puse de pie; los marineros, en brazos, me colocaron sobre unas peñas junto á una alta muralla. Cuentan que antiguamente se leía en ella: «El entrar en Melilla no es maravilla. El salir de ella es ella.» Atravesé un largo subterráneo, seguí una estrecha calle formada por almacenes y una tapia aspillerada. Melilla era mucho peor de lo muy mal que me figuraba. La caja del batallón que iba á mandar se hallaba vacía, los oficiales no tenían un cuarto, los soldados estaban sin sobras, y no se morían de hambre porque recibían la ración de etapa que les abonan en los presidios de Africa. El habilitado, que quedó en Madrid, no daba cuenta de su persona ni de los haberes cobrados. Suponían habría desertado, y me presentaron un oficio dándolo por hecho, que me negué á firmar hasta saberlo positivamente.

Me presenté al gobernador; desde el balcón de su bonita casa contemplé varias líneas de fortificación, el campo del moro y el severo paisaje que se extiende por la negra costa del Riff hasta el Gurugú. En la población no se veían mujeres, niños, ni flores, que alegran el alma. En la calle se encontraban penados. Reinaba la tristeza, sólo se oía el ruido de las cadenas.

El batallón reserva de Utrera, núm. 79, se componía del cabo de cornetas, que era aragonés, 99 castellanos y 900 gallegos. Los llevaron de la Coruña, por mar, á Santander, y por

ferrocarril á Sevilla. En Madrid los vistieron y presentaron sin ninguna instrucción en una gran parada. No lo pudieron hacer peor; como si los pobres tuvieran la culpa de los desaciertos ajenos, traídos y llevados de Ceca á Meca, en castigo los enviaron á Melilla; siempre pagan justos por pecadores. Las prendas hechas por contrata las repartieron sin orden, dando á los altos de tercera talla, y á los bajos de primera. Casi las tenían destruídas. Me convertí en cabo, veía por la mañana á los que entraban de guardia, y por la tarde, en el ejercicio, á los que salían. Les enseñaba teórica y prácticamente el servicio de guarnición, repitiéndoles que si se descuidaban serían degollados por los moros de fuera ó los presidiarios de dentro. A los oficiales les dije que, fiel observador de la Ordenanza, la haría cumplir, que no era político ni déspota; que jamás mandaría lo que no estaba escrito; que no me pronunciaría, ni permitiría que lo ejecutasen mis subordinados sin que pasasen por encima de mi cadáver. Supongo que muchos no entenderían lenguaje tan nuevo en época tan revuelta.

Melilla era un cuartel de soldados, cantineros y presidiarios. Desde la torre del reloj que servía de atalaya, un corneta tocaba diana á las cinco de la mañana; se oía de todas partes. Daba la señal para que formasen los soldados, saliesen los confinados á los trabajos ó se retirasen. Guardé el reloj por innecesario.

A las seis paseaba en la plaza viendo á los moros vender gallinas y huevos; á las siete revistaba la tropa entrante de servicio, recorría las calles, y veía alguna de la media docena de mujeres que había en la ciudad; á las nueve almorzaba, leía los dramas de Calderón, daba la orden, y á las tres mandaba el ejercicio; después del rancho visitaba á los administradores de la Aduana marroquí, sirviéndonos de intérprete Farache, soldado moro, muy pillo; al anochecer, en casa del gobernador, el hablar con tres militares viejos me servía de narcótico.

La mayoría de los mil *totales* ó quintos de veinte años, no

sabían llevar el fusil. Gracias á mi terquedad los instruí. Castigué á un soldado que robó un plato de hoja de lata. Mandé que le despojaran de la chaqueta, que le volviesen la gorra del revés, y con el plato colgado del cuello, le hice pasar entre filas. Los pobres marusos estaban desencajados al presenciar la escena. Evité fuera á presidio.

Llegaba el correo, si el mar estaba tranquilo, el 2, 11 y 21 de cada mes. Desde el amanecer, en la muralla más alta, atisbaba con ansia el vapor que traía noticias de España.

Un moro de Tetuán, casi civilizado, me dijo que las negras son más á propósito para hembras que las blancas. Estas tienen mucho orgullo, se vuelven intratables, reciben y no devuelven las caricias; aquéllas aman con más vehemencia. Figuraba abrazarlas con entusiasmo. Para distinguir unas de otras se necesitaba práctica y yo no la tenía.

En el campo de Melilla ví una preciosa negrita de diez á doce años, muy desarrollada. Llevaba túnica de lana blanca, corta, escotada, abierta desde las caderas, enseñando piernas y brazos. Parecía de ébano; me recordó la estatua del hermafrodita que se halla en el Museo del Prado. La acompañaba una mora vieja. Se acercaron para besar la ropa y admirar la señora, muy guapa, de un oficial. Los moros las llamaron amenazándolas para que se apartasen de los cristianos.

Se aproximó á Melilla un marroquí del interior, con varios camellos. Estos, al vernos, se asustaron. El intérprete de la plaza manifestó en árabe que tendrían miedo. El africano creyó que se refería á él, y gritó furioso señalando al cielo.—¿Qué dice? — pregunté al intérprete. — Que sólo teme á Dios, contestó.—El moro era colosal, llevaba jaique blanco, y una cuerda ceñida á la cabeza, con más orgullo que un emperador romano la diadema.

Me decidí á visitar á las señoras de los oficiales de mi batallón.

En el piso bajo de mi casa vivía un alférez. Encontré á su mujer en la puerta hablando con un presidiario. La pregunté

si tenía ya arreglado el cuarto, y contestó:—*Entodavía* no. Este caballero me ha traído una poca cal para blanquearlo.— Al oir llamaba caballero á un confinado, me largué y dirigí al paseo de las Cabras, único de Melilla. Subí á la muralla y me senté en un cañón de á ochenta, llamado *El Marqués de Leganés;* en él solían descansar los que en la plaza africana llegaban á chiflarse. Contemplé un rato las costas del Riff, soplaba el Levante, me dolían las heridas y abandoné el paseo de las Cabras por no saludar á la esposa fea y vieja del teniente Cuadrado. Este descendería del partidario catalán, que se equivocaba siempre al firmar, ponía el apellido antes del nombre y decía: «Lo mismo da Pedro Cuadrado que Cuadrado Pedro».

No quise ver más subalternas. Visité á una capitana de diecisiete años de edad, bonita, esbelta y elegante; sobre el marido llovían reclamaciones de deudas hasta de su padre, que le pedía además del dinero prestado el 10 por 100 de rédito. A la niña la daban ataques nerviosos; no se separaba de su esposo ni las noches que estaba de guardia en los fuertes exteriores de la plaza, para defenderlo si le acometían los moros.

—¿Con que es usted muy aficionado á monedas antiguas? — me dijo después de enseñarme un canario y un conejo rubio. — Mi papá, añadió, tiene una de plata española que pesa dos duros. — Será medalla; de ese peso nunca se han acuñado monedas en España; repliqué. — ¡Me lo dirá usted á mí! mi papá es cajero de una casa de comercio. ¿No entenderá más que usted?—Es fácil equivocarse.....—¡Qué terco! Son ustedes muy brutos los aragoneses, me interrumpió.

El marido se calló, y juré por Dios Grande, como dicen los riffeños, no continuar visitando á mis subordinadas.

No todas las del batallón eran como las anteriores.

Copié las lápidas que había en las murallas y edificios del Estado; la más antigua es de 1571. Leí varios documentos estravagantes del archivo. En uno se prohibía llevar á Melilla animales hembras. Se comprende.

Antiguamente las imágenes de la iglesia, la Virgen, San

José y Santiago, pasaban revista de comisario, abonándoles ración de bastimento. Servía su importe para el sostenimiento del culto. La cebada del caballo del patrón de España se la comería el sacristán. Después señalaron una cantidad en metálico. La iglesia es del siglo XVIII. Lo más antiguo que ví en Melilla fué un hermoso escudo con las armas del emperador Carlos V, que se halla en una puerta de la plaza.

El 16 de Junio de 1864 se expidió una Real orden para disminuir las ratas de Melilla, ofreciendo 12 céntimos por cada cabeza que presentasen. Fueron tantas, que se derogó la orden.

En Africa supe que el pasto progresista, alfalfa, se llama lo mismo en árabe que en español.

El mar rodea al peñón que sirve de pedestal á la ciudad de Melilla; á excepción de una docena de empleados y la guarnición, todos eran presidiarios, ó lo habían sido. Habría sueltos unos 150, y hasta 400 trabajaban en las fortificaciones.

Con soldados bisoños, que se asustaban si se les disparaba el fusil, rodeados de salvajes enemigos, y guardando tanto pecador no arrepentido como había en Melilla, vivíamos de milagro. Si en ella se ensayase el liberalismo, degollarían la guarnición, y se perdería esta plaza, conquistada en el siglo XV. Un famoso confinado, llamado Zancajo, al marcharse D. Amadeo de Saboya pintó la figura de la República. Le advirtieron que le darían 200 palos si se entretenía en manchar la pared. Quiso, sin tener un ochavo, convidar á sus dignos compañeros. Calculó de dónde sacaría lo que necesitase para el festín. A pesar de la libertad continuó sujeto con una enorme cadena.

El presidiario que me servía de cocinero, retrataba á los soldados y á las novias de éstos que se hallaban en la península con sólo saber si eran altas ó bajas, flacas ó gordas. El tal Apeles, por dos reales pintaba cuadros de composición. Soldados que daban la mano á sus novias. Por poco dinero hacía felices al Papanatas que creía verse retratado, á la mu-

chacha que recibía el precioso regalo y al tuno que atrapaba los cuartos. El artista, que, como á casi todos sucede, creía superar á Velázquez, renegó, y en Fez hizo juegos de manos á presencia del emperador. Dió funciones de sombras chinescas; gustaban mucho á los moros, porque siempre salían vencedores de los cristianos. Me retrató sin mirarme á la cara en el acto de mandar á un soldado degollase á un moro, después de haber muerto á otro. La obra tenía varias impropiedades que no disminuían su mérito; la pintura se hallaba en la infancia. Me sirvió una empanada de carne, y dudo, después de veintitrés años, si era pescado ó paja. En cuanto pude tomar asistente, lo despedí, á pesar de sus muchas habilidades.

Fuí á las islas Chafarinas. En la de Isabel II se hallan los cuarteles; en las de Congreso y Rey había presidiarios y lobos marinos; están mal fortificadas. Revisté la compañía que las guarnecía, reprendí al capitán que la mandaba, porque se hallaba mal instruída y en lugar de excusarse, me preguntó: —¿Quiere usted echarla á reñir con la mejor del batallón?

Por la barbaridad y el acento, comprendí que era paisano mío; con trabajo pude contener la risa.

Siempre que en Melilla alguno me daba señoría, atajaba al adulador, diciéndole:—No la tengo; siga usted.

Se presentó un oficial aragonés á un coronel que iba sin uniforme y no le dió tratamiento.—Tengo V. S.—le dijo el jefe. —Ignoraba que V. S. tuviera V. S., si no le hubiera dado V. S. á V. S.,—replicó el subalterno.

A un alcalde sordo le gritaban los baturros.—Oiga V. S., tío Perico.

Lo mejor sería hablarnos en impersonal.

En la plaza africana repetían: «En Melilla, no te fíes de Cappa, Capote y Capilla.» En el cementerio leí: «Aquí yace una joven, que murió de sensibilidad de corazón.» El mayor del presidio trataba cruelmente á los confinados. A uno que robó 40 duros al gobernador, le decía mientras lo apaleaban: —Bribón, lo he de desollar vivo; ¡á la primera autoridad!

Se hallaba un confinado amarrado siempre á la pared con una cadena. A tan horrible castigo llaman «estar en blanca». Lo merecía: había sido escribano. Le condenaron por falsificador. Tenía cincuenta y tres años, y le faltaban setenta y cinco para cumplir. Se dedicaba á mandar anónimos, á delatar supuestos crímenes y á sacar dinero de varios modos. Le preguntaron por qué no ejercía su honrosa industria con los tontos que ya había estafado otra vez, y contestó que no se lo permitía la conciencia cuando no tenían un cuarto. Había orden para que nadie hablase con él á solas.

Un centinela, desde el puente levadizo de la puerta de San Fernando, distraído, cayó al foso. Los soldados de la guardia temieron se hubiera hecho pedazos, como le sucedió á otro; lo encontraron sano, salvo y montado en el burro de un cantinero.—¿Qué le dieron á usted?, le pregunté.—Agua y vinagre, contestó.—¿Y al borrico?—No se asustó.

Elegí veinte gallegos, agudos como punta de colchón, para cornetas. Me situaba sobre un puente levadizo, mientras en el foso los instruían. Una mañana oí se acercaba la banda tocando asamblea. Cuando más satisfecho me hallaba pensando en sus progresos, de pronto los cornetas armaron un ruido infernal, sin orden ni concierto. La trompetería era capaz de echar abajo las murallas de Melilla. Comprendí que los *guajas* se habían insubordinado; corrí tras ellos, cogí por el cuello al último, y le pregunté:—¿Quién os ha mandado tocar tan mal?—El cabo, para jo.....robar á usted, porque no le deja dormir fuera del cuartel con.....—¡Alto, alto!, grité repartiendo bastonazos, haciendo parar la banda. Metí al cabo en el calabozo, ordené formar sumaria, y lo hubiera pasado mal; rompí las actuaciones cuando ascendí á coronel. Perdoné la cencerrada al indómito cabo, aragonés; peor que los riffeños, armó más cuestiones con ellos que los 999 individuos restantes del batallón.

Me avisaron que en el acto de la parada, cuando á los soldados diesen la voz: «Guardias, á sus respectivos destinos», no

obedecerían. Las compañías nombradas de servicio estaban en el cuartel de la Plaza de Armas. En el acto las mandé formar, cerré las puertas, iba yo sin espada, para probar que no tenía miedo, y después de explicarles el deshonroso crimen que trataban de cometer añadí, exaltadísimo:—Si se pierde esta plaza, que no es de republicanos, carlistas ni alfonsinos, sino de todos, si alguno de vosotros vuelve á España, la mayor parte seréis degollados por los moros y presidiarios; las mujeres, que en nuestra patria valen más que los hombres, os escupirán á la cara, diciendo: «Por ese cobarde nos quedamos sin Melilla.»

Dispuse saliesen á la plaza, encargué á los oficiales matasen al que desobedeciese, y las guardias marcharon á sus puestos. Me jugué la vida, que para un militar vale mucho menos que la honra. No había dinero en caja; de la famosa peseta que los revolucionarios señalaron al soldado para hacer imposible el ejército, sólo podíamos darle media. Esto perjudicaba á los cantineros, los cuales indujeron á la tropa para que faltase á su deber. Aconsejé al gobernador los embarcara para la Península. No le convenía, y exclamó:—¡Y si no es verdad! —Poco se pierde. Así disminuye el número de los muchos tunantes que aquí sobran, le repliqué.

Se hablaba si una mujer que acababa de llegar á Melilla era hermana, sobrina ó esposa de un oficial. El soldado que servía á la mesa dijo:—Por el asistente, paisano mío, sé que es tía...

Estuve en la Sinagoga. En el centro de una pequeña habitación había un cajón vacío, cubierto con un trapo. Media docena de judíos movían la cabeza y cantaban en hebreo. Un comandante de artillería, que la echaba de liberal descreído, se burló de ellos. Yo respeté su religión.

A las seis de la mañana del 28 de Abril pregunté á un empleado en la Aduana marroquí el motivo de la función que celebraban al amanecer. Era el nacimiento de Mahoma.

Sentados sobre una alfombra tres morazos, cantaban alabanzas á Dios, acompañándose con guitarras moriscas y panderetas. Me obsequiaron con dulces y té.

En la plaza africana soplaba siempre Poniente ó Levante. El primero, furioso, hacía estremecer puertas y ventanas. El segundo alteraba el mar, y las olas azotaban las murallas. Repito que en Melilla me conoció una mujer sin haberme visto antes, por lo mucho que me parecía á mi madre.

De niño permanecía yo inmóvil delante de ella haciendo de estatua, hasta que se apuraba. Sin haberlo oído nunca ejecutaba lo mismo un hijo mío con la suya.

Llegó á Melilla la noticia de la muerte de D. Manuel de la Concha, que mandaba el ejército del Norte, el 28 de Junio de 1874. En 1868, con su prestigio, inteligencia y valor habría aplastado á los revolucionarios, evitando tres guerras civiles. No quiso defender al Gobierno, lo despreció Prim, y lo vencieron los carlistas, que publicaron el siguiente telegrama: «G. E. M. General á S. M. el rey en Vergara.—Destrozado ejército republicano. El general Concha muerto; las bajas del enemigo grandísimas. La victoria es la más completa que hemos tenido en la campaña.» A no serle adversa la fortuna es probable que D. Manuel de la Concha hubiera proclamado á D. Alfonso XII después de tomar á Estella. Lástima que se hubiera metido á político.

El 24 de Julio encontré al gobernador en la muralla real mirando por una cañonera. La noche estaba obscura, calurosa, en calma la mar y se podía contar el número de centinelas que había en Melilla por el grito de *alerta está* que repetían uno tras otro. Se distinguían perfectamente las campanas que tocaban cada cuarto de hora en los fuertes aislados.—Los tiros, dijo el brigadier, han sido en San Luis.—Me figuré que algunos de mis soldados, centinela medio dormido, creyendo ver visiones y temiendo que los moros le cortaran la cabeza habría disparado; yo les prohibí cargar hasta que el enemigo asaltase la ciudad.

—No hay que fiarse de la perfidia africana, añadió el gobernador gravemente.—Vaya usted, me dijo, por las minas y averigüe dónde han hecho fuego. Que le acompañe á usted

el mayor de plaza y la escolta correspondiente. Todos los fuertes de Melilla se cerraban al ponerse el sol; hasta que salía se comunicaban por debajo de tierra. Las minas representaban un trabajo inmenso. Presidiarios de confianza servían de guías en tan laberíntico subterráneo, para evitar se perdiesen y murieran de hambre los soldados. Abrieron la fuerte reja de hierro que hay en la guardia del principal; bajamos á la mina un confinado con un farol, detrás de mí el mayor, dos soldados armados y otro confinado también con linterna. A los diez minutos de paseo tan pintoresco, llegamos á la escala de la bocamina del fuerte Victoria Grande; el centinela, al divisarnos en el fondo, articuló sonidos sin sentido. —Dé usted el quién vive, le grité.—Permanecimos mirando hacia arriba, hasta que por fin llamó el soldado.—Ca..... ca..... ca..... bo....., luz.—Era tartamudo. Maldije á los que destinaban al ejército hasta los inútiles. Me reconoció el comandante de la guardia, abrieron la reja, fuimos saliendo como diablos de comedia, nada sabían de los tiros y volvimos á la mina. A poco rato dijo el guía. — Encima de nosotros está el cementerio. — Caminar por debajo de los muertos no me hizo gracia.

En San Miguel ignoraban lo que tratábamos de averiguar. Desde la muralla pregunté á la guardia de Santa Bárbara, y me contestaron que los disparos habían sido en Santa Isabel. Atravesé un cuartelillo donde dormían los soldados con el sueño que se tiene á los veinte años de edad. Pasé por los huertos y mis pulmones aspiraron con placer aire puro y fresco. El de las minas asfixiaba, se podía masticar. Casi todos los fuertes y baluartes de la plaza tienen nombres de santos; yo iba dado á todos los demonios. Mi acompañante, el mayor de plaza, alto, seco, verdinegro, marchaba muy serio con la cabeza baja para no pegar con ella en el techo de las minas. — Se le desteñían sus descomunales bigotes con el sudor.—Me contó que su mujer le había enamorado porque hablaba francés. Un majadero. Si yo hubiera sabido entonces

que era masón de los tontos que explotan los pillos, le llevo corriendo hasta echar los hígados por la boca. El oficial de guardia de la plaza de Armas, formó bocina con las manos, y me gritó: —Mi teniente coronel, el centinela de San Fernando ha oido caer tierra de la muralla y ha hecho fuego á un bulto.

Nos volvimos á meter por escotillón y al cuarto de hora encontramos al gobernador, que pesaría más de diez arrobas, sentado en la plaza de los aljibes, fumando tranquilamente. Interrogaba al pastor del ganado que había en Melilla.—¿Por qué has corrido al oir los tiros?—Al día siguiente se publicó un bando prohibiendo á las cabras andar sueltas. Una pelinegra había sido causa de la alarma.

Mis bisoños parecían veteranos, conseguí engordarlos, disciplinarlos é instruirlos; los cornetas tocaban tan melodiosamente que hacían rechinar los dientes. El más torpe sería digno de encargarse de la trompeta del juicio final.

Los hijos del jefe de la kábila de Mazuza, próxima á la plaza, mataron á su hermana porque la encontraron con un amante. Este hizo paces con ellos porque le dieron 200 duros y otra hermana que casó con el mayor de los fratricidas, llamado Mohamet; lo asesinó hallándose durmiendo en el café situado en las ruinas del castillo de Santiago un primo de la mujer que le dieron al aceptar la paz, al cual se la habían prometido en matrimonio. Mohamet era rico, arrogante mozo, muy simpático y amigo mío. Vino á verme muchas veces.—¿Porqué no aprendes á leer y escribir? le dije.—Eso sólo sirve para los frailes (santones), me contestó. Prometió acompañarme por las cinco kabilas fronterizas á Melilla, jurando que todos me respetarían. Hubiera ido seguro..... de quedarme sin cabeza. En 1841, los centinelas de la muralla de Melilla observaron que un corneta del provincial de Cádiz se pasaba al moro nadando. Todas las guardias dispararon sin cesar contra el desertor, que llegó sano al campo riffeño. Los moros le cubrieron con sus jaiques; en lugar de agradecerlo la emprendió á bofetones, se lanzó al mar y regresó á la plaza. Al prin-

cipio le creyeron demente y le respetaron; después le hicieron fuego. Había apostado con otro corneta á que iría desnudo á dar de mojicones á los sectarios de Mahoma.

Siendo Buceta gobernador de Melilla, había de mayor en el presidio un antiguo oficial de Cuerpos francos de abultado abdomen, que se acariciaba tarareando.

«Valientes nacionales,
amad la libertad.»

Siempre que Buceta ordenaba una salida para atacar á los riffeños, y disponía que el mayor se le uniese en el campo con una sección de confinados armados, los llevaba al Mantelete, punto avanzado de la fortificación, y señalándoles donde esperaba el gobernador, les decía: «Por ahí se va.» Subía tan de prisa como le permitía su panza á la torre del vigía, observaba el regreso de las tropas, se colocaba muy ufano á la cabeza de los presidarios al entrar en la plaza y gritaba: «¡A mí nadie me pasa delante.» El recuerdo de que su antecesor murió en una salida y se lo comieron los perros le embargaba el ánimo.

Un soldado de mi batallón exclamó:—¡Parece mentira que Dios puede más que todos los santos!—Para convencerle añadió otro:—El teniente coronel manda más que nosotros y somos mil.

Un moro me preguntó:—¿Tienes mujer?—No. ¿Y tú, cuántas?—Tres.—¿Qué hacen cuando se reunen?—*Riñan.*—¿Cómo las pones en paz?—Así; figuraba el riffeño dar una zurra.

Junto á un agujero abierto cerca del mar, puse varias bolitas de papel en línea recta.—Cuando yo quiera, se meterán ó saldrán una tras otra en la peña,—dije á unas señoras.

Debajo de la roca existía una cueva que comunicaba con el mar. Al retirarse la ola, aumentaba el vacío, y con el aire entraban las bolitas corriendo por el agujero. Volvía la ola, dis-

minuía la concavidad, los papelitos no habían llegado al agua, y salían á escape.

Los historiadores romanos aseguran que la astucia es la cualidad que distingue al africano. Cogí una rana en el antiguo cauce del río Oro, la acerqué al mar, dió un salto, nadó unas dos varas y volvió á la playa. La cambié de sitio y no quiso meterse en el Mediterráneo. La llevé á inmediación del agua dulce y desapareció. No pude engañarla segunda vez.

Las frases que unos á otros nos dirigimos deseándonos larga vida y pocos padecimientos ó enfermedades, se llaman saludo. Es saludo militar la acción de llevar la mano á la visera ó escudo de la gorra ó morrión. Debía titularse reverencia ó zalema. Me repugna saludar ó desear la salud á los que desearía llevara el demonio.

El saludo no es señal de civilización; lo prueba lo aficionados que á tales actos son los kabilas del Riff. Cuando se encuentran dos se dicen: «El saludo sea con vos.—Con vos sea el saludo.—¿Cómo estás?—Bueno, gracias, ¿y tú?—Bueno; Dios te bendiga.—¿Cómo te encuentras?—Sin mal.—¿La familia?—Buena, loado sea Dios.—¿No tienes mal?—No, á Dios gracias. —¿Y la casa? — Buena;» frases que repiten doscientas veces. Jamás preguntan por las mujeres. Sería ofensa nombrarlas; pensar en las del prójimo se peca. Si los moros colocan la mano derecha sobre el pecho, expresan sinceridad; si llevan la mano á la cabeza, respeto; si se tocan los dedos de las manos derechas besándolos después, cariño; si sudan y los ponen en la boca, una porquería. En Melilla tenía que contestar á los saludos de todo el mundo. Me desesperaba. Huía para evitarlos.

Un centinela, al ver al mayor de plaza, gritó:— ¡Los de guardia, el de ayer!— Cuando mandaba el partido moderado, época en que se trataba horriblemente á los soldados, se les exigía que diesen la voz: «Los de guardia, el excelentísimo señor capitán general.» A muchos se les castigó porque no podían pronunciar frase para ellos dificilísima.

El secretario del gobernador, por haber nacido en Melilla, era de los que llamaban «rata de presidio»; echándola de gracioso, nos contó que siendo mayor del penal, para castigar á los confinados, inventó un horroroso tormento. Los encerraba en un calabozo pequeño, lleno de trapos viejos, expuesto á los rayos del sol, y tantas pulgas se criaban en él, que ningún presidiario podía sufrir media hora el atroz martirio que le causaban los insectos. Por resignado que se hallase, daba alaridos, subiéndose por las paredes, pidiendo misericordia.

Yo le llamaba el Mochuelo, desde que hizo una mueca con su boca sin dientes, y cerró un ojo al referirnos el siguiente cuento: «Un mochuelo que caminaba con un zorro, adivinó que éste trataba de comérselo en cuanto se quedara dormido; se paraba en las más altas ramas de los árboles, mirando con un ojo á su compañero, el cual al llegar al término del viaje, le dijo:—Camarada, habrá usted pasado malas noches; nunca le he visto descansar. — Regulares, replicó el Mochuelo sonriéndose, y añadió al echar á volar:

«Si viajas con amigo incierto,
duerme con un ojo muy abierto».

Como el Mochuelo adulaba al gobernador, les encajé el cuento que sigue. Se lo oí á un alguacil en tiempo de Fernando VII (q. e. p. d.), cuando mi padre ejercía de corregidor de Borja. Yo he ignorado cincuenta años que lo publicó Juan, aragonés, en el siglo XVI. «Vivía en España un rey muy generoso. Un pobre gallego cargó con el nabo más grande que encontró en su tierra, y lo presentó al monarca, que le regaló en cambio un hermosísimo diamante. Un andaluz muy listo, calculó que si por una despreciable hortaliza había recibido el maruso alhaja tan preciosa, á él, por un magnífico caballo, lo hartaría de honores y riquezas. Llevó al rey el mejor potro de Andalucía, y el soberano, agradecido, le dió..... el nabo del gallego». Castigo que merecen los que adulan por interés.

El gobernador de Melilla, alto, grueso, muy moreno, belludo, de tipo africano, sólo se distinguía de los jefes de las kabilas inmediatas á la plaza, en el traje. De escasa inteligencia, le dominaba la materia. Comía, bebía y..... dormía. Armaba cuestiones con cristianos, moros y judíos. Me pedía auxilio para salir de ellas.

Los hebreos representaron contra él porque faltaba á la libertad de cultos, prohibiéndoles entrar en la plaza reses muertas en el Riff; no existía en Melilla sabio ó rabino que las sacrificara, según previene la ley mosáica, y contra su voluntad comían siempre de vigilia.

En el informe que escribí manifesté ser práctica constante, desde que se conquistó á Melilla, no permitir se introdujese en la plaza desde el campo infiel, sino la carne en vivo, para evitar envenenamientos, teniendo en cuenta la guerra continua y el odio eterno entre moros y cristianos. Con los cantineros era muy tolerante, por lo que le abonaban. Sin pagar derechos no toleraban los de la aduana marroquí la introducción de ganado lanar. El pastor de la plaza multiplicaba los carneros mezclándolos con los del campo fronterizo, y los pasaba en montón; el gobernador despreciaba las críticas de los que creían en Jesucristo, Mahoma y Moisés. También se hacía el contrabando de salitre, prohibida su introducción en Marruecos. La Aduana marroquí se hallaba situada en un cuerpo de guardia fuera de la segunda línea de fortificación. Uno de los administradores jamás se reía y rara vez hablaba. El otro, llamado el moro de los dientes, los tenía enormes, nervioso, exaltado, ignoraba el castellano y se daba á entender por señas, á no ponerse frenético, siendo entonces sus gestos tan rápidos, que ni el mismo diablo podía comprenderlo. Me explicó que según sus libros, Dios permitirá que los aborrecidos judíos dominen cuarenta años sobre la tierra. Observó no me hacía gracia la profecía, y me aseguró que los años sólo se compondrían de veinticuatro horas cada uno, en las cuales se sembraría y cogería la cosecha; después la raza hebrea sería exter-

minada para siempre. Sid Mahomed Kelris, de Tetuán, me asustó y tranquilizó.

Destinaron al batallón un comandante, hablador insustancial, al parecer enemigo de la revolución; á poco lo dejaron de reemplazo por cantonal. El otro comandante me contó que en 1854 era sargento, escribiente de confianza del gobernador militar de Toledo; cuanto sabía se lo avisaba á los conspiradores; después lo dejé colgado, añadió.—A mí no me colgará usted; antes lo mandaré ahorcar de una almena, le interrumpí señalando la muralla.—Se presentaron en mi casa los subalternos del batallón. El más osado manifestó que un jefe del Cuerpo decía se hallaba á sus órdenes una oficialidad indigna, y que en las continuas cuestiones que surgían entre la misma y el gobernador de la plaza, siempre daba á éste la razón. Le pregunté si aludía al comandante; respondió negativamente, y añadí muy tranquilo: «Entonces soy yo».

Podía arrestarlos, que se formase sumaria ó convencerlos de su mal proceder; con la mayor calma me dirigí al cabeza de motín, le expresé que al revistar el destacamento que mandaba en el Peñón, lo encontré bien; mi opinión no había cambiado. A otro oficial que elegí para que me acompañase á las Chafarinas, le advertí lo mismo. Los dos exclamaron que creían era una calumnia.

A un alférez alto, grueso, basto, ex-cabo de gastadores, de los que se creen valer porque tienen mucha fuerza y nunca sirven sino para mozos de cordel, recién llegado á Melilla, tenía gran parte en el complot, le expresé en el tono más despreciativo, que de él ni siquiera sabía su nombre. Comprendí que los oficiales se arrepentían y les obligué á nombrar al calumniador. Lo llamé y pregunté:—En los actos del servicio ó fuera de ellos, ¿he hablado á usted alguna vez?—Nunca, contestó.—A estos señores les ha dicho usted que yo los creía indignos de ser oficiales, añadí sin variar de tono.—Faltan á la verdad, replicó aturdido.

En toda corporación hay buenos y malos; los oficiales pun-

donorosos, salieron de mi habitación corridos y avergonzados. Desafiaron al alférez, no admitió, y trataron de arrojarlo por la muralla. Me dieron toda clase de satisfacciones y les exhorté á despreciar al culpable. Este, seducido por su mujer, que era del Perchel, trató de vengarse de mí porque prohibí, cuando se hallaba de guardia su marido, que el ordenanza de la misma le llevase los niños en brazos, yendo con el fusil sobre el hombro. Al bestia lo sacó de quicio.

Maniobraba con el batallón en el antiguo cauce del río Oro, para que los riffeños se acostumbraran á vernos en el terreno que el sultán cedió á España después de la guerra de 1860. Ya los moros no cazaban españoles dentro de Melilla. Se tendían antes en tierra, apuntaban á las aspilleras de la plaza, veían pasar los centinelas y disparaban. Yo paseaba hasta el café marroquí, situado en las ruinas del torreón de Santiago. En él, durante el sitio que el emperador de Marruecos puso á Melilla el año 1774, doce soldados españoles con un cañón resistieron tres días, rechazaron 23 asaltos y quedaron enterrados entre los escombros. El gobernador anunciaba con la bocina al cabo comandante del torreón los ascensos que le iba dando en nombre del rey; le hizo general en pocas horas, en cuyo empleo murió. Tan rápida carrera era justa; defendía la patria. En nuestros días algunos han subido á los primeros puestos del ejército por ofenderla.

El 3 de Septiembre recibí la orden de mi ascenso á coronel por antigüedad, quedando de reemplazo. Los jefes de la plaza, el intérprete, la oficialidad del batallón, los administradores de la Aduana marroquí, varios moros y judíos, todos se empeñaron en acompañarme, unos hasta la playa y otros en lanchas al vapor. Sufrí al despedirme de los que me dieron pruebas sinceras de simpatía; nada esperaban de mí: tal vez no los volvería á ver. Me conmovió el recado que me mandaron los infelices confinados, de que les permitiera bajar mi equipaje al muelle, lo único que podían hacer por mí. El obrar bien tiene siempre recompensa.

Todos los soldados francos de servicio formaron calle y me saludaron al pasar, manifestando en sus semblantes el pesar que les causaba verme marchar: con ellos fuí justo. Mi amigo Sid Mohamed-Kelris, el moro de los dientes, al darme el beso de despedida, temieron me arrancase un pedazo de mejilla, se esforzó en no hacerme daño, cerrando los labios cuanto pudo.

Atravesé el Mediterráneo felizmente; desembarqué en Málaga el 5; admiré la encantadora Granada, pesándome no haberla visto antes, y llegué á Madrid el 8, acompañado de varios camaleones. Volví á mi antigua vida de coleccionista.

Uno me preguntó:—¿Dónde ha estado usted?.....—En presidio.—¿Por qué?—Por reaccionario.—No le importe nada.—Ignoraba mi sabio colega, que presidio es guarnición de soldados.

UN SOLDADO VIEJO.

RECUERDOS

Lo pequeño se asemeja á lo grande muchas veces, cuando lo grande y lo pequeño pertenecen á la misma familia.

Y así como en los grandes organismos políticos hay crisis y un Gobierno cae y otro Gobierno sube, así en las Escuela de Caminos, pequeño aunque importantísimo organismo administrativo, hubo también su pequeña crisis. Quiero decir que cayó el director D. E. A. y que le sustituyó D. Juan Subercase, la figura por entonces más respetable y más importante del Cuerpo de Caminos.

Bien puede decirse, sin género alguno de exageración, que D. Juan Subercase había creado la moderna Escuela; porque ha de saberse que ya había sido director de la misma durante muchos años, antes de esta época á que ahora me refiero.

Era tal nombramiento, si así puede decirse, una verdadera restauración.

D. Juan Subercase tenía ya muchos años, probablemente más de setenta y cinco; pero su espíritu era joven, su entusiasmo por la Escuela el mismo de siempre.

Ya lo he dicho: él la había creado moralmente. El había establecido aquella disciplina militar que hizo de la Escuela de Caminos una escuela modelo. El había elevado sus estudios; porque D. Juan Subercase era un hombre de ciencia y domi-

naba toda la de su tiempo. Clase por clase, á todas asistía periódicamente; y en todas, y más que en ninguna en la de Física y en las de carácter matemático, *preguntaba* con frecuencia, sometiendo en cierto modo á rigoroso examen á la vez que á los alumnos, al mismo profesor.

Su programa era bien sencillo: en primer lugar mucha ciencia, en segundo lugar mucha disciplina, y, sobre todo, mucho entusiasmo por la Escuela.

Su gobierno, démosle este nombre, era el de un absolutismo paternal. Todos temblaban ante el nuevo Director, lo mismo los profesores que los alumnos; pero con toda su rigidez, que era muy grande, para el alumno de talento ó para el buen profesor tenía debilidades de padre cariñoso.

Agréguese á todo esto, que D. Juan Subercase, lo mismo en la Escuela de Caminos, que en el servicio del Cuerpo, que en la Junta consultiva de la cual era ya Presidente, en todas partes, en suma, fué un perfecto caballéro y un hombre de gran rectitud y de conciencia purísima.

Tal era nuestro nuevo amo y señor; porque más que director de la Escuela, amo y señor de ella fué siempre D. Juan Subercase. Por no haber querido admitirle ó por haber querido quebrantarle un tanto esta autoridad omnímoda, riñó estrepitosamente con la Dirección de Obras públicas y abandonó el puesto allá hacia el año 49.

En cuanto se posesionó de su cargo, pensó D. Juan Subercase en modificar el personal de la Escuela y en aumentar el número de profesores. Y á los pocos meses realizó por completo sus proyectos.

Por la revolución del 54, he dicho ya en otra ocasión, que vine de profesor á la Escuela de Caminos. ¡Quién sabe si por esta crisis de la Escuela he llegado á ser autor dramático! Más adelante diré cómo; quiero decir que más adelante explicaré el fundamento de esta sospecha mía.

*
* *

Yo he sido siempre puntual en el cumplimiento de mis deberes, y tengo que declararlo así, porque me he propuesto no dejar en la sombra ninguna de mis buenas cualidades.

Las malas que las publique el diablo, si se lo permiten.

Y si siempre he procurado cumplir mi obligación, no hay que decir si la cumpliría con exceso, estando á las órdenes de D. Juan Subercase.

El era también puntualísimo: antes de las nueve estaba en la Escuela de Caminos: todos los días, hiciera buen tiempo ó hiciera mal tiempo, que nevara ó que tronase. Puntual, á pesar de sus setenta y cinco años, como alumno que teme que le pongan falta.

Pues yo había de ser más puntual que él; y así es que cuando él llegaba, me encontraba en mi puesto. El resultado de nuestras emparejadas puntualidades, fué que D. Juan Subercase llegó á quererme mucho y me tuvo siempre gran consideración, tratándome más bien como amigo, que como á ingeniero joven y á subordinado.

En la mesa de mi despacho se sentaba todas las mañanas, sin quitarse su bufanda, cubierto con su majestuosa peluca, y calando sobre la peluca su sombrero.

Después de dejar sobre la mesa un hermoso bastón de caña de Indias, con puño de oro, que él consideraba como símbolo de su autoridad, quedábase esperando á los profesores. Yo encontré en él, á veces, cierto parecido con los Federicos de Prusia.

Y así sentado, con su bufanda y su sombrero, y hablando conmigo, siempre de cosas de la Escuela, oía las nueve, hora invariable é inflexible *de entrada*.

¡Ay del profesor que se retrasase algunos minutos! Temeroso entraba en Secretaría el que llegaba tarde; echábase á temblar al ver á D. Juan Subercase sentado en mi sillón, y con toda cortesía, y hasta con humildad, saludaba al autócrata de la Escuela de Caminos, dándole los «buenos días».

Don Juan no le contestaba; cogía el bastón, y brazo y bas-

tón, con ademán severo y sin pronunciar una palabra, los extendía, señalando hacia el reloj: una magnífica péndola de French, con alta caja de caoba, que me parece estar viendo.

El profesor seguía maquinalmente el movimiento de aquel brazo un poco temblón y de aquel bastón formidable, y fijaba su vista en la acusadora esfera.

«Sí, es verdad—decía, comprendiendo la intención de don Juan Subercase;—me he retrasado algo.»

Y D. Juan rompía su silencio para decirle: «Diez minutos. Si fuera usted alumno, se le pondría á usted una falta de puntualidad, y á las veinte perdería usted curso; pero como es usted profesor, no se puede hacer eso.» Y bajando el bastón, daba un golpe en el suelo, como quien dice: «¡Qué lástima!»

Mientras D. Juan bajaba al suelo el bastón, bajaba el profesor las orejas y se marchaba á clase.

Esta escena la vi varias veces; y el haberse repetido con demasiada frecuencia le costó salir de la Escuela á un compañero nuestro: como quien dice, perdió curso.

A las doce se marchaba D. Juan á almorzar. Poco después de la una estaba de vuelta; y como tardase algo y llegara, por ejemplo, á la una y media, miraba el reloj con cierta angustia infantil y me decía: «¡Caramba, Echegaray; me he retrasado mucho!» como pidiéndome que le dispensase.

Daban las cuatro, se daba la salida á los alumnos, y me decía: «Puede usted marcharse, que usted ha estado todo el día en la Escuela.»

«Pero ¿y si necesita usted algún libro D. Juan?»

«No, no necesito ninguno: con los que usted me dió antes tengo bastante; conque márchese usted.»

Y había que obedecerle.

Siempre me estaba pidiendo libros para estudiar. Y la razón era esta. Por aquellos años se había extendido ya el cálculo de los puentes de hierro y de las construcciones metálicas, y como estas y otras teorías no eran del tiempo de D. Juan, y él quería conocer á fondo todo lo nuevo, siempre estaba estu-

diando las mejores obras que se publicaban sobre las materias en cuestión, y en más de una ocasión me consultó ciertos puntos difíciles de cálculo.

Por esto, quiero decir, por la ciencia que él bondadosamente suponía en mí (alguna vez he de ser modesto) y la puntualidad que en mí observaba para cumplir como profesor, como ayudante y como secretario, llegó á tenerme verdadero afecto y á convertirme, muchas veces, aunque no siempre, porque no era hombre que tenía ni camarillas ni favoritos, y él mandaba y no mandaba nadie más que él, en su consejero áulico para todo lo que era ciencia y organización científica de la Escuela.

***

Un día, me llamó á su despacho, me mandó cerrar la puerta, me hizo sentar frente por frente de su respetable persona y me dijo con sonrisa bondadosa y con marcado acento valenciano, pues en él el límite de la bondad era marcar el acento de su tierra:

«Oiga usted, Echegaray: hoy va usted á ser el director de la Escuela; no se quejará usted de la carrera que ha hecho. Tan joven, y ya director. ¡Hombre, con llevar yo cincuenta años de servicios, no soy más!»

«Pues, D. Juan—le repliqué yo—usted dirá lo que tengo que hacer para cumplir con mi nuevo cargo.»

«Ya sabe usted—me dijo, poniéndose serio y hasta con cierta solemnidad—que quiero renovar el personal de la Escuela. Respecto á profesores de cierta edad, como á todos los conozco, porque eran alumnos la primera vez que fuí director, no tengo que pedir consejos á nadie: yo solo me basto, y estoy seguro de que escogeré bien. Pero he faltado de la Escuela cinco ó seis años, y no conozco á los ingenieros jóvenes. ¡Vea usted! A usted no le conocía más que por lo que me habían dicho de usted D. Jerónimo del Campo y Pepe Morer.

¡Bueno! Pues ya tenemos eso:—esta era la muletilla predilecta de los Subercase.—Yo quiero traer tres ingenieros jóvenes, que turnen cómo ayudantes además de ser profesores; porque usted hoy lo hace todo, tiene usted dos clases, es usted secretario y es usted ayudante, trabajo excesivo, que no debe pesar sobre una sola persona.

¿Comprende usted? ¿Me comprende usted?—Esta era otra muletilla.—Yo quiero que usted escoja y me dé los nombres de tres de sus compañeros: los mejores, los de más talento y los más pundonorosos.

Estoy seguro, que ha de responder usted dignamente á mi confianza; porque aquí no se trata de amigos, ni de favorecer á éste, ni de traer á Madrid al otro. Conque ya ve usted que su responsabilidad es grande; como que yo deposito en usted mi autoridad. Ahora veremos lo que usted hace.»

Yo le agradecí muy de veras su confianza y, sin vacilar, le dije tres nombres. Y con plena conciencia de que cumplía bien con D. Juan Subercase, se los dije, como el porvenir demostró.

«D. Juan, debe usted proponer el nombramiento de Leopoldo Brockmann, de José Caunedo y de Eduardo Gutiérrez Calleja.»

El no los discutió. En el acto se puso el oficio proponiendo á la Dirección de Obras públicas para profesores y ayudantes de la Escuela á Brockmann, á Caunedo y á Calleja.

Yo quise hacerle alguna observación, y le dije:

«Bueno sería, D. Juan, que tomase usted informes respecto á esas tres personas», pero él se negó en absoluto. «No—me contestó;—eso sería compartir con usted la responsabilidad de estos nombramientos, y volverme atrás de lo que le he dicho. Afirmé que hoy era usted el director de la Escuela, y el director propone á la superioridad.

Además, yo tengo confianza en usted. ¿Comprende usted? Y volvió á su acento valenciano, á sus vocales abiertas y á su sonrisa bondadosa.»

Conque propusimos, como he dicho, á Brockmann, Caunedo y Calleja. En estos tres nombres iban mi porvenir de autor dramático, mis bodas futuras, y una buena parte de mis trabajos como ingeniero.

¡Cosa singular! Mientras he ocupado posiciones subalternas, he hecho más nombramientos, y mejores, y los he hecho con más independencia y más libertad, que cuando he sido ministro.

Algo de lo que me sucedió con D. Juan Subercase, me sucedió—como referiré cuando llegue el momento—con D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Pero no anticipemos los acontecimientos, como se dice en las novelas.

***

Al fin vinieron á la Escuela mis tres amigos y compañeros.

Basta escribir estos tres nombres que hace poco he escrito, para que todos los ingenieros de caminos comprendan, que yo cumplí leal y honradamente el encargo que D. Juan Subercase me había confiado.

Alguna otra observación le hice antes de mandar el oficio á la Dirección de Obras públicas.—«¿No sería bueno consultar con ellos, por si no les conviene venir á Madrid?»

Entonces sí que D. Juan casi se me enfadó.

«¿Si no les conviene? ¿Y qué importa que no les convenga? El interés de la Escuela está antes que el interés de esos jóvenes. Se les manda venir, y vendrán. ¡Pues no faltaba más!»

Y aquí endulzó algo el tono, y agregó:

«No se apure usted, que sí que les conviene venir; y aquí les haremos trabajar para distraerles, si por acaso no viniesen á gusto.»

Pero á gusto vinieron.

Y para mí fué sumo contento, porque eran tres de mis amigos más íntimos.

¡Ninguno de ellos existe ya!

¡No son más que tres recuerdos!

¡Son casi una vida! ¡Una vida que pasó! ¡La juventud que se fué!

*
* *

Volvieron para mí los buenos tiempos de la Escuela: aquellos tiempos en que yo era alumno y estaba rodeado de mis compañeros durante el día, y tenía con quien hablar, y con quien reir, y con quien disputar también de todo: de literatura y de dramática, con Brockmann; de Historia y del teatro Real, con Caunedo; de cosas de ingeniería, con Calleja. Mezclándolo todo, y exagerándolo todo, y gritando á voz en cuello, sobre todo, y concluyendo por reirnos de todo.

Dos ó tres años muy alegres fueron aquellos. Imitaban los alegres años de la carrera, pero sin la esclavitud del alumno, con la autoridad del profesor, y con horizontes más amplios.

Si no todas las noches, muchas de ellas, íbamos juntos al teatro Brockmann y yo; sobre todo, á los estrenos, y de Tamayo no perdíamos ni uno.

En materias literarias y artísticas, los gustos de Leopoldo Brockmann eran los míos, y mis juicios críticos los suyos.

Leopoldo Brockmann tenía mucho talento y aptitudes universales: para la ciencia, para el arte, para la literatura.

Comprendía bien las matemáticas, y aun antes de ser profesor, era capaz, como si lo fuese, de explicar cualquier lección aunque estuviese sembrada de las más difíciles y complicadas fórmulas. Durante toda la carrera, Brockmann, Caunedo y Calleja se disputaron los primeros puestos. Brockmann era el más brillante. Caunedo, que mejor comprendía las matemáticas, el que profundizaba más en todas las teorías y el que era capaz de explicarlas con más exactitud y con más claridad: claridad verdaderamente admirable. Calleja, en cambio, era el espíritu más crítico y más práctico: para presentar dificultades

y hacer objeciones no había otro como él, y para vencerlas con más sentido común, tampoco.

Pero en materias literarias Brockmann era mi predilecto. Versificaba con gran facilidad y su espíritu era verdaderamente poético.

Era una mezcla de la raza andaluza y de la raza alemana, ¡porque sangre de ambas razas formaban la suya!

Y era bueno, y simpático, y noble, y el carácter más bondadoso que he conocido.

Nunca se enfadaba con nadie y era el alumno que más amigos y más simpatías tuvo en la Escuela de Caminos.

Leal y cariñosísimo, recto y desprendido en materia de intereses, con una generosidad casi peligrosa. Y es que en él siempre dominó el poeta. Poeta cuando explicaba una lección; poeta, con toda su ciencia, cuando hacía un proyecto de la carrera, puente, carretera ó canal; poeta aun en las empresas á que en sus últimos años se dedicó y en las que casi siempre fué víctima de su poesía, porque los que trataban con él no solían flaquear por este lado.

Era un caballero y un ángel: un angelote de mucha estatura: muy flaco, de cabeza abultada, pelo rubio casi ensortijado, con muchos rasgos de la raza alemana de que procedía, y con toda la dulzura, la buena educación y el atractivo social de la raza andaluza, que á la germánica vino á mezclarse para la creación de aquel ser de tan altas prendas morales.

Mis primeros atrevimientos con la dramática á él son debidos. ¡Quizá yo no hubiera escrito dramas sin el estímulo de su amistad!

***

Un día me dijo Brockmann: «oye, Pepe: ¿y si escribiésemos un drama entre los dos?»

Yo me eché á reir, porque la ocurrencia me hizo muchísima gracia.

«Tú, le dije, no estaría mal que lo escribieses, y aun ahora me ocurre que debías escribirlo; pero yo, ¿cómo quieres que lo escriba si no sé hacer versos, si tú sabes que no los hice nunca, si es absolutamente imposible que yo componga ni la más vulgar redondilla?»

Ha de saberse, en efecto, que yo, en aquella época, tenía la idea de que los dramas se debían escribir en verso; y que si no se escribían en verso, casi no eran dramas.

Nuestra tradición clásica, llamémosla así por lo antigua, quiero decir, las comedias de Calderón, Lope, Tirso, Moreto, Rojas, se me imponían y me daban la única norma que creía propia para una obra dramática.

Eran mi lectura favorita, y sentía y admiraba con sentimiento vivísimo aquellos espléndidos raudales de hermosura.

A mi entender, no sabiendo escribir en verso no se podía escribir un drama.

En verso escribía Ayala, y habían escrito García Gutiérrez y Hartzenbusch, y Ventura de la Vega y Bretón de los Herreros.

Los dramas en prosa eran la excepción.

Pero Brockmann no se dió por vencido; y cuando vió que yo no tomaba en serio su proposición, varió de táctica y volvió á la carga con la misma idea transformada y aun engrandecida.

«Bueno,» me dijo: «no escribamos *un drama*, ya que absolutamente te niegas á escribirlo. Pero podemos hacer una cosa.»

«¿Qué es lo que podemos hacer?» le pregunté con cierta curiosidad, porque lo cierto es que la tentación había hecho presa en mi espíritu. ¡Ni qué español hay que se resista á escribir un drama si un amigo se lo ruega! ¡Y aun sin rogárselo!

«¿Quieres saberlo?» me dijo.

«Claro está.»

«Pues ya que no podemos escribir *un drama*, escribamos *dos*.»

«¡Demonio!» exclamé yo sin comprenderle.

Y él, con toda seriedad, me explicó su idea.

«Escribimos dos dramas: tú uno en *prosa*, y yo otro en *verso*.»

La nueva idea me hizo impresión, pero todavía me defendí, aunque ya mi defensa era la del que apetece ser vencido.

«¡Si los dramas deben escribirse en verso!» insistía yo. «¡Si en verso los escribieron los autores del siglo de oro, y en verso los mejores autores de nuestra época romántica! ¡Si en verso escribe Ayala, y en verso escribieron Racine, Corneille y Molière, y aun muchas veces en verso escribía el mismo Shakespeare! ¡Si el verso es la defensa y el escudo y la armonía y el aplauso! ¡Si no se pueden expresar las ideas noblemente, si no se escriben en verso! ¿Cómo quieres que me meta á escribir yo una obra dramática en prosa, que forzosamente ha de resultar seca y desabrida? Desengáñate,» agregaba, «los dramas en prosa tienen mucho adelantado para ser melodramas.»

Estas eran al menos mis ideas de entonces, no mejor fundadas que como ahora las fundo, porque no escribo, ó mejor dicho, no dicto tesis literarias, sino recuerdos de mi juventud. Y por entonces, mis conocimientos de crítica literaria eran bien escasos.

Yo veía *un hecho:* que casi todos los dramas se escribían en verso. Y convertía el hecho en ley, y como artículo de ley lo aceptaba.

Creo que Brokemann pensaba como yo. Pero como estaba empeñado en que escribiese un drama, y sabía de antemano que en verso no había de escribirlo, acudió á todos sus medios para defender los dramas en prosa.

«¿Pues qué», me dijo; «no está escribiendo Tamayo admirables dramas en prosa? ¿No los ha escrito también Hartzenbusch? ¿Y Moratín? ¿Y Shakespeare? ¿Acaso nuestra primera comedia, *La Celestina*, que comedia es en el fondo (y Leopoldo fué el primero á quien oí esta idea ¡estaría yo atrasado

de noticias!), no está en prosa también? ¿Y no acude á la prosa la moderna escuela francesa? Dramas en prosa ha escrito Víctor Hugo, y Alejandro Dumas y muchísimos más.»

Con que yo me sentí abrumado por los argumentos de Brockmann, á cuyo juicio crítico daba una gran importancia.

Ello fué que me dí por vencido, y que resolvimos escribir dos dramas: *él, uno en verso*, de argumento poético; y *yo, otro en prosa,* de argumento que hoy llamaríamos realista.

*
* *

Tendría yo entonces unos veintitrés años. De modo que á los veintitrés años escribí mi primer drama, y lo escribí en prosa; pero éste fué el único que escribí en aquella época. Para encontrar el segundo hay que saltar un período de doce ó catorce años, ó no sé cuantos, en cuyo largo período jamás me asaltó la idea de escribir para el teatro, ni jamás se me ocurrió que pudiera yo hacer nunca ni una sola redondilla.

Este primer drama lo rompí ó lo quemé: en suma, que ya no existe; y no creo que haya sido gran pérdida para la literatura dramática. Pero el argumento, si no en sus pormenores, en sus rasgos generales, lo recuerdo perfectamente, y he de referírselo á mis lectores en este artículo ó en el próximo; pero no quiero interrumpir ahora la historia de aquellos dos dramas gemelos, el de Brockmann y el mío, que nacieron juntos y que juntos murieron en flor.

En mes y medio ó cosa así, estuvieron terminadas ambas obras: y la de Brockmann, que á mí me asombraba, era un verdadero derroche de poesía. Monólogo había de trescientos versos y con riquísima variedad de metros, constituyendo una especie de monólogo simbólico. Y como Brockmann tenía muy buen sentido, me decía muchas veces:

—«Mira, Pepe; yo creo que esto no puede representarse.

¿Has visto tú nunca recitar en la escena un monólogo de trescientos versos?»

Y yo le replicaba: «Muchos son, es verdad; pero en nuestro teatro antiguo hay parlamentos larguísimos, de cien versos y de doscientos versos, y son los tuyos tan hermosos, que estoy seguro que el público ha de oirlos sin ningún género de cansancio, y que al fin ha de aplaudirlos á rabiar.»

«¡Bueno!» repetía él; «en todo caso ya acortaremos el monólogo en los ensayos.»

En fin, los dos dramas allí estaban á disposición del que quisiera leerlos, y llegó el día en que dimos lectura de ambos.

Nuestro primer público, ó mejor dicho, mi primer público—porque para el pobre Brockmann aquel fué el primer público y el último,—aunque no fué numeroso, fué escogido. No se componía más que de dos personas: un antiguo compañero de la Escuela llamado J. C., que vivía con Brockmann y que siempre se estaba comiendo las uñas, y un alto empleado de Telégrafos, hombre de alguna edad, que padecía horriblemente del estómago, muy inteligente en su carrera, muy recto y muy caballero, amigo íntimo de Leopoldo Brockmann, por quien sentía respeto y hasta adoración, pero que jamás se había ocupado de literatura, y mucho menos de literatura dramática, hasta aquel momento.

Estos dos, Brockmann y yo, almorzamos juntos, y á los postres emprendimos la lectura de ambos dramas, que duró hasta la hora de comer.

El éxito fué colosal y los aplausos no cesaban.

Por unanimidad, aunque con voto reservado de Brockmann, se declaró que su drama era digno de Calderón y de Lope, y por unanimidad también, aunque yo por modestia me abstuve de votar, se declaró que mi drama era profundamente conmovedor, y que competía con los mejores dramas de Alejandro Dumas.

Conmovedor debía serlo en sumo grado, porque durante

todo él, J. C. devoró cuantas uñas le quedaban en los diez dedos, y al llegar al tercer acto le dió un dolor de estómago tan fuerte al empleado de Telégrafos, que tuve que suspender la lectura media hora.

El buen señor, que ya de ordinario tenía la cara amarilla, no amarillo, sino verde parecía; y dando paseos por la sala, y apretándose el estómago unas veces, y limpiándose el sudor otras, murmuraba con voz desfallecida:

—¡Nada! ¡Que yo no puedo oir estas cosas! ¡Muy hermoso! ¡Muy hermoso, pero muy fuerte! ¡Me ha matado! ¡Me ha matado!

Era mi primer triunfo: el primer dolor de estómago que he proporcionado al público. Y ¡qué simpático me fué desde entonces el empleado de Telégrafos! Porque mi teoría en aquellos tiempos era esta: «El arte, es el dolor; hacer sufrir, su objeto:» y el espectador más simpático sería el que, de pura emoción, se muriera de repente.

Lo malo es que los espectadores de estos tiempos que corren, se van alejando cada vez más de aquel ideal artístico.

¡Ay, si todos fueran como aquel empleado de Telégrafos! ¡Cuánta más gloria recogerían los autores!

*
* *

Pues ello era preciso. Era preciso que se representasen nuestros dramas.

¿Pero cómo?

Nosotros no conocíamos á ningún actor, ni á ninguna actriz, ni á ningún empresario.

Jamás habíamos pisado las tablas, ni habíamos andado entre bastidores, ni habíamos hablado con ningún artista, siquiera fuese de segundo orden.

Es decir: Brockmann, mientras seguía la carrera, estuvo de huésped en una casa, en la que también se hospedó un barítono italiano, que había perdido completamente la voz por no

sé qué afección de la garganta, causada, según refería, por *envidias* y *odios* de los compañeros, los cuales le habían *dado*, agregaba él bajando la voz á las notas más graves, una *mala envenenadura*. Historia melodramática que algo tenía de cierta; y aun nos aseguraron, que había tomado parte en la *envenenadura* una tiple.

Una mala envenenadura—repetía, con la nota más cavernosa que la envenenadura le había dejado.

Estas eran las únicas relaciones que había tenido Brockmam con gente de telón adentro.

Yo, en cambio, recién llegado á Madrid ví una vez de cerca á Julián Romea.

Iba por la calle del Príncipe con mi padre, y Julián Romea venía en sentido contrario. Mi padre me dijo: «Si quieres ver bien á Julián Romea, le hablaremos.»

Porque mi padre había sido amigo de Romea—aunque no íntimo—en tiempos pasados, cuando todavía Julián no se había dedicado al teatro. Juntos se veían muchas noches en casa de mi abuela materna.

Nos acercamos, en efecto, á Romea, y mi padre estuvo hablando con él un rato. Yo, todo aquel tiempo le estuve mirando. Era la primera vez que le veía á tan corta distancia. Antes y después, muchas veces; pero yo en galería, entre estudiantes y pueblo, aplaudiéndole. El en la escena, recibiendo los aplausos.

De modo que ni Brockmann ni yo teníamos relaciones, ni influencia, para hacer que leyesen nuestros respectivos dramas.

Literatos, yo no conocía á ninguno: Brockmann conocía dos. D. Angel Dacarrete, que ya entonces figuraba como joven literato de grandísimas esperanzas; y otro joven, que llamaremos X, de quien desde aquella época no he vuelto á oir hablar.

Vestía este último con elegancia, hablaba con autoridad y desenfado, y daba á entender que era amigo íntimo de todos los literatos y de todos los autores de nota.

Que aquellos le solían leer sus obras, y que á éstos los veía casi todas las noches en sus respectivos teatros.

Para él, Romea era Julián; Arjona, Joaquín; y Ayala, Adelardo.

De Ayala hacía grandes elogios, no como gran poeta, sino como hombre simpático y campechano.

Bajo la protección del Sr. X, resolvió Brockmann que nos pusiésemos, aunque yo me inclinaba á Dacarrete, porque me gustaba mucho todo lo que escribía y porque le tuve siempre por persona leal, sin sombra de pedantería; en suma, parecíame un cumplido caballero y un literato serio, á pesar de su juventud. Pero Brockmann se decidió por el Sr. X.

«Mira, Pepe—me decía:—á mí me gusta más Dacarrete; tiene talento, escribe versos muy hermosos y es un buen amigo; pero X tiene más influencia.»

«¿Estás seguro?» le replicaba yo; «porque á mí me parece que de todo lo que nos cuenta la mitad es mentira y el resto no llega á ser verdad.»

Ello fué que Brockmann entregó los dos dramas al Sr. X; que éste los leyó, ó dijo que los había leído, y sin ocultarnos que, en su concepto, habría que hacer en ambos dramas algunas modificaciones importantes, afirmó que uno y otro indicaban grandes disposiciones para la escena. En resumen se encargó de presentárselos, sin decir los nombres de los autores, á Joaquín Arjona, que era, según afirmaba, gran amigo suyo.

Ya estaban los dramas en campaña.

Veamos cuál fué el resultado de esta primera salida de dos dramaturgos noveles, si no á los Campos de Montiel, á los temerosos campos de la dramática, campos en que tantas aventuras se corren, y en que con tantos yangüeses, y tantos galeotes, y tantos molinos de viento se tropieza.

José Echegaray.

MISIÓN DE LA JUSTICIA CRIMINAL

EN EL PORVENIR

A poco que se estudien las obras de los criminalistas contemporáneos, es fácil advertir en ellas una fuerte tendencia á la mejora en este orden. No ya sólo en los escritos de los que pasan por más radicales, sino aun en los de aquellos que más apego muestran tener á las ideas antiguas, se descubre á primera vista cierta conciencia del malestar presente y cierto deseo de innovación. Conciencia y deseo que se extienden, así al derecho penal propiamente dicho ó sustantivo, como al procedimiento criminal, y que son acaso más vivos que respecto á cualquiera otra cosa, respecto á los establecimientos penitenciarios y á todas las formas de ejecución de las penas. ¿Sirven éstas hoy, se pregunta generalmente, para algo más que para martirizar y empeorar á los que sufren, y por consiguiente, la sociedad, al imponerlas, no está cometiendo infinidad de torpezas y de agravios en nombre de la justicia y del preten-

dido interés social? Lo que Mr. Tallack, el ilustre secretario de la Howard Association, llama *crímenes sociales contra los prisioneros*, y las mil infamias que otros muchísimos escritores han demostrado que se cometen contra éstos actualmente, aun en los países de mayor cultura y humanidad, sin provecho alguno para nadie, antes bien con perjuicio de todos, ¿no son una señal cierta de que es preciso abandonar por completo los medios penales de que hasta ahora se ha venido haciendo uso, y sobre todo el sentido con que se aplican, para tomar una orientación totalmente nueva, más en consonancia con las reclamaciones de la verdadera justicia, que es la justicia real y utilitaria?

Por otra parte, las investigaciones y los adelantos de la sociología vienen determinando todo un vastísimo plan de reformas sociales, en el que formaría una nota discordante la materia penal, si no se modificara al compás de las otras. ¿Cómo, en efecto, cabe mantener, al lado de la solidaridad que va predominando en todas las esferas, la oposición y la lucha de intereses que caracteriza nuestro derecho penal: oposición entre los intereses del reo y los de su víctima; entre los del reo mismo y los de la sociedad en general; entre la necesidad de castigar y el derecho á no ser castigado sino en la medida absolutamente precisa; entre la tendencia á hacer de la pena un medio de intimidación y ejemplaridad, y al propio tiempo un medio adecuado para la enmienda y el mejoramiento del penado? ¿Cómo la conciencia cada vez más clara y más firme del determinismo en los fenómenos sociales, y por consecuencia en los delitos, puede consentir que el tratamiento penal de los delincuentes siga apoyándose en las bases en que se apoya todavía hoy en su mayor parte, aun en muchos escritores que protestan formalmente contra ellas, á saber, en la imputabilidad individual y en la idea de la pena como retribución y castigo? ¿Cómo, mientras esa conciencia obliga á reconocer que no hay acto alguno puramente individual, sino que todos, así los buenos como los malos, son el resultado de una complejí-

sima labor colectiva, y por lo tanto, que los últimos ni cabe atribuírselos á nadie en exclusivo, ni es justo ni prudente reaccionar contra ellos de un modo ciego, antes bien, procede rectificarlos separando ó atenuando, sin pasión ni saña, las causas que los originen; cómo, decimos, se podrá razonablemente hacer una excepción para los delitos, producto también de una infinidad de elementos, y comportarse con ellos lo mismo que si fueran el efecto del arbitrio puro de un individuo? ¿Cómo, por consecuencia, mientras se ha desterrado ya, ó está á punto de desterrarse completamente, el odio y el desdén hacia los débiles y necesitados de toda clase, para hacerles objeto de medidas protectoras, que no obedecen sólo á la mera benevolencia humanitaria, sino que son de estricta justicia (por lo mismo que semejantes individuos se hallan en el estado en que se hallan por culpas ajenas, no propias, son víctimas, no sujetos)..... se puede seguir obrando con los delincuentes del modo que hoy se procede con ellos, teniéndoles en el fondo y de hecho (aunque muchas veces se diga otra cosa) por causas responsables de sus acciones, y por seres merecedores de castigos y durezas, no de amorosa protección, de atenciones y cuidados? Además, el desarrollo poderoso de tantos medios de comunicación social, desarrollo que hace cada día más y más íntimas las relaciones entre partes antes muy alejadas de un mismo organismo colectivo; el conocimiento de muchas fuerzas y resortes de varia índole, hasta el presente ignorados; el potente influjo de las doctrinas internacionalistas, feministas, socialistas y anarquistas, que son á estas horas uno de los más activos y eficaces elementos de transformación social; los portentosos adelantos científicos, técnicos é industriales de todo género..... son causas que vienen cooperando á producir un cambio completo en la función penal y en el tratamiento de los delincuentes.

De esta suerte, lo que podemos llamar la *cuestión penal*, ó sea los esfuerzos que tienden á la reforma en este orden, viene á ser no otra cosa, como dice el profesor Vargha *(Die Abschaf-*

fung der Strafknechschaft, I Theil, Graz, 1896) que un episodio de la gran cuestión social, y acaso tenga razón el profesor Dr. Flint, ilustre presidente de la Asociación médica del Estado de Nueva York, al afirmar *(The coming role of the medical profession in the scientific treatment of crime and criminals,* discurso ante la Asociación, 16 Octubre, 1895) que «el tratamiento de los criminales es *la gran cuestión social* de nuestros días».

II

Tres momentos se pueden distinguir en el estado de ánimo de las generaciones contemporáneas, con relación al tratamiento de la delincuencia; momentos que corresponden á otros tantos grados de desarrollo mental en los individuos.

Hay gentes para quienes la pena no es otra cosa que un medio de dar desahogo á sus sentimientos de odio y venganza contra el delincuente, y aun imponiéndola el Estado, ó mejor, el poder público, es simplemente un acto de *vindicta pública;* lo que es la reacción ciega y vindicativa de los brutos, de los niños y de los salvajes, eso mismo representa la pena. En este estado se encuentra la grandísima mayoría de los ciudadanos de los países civilizados, las grandes masas que apenas piensan, cuyo único alimento intelectual lo forma un número reducidísimo de ideas tradicionalmente recibidas y las impresiones que en ellos dejan de una manera espontánea, casi automática, las instituciones de que se ven rodeados; estos individuos rara vez reflexionan sino sobre las cosas y las relaciones más directamente eslabonadas con su particularísimo interés; nunca se preguntan si el mundo puede y debe ser de otro modo que como es al presente, y la casi totalidad de sus actos viene determinada por el sentimiento, heredado en su mayor

parte de los antepasados remotos y representativo por lo tanto, de instintos bestiales. A este momento mismo cabe perfectamente referir las primitivas (aun cuando sean de hoy) doctrinas de la retribución penal, esas doctrinas según las cuales la pena es una consecuencia necesaria del delito, un medio de castigar al delincuente, de devolverle (reacción, venganza, talión material ó ideal) el mismo mal que él, y sólo él, por su espontánea voluntad, ha hecho, y en la misma medida en que lo ha hecho.

Otra porción de individuos, muchísimo más reducida que la anterior, sigue estimando la pena como castigo, venganza y mal; pero, por impulsos humanitarios, quiere que se sea compasivo aun con los delincuentes, á pesar de que no lo merecen, y que se les castigue, no ya en la medida estrictamente justa, en aquella medida que sería precisa para que purgasen su delito y quedaran satisfechas todas las exigencias de la venganza, sino en la medida puramente necesaria para garantir el orden social. Según estos, aunque la justicia absoluta pide el castigo, la humanidad y la benevolencia quieren que no se imponga; y si la tranquilidad social no sufriera quebranto, podría dejar de imponerse, aun cuando por ello padeciera la justicia. La pena, de este modo, viene á ser uno de tantos *males necesarios* (!), de la cual podría prescindirse si hubiera algo mejor con que sustituirla, cosa que no les parece fácil. A este número pertenecen casi todas ó todas las teorías penales llamadas «relativas», según las cuales, ya que no sea posible pasarse sin penas, debe hacerse uso de las mismas con gran parsimonia, en los límites estrictamente precisos, y de manera que se obtenga de las mismas algún beneficio ulterior, ya para la sociedad, ya para el propio delincuente, ya para ambos. A tales propósitos han obedecido los esfuerzos que desde fines del siglo pasado vienen haciendo los pensadores y los publicistas con el fin de encerrar el ejercicio de la función penal dentro de un círculo perfectamente definido por la ley, para lo que se han establecido en los Códigos largas escalas de delitos

y penas, y se han trazado reglas minuciosas, á las que tienen que ajustarse completamente los jueces cuando administran justicia criminal, esto es, cuando imponen á ciertos individuos esos males necesarios para la tranquilidad social que se llaman penas.

Y hay una minoría, desgraciadamente muy exigua aún, de pensadores que han conseguido remontarse á una consideración de la función penal bastante diversa de la que ahora predomina. Según ellos, la pena debe perder totalmente su carácter de castigo y de venganza, para convertirse en un puro tratamiento, acomodado á la situación del delincuente. El cual, por el hecho de serlo, demuestra ser incapaz para regir racionalmente su conducta y necesitar, por lo tanto, una ayuda que le levante del estado de inferioridad en que se encuentra con respecto á los hombres de su tiempo y de su pueblo que se llaman honrados, y le coloque al nivel de éstos, poniéndole en situación de vivir en paz dentro del orden establecido, ó sea dentro del sistema de condiciones que se estiman necesarias por ley ó por costumbre para la vida social, y la violación de las cuales es lo que se llama delito. Conforme á este modo de pensar, el delincuente no es un individuo cuyo acto deba provocar venganza por parte de sus coasociados ó por parte de quien los representa, del poder público, supuesto que no obra mal exclusivamente porque quiere, pudiendo, si quisiera, obrar de otro modo; es un individuo que, bien por efecto de su estado psíquico, quizá también orgánico, bien por un conjunto de causas de índole social, se ha visto constreñido (aun cuando él mismo, como ocurre con frecuencia, crea otra cosa) á obrar de la manera que lo ha hecho, y por consiguiente, más que merecedor de odio por parte de sus conciudadanos, y por lo tanto de venganza sañuda, es digno de gran conmiseración, como víctima al fin de causas que él no ha puesto, y de una protección eficaz que consista en arrancarle del vicio y del delito, y en colocarle en una situación nueva que le obligue á marchar por derroteros diferentes de aquellos por los que venía marchando,

ó sea á tener una voluntad distinta de la que antes tenía. En suma, se pretende hacer con los delincuentes una cosa análoga á la que ya hoy se hace con los locos, á los que frecuentemente se les compara y con los que, según muchos, tienen grandes semejanzas. No hace mucho, se dice, eran tratados los locoscon la misma saña y por el mismo procedimiento brutal con que generalmente se trata ahora á los delincuentes; para aquéllos ha pasado esa época y se ha inaugurado otra en que se les trata como ellos merecen, como individuos necesitados de amorosa protección; con respecto á los delincuentes ha de ocurrir el mismo cambio. Y esta protección no es ni debe ser puramente gratuíta, hija de la mera benevolencia y misericordia del que la concede, sino que es de estricta justicia, es perfecta y jurídicamente obligatoria, en cuanto allí donde aparece una necesidad, allí hay una justa reclamación de los medios con que debe ser satisfecha, allí hay un derecho. Por esta razón han dicho los correccionalistas, los partidarios de la enmienda y corrección del reo, que éste tiene *derecho* á la pena; á la pena, claro está, no como venganza bestial é instintiva, sino como tratamiento racional aplicado de una manera reflexiva á quien ha menester del mismo. A lo cual debe añadirse que, concebida de esta manera la función penal, desaparece el antagonismo entre el interés social y el del reo, que es inherente á los actuales sistemas penales; porque la protección que al reo se le presta, tanto como á la sociedad le favorece á él mismo.

Aquí, como en otras cosas, la cooperación y la solidaridad sustituyen al antagonismo y á la lucha. Por fin, en esta concepción, la medida de la pena no resulta de la imposible conciliación de dos términos esencialmente antitéticos: la tranquilidad social, que pide la mayor pena posible para intimidar á los mal inclinados, y los derechos de la persona individual, que exigen la pena estrictamente precisa, si puede ser, ninguna; la medida de la pena será el *quantum*, así en duración como en intensidad, de tratamiento que sea preciso para lograr el

fin utilitario que se persigue, tanto en beneficio del reo como de la colectividad.

Debe advertirse que en la pequeña minoría representante del último de los referidos momentos, se nota cierto contraste entre las reclamaciones del instinto y las de la cabeza. Ese tratamiento protector del criminal, de que se ha hablado, es la exigencia resultante de un razonamiento reflexivo y bastante complicado que hacen algunos espíritus, enlazando una porción de elementos que la generalidad de las gentes no alcanzan todavía á enlazar. Tal razonamiento es, por lo mismo, poco frecuente, y para hacerlo se precisa un grado no común de esfuerzo intelectual. De aquí que sea aún muy poca su fuerza como determinante de la conducta. Esta es dirigida regularmente por el instinto y por el sentimiento, ó sea por ideas y raciocinios que se han llegado ya á sedimentar y á incorporar al organismo psíquico de los individuos, que brotan en ellos de una manera espontánea y hasta cierto punto automática cuando se ejecuta cualquier acto, y que se hallan continuamente presentes á su obrar; mientras que aquel otro razonamiento reflexivo aparece pocas veces. El fondo principal de la vida psíquica lo constituye, pues, ahora como siempre, un cúmulo de ideas tradicionales, recibidas sin beneficio de inventario, ó de ideas sobre las que no se ha ejercitado nunca la reflexión propia. Y como estas ideas, en lo que á la materia criminal se refiere, se basan todas ellas sobre el concepto de la pena, castigo y venganza, ese concepto es el que, inconscientemente, como se comprende con facilidad, predomina todavía en las disquisiciones de los penalistas más avisados; sin que sea parte á contrarrestarlo, cuanto más á destruirlo, el concepto contrario, al presente aún tan débilmente arraigado, de la pena protección y tratamiento racional.—Otra cosa sucede con el loco. Aquí, la necesidad del tratamiento, no de castigo, es ya una idea incorporada á la actividad mental de todos los individuos, una idea que se admite sin violencia alguna, antes bien, con no poca satisfacción del espíritu; una

idea que aparece inmediatamente, sin el menor esfuerzo, en todas las cabezas de los hombres de nuestras sociedades, y la cual se halla en perfecta armonía con el razonamiento reflexivo, lejos de contrariarlo. Sin embargo, adviértase que, para las gentes que no han parado *exprofeso* la atención sobre este asunto, el horizonte de la locura es sumamente reducido; según ellas, no son locos sino los individuos afectos de esta perturbación ó enfermedad en su grado extremo ó más agudo, resistiéndose obstinadamente á admitir como tales, y á hacerles por tanto objeto de tratamiento tutelar, las largas listas de insanos mentales que han formado por modo reflexivo los que se han entregado especialmente al estudio de estas materias, esto es, los alienistas. Ahora, la posición con respecto á los delincuentes es muy análoga. Lo mismo que el común de las gentes (ó sea los que se guían en sus juicios y en su conducta por las ideas y sentimientos recibidos de los demás, no por los que ellos mismos han formado reflexivamente como producto del examen personal) atribuye las estravagancias, caprichos y acometidas, salidas de tono, etc., de muchos enfermos mentales (melancólicos, epilépticos, impulsivos y mil más) á la voluntad libre del sujeto, el cual hubiera podido, si hubiese querido, obrar de otro modo, y echan á broma ó cubren con el ridículo el diagnóstico de los que achacan la conducta irregular de tales individuos al desarreglo que padecen, y la consiguiente reclamación de cura; así también tienen por no menos ridícula, extraña y absurda, la pretensión de atribuir los actos del delincuente á otras causas que á su libérrima voluntad, y la tendencia á convertir el castigo en tratamiento preventivo. Y lo mismo que el círculo de lo que puede llamarse concepción popular y vulgar de la locura se va ensanchando cada vez más y van entrando en él individuos á quienes antes repugnaba mirar como locos, y protegerles como á tales, de igual manera, á medida que se progrese en el conocimiento de las causas de los delitos, y que este conocimiento se difunda por las masas, el raciocinio reflexivo que hoy se hacen muy pocas

personas, y cuyo resultado es pedir la protección en vez de la punición del reo, se hará patrimonio de muchos, y lo que ahora constituye escasa minoría se convertirá en mayoría. Y cuando ese raciocinio se haya hecho carne de nuestra carne, y se halle presente en todos los momentos de nuestra vida mental, es decir, cuando se haya, por el repetido ejercicio, convertido en raciocinio automático, en sentimiento, tanto como hoy repugna tratar á los delincuentes según ellos se merecen, ó sea como seres inferiores y necesitados de protección, repugnará el tratarlos en la forma como por lo regular se les trata actualmente. Aseguran los hombres más versados y competentes en estos asuntos, á saber, los médicos alienistas y los médicos, directores etc. de establecimientos penales, que en estos parajes se hallan encerrados muchos individuos que, aun cuando para el ojo vulgar no padecen enfermedad alguna, ni ofrecen nada de anómalo, el ojo experimentado descubre bien pronto en ellos perturbaciones que indican que el sitio donde debieran hallarse es, no la cárcel, el hospital de enajenados. El número de locos que pueblan las prisiones actualmente no es nada escaso, aseguran con datos y con números los peritos aludidos. De donde resulta que se está imponiendo la pena en sentido de mal y de aflicción á quienes, lejos de merecerla, lo que merecen son cuidados y remedios, y, como consecuencia, que la misma sociedad, al obrar como obra, está labrando su propio daño. Si hoy consideramos como bárbaras á las sociedades de antaño porque trataron con dureza y no como convenía, es decir, adecuada y racionalmente, á los locos de su tiempo, ¿qué juicio podrán hacer de nosotros las sociedades venideras, teniendo en cuenta que nosotros hacemos lo propio? Y si ahora sentimos horror y escalofríos al pensar que los terribles suplicios de que se hizo entonces tan grande uso recaerían con frecuencia en infelices ó en perturbados, por tanto, en quienes no debían sufrirlos, ¿cuál no será el estremecimiento de los hombres inteligentes y humanos del porvenir, cuando sepan que en países y

tiempos que presumen de civilizados, como son los europeos y americanos de fines del siglo XIX, no se procede de otra manera? ¡A cuántos individuos que no tengan, como suele decirse, sus sentidos cabales, aunque á primera vista pueda parecer otra cosa, se privará de la vida hoy mismo como criminales, ó se les hará víctimas de duros castigos! (1) Y ahora no está más que comenzando el estudio de la psiquiatría y de la patología mental; ¿cuáles no pueden ser las sorpresas que ese estudio nos reserve para mañana y los horizontes que podrá descubrirnos?

III

Los tres momentos á que nos hemos referido, á la vez que representan grados diferentes de desarrollo mental en los individuos que viven en nuestras sociedades, corresponden también á etapas distintas en la evolución social á través de la Historia. Antes de la revolución francesa, bien se puede decir que la pena no tuvo jamás otro carácter—á lo menos en la práctica, y no obstante el diferente sentido que algunos pensadores, como Platon y Séneca, y acaso también el espíritu

(1) Esta duda debería bastar por sí sola para que en la aplicación de la pena, en concepto de castigo, se fuera siempre muy parcos; y si á ella se añade la consideración de que los juzgadores no pueden hallarse nunca en un estado de certeza plena y absoluta con respecto á la delincuencia de un sujeto y á la exacta medida del castigo á que es acreedor, parece que no tiene nada de aventurado el decir que de semejante pena no es lícito nunca hacer uso, sin gran exposición á caer en error, y por tanto, á cometer injusticia. Muy otra cosa acontece cuando la pena se convierte en tratamiento preventivo, pues en la aplicación ó empleo de la misma, como en el de todo tratamiento de esa clase, se procede por aproximación y tanteos, y con el propósito de hacer un bien.

de la Iglesia católica, le daban—que el de un puro castigo impuesto con fines de venganza. Esta venganza era unas veces privada, esto es, ejercida por los individuos ó por las familias, lo cual acontece, sobre todo, en los albores de la civilización y de la formación de la sociedad política; otras veces, cuando predominan el espíritu teocrático y la casta ó clase sacerdotal, como acontece en los pueblos orientales, y especialmente en el hebráico, la venganza es divina, y se hace objeto de pena al reo para dar satisfacción á la cólera de los dioses, á la de Jehová, por ejemplo, que tan á menudo caía en ella; otras veces, cuando ya la sociedad política, como tal, ha conseguido cierto grado de organización y ha constituído un poder bastante fuerte, la venganza se hace pública, ese poder priva á los individuos, en nombre del interés social, de la facultad de vengarse por sí mismos de aquellos que les causen alguna ofensa, y se erige él en vengador de todos los ofendidos. Y como en los fenómenos sociales, igual que en todos los fenómenos de la naturaleza, no se da solución de continuidad, aquí, en la materia de que tratamos, se pasa, insensible y gradualmente, desde unas formas de la venganza á otras, y en multitud de ocasiones coexisten varias, por lo que es frecuentísimo en la Historia observar que la pena se impone con el objeto de satisfacer diferentes intereses lastimados, ó sea con el objeto de aplacar la sed de venganza de diversas personas ó entidades: la de la persona ofendida y la de su familia ó individuos más directamente perjudicados (reparación de la ofensa; pago de la sangre vertida con la sangre del que la vertió); la de la divinidad ultrajada (expiación); la de la sociedad, cuyo orden y tranquilidad se ha perturbado (vindicta pública; restauración, que se dice, por medio del castigo, del derecho violado; intimidación). Por haber tenido la pena este carácter de venganza y de puro castigo, es por lo que no se reconocía límite alguno en su imposición, y por lo que se ha hecho uso, aún en tiempos muy cercanos á nosotros, de crueldades tan enormes y tan refinadas, que su sólo recuerdo nos estremece.

Pero esto era inevitable. Así como los animales que se sienten acometidos rechazan la agresión por cualquier medio que tengan á su alcance, sin preocuparse lo más mínimo del daño, acaso desproporcionado, que pueden causar al agresor, ni de las consecuencias que pueda traer lo exagerado de la reacción, bastándoles con lograr el resultado apetecido, así también los hombres que hacen uso de la pena para vengarse de las ofensas recibidas, no se proponen otra cosa que conseguir la venganza, sin cuidarse absolutamente nada de que ésta sea proporcionada al agravio y de que no haga al delincuente más perjuicio que el estrictamente necesario. El buscar esa proporción es ya obra de la segunda etapa.

Comienza ésta, ó por lo menos adquiere su mayor desarrollo, á la época de la revolución francesa, manifestándose, de una parte, en la tendencia humanitaria y en la protesta contra la barbarie del antiguo derecho penal que representa la obra de Beccaria y de sus secuaces y continuadores, y de otra parte, en la tendencia individualista y revolucionaria del pacto, según la cual, el Estado no tenía existencia por sí, independientemente, sino que era un producto voluntario de los individuos, y por consecuencia, no tenía más facultades en el orden penal, lo mismo que en otro cualquiera, sino aquellas que le habían otorgado, al constituirle, los individuos, ni podía imponer á éstos más penas—como tampoco más restricciones á su libertad—que las absolutamente precisas y en la medida absolutamente precisa para asegurar la convivencia social tranquila. He aquí por qué vienen esforzándose desde entonces los escritores, singularmente los de derecho penal, tanto sustantivo como adjetivo, y los códigos, por encontrar el punto medio que represente el verdadero equilibrio ó ponderación entre el interés de la colectividad, ó sea el orden, el respeto á las leyes, y el interés del individuo, es decir, el respeto á los derechos y prerrogativas de éste. He aquí por qué, desde entonces, casi toda la labor de los penalistas se ha concentrado en lo siguiente: 1.°, buscar el fundamento de la pena,

ó lo que es igual, del derecho del poder público á imponerla; 2.°, buscar el fin ó los fines que con esa imposición deben perseguirse; 3.°, buscar, por lo tanto, los límites dentro de los cuales ha de contenerse el poder penal del Estado para lograr esos fines con el menor quebranto posible de los derechos del reo y con la menor posible producción de dolor ó mal sobre éste. Pero la pena seguía considerándose lo mismo que antes, como un castigo y, en el fondo, como una venganza ó retribución de mal por mal. Había, por eso, que negar á los poderes del Estado toda latitud en la determinación y aplicación de aquélla, ó dejarles la mínima porción posible, y á la vez aconsejarles ó prescribirles que fuesen largamente humanitarios y usaran con gran parsimonia y economía de las terribles armas que en sus manos ponían las leyes. Por esta causa se suprimió, hasta donde fué posible, el arbitrio judicial, del que tanto se había usado y abusado anteriormente; se prohibió que los jueces castigasen más hechos que los que de antemano se hallasen comprendidos como delictuosos en las leyes, y en otra forma que en la determinada por las mismas; hasta se les prohibió interpretar éstas; se hicieron largas clasificaciones y listas de delitos y de penas, con el fin de que cada una de éstas correspondiese y fuese exactamente proporcionada á cada uno de aquéllos y el legislador pudiera señalar esta proporción por anticipado al juez, á quien se convertía de este modo en un instrumento casi puramente mecánico; se regularon con minuciosidad todas las formalidades y trámites procesales, con el fin de garantizar de esta suerte la libertad de los individuos contra los abusos posibles de los juzgadores; se recomendó á éstos que al ejercitar su función combinaran siempre la humanidad y la benevolencia con la severidad de la justicia y con el rigor de la ley, y que cuando tuvieren alguna duda, bien respecto á la culpabilidad de los acusados, bien en cuanto á la disposición legal aplicable en cada caso y circunstancia, la resolvieran siempre en beneficio del reo..... Este ha sido, como todo el mundo sabe, el derecho penal que ha do-

minado, así en los autores como en las legislaciones, desde la segunda mitad del siglo XVIII en los países que se llaman cultos, y este mismo derecho penal es el que sustancialmente domina en todas partes todavía hoy, habiéndose acentuado el sentido humanitario, más que en otra alguna esfera, en la de la ejecución de las penas, esto es, en el trato á los penados dentro de las prisiones, en la frecuencia de los indultos, en la abreviación de la duración legal de las penas por medio de la liberación condicional, y en otras formas análogas. Pero este derecho penal, que representa la segunda de las fases anteriormente indicadas, es en la esencia el mismo derecho penal de la primera fase, por cuanto los fundamentos en que descansan uno y otro son idénticos, á saber: 1.°, que el delito es un producto de la voluntad libre del agente, y esta voluntad libre la causa única del delito; 2.°, que la única forma de reacción que puede y debe emplearse contra él es la pena, no empleada con sentido utilitario y preventivo, esto es, para mejorar al reo, anular las causas delictuosas é impedir que se cometan más delitos en lo futuro (intento por lo demás inútil, ya que contra el libre albedrío es perdido cuanto se haga, toda vez que nada puede encadenarle), sino con el exclusivo propósito de castigarle por el hecho cometido y de satisfacer de esta manera la deuda que ha contraído con la víctima ó víctimas del delito, por una parte, y con la sociedad en general por otra (1).

(1) Casi todos los escritores de materias penales asignan estos dos fines de satisfacción privada y pública á la pena. Podrán añadir á estos fines otros, podrán discrepar en cuanto á cuáles sean los que deban añadirse, pero de los dos referidos casi nadie prescinde.

IV

Pasemos á la tercera etapa. Desde el momento que se pone como límite al empleo de los castigos la necesidad de los mismos para la conservación del orden social, y se proscriben todos los que traspasen este límite, nos encontramos en vías de suprimirlos. En efecto, téngase en cuenta que la necesidad del castigo es muy diferente, según las distintas condiciones en que se hallan los individuos y los pueblos, y que se va haciendo cada vez más rara á medida que unos y otros adelantan en cultura y en desarrollo intelectual. Bien miradas las cosas, la pena, en sentido de castigo y mal, es un recurso extremo, del que no se hace uso sino á falta de otros medios que la sustituyan. Los pueblos y los individuos más atrasados casi no conocen otro alguno, y por eso, v. gr., los padres, los educadores, las autoridades, todos cuantos tienen á su cargo la dirección de algún grupo social, más grande ó más pequeño, se concretan ordinariamente á emplear castigos duros para conservar lo que se llama el «orden» y la «disciplina», cuando no saben conservarlos tocando otros resortes. Pero á medida que éstos les van siendo conocidos, esto es, á medida que se van penetrando de la naturaleza, engranaje, virtualidad, etc., de las múltiples fuerzas que obran en el agregado social de que se trate (familia, escuela, municipio, Estado, Iglesia.....) y á medida que este mismo agregado perfecciona más y más su organización, proscribiendo la violencia y la lucha entre los asociados y reemplazándolas con la cooperación pacífica, se va reconociendo más y más la no necesidad de acudir á los castigos para obtener resultados mucho mejores que los que con éstos se obtienen. Téngase presente la grandísima diferencia que existe entre los procedimientos que para educar á sus hi-

jos emplean un padre ó una madre inteligentes, y los que emplean las gentes ignorantes y rudas; entre la pedagogia antigua y la moderna, y el respectivo modo de mantener la disciplina entre los educandos..... y véase cuán superiores son los resultados obtenidos sin echar mano de castigos, ó echándole rarísimas veces, á los que se obtenían y obtienen castigando duramente y con gran frecuencia. El aforismo «la letra con sangre entra», y sus similares, no pueden estar más desacreditados, si bien todavía, por la enorme fuerza de la tradición y de la rutina, tienen un imperio grandísimo en la práctica. Igual exactamente que con las penas en la familia, en la escuela, en otras sociedades, sucede con las penas que impone el poder público del Estado nacional, ó sea con las llamadas penas por antonomasia. Y si no, compárese el ejercicio de la función penal en un mismo país, Francia ó España por ejemplo, en los días de mucha menor cultura de la que hoy existe, ó en épocas de menor sosiego, cuando la sociedad está agitada, como en los siglos anteriores al presente, esencialmente guerreros, ó aun en la primera mitad de este siglo, con el ejercicio de esa misma función en los tiempos actuales, en sociedades sólidamente constituídas y en momentos de paz, y se advertirá la enorme diferencia que va, v. gr., de la lista de horribles penalidades que antes existía, al catálogo de penas, relativamente (sólo relativamente) suaves que hoy existe; de las excesivas facilidades que los soberanos y los tribunales tenían para imponer á su arbitrio las penas que bien les pareciere, á las muchísimas cortapisas que ahora tienen, no sólo provenientes de las leyes, sino así bien de las costumbres; de las penas atroces que se decretaban aun por delitos pequeños, aun por hechos que hoy tenemos por leves faltas ó por actos del todo inocentes (herejía, magia, ciertos pretendidos delitos de lesa majestad, etc., etc.), á la proporcionalidad que se ha logrado entre el delito y la pena; de la total ausencia de instituciones protectoras y preventivas, característica de dicho tiempo, á la creciente multiplicación de las mismas en nuestra

época en los pueblos adelantados; de la escasa fuerza que tenía entonces la sanción de la opinión y la censura pública, á la que ahora tiene; de las espeluznantes formas de ejecución de las penas, de que se hacía uso, á la constante mejora de esa ejecución que ha tenido lugar en nuestros días por obra principalmente de la corriente penitenciaria, mejora tan pronunciada, que muchos la juzgan excesiva; y así sucesivamente. El enervamiento progresivo de la represión, á la vez que el aumento á sus expensas de toda clase de instituciones y medios preventivos y de otras fuerzas sancionadoras, es, á mi entender, uno de los hechos más significativos de la época contemporánea. Sin embargo, aun estamos muy lejos de haber perdido toda confianza en la virtualidad y utilidad de la represión, pues hacemos todavía tal uso de ella, que en ocasiones la convertimos en panacea para la curación de todos los males. Recuérdese si no lo que acontece á menudo ante nuestra vista. Mientras los Estados modernos economizan cada vez más las penas, y se exigen más garantías para la aplicación y ejecución de las mismas en circunstancias normales, es decir, cuando la sociedad se halla, según se dice, bien ordenada, y no existen ni son de temer alteraciones del orden público, cuando éste ha sido perturbado ó hay temores de que se perturbe, se recrudece de tal manera el rigor en la penalidad, se emplean con tanta frecuencia, y con tan pocos miramientos á la persona del reo ó del presunto reo los castigos, se respetan tan poco las formalidades legales del enjuiciamiento, que cuando tales casos llegan nada echarían de menos, en cuanto al caprichoso y terrible ejercicio de la función penal, los hombres de las más atrasadas y despóticas sociedades. Y es que en estos momentos se verifica un verdadero retroceso; el poder del Estado deja de conducirse con la calma y la presencia de espíritu con què es preciso se conduzca para obrar racionalmente, se echa en brazos de la pasión de la venganza, y en su torpeza é insensatez piensa que el palo..... de ciego es la única manera de arreglar las cosas, ó sea', piensa que los castigos

son el medio único de restablecer el orden perturbado, y de mantenerlo una vez restablecido. Recuérdese, como ejemplos de esto, lo que tiene lugar en las épocas de reacción, en las de agitaciones políticas, en las de levantamientos y tumultos populares, y lo que ocurre ahora ante el temor de los atentados dinamiteros: se suspenden las garantías constitucionales, se prende y encarcela á diestro y siniestro, arbitrariamente la mayor parte de las veces, sin saber á quién ni por qué, sin forma de proceso; revive en toda su fuerza la jurisdicción de los tribunales militares, rápida, severísima, casi enteramente primitiva, ante la que callan los tribunales ordinarios y el del Jurado, como las autoridades civiles resignan el mando en las militares; en suma, se vuelve á los procedimientos usados en las épocas de organización militar de las sociedades, en las épocas en las que lo que se llama «el orden» y «la disciplina», son una insoportable y feroz opresión y en que no se sabe usar de otros recursos para mantenerlos que el palo, la espada, la horca, el fusil, el calabozo y los demás medios análogos.

De las anteriores indicaciones (que ahora no podemos ampliar ni fundamentar de un modo detallado) resulta que la necesidad de los castigos está en razón inversa del progreso de los individuos y de los pueblos, y que cuanto mayor este progreso sea, tanto menor uso deberá hacerse de los mismos. A idéntica conclusión se llega también por otros caminos.

Es característico de la reacción en los seres inferiores (animales, niños, salvajes, hombres rudos, sociedades atrasadas) cuando tropiezan con algún estorbo para su desarrollo ó cuando son víctimas de algún ataque, el verificarla inmediatamente, sin pararse á reflexionar, y además, el verificarla de un modo ciego, sin que les importe absolutamente nada la averiguación de las causas de donde el ataque trae su origen, para contrarrestarlas. Es una reacción verdaderamente instintiva. Pero según se va el sujeto elevando intelectualmente, conforme se ensancha el horizonte de sus conocimientos y la reflexión adquiere desarrollo, la reacción instintiva cede

poco á poco el puesto, y su lugar lo ocupa la investigación reposada, desapasionada y fría de los elementos determinantes del ataque. En este caso, el interés de la persona ó institución encargada de restablecer lo que se dice el orden perturbado se comparte en dos direcciones: por un lado, procura remediar los malos efectos que el ataque ya verificado ha producido; por otro lado, inquiere el poder de las causas de que el ataque se deriva y busca los medios de que debe hacerse uso para impedir que en lo sucesivo sigan obrando: por el primer medio se atiende á remediar el daño pasado; por el segundo, á evitar daños futuros: el uno es lo que se llama reparación, y es á lo que puede reducirse la responsabilidad por causa de delito, ya que sólo cabe responder de las consecuencias de hechos acontecidos; el otro es lo que se denomina pena (mejor debe llamarse *tratamiento penal)*, la cual en manera alguna puede decirse que sea responsabilidad, supuesto que mira únicamente al porvenir (1). Históricamente, las dos formas de reacción han venido estando confundidas, y aun hoy lo están, de manera que la reparación del daño se estima como un modo de la pena, ésta se considera también como una reparación, ó sea como un medio por el que el delincuente paga la deuda que con la sociedad ha contraído al perturbar el derecho (como un medio de restaurar éste, se suele decir), y una y otra, reparación y pena, se suelen á menudo equivaler y equiparar (v. gr. en los casos de responsabilidad personal subsidiaria por insolvencia, y en otros análogos). Mas el desdoblamiento y la perfecta distinción entre ambas cosas acabará por imponerse. En un tratamiento racional del delito, propio de seres de inteligencia desarrollada, parece imposible admi-

(1) En mi trabajo *La responsabilidad por causa de delito y su difusión,* publicado en los *Problemas jurídicos contemporáneos,* he dado algún mayor desarrollo á estas ideas, que lo obtendrán mayor todavía en los *Problemas de Derecho penal.*

tir el empleo de la pena propiamente dicha *quia peccatum est.* El delito ya cometido no se evita con la imposición de la pena, solamente cabe remediarlo en cierto modo con la reparación; ni es posible suponer que la justicia requiera la imposición de un mal al sujeto que ha realizado el hecho, no por libérrimo impulso de una voluntad absolutamente indeterminada, mas como instrumento de causas múltiples que sobre él han obrado y que todos hemos contribuído á poner. El delito acontecido sólo debe servir de signo que, unido con otros, ayude á conocer la existencia de causas de malestar social, la existencia de un peligro que necesita ser conjurado, pues si tales causas no se combaten, seguirán obrando en lo futuro, y los delitos se repetirán. Ahora, precisamente esta parece ser la misión que corresponde á una justicia penal que merezca con verdad tal denominación, la misión de una justicia penal inteligente, como debe serlo la del porvenir. Su obligación consistirá en remediar hasta donde sea posible los males ya producidos por las causas delictuosas (reparación), pero habrá de consagrarse muy especialmente á impedir los males ó delitos futuros; ha de mirar, por tanto, hacia adelante más aún que hacia atrás. De donde resulta que la justicia penal del porvenir podrá y deberá hacer una cosa que no puede hacer la del presente, á saber: podrá y deberá hacer objeto de tratamiento penal á aquellos indivíduos que, sin haber delinquido *todavía,* se encuentren en tales condiciones que, según todas las probabilidades, no podrán menos de delinquir *mañana.* Por otra parte, la medida de ese tratamiento, así en el caso en que se haya perpetrado ya un delito, como en el de que se tema únicamente esta perpetración, no podrá depender del mayor, menor ó ningún daño que se haya causado, ni de la mayor ó menor imputabilidad del agente, ni de ningún otro criterio de aquellos á que se acude ahora para determinar la llamada cualidad y cantidad de la pena; no dependerá más que de la mayor ó menor eficacia de las causas de delincuencia y del cálculo anticipado que se haga de los medios que para contrarrestarlas

ó combatirlas hay que emplear (1). Por supuesto, que la determinación de estos medios no habrá de hacerse de antemano, de un modo fijo é invariable, como acontece hoy con las sentencias de nuestros tribunales penales: en primer lugar, no habrá sentencias, sino providencias provisionales, planes de conducta análogos á los que traza un médico y rectificables, como estos lo son, cuando las circunstancias lo aconsejan; en segundo lugar, el individuo ha de estar sometido al tratamiento todo el tiempo y sólo el tiempo necesario para conseguir el fin que con ese tratamiento se busca (2); en tercer lugar, los jueces deben tener las más amplias facultades para desempeñar sus funciones. En suma, la misión de la justicia penal en el porvenir parece que ha de ser—ya á estas horas hay muchísimos indicios (3) de ello—*completamente análoga á la que desempeñan los médicos:* curar las enfermedades presentes, y sobre todo, prevenir las posibles enfermedades futuras, mediante un estudio atento de las causas que las producen y de los oportunos medios para neutralizar su acción. Como los médicos, los jueces penales del porvenir deberán estar siempre cerca del reo, viviendo en su mismo ambiente (es decir, todos deben ser jueces municipales, proscribiéndose por lo tanto la organiza-

---

(1) Con este criterio se resuelven fácilmente las cuestiones, hoy tan difíciles, sobre la punibilidad de la tentativa y el delito frustrado, la complicidad, etc.

(2) El sistema de las sentencias indeterminadas, usado en el reformatorio de Elmira, se acerca bastante á este ideal, pero no lo realiza por completo, en cuanto que (por el influjo, sin duda, todavía, del concepto de la pena castigo, concepto, por otra parte, que tan mal se compagina con todo el sentido dominante en el reformatorio y con el organismo de medios de que en él se hace uso) el tiempo que los corrigendos deben estar en el establecimiento, *no puede nunca exceder* del máximum de duración señalado por la ley para el delito por el que hayan sido condenados.

(3) De los cuales trataré con extensión en los *Problemas de derecho penal,* tomo II.

ción jerárquica de tribunales que hoy predomina (1)), para conocer los influjos que sobre él hayan podido obrar y estén obrando (antecedentes hereditarios, educación doméstica y social, posición económica, etc.); no deberán tener traba alguna, como no la tienen los médicos, ni legal ni de otra clase, sino sólo las que su discreción les imponga y las que provengan del juicio de sus conciudadanos, para adoptar las medidas que en cada caso les parezcan más adecuadas al fin que persiguen (2); sus resoluciones no deberán ser, cual ocurre actualmente, el resultado de una especie de transacción entre dos intereses encontrados, el de la acusación y el de la defensa, mantenidos cada uno de ellos con marcada exageración, cuando no con ardid y con engaño, sino que, proscrito todo debate del juicio penal, y por consecuencia, la actual intervención, casi siempre perniciosa, en el de los abogados (3), los jueces adoptarán por sí mismos las medidas que más convenientes les parezcan, tomándose para ello, como lo hacen los médicos, el tiempo que crean necesario y las circunstancias consientan, y pidiendo auxilio, cuando así proceda, á personas peritas, con el propósito de que las providencias que tomen se separen de la justicia (de la conveniencia y la oportunidad) lo menos posible.

Ahora bien: una administración de justicia penal que se conduzca de esta manera nos parece que es la única que merece con razón el dictado de acertada, la única administración de justicia tan distante de la reacción instintiva y casi siempre automática de los seres inferiores, como debe hallarse del

(1) He tratado con extensión este punto en un trabajo sobre *Organización judicial,* publicado en la revista *La Administración.* — Madrid 1896, tomo III.

(2) Véase mis *Problemas de derecho penal,* tomo I.—Madrid 1895, donde me he ocupado largamente en este particular.

(3) Véase mi *Bosquejo de una reforma en la organización de tribunales y en el enjuiciamiento criminal,* publicado en los *Problemas jurídicos contemporáneos,* Madrid 1894, y el citado trabajo sobre *Organización judicial.*

modo ciego de obrar en estos, el modo de obrar prudente, previsor, razonado y libre de apasionamiento del hombre que se precia de inteligente y avisado. Con semejante administración de justicia, además, se producen beneficios, tanto al indivíduo mismo sujeto al tratamiento como á la sociedad, ya que en provecho de ambos redunda la conversión de lo inútil y dañoso en inocente y utilizable; por tanto, de esta suerte vienen á resultar solidarios intereses que hoy parecen irreconciliables enemigos. Por fin, así la administración de justicia penal pierde el carácter de *mala* y *odiosa* que hoy la distingue, por lo que *se huye* con razón de ella, y se torna en una institución *buena*, *amable*, *tutelar* y *buscada* por todos.

V

La transformación de la justicia penal en el sentido que dejamos indicado se está realizando con cierta celeridad ante nuestros mismos ojos. No otra significación ha tenido y tiene el poderoso movimiento correccionalista, que arrancando de los tiempos de Howard, si no de antes, ha llegado á su gran apogeo merced á los esfuerzos de la escuela representada por modo eminente por el ilustre Röder, y se ha ido infiltrando lentamente en el ánimo de la mayoría de los penalistas, aun de los mismos adversarios de la escuela correccional. El espíritu correccionalista es sin disputa el que ha predominado en los congresos penitenciarios, así internacionales como nacionales, cuyo gran influjo es imposible que niegue nadie, igualmente que en los congresos de patronato (Amberes, París, Lyon, Burdeos); á él se deben las mejores y más aceptables reformas carcelarias, y penitenciarias en general, llevadas á

cabo desde hace medio siglo en los países más adelantados, con el fin de que pueda sacarse alguna utilidad de la ejecución de las penas, no sólo para la colectividad, sino también para el propio reo; él es el que inspira asimismo todos los proyectos y tanteos de alteración de los actuales medios penales, para reemplazarlos con otros de los que pueda sacarse algún provecho para el porvenir; á él deben su origen sociedades constituídas por hombres eminentes y generosos, y consagradas por entero al perfeccionamiento, en sentido correccional y utilitario, de los procedimientos penitenciarios actuales y á la protección de los penados, como sucede con la *Société générale des prisons,* de París, con la *Howard Association,* de Londres, con otras asociaciones análogas y con las mil y mil beneméritas sociedades de patronato de presos, de reos cumplidos y otras sociedades filantrópicas que se van extendiendo y multiplicando por doquiera (menos en España) de un modo prodigioso y cuyo fin esencial es proteger á los delincuentes, ya mientras cumplen la pena, ya después de cumplirla, ó lo que es igual, impedir la comisión de futuros delitos; de espíritu correccionalista, utilitario y, por consiguiente, preventivo están saturadas aquellas instituciones penitenciarias que pasan hoy por modelos en su género en todo el mundo, y cuyo arquetipo es el reformatorio de Elmira, en el estado de Nueva York, reformatorio de que se hacen con justicia tantos elogios (aunque tampoco le faltan críticas) y al que remiten constantemente, como ejemplo que debe imitarse, penalistas y penitenciaristas insignes.—Los modernos estudios de psiquiatría, antropología, psicología y sociología criminales, poniendo al descubierto muchas causas de delincuencia antes ignoradas, mostrando la necesidad de combatirlas, no por medio de los castigos propiamente dichos, sino por procedimientos más racionales y eficaces, y enseñando que esas causas no son hijas de la voluntad espontánea del reo, antes bien, el reo es víctima de ellas, y por eso ocupa una situación de inferioridad de la que debe procurarse sacarle, mejorándolo y prote-

giéndolo amorosamente (1); las aspiraciones de la *Unión internacional de derecho penal* á recoger los esfuerzos de los penalistas y estudiosos de todas partes, para que todos de acuerdo y cada cual desde su sitio y desde su punto de vista cooperen á la obra común de luchar contra la delincuencia y sus causas y de reformar las legislaciones penales conforme lo reclamen las modernas exigencias científicas y sociales; el nacimiento y desarrollo, cada día mayor, de instituciones que es imposible conciliar con la pena castigo y retribución, tales, v. gr., como las sentencias indeterminadas, la condena condicional y la liberación condicional; la índole de las reformas que se vienen haciendo últimamente en las legislaciones penales de la mayor parte de los países cultos; la forma de procedimiento penal que ha empezado ya á emplearse con los niños delincuentes (como ocurre, aun cuando todavía imperfectamente, en Bélgica y en París) y que amenaza hacerse extensiva á otros casos (2), hasta que concluya por introducirse en todos los procesos, forma de procedimiento que no consiente lucha como la que hoy tiene lugar, sino cooperación de todos, jueces, fiscal, abogado, á un mismo fin....., todos estos hechos y otros que se omiten nos muestran con suficiente claridad que la función de administrar justicia penal está sufriendo una crisis completa, una crisis de sentido, digámoslo así.

---

(1) Es verdad que muchos escritores pertenecientes á esta dirección, sobre todo los de la escuela lombrosiana, muestran á menudo una saña y un encarnizamiento inexplicables, ó mejor dicho, esencialmente incompatibles con el determinismo que dicen profesar, contra los delincuentes y piden que á estos, á quienes llegan hasta negar todo derecho, no se les guarde consideración alguna y se les haga objeto de los más crudos rigores; pero este es un episodio que no amengua el valor y el sentido general de la dirección, sentido genuinamente protector del reo, y en lo tanto, preventivo.

(2) Véase los *rapports* de M. Thiry á los congresos penitenciario de París, 1895, de antropología criminal de Ginebra, 1896, y de patronato de Amberes, 1894.

Mas como el orden de ideas antiguo, el de considerar la pena como un mal y un castigo, lleva dominando tanto tiempo, lo tenemos infiltrado en todo nuestro organismo mental, y cuando creemos habernos librado de él, continuamos siendo esclavos suyos. Unicamente así se explica que hasta los pensadores que pasan por más atrevidos en materias como la que nos viene ocupando, se queden la mayor parte de las veces á la mitad del camino, ó mucho más atrás todavía. Por ejemplo, yo no comprendo que los penalistas modernos, es decir, aquellos que desean apartarse de la consideración de la pena como puro castigo, sigan dando la importancia que le dan á la cuestión de la imputabilidad criminal. Y todavía lo comprendo menos en los deterministas, quienes forzosamente se tienen que ver en calzas prietas (1) para poder encontrar una razón siquiera aparentemente aceptable, en virtud de la cual se atribuya un acto á quien se comienza por confesar que no ha sido autor del mismo. Pues ¿qué interés puede tener esta atribución si no es para exigir responsabilidad al agente y hacerle, en vista de ella, objeto de un castigo? Si la pena se considera como el tratamiento adecuado á la peculiar situación de inferioridad del reo, como el medio de combatir las causas de futura delincuencia y de liberar del influjo de las mismas á quien sin propia voluntad es juguete de ellas, ¿qué necesidad hay de imputar el acto al sujeto para someterlo al tratamiento protector? Lo único que habrá que hacer es averiguar la raiz y la fuerza de las tales causas; pero no es esto lo que significa esa imputabilidad que se busca. ¿Se reconoce que el delincuente obra tan determinado como el loco; que carece de fuerza inhi-

(1) Como se están viendo; y si no, recuérdese la multitud de teorías que vienen inventando en los últimos tiempos para fundamentar la imputabilidad criminal independientemente del libre albedrío: teorías de la libertad é integridad de la inteligencia, de la libertad ideal, del factor personal, de la identidad personal y la semejanza social, de la normalidad del agente, de la intimidabilidad del mismo, etc., etc.

bidora contra las propensiones criminales ó de medios externos para librarse de caer en el delito; que es un desgraciado, como el loco? Pues trátesele como á éste. ¿Y quién pregunta hoy por la imputabilidad de los actos del enajenado? Séanle ó no le sean imputables (1), lo que todo el mundo exige es que tales sujetos se entreguen en manos de quien haga lo posible para que no dañen en lo sucesivo, no solamente recluyéndolos é imposibilitándoles materialmente de dañar, sino procurando curarlos y devolverlos sanos á la sociedad. ¿No es esto mismo lo que procede hacer con los delincuentes, según la concepción determinista? Adviértase que cada día son más los casos de enajenación que se van conociendo, según ya hemos apuntado, porque son muchas las formas, antes ignoradas ó descuidadas, de enfermedades mentales que se van descubriendo; por consecuencia, tendrá que ensancharse también el horizonte de los casos en que se deje á un lado la cuestión de la imputabilidad y se pida sencillamente el tratamiento preventivo. Adviértase también que, por lo que á los delincuentes jóvenes se refiere, va proscribiéndose la cuestión de la imputabilidad, es decir, la cuestión del discernimiento, reconociendo todo el mundo que los jóvenes delincuentes, lo mismo si han cometido su delito obrando con discernimiento que obrando sin él, necesitan protección, necesitan que la sociedad les tienda la mano para sacarles del estado en que se hallan y convertirles en ciudadanos honrados y útiles para sí mismos y para sus semejantes. Este tratamiento tutelar con los jóvenes delincuentes, en el cual se prescinde de la cuestión de la imputabilidad, se va haciendo

(1) Claro está que se presupone que no le son imputables, pues si lo fueran, el loco los ejecutaría libremente, y todo cuanto se hiciera para mejorarle sería perdido, toda vez que se estrellaría contra el poder absoluto de la libertad, la cual, por no reconocer causa, es absolutamente indeterminada é indeterminable. Yo no concibo de ningún modo imputabilidad en el determinismo, en el cual, por otra parte, es donde únicamente se puede hablar, sin contradicción lógica, de sustituir el empleo de los castigos por el de los medios curativos y tutelares.

también extensivo cada vez á mayor número de casos, pues es opinión muy general entre los penalistas la de que el límite de la minoría penal debe subirse (en Elmira se consideran susceptibles de mejora los jóvenes hasta los *treinta* años; en los congresos penitenciarios y en los penalistas lo general ha sido y es fijar el límite dicho, entre diez y ocho y veintiún años). Ahora bien, siguiendo el camino ya iniciado con respecto á los locos y á los niños, no es difícil prever que se llegará á considerar todos los casos de delincuencia lo mismo que ya se consideran algunos, y que el hoy tan difícil problema de la imputabilidad en los delitos perderá completamente su valor, siendo reemplazado con una pura cuestión de diagnóstico y tratamiento. Y cuando esto ocurra, no tendrá lugar otro raro (aunque explicable por la consideración apuntada de seguir creyendo que el delincuente merece castigo) fenómeno que al presente puede ser observado. Penalistas que blasonan del más rigoroso determinismo, y otros cuyos sentimientos humanitarios hacia los delincuentes no pueden ser puestos en duda, claman contra el hecho de que los penados estén mejor tratados muchas veces dentro de los establecimientos penitenciarios, en cuanto á la alimentación, *confort*, diversiones, educación y demás, de lo que pueden estarlo en su casa muchos trabajadores honrados, que son dignos de mejor suerte que aquéllos. También este modo de ver las cosas creo que precisa rectificación. Nadie se extraña de que á los dementes se les trate en ocasiones mejor que á los sanos, porque justamente por ser dementes necesitan ser tratados así. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con los delincuentes? Lo que hay es que, mientras con respecto á los locos ha desaparecido ya toda idea de responsabilidad subjetiva fundada en el libre albedrío, no ocurre lo mismo con los delincuentes, con respecto á los cuales conservamos en el fondo de nuestra alma, aun protestando de lo contrario y aun creyéndonos deterministas, cierto sentimiento de saña, fundado en la creencia de que, por haber podido no realizar el acto que han realizado, se han hecho merecedores

de castigo, ó sea de soportar las malas y dolorosas consecuencias de semejante acto, y por tanto, no es justo conducirse con ellos de manera que el trato que se les dé sea inmerecido. Pero si el delincuente es un individuo inferior, como tal debe tratársele, y habrá que atribuirle, no lo que merezca, pues en el determinismo no puede tener esta palabra el sentido que tiene en el orden de ideas corriente, sino lo que necesite, y claro está que por sólo el hecho de ser delincuente necesita más, *cæteris paribus*, que el que no lo es. Lo cual no quiere decir que á los delincuentes haya de otorgárseles, como sucede á menudo, de una manera sistemática y sin buscar con ello resultados ulteriores, beneficios y comodidades que no conduzcan á nada útil, ora para mejorar su cuerpo, ora su espíritu, ora ambas cosas; ni significa tampoco que con ellos no haya de hacerse uso, cuando de este modo se puede lograr mejor que de otro el fin apetecido, de medios duros, como las correcciones disciplinarias de todas clases, incluyendo quizá en ellas también las llamadas penas corporales.—En conclusión, pues, las transformaciones que vienen operándose poco á poco en el ejercicio de la función penal no serán completas, y esa función no llegará á ser lo que racionalmente parece que debe ser, tutelar y preventiva, mientras no nos desprendamos absolutamente de todo resabio de la idea de culpabilidad en los delitos y no llegue á ser una verdad de sentido común, ó por lo menos un razonamiento cuasi instintivo en la dinámica mental de los doctos, de los legisladores, de los jueces y de la mayoría de los asociados, aquél que obligue á considerar los hechos delictuosos como fenómenos perfectamente naturales, producto de un complejísimo número de elementos, á desligarlos totalmente de cualquiera forma de imputabilidad y de responsabilidad individuales, y á juzgarlos como males sociales cuyas causas deben ser averiguadas y combatidas, no como deudas que están exigiendo su correspondiente pago.

Efecto del mismo prejuicio de la pena, mal y castigo es así bien la separación perfecta que todos los escritores admiten

entre las medidas de policía y administrativas y las providencias y sentencias judiciales, y entre las autoridades de uno y otro orden. Es corriente en los propios escritores deterministas y más innovadores la doctrina según la cual los jueces penales no pueden funcionar mientras no haya tenido lugar algún delito, pues sólo entonces es cuando cabe hacer uso de medios represivos (que es tanto como decir, de castigos); la adopción de medidas preventivas, que tiendan á cegar las fuentes de donde los delitos proceden y á impedir que éstos se cometan, la consideran como materia que cae fuera de la competencia judicial para encomendársela exclusivamente á los funcionarios administrativos y de policía. Y así, por ejemplo, estiman como un adelanto el que la vagancia se elimine del catálogo de los delitos y se confíe el conocimiento de la misma y la determinación del tratamiento protector que con los vagos debe emplearse al ramo de la Administración y de la policía; lo propio ocurre con la embriaguez, con las medidas en favor de la infancia culpable y abandonada, y en otros varios casos. Sin entrar ahora á discutir este punto de vista, ni á poner de manifiesto lo equivocado que es, á mi juicio, conviene decir que es el mismo punto de vista antiguo, según el cual la represión y la prevención son dos esferas perfectamente diversas, la primera de las cuales, que es la que al orden judicial corresponde, tiene por objeto castigar los delitos ya efectuados, mediante la imposición de una pena fija, decretada de antemano en una sentencia firme, como resultado de un debate previo y con arreglo á lo dispuesto antes por la ley; en tanto que la segunda, propia de los funcionarios administrativos y de policía, se encamina á perseguir las causas de malestar social donde quiera que se hallen y antes de que hayan producido sus efectos, persecución que se verifica adoptando las medidas que en cada caso sean conducentes al fin que se busca, adoptándolas con gran libertad, no con sujeción rigorosa á los preceptos legales, ni en vista de lo que resulte de un debate judicial, y rectificándolas después de dadas, cuan-

do las circunstancias lo aconsejen, porque tales medidas no se toman, como las judiciales, con carácter de irrevocables, indiscutibles é infalibles (sin autoridad ó santidad de cosa juzgada). Dejando para otro lugar (1) la demostración detallada de mi aserto, adelantaré desde ahora que mi opinión tocante al particular es que la distinción referida tiene que borrarse, como se borrará también la separación, íntimamente relacionada con ella, entre delitos y contravenciones ó faltas; que las funciones de los jueces penales del porvenir serán funciones de pura prevención y policía, esto es, funciones de higiene social (donde va incluída la terapéutica), como es lícito por otra parte inducirlo de las tendencias que se advierten ya en este orden y que denuncian con harta claridad los hechos anteriormente indicados; y que la forma y el procedimiento para realizar esas funciones han de ser los mismos de que hoy hacen uso (por supuesto, con menos acierto y prudencia de los que deben esperarse de los magistrados del porvenir, formados exprofeso con una amplísima cultura realista) (2) las autoridades administrativas y de policía, á saber: no dando jamás sentencias definitivas, irreformables é indiscutibles, sino dictando los jueces por sí mismos, ó con el auxilio de otras personas que puedan prestárselo, aquellas providencias que se estimen más acertadas en cada caso, las cuales se podrán discutir por todo el mundo y se podrán modificar ó revocar por los que las hubieren dictado, cuando así se juzgue justo y conveniente.

Concebida la justicia penal como institución protectora, no odiosa según hoy ocurre, habrá de desaparecer asimismo

(1) *Problemas de derecho penal*, cap. VII. He hecho algunas indicaciones tocante al asunto en mi ponencia al séptimo Congreso de la *Unión internacional de Derecho penal*, que este mes se celebra en Lisboa, sobre el tema segundo, que dice: «Des contraventions. Définition, repression et procedure».

(2) Véase mi escrito *La educación de la Magistratura*, publicado en la revista *La Administración*, Madrid, 1895-96. Tomo II.

otra superstición que en ella domina, y de la cual son víctimas así los partidarios de las antiguas ideas, los cuales obran lógicamente dado su punto de vista, como los partidarios de las nuevas, quienes no parece que se conducen con mucha lógica. Consiste esa superstición en creer que en el orden penal, á diferencia de lo que acontece en los demás órdenes, ha de prohibirse á los magistrados hacer todo lo que no les esté bien clara y minuciosamente mandado por las leyes: ni pueden juzgar como delictuosos otros hechos que los que las leyes comprenden como tales de un modo indisputable, ni pueden imponer otras penas, ni en otra forma y medida, sino precisamente en la determinada por aquellas. Claro que esta superstición, que es común, repito, á todos los penalistas, aún á los que se tienen por más radicales, no puede explicarse de otro modo sino suponiendo que todos siguen considerando que la pena es un mal y un castigo, y que quienes la imponen ejercen una función perjudicial, por lo que hay que rodearles de todas las trabas posibles para que no hagan más daño que el estrictamente preciso. Semejantes trabas no se conciben cuando se mira la función penal como preventiva y beneficiosa; antes bien, entonces el magistrado no debe reconocer limitaciones en su obra. Por eso, mientras se comprende que los secuaces de la llamada dirección clásica profesen el principio *nullum crimen, nulla pœna sine lege*, con todas las aplicaciones que del mismo se hacen, toda vez que parten de las bases sobre que se asientan las doctrinas antiguas (á saber, la concepción del delito como acto debido á la nuda voluntad del agente, la concepción de la imputabilidad subjetiva y la concepción de la pena como retribución y castigo), no se comprende sino teniendo en cuenta el influjo enorme de la tradición, que los que rechazan estas bases y colocan otras contrarias en su lugar, sigan todavía aceptando y defendiendo aquel principio. Tanto valdría defender que las únicas enfermedades que pueden existir ó que deben curarse, son las admitidas y clasificadas de antemano en las leyes, y que no puede emplearse para

cada una de ellas, en cada caso, otros medios curativos ni en otra proporción y forma, sino precisamente en la prevista por las leyes. El determinista y el que considera el delito como una enfermedad social debida á causas naturales, si quiere ser lógico, debe mirar al juez como el médico encargado de curarla, y pedir para el mismo aquella libertad de proceder como cada caso lo requiera y sin traba legal alguna, que pide para los médicos de las enfermedades individuales.

En suma, la función penal de mañana, para ser acertada y para que los ciudadanos encuentren en ella su amparo mejor, en vez de temerla cual hoy sucede, habrá de ejercerse en forma protectora y de policía tutelar, y el magistrado encargado de desempeñarla tendrá que convertirse en un funcionario paternal, semejante al que se figuraron los revolucionarios de 1789 cuando crearon la magistratura del juez de paz, y al que con gran elocuencia y profundo sentido describía ya un magistrado francés de aquella época, no obstante ser el momento culminante del aborrecimiento al arbitrio judicial, de la consagración del principio de las penas legales como exclusivas, desterrando las antiguas penas arbitrarias, y de la consagración de los derechos de la personalidad individual. En su *Discurso sobre la administración de justicia*, hablando de las condiciones que debe reunir un magistrado criminal, la primera de las cuales es según el autor la *vigilancia,* M. Servant, fiscal del Parlamento de Grenoble y uno de los que más y más eficazmente clamaron contra los vicios de la administración de justicia penal del antiguo régimen, decía, entre otras cosas notables, lo siguiente, que me parece sumamente acertado, y con lo cual concluyo por no alargar más este trabajo, pero callándome varios puntos de vista que juzgo de interés: «Yo veo á una madre alrededor de sus hijos; veo que los sigue por doquiera; que los cubre con sus miradas; que vela sobre ellos mientras descansan y les observa incesantemente mientras estan despiertos; *más atenta aún en precaver los males, que ardiente en consolarlos*, sabe disponer y colocar en su contorno

los objetos según conviene á sus débiles órganos; desvía de ellos, ó aparta enteramente, cuanto puede dañarles y aproxima lo que puede serles útil; en una palabra, ella compone y forja con sus propias manos la dicha de su primera edad. *He aquí la idea que yo me he formado de un magistrado en medio de sus administrados;* lo que la naturaleza inspira á la una, el deber se lo impone al otro: ¡funciones sublimes ambas!»

P. Dorado.

CRÓNICA LITERARIA

PAZ EN LA GUERRA, por Miguel de Unamuno.—La *Colección Elzevir ilustrada*.—PRESENTE Y FUTURO, por D. Nilo M. Fabra.—Libros recibidos.

En su libro *Paz en la guerra* se nos presenta el Sr. Unamuno bajo un nuevo aspecto. Le conocíamos como autor de escritos filosóficos y de crítica literaria, y en esa obra se nos muestra novelista. Y no con las vacilaciones del principiante, que al penetrar en un género nuevo trata de orientarse para buscar la senda que más derechamente le conduzca á la expresión artística, sino con la seguridad del que se interna en un país conocido.

Un escritor de buen gusto y de cultura, si por acaso intenta cultivar un género para el cual no tiene disposiciones naturales, no hará seguramente un adefesio. Será su obra una de tantas producciones artificiales y eruditas, faltas del arranque espontáneo y del interno fuego de la inspiración, obras de corrección aparente y formal, que nacen sin vida. No es este el caso del Sr. Unamuno. Su obra demuestra que *siente* la novela, y si, como es de creer, escribe otras, con el progreso que naturalmente se sigue del ejercicio de una facultad literaria, llegará á figurar entre los mejores novelistas españo-

les de este tiempo, y á distinguirse entre ellos por su originalidad y la elevación de su pensamiento.

En algún sentido, *Paz en la guerra* es una novela filosófica. Para algunos esto será un defecto. Está bastante extendida la creencia de que lo filosófico priva á las obras de imaginación de su natural galanura y es en ellas elemento extraño y fuera de su sitio. Los que no han trabado conocimiento con la filosofía, se la figuran comunmente como una especie de álgebra del pensamiento, inteligible no más para unos pocos iniciados, y propia sólo para asunto de pesados libros didácticos. Otros, que tienen de ella algún ligero barrunto, la consideran como una especie de luz catódica que, penetrando al interior de los objetos, desvanece la hermosa apariencia de sus formas exteriores, mostrando solo el feo esqueleto que encierran, con lo cual borra y aniquila la poesía del mundo sensible. Si esta idea supone un concepto muy pobre y erróneo de la filosofía, más pobre es aún el concepto que implica de la realidad, entendiendo que su hermosura, superficial y propia solo para llenar los ojos del vulgo, viene á tierra en cuanto penetra en ella la mirada sagaz de un observador que busca la raíz de las cosas. La naturaleza así concebida viene á ser comparable á una mujer marchita y llena de afeites, que sólo á media luz y á distancia puede aparentar belleza.

Depende todo esto, cuando no de ignorancia, de una confusión entre las formas científicas de la filosofía y la esencia misma de lo filosófico. Las primeras, claro es que no pueden pasar á las obras de arte en general, y sólo son materia de un arte especial, *suyo*, de aquel arte didáctico que cabe en las obras de ciencia y las da derecho á figurar en una rama particular de la literatura. Mas la filosofía misma, la contemplación de la esencia íntima de las cosas, á todo se aplica y cuantos objetos penetra los ilumina con nueva claridad, mostrando en ellos aspectos ignorados de su belleza, y avalorando á la par los conocidos. La filosofía y el arte tienen estrecha relación, y aunque los separe la diferencia entre lo refle-

xivo y espontáneo, casi se confunden al llegar á su mayor altura, resultando filosóficas las creaciones del genio artístico y poéticas las más elevadas concepciones de la filosofía. No en vano se ha dicho que la metafísica es una especie de poesía, aunque á veces se haya dicho con intención despectiva, derivada de prevenciones de escuela contra la metafísica y contra la poesía.

Pero esta honda y refinada expresión de la belleza, que pone en las obras de arte el espíritu filosófico, ni la ven todos los ojos ni la gustan todos los paladares. El vulgo, encadenado por la fuerza del hábito á las imágenes que su mirada superficial se forma de los objetos, los desconoce cuando los ve iluminados por aquella luz nueva que muestra maravillas para él inadvertidas é incomprensibles. La claridad que emana de lo interior de las cosas, le ofusca y ciega, y en vano buscan sus ojos en las nuevas imágenes las trazas de las representaciones á que su vista está acostumbrada. Por eso hay algunas obras maestras que no serán nunca populares, á menos que la cultura general aumente en términos que ahora nos parecen inasequibles.

***

Sirven de fondo á la acción novelesca que se desarrolla en la obra del Sr. Unamuno ciertos hechos contemporáneos. En realidad, son algo más estos hechos que mero fondo del cuadro pintado por el novelador. Si bien se mira, más que las aventuras del voluntario carlista, principal personaje de *Paz en la guerra*, forman el asunto de la novela las escenas de la tercera guerra civil, los episodios del sitio de Bilbao, que describe y á veces *historia* el autor de este libro. La novela del Sr. Unamuno tiene mucho de historia, de historia *primitiva*, por lo que toca á las fuentes; de historia, en suma, formada de tra-

diciones orales, de recuerdos, poetizados acaso por la fantasía popular y por la fantasía del novelista. El Sr. Unamuno debe de haber oído á testigos presenciales mucho de lo que cuenta del sitio de Bilbao, si es que él mismo no ha presenciado algunos de los sucesos.

Si por la manera de considerar los hechos y concebir los personajes es esta una novela filosófica, por el asunto es histórica. No veo incompatibilidad entre ambos aspectos. Los sucesos históricos son dignos, sin duda, de atención filosófica, y filosóficamente pueden ser considerados si se mira en ellos, no la parte accidental y exterior, sino su realidad íntima y lo que manifiestan de la naturaleza humana. Si la filosofía de la historia tiene tan poco crédito, no es porque relacione cosas inconciliables, sino en razón á que sus cultivadores subordinaron á sistemas preconcebidos los materiales positivos de esta ciencia, queriendo que la historia fuese, no como en realidad es, sino como convenía á sus sistemas, resultando así tan frágiles y poco duraderos los edificios de pomposa apariencia que levantó el pensamiento de estos autores, ayudado no poco por su fantasía.

Pero aunque los hechos históricos puedan ser asunto de la consideración filosófica, esto se entiende del observador que los estudia, no de los personajes que en aquéllos activamente intervienen, los cuales es natural que estén poco dispuestos á la contemplación serena de los hechos y se sientan movidos por los estímulos y las pasiones que, por lo general, determinan las acciones de los hombres ó, por lo menos, las acompañan. Y la guerra es acaso, entre los hechos históricos, el que menos se presta á que estén animados sus actores de disposición de ánimo filosófica. De ahí el contraste que ofrece el libro del Sr. Unamuno entre la naturaleza del asunto y la manera como lo ve y lo expresa el autor.

Recuerda esta obra, por su espíritu y por su *punto de vista*, la del gran escritor ruso Tolstoï: *La guerra y la paz*. Tolstoï y el novelista español á que me refiero conciben la guerra de un

modo muy parecido y buscan por el mismo camino la emoción estética. A diferencia de lo que hace Zola en *La Débâcle*, trazando grandes cuadros épicos, en que se sobrepone la intensa visión de lo sensible con su enérgico y vivo colorido, atienden más aquellos á la vida interior de los personajes.

En la novela del Sr. Unamuno domina la parte psicológica. Lo que piensan y sienten los personajes relega á segundo término lo que hacen. Comparada con la expresión enérgica y elocuente que tiene en este libro la vida espiritual de los hombres que nos presenta el novelista, palidece la pintura de la acción exterior. Las cosas sensibles parecen vistas en algunos pasajes á través de una neblina. El drama interior eclipsa al drama exterior; y no porque en aquél se nos muestre una lucha de pasiones extraordinaria, sino por lo intensamente que el autor lo ve y lo representa. La mirada del novelista se posa distraída en los hechos exteriores, en el movimiento y en el tumulto de la acción, y á través de todo esto procura penetrar hasta el espíritu de aquellos hombres que batallan, ó en algún modo se interesan, en la lucha asunto de la novela. Hay, sin embargo, en ésta, escenas pintadas con viveza y colorido: la jura de Don Carlos, ciertos episodios del sitio, el retrato del cura Santa Cruz, son páginas que revelan una precisa y clara intuición de lo externo y facultades descriptivas. Pero no es esto lo característico de *Paz en guerra*.

Como los del libro de Tolstoï, los principales personajes de la obra de Unamuno no *sienten* la guerra. A la verdad, los antiguos sentimientos guerreros van desvaneciéndose en las sociedades civilizadas. La desaparación de los ejércitos *profesionales* ó compuestos de soldados de oficio, contribuye á esto en gran manera. Para el soldado actual, el servicio de las armas es un accidente en su vida, un período transitorio, pasado el cual vuelve á sus ocupaciones pacíficas. La parte profesional de los ejércitos modernos ha variado también. Los jefes y oficiales son muy distintos de los de otros tiempos. No son ya aventureros audaces, desprovistos, por lo general, de cultura.

Su educación es esmerada, tienen mucho de hombres científicos, pues la instrucción militar exige una variada preparación en diferentes ciencias, y es en gran parte aplicación de conocimientos matemáticos, físicos, químicos, etc. No vence ya en la guerra el empuje brutal, sino las sabias y meditadas combinaciones del mejor Estado Mayor, los fusiles y cañones de mecanismo más perfecto, las comunicaciones más rápidas, la mejor administración ó intendencia, todo aquello, en suma, que es efecto de la inteligencia y el estudio. Hasta el valor de los combatientes, reducido hoy á uno de tantos factores en los complejos problemas de la guerra, ha cambiado de forma, y es ante todo resistencia, disciplina y sufrimiento, sin que el arranque personal iguale ni supla estas virtudes, salvo en casos muy raros y excepcionales.

La guerra es cada vez menos frecuente entre pueblos civilizados; las costumbres y las reglas internacionales la templan y humanizan. La organización y fines de las naciones son pacíficos, hasta el punto de que los grandes ejércitos actuales son mantenidos en gran parte para servir de salvaguardia á la paz y al orden público, poniendo á la vez respeto en los vecinos ambiciosos y en las muchedumbres socialistas. No es extraño, pues, que decaigan los sentimientos belicosos, pero con todo, son demasiado razonadores y filósofos algunos de los personajes de *Paz en la guerra*, para que no se advierta que el autor les ha prestado su propio pensamiento y los ha concebido á imagen suya.

***

Por lo que toca al lenguaje, tanto esta obra como varios otros escritos del Sr. Unamuno, han sido objeto de algunas críticas, á mi parecer injustas y exajeradas. Mientras tiene vida un idioma, no permanece inmóvil é invariable, sino que

el uso comun le modifica, pasando á formar parte de la lengua literaria las más justificadas y oportunas de estas alteraciones de procedencia popular, á la vez que la originalidad de los escritores introduce también palabras y giros nuevos.

No voy yo tan lejos como cierto ingenioso escritor que protestaba no há mucho contra la tiranía de la Gramática, juzgándola una de tantas servidumbres de que debe emanciparse todo hombre amante de su independencia. Pero sin llegar á ese extremo, hay que reconocer que tan perjudicial como el prurito de novedades es el demasiado apego á las formas tradicionales del lenguaje. Si posible fuera proscribir de la literatura toda palabra no incluída en el Diccionario de la Academia y todo giro no usado anteriormente por autoridades, el resultado que se seguiría no podría ser otro que el empobrecimiento y la petrificación del idioma. No procedían así los escritores del siglo XVI, que usaron ampliamente de la libertad de introducir variaciones en el lenguaje, ya procurando imitar la construcción de los autores clásicos latinos, ya trasladando aquellos á sus escritos todos los atrevimientos del habla popular, hasta en sus manifestaciones más ínfimas, sin rechazar á veces ni la misma jerga, ya inventando donosamente palabras expresivas y usando construcciones harto libres, y que hoy alborotarían á no pocos críticos contra quien se atreviera á usarlas.

No se me alcanza, en verdad, por qué no hemos de poder ahora imitarlos, ni la razón del apocamiento presente, tan distinto de aquella libertad y desembarazo, que fueron parte sin duda para la riqueza y variedad que consiguió entonces el idioma.

No hay que olvidar que una lengua no es obra ni de los gramáticos, ni de las Academias, sino de cuantos la hablan, y singularmente de aquellos que con más acierto y propiedad la escriben. El gramático y el lexicógrafo no hacen más que ordenar, generalizar y dar forma, reflexiva á los datos que reciben del uso general de las personas cultas. Y junto al elemen-

to conservador del idioma, que tiende á mantener sus formas históricas, está, ó debe estar, el elemento progresivo é innovador, cuyos órganos no pueden ser otros que los escritores y los filólogos, los artistas y los sabios del lenguaje. Escritor y filólogo es el Sr. Unamuno, de modo que reune ambos títulos.

No es la innovación en sí misma lo que debe censurar la crítica. Es la innovación innecesaria, la que no da mayor expresión á la frase ni viene á suplir faltas del lenguaje corriente; la que depende de estravagancia ó falta de conocimiento del idioma; la que introduce voces extranjeras para expresar lo que puede expresarse fielmente con vocablos propios. En esto, como en todo, las novedades han de estar justificadas. Cuando lo están, sólo la rutina puede oponerse á ellas.

*
* *

He indicado antes que en el *fondo histórico* de esta novela se pierde casi la acción propiamente novelesca. No es extraño que estudiando el novelista principalmente la vida interior de los personajes, esa acción exterior sea muy limitada. Se esboza vagamente un preludio de amor, una corriente de simpatía entre Rafaela, la hija del comerciante de Bilbao, é Ignacio, el voluntario carlista, que es, si no el *héroe* de la novela, porque en esta no hay héroe pues lo colectivo se sobrepone á lo individual, uno de los personajes principales. Y este sentimiento que no llega á cristalizarse y permanece casi inconsciente en el espíritu de ambos, resulta por su misma vaguedad más delicado y poético. Es uno de tantos gérmenes de sentimientos, de ideas y de resoluciones, condenado por el juego de las circunstancias á perecer en el espíritu, sin que se cumpla su anhelo de florecimiento, ni logre siquiera manifestarse en lozanos brotes. Acaso en las horas de melancolía llora el espíritu silencio-

samente, sin darse cuenta de ello, estos hijos suyos que murieron al nacer.

En la parte histórica de su obra, la imparcialidad del señor Unamuno excede á cuanto puede pedirse al novelista y aun acaso al historiador contemporáneo. Tal vez este mismo exceso de imparcialidad quite valor y colorido á algunas escenas. Parece que el autor contempla sobre una cumbre la batalla que se libra en el valle. Desde la altura son visibles los episodios de la lucha, mas no llega á ella el clamoreo de los cambatientes ni el contagio de sus pasiones. Espectador de la contienda, alejado de ella por su predisposición filosófica, el Sr. Unamuno observa á los que pelean, sin odio y sin amor apasionado, envolviéndoles á todos, sin distinguir amigos y enemigos, en esa simpatía difusa, en ese sentimiento de humanidad que cabe en los límites de la máxima de Terencio.

*
* *

Con el nombre no muy castizo de *Colección Elzevir ilustrada* ha empezado á publicarse en Barcelona una nueva Biblioteca recreativa. La forma de los volúmenes es elegante y tiene algún parecido, aunque remoto, con los de las preciosas colecciones de Guillaume, de París, y semejanza ya más cercana con otras publicaciones más modestas de las muchas que en aquella capital aparecen — las de la colección Ollendorf, por ejemplo.

Por los tomos que he leído—*Oro oculto* (novela) por M. Hernández Villaescusa — *Ágata* (novela), por A. Pérez Nieva, y *Presente y futuro,* (nuevos cuentos) por Nilo María Fabra— me parece que esta colección hará más propaganda con sus condiciones editoriales que con el texto de sus volúmenes. Literariamente es hasta ahora una colección de medianías. Me refiero sólo á los tres tomos citados, de los cuales únicamente

puedo formar juicio, pues del otro tomo publicado sólo sé que se titula *Bagatelas* y que contiene poesías de Vital Aza.

Oro oculto pertenece á un género anticuado y de segundo orden, ó tercero ó cuarto. Es bisutería literaria. Tiene estrecho parentesco con aquella dilatadísima familia de novelas por entregas que han conmovido á varias generaciones de personas de excelentes sentimientos y de pésimo gusto. Pero hay que reconocer que esta novela está mucho mejor escrita que la mayoría de sus congéneres y que les lleva, además, la ventaja de presentar el tipo de novela por entregas reducido á proporciones homeopáticas, lo cual ya es algo y aun mucho.

El lenguaje es castizo, pero incoloro, flojo, sin originalidad ni viveza. Es este un libro á la moda de hace treinta años, una historia de inverosimilitud pasmosa y de argumento muy enrevesado, pero sosa, sin fuerza representativa, sin el calor humano que comunica á sus creaciones la fantasía de los verdaderos novelistas. Es el eterno cuento de los niños abandonados que á vueltas de muchas vicisitudes vienen á resultar hijos de personajes. Un *cuento azul*, como dicen los franceses, pero azul pálido, muy pálido. El libro del Sr. Hernández Villaescusa demuestra, en suma, cómo no basta saber castellano y escribir con corrección para hacer obras verdaderamente literarias.

Por el mismo estilo (aunque de inferior estilo) es la novela *Agata*, del Sr. Pérez Nieva. Esta Ágata es una *Dama de las camelias* echada á perder, un tipo falso de cortesana arrepentida. Al final de la obra fallece. ¡Séale la tierra leve!

Los cuentos de D. Nilo M. Fabra merecen examen algo más detenido, aunque sólo sea por la variedad de sus asuntos. El más extenso de ellos se titula *La guerra de España con los Estados Unidos*, y es el relato fantástico de una futura guerra con la República norteamericana, al cabo de la cual contienda vencemos á los yankees y hasta conquistamos á Cayo Hueso, regalándoselo luego á Méjico, que, á la verdad, no sabría que hacer con semejante adquisición.

Al parecer, el Sr. Fabra no ha tenido otro propósito en

este cuento, que el de dar una satisfacción platónica al patriotismo suyo y al de sus lectores, presentando á España vencedora de los Estados Unidos.

En el extranjero, donde es muy frecuente la publicación de estos relatos de guerras imaginarias, suelen tener tales obras intención didáctica, y esto es lo que principalmente les da interés. Por lo común, los autores son *técnicos* y tratan de denunciar defectos en la organización de las fuerzas militares ó navales, llamando la atención del público con el poder sugestivo de una narración de apariencias históricas, para hacerle *ver*, en la medida de lo posible, aquello que ignora. Excusado es decir que los escritores que cultivan este género no suelen ver las cosas de color de rosa, como el Sr. Fabra, con lo cual dan prueba de un patriotismo distinto del que aquí gastamos por lo general, pero quizá más sólido y provechoso.

Sin buscar ejemplos extranjeros, recuerdo un libro: *¡Pobre España! Memorias de un jefe de zona*, del escritor militar señor Lapoulide, obra, á mi juicio, superior al cuento del señor Fabra, y en la cual su autor señalaba los defectos de una determinada organización militar, pintando en forma dramática é interesante una invasión francesa que nos vencía y casi conquistaba.

Esto podrá parecerle al vulgo antipatriótico, pero creo que, en realidad, estaba mejor entendido el patriotismo en el libro del Sr. Lapoulide que lo está en el del Sr. Fabra. Como éste no es vulgo, sino un escritor inteligente, debiera comprender que el patriotismo verdadero no consiste en un desmesurado optimismo que nos haga creer que todas nuestras cosas son perfectas y superiores á las de los demás pueblos de la tierra, y que allí donde pongamos mano habrá de acompañarnos forzosamente la fortuna, cuando tan dolorosas experiencias tenemos de la posibilidad de lo contrario. Para el amor propio nacional es halagüeño, sin duda, figurarnos que ningún otro pueblo nos supera ni iguala en condiciones físicas y morales, y que si ocupamos un lugar secundario en el

mundo es por culpa de nuestra suerte ó por intrigas de algún encantador al estilo de los que perseguían á Don Quijote y le desbarataban sus más famosas aventuras. Como el espíritu de nuestro pueblo más tiene de altivo que de apocado, el patriotismo debe estimularle á que reconozca sus defectos y se corrija de ellos, así como á hacer buen uso de las excelentes cualidades que posee, y por desgracia suele emplear medianamente. El patriotismo de bombo y platillos es ruidoso, pero de poco fruto. Compárese el sentimiento patriótico con otro semejante, el amor á la familia, por ejemplo, y dígase si da mayores muestras de amar á sus deudos y allegados el que ensalza á cada paso la nobleza de su linaje y las virtudes de los suyos, ó el que procura mejorar la posición de éstos, corregir discretamente sus faltas ó sus vicios, y desarrollar sus virtudes, no con la adulación, sino por medios más prudentes y eficaces.

*
* *

Otro de los cuentos del Sr. Fabra, *El futuro Ayuntamiento de Madrid*, pertenece á un género de mucha actualidad; á cierta especie de literatura política que tiene por fin demostrar á los socialistas, y á los que están en tentación de serlo, que si ellos fueran los encargados de dirigir la sociedad lo harían mucho peor que los burgueses y no serían más felices que al presente. Así lo creo. Los que no acaban de convencerse de ello son los socialistas.

El tipo de esta clase de obras y la más famosa de todas es el célebre folleto del jefe de los progresistas alemanes Eugenio Richter, titulado: *A donde conduce el socialismo*. Más de doscientas ediciones—acaso pasen ya de trescientas—se han hecho en Alemania de este folleto, pero es dudoso que haya convertido á dos docenas de socialistas. En cuanto al Sr. Fabra, creo

que ha elegido mal al tomar como asunto la administración del Municipio de Madrid. Todo lo que dice es muy verosímil, pero tan mal lo han hecho los burgueses en el Ayuntamiento, que aunque de los socialistas no pueda esperarse cosa buena, les costaría trabajo hacerlo peor.

De los otros cuentos, *Teitan el Soberbio* y *El Premio grande* encierran lecciones morales. Uno de ellos tiende á mostrar lo incómodo que sería para los hombres, y singularmente para los poderosos, poder leer en el pensamiento de los demás. El otro cuento aboga por la caja de ahorros y contra la lotería. Podría servir perfectamente para uno de esos folletos de propaganda moral que se reparten entre los obreros. Pero, con todo, disculpo la afición á la lotería. Con el dinero que se gasta en ella se compran papeletas de ilusión. ¡Cuántas otras ilusiones hay que nos cuestan más caras y no son menos engañosas!

Todavía encierra este tomito otro cuento: *Recuerdos de otra vida*. La heroina es una muchachita que se figura la vanidosilla que lleva dentro de sí nada menos que el alma de Juana de Arco, que ha vuelto á encarnarse en su personita. La culpa de todo la tiene un cuadro representado á la *pucelle*, cuadro que estuvo algún tiempo en la alcoba de la niña, y se grabó profundamente en su fantasía. Como todo se reduce á un caso de sugestión, un médico se encarga de curar *similia similibus* á la joven, durmiéndola y ordenándole que no se vuelva á figurar que es Juana de Arco.

El estilo de estos cuentos es sencillo y sin pretensiones. La filosofía que encierran es también una filosofía sin pretensiones. Es la filosofía del llamado sentido común, la filosofía de todo el mundo, de ese *todo el mundo* de quien han dicho algunos *infundiosos* que tiene más talento que Voltaire.

*
* *

Entre otros libros he recibido últimamente: *La Tierra de Campos* (novela), por D. Ricardo Macías Picavea; *Marrodan*

primero (novela también), por D. José María Matheu; *Versos*, del poeta colombiano D. Enrique W. Fernández; *Desde el surco* (poesías), por D. Arturo Reyes; *Beba* (novela), por don C. Reyles; *Cuentos verosímiles*, por el Dr. J. Vinyals; *Versos*, por Doña Josefa Codina Umbert; *Mar de Batalla* (artículos y poesías), por D. Abdon de Paz.

E. Gómez de Baquero.

P. S. No sé si recordarán los lectores de La España Moderna, que en una *Crónica* dedicada á examinar las obras de varios escritores americanos, me fijé en ciertas *tropas* de que se habla en un libro del Sr. Reyles, y que á mí me parecieron hijas, más ó menos legítimas, de los *troupeaux* franceses. Pero aun tratándose de palabras, la investigación de la paternidad es cosa harto difícil y peliaguda, y según me dice en una amable carta el Sr. Reyles, al enviarme su novela *Beba* (de la que hablaré en breve), en el Uruguay se llama *tropa* al ganado vacuno que es conducido al matadero, y *tropero* al que le conduce. Que conste, pues, y quede esa *tropa* en el lugar que le corresponde.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

EL FEMINISMO EN LA UNIVERSIDAD DE ZURICH

Cuando en el Congreso feminista internacional de Abril último una delegada finlandesa se atrevió á decir que existían relaciones de buen compañerismo entre los muchachos y las muchachas de su país, donde ya está vigente la coeducación de los dos sexos, sonrióse el auditorio. Se había hecho la experiencia en países lejanos, en América, en Finlandia. Sin duda; pero ya está (digámoslo así) á las mismas puertas de Francia, en Suiza, en Zurich, donde hay relaciones de confraternidad entre ambos sexos.

Muchos viajeros conocen á Zurich, esa encantadora ciudad blanca, medio empinada sobre un cerro, medio extendida por el valle, en derredor de ese bello lago, con una espléndida decoración de montañas lejanas. Muchos la conocen por bonita y agradable; pocos saben que es una ciudad de trabajo, donde se realiza una obra de las más interesantes: la coeducación de los sexos en la enseñanza superior.

Zurich se divide en dos partes claramente distintas: la ciudad baja, centro del comercio, de los extranjeros y de la bur-

uesía, que es al mismo tiempo ultraconservadora desde todos los puntos de vista; y la ciudad alta, agrupada en derredor del Hospital cantonal, de los laboratarios y de los grandes edificios de la Politécnica. Llámase así la notabilísima escuela donde se da la enseñanza superior científica. Ocupa un ala de ella la Universidad propiamente dicha, de una apariencia exterior mucho más modesta.

Esa ciudad alta, enteramente nueva, llena de aire y de luz, teñida en los días con viento *sirocco* de azul y amarillo intensos; ese «barrio latino», todo él con *villas* rodeadas de jardines, con casas burguesas de balcones parecidos á pajareras, está habitado por los profesores de la Politécnica, por los de la Universidad y por una juventud universitaria de las más cosmopolitas. Allí hay de todo. La Politécnica está frecuentada principalmente por extranjeros: austriacos, griegos, búlgaros, rumanos, italianos y americanos; en la Universidad casi se equilibran los elementos eslavo, suizo y alemán. Los franceses forman una ínfima minoría, pero casi todos los suizos saben francés.

La ciudad baja, confesémoslo, no simpatiza con la ciudad alta, y sobre todo con la mujer estudiante. Sin duda, las autoridades locales (el rector, el Senado, el claustro de profesores) han reconocido á la mujer que desea estudiar en Zurich todos los derechos universitarios: sigue los mismos cursos que los varones, toma asiento en los mismos bancos, sufre los mismos exámenes, obtiene los mismos grados, es *civis academicus* en toda regla. Pero si la Universidad no establece diferencias entre *el* estudiante y *la* estudiante, la ciudad no sigue ese ejemplo. Parécele muy bien que el joven adquiera educación científica, pero ante la «mujer emancipada,» ante la mujer libre é instruída, yérguese y se envuelve en su virtud burguesa.. ..

Y no sólo el patricio zuriqués desconfía de *la* estudiante y no quiere abrir para ella la puerta de su hermosa casa de recuerdos históricos, sino que algunos miembros del cuerpo do-

cente mismo no admiten ese nuevo tipo sino con cierta reserva.

También cumplirán escrupulosamente su deber para con *la* estudiante, en cuanto se refiera á las cuestiones científicas, á las cosas del oficio; no serán con ella ni más ni menos corteses que con los estudiantes. Pero en sociedad no se acercan á ella; en un baile (ni aunque sea académico) no la saludan, ni la presentan á su mujer; en una palabra, no tienen relaciones personales con ella, sencillamente porque la «buena sociedad» de Zurich no ha admitido aún á *la* estudiante, y esos profesores no tienen empeño en desafiar los prejuicios de la ciudad baja. El problema moderno que plantea la mujer estudiante, y que ella trata de resolver, no les choca á esos hombres, ó, si les choca, también les pone en un aprieto y salen de él por medio de una política de avestruz (1).

Por otra parte, es muy gracioso y muy instructivo el observar cómo sortea cada profesor de la Universidad ese obstáculo llamado la mujer estudiante. Ya he dicho que la cuestión de principio ha quedado zanjada de una vez para siempre; pero además es preciso que cada uno se acomode personalmente con esta decisión, con esta igualdad de los sexos ante la ciencia. Pues bien, hay detalles de forma que dicen mucho y equivalen á toda una profesión de fe. Así, es de lo más significativo el modo de dirigirse el profesor á sus oyentes. Uno de mis maestros, abriendo la puerta con estrépito y subiendo á zancadas hasta la plataforma de la cátedra, gritaba desde el ingreso: «¡Mis respetables oyentes!», fórmula usual en los países de lengua alemana, y que permite escamotear la dificultad para elegir entre «señoras y señores» ó «señores y señoras.» Esa elección ha puesto en apuro á más de

(1) El articulista no llama *avestruces* á los catedráticos, sino que los compara con esa ave, de la cual se dice que cuando ve un peligro esconde la cabeza debajo del ala, y no mirándolo cree que ya no existe.

N. DEL T.

un catedrático. Los que se deciden por la última fórmula parten del derecho histórico, según el cual las Universidades han sido creadas en primer término para el sexo fuerte. La particularísima estimación que á la mujer dispensa uno de los profesores de Filosofía en Zurich se manifiesta, por el contrario, en el hecho de decir con un tonillo significativo: «Señoras, señores.» En cambio, otro, cuyo auditorio la mitad se compone de mujeres, lanza resuelto su «Señores», á secas, en el silencio del amplio salón.

Pero estas son fruslerías; lo esencial, el principio de la igualdad ante la conciencia, está admitido. Evidentemente, es de sentir que el profesor, sobre todo de origen suizo, sólo rarísima vez tenga relaciones personales con los estudiantes del sexo femenino. Porque de ese modo, la mejor influencia del profesor, la ejercida por su individualidad misma, por la discusión y la conversación íntimas, no alcanza á la mujer; y el maestro pierde también su más hermoso privilegio, el de cultivar directamente el ingenio y modelar el alma de quien se le aproxima. Pero el buen ejemplo, en este sentido, está dado ya, sobre todo por los profesores de origen alemán, los cuales no temen abrir sus casas á los alumnos suyos, sin distinción de sexos; por tanto, los profesores suizos no tienen más que hacer sino imitarles.

En efecto, en la ciudad alta de Zurich existe cierto número de casas donde junto á un hombre de mérito hay una mujer que reina y gobierna en el hogar doméstico, una noble mujer de gran corazón, que admite de buena gana al lado de su amor la confraternidad, sin tener celos de ella. Al mismo tiempo admite que entre su marido y las jóvenes alumnas que siguen el curso con él pueda haber relaciones intelectuales de orden puramente científico, una busqueda común de la solución de los problemas modernos. Quizá no pretenda siempre asociarse ella misma á esas relaciones; pero las respeta, y lo que es mejor aún, las facilita, ella sola las hace posibles. Es propio de un alma escogida el pensar así. Pero esta confianza,

esta alteza de alma no son inútiles: permiten á la mujer moderna (lo que aún es tan raro) aproximarse en la intimidad, y hasta sin fijarse en que son hombres, á esas grandes personalidades de quienes depende el progreso del mundo, acercárseles bajo un pie de perfecta igualdad y poder hablarles con entera franqueza. Puede confiarles sus dudas, sus vacilaciones, sus sufrimientos intelectuales, y recibir de ellos ese aquietamiento del espíritu que sólo saben dar quienes han pensado mucho, investigado y sufrido intelectualmente. Una mujer que durante sus años de estudio es admitida en semejante hogar y á quien se juzga digna de la amistad de tales almas selectas, recibirá una impresión indeleble, y no podrá olvidar nunca ese ideal luminoso que ha visto de cerca. Al mismo tiempo que se educa intelectualmente, recibe educación moral y podrá predicar con el ejemplo.

¡Predicar con el ejemplo! Esto es lo más importante para las mujeres que han entrado en el movimiento feminista, en presencia de los prejuicios y errores de que son objeto. Ocasión de ello se ofrece en la Universidad de Zurich, donde necesariamente hay trato entre alumnos y alumnas. El carácter de estas relaciones depende por fuerza del público universitario de Zurich. Ya he dicho que es de los más cosmopolitas; y la Politécnica, donde, sobre todo, estudian jóvenes acomodados y, con frecuencia, hasta muy ricos, haría mal en querer echárselas de una moral harto austera, pues el premio Montyon está ciertamente por encima del promedio de virtudes de sus alumnos. Pero la Universidad (por otra parte, mucho menos concurrida) tiene un carácter mucho más serio. Los eslavos que en ella se matriculan, en general, no son ricos; los suizos acuden para trabajar y están en su propio país, á menudo en su misma ciudad; los alemanes que allí se dirigen lo hacen, sobre todo, atraídos por las bellezas naturales de las cercanías, por los juegos de ejercicio corporal, y con mucha frecuencia sólo van de veraneo. Porque en invierno verdaderamente no hay muchas distracciones en Zurich: el teatro, sin ser malo, no es

cosa del otro jueves; se ejecuta un poco de música, hay algunos bailes públicos ó académicos.

Pero el «barrio latino» de Zurich dista mucho de conocer las pretendidas «atracciones» del barrio latino de París. De esa manera, la Universidad de Zurich más bien atrae á una juventud estudiosa, que, cuando quiere divertirse, no necesita canciones picantes ni «mujerzuelas».

Si desde este punto de vista Zurich se parece muy poco á París, no se parece más á las Universidades alemanas (como, por ejemplo, la de Heidelberg, donde los «cuerpos», provocadores de duelos y bebedores de cerveza, representan un papel tan preponderante. También hay en Zurich algunos «cuerpos» cuyos miembros, aficionados á la espada, pasean sus gorritas de colores y sus nobles pechos condecorados con anchas cintas, á través de los salones y corredores de la Universidad; pero ésta, como corporación, desaprueba el duelo de la manera más esplícita. Los «cuerpos» son quienes aún oponen cierta resistencia pasiva á la mujer estudiante, y quienes ejercen una venganza verdaderamente terrible: en el mes de Mayo organizan todos los años una fiesta campestre, de la cual excluyen concienzudamente á sus condiscípulas, eligiendo sólo sus invitadas entre las patricias y burguesas de la ciudad baja. Es duro, sin duda, esto para la mujer estudiante; pero tendrá que tomar su partido, y creo que este heroísmo no está por encima de su valor. Pero, por fortuna, esas preocupaciones no son generales: hay en Zurich estudiantes que les hacen justicia y tienen á gala conducirse con ellas como buenos compañeros. Este compañerismo comienza por la igualdad ante la ley universitaria: los estudiantes saben que esas jóvenes han hecho los mismos estudios preparatorios, que á menudo su esfuerzo ha sido mucho más grande; porque estando menos bien trazado su camino, no existe para ellas el carril tan cómodo de seguir. Además, en los cursos y en las reuniones más íntimas (reservadas con el nombre de «Seminario», á la flor de los alumnos), los hombres pronto ven que muchas mujeres les

igualan, algunas les superan, y lo bajo de la escala no está sólo ocupado por mujeres. La igualdad intelectual y científica de los dos sexos, las aptitudes morales de la mujer, su perseverancia, la posibilidad en ella también de un esfuerzo prolongado, todo esto se lo demuestra á los estudiantes de Zurich un ejemplo y una experiencia de todos los días; ven los hechos y las pruebas á cada paso, y en último término tienen que rendirse ante la evidencia.

Al llegar á Zurich, muchos de ellos se formaban una idea muy estrambótica de la mujer estudiante: figurábansela emancipada de todas las conveniencias sociales, una facha rara en el vestir, un ser extravagante, con el pelo corto, el hablar altisonante y un pitillo en la boca. Pero esa caricatura, que en un momento dado existió ciertamente, ya no se encuentra en Zurich. Vense allí, en efecto, seres extraordinarios, pero más bien por su pobreza y por su cara flacucha, que por sus modales provocativos y exageraciones chocantes.

Las mujeres forman casi la tercera parte de la población universitaria: más de 200, entre unos 700 matriculados. Son, sobre todo, numerosas en la colonia más original de Zurich, la colonia ruso-polaca. Nos parece extraña, porque sus miembros son á menudo muy pobres, y por tanto viven de una manera muy económica, como es económico ocupar entre varios una misma habitación, vivir en callejuelas apartadas y en buhardillas, llevar mucho tiempo la misma ropa y no quitársela hasta que ella sola se caiga á pedazos, componerse según las exigencias del bolsillo y no las del gusto; por eso *los* y *las* estudiantes rusos y polacos tienen á menudo un aspecto particular suyo. Además, sus costumbres nacionales, su educación eslava, su género de vida un poco tártara, asiática, contribuye también á darles caracteres que nos chocan. Por último, muchos de ellos, nihilistas ó socialistas convencidos, ponen en ejecución sus teorías y practican el comunismo de los bienes. Sucede, pues, en la colonia slava, que varios caldean á escote en invierno una de sus habitaciones, y allí trabajan

juntos, comen juntos, toman juntos incontable número de tazas de te y discuten en corro hasta horas muy avanzadas de la noche. Pláceles esa vida de falansterio, esa vida de familia por afinidad electiva; y, lo que es más, encuentran naturalísimo que en ella tomen parte las mujeres estudiantes y sean solidarias de los hombres. Esto mismo es lo que parece extraordinario á nuestros pueblos occidentales; y al honrado zuriqués, que ve á los estudiantes de uno y de otro sexo pasar juntos horas y horas, no le cabe en la cabeza que sólo se ocupen de problemas sociales ó científicos. Evidentemente, siempre habrá en ese número quienes experimenten el uno por el otro algún sentimiento más vivo que el de la solidaridad; pero la mayoría, con exterioridades á menudo caprichosas, forman un pequeño pueblo de gente emperrada en el estudio, de furibundos socialistas, de soñadores y soñadoras tenaces, de apóstoles, en una palabra. ¡Cuántos tienen ya historia, antes de ir á Zurich! Han probado la cárcel y el destierro, se han fugado con nombre supuesto, han corrido peligros, y Zurich es para ellos la tierra prometida. A menudo, cuando asistía yo á las conferencias de economía política, en que estaba siempre completa la colonia slava, al contemplar aquellos perfiles afilados, aquellos ojazos echando sombrías llamaradas, aquellas frentes tenaces, me pregunté cuántas personas de entre aquel auditorio, á su regreso, irían á meditar en Siberia acerca de la libertad, la igualdad y la fraternidad, ó acabarían su existencia en prisiones, ó la perderían en algún motín sangriento. A veces tenían ya cuestiones con las autoridades suizas, á pesar de ser éstas tan tolerantes.

Pero, aun hoy, por más que haya disminuído mucho la vigilancia ejercida contra la colonia eslava, desconfíase en ésta de quienes no son introducidos en ella por gente segura.

Y tienen razón que les sobra. Todos recuerdan aun allí á cierto personaje ambiguo que, inscripto como estudiante, siguió un curso de filosofía dado en el mismo domicilio del pro-

fesor. En la discusión más íntima y más libre, siempre trataba de llevar las cuestiones al terreno político, de conseguir declaraciones comprometedoras, de hacer pronunciar palabras imprudentes. Y entonces, como se habían puesto de acuerdo todos los miembros de la colonia eslava, hombres y mujeres, guardaban tenaz silencio, no tenían ya opinión, y el provocador se quedaba con un palmo de narices.

Por tanto, la solidaridad y la igualdad de los sexos existen ya en la colonia eslava. También van estableciéndose entre los demás estudiantes, masculinos y femeninos. El burgués de la ciudad alta no se escandaliza ya cuando van á visitarse los jóvenes de uno y de otro sexo, salen juntos á dar largos paseos, trabajan juntos, se prestan mutuamente ideas y libros, se tratan como compañeros. Poco á poco desaparece esa estrechez de miras que pretende que no podamos acercarnos unos á otros sin segunda intención y sin dichos galantes, que nos oculta cuanto hay de noble y grande en sencillas relaciones intelectuales. En Zurich, hombres y mujeres pueden desarrollar sus ideas en común, libremente, sin las trabas de una civilización vetusta que nunca ha permitido á la mujer ser quien es, atreverse á discurrir, obrar como le plazca, y afirmar su personalidad. El tiempo que pasé en Zurich es rico en recuerdos de este género. Pronto se efectuaba la selección entre la gente moza estudiantil; á las pocas semanas, ya sabíamos perfectamente quiénes serían compañeros nuestros y quiénes no. Con estos últimos, extricta cortesía y á veces una rápida escaramuza. Con los otros, trabajo intelectual, cambio de ideas y de libros, un apretón de manos dado por una obra, una noticia recibida ó dada, respeto por ambas partes, simpatía, benevolencia, ¡amor, nunca!

¡Cuántas deliciosas veladas han transcurrido así amistosamente, ejecutando música, oyendo las melodías de Schumann y de Schubert, cantando duos, proponiéndose interpretar á Wagner, discutirlo, ponerlo por los suelos ó por las nubes; reconciliarse luego, tomando un excelente café ó te, que los jó-

venes austriacos preparan á las mil maravillas! ¡Ah, esos gratos piscolabis, para los cuales no tiene la patrona suficientes platos que prestar, en que se preparan huevos revueltos (muy revueltos á veces), en que se come queso con almendras secas! ¡Cuánto se ríe, cuánto se divierte, cuán joven se es allí! Sin embargo, en ello no interviene para nada el amor.

¿Y las excursiones por las cercanías, á través de la verde selva, ese delicioso bosque inmediato á Zurich? ¡Qué grandes caminatas, el día de Pentecostés, por las crestas del Albis! En una gloriosa mañanita de estío, alumnos y alumnas, matemáticos, filólogos, químicos, médicos y filósofos (alemanes, austriacos, americanos), todos salen temprano y pasan el tiempo en caminar de firme, subiendo por la cadena de colinas, desayunando alegres encima de la hierba, charlando de mil asuntos, ¡y tan lejos de las vulgares galanterías! Con toda franqueza, ese bueno y sano compañerismo, ¿no vale mucho más que la actual separación, llena de peligros en el fondo, de dos seres que se completarán tanto más afortunadamente cuanto mejor hayan aprendido á conocerse?

Pero conocerse bien no es obra de unas pocas semanas. Nunca es tarde para que el hombre se convenza de la idea de que la inteligencia y la energía de la mujer, desarrolladas como es debido, en nada ceden á las de ellos; debe persuadirse pronto de que igualmente la interesan los grandes problemas modernos y de la sociedad actual. Hasta es condición para que la respete el acostumbrarse á verla con él en todas partes: en la Universidad, en el Laboratorio, en el Hospital, en las clínicas. Entonces desaparecerá, poco á poco, ese orgullo masculino que reclama el dominio del mundo y de la ciencia para el hombre solo. Mientras llega á realizarse en todas partes esta gran transformación, la Universidad de Zurich contribuye á ella del mejor modo posible. Con los estudios simultáneos de los dos sexos, con los intereses intelectuales compartidos entre el hombre y la mujer, prepara los cimientos de una nueva sociedad, en que los hombres, con la estimación de

las mujeres, hallarán una profundidad de sentimientos que hoy casi ha desaparecido.

Y el compañerismo entrará por mucho en este progreso; el compañerismo, que, lejos de ser un peligro, no podrá menos, por contraste, de apartar al hombre joven de esas mil relaciones hechas y deshechas á la ligera, haciéndole más fácil el trato bajo un pie de igualdad con mujeres honradas y de ingenio culto como el de él. La experiencia ha demostrado que la moralidad nada tiene que perder con eso. Por el contrario, la humanidad recobraría así algo de su inocencia primitiva, un rinconcito del Paraíso donde sería grato vivir. En tanto que llegan á generalizarse estas ideas, realízase en Zurich una labor de grande interés social; y las alumnas de esa Universidad no olvidarán nunca la deuda de gratitud que han contraído con esa *Alma mater* tan bella, tan generosa y tan moderna.

KAETHE SCHIRMACHER.

EL EMPLEO DE LA VIDA.

I

LA GRAN CUESTIÓN

Lo más importante en la vida es aprender á vivir. Nada apetecen tanto conservar los hombres como la vida, y nada hay por que menos se esfuercen en dirigirse bien. Lograrlo es menos fácil de lo que se piensa. Dice Hipócrates en el comienzo de sus *Aforismos* médicos: «La vida es breve, el arte es largo, fugaz la ocasión, falaz la experiencia y difícil el juicio.»

La felicidad y el buen éxito no dependen de las circunstancias, sino de nosotros mismos. «Más hombres han debido su ruina á sus propias culpas que á la malevolencia ajena. Más casas y ciudades aniquilaron los hombres que las tempestades y los terremotos.» Dos especies hay de ruina: la que es obra del tiempo y aquella de la cual es responsable el hombre.

De todas las ruinas, la más aflictiva es la del hombre. Séneca lo dijo: el peor enemigo de cada uno está en su propio corazón. «La mayoría de los hombres emplean parte de su vida en labrar la desventura de la otra,» y con harta frecuencia «el ardor de la sangre nos indujo á hacer en la juventud cosas de las cuales se arrepienten en la vejez nuestros huesos doloridos (1).» «Porque de lo pasado y terminado, ni Cloto podría tejer de nuevo la trama, ni Atropos reanudarla (2).» Ámase el hombre á sí mismo con mayor ardimiento que cordura.

Se me acusa á veces de ser optimista. Sin embargo, jamás fingí ignorar, nunca negué los cuidados y fatigas de nuestra existencia. Nunca he dicho que son felices los hombres, sólo pretendo que tienen capacidad de serlo y que si no lo consiguen sólo de ellos es la culpa; que la mayor parte de los hombres más ocasiones de dicha desperdician que aprovechan. Y esta última reflexión es quizá la más triste de todas: «Pues de cuantas frases melancólicas se han escrito ó pronunciado, las más melancólicas son estas: Aquello hubiera podido ser (3).»

Con frecuencia, lo que llamamos un mal, no es sino un bien, del cual no se supo sacar partido ó que se llevó hasta algún exceso. El valor hasta el exceso truécase en temeridad, el cariño en debilidad, la economía en avaricia. Y, sin embar-

(1) Lily (autor dramático inglés del siglo XVI.)
(2) Luciano.
(3) Whittier.

go, nunca se ha podido demostrar que una mudanza cualquiera en las leyes naturales fuese un progreso. Un hombre que cae al suelo se rompe una pierna; pero de ahí no se sigue que un cambio en las leyes de la gravedad sería una mejora del estado presente de las cosas.

Los persas pretendían que la felicidad nos viene de Ormuzd, principio del bien, y la infelicidad nos viene de Ahriman, espíritu del mal. Pero realmente nuestros trabajos son obra nuestra, personal; dimanan de nuestros errores, en el doble sentido de esta palabra — los yerros que cometemos á conciencia y con pleno conocimiento de causa y los no menos numerosos, debidos á la ignorancia.—Respecto á la primera categoría de nuestros errores, llevamos en nuestro corazón una norma infalible de criterio. Si obramos mal, es que nuestros ojos vieron el mal. Si no lo han visto (á menos de haberlos cerrado voluntariamente para no ver nada), no somos reos de pecado, sino sólo de ligereza.

Respecto á la segunda categoría de errores, debemos fiarnos de la razón (de la de nuestros padres, mayores y amigos), de nuestra educación y de nosotros mismos. Nosotros mismos, en parte, somos quienes nos educamos. Todos tenemos por lo menos un discípulo á quien se debe intruir y educar.

Lo que aprendemos por nosotros mismos forma parte más esencialmente de nuestro ser que lo que los demás nos enseñan. Nuestra educación no está terminada cuando salimos de las aulas; apenas si comienza entonces. Dura tanto como la vida. «¡Cuán ventajoso sería ver á los hombres ejercitar su cerebro — dice Séneca — como ejercitan su cuerpo; y tomarse tantas molestios para ir en demanda de la virtud como del placer!»

Hay razas fatalistas. En su concepción del mundo, todo está ordenado de antemano y lo que ha de ser será, consiéntase ó no en ello. Estas razas consideran al hombre como un simple autómata, juguete de un poder superior. Por tanto, lo que ante todo importa examinar es la cuestión de saber si

existe una ciencia de la vida. ¿Somos capaces de dirigir nuestra navegación á través del oceano del tiempo, ó estamos condenados á dejarnos llevar por las corrientes? La respuesta es clara: «El hombre es hombre y señor de sus destinos (1);» ó á lo menos, si no lo es, sólo á sí mismo debe culparse.—« Seréis lo que ser queráis; pues el poderío de la voluntad, cuando está conforme con la voluntad suprema, es tan grande que todo cuanto seria y firmemente nos proponemos llegar á ser lo conseguimos en efecto (2).»

Por tanto, si así podemos disponer de nuestro destino, tiene la mayor importancia preguntarnos lo que deseamos llegar á ser y cómo nos aprovecharemos lo más posible de la rica herencia de la vida. Hay hombres que tienen un propósito en la existencia y otros que no tienen ninguno. Nuestro primer deseo debiera consistir en sacar de nosotros mismos el mejor y más elevado partido. «Lo que todo hombre debe perseguir en primer término, dice Humboldt, es el desarrollo más completo y armónico de todas sus facultades, á fin de elevarse hasta la expresión más rica y más fuerte de su ser entero;» ó bien, citando una vez más á Juan-Pablo Richter, «conseguir sacar de su Yo todo cuanto esta primera materia contiene». Sin embargo, no debemos obrar así con un fin interesado, ó nos veríamos de antemano condenados á no conseguirlo. Bacon afirma «que ningún hombre puede considerar su triunfo personal como el fin confesable de su existencia». Las almas más elevadas y mejores, Platón y Aristóteles, Buddha y San Pablo, nunca se hubieran contentado con perseguir la perfección sólo para ellos mismos.

Por consiguiente, tendré como cosa admitida que por interés ajeno debemos trabajar en el propio perfeccionamiento; y desde ahora quisiera hacer notar cuán interesante es la tarea que nos proponemos. La máxima familiar γνῶθι σεαυτόν nos ma-

(1) Tennyson. *Enid.*
(2) Juan-Pablo Richter.

nifiesta la importancia y dificultad, á la vez, de conocerse. Dice Montaigne, en su sabroso lenguaje: «No he visto en el mundo monstruo ó milagro más palmario que yo mismo.»

Siempre fué tarea ingrata la de dar consejos. No olvido la triste experiencia del neófito de Nueva Zelanda, «el cual (decía el jefe de su tribu á un misionero) nos daba tantos consejos, que nos vimos obligados á comérnoslo para hacerle callar». Sin embargo, «quienes al principio no quieren aceptar consejos, que nada cuestan, comprarán más tarde muy caro el arrepentimiento (1)». Por eso es mi designio dar algunos consejos útiles á quienes aspiren á llegar á ser ó hacer alguna cosa, á quienes apetezcan sacar de sí mismos y de su existencia el mejor partido posible.

Nada hay más triste que ver con cuánta ligereza desperdicia el hombre las ocasiones que se le presentan. ¡Y cuánta dicha se podría conceder á los demás, si se les hiciese aprovecharse de los bienes que neciamente malgastamos y de los cuales no sabemos aprovecharnos nosotros!

Curad que los placeres sean reales, y no imaginarios. Consentimos en hacer muchas cosas por decírsenos que son placeres. Nos hastiarían si se les diese otro nombre. Muchas personas se convencen de que se divierten, á causa de no ver utilidad ninguna en lo que intentan hacer. Otros parecen pensar que sólo existe el goce de los sentidos. En realidad, los goces del espíritu son á la vez los más exquisitos y los más duraderos.

Descuidamos ó destruimos por aturdimiento nuestro cuerpo, y, no obstante, sólo tenemos uno; y, sin embargo, de su salud depende la sanidad del espíritu. No sabemos aprovechar la mitad de los goces que las bellas artes nos proporcionarían. Pregunto: ¿qué proporción de parisienses ha visitado el Louvre? De igual manera, tampoco nos preparamos para com-

(1) Lily.

prender el interés de las ciencias: ¿son muy numerosos los visitantes de museos y colecciones? Gozamos mal de las bellezas de tierra y cielo; sin duda sacamos más partido de la música, aunque menos del que sacarse pudiera; nos jactamos de ser los únicos posidentes de razón, y no obstante, ¡cuán mal sabemos aprovecharnos de esa razón, que tanto nos envanece, para acrecentar nuestra ventura! Hasta pudiéramos preguntarnos (y los filósofos cínicos plantearon el problema) si, habida cuenta de todas las cosas, no es el espíritu una *damnosa hereditas*, un manantial de sufrimientos más bien que de alegrías. Los animales no conocen nuestras inquietudes: «el hombre camina por una sombra vana y se devora en vano.» Nos atormentamos con dudas, terrores, cuidados y ansias; rodéanos por todas partes el misterio, pero es vano sublevarnos contra él.

Empero, aunque sea vana la inquietud, sería peligrosa la indiferencia. Es necesario preocuparnos hasta por las cosas que mejor creemos conocer. El error nos acecha por todas partes. Pero, «á pesar de todos los vicios de este mundo, la Misericordia Divina no ha querido que nos hagamos perversos de buenas á primeras. Necesitamos mucho tiempo y fatiga para perdernos por completo. No caemos desde lo alto de la virtud en un solo día, como Vulcano del cielo (1)».

Y si, prescindiendo del individuo, consideramos la especie humana, ¿no es aún más pasmoso tener que afirmar hasta qué punto descuidamos nuestras ventajas? La humanidad aun puede confesar, como Newton, que nos asemejamos á niños que en la playa juegan, y de vez en cuando recogen una concha más brillante, un alga más curiosa, mientras ante ellos se extiende inexplorado el inmenso oceano de la verdad. No existe ni siquiera una sola substancia de la cual conozcamos verdaderamente las propiedades y los recursos que encierra; trabajamos de la mañana á la noche, y sin embargo si no más *conociésemos* todas las propiedades de la materia y supiésemos em-

(1) Sir T. Browne.

plear todas las fuerzas de la naturaleza, es probable que una ó dos horas de esfuerzos nos bastarían ampliamente para proveer á nuestras más esenciales necesidades, quedándonos entonces el tiempo preciso para cultivar nuestro entendimiento y satisfacer las exigencias de nuestro corazón.

Ni siquiera se ha utilizado aún por completo la fuerza del vapor; desconocíanse los usos de la electricidad hace cincuenta años, y apenas si hoy mismo sabemos sacar partido de ella: la potencia motriz de los ríos es una fuerza perdida. ¡Y cuántos dolores se habrían casi evitado al hombre si antes hubiese descubierto los anestésicos! ¡Un tomo no bastaría para todos los ejemplos que pudieran citarse en apoyo de esta tesis! Es imposible dudar de que aún son inminentes mil descubrimientos. ¿No es, por tanto, extraordinario que naciones llamadas cristianas derrochen locamente miles de millones para su común ruina, y luchen como fieras por adquirir una pulgada de territorio, mientras «ante ellos se extiende inexplorado el inmenso oceano de la verdad»?

Hace apenas una generación, admitíase que la mitad de los niños crezcan sin aprender á leer y á escribir. Todavía oímos á menudo censurar hoy el exceso de instrucción. A decir verdad, esta crítica condena, más bien, toda instrucción que no tenga relaciones directas con la vida. Hasta personas hay, si bien pocas en número, que diputan excesivos nuestros gastos escolares. No ven que la ignorancia cuesta más cara que la instrucción. A todos nuestros niños se les dan hoy algunos rudimentos de educación. Pero cabe el derecho de preguntarse (no quiero examinar esta cuestión aquí) si los sistemas que hemos adoptado son los mejores. Me limitaré á hacer notar que parecemos abandonar en demasía la instrucción moral en nuestras escuelas; de ello ha resultado una teoría, la cual parece decir que si no respetáis los mandamientos de la ley de Dios, eso estará mal hecho y vuestros actos harán sufrir al prójimo, pero os proporcionarán la felicidad y serias ventajas, á lo menos en este mundo. Según este sentir, el egoismo,

la avaricia, la intemperancia, la pereza y otros vicios condenables en sí, son, á pesar de todo, un manantial de placer, cuando menos para nosotros. No harán daño sino á los demás; naturalmente, buscarán el goce todos aquellos que sólo en sí mismos piensan; y la virtud y la bondad, cosas nobles y elevadas, traerán consigo el renuncio á las distracciones, aun siendo inocentes, y nos condenarán á una abnegación perpetua.

Pues bien, precisamente lo contrario es la verdad. El vicio goza tan poco del privilegio de no conocer premisa ni ley, que el mismo malvado cae en la peor esclavitud: la de sus pasiones. Sin embargo, mucha gente moza aparenta creer que el vicio tiene algo de viril. Pero el ente más necio y más débiles capaz de tener vicios. La virtud es la verdadera virilidad, y en ella se encuentra la libertad verdadera; la verdadera esclavitud es el vicio. Tal modo de vivir no es envilecedor por ser inmoral; es inmoral porque envilece. Y si por una inconcebible inversión de las cosas el mal se tuviese por bien, no quedarían por eso menos destruídas la felicidad y la paz.

No quiero citar el parecer de los teólogos en apoyo de la tesis de que el mal y el dolor son inseparables. Prefiero invocar el testimonio de un cabal hombre de mundo: lord Chesterfield. Termina una de sus cartas de consejo á su hijo, diciendo: «Tales son las recompensas que la virtud no puede dejar de conseguir, y tales son los caracteres, que es preciso esforzaros en imitar, si queréis llegar á ser un hombre de bien y un hombre superior: á ese precio se adquiere la felicidad».

Descartes resumía en cuatro máximas sus reglas para conducirse en la vida:

«La primera, obedecer las leyes y costumbres de mi país, guardando constantemente la religión, en la cual me ha hecho Dios la merced de estar instruído desde mi infancia;

»La segunda, ser en mis acciones lo más firme y resuelto que pueda;

»La tercera, proponerme siempre dominarme, más bien que la fortuna;

»La cuarta, emplear toda mi vida en adelantar tanto como pueda en el conocimiento de la verdad».

No son los egoistas, indiferentes ó protervos los únicos que en la desvergonzada persecución de lo que creen ser su interés labran su desventura propia y la ajena. También es preciso reconocer que personas honradísimas y libros excelentes, llenos de buenas intenciones, cometen en el fondo el mismo yerro: confunden la inmoralidad y el placer, describen la virtud como abnegación completa y toman la austeridad por la religión. La Inquisición es un ejemplo extremado de ese concepto. Algunos de los inquisidores eran, sin disputa, hombres llenos de bondad y misericordiosos, pero se equivocaron de medio á medio acerca de lo que constituye la esencia del cristianismo. Diariamente vemos en derredor nuestro buenas personas, convencidas, al parecer, de que todo cuanto es agradable ha de ser por fuerza un pecado; que el verdadero espíritu religioso no es sino austeridad, tristeza y mortificación; que la naturaleza esplendorosa é inundada de sol y de alegría, es una cosa mala y no una bendición, es una tentación del espíritu del mal y no uno de los mayores manantiales de goces á nosotros concedidos por el Autor de todo bien. En dos bellísimos versos dice Cowper: «El camino del dolor, y sólo ese camino, conduce á la tierra donde todo dolor es desconocido».

Y, en efecto, no podemos cruzar la vida sin conocer el dolor. Toda luz proyecta sombra. Sin hablar de las inevitables tristezas que nos imponen los tan estrechos límites de la existencia por la pérdida de aquellos á quienes amamos, es tan compleja nuestra vida, y tan inexperto aún el mundo; comprendemos tan poco las necesidades de nuestro ser, la índole y las propiedades de las substancias y fuerzas que nos rodean, que fatalmente estamos expuestos á sentir muchos dolores y sufrimientos. Pero Cowper declara que *sólo* el camino del dolor conduce al cielo, como si una vida dichosa aquí abajo debiera por necesidad pagarse con sufrimiento en el otro mundo. ¡Idea completamente errónea, pero que ha hecho padecer

mucho á las almas delicadas, conturbándolas y sumiéndolas en desasosiegos y dudas! Más de un carácter juvenil y alegre ha conocido las penas del remordimiento y háse acusado de la felicidad que debiera agradecer. Y, sin embargo, ¿no es un privilegio inestimable el de poder iluminar con la presencia de su júbilo á todos aquellos que á causa de sus pruebas ó de su mala salud no conocen ya por sí mismos ese venero manantial de luz y de alegría? Cowper distaba mucho de ser un simple puritano. No obstante, su doctrina está saturada del espíritu de aquellos que, según frase de Macaulay, condenan las corridas de toros y las riñas de gallos, no por ser origen de sufrimientos para los animales, sino porque regocijan á los espectadores.

Atorméntanse y se inquietan muchas personas por serles imposible comprender el misterio de la existencia. Sin embargo, el hombre de bien puede á veces irritarse al ver cómo está constituído el mundo, y á veces entristecerse por ello; pero estad seguros de que ningún hombre se ha quejado por eso, si ha cumplido con su deber. Porque dice Séneca: «No hay deber que cumplido pueda dejar de hacernos felices, ni tentación contra la cual no haya remedio.» «No acuses á la naturaleza —dice Milton;—ha cumplido su deber para contigo; cumple á tu vez el tuyo.» Seguros podemos estar de que el Creador no hubiera hecho que la naturaleza sólo regale con belleza á nuestros ojos y con música á nuestros oídos, si al mismo tiempo no fuese su voluntad hacer que nuestro ser entero gozase de ella. «Es casi imposible estimar en su justo valor cuánta paz da el hombre al prójimo y cuánta alegría se procura á sí mismo, dirigiendo bien su existencia propia» (1). Si este siglo (y este es mi sentir) es en verdad el más maravilloso, interesante é ilustrado que la tierra ha visto, demos por ello gracias á nuestra buena suerte, mas no nos atribuyamos su gloria:

(1) *Imitación de Jesucristo.*

debemos felicitarnos de que así sea, pero más bien con gratitud que con orgullo.

Por tanto, débase gozar con reconocimiento, y lo más completamente posible, de los innumerables beneficios de la existencia. Pero conviene estar dispuestos á conocer también sus tristezas y cuidados. La vida (ha dicho Walpole) es una comedia para quienes meditan, una tragedia para quienes sienten. En efecto, es á las veces trágica, y harto á menudo raya con la comedia; pero es, aún con mayor frecuencia, lo que nosotros queramos hacerla ser. «Ningún mal, como dijo Sócrates, alcanza al varón sensato, ni en vida ni en muerte.» Con toda seguridad, más á menudo tienen razón los profetas de venturas que los de desventuras. Y, sin embargo, dejamos correr años felices sin darnos cuenta de ello, mientras que saboreamos con lentitud cada instante de tristeza ó de dolor.

No podemos esperar el triunfo de pronto. La naturaleza misma aborta con frecuencia. Pero «no os infléis nunca con arrogancia en la prosperidad ni en la dicha, y no os desesperéis nunca de la felicidad en los días adversos (1).»

Un muy conocido pasaje de la Biblia nos dice: «La puerta ancha y el camino espacioso llevan á la perdición, y hay muchos que por allí entran. Mas la puerta estrecha y el camino estrecho conducen á la vida, y pocos hay que los encuentren.» Pero la conclusión que se saca de estos versículos, me parece á menudo falsa. No se nos dice que el verdadero camino sea más áspero y más difícil de seguir, sino que es estrecho y difícil de encontrar. Sin duda, no hay sino un solo camino verdadero y son innumerables los falsos caminos. Un buque en el mar no tiene más que una sola línea de marcha; todas las demás le alejarían del verdadero puerto donde encontrara el descanso. Pero de ahí no se sigue que ese camino esté más sembrado de escollos y de tempestades que otro cualquiera.

---

(1) Boccio (traducción del rey Alfredo.)

Sin duda es imposible negar que lo malo y lo necio son con frecuencia cosas muy agradables, á veces hasta deliciosas por el momento. Eso sería justamente negar la fuerza de la tentación, lo cual es absurdo. Sólo pretendo decir que, cediendo á esas tentaciones, compramos un placer transitorio á costa de un dolor perdurable, ganamos poco y perdemos mucho, «adquirimos á precio de años de arrepentimiento el goce de una hora.» Y hasta me atrevo á decir (sólo hablo de nuestra existencia terrena) que no alcanzaremos la felicidad sino persiguiendo el bien. Hay más dicha en la abnegación que en el egoismo.

El buen éxito y la felicidad no son cosas idénticas. Vense á menudo personas colmadas de todos los favores de la fortuna, y que, no obstante, son infelices. Mucho puede la fortuna, empero la voluntad es quien hace estar satisfecho de sus dones. «Mi espíritu es para mí un verdadero imperio: tales son los goces que á cada instante me proporciona (1).»

«No á todo el mundo (se ha dicho con exactitud) le toca poseer riquezas, cargos y honores; pero en poder de todo el mundo está ser virtuoso, generoso y sensato.»

La verdadera riqueza menos consiste en lo que poseemos que en lo que somos. Y todas las ventajas de que disfrutamos traen consigo responsabilidades.

«Nuestra vida presente (dice S. Crisóstomo) no es más que una representación teatral, y los negocios del hombre un drama: pobreza y riqueza, autoridad ó servidumbre y todas las diferencias que separan á los hombres no son sino sus elementos exteriores. Pero después de esta vida terrena, quedarán cerrado el teatro y arrancadas las caretas. Y entonces se juzgará á cada uno según sus obras; no según sus riquezas, ni su funciones, ni sus dignidades, ni su poderío, sino según sus obras.» Esperemos que nuestras obras resistirán la prueba de ese juicio.

---

(1) Dyer.

¿Y cuál será esta prueba? No juzgará lo realizado por nosotros, sino nuestra voluntad de obrar; no tendrá en cuenta nuestro triunfo en la vida, sino sólo nuestro mérito. Y seguramente llegará entonces á ser visible que una vida virtuosa es la única feliz, y que sólo se sacrifican ellos mismos, quienes viven en pecado y en el egoismo.

«Hijo mío—dice Salomón—(2) no eches en olvido mi enseñanza, y guarde tu corazón mis mandamientos, porque te darán largos días y años de vida y prosperidad.»

II

DEL TACTO

Para triunfar en la vida, es más indispensable el tacto que el talento. Pero quienes no lo poseen por naturaleza, muy difícil es que lo adquieran. Sin embargo, puede conseguirse, en parte al menos, teniendo siempre en cuenta los deseos probables de quienes nos rodean.

Nunca desperdiciéis ocasión de causar placer á alguien. Sed corteses con todo el mundo. Decía lady Montagne: «nada cuesta la urbanidad y con ella se compra todo», á veces hasta lo que el dinero sería impotente para obtener. Por consiguiente, esforzaos en ganar los corazones de todos aquellos á quienes encontréis. «Apoderaos de sus corazones, decía lord Burleigh á la reina Isabel, y tendréis la bolsa de los hombres al mismo tiempo que su corazón.»

El tacto vence á menudo allí donde sería impotente el

(2) *Proverbios.*

apremio. En la memoria de todos está la fábula de La Fontaine *Febo y Boreas*.

Recordad siempre que es más fácil conducir á los hombres por la persuasión que por la violencia, y que siempre vale más ganárselos que someterlos. «Lo que desees conseguir, más fácilmente lo obtendrás con una sonrisa que con la punta de la espada.» (1)

No hay regla mejor en política que la de «no gobernar demasiado».

Proponeos conquistar y, sobre todo, merecer la confianza de aquellos con quienes os tratais. Muchos hombres han debido su influencia más bien á su carácter que á su talento.

Anticipaos á los deseos ajenos, mientras lo permitan la prudencia y la justicia; pero nunca temais decir que *no*.

Todo el mundo sabe decir *sí*, aun cuando no todos sepan decirlo con gracia; pero es mucho más difícil decir *no*. Más de un hombre ha debido su ruina á esta incapacidad. Plutarco dice que los habitantes del Asia Menor fueron reducidos á la esclavitud por la única razón de no saber decir que *no*. Pero si es necesario poder á veces negarse, tan necesario es saber rehusar con agrado. Siempre debiéramos proponernos que aquellos con quienes hemos de tratar algún asunto tengan placer en relacionarse con nosotros y gusten de volver á comenzar. En los negocios hay más sentimiento de lo que generalmente se supone; no hay persona ninguna insensible á la benevolencia y á la cortesía. Maneras agradables y cordiales zanjarán á veces un negocio mejor que el dinero.

Casi todo el mundo tiene el poder de agradar, si quiere tomarse ese trabajo. «El deseo de agradar hace generalmente que se agrade; y por otra parte, quien no trate de agradar no agradará» (2).

Si no llegais á adquirir ese precioso don en vuestra juven-

(1) Shakespeare.
(2) Chesterfield.

tud, muy difícil será que lo adquirais más tarde. Más de un hombre ha debido su triunfo en sociedad á las buenas maneras, por encima de las cualidades reales; y, por otra parte, más de un hombre excelente, lleno de bondad y de óptimas intenciones, se crea enemigos á fuerza de rudeza. Además, siéntese un verdadero placer en agradar á nuestros semejantes. Probad á hacerlo, pues no tendréis por ello ninguna decepción.

Estad siempre avizor y con sangre fría.—Es tan necesario tener lúcido el cerebro como ardiente el corazón. — En todo negocio son preciosísimas la firmeza y la sangre fría; con frecuencia, en tiempos peligrosos ó difíciles, les deberéis la salvación.

Jamás debéis menospreciar á quienes están menos bien dotados que vosotros. No tenéis derecho á hacerlo. No es más razonable enorgulleceros de los talentos que de las riquezas que hayais podido heredar. Toda la cuestión consiste en saber en ambos casos si habéis sabido sacar provecho de ello. Por otra parte, no siempre las personas revelan todo el ingenio que tienen. Es más fácil leer en los libros que en las almas. Los ojos son los mejores indicios que consultar. «Cuando los ojos dicen una cosa y las palabras otra, de los ojos se fía todo hombre experimentado» (1).

No os fiéis gran cosa de las exageradas profesiones de interés. Los hombres no se ponen á amar á los hombres de pronto, ni las mujeres á las mujeres. Si alguien á quien conocéis poco hace muchas protestas de buena voluntad, si se muestra harto presuroso en prometêr, no tengais ciega confianza en sus promesas. Aun cuando sea sincero, es probable que sus palabras vayan más allá que su pensamiento, ó tiene interés en conquistaros. Por consiguiente, no creais que todo hombre que se declare amigo vuestro lo sea en efecto; tampoco os apresuréis á ver en cualquiera un enemigo.

(1) Emerson.

Nos lisonjea el diputarnos por seres razonables é inteligentes, pero mucho se equivocaría quien supusiera que la razón dirige á los hombres. Estamos llenos de incoherencias y extravagancias, y nuestros actos resultan más á menudo de nuestros prejuicios ó de nuestras pasiones. Por tanto, influiréis con más poderío sobre los hombres dirigiéndoos á sus sentimientos que á su razón. Y esto es aún mayor verdad cuando se trata de una muchedumbre.

La discusión es peligrosa siempre. Acarrea con frecuencia disgustos y enfriamientos. Podéis haber dicho la última palabra y perder un amigo, lo cual es más bien un mal negocio. Si os veis obligados á empeñar una discusión, haced las mayores concesiones posibles, intentando probar que se olvida un aspecto esencial del problema. Pocas personas saben reconocer que han quedado derrotadas en una discusión: el sentimiento de la derrota no tiene nada de agradable. Y aun vencido, rara vez se queda convencido. Hasta me atrevo á decir que es inútil intentar convencer por medio de argumentos. Haced valer los vuestros con la mayor claridad y brevedad posibles: quizá consigais quebrantar la certidumbre de vuestro adversario. Esto ya es mucho y todo lo que podéis esperar.

La conversación es un arte. No son los entendimientos más cultivados los que mejor lucen. Sin embargo, sería erróneo afirmar con lord Chesterfield que «son raros los capitanes de infantería cuya conversación no sea más divertida que la de Descartes ó Newton.»

No pretendo que escuchar bien sea tan difícil como hablar bien, pero es un arte casi tan difícil y poco menos importante. No acojais en son de crítica todo lo que oigais. Suspended el juicio, tratad de comprender los sentimientos de quienes os hablan. Si os mostrais benévolo y lleno de simpatía, se os pedirá á menudo consejo y tendréis con frecuencia la satisfacción de saber que habéis dado ayuda ó consuelo á quien tiene un pesar ó un cuidado. No esperéis ser advertidos si sois jóve-

nes. Escuchad en silencio y mirad todo lo que pasa; los espectadores son quienes mejor siguen las peripecias de un combate y podéis ver tanto mejor cuanto que no sois vistos. Esto es casi poseer el anillo de la leyenda, que hacía invisible.

Para ahorrarse la fatiga de pensar, tarea muy penosa para la mayoría de los hombres, se os concederá el valor que parezcais concederos vosotros mismos. «Sólo se vale en este mundo lo que se quiere valer» dice La Bruyère.

No os creeis enemigos: es la peor de las adquisiciones. «No respondas al loco según su locura, por temor á no volverte semejante á él (1).» Acuérdate de que «una respuesta dulce sosiega el furor», pero hasta una respuesta irritada vale más que la burla. De cada diez hombres, nueve preferirían que digan mal de ellos y hasta se les haga, más bien que verse ridiculizados. Todo lo olvidan más fácilmente que eso.

Más grato es engañarse que desengañarse. Un ateniense, Trasilao, perdió la razón: en su locura, creía que todas las naves del Pireo eran suyas. Curado por Criston, dolíase con amargura de haber sido robado por él.

No estéis dispuesto siempre á creer que se os falta á la consideración ó que se mofan de vosotros, como Scrub en la comedia: «Estoy seguro de que hablaban de mí, porque se reían á mandíbula batiente.» Y por otra parte, si se ríen á vuestras expensas no mostréis por ello ningún enojo. Reíos de buena voluntad con los otros, si os es posible; obrando así sólo podéis salir ganancioso. Todo el mundo gusta de quienes saben reirse de una broma á costa suya, y con justo motivo; porque eso es prueba de buen humor y buen sentido. Si sois los primeros en reiros de vuestras ridiculeces, los demás se reirán menos de ellas.

Sostened con valor vuestras opiniones. Es cierto que alguien se burlará á veces de vosotros, pero esto no os hará

(1) *Proverbios.*

daño ninguno. No hay ridiculez en presentarse como se es verdaderamente; lo ridículo consiste en aparentar lo que no se es.

Sed francos, aunque guardando cierta reserva. No habléis mucho de vosotros mismos, ni en pro ni en contra, pero admitid que los demás hablen de sí propios cuanto en gana les viniere. Si lo hacen es que les agrada, y os querrán tanto más cuanto con mayor gusto les escuchéis. De ninguna manera vayais á demostrar á las gentes que son unos imbéciles ó no tienen sentido común, á menos que á ello os obligue vuestro deber; no les faltaría razón para dolerse. Puede muy bien acontecer que sea falso vuestro juicio: en ese caso tendrán de vosotros la opinión que de ellos tenéis, y con justo título.

Burke dijo un día que le era imposible dirigir una acusación general contra una nación entera, y nada hay más necio ni más injusto que atacar á toda una clase ó profesión. Los individuos olvidan ó perdonan algunas veces, las sociedades nunca. Además, hasta los individuos perdonarán con mayor facilidad una sinrazón que un insulto.

Nada infiere una herida más dolorosa que el ridículo. Nunca lograréis vuestros propósitos indisponiendo contra vosotros á las gentes y ridiculizándolas.

En sus conversaciones con Eckermann, hace Gœthe un elogio de los ingleses: «Su manera de presentarse y conducirse en sociedad está tan llena de aplomo y de soltura, que en todas partes parecen los amos y que el mundo entero es de ellos.» Eckermann responde: «Sin embargo, yo no afirmaría que esos jóvenes ingleses de Weinar sean más inteligentes, instruídos ó afectuosos, que estén mejor dotados que los jóvenes alemanes.»—«Mi buen amigo, no se trata de eso, replica Gœthe. Tampoco depende del nacimiento ni de la riqueza. Lo que les distingue es el valor de ser como la naturaleza los ha hecho. No hay en ellos nada incompleto: son seres completos. A veces son unos necios completos, lo concedo de todo corazón. Pero esto mismo ya es algo y tiene su importancia.»

Sed pacientes en todos vuestros negocios y empresas. Más

de un hombre prefiere que le oigais con atención lo que os dice á conseguir lo que os pide; más de un adversario ha cedido cansado de luchar. Sobre todo, nunca os encolericéis; ó, de todas maneras, sabed dominaros y callaros.

«Reprime tu ira y déjate de arrebatos; no te irrites, á lo menos para hacer mal;» porque «una respuesta dulce calma el furor, pero las palabras duras excitan la cólera (1).»

Nunca os pongais donde estéis de más, pues no falta sitio en otras partes. «¿No tengo tres reinos?—decía Jacobo I á una mosca.—¿Por qué has de colocarte en mi ojo (2)?»

Hay personas que parecen tener el don de decir siempre lo que no convendría. Aluden continuamente á cosas que despiertan en nosotros recuerdos dolorosos ó diferencias de opinión.

Ninguna ciencia es más necesaria que el conocimiento de los hombres. Importa muchísimo poder decidir con cordura, no sólo si debéis fiaros ó desconfiar de tal ó cual hombre, sino hasta qué punto y en qué relaciones le podéis otorgar vuestra confianza. Sobre todo, es preciso escoger los colaboradores de manera que sus tareas les convengan y ellos sean aptos para las mismas.

«Si no tenéis confianza en alguno, no lo empleéis; si lo empleais, tened confianza en él (3).»

Más á menudo hay motivo para fiarse de las gentes, que para desconfiar de ellas.

La confianza debe ser plena, pero no ciega.

Sed siempre discretos. Sabed callar. Si sois parlanchines, no os extrañe que los demás lo sean. «La boca del sabio está en su corazón, y el corazón del necio está en su boca, porque lo que sabe ó piensa lo dice en voz alta (4).»

---

(1) *Proverbios.*
(2) Selden: *Conversaciones de sobremesa.*
(3) Confucio.
(4) *Proverbios.*

Haced uso de vuestro ingenio, consultad siempre á vuestra razón: dista mucho de ser infalible; pero podrá evitaros muchos errores.

Dicen que la palabra es de plata y el silencio de oro.

Muchas personas hablan más bien por ganas de hablar que por abundancia de ideas. La palabra debiera ser más bien un ejercicio del ingenio que de la lengua; la charla, hasta la afición á hablar, perjudica para el buen éxito. «Vense arrastrados los hombres, en el calor de sus discursos, á decir mucho más de lo que pensaban decir. Y esta volubilidad excesiva y esta incontinencia de palabras es causa de innumerables males y disgustos (1).»

Dice La Bruyère: «Gran lástima es no tener bastante talento para hablar bien, ni juicio suficiente para callarse.»

Cuenta Plutarco que cuando en una Asamblea preguntaron á Demarates si callaba por estupidez ó por falta de palabras, respondió: —Un necio no sabe callarse. «¿Ves á un hombre aturdido en sus discursos? (dice Salomón). Más puede esperarse de un necio que de él.»

Nunca tratéis de probar vuestra superioridad. Pocas cosas irritan más á las personas que el darse cuenta de que son inferiores.

No seais demasiado absolutos en vuestras afirmaciones. Puede acontecer que os equivoquéis, á pesar de vuestra certeza; la memoria nos juega á veces malas pasadas, y á menudo se engañan nuestros oídos y nuestros ojos.

Con frecuencia, nuestros prejuicios más gratos carecen de fundamento sólido.

Y, además, aunque tengais razón, no perderéis nada en no decirlo muy alto.

En la acción, tampoco estéis nunca demasiado seguros de vuestros negocios; nunca descuidéis ninguna ventaja. Acordaos del refrán: «De la mano á la boca se pierde la sopa.»

---

(1) Butler, *Sermones*.

Todo le sale á punto á quien sabe aguardar; y cuando se presente la ocasión, cogedla por los cabellos. «El que no quiere cuando puede, no podrá cuando quiera (1).»

Si dejáis perder la ocasión, ya no la encontraréis otra vez.

«Hay una marea en los negccios humanos. Aprovechadla, y su flujo os llevará á la fortuna; desperdiciadla, y todo el viaje de vuestra vida lo haréis entre escollos y desventuras. Con tal marea navegamos hoy; preciso será seguir la corriente mientras es favorable, ó arriesgarnos á perderlo todo (2).»

Sed prudentes, pero no con exceso. No tengais sobrado miedo de equivocaros. «El que no quiere errar nunca, jamás podrá intentar nada.»

Vestid siempre con esmero: puesto que nos vemos obligados á vestirnos, merece la pena de hacerlo bien, pero sin pretensiones. Sin embargo, no gastéis en ello demasiado tiempo ni demasiado dinero; pero que vuestros vestidos sean fuertes. Es difícil exagerar la importancia que al vestir se concede. Por ello juzgan la mayoría de las personas, y muy á menudo no tienen otro criterio sino el de las apariencias. Por otra parte, si manifestais abandono y descuido en vuestra persona, hay derecho á pensar (aunque muchas veces sea erróneo este juicio) que seréis negligentes en todo lo demás.

Cuando estéis en sociedad, estudiad las personas cuyas maneras os choquen por agradables. Porque «las buenas maneras son una carta abierta de recomendación»; «las maneras son algo para todos, y todo para algunos.» «El mérito y la instrucción no se granjean los corazones, pero los fijan una vez conquistados. Atraed ante todo las miradas por vuestro aspecto, por vuestra manera de ser y de obrar....., y no dejará de interesarse á su vez el corazón (3).» Todo el mundo puede ver y oir; pocos hombres tienen discernimiento. La sociedad

(1) Proverbio inglés.
(2) Shakespeare.
(3) Lord Chesterfield.

no es más que un teatro; todos representamos algún papel, y todo el mundo sabe que la suerte de una obra depende de cómo la representen los actores.

Las Gracias no son menos útiles que las Musas para la vida. Todos sabemos cómo «hay quien puede robar impunemente un caballo en el campo, mientras que otros no tienen derecho á mirarlo por encima del seto (1)».

¿Y por qué, sino porque el uno sabe la manera simpática de arreglárselas y el otro no sabe más que desagradar? Dice Horacio que la Juventud y Mercurio (dios de la elocuencia) son impotentes sin el auxilio de las Gracias.

Sir John Lubbock.

Traducción del Dr. Luis Marco.

(1) Proverbio inglés.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Masones y jesuítas.—Libertad de todos y para todos.—Un aniversario del mes de Marzo.—Aparición de la Comunidad revolucionaria en París.—Incidentes gravísimos de tal movimiento, que merecen recordarse.—Instructivos ejemplos.—Crímenes de la demagogia.—Nueva política presidencial en los Estados Unidos.—Aspecto favorable que toman los asuntos de Cuba.—Dificultades en la cuestión de Filipinas.—Triunfos en esta isla también.—Sucesos europeos recientes.—Entrevista del Presidente del Consejo británico y del Ministro de Relaciones exteriores francés.—Cuestiones de Oriente.—Folleto de Gladstone.—Actitud de Alemania.—El emperador Guillermo y la futura escuadra.—El festejo á Guillermo I.—Cuestión de Creta.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Un día en las Cortes lo dije, y lo repito ahora en la Revista: yo nunca fuí masón, aunque siempre republicano, demócrata, liberal; y aunque me creo muy católico, nunca pertenecí á ninguna cofradía religiosa, y menos á cofradías jesuíticas. Pertenecí al partido demócrata histórico primero, y luego al partido republicano conservador: nunca perteneceré á otros partidos, nunca. Ningún asunto, pues, de mi ánimo tan alejado, como la materia masónica, por creerlo yo un asunto arqueológico, propio de disquisiciones eruditas, impropio de hojas ó periódicos diarios. Pero, con ocasión del caso

más triste hace tiempo acaecido á nuestra patria, la insurrección filipina, se ha por tal modo agitado el espíritu público al soplo de las ideas reaccionarias contra el masonismo, que creo de mi deber la publicación, que haré pronto, de un estudio concienzudo del sistema y de la secta, durante la centuria en que su influjo enseñoreó la política, durante la centuria última, para demostrar que si en aquella época fué progresivo y revolucionario, en esta época es conservador y gubernamental. Cuando yo era muchacho, pues comencé á meter por el mundo ruido fragoroso de muy joven, remitiéronme desde Méjico un diploma historiadísimo, año 56, en el cual se me nombraba no sé por quién, grado treinta y tres de la Orden masónica, y no solamente lo rehusé, dejé de acusar á los remitentes el recibo, descortesía no justificada, pero sí explicable por la copia de mis trabajos, los cuales en mi pobreza me han impuesto una faena diaria, un jornal, mejor dicho, de diez horas continuas, sólo interrumpidas los domingos y fiestas de guardar. No lo he dicho nunca; mas hoy, que viene á cuento, lo digo: jamás acepté, no ya puesto alguno, ni siquiera sencillo ingreso, en la masonería; primeramente porque se lleva un pedazo de libertad individual cada sociedad á que uno pertenece, y después porque mis ideas pecaban de sobrado radicales para compadecerse con las conservadoras propias de los masones. Un filósofo, Krausse, para que no pierda otro, redujo toda la filosofía histórica desde fines del siglo décimosexto hasta nuestros días á la siguiente ley: combate mortal entre la masonería y el jesuitismo. Con efecto, el jesuitismo, apoderado de casi todas las monarquías católicas en el siglo décimoséptimo, tuvo en la filosofía racional un enemigo público y en la Orden masónica un enemigo secreto, los cuales acabaron por dar en tierra con su poder externo, aunque jamás hayan podido concluir con su misteriosa influencia. Profesando la Orden de Jesús el dogma de la libertad y de la responsabilidad personal, denominado libre albedrío, frente al bárbaro dogma casi mahometano, frente al dogma viejo agustino, que opuso Lutero á las obras católicas,

dogma llamado de la predestinación y de la gracia; profesando la Orden de Jesús, decía, el libre albedrío, principio de toda buena política, nunca ciñó sus actos á sus ideales, y protegió cuanto pudo á los reyes absolutos, y cuanto pudo contribuyó al asolador absolutismo. Reyes jesuítas fueron, política jesuita sustentaron en el siglo décimoséptimo los reyes que complataran la expulsión de los judíos con la expulsión de los moriscos en España; los reyes que hicieran la triste y abominable restauración estuarda en Inglaterra; los reyes que dirigieron y capitanearon las dragonadas, perseguidoras de los hugonotes y sus familias, repitiendo tras la revocación del edicto de Nantes las expulsiones nuestras de judíos y moriscos en Francia; los reyes que derramaron, oponiéndose á los caudillos de la revolución religiosa, un diluvio de sangre, y mantuvieron la exterminadora guerra de los Treinta célebres años, entre quiromancias de astrólogos y cábalas de jesuitas, en Alemania. Pero, como allá van leyes donde quieren reyes, cual en la Edad Media, los reyes santos del siglo décimotercio, San Fernando, San Luis, se convirtieron en los reyes diablos del siglo décimocuarto, Don Pedro el Cruel, Don Pedro IV de Aragón, Don Pedro de Portugal, Don Carlos el Malo de Navarra; en la última centuria los reyes jesuítas del período anterior se convirtieron en reyes masones, Luis XV, Carlos III, José de Austria, el discípulo de Pombal, y hasta el grande Federico de Prusia. Y estos reyes masones, ó filósofos por otro nombre, partieron en guerra contra los jesuítas y lograron disolverlos, excepción hecha del más racionalista entre todos que, les abrió sus Estados. Pero los jesuítas, despedidos por la puerta grande, volvieron á los palacios reales por las ventanas chicas, mientras los masones, metidos bajo tierra por las persecuciones jesuíticas, surgieron al goce de la libertad, y tomaron carta de ciudadanía bajo las leyes revolucionarias, de tal manera que hoy pertenecen á la Orden masónica los primeros estadistas y los primeros monarcas de nuestra monárquica Europa. Yo, puesto en la triste alternativa de optar entre los jesuítas y los

masones,optaría siempre por estos últimos, aunque nunca fuí masón, pues reaccionarios unos y conservadores otros, yo estoy por los conservadores, como estoy por los liberales frente á los conservadores, como estoy por los republicanos conservadores frente á los liberales monárquicos. Mas como quiera que masones y jesuítas estén por lo general en pugna, y quieran unos á otros proscribirse, yo no estoy por la proscripción de nadie y predico para los jesuítas y para los masones la libertad que á unos y á otros, y á todos, es debida en el humano derecho.

II

Todos los comunistas en toda Europa celebraron el dieciocho de Marzo como aniversario de la Comunidad de París el año setenta y uno. Recordemos este aniversario. Apenas conocemos la historia de nuestros días. Así no nos extrañan y sorprenden reuniones como las celebradas en este mes de Marzo por los jornaleros comunistas en todas las ciudades europeas. ¿Qué conmemoran estas reuniones? La Comunidad de París. Era la mañana del 18 de Marzo de 1871. París se hallaba envuelto en el sudario de una de esas nieblas que semejan finísima lluvia. Antes de que el grueso de la población se hubiera lanzado del lecho á la calle, en pos de sus trabajos ó de sus distracciones, veíase pasar, rozando casi con las paredes, cubiertos con sus capotones grises, pálidos por lo general y malhumorados, gran golpe de gente en armas, soldados de línea que subían á duras penas las alturas de Montmartre y de Chaumont. Restos de los ejércitos del Loira, vencidos en cien batallas y prófugos de cien derrotas, martirizados por el frío, estenuados por el hambre, descontentos de sí mismos y aún más descontentos de sus jefes, con esa rabia y esa inquina contra todos y contra todo, que tarde ó temprano sugiere la

desgracia en los ánimos vulgares; podía fácilmente adivinarse que aquellos seres más valían para servir á una desesperada rebelión, que para obedecer al Gobierno constituído y para salvar el orden público. ¿Dónde iban? Iban, principalmente, á las alturas de Montmartre. ¿Y á qué iban á las alturas de Montmartre? Iban á recoger unos cañones que la Guardia nacional pretendía ser cosa suya y el Gobierno pretendía reivindicar como cosa del Estado. ¿De dónde provenían estos cañones? Napoleón III no tenía más títulos, para aspirar á la dominación de su patria, que los títulos de gloria militar, adquiridos por el ciclópeo fundador de su dinastía en cien batallas. Su advenimiento al trono era una terrible amenaza, su cetro un sable, su timbre un águila voraz, su política un combate, su excusa única y su justificación suprema la reconquista de las antiguas fronteras y el engrandecimiento material de Francia. En esta necesidad parecía natural que hubiera provisto á la defensa de su imperio, y sobre todo de la capital de ese imperio, murada y circuida por un hombre puramente civil como Thiers. Pues nada hizo. Al comenzar el sitio de París se hallaron los muros y los fuertes sin la dotación indispensable á la defensa de una plaza.

III

La Guardia nacional, aguijoneada por tantas proclamas y tantas frases, ebrias de retórico heroismo, comprendía que el entusiasmo no puede luchar á ciegas con la ciencia, y demandaba artillería y más artillería para sus venideras salidas y para sus formidables combates. La fabricación de los cañones, fabricación antaño estancada, se declaró completamente libre. Inmensas suscripciones se abrieron para forjar baterías y repartirlas entre los Guardias nacionales. El músico dió con-

ciertos, el pintor cuadros, el jornalero soldadas, el capitalista oro, las compañías dramáticas sus mejores funciones, los circos sus más vistosos espectáculos, las cortesanas sus más ricas joyas, hasta los niños sus juguetes para procurar cañones, ametralladoras Krups, á los desinteresados defensores de la independencia nacional. El célebre pintor realista, Courbet, que pretendía vincular en sí toda la estética de la revolución, dió una Conferencia sobre arte y con el producto de la Conferencia compró un cañón. El *Siècle*, el periódico representante de las ideas republicanas en las clases medias, compró baterías enteras. Pero ¡ah! que mientras acumulaban con el trabajo y con el tiempo medios de defensa, consumían, con la voracidad propia de un inmenso pueblo de dos millones, todos los medios de subsistencia. Cuando acumularon cañones, no tuvieron víveres. Y sin alimentación necesaria, les era imposible, no ya luchar, pero ni siquiera existir. París cayó, París se rindió; y quedaron en manos de la Guardia nacional inmensos materiales de guerra, gran parte intactos, vírgenes, como adquiridos á las vísperas mismas de la entrega. ¡Oh fatalidad! Estos instrumentos de guerra no sirvieron para la lucha nacional, é iban á servir para las luchas civiles; no salvaron el honor é iban á traer el deshonor de Francia; no escupieron la muerte sobre los invasores, é iban á escupirla sobre los mismos franceses; como si todavía no estuviera bastante castigada la nación, que, de Sibila del progreso, puesta por la Providencia en la sublime trípode donde se oían los oráculos de lo porvenir, se había precipitado, desciñéndose su corona de verbena, en la mancebía de los Césares.

IV

Llegado el armisticio, pactóse que la Guardia nacional de París conservara todas sus armas, y entre sus armas estaban naturalmente sus cañones. Fué necesario apurar la horrible afrenta de que el prusiano pasara por la ciudad, y á fin de impedir todo conflicto y alejar toda tentación, separaron los cañones de su vista, y los condujeron á plazas apartadas de París, que se transformaron de esta suerte en verdaderos parques. Estas plazas, en su mayor parte, se hallaban allá en los barrios de la democracia más roja, quien, exaltada, febril, delirante, soñaba siempre con las guerras, como si la guerra no fuese la muerte de los pueblos, la vida de los Césares. Desde los primeros días del armisticio, guardaban grandes patrullas de la Guardia nacional estos cañones. Cuando les decían que aquella guardia era completamente inútil; que, ajustada la paz, los cañones se hallaban condenados á una ociosidad forzosa, mostraban las llanuras de Saint-Denis, y los cascos prusianos relucientes todavía al sol de las batallas. Pero, en efecto, aquellos parques al aire libre, aquellas baterías en las plazas, aquellos cañones en las calles, no apuntaban á los extranjeros; eran los cráteres de la guerra civil, abiertos en las calles mismas de París.

V

El Gobierno propuso que los cañones pasaran de los parques improvisados á los parques oficiales. Estaba en su derecho. No puede vivir un Estado, si ese Estado no responde por

sí de la seguridad general, y no puede responder de la seguridad general si no tiene directa ó indirectamente en sus manos la fuerza pública. Y si aquellos cañones amenazadores no entraban de lleno en poder del Gobierno, decididamente no existía el Gobierno de hecho. Así, mezclando la energía con la prudencia, dirigíanse las tropas del Estado en la madrugada del 18 de Marzo sigilosamente á tomar las alturas de Montmartre y á retirar los cañones. Ya las habían tomado á hora bien temprana. Ya habían puesto su mano sobre aquellos instrumentos de discordia. Sólo faltaba descenderlos y encerrarlos. ¿Cómo no verificaron esta operación sencillísima? Por una de estas infinitas torpezas que se cometieron allá en los proemios de la guerra extranjera y que debían repetirse aquí en los proemios de la guerra civil: por habérsele olvidado los atalajes y caballos necesarios á la empresa. ¿Se concibe tamaño descuido? ¿Se concibe que fueran á tomar unos cañones y olvidaran los medios de tomarlos? ¿Se concibe que no llegara ni aun á ocurrírseles cuánto necesitaban salir airosos en la empresa, y para salir airosos en la empresa cuánto necesitaban los atalajes necesarios al arrastre y á la conducción de los cañones? Continuaremos.

VI

La tardanza, descrita en el artículo anterior, provocaba la intervención de la muchedumbre; y la intervención de la muchedumbre lo perdía, lo malograba todo. No hay pluma capaz de describir la irritación á que llegara el pueblo de París. Convencido profundamente de haber sido entregado, por todas partes imaginaba ver señales de negra traición, sombras misteriosas de espías. Sus gobernantes traidores, sus generales traidores, sus diputados traidores; la nación sólo había en-

gendrado hijos espúreos, capaces de venderse y de venderla por el más vil precio, por amor al mal, por el gusto de la deshonra y de la infamia. Un quinqué iluminado que luciera al través de los cristales; un chal rojo que cualquier dama se echara sobre los hombros; las verdes alas de un papagayo agitándose por lo alto de una ventana; la seña expresiva y la ojeada de un amante á su amada; éstas y otras cosas, más baladíes aún, eran tomadas por señales convenidas con los prusianos, encaminadas hacia cualquier conjuración espantosa, negra traición á la República y á la patria. Pues los espías eran aún más frecuentes y pasaban por trances más peligrosos. Hablaban los rubios en voz alta, para que su acento francés y su perfecta entonación parisién los libertara de cualquier emboscada. Pero si, por casualidad, el rubio se distrae y se calla, se embebe en su pensamiento, se identifica con la tristeza natural de los tiempos y de los sucesos, corre peligro de ser sorprendido en la calle, golpeado, puesto á buen recaudo en obscura prisión, bajo duros comisarios de la molesta policía francesa. Dos rubios se encuentran cierto día y se toman mutuamente por sendos espías alemanes. Apenas esta idea cruza por la inteligencia de cada cual, se echan uno á otro mano, y cayendo y levantándose, llegan hasta la próxima brigada de Guardias de la ciudad, que, persuadida de su pura inocencia, los despide entre generales carcajadas. Pero hay tragedias horribles. Pocos días antes de la siniestra fecha en que la Comunidad revolucionaria fuera constituída, desfilaba la Guardia nacional ante la columna de la Bastilla, sobre cuya cima todavía despliega en los horizontes de París sus áureas alas el ángel de la libertad. Los festones de inmortales que caían de la altísima columna; las banderas rojas, que tendían por todas partes sus purpúreos reflejos; el concierto armónico de las músicas; el paso y desfile de los batallones de la Guardia nacional, perfectamente equipados; los coros gigantescos del pueblo, repitiendo las estrofas de *La Marsellesa;* el oleaje hirviente de la multitud; las graciosas cabezas de tantas mujeres como adornaban las ven-

tanas y sonreían á los soldados del pueblo, daban al momento aquel un aspecto de alegre fiesta, en que se espaciaba el alma, hasta entonces oprimida, de la gran ciudad. ¿Quién hubiera dicho que tanto placer iba de súbito á mancharse con un crimen horrendo? Un italiano, llamado Vicentini, anotaba en su libro de memorias los números de los batallones que trascurrían por la plaza. De pronto grita una voz: ¡Es un prusiano, un prusiano! Al punto mil voces siniestras repiten: ¡Es un prusiano, un prusiano! El italiano sabe lo que aquellas palabras significan, sabe que equivalen á una sentencia de muerte, pero de muerte horrible, infligida por una cruel muchedumbre tomada de delirio. Y la emoción, que sus temores le inspiran, atribúyenla los energúmenos á remordimientos, y creen que revelan el crimen, existente sólo en su odiosa malicia. «Es un *sergent de ville,* disfrazado;» dicen unos. «Al agua, al agua;» gritan todos. Hay un resto de fuerza pública que todavía protege la inocencia contra la mayor fiera que puede encontrarse en el mundo, contra una muchedumbre desbocada. Pero los pilluelos de la calle, que se gozan en el mal ajeno; los borrachos, á quienes la embriaguez da ideas lúgubres; las depravadas mujeres, caídas desde la delicadeza y la ternura de su sexo en la crueldad más implacable, horribles furias, descendientes de las antiguas calceteras de la guillotina; toda la hez moral de las grandes ciudades se remueve, y husmea con el avizor olfato del tigre ó del cuervo la carne chorreando calurosa sangre; y se agolpan contra las culatas metiéndose entre las bayonetas, para llevarse y repartirse en pedazos su inocente presa.

VII

Aquellas gentes con sus rostros demudados, sus bocas espumosas, sus ojos relampagueantes y siniestros, sus gritos discordes, que semejaban á rugidos de león y á maullidos de

tigre, sus vociferaciones de cólera y de odio, ponían espanto hasta en los más habituados á ver los desórdenes y los excesos de los pueblos. Por los parapetos del Sena se amontonaban y pedían cada vez con más ardor la muerte de la pobre víctima. Parecíales que las turbias aguas reclamaban aquel humano sacrificio. Parecíales que serían de ver los estremecimientos de aquel cuerpo lanzado á la corriente, su lucha desesperada con la asfixia, sus esfuerzos por recoger el aire último de la vida y por libertarse de las aguas, su defensa rabiosísima, sus estremecimientos epilépticos, su siniestra agonía y su espantosa muerte. ¡Ay! Entre veinte mil almas que en aquella gran plaza se agitaban, ninguna se estremecía de compasión y de dolor. ¿Se han tristemente empedernido las entrañas? ¿Han muerto los humanos sentimientos? ¿El hombre enloquecerá á veces hasta ahogar todo cuanto tiene de ángel y conservar cuanto tiene de fiera? Parecía que aquella muchedumbre era impetuosa como el torrente, ciega como el rayo, fatal como la peste; una calamidad de la naturaleza física, y no un elemento del mundo moral. Algunos cazadores, que parecían más compasivos, demandaban para el amenazado un privilegio: la facultad de saltarse él mismo, por su propia mano, la tapa de los sesos. Pero se había decretado una muerte más terrible, y cumplieron el decreto. En el muelle de Enrique VI lo cogen, lo atan, le pasan una cuerda por brazos y piernas, á fin de que no pudiera moverse, y lo lanzan, como una piedra, al Sena. Cuando aquel lívido rostro alguna vez aparecía en la superficie, le arrojaban arena, guijas, pedradas, maldiciones. Dos horas duró aquella terrible agonía, cuyo relato da aún escalofríos de horror, y en dos horas no brilló ni un relámpago de conmiseración, como si la humanidad inmortal hubiera muerto en el hombre.

VIII

Pues una muchedumbre á tal extremo dementada y febril, veía ya los cañones, que imaginaba de la Guardia nacional, en manos de las tropas de línea. Si la operación se hace á la hora convenida, no se corre ningún peligro. Pero el general Lecomte esperó cuatro horas, cuatro largas horas los atalajes en vano. Y hubo tiempo de sobra en las cuatro horas para que la población del barrio advirtiese el hecho y se lanzase á las calles. La generala suena por todas partes; la consigna revolucionaria vuela de boca en boca; las armas vibran; los guardias nacionales se reunen; las mujeres y los niños se dirigen á los soldados, ya con súplicas, ya con imprecaciones. Aquellos soldados, heridos por sus anteriores derrotas, fatigados de la espera y de la tardanza, recién sacados del pueblo, respetuosos ante París y los parisienses, cuando ven aquel oleaje de la muchedumbre, que ora los acaricia, como si quisiera mecerlos en sus brazos, ora les amenaza con estrellarlos, y de todas suertes les comunica vahidos y vértigos, en que pierden la cabeza y flaquean los corazones, lejos de oir las órdenes de su general, encaminadas á impedirles el paso, levantan las culatas y se dispersan por todas partes. El pueblo coge aquellos inofensivos fusiles, los traslada de mano en mano hasta entregarlos á los jefes del movimiento, y arrastra á los soldados á la taberna, á pagarles en libaciones su triste indisciplina. No hay cosa más terrible que ver la tropa de línea dispersa, desorganizada, entregando los fusiles, desciñéndose de sus señales de jerarquía y de grado, para embriagarse en las tabernas y perderse en los motines. Todo el mundo los veía descender de las alturas de Montmartre, y de Chaumont, de Belleville, al centro de París, confundidos con el pueblo, saltando,

riendo, ébrios de alegría como de vino, y todo el mundo comprendió que la insurrección estaba triunfante, que la Comunidad revolucionaria estaba urdida, que París, después de haber permanecido aislado durante cinco meses del resto de Francia por una selva de bayonetas, iba á aislarse moralmente en la zarza abrasada de una revolución demagógica.

IX

Mientras tanto, el general Lecomte, á quien sus soldados no habían obedecido, firme en su puesto, sin abandonarlo ni al momento último, cayó en manos de las muchedumbres. Condujéronle á varios puestos por largas calles de amargura, escupiéndole, insultándole, pobre mártir del deber, ilustre víctima de los desenfrenos populares. En el mismo barrio de Montmartre, calle de Rossiers, núm. 6, casa rodeada de ameno jardín, donde altas lilas florecen, lo encerraron para juzgarlo y condenarlo en medio de aquella fiebre de los ánimos, ponzoñosa completamente á la conciencia, la cual, perturbada así, es incapaz de todo juicio y de toda justicia. Soldados sin disciplina, franco-tiradores dispersos y refugiados en París, aventureros sin oficio conocido, guardias nacionales ebrios, clubistas delirantes, demagogos sin responsabilidad, toda esa hez que se ocultaba en las entrañas de la ciudad recién sitiada, toda esa hez salida al olor de la revolución, rodeaba á Lecomte dentro de la improvisada prisión, y le maldecía con toda suerte de improperios, le atormentaba con golpes, mientras las furias de aquel Averno, las mujeres más perdidas del barrio, desde la ventana pedían á gritos su muerte; y un tribunal anónimo, desconocido, sin mandato, sin autoridad, se congregaba para cumplir expeditivamente el fallo atroz de tan ciegos y enconados odios. En esto, cuando más implacable

y más cruel aquella plebe se mostraba con su inocente é inerme víctima, las puertas se abren y aparece un anciano de cabellera y barba blanca, de aspecto venerable, de aire militar, vestido sencillamente de paisano, y arrastrado al infame hervidero de tantas cóleras por una turba desarrapada y en desorden. Era el general Clemente Thomas, republicano antiguo; enemigo irreconciliable de los Bonapartes durante todo el tiempo de su imperio; partidario de la política de Cavaignac, igualmente conservadora y democrática; comandante de la Guardia nacional en las terribles jornadas de Junio de 1848, y por lo mismo, el que más duras lecciones había dado á los socialistas en armas; de alto cargo militar durante el sitio y severísimo con todos los gárrulos de las reuniones públicas, prontos á correr y á dispersarse en la batalla; blanco de odios inveterados, antiguos, estallando en aquella siniestra hora de delirio. Llevado de su acendrado patriotismo, de su instinto militar, salió de paisano, puesto que ningún destino militar á la sazón desempeñaba, para ver la guerra de sus aficiones y de sus hábitos, la guerra en las calles; y conocido por sus innumerables contrarios, es atado y puesto á disposición del improvisado tribunal de las venganzas. Los dos generales se encuentran unidos en el mismo cuarto, amenazados de la misma muerte, sin esperanza, no ya de misericordia, pero ni siquiera de justicia.

X

Los gritos horribles de aquella multitud desenfrenada contrastaban con la serenidad de los dos mártires. Parecía que los perseguidos, los atenaceados, los cercanos á la muerte eran los verdugos, según los gritos horribles que daban y los epilépticos estremecimientos que les sacudían. La sed de san-

gre había llegado á convertirse en una verdadera demencia. No escuchaban más que la voz de su odio, no veían más que el blanco de su cólera. Algunos guardias nacionales habían logrado establecer débil barrera entre los generales y sus perseguidores, barrera que á cada momento cimbreaba al empuje de la muchedumbre. Cierto oficial garibaldino, vestido con su blusa roja, sube á una de las sillas del jardín, ordena un redoble de tambor, impone silencio y pide á la multitud que forme un consejo de guerra para entender en el crimen de los dos prisioneros y castigarlos en justicia. Pero la multitud no quiere dilaciones: proceso largo, acusación razonada, defensa inmediata; quiere oler la pólvora, oir los tiros de las descargas, ver desplomarse á sus dos enemigos atravesados por las balas, abrirles luego las entrañas y buscarles el corazón para exprimir su sangre humeante sobre la dura tierra. En pos del garibaldino, viene un oficial francés que pide aplazamientos. Aquellos furiosos se lanzan sobre él, le asen fuertemente, le maltratan, le arrancan las insignias de su dignidad y de su mando. Ya no había resistencia posible: la cruel sentencia iba seguidamente á cumplirse por los mismos que la habían dictado en la ceguera de su cólera.

XI

Los amotinados rompen la valla, entran en el apartamento, mandan salir primero al general Clemente Thomas en medio del patio. El valeroso veterano sale sereno, erguido como si fuera á pasar una revista. A los primeros pasos una descarga cerrada le alcanza y le hiere. Aunque la sangre cae de su cabeza y mancha su gaban gris, ni una señal de dolor en su fisonomía, ni una contracción en su cuerpo; dando la espalda á la pared y la cara al tumulto, se mantiene de pie sonriente,

ante la muerte que le estrecha ya en sus huesosos brazos. El único ademán que hizo fué defender con la mano izquierda su rostro de las balas, y la única palabra que profirió fué un supremo viva á la República. Por fin nuevas descargas lo alcanzan; setenta balas lo acribillan, y cae del lado derecho. Cuando ya está muerto, extinto, aquella muchedumbre todavía le insulta y le golpea; todavía da puntapiés á sus restos mortales; todavía le rompe á culatazos los huesos. El general Lecomte oía la terrible tragedia que pasaba en el patio. Sus últimos instantes fueron todos para la familia. Llamó á un capitán de línea que estaba allí preso con él y le entregó el dinero que llevaba encima, y le recomendó que viera á su mujer idolatrada, viuda en la juventud, á sus cinco pequeñuelos, en la primera infancia huérfanos. Estos momentos, acompañados por la algazara de los infames y el ruido de las descargas, fueron momentos de ese dolor cuya intensidad no cabe en el humano pecho, y cuya expresión á su vez no cabe en la humana palabra. Sale al jardín, y algunos militares le saludan instintivamente. Él contesta al saludo con rigurosa etiqueta militar. De pronto, un tiro le hiere en las piernas y le obliga á caer de rodillas. Lo levantan, lo empujan, lo acercan al cadáver de su camarada, le obligan á mirarlo para ennegrecer más sus últimos instantes, y lo rematan con diez balazos.

XII

Después que hubo terminado el sacrificio, la muchedumbre se espantó, se aterró de su propia obra. Todos los actores de aquella tragedia se dispersaron á los cuatro puntos del horizonte como huyendo de sí mismos. Sepulcral silencio reinaba donde antes reinara la estridente algazara. No se veía pasar ni un alma por aquel sitio de desolación y de maldiciones. Al-

gunos, ó tocados en el corazón ó argüidos por la conciencia, se acercaron al cuarto donde estaban los restantes presos y les dieron suelta. La noticia corrió por París, causando general asombro. Volvían los tiempos del terror y volvían agravados. Al cabo, entonces rara vez se dejó á las muchedumbres que se ensañaran así. Muchos crímenes se cometían; pero se cometían por tribunales visibles, responsables, con forma de juicio. Pero aquella multitud desordenada que había cogido dos generales por caso fortuito, los había encerrado en la primer habitación que le vino en mientes, y allá, sin forma de juicio, entre alaridos dignos del infierno, los había inmolado acribillándolos de balas y luego ejerciendo en sus restos las más innobles venganzas; aquella multitud, francamente aparecía como un monstruo, tanto más temible cuanto más irresponsable y anónimo. Una de las víctimas, Lecomte, era un general muerto en el cumplimiento de su deber. La otra víctima era un liberal de arraigadas convicciones, un republicano de toda la vida, un perseguido de los Bonapartes, un desterrado del 2 de Diciembre, como para enseñar que aquella muchedumbre detestaba más á quien había contribuído á emanciparla y redimirla. Ya hubo en este momento un comienzo de reacción. Las gentes se asustaban al verse á merced de aquellas turbas irresponsables, muchas de ellas dirigidas por mujeres furiosas, á quienes el hambre había trastornado el juicio y había inspirado una crueldad inexplicable. Alguna vez habréis visto depositar en despoblado los restos de caballerías ó de otras alimañas. Inmediatamente que los abandonais, los perros vagabundos, los lobos hambrientos, los cuervos y los buitres se juntan y los devoran. Pues lo mismo pasaba en las calles de París durante el sitio y después del sitio. Aún no había caído un caballo en la calle, cuando salían súbitamente, cual si á manera de los cuervos vinieran por los aires, toda suerte de siniestras figuras humanas, trémulas de terror, pálidas de hambre, á repartirse el festín de carne y sangre, con la misma voracidad y los mismos rugidos que las alimañas carniceras en los desiertos.

Así habíanse acostumbrado las gentes á las matanzas y á la crueldad que las matanzas traen consigo. Y la guerra y la desgracia concluyeron por sumergir en tinieblas espesas la conciencia. Y París se encontró abandonado, á merced de todas aquellas pasiones hirvientes. Y vino una de esas épocas en que parecen disolverse y disiparse las sociedades humanas. Y el reinado de la Comunidad fué una fiebre que comenzó por los asesinatos y concluyó por los incendios. Y se demostró una vez más que la demagogia no puede dominar jamás por largo tiempo, y que sus efímeras orgías sólo sirven para eclipsar la libertad y para deshonrar la República. Pero, dejémonos de añejos recuerdos y vamos á la política diaria.

XIII

Los españoles que han tratado de poco amigo nuestro el Mensaje presidencial americano, por omitir nombre tan resonante como el nombre de Cuba, deben rectificar este criterio, haciendo para ello una operación intelectual muy sencilla: referir consecuencias á premisas y poner las afirmaciones en series. Si Mac-Kinley hubiese asegurado lo por él dicho desde una cátedra universitaria ó desde un sillón senatorial, podrían creerse abstractos sus pensamientos y dirigidos á satisfacciones de conciencia y no á su consiguiente aplicación efectiva. Mas como los haya dicho desde altísima sede, que le compromete á cumplirlos y realizarlos, debemos juzgar el documento como anuncio de muy realizables hechos, no como exposición de muy buenas ideas. Dice desde la presidencia el jefe de los Estados Unidos una serie tal de afirmaciones, que no puede ponerlas en duda ni la superstición más pesimista. Diciendo cómo no quiere guerra ninguna, dice cómo no quiere guerra con España. Diciendo cómo guardará estricta neutralidad, también dice cómo la guardará en los asuntos espa-

ñoles. Su oposición á todo aumento de territorio, condena la codicia de tantos y tantos yankees como apetecen el territorio de Cuba. Sus afirmaciones categóricas en el cumplimiento de la neutralidad, le comprometen á observar leyes bien claras por su texto, y bien vigentes por su fuerza en los Estados de la Unión. Su promesa de remitir todo conflicto al juicio entre árbitros, ahuyenta las obsesiones promovidas por el recelo de una guerra exterior, y nos asegura la consagración del esfuerzo nacional reconcentrado al saludable término y acabamiento de la rebelión interior. Yo sé muy bien cómo debilita los propósitos del Gobierno americano la copia de aventureros existente, por necesidad, allí donde abordan innumerables náufragos sociales, llegados en busca de libertad para sus inquietas personas, que se han malherido chocando en las restricciones europeas; pero, con aparecer débil todo Gobierno federativo, aún tiene mucha fuerza y autoridad el Gobierno americano.

XIV

Mucho lo facilita y arregla todo el estado político de Cuba, que debemos ver con satisfacción los españoles, y muy especialmente nosotros, los demócratas. Aquel antiguo partido autonomista, demasiado radical y demasiado teorizante para la obra de aplicación al gobierno del ideal, obra indispensable hoy en Cuba, se ha disuelto, entrando de lleno en el período evolutivo, con su aproximación al reciente pero necesario partido reformista, cuyo carácter, como su nombre indica, no pasa de la reforma progresiva y de la evolución mesurada. Los partidos adolecían en Cuba de un mal gravísimo: aparecer y presentarse allí, no como agrupaciones políticas de más ó menos importancia, empeñadas en la contradicción legal

que sana y robustece, como bandos armados, entre los cuales no existe una relación de competencias ó emulaciones legítimas, sino de guerra exterminadora por sus resultados é implacable por su naturaleza. Resueltos los defensores de la esclavitud negra y de la dictadura militar á mantener allí con uñas y dientes sus infames instituciones absolutistas; facciosos, más que conservadores, indujeron á los liberales y demócratas, con sus dogmas y con sus ejemplos, á ser, viendo tal resistencia insuperable, á ser autonomistas, cuando no rebeldes. Hoy, merced al sabio cumplimiento del ideal, graduado y medido, así como al discurso continuo del tiempo creador y divino, los temperamentos belicosos se han trocado en pacíficos temperamentos; á las utopias autonomistas han sucedido las reformas legales; el medio ambiente, miasmático, se ha purificado mucho y no exhala de su seno las exaltaciones ó fiebres antiguas; y se nota la pacificación de los ánimos, precursora de la pacificación de aquellos combatientes, convenciéndose todos, aun los alzados en armas, de que la soberanía española en nuestra grande Antilla, soberanía incontrastable y eterna, sirve á la paz como á la libertad.

XV

No puedo comprender, no comprenderé yo jamás, aunque lo juren frailes franciscos, según decimos en castellano, la invasión del espíritu de partido en las cuestiones que afectan al suelo español y á su integridad por las cinco partes del mundo, sobre cuyos espacios se hallan esparcidos los restos cuantiosos de sus antiguos dominios. Los españoles nos reunimos con facilidad en la defensa de nuestro suelo y en el ataque á la extraña irrupción; pero nos dividimos en moléculas y átomos siempre que se trata de la política y de su aplicación al

gobierno y al Estado. ¿Por qué no habíamos de hallarnos tan unidos en lo más conveniente para la gobernación del archipiélago filipino, como estábamos unidos en la defensa, por todos los medios imaginables, de las, un día no lejano, amenazadas Carolinas? Pues muy sencillo: porque la cuestión del archipiélago filipino es una cuestión interior, nuestra; fué una cuestión exterior la cuestión del choque con Alemania por las Carolinas. Embargan más hoy la mente de todo político pensador, y el corazón de todo patriota honrado, las soluciones encaminadas á prevenir los futuros levantamientos de Filipinas, que las soluciones encaminadas á prevenir los futuros levantamientos de Cuba. En ésta, con el criterio democrático y su aplicación al problema, basta y sobra. Como, después de abolir la trata en el mar antillano, abolimos la esclavitud en ambas Antillas, y después de abolir la esclavitud en una y otra, llamamos estas dos porciones del territorio á gozar de nuestra Constitución y á poseer voz con voto en nuestras Cortes, ahora las hemos llamado al gobierno de sí mismas, por lo cual creo en Dios y en la patria que todo está, junto á la propensión favorable hacia nosotros del Gobierno americano, y al empuje y la resistencia de nuestro heroico soldado, se acabarán pronto allí la rebelión y la guerra.

XVI

Pero, en Filipinas ¡ay! no resulta la solución á dar con tanta facilidad. De un lado hay mucha diferencia entre un verdadero continente de Imperios, como el continente asiático, y un verdadero continente de Repúblicas, como el continente americano; mucha diferencia entre un indo-chino como el tagalo y un español hecho y derecho por habla y por sangre y por historia, como el cubano; en segundo lugar, el

criterio democrático puro no puede aplicarse á regiones y á razas que pasan por un estado psíquico muy semejante al que tenían las razas amarillas antes de resplandecer en ellas el sacro numen de Buda. Los fetichistas en religión, pertenecientes á tribus por afinidades fisiológicas, no ya son incapaces de comprender la idea superior en que se animan las instituciones democráticas, las mismas ideas, por sencillas y fáciles que quieran dársele, del Cristianismo, cuya igualdad no puede caber en una cabeza organizada para percibir la idea de casta y cuyo espíritu divino no puede adaptarse á quien pide y necesita un ídolo. Sin embargo, si es imposible darle, como quieren allí cierta clase de gente, la completa libertad, hay que ponerlos en el camino de conseguirla y de practicarla, como pone la madre al niño que su pecho mama, en disposición de obtener más nutritivos y fuertes alimentos; pues debemos creer, según la religión y la política y la filosofía nuestras, en la fundamental unidad del género humano, á que todos pertenecemos.

XVII

El general Blanco se propuso, en mi sentir, una política de este género, que, sin dejar de mostrarles á todos el látigo, mostrase con los sumisos y quietos cierta indispensable consideración. Pero, apenas hubo puesto por obra semejante sistema, se desataron en su contra las pasiones políticas opuestas á toda transigencia y le destituyeron del mando y gobierno. Yo ví una falta en el general más grave, la cual apunto, para descargo de mi conciencia y prueba de mi justicia. Blanco hizo mal manteniendo la guerra en una isla como la isla de Mindanao, si bien declarada por su antecesor, lo cual disminuye su responsabilidad particular, cuando todo el archipié-

lago estaba en paz y todo nuestro ejército en su puesto, y una guerra tan distante, amén de divertir fuerzas y perturbar ánimos, costaba carísima y descomponía el equilibrio de los presupuestos coloniales, produciendo daños económicos y levantando agitaciones morales, á cuyos estragos había de suscitarse por necesidad una rebelión. Los musulmanes de Mindanao son irreductibles, por lo cual no hay que ojearlos en sus guaridas mientras respeten nuestros establecimientos; y los jesuitas, inspiradores de la guerra, buenos para el tiempo en que fueron por aquellas regiones, para la mitad primera del décimoséptimo siglo, ahora son demasiado ultramontanos, y como tales, tienen su metrópoli, no en España ciertamente, sí en Roma; y por su carácter aventurero y mercante, así como por su absorbente y exclusivo imperio, donde quiera que van suscitan enemigos implacables así entre los clérigos regulares como entre las órdenes monásticas.

XVIII

Pero, dicho esto, hay que aprobar la conducta de Blanco, mostrándose compasivo con rebeldes estraviados, é intentando, más que castigarlos, corregirlos. Pero no aprobaron esta política de misericordia los frailes filipinos, é impelieron á una política de rigor, la cual política, impuesta desde aquí por palaciegas maniobras y frailunas intrigas, costaba el poder á Blanco, general de mucho ánimo y de mucho talento. Mandaron para sustituirlo al general Polavieja, y como todo el pueblo creía que este mando brotaba de otras iniciativas que la peculiar del Presidente mismo, todo el pueblo estimaba cualquier advertencia del Gobierno á su natural subordinado, acre censura y no meditada orden. De aquí otras intrigas y otras cábalas, aunque opuestas y con opuestos fines, á las que

derribaron al general Blanco, idénticas en su naturaleza. Pidió Polavieja, cuya competencia y cuyo valor no pueden dudarse por nadie que sea justo, refuerzos hace días y se mostró remolón el Gobierno en expedírselos, no por enemistad con el general, por escasez de recursos, explicable y mucho, en las dificultades consiguientes á dos acerbísimas guerras; y al ver le faltaban recursos, el general presentó su dimisión, motivada por la justa causa de una exacerbación aguda en su enfermedad crónica del hígado. Y ahora, como se le haya hecho saber cuán indispensable sea la presencia del general en su puesto y cuán decidido está á su vez el Gobierno á fortalecerle con recursos en todo, y el general se queda, retirando su dimisión, todos creen se venía por disidencias con el Presidente y se queda por consideraciones á la Reina. Cosa esta grave, cuando se trata del Gobierno, que necesita unidad, y mucho peor ante una insurrección tremenda colonial. Pero al fin la enfermedad del general no era un pretexto, era un fundado motivo, y el general se vuelve después de habernos reconquistado Cavite y habernos concluído casi la guerra. Gloria y aplausos á él.

XIX

Con esto y con todo, la guerra de Filipinas va, como la guerra de Cuba, cada día mejor, gracias al heroismo de nuestro soldado, el primero de la tierra, según declaración unánime de cuantos conocen y practican el arte militar en Europa. Sin embargo, negra nube asciende por el horizonte, los tristes amagos ó prodromos de una insurrección carlista. Varias conmociones excesivas con motivo de recientes aniversarios; continuos abusos en el jercicio de preciosos derechos, como el de reunión y de imprenta, por nadie tan exagerados como por los que se proponen perderlos; alguna partideja, se-

mejante á un tiro que se adelanta, escapado en cualquiera armada empresa, traen las gentes á mal traer, creídas por cierto de que nos amaga esta calamidad nueva. Yo no la temo tanto como la opinión, y espero habrán de mirar mucho los carlistas antes de intentar una temeridad así. Por ningún lado se ve asomar la República hoy; pero se asomaría, indudablemente, si nuestra extrema izquierda recibiese refuerzo tan poderoso como una rebelión en la extrema derecha. Yo espero en Dios que pronto se acaben las dos guerras, y, consagrándonos á impedir su renovación en lo sucesivo, cicatrizaremos tantas heridas y abriremos un período de progreso económico, asegurando entre nosotros la paz, la democracia, la libertad por siempre para todos.

XX

Una variedad tan rica de múltiples hechos, como los que vemos en Europa desarrollarse hoy, difícilmente pueden reducirse á espacio breve, ni en serie lógica natural clasificarse. Por el hispánico lado asoman albores de paz con victorias de nuestro ejército, así en Oriente como en Occidente, y por lado de Francia é Inglaterra se asombran y obscurecen mucho, no los horizontes materiales, de suma vívida luz, los horizontes morales, obscurecidos por los procesos del Panamá y del Cabo. Las competencias entre los Parlamentos alemanes y el emperador, un poco suspensas en el júbilo suscitado por los festejos á la memoria de Guillermo I; los roces, por no decir combates, entre las grandes potencias y la Grecia irredenta; el bloqueo amenazador al territorio ático y corintio, complemento del bloqueo ya declarado á las riberas cretenses; las amenazas de guerra que imbuyen los soldados turcos y los soldados helenos mirándose frente á frente allá por los desfiladeros de Thesalia, que lazo de unión creyeran los diplomáti-

cos de Berlín, y resultan ahora pomas de discordia; las elecciones itálicas y austriacas, tan reveladoras del estado interior de uno y otro pueblo; los curiosísimos debates sobre la política universal mantenidos en los dos Parlamentos de París y Londres, componen cuadros tan vastos y ofrecen hechos tan diversos, que no pueden reducirse á un común denominador, como los números quebrados, ni sistematizarse bajo la unidad superior de un soberano pensamiento, como los términos de un teorema. Sin embargo, resalta entre todos estos hechos la visita del presidente Salisbury al ministro de Estado francés, porque anuncia una grande aproximación entre dos naciones tan libres y tan civilizadas como Francia é Inglaterra. Ya tenemos verdadera sazón para que una y otra comprendan cómo las ideas son superiores á los intereses para unir los pueblos y desistan á sus sendos requerimientos de amistad con Alemania la una, con Rusia la otra. El despotismo y la libertad no se aligan fácilmente. Los déspotas querrán siempre una santa alianza; los pueblos una progresiva confederación.

XXI

Poniendo aparte, y omitiéndolos, así los procesos del Panamá como los procesos del Cabo, por sobradamente sabidos, y porque levantan indignaciones en la conciencia y ascos en el estómago, iremos á los demás sucesos políticos y los examinaremos con la indispensable rapidez que nos imponen lo breve del espacio y lo apremiante del tiempo. Por más que hagan los Gobiernos europeos, aun aquellos, tan universalmente apreciados como los Gobiernos de Inglaterra, Italia y Francia, no comprenderá nunca la inteligencia colectiva de nuestra continental opinión, que Grecia, en trance de combate se halle con Turquía y puedan verla pelear y morir indiferentes los que la crearon y la produjeron entusiastas. En primer lugar

aboga por Grecia el esplendor etéreo de su nombre y el recuerdo épico de su historia, porque la humanidad aprecia mucho sus títulos de secular nobleza y ama los pueblos inspirados, autores de su dominación sobre la materia; y en segundo lugar deponen contra su amiga, contra Turquía, las matanzas de Armenia, los tormentos de Anatolia, el chisporroteo de los incendios en que se han abrasado cien pueblos y la cristiana sangre vertida por ella con la frialdad de los matarifes en las carnicerías, como si las criaturas humanas fueran reses. Luego se ha oido una gran voz que no puede clamar nunca en el desierto, la voz de Gladstone. Y esta gran voz resuena en unos oídos con acentos de profeta, por la elocuencia de quien la emite, y en otros oídos con acentos de político, por la experiencia del gran orador y repúblico. Así ha dañado mucho al concierto europeo contra Creta, que Gladstone haya dicho ser Grecia un cuerpo muy pequeño con un alma muy grande, y Europa un cuerpo muy grande con un alma muy pequeña; amén de observar cuánto peligro corre la estabilidad continental, dirigida por dos pilotos, tales, cuales el inexperto emperador de Rusia, muy ayuno de ciencia humana, y el neurótico emperador de Alemania, cuyas salidas de tono y cuyos arrebatos de carácter consternan á todo el mundo. Y hay motivos de consternación en verdad. Y estos motivos son nada menos que una guerra de salida muy dificultosa, por haberse Creta resuelto á su incorporación real con Grecia, como las islas jónicas lo están, y querer Turquía, no solamente conservar un dominio nominal, remacharlo materialmente con muchos y muy férreos golpes.

XXII

El emperador Guillermo ha tomado con exaltaciones de tribuno la situación de Grecia. Inglés por su madre, no parece

un alemán á la moderna; parece un sajón de los que juraban por la integridad completa del Imperio turco en Dios y en su alma. Tanto más se muestra devoto del califato cuanto menos afectos humanos revela el califa. Este otoño último, si llegaba la noticia de un levantamiento en Turquía, visitaba la persona del embajador otomano con esa inquietud propia de su temperamento nervioso. Al saber lo de Creta, su amistad por Hamid rayó en fanatismo. Los cortesanos le podrán creer un genio; pero su genio sólo se muestra en el desorden de los nervios, quienes, muy tirantes, parecen estallar y quebrarse á la sacudida de cualquier emoción profunda. Hermano de la heredera del reino helénico, ni le olvida, ni le perdona el cambio de su religión protestante, religión de pura substancia germánica, por el culto griego, culto asiático y oriental. Así aparece hoy entre los soberanos el predilecto de Abdul-Hamid, imposibilitado de buscar el arrimo y la sombra de Inglaterra. Y como predilecto del Sultán, está furioso con su hermana, ignorando sin duda ser menos cristiano amparar á un reciente Nerón del Cristianismo, como lo ampara su autoridad imperial, que cambiar de rito dentro del Cristianismo, como al amor del marido y del pueblo suyos ha cambiado la heredera del helénico trono. Y algún pensamiento de importancia escarabajea por la inteligencia imperial, y algún móvil de misterio impele su corazón, cuando propone ó imagina escuadras y más escuadras, sin acordarse del presupuesto, y menos de que vota ese presupuesto el Reichstag. Y para el aumento de las escuadras se mueve como un azogado y se vale de cuantos medios pueden procurarle aquella influencia moral congruente con su enorme poder político. Un día se va por los mares en demostración de que la sangre normanda le hierve atávica en el corazón, como hierven las olas en el mar. Otras veces pronuncia largas conferencias parecidas á salmos presbiterianos, en defensa del oficio marinero. Ya en los pasillos del Congreso expone cuadros sinópticos reveladores de la inferioridad naval de Alemania para con ellos reconvenir y avergonzar á los diputados; ya

expide su hermano Enrique, su hermano almirante, á la tribuna del Congreso, con ánimo de que recuerden á todo el mundo su actitud y su mirada oceánicas los deberes de Germania para con los mares. En vano le dicen espíritus reflexivos ser ante todo Alemania un pueblo de tierra firme y adentro, como los alemanes una especie continental por excelencia. En vano le muestran cómo para numerosas escuadras se necesitan largas costas con colonias numerosísimas, y no tiene Alemania ni costas, ni colonias. En vano le recuerdan cómo ha debido trastrocar los proyectos sobre Zanzibar con los peñascos de la Heligoland, y cómo en sus escarceos por el imperio africano, ha tenido que tropezar con ingleses, con lusitanos, con todo el mundo. Parecido á la prole del célebre Aviz en Portugal, de quien decía Martins que se iba como los patos al agua, por engendrada en reina de sangre inglesa también, el emperador Guillermo y el almirante su hermano Enrique se van derechos al Atlántico. Pero el Reichstag les echa un lazo á los pies como si quisiera cazarlos, y los derriba en tierra con sólo negarles aquellos recursos indispensables á cumplir sus imperiales fantasías. Y se revuelven airadísimos contra la Cámara, diciendo que renuevan los diputados aquellos tiempos en los cuales, de haber convenido su abuelo con las economías parlamentarias, no fundara nunca el imperio alemán. Su abuelo tenía tres ministerios providenciales: primero, fundar la unidad interior alemana; segundo, destruir el antiguo imperio austriaco; tercero, tomar su desquite de Jena. ¿Qué ministerios debe desempeñar Guillermo II en mar parecidos á los ministerios desempeñados por Guillermo I en tierra? Luego, su abuelo era la circunspección en persona, la pía razón, el silencio y el cálculo reunidos, por lo cual se reservaba mucho, se movía poco, deliberaba consigo en secreto, reconociendo el derecho divino de las almas superiores y ajustando á consejos dimanados de una superior inteligencia su pensamiento con su voluntad.

XXIII

Los debates parlamentarios acerca del concierto europeo, y las elecciones, así austriacas como itálicas, son otros magnos negocios que absorbieran todo el interés público durante la segunda quincena de Marzo. Respecto de las elecciones, en uno y otro comicio se ha visto crecer mucho la marea socialista y bajar el elemento conservador. En Austria, con el socialismo, enfermedad connatural á nuestro tiempo, se une y suma el antisemitismo, enfermedad propia de los tiempos medioevales, como sugerida por las envidias al capital y por los fanatismos religiosos. Y en Austria y en Italia, y en Inglaterra y en Alemania, en todas las grandes potencias, excepto Rusia, se han discutido los problemas orientales por los Parlamentos, donde los Parlamentos están abiertos, y por la opinión donde los Parlamentos están cerrados. La oposición abierta con lo existente, ó sea el idealismo dogmático y las creencias exaltadas, están por Grecia, en el naturalísimo empeño de resucitarla y de verla rediviva, deseo y afecto heredados por nuestra generación de sus predecesores y maestros, todos filohelenos. Pero los Gobiernos deben mirar las cosas de otra suerte que las miramos nosotros, cuando se conciertan y se convienen á una en guardar, bajo apariencias más ó menos engañosas, la unidad y la integridad del imperio turco, por temor á que un descoyuntamiento nuevo traiga por esta vez la guerra universal. Da grima oir hablar del imperio turco íntegro, y luego ver cómo le quitan pedazos por todas partes, y constituyen sobre tales fragmentos reinos y reinecillos sin número y sin medida, y entregan á cualquier vecino unos tro-

zos, como pueden á un perro entregarse piltrafas en los cercenes y despojos de res recién cogida y descuartizada. Creta misma, por cuyo ayuntamiento con el imperio turco se porfía y se pugna y se bombardea y se incendia y se mata, como en las edades carniceras del mundo, está perdida por siempre para Turquía. El Gobierno autonómico está decretado para ella, y no hay más dificultad sino que los Gobiernos quieren su autonomía bajo la risible advocación nominal del Sultán, y los cretenses desean anexionarse pura y simplemente á Grecia. Proponen unos para la isla de Minos el gobierno dado á la isla de Samos, independiente y libre, aunque de nombre dependa del imperio turco. Pero la Constitución de Samos se parece á la Constitución de Halepa, escrita para los cretenses; y esta Constitución igualitaria no le ha probado á Creta como le ha probado á Samos la suya. Y le prueba mucho á Samos su Constitución, porque todos los isleños, muy unidos, pertenecen á la Cristiandad allí de antiguo, mientras pertenecen los isleños de Creta, muy divididos, al Evangelio y al Korán. Así, nada más fácil que se volvieran las tornas, y los turcos opresores apareciesen ahora oprimidos, y los griegos oprimidos apareciesen ahora opresores, cuando se trata de conceder á todos la igualdad, base fundamental de los humanos derechos. Creemos que los ingleses han arreglado mejor Chipre; y este arreglo nace del principio suyo de variedad colonial, aplicado á cada región, raza y zona, en la dispersión por los mares de sus innumerables dominios. Han dado una Constitución turca por completo á los turcos y una Constitución cristiana también á los cristianos, amparándolos á todos bajo las fuertes alas de una completa y humana libertad religiosa. Se puede pensar en la destrucción del imperio turco, cual se han visto las destrucciones de tantos y tantos imperios, como el antiguo alemán, como el moderno francés; pero no puede pensarse, no, en el extrañamiento de razas y en opresiones insufribles, mientras reconozcamos todos el derecho á la vida en los hombres y el derecho á la profesión pública de sus peculia-

res creencias. Cuando existan los organismos necesarios á componer una grande nacionalidad, hay que reconocer esta nacionalidad, como en Grecia; pero donde no existan, hay que hacer coexistir las razas, no bajo el férreo yugo de un despótico Sultán, en amplia y libre y progresiva confederación.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 31 de Marzo de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

La popolazione e il sistema sociale, por F. S. Nitti. Un vol. 205 págs. Roma 1894. L. Roux y Comp.: 3,50 liras.

La population et le systeme social, por F. S. Nitti, profesor en la Universidad de Nápoles, etc. Trad. franc. Prefacio de René Worms. Un vol. 276 págs. de la *Bibliotheque sociologique internacionale*. París, t. V. Giard et E. Brière, editores, 1897, su precio 5 francos.

La obra del laborioso y distinguido director de la *Riforma sociale*, autor celebrado del *Socialismo católico* (1), Sr. Nitti, se publicó hace dos años en italiano, y ahora ve la luz pública, vertida al francés, con un prefacio sobre *Sociologie et demographie* del Sr. Worms. La edición francesa ha sido completada y perfeccionada. Desde el punto de vista general filosófico, la obra del Sr. Nitti es una feliz y muy acertada aplicación del método inductivo, basado en la observación histórica, á la economía social: representa una perfecta conjunción de la sociología y de la economía, con la ayuda de las investigaciones y de las inducciones realistas. Por otra parte, revela el autor, no sólo lo que ya conocíamos, su pasmosa erudición relativa á los asuntos que trata, sino una gran habilidad científica para el manejo de la observación histórica.

Comprende el libro dos partes. La primera, consagrada á

(1) Trad. esp. del Sr. Dorado, con un prólogo de A. Buylla. Un vol.

la exposición de las teorías acerca de la población, no se circunscribe sólo á la mera indicación cronológica de las mismas, sino que fiel, como dice el Sr. Worms, á la idea de que los sistemas no son sino una emanación de los hechos, y que, por tanto, se hallan siempre impregnados de las preocupaciones reinantes en el medio social ambiente, hace la exposición de las teorías, explicándolas por sus causas, esto es, por los motivos generales que las producen. Cada teoría de la población tiene, en efecto, una filosofía, ó quizá mejor, responde á una filosofía, y aun pudiéramos decir por nuestra propia cuenta, que responde á una concepción metafísica del mundo y á un ideal moral de la vida. Naturalmente, en esta exposición histórica de las doctrinas acerca de la población, ocupa el primer lugar la de Malthus. Al examen de sus antecedentes, de sus precursores, de sus ideas, á su crítica y refutación, dedica el Sr. Nitti gran parte del libro primero de su obra. Después estudia las causas históricas y demográficas de las numerosas doctrinas sobre la población, haciendo la historia de éstas en Alemania con Roscher, von Mohl, Rümelin, el socialismo alemán etc.; en Inglaterra con Mill, Senior, Cairnes, etc., y posteriormente con Spencer, Bessant, Gaston y tantos otros; en Francia con Say, Fourrier, Bastiat, Proudhon, Le Play, Gide, Bertillon, etc., etc.; en los Estados Unidos con Walker, Giorge, y por fin en Italia con Messedaglia, Loria y Vanni. Realmente, esta parte expositivo-histórica del libro del señor Nitti, de todo puede pecar menos de incompleta en el respecto de la *información* biográfica y doctrinal.

La segunda parte está dedicada á la exposición de la doctrina propia del autor. El Sr. Nitti, sobre la base de una crítica de las doctrinas expuestas, y del conocimiento de las condiciones de hecho de la población, construye un sistema de la población en sus relaciones con la vida social, analizando los diferentes factores económicos, morales, biológicos, físicos y sociales que obran sobre la fuerza productiva de la población, sobre su conservación y demás, al efecto de explicar sus leyes.

No me es posible detenerme aquí á explicar los razonamientos en que el Sr. Nitti se apoya para fundar su sistema, pero antes de terminar copiaré la conclusión, que el autor formula como *nueva ley de la población* y que puede estimarse como la síntesis de sus ideas. «En toda sociedad—afirma—donde la individualidad esté fuertemente desenvuelta, y el progreso de la civilización no destruya toda actividad individual, en toda sociedad donde la riqueza se halle ampliamente subdividida y las causas sociales de desigualdad resulten fuertemente eliminadas gracias á una forma elevada de cooperación, la *natalidad (natalité, natalitá)* tenderá á equilibrarse con las subsistencias y las variaciones rítmicas de la evolución demográfica no tendrán nada de terribles para la humanidad.»

ADOLFO POSADA.

Aritmética Elemental, por María Encarnación de la Rigada y Ramón, y María de las Mercedes Tella y Comas, profesoras normales. — Obra autorizada por el Real Consejo de Instrucción pública. — Madrid. Imprenta de Juan Iglesias Sánchez, 1896.

Constituye una novedad bibliográfica de especial interés la *Aritmética elemental* recientemente publicada por las señoritas doña María Encarnación de la Rigada y doña Mercedes Tella, profesoras de la Escuela normal central de Maestras, novedad que sugiere consideraciones de índole general, además de las especialmente referentes al libro mencionado.

Resulta esta obra un ejemplo digno de mencionarse, por serlo de cosa á que no estamos acostumbrados: del cultivo de las ciencias matemáticas por la mujer, ejemplo no muy frecuente en ningún país y menos en el nuestro, en donde impera la idea, consagrada hasta hoy por la práctica, de que tales ciencias pertenecen al sexo fuerte y casi podría decirse que son de su dominio exclusivo.

Aun la opinión más vulgar reconoce ya sin dificultad que la mujer tiene aptitud para los estudios artísticos y literarios, y va aceptando que pueda intervenir con éxito en la práctica de las ciencias médicas. No faltan en Europa y en América ejemplos de mujeres que trabajan con fruto en ciencias naturales, y en España está bien vivo el recuerdo de una mujer que por sus estudios jurídicos y filosóficos ha dejado renombre imperecedero. Pero es opinión también muy generalizada, aun entre los hombres cultos, profesada abiertamente por no pocos y admitida en su fuero interno por muchos más, la de que existe manifiesta incompatibilidad entre las aptitudes especiales de la mujer y ciertos estudios científicos, muy especialmente los matemáticos.

Los que no participamos de semejante idea, tendremos desde ahora un dato más que alegar contra ella, pues el trabajo que mencionamos constituye una gallarda muestra de que no existe tal incompatibilidad.

Al combatir el indicado prejuicio no queremos decir que todas las mujeres se hallen dotadas de una especial afición ni de marcada preferencia por los trabajos matemáticos, ni nadie podría pretender tal cosa. Creemos que la generalidad de las mujeres, como la mayoría de los hombres, se limitan á emplear el cálculo como medio de resolver los problemas que se presentan en la vida, bastándoles con efectuar las operaciones matemáticas como dictan las reglas establecidas, sin penetrar en el fondo de éstas ni preocuparse de cómo se han podido deducir; y se limitan á esto porque no necesitan más para resolver las cuestiones que pueden ser examinadas matemáticamente. Pero esto ocurre por igual á todos los seres humanos, sin distinción de sexos, y no estará, en nuestra opinión, lejos de lo cierto quien crea que á la generalidad de estos, hombres ó mujeres, la constitución mental de las nociones matemáticas con rigor científico, les exige un esfuerzo mayor que el estudio de otras materias, como la Historia ó la Geografía política por ejemplo. No negaremos, pues, que la aptitud especial

para las matemáticas, la facilidad para elevarse á las abstracciones de la ciencia pura, son propiedad de pocas mujeres y de pocos hombres, de una minoría reducida y acaso menor que en otras en las razas meridionales.

Es claro que siempre será mayor el número de matemáticos que el de mujeres matemáticas, puesto que las profesiones basadas en estas ciencias son monopolio del hombre; mas no podría deducirse de esto la incapacidad del bello sexo para la Matemática, ni semejante proporción podría servir de dato para apreciar las aptitudes de cada sexo. Si se desea hacer una estadística comparativa, y se pretende hacerla equitativamente, habrán de buscarse los datos entre los que cursan carreras profesionales que *en la práctica* estén igualmente abiertas á uno y otro sexo, y en las que los conocimientos matemáticos intervengan en igual grado, como sucede ya, ó por lo menos se aproxima á suceder, en las escuelas normales. Si en éstas se hiciesen tales estadísticas, ciertamente no resultaría de ellas un dato en pro del indicado prejuicio, como no resulta tampoco semejante desnivel intelectual en las oposiciones á escuelas públicas, realizadas con programas similares por maestros y maestras.

Respecto de la cuestión concreta que al libro de las señoritas Rigada y Tella se refiere, habrá de tenerse presente que un libro de Aritmética elemental no puede ser hoy una revolución, por tratarse de una ciencia tan cultivada, ni sus autoras se han propuesto que lo fuese; mas no por esto la obra es una de tantas como anualmente se publican, pues en lo que cabe originalidad en esta materia, como es en el plan y en la manera de desenvolverle, pueden observarse condiciones recomendables que le apartan en no poco del camino trillado. Lo propio se observa que acontece con el método en ella seguido, circunstancia nunca despreciable, y menos en una obra dedicada á la enseñanza.

El contenido es el que propiamente corresponde al nombre de Aritmética elemental que lleva la obra, y en él hallamos

algo que no es común, pero que es lógico en nuestra opinión: es que se hace el estudio de las potencias inmediatamente después de la multiplicación y el de la extracción de raíces á continuación de la división. El plan está concebido con prudente sobriedad y desenvuelto con extensión proporcionada en cada una de sus partes.

En el desarrollo se observa el orden riguroso y el encadenamiento que exige siempre el desarrollo de toda noción matemática, notándose en él algo que no es tampoco frecuente en nuestros libros escolares: que el estudio de cada cuestión está graduado para desenvolverle en dos cursos sucesivos con arreglo á un programa cíclico.

El carácter de las nociones contenidas en este libro, vela una tendencia muy manifiesta hacia la generalización, y es en muchos puntos lo que podría llamarse una Aritmética universal; es decir, que partiendo de una noción aritmética, generaliza sus resultados hasta un punto rayano con los conceptos algebráicos.

Muy conveniente es esto en una Aritmética que no tiene por único objeto indicar los procedimientos operatorios, pues hallándose dedicada á la enseñanza en las escuelas normales de maestras, en cuyos planes de estudio no figura el álgebra pero sí nociones de Geometría (y en la central de Física y Química), que exigen en ciertas cuestiones el empleo de las fórmulas, no sería posible usar éstas, aun en grado muy limitado y prudente, sin enseñar antes á operar con los factores literales. Aparte de esto, las operaciones con números ofrecen siempre un carácter de limitación y de caso determinado, inconveniente que no presentan las demostraciones efectuadas con cantidades literales, pues como éstas representan á un mismo tiempo todos los valores posibles, llégase con ellas á conclusiones de carácter general sin el menor esfuerzo.

Blas Lázaro é Ibiza,
Pofesor en la Universidad de Madrid.

OBRAS NUEVAS

Alcorta (A.)—Las garantías constitucionales, por Amancio Alcorta, catedrático de derecho internacional en la Universidad de Buenos Aires. En 4.°, VIII-488 páginas: 18 pesetas.

Anglés y Cortari.—Los jesuitas en el Paraguay. En 8.°, 215 páginas.

Antón Redondo (R.)—Manual sobre el procedimiento en los juicios universales de quiebras. En 4.°, 140 págs. y 17 hojas.

Anuario legislativo de Instrucción pública, correspondiente á 1895. En 4.°, 452 págs.

Azara (F. de).—Descripción é historia del Paraguay y del Río de la Plata; 2 tomos en 8.°, VII-428 páginas.

Barra (E. de la).—Sistema acentual castellano. Estudio crítico. Santiago de Chile. Impr. Cervantes, 1896. En 4.°, 62 páginas.

Idem.—Restauración de la gesta del Cid Campeador. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1896. En 4.°, 27 págs.

Batlle (C. de).—Luces y colores: cuentos. En 4.°, 3 hojas, 203 páginas.

Canalejo y Soler (J.)—Fotografía artística; arte de obtener retratos, paisajes, interiores, etc., con toda perfección. En 8.°, 113 páginas.: 1,50 pesetas.

Colección de escritores castellanos. *Tomo 112.* Memorias de la vida del Excmo. Sr. D. José García de León y Pizarro, escritas por él mismo. *Tomo III.* En 8.°, 461 páginas.

Colorado (V.)—Teatro. En 8.°, 224 págs.: 3 pesetas.

Contestación á las preguntas del programa para el ingreso en el Cuerpo de empleados del Banco de España. En 12.°, 175 páginas: 4 pesetas.

Corujo (A.)—Soledades (poesías). En 8.°, 141 págs.: 2 pesetas.

Chabrun (L.)—Manual de drogas. En 4.°, 331 págs.: 3 pesetas.

Chaves (M.)—Historia y biografías de la prensa sevillana. En 4.°, XLII-379 págs: 8 pesetas.

Echegaray (M.)—La monja descalza: comedia en dos actos y en verso. En 8.°, 74 págs.: 1,50 pesetas.

Fueros, privilegios, franquezas y libertades del Señorío de Vizcaya. En 8.°, XV-415 págs. 5 ptas.

García Barzanallana (M.) — Guía del Banco de España para 1897. En 8.°, 295 páginas: 3 ptas.

González Billón (J.)— Suplemento al Derrotero de las costas de España y de Portugal. En 4.°, 18 páginas: 1 peseta.

Gullón (P.)—El vapor y su siglo. En 8.°, 231 páginas: 2,50 ptas.

Huertas y Hervás (J.)—Agridulce; novela corta. En 12.°, 96 páginas: 2 pestas.

Iglesias y Díaz (M.) y Taboada de la Riva (M.)—Discursos leídos en la sesión inaugural del año de 1897 de la Real Academia de Medicina. En 4.° mayor, 52-109 páginas.

Jurisprudencia referente al Código Civil, glosada, concordada y seguida de cuatro índices, para su más fácil consulta. *Tomo IV.* 1897. En 4.°, 838 páginas: 8 pesetas.

Justiniano y Arribas (J.)—Alonso Pérez de Guzmán; Romancero. En 12.°, 123 págs.

Liéber (F.)—La moral aplicada á la política. En 4.° mayor, VII-195 páginas: 15 ptas.

Malagarriga (C.)—Efectos penales de la quiebra. En 4.°, IX-154 páginas: 6 ptas.

Marroquín (J. M.)—El moro. En 8.°, 301 páginas: 3 ptas.

Martínez Alcubilla (M.) — Boletín jurídico-administrativo. *Anuario de 1896.* 12 pesetas.

Mascaró Alberty (M.)—Ensayos jurídicos sobre derecho foral en Mallorca. En 8.°, 138 páginas: 1,50 pesetas.

Masips y Valls (F.)—Cooperación al estudio de las endemoepidemias de Filipinas. En 4.°, XII-121 páginas: 2,50 ptas.

Méndez San Juan (R.) — Conferencias de geografía matemática. En 4.°, 39 págs. y una lámina: 1,50 pesetas.

Menéndez y Pelayo, Pereda, Pérez Galdós.—Discursos leídos ante la Real Academia Española. En 8.°, 191 págs.: 2 pesetas.

Montes de Oca y Obregón (I.)—Panegírico de San Felipe de Jesús. En 4.°, 36 págs.

No se pone á la venta.

Navarro (L.)—Notas relativas al empleo de los planímetros. En 8.° mayor, 15 págs.

Oliver Copons (E. de).—Necrología del general de Artillería D. Tomás de Reina. En 8.° mayor, 43 páginas.

Pérez Pastor (C.)—Documentos cervantinos, hasta ahora inéditos. En 4.°, XVI-435 págs.: 8 pesetas.

Pérez y González. —¡Salud y pesetas!, versos-artículos. En 8.°, 268 páginas: 3 pesetas.

Polo de Lara (E.)—Estudio social y político de las islas Filipinas. En 4.°, 165 págs.: 3 pesetas.

Pons Boigues (F.)— Apuntes sobre las escrituras mozábares toledanas. En 8.°, 3 hojas y 320 páginas: 3 pesetas.

Posada (A.) — Tratado de Derecho administrativo, según las teorías filosóficas y la legislación positiva.—*Tomo I.* (Introducción.—La función y la organización administrativas.) En 8.° mayor, 514 páginas: 7 pesetas.

Prado y Palacio (J. del). — El porvenir de una región. En 8.°, 4 hojas y 99 págs.: 2 pesetas.

Riquer (A. de). — Quan jo era noy. En 8.°, 191 págs. con grabados; en tela: 5 pesetas.

Sánchez (E.)—El suero antidiftérico y la clínica racional. En 4.°, 55 páginas: 1,50 pesetas.

Sánchez Comendador (F.) — Disposiciones vigentes sobre provisión de cátedras por traslación y concurso de Universidades é Institutos. En 12.°, 47 págs.: 1 peseta.

INDICE

	Págs.
El saludo de las brujas, por Emilia Pardo Bazán	5
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo	37
Recuerdos, por José Echegaray	71
Misión de la justicia criminal en el porvenir, por P. Dorado	87
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	122
La prensa internacional.—El feminismo en la Universidad de Zurich, por Kaethe Schirmacher.—*El empleo de la vida*, por Sir John Lubbock, traducido por el Dr. Luis Marco	146
Crónica internacional, por Emilio Castelar	165
Notas bibliográficas, por A. Posada y Blas Lázaro é Ibiza	200
Obras nuevas	206

España moderna

AÑO 9.º NUM. 101.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

MAYO 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL SALUDO DE LAS BRUJAS

VII

PREPARATIVOS

Desde el momento en que Rosario y Miraya se estrecharon la mano en el bosque de mirtos, la situación de las tres personas que residían en la Ercolani cambió de una manera al parecer insensible, pero realmente profunda. Sin que la boca de Felipe María dijese que aceptaba el papel de pretendiente, lo declararon sus actos ya explícitos. La vida se estableció y regularizó sobre la base de un plan encaminado á dirigir los trabajos del felipismo en Dacia. Por las mañanas, mientras Rosario se ocupaba en esas menudencias de tocador que roban tanto tiempo á las mujeres, Felipe y Miraya despachaban juntos, leían correspondencia y periódicos y escribían, en cifra, largas cartas. Antes de la hora de almorzar, esperaba enganchado á Miraya el cestito, del cual tiraban dos jacas de resistencia y fatiga, muy distintas de los magníficos troncos flor de romero y negro, que se destinaban especialmente á los carruajes del servicio de Felipe. Miraya, por un rasgo de penetración, desde antes del almuerzo, dejaba solos á los enamorados. Entraba en sus cálculos que se creyesen *como antes,* libres y en intimidad completa. Pasábase el día en Mónaco ó en Rocabruna, no perdiendo el tiempo, porque allí abundaba la gente dacia, ya residente, ya de paso. Miraya sabía perfectamente con quién podía

hablar, con quién debía guardar recato y silencio, y de quién no le era difícil recoger noticias, algunas de interés sumo. Las cartas siempre dejan dudas, aunque las de Stereadi, en cifra, por supuesto, contuviesen un tesoro de instrucciones categóricas. Desde que Felipe estaba dispuesto á salir del retraimiento y á tomar "parte activa" en la empresa—y bien sabía Miraya lo que había de entenderse por "parte activa",—la faz de los negocios políticos había cambiado súbitamente, de la más impensada manera. El gran noticón era que el duque Aurelio, el propio duque Aurelio, renunciando á sus desapoderadas ambiciones, dejaba entrever propósitos de retirarse á la vida privada el día en que faltase el rey, ó de contentarse á lo más, con el papel de una especie de consejero altísimo, de un lugarteniente del monarca futuro, para el caso probable de una guerra.—El día en que Miraya dió cuenta á Felipe María de esta nueva actitud del duque Aurelio, al ver pasar por el rostro movible y finamente pálido del príncipe una expresión de contento, el periodista no pudo menos de menear la cabeza, murmurando:

—¡Hay que desconfiar!.... Es demasiado bonito..... ¡Soltar su presa el buitre!..... ¡Milagro como él!

—De todos modos, Sebasti—indicó Felipe,—esa actitud nos despeja el camino.

Volvió Miraya á hacer el mismo gesto de recelo y precaución. No obstante, en breve los hechos le obligaron á reconocer que, efectivamente, la actitud del duque, cada día más acentuada en el sentido de la abnegación, producía en Dacia efectos maravillosos, exaltando y difundiendo el movimiento felipista. Había tratado hasta entonces Miraya, perseverante en su sistema prudente y cauteloso, de evitar que algunos personajes dacios de los que concurrían á Mónaco, lograsen su deseo de ver, saludar y rendir homenaje á Felipe. Mas ya la ola de curiosidad, de simpatía y de entusiasmo iba siendo sobrado impetuosa para que se pudiese reprimir. Diferentes personas se presentaron en varias ocasiones á la puerta de la Ercolani, solicitando ver á Felipe y marchándose enojadas ó condolidas de la negativa; y Esteban, el leal cochero, enteró á su amo de que ciertas señoras dacias le habían ofrecido reservadamente fuertes cantidades, para saber en qué dirección pasearía el príncipe—á fin de hacerse las encontradizas y contemplarle al paso.—No hay monarca que no provoque este anhelo de

la vista, fruto de la misma idea que les atribuía, en la Edad Media y aun en épocas más recientes, la virtud de curar los lamparones con solo imponer las manos: forma de la atracción propia del rey, el filtro mágico de su presencia..... Esteban refería á Felipe cómo alguna de aquellas señoras, ante su negativa, se había echado á llorar, diciendo que era duro no poder mirar el rostro de su príncipe, después de haber corrido bastantes riesgos para introducir en Dacia sus retratos, y de haber sido insultada por los oficiales de un regimiento adicto al duque Aurelio, á causa de lucir en el pecho el lazo blanco y rojo.....

Cierta mañana buscó Miraya ocasión de departir confidencialmente cinco minutos con Rosario, y á la noche, la chilena, adoptando el tono persuasivo y afectuoso que acostumbraba para hacer esta clase de indicaciones,—como si pidiese algo que la interesase personalmente,—dijo á Felipe:

—Mira, compláceme en esto..... Tengo el capricho de que hagas una excursioncita á Mónaco.

Y como Felipe, cuyas mejillas se encendieron ligeramente, sólo respondiese con un gesto ambiguo, ella insistió.

—Debes ir. Déjate de aplazamientos. Sé que hay mucha gente *de allá* hambrienta de echarte la vista encima. Es justo darles esa satisfacción..... Merecen algo por el cariño que te tienen..... Cosa convenida. ¿Cuándo se hace esa expedición? ¿Mañana?

—No hay tanta prisa..... ¡Ya veremos! ¿Y tú, nena? ¿Vendrás también?—preguntó con zalamería Felipe.

—No.....—respondió Rosario, venciéndose con energía sobrehumana.—Para ir yo, más valdría que no fuese nadie..... ¡Felipe, bien me comprendes! Irás solo..... es decir, con Miraya..... Yo..... sabré lo que ha sucedido..... Me lo contarás á la vuelta..... Y me traerás de allá..... si quieres..... un ramo de flores.....

Quedó resuelta la expedición para dentro de dos días. Miraya debía adelantarse, á fin de correr la voz entre la colonia dacia deseosa de ver á su príncipe, y que podía agruparse, con este objeto, á una hora determinada en la terraza del Casino. La promiscuidad y libertad de esos casinos absolutamente cosmopolitas, donde se mezcla y confunde gente de las más diversas razas y que sirven de punto de reunión á todos los extranjeros, no sólo de noche, para la cuchipanda del juego infernal que se juega allí, sino por la tarde,

á las cinco, en busca de las emociones más suaves y anodinas del concierto — serían favorables á la escena que Miraya quería representar—escena histórica, á pesar del carácter nada grave del teatro.—A la noche regresó Miraya, y encontró en la revuelta del camino, sentados sobre un ribazo, á los enamorados, que le esperaban para saber "qué tal había marchado eso." A decir verdad, era Rosario la que demostraba interés y hacía afanosamente la pregunta: en cuanto á Felipe María, afectaba guardar silencio ó querer llevar hacia otros caminos la conversación. Pero Miraya no lo consentía: venía rebosando júbilo, excitado, radiante. ¡Qué recepción se le preparaba al príncipe! Él mismo no sospechaba en que Mónaco se encontrasen reunidos tantos partidarios suyos: los había de todos colores, de los amigos de Stereadi y de los del partido antiguo: entre éstos se contaba por cierto un sobrino del duque de Moldau, un oficial, mozo simpático y encantador; el conde de Nakusi, cuyo entusiasmo era contagioso. "¡Si le viese usted cuando supo que mañana conocerá á su príncipe! ¡Yo creí que se volvía loco! Y todos están en la misma *tessitura*. Tendremos una ovación. ¡Cómo corren las noticias! Un reguero de pólvora..... En hora y media se enteró todo Mónaco..... Verdad es que allí la gente forma una colonia unida desde medio día hasta media noche para divertirse, *flirtear* y derrochar..... ¡Qué ambiente el de ese paraíso del goce! Allí hay efluvios..... Y nadie faltará: Nakusi me ha dicho que se han acabado los miedosos, porque el duque Aurelio dice donde le pueden oir, que se ha convencido, que el trono es del príncipe Felipe María, y que él no aspira más que á ser su primer vasallo, el más fiel de todos.....!"

—¿Pero eso es auténtico? ¿No hay exageración? — preguntó Felipe María, estremeciéndose.

—Auténtico y real..... Tenemos los hados propicios—añadió Miraya accionando como un energúmeno. Y dejando desbordarse la abundancia del corazón, exclamó, sin saber lo que decía:—Todas las noticias favorables. El rey empeora.....

Esta vez Felipe frunció el ceño. Al fin y al cabo aquel hombre que declinaba hacia la tumba era su padre, el que le había engendrado, el que le tuvo en brazos y acaso le besó, aunque Felipe no lo recordase.... Miraya, olfateando el yerro cometido, se apresuró á anegarlo en un río de palabras.

—La actitud del duque Aurelio también no deja de darme á mí en qué pensar..... Al pronto me pareció una estratagema..... ¡Convertirse ese lobo viejo! Pero, bien mirado, es posible que la opinión se le haya impuesto de tal manera, que no halle medio de resistir; y como buen estratégico, comprenderá que una retirada honrosa es cien veces preferible á una derrota humillante. Dacia está que arde, no cabe duda: la hostilidad de Rusia, los vientos albaneses que corren, las complicaciones que se presentan por la parte de Turquía, ciertas indicaciones transparentes del Gabinete de Viena, y, más que todo, la certidumbre de la enfermedad mortal del rey, noticia que se ha divulgado por todas partes, á pesar de los tapadijos de médicos y palaciegos, han producido tal estado de efervescencia en los ánimos, que oponerse á la corriente sería dar una prueba de locura..... El duque habrá reflexionado. Es listo, muy listo, y los listos saben adaptarse á las circunstancias, cuando no pueden modificarlas á su antojo....

Sin embargo, al hablar así, el acento de Miraya revelaba todavía un temor indefinible.

Mientras fumaban en el pórtico, á la luz de la luna, se combinaron los últimos detalles. Irían en el coche de guiar, con el tronco flor de romero, que aunque inquieto y mal domado todavía, era como pareja de corderitos en las diestras manos de Esteban. Llegarían á Mónaco poco después de las cuatro, y la aparición de Felipe en el Casino se verificaría á las cinco y media, cerca de las seis—el momento de más concurrencia.—De lo demás no había que ocuparse: ya haría su oficio el entusiasmo..... Estos pormenores los discutían Rosario y Miraya, mientras Felipe fumaba silenciosamente, más agitado de lo que quería dejar notar, pero con agitación reprimida, dominada por esa sombría actitud de impasibilidad aparente que sabía adoptar en las circunstancias críticas y supremas. En el fondo de su alma no existía la petulancia jactanciosa de Miraya, ni la tranquila convicción, generosa y fuerte, de Rosario. ¿Si en el último momento un desengaño viniese á frustrarlo todo? ¿Si en vez de ovación recibiese una acogida fría, irónica; si, al contrario la exaltación revistiese formas grotescas; si en vez de simbólica entrada triunfal en Dacia, la aparición en el Casino de Mónaco representase la estéril postulación del pretendiente siempre desairado? Era la primera vez que se decidía á presentarse en público

revestido de la aureola que presta el trono no sólo á los que lo ocupan, sino también á los que con alguna probabilidad aspiran á ocuparlo. Su orgullo, su amor propio, enconado por las decepciones de su madre, que habían recaído sobre él, gritaban al solo pensamiento de un paso en falso, de una ridiculez, de un fiasco posible. Y las únicas frases con que intervenía en el diálogo confidencial de Rosario y Miraya, que bajaban la voz cual si tramasen un complot, eran rasgos de mal humor y displicencia, objeciones pueriles, augurios y vaticinios pesimistas — últimas resistencias de una voluntad que quiere ser forzada, y secretamente aspira á que le ofrezcan un pretexto para dar el salto mortal—el definitivo.

VIII

MONÁRQUICA

Fué servido Felipe á medida de su recóndito deseo; Rosario y Miraya le empujaron, le estimularon, pacientes y optimistas, anunciándole toda clase de bienes, tolerando en silencio sus arranques de enojo. A la hora señalada, tal vez minutos antes, Felipe subía al coche y tomaba las riendas, con Esteban al lado por precaución: Miraya había preferido el cómodo asiento interior, sin responsabilidades. Así, erguido en el estrecho pescante, con la irreprochable corrección de su traje claro, con la distinción enteramente moderna y afinada de su cabeza y de su actitud, con la diminuta *boutonnière* blanca y roja florecida en su ojal, con la ortodoxa posición de sus manos, que calzaba recio guante de amarilla gamuza, antes que heredero de una corona y que sale á buscarla, parecía Felipe uno de tantos de esa clase numerosa, mal definida, en que caben desde el caballero de industria hasta el más legítimo y empingorotado aristócrata,—la clase de los *sportmen*, creación de una edad en que se rinde culto al lujo disfrazado de ejercicio físico, y en que, así como en la Edad Media se tenía á menos no poder romper una lanza, se tiene en poco al que no es capaz de dominar un caballo con la rienda ó con la silla.

Desde el vestíbulo, Rosario vió salir el coche, y tuvo valor para despedirlo con una sonrisa y un ademán enteramente cordial. Así que, al ruido y volteo de las ruedas, al batir de los cascos del fogoso y soberbio tronco, sucedió un silencio plomizo, inmenso, un silencio que envolvió de súbito el alma de Rosario como una sábana de hielo, la chilena, lentamente, cruzó el vestíbulo, atravesó el atrio y el peristilo, pasó bajo el pórtico sin volver la cabeza para mirar á los faunos, que, inalterables, reían con malicioso regocijo; salió á los jardines, dejándose caer en su sitio favorito, en el asiento de jaspe, bajo la dorada sombra del templete, y recostó la frente en el respaldo del banco de mármol, tibio del calor del día. ¡Ah! ¡Qué instante de reposo aquel!

Había creído Rosario que al ausentarse Felipe María, dejándola sola por primera vez una tarde entera, la esperaba un dolor furioso, una especie de convulsión moral; y se asombraba al advertir que sentía, por el contrario, como una especie de amargo alivio, una tranquilidad de muerte, pero, al cabo, tranquilidad. Las almas resueltas, predispuestas al heroismo hasta por ley de herencia—el padre de Rosario había dado gustoso su vida por la independencia de su patria—saben beber así, de un trago, sin repugnancia, el cáliz del sacrificio. Rosario no titubeaba; no conocía el desfallecimiento. Tristeza, sí; una tristeza inmensa, que empapaba su alma como la hiel empapa la esponja por todos sus poros y resquicios. Aquel lugar, lleno de memorias, aquella atmósfera vibrante aún de amor y de ilusión infinita, aumentaban el sentimiento de fatiga y de indiferencia hacia todo que invadía á Rosario. El templete era tan lindo como antes; las verdes enredaderas trepaban con la misma gracia airosa enroscando sus delgadas columnitas, pulimentadas por los siglos; al través de los intersticios se veía el mar, tan cerúleo y apacible como siempre—mar que, al parecer, no conocía las tormentas que también azotan el alma humana;—la decoración era igual que cuando llegaron á Ercolani, la mañana inolvidable en que Felipe, enajenado, no sabía desprenderse de su cuello ni soltar sus manos, ni dejar de beber su aliento con sed inextinguible; pero ¿dónde estaba ya la rosa amorosa, aquella flor de esplendor tan breve? El poeta tenía razón; había que respirarla cuando el rocío matinal la impregnaba aún; que después.....

Lo singular es que Rosario no por eso acusaba á Felipe. Un

sentimiento tan completo y profundo como el de Rosario permite estados morales contradictorios: la pasión es casi siempre, en medio de su vehemente exclusivismo, un fenómeno complejo, y el alma en ella está como el niño en el columpio, tan pronto en el suelo como por las nubes. Rosario, maestra en el arte de depurar y limpiar de toda sombra la imagen de Felipe, se entregaba — á aquella misma hora, primera de su soledad, mientras apoyaba la frente en sus brazos y sus brazos en el mármol—á la consideración de lo que pasaría en su alma si, en vez de ser abandonada por una corona, lo fuese sencillamente por otro amor. Y su impetuosidad de española, su sangre de fuego, hervían á esta sola idea, como lava. ¡Ah, entonces! Rosario se complacía, con trágico deleite, en figurarse el caso, y ya se veía empuñando el cuchillo, descargando el certero golpe..... Tenía fuerzas para hacerlo, fuerzas sobradas, valor irreflexivo y ciego, el empuje salvaje de la manola, que antes quiere ver muerto lo que ama, que perdido indignamente. Pero no se trataba *de eso*. Rosario,—sin que en tal convicción tuviese nada que ver la vanidad,—comprendía que su atractivo era suficiente para no temer rivalidades, y que no podía otra mujer disputarle la victoria. Distinto sentimiento llenaba en el corazón de Felipe María todo el lugar que no ocupaba ella..... Cuando los labios pálidos de su amante temblaban; cuando se dilataba su nariz, y por sus ojos azulinos cruzaba cierta lumbre fosfórica, ya sabía Rosario qué ideas causaban estos síntomas: conocía la enfermedad, iniciada hacía tiempo, desarrollada lentamente, de marcha segura y cada vez más rápida, instinto primero, obsesión después, y ya posesión entera y absoluta del ser de aquel hombre, en cuya sangre residía el gérmen del mando y la tradición del puesto aparte entre los demás hombres. Inútiles habían sido los remedios, vana la resistencia: poco á poco, sin crisis agudas, la ambición había ido labrando en Felipe, y ya le poseía por completo, de la cabeza á los pies, á pesar del último y casi desgarrado velo de recato que aún quería poner entre su voluntad y los hechos.....

Y Rosario,—hay que repetirlo,—no le acusaba. Ni aun daba á la pasión absorbente de Felipe el severo calificativo de *ambición*. Era la legítima reivindicación de un derecho—del derecho más alto y más grandioso de la tierra.—¿No se había inmolado ella, de antemano, á este derecho, vinculado por la sangre en Felipe? ¿No había

arrojado por la ventana su honra y su felicidad, su dignidad y su orgullo de mujer, resignándose á no ser más que el pasajero capricho de algunas horas, la humillada, la abandonada luego? ¿Qué no valdría lo que tanto costaba?

Sepultada en aquella honda y muda pena, paladeando el ajenjo á sorbos continuos, sin rechazarlo ni aun de pensamiento, Rosario miraba hacia el mar, como pidiendo á aquella superficie serena el secreto de la resignación que exigen los sacrificios totales. La energía desplegada hasta entonces por Rosario, ¿qué era en comparación de la que iba á tener que desplegar en lo sucesivo? Rara vez, en los primeros momentos de abrazar una resolución decisiva y terrible, se tienen bien medidas sus consecuencias. No alcanza la imaginación á presentir todas las combinaciones de la suerte. Se supone que un salto no es más que un salto, inmenso, loco, pero salto al fin, y no se presume lo que sigue al salto: los miembros ensangrentados y rotos, los crueles dolores, todo el martirio de sobrevivir á la caída.....Cuando Rosario, liándose á la cabeza su mantilla de blonda, sin cambiarse los zapatitos finos, pisando la nieve dura, había volado á la cabecera del lecho de Felipe María herido de muerte, mal podía representarse la serie de sucesos que se derivarían de aquel: la asistencia, la convalecencia, el idilio mágico en la Ercolani; pero, sobre todo, lo que no supo presentir, fué otra cosa que apenas se había confesado á sí misma, que todavía en aquel momento de reflexión desesperada no quería aceptar como un hecho, y que de tal manera complicaba su destino. Bien lo recordaba Rosario: con el arrojo de la juventud, al instalarse á la cabecera de Felipe, se decía á sí propia: "Hay para todo mal, para el mayor daño, un supremo remedio....." Y he aquí que la suerte—ó Dios, porque Rosario volvía á notar el fondo de fe religiosa de su raza—disponía de tal suerte los acontecimientos, que le quitaba esa pronta y decisiva solución, la que había de coronar heroica y terriblemente la abnegación de su alma..... No tenía Rosario derecho á morir; y al comprenderlo así, un estremecimiento desesperado corría por sus venas, y una duda surgía en su conciencia, haciéndola vacilar hasta su misma raíz. ¿Cabía prescindir de este nuevo dato? ¿Tenía derecho á disponer de otro destino, asociándolo á la catástrofe del suyo?

Hubo un instante en que tal suposición pareció á Rosario el ma-

yor de los absurdos y hasta de los crímenes. Levantando la cabeza, irguiéndose, fuerte en su santa energía repentina, vió otro horizonte nuevo: felicidad tranquila y absoluta, lejos de las sugestiones de la ambición: una situación normal, idéntica á la de los demás seres humanos que en su camino no han tropezado con la corona..... Y sus ojos, en vez de abismarse en lo infinito del mar, recorrieron el templete y las perspectivas del jardín, y su fantasía acogió un sueño delicioso, una esperanza de dicha consagrada por el deber más dulce y adorable de los deberes..... Rosario conocía su fuerza. Miraya tenía razón: esta fuerza era incalculable; no se había gastado ni disminuído por concepto alguno: podía ejercitarla, y recordar á Felipe sus explícitas proposiciones de matrimonio; resistencia ó vacilación en Felipe, no la imaginaba siquiera: comprendía que á su primer reclamación, Felipe pagaría la deuda con la puntualidad estricta del jugador que entrega su última moneda de oro, aun cuando haya de suicidarse en el acto á la salida de la casa de juego. —Y aquello era la seguridad del porvenir, y Rosario veía sucederse los años, en la tranquila posesión de su hogar, entre la consideración social, en la plenitud de los afectos lícitos, madre feliz, disfrutando caricias y halagos que envidiarían, si capaces fuesen de envidia, los ángeles del cielo.....

Rosario se incorporó, sacudió la cabeza y volvió lentamente á la villa. Comió sola, sin apetito, abstraída, dominada por la idea seductora que se apoderaba gradualmente de su espíritu. Al caer la tarde, no pudiendo resignarse á esperar en la sala, pidió un abrigo, un capuz de seda gris, y tomó el camino del sendero por donde había de volver el coche. Andaba despacio, á fin de hacer más breve la espera. La luna alumbraba la senda, y las luciérnagas despedían, entre los perfumados matorrales, tenues reflejos verdosos, como de agua, que recordaron á la sobrina de Viodal, en aquella hora crítica de su vida, los *Cuatro elementos*, el acuario, la elegante inclinación de la Driada de mármol volcando su urna, de donde eternamente fluía un chorro inmóvil.—Llegó hasta el ribazo donde habían esperado ella y Felipe á Miraya la víspera, y por involuntaria rutina, se sentó en el mismo lugar, sobre la yerba todavía hollada. Allí aguardó hasta que el ruido de las ruedas y el trote recio y algo desigual de los caballos anunciaron la llegada del coche.

Al verla, Felipe dejó las riendas á Esteban y saltó á tierra preci-

pitadamente, movimiento que imitó con la pesadez de su rechoncha persona Miraya; y los dos hombres, como si no acertasen á reprimirse, sin conciencia de lo que hacían, transportados, prorrumpieron en exclamaciones.

—¡Rosario! ¡Ah, si vieses!—decía Felipe.

—¡Qué día! ¡Qué hermoso día!—confirmaba Miraya.

—Es imposible que te formes idea.....

—Ha sobrepujado á nuestras esperanzas todas, todas.

—Es que en realidad tuvo mucho de delirante..... ¿Verdad, Miraya?

—Sí, en ciertos momentos yo temía por vuestra Alteza.....

—¡Ah! No, no había miedo—declaró Felipe respirando fuerte, y cogiéndose del brazo de Rosario, como si necesitase apoyo para soportar el peso de una emoción violenta, abrumadora. La chilena le miraba, y á la clara luz de la luna y al reflejo de los faroles del coche, detenido súbitamente, notaba la transfiguración de su rostro, la exagerada fosforescencia de sus ojos, semejante al reflejo misterioso de las luciérnagas entre los matorrales..... Jamás, ni en los instantes de efusión más apasionada, había visto así Rosario aquella cara fina y viril á la vez, dúctil como cera, en que tan visible huella marcaban las impresiones de todo género,—cara nerviosa, movible como el agua. Por fin, después de tanto tiempo, Felipe aceptaba, con los brazos abiertos, con un impulso de todo su ser, la lucha y el triunfo; y su cabeza, orgullosamente erguida, pareció á Rosario más alta sobre los hombros. El, entre tanto, no cesaba de exclamar, estrechando el brazo de la chilena.

—¡Si vieses! ¡Si vieses! Nunca esperé.....

—¿A ver, á ver?.... ¿Qué pasó? — preguntaba ella ansiosamente, poseída de curiosidad febril, olvidada ya de sus propósitos, de cuanto no fuese aquella emoción avasalladora.

—¡Una cosa espléndida, increíble!—explicó Miraya, vibrando de gozo. — Aún me tiembla el cuerpo, señora, porque las grandes alegrías parecen enfermedades. El Casino, atestado de una concurrencia brillantísima; la sala de conciertos, que no cabía un alfiler..... Y, sin embargo, á nuestra llegada, empieza á alzarse un rumor, un rumor que va en crescendo, que zumba ¡como el viento, como el mar, y las olas humanas nos rodean y se abren para dejar paso al príncipe, y las cabezas se descubren, y las manos se tienden,

y las señoras luchan por acercarse..... La orquesta, ante aquel imponente ruido, calla; y cuando el príncipe llega cerca del estrado, el director,—Dorokali, un albanés,—se inclina hasta el suelo, se vuelve, hace una seña, levanta la batuta..... ¡y rompen á tocar el himno dacio, de Ulrico el Rojo! Entonces la explosión es completa: la gente electrizada, rompe en aclamaciones; se precipitan, rodean al príncipe, ¡y hasta á mí me victorean! ¡Hasta á mí!

—¿Eran de Dacia?—murmuró Rosario con afán.

—¡De Dacia y de todas partes! ¡Si es lo que me ha extrañado, si es mi gran asombro! ¡Un auditorio cosmopolita, contagiado de entusiasmo, gritando, apostrofando, agitando pañuelos! ¡Nuestra causa es ya europea, yo bien lo sabía! ¡Europea!

—¿Te han victoreado, Felipe? ¿Te han victoreado mucho?

—Miraya puede decirlo.....—contestó él con voz enronquecida.—¡Si estoy medio sordo aún.....!

—¡Nada, señora, era un delirio, un frenesí!..... Y no había allí más que gente escogida, elegante, difícil de entusiasmar! ¡Pero se ha roto el hielo! ¡Se me olvidaba! Las señoras, engalanadas con ramitos de flor blanca y roja. Muchas se los quitaron y se los echaron al príncipe alfombrando el suelo..... Mire usted, mire usted cómo viene ese coche.....

Rosario miró. Hasta aquel instante no lo había notado: la caja, en efecto, estaba atestada de flores raras; mazos de rosas, de lilas, de azaleas, de combalarias y narcisos; enormes ramos de orquídeas y de tulipanes, se hacinaban en el estrecho fondo, desbordándose por todos lados, inundando de esencia el aire. Y Miraya cogía las flores, las removía, deshojándolas con su gruesos dedazos, repitiendo la escena de Mónaco, tapizando el suelo á los pies de Felipe. Entonces Rosario, á su vez, cogió uno de los ramos y lo arrojó al paso de su amante, en un transporte imposible de describir, y más aún de analizar. Hubiese querido arrojarse ella misma, arrodillarse y saludarle rey; y en aquel instante de embriaguez singular, de absoluto olvido de sí misma, de alegría en el martirio, nada podía prevalecer contra el intenso, el profundo placer de considerar ya á Felipe María distinto de los otros hombres, sagrado y ungido por esa especie de divinidad en lo humano: la realeza. ¡Sangre de rey! ¡Derechos reales! ¿Cómo podía haber olvidado un instante Rosario que Felipe era un ser aparte, sometido á otras leyes

y á otras exigencias que los demás? Lo que importaba al resto de los mortales era indiferente á Felipe, y en cambio, intereses misteriosos, sacrosantos, iban adheridos á su persona.....

Miraya continuaba dando suelta á la emoción.

—Claro es que los dacios gritaban más..... El conde de Nakusi estaba como loco, y al resonar, después del canto de Ulrico, el himno nacional albanés, trepó á una silla, para que desde allí se le viese agitar el sombrero..... ¡Qué hermoso día, qué hermoso día! Costó un trabajo muy grande disuadir á los dacios, arrebatados de júbilo y de amor, de que escoltasen á Felipe María con coches y á caballo, hasta la Ercolani..... Pero no se pudo evitar la manifestación en la terraza y en los jardines, ni que un grupo, capitaneado por Nakusi, rodease el carruaje en el momento en que Felipe María subió á él.....

—¡Hasta Nordis me aclamaba!—murmuró Felipe.

—¿Nordis estaba allí?—preguntó con extrañeza y dejos de inquietud Rosario.

—Allí estaba ese pez..... Los de Aurelio se nos han pasado todos; ¡si ya no hay disidencias!—declaró Miraya que, sin embargo, pronunció esta frase con menos aplomo.—¡Y el príncipe ha estado admirable, señora, admirable de todo punto! ¡Inspirado! Al despedirse... cuando oyó gritar "¡Viva nuestro príncipe!" respondió así: "¡Viva Dacia!" "¡Viva la independencia!" No sé si me creerá usted..... ¡pero se me humedecieron los ojos!

IX

EL APARECIDO

Desde aquel momento, Felipe entró en su papel victoriosamente, sin que se volviesen á mentar vacilaciones y escrúpulos. ¿No era, casi oficialmente, el príncipe heredero de Dacia? ¿No habían desaparecido los obstáculos? ¿No henchía el viento propicio las velas del deseo? ¿No cooperaban á la obra cuantos veía en torno suyo; la mujer amada, los entusiastas partidarios, hasta los criados, que ya

se llamaban á sí propios *servidumbre*, y sentían — empezando por Adolfo, el ayuda de cámara, como buen parisiense escéptico por fuera y lleno de ilusiones por dentro — ese singular transporte, fenómeno mal estudiado por la psicología, que se llama *adhesión*? Un incidente demostró estos sentimientos de los servidores.

Dos días después de la excursión á Mónaco, Esteban el cochero se presentó á Rosario, á tiempo que ésta atravesaba el atrio para dirigirse á la sala de baños, y gorra en mano y la voz dolorida y quebrantada, explicó que sufría una desgracia muy grande: desde Dacia le reclamaba con urgencia su madre, porque su anciano padre había aparecido muerto al pie de un muro. "Sospecho que lo han asesinado—decía trémulo Esteban,—y mi madre tiene miedo de sufrir la misma suerte. ¡Pero marcharme ahora!...."—exclamaba, poniendo en esta frase todas sus ilusiones de patriota dacio, todo su fervor monárquico, todo el cariño que le inspiraba Felipe María.

—No importa, Esteban—pronunció la chilena afectuosamente, pues era muy dulce con los servidores, y en especial con aquel, en quien sentía la lealtad de un can valeroso y sumiso.—No importa. Se va usted al punto. En Mónaco encontrará fácilmente Su Alteza cochero que haga estos días el servicio. La madre es primero que todo.

—Pero, señora—exclamó dolorido el cochero, que no quería convencerse aún,—¡si no comprendo cómo ha podido ser eso! Mi padre no tenía enemigos. Un anciano inofensivo, un veterano de la "guerra antigua" de Iliria, á quien todos estimaban..... ¡Asesinarle! Es imposible; habrá pasado cualquier cosa, ¡qué sé yo! Una muerte natural, de seguro, y la pobre vieja, trastornada por la pena, habrá creído..... Se engaña, de fijo..... ¡y vale más que se engañe! ¡Porque si hubiese habido alguien tan infame que se atreviese!....—Y la cara morena y aguileña de Esteban adquirió, en la energía de su expresión de cólera y odio, la dureza de una faz metálica, fundida en bronce.

—Sea lo que sea, Esteban, usted se va enseguida—ordenó Rosario.—Ni un minuto más se detiene usted aquí. No hace usted falta; con Cipriano y los troncos de diario, tenemos servicio. Yo me encargo de excusarle con su Alteza. Vaya tranquilo, consuele á su madre.....

Esteban, balbuciendo frases de agradecimiento, dió todavía algunas vueltas á su gorra antes de resolverse á marcharse; y decidiéndose por último, declaró:

—No voy tranquilo, señora..... por los troncos buenos. El flor de romero, sobre todo, que no lo pongan en manos de algún animal..... ¡Podría ocurrirle á Su Alteza un accidente!..... Si hubiese en Mónaco cochesros que supiesen su obligación..... Son caballos jóvenes, muy inquietos y de mucho poder; no van á estarse así tanto tiempo sin trabajar..... y el que los saque, necesita saber lo que lleva.....

—No se apure usted—dijo Rosario, compadecida del fiel servidor.—Todo se arreglará, le doy mi palabra. Aproveche usted el tiempo y váyase cuanto antes, sin pensar en nada más. Ahora mismo le mandaré dinero para el viaje.

Apenas se había retirado Esteban, cuando una sombra se atravesó entre Rosario y la luz, y el grito que la chilena iba á exhalar se ahogó en su garganta al reconocer á Yalomitsa. Era, sí, el bohemio, pero en un estado de tan lastimosa decadencia, tan lacio de plumaje, tan convertido su vivo color de cobre en el tono verdoso que presta la enfermedad á los rostros morenos,—lastimera variación de aquel Gregorio alegre é imprevisor como un niño ó como un pájaro,—que la chilena, en vez de tenderle las dos manos con el amistoso ímpetu de la confianza, con la afable acogida de la hospitalidad, se detuvo sobrecogida.

—¿No me conoces ya, Sari?—preguntó tristemente el bohemio.—¿Has renegado tú también?

—¡Gregorio!—murmuró por fin ella, acercándose.—¡Gracias á Dios! Yo le había dicho á Felipe que le escribiese á usted convidándole á venir.....

—Nada me ha escrito, hija mía..... Y era natural. Felipe no quería verme, no. Es decir, el que no quería verme..... ya no es Felipe, mi Lipe, mi amigo, á quien de niño tuve á caballo en las rodillas. El que no quería verme es su Alteza, el príncipe Felipe María de Leonato, heredero del trono de Dacia, y aclamado en Mónaco hace pocas horas..... Vengo bien informado, como ves. Tengo noticias frescas.....

—Lo que vendrá usted es muy cansado, muy deseoso de bañarse y reposar, y de tomar algo.....

—¡De comer..... tienes razón!—contestó melancólicamente Yalo-

mitsa.—¡No todos los días he comido en París esta temporada, hija del corazón! ¡El comer es un lujo como otro cualquiera..... y yo..... qué diablos!.....

—Pero, ¿por qué no se ha venido usted, Gregorio, escapado, derecho aquí? ¿No somos sus amigos? Nos ha jugado usted una mala partida.....

—¿Venir? ¿A estorbaros, á estropear los únicos días buenos que en la vida habéis tenido? Yalomitsa no hace eso..... Si me ves aquí ahora, es que he sabido la presencia de Miraya, y puesto que aguantais á ese, me aguantaréis á mi.

—Ha hecho usted muy mal en no venir antes..... En fin, no le quiero reñir más.....

—Mi trabajo me ha costado.... No creas que el dinero se encuentra debajo de las piedras, ni que la gente lo suelta de buena gana. Creen todos que las monedas, si las guardan, van á acompañarles hasta la sepultura; que se las van á llevar al otro mundo en el bolsillo....

—¿Por qué no escribió usted?—insistió Rosario, cada vez más cariñosa, sintiendo los efectos de una tierna lástima ante aquella derrotada catadura.—Le hubiésemos enviado á vuelta de correo cuanto le hiciese falta.

—¡Pch! ¡Escribir yo! ¡Escribir por monises! No, hija..... Ya sabes que detesto escribir. No hay invención más estúpida que la de la tinta. ¡Así se llevase Judas Iscariote á todos los que embadurnan papel, empezando por el lagartón de Miraya, que tiene la culpa de la mitad de tus desgracias, pobrecilla!

Rosario hizo un movimiento, sorprendida de aquel rasgo de sagacidad del bohemio.

—¡Es usted incorregible!—dijo sonriendo y bromeando.—Venga usted—añadió,—venga usted á descansar, á asearse, que después se le arreglará de ropa..... El príncipe se cuidará de eso.

—¿El príncipe? ¿Hay algún príncipe aquí?—preguntó el bohemio, enseñando sus dientes blancos y agudos.—Si hay príncipes, que me lo avisen..... porque pondré los pies en polvorosa....!

—Para usted sólo hay aquí amigos, Gregor..... Tenga usted juicio alguna vez y déjese guiar. Le cuidaremos, le trataremos como cosa propia, y volverá usted á estar tan bien y tan satisfecho como en París. No se oponga usted á que yo le mime.

—¡Por tí, hija mía..... por tí me pongo yo á cuatro pies..... de alfombra de esos piececitos, que deben moldearse en plata, para que la posteridad sepa lo que es un pie de mujer hermosa, un verdadero pie de los países del sol! Pero por mí..... ¿qué mas dá? No creas, al verme tan flaco y tan verde, que la causa de mi abatimiento es la miseria. No; es que me puse de mal humor, caí enfermo, y me ví solito, olvidado de todos, próximo á reventar en un rincón como un perro..... Tenga yo salud, y me reiré del mundo, y sobre todo del dinero, del maldecido dinero, por el cual se hacen tantas picardías y tantas indecencias, como si al morirnos no hubiésemos de dejarlo ahí todo, todo..... Mira, el día que tu Felipe se ponga majadero con la corona, ¿sabes?, á Gregorio Yalomitsa no le faltan recursos jamás..... Agarro mi violín, y me voy por los caminos y los pueblos, tocando mis himnos y mis sonatas, más contento que un arzobispo..... Aquí me dan un pedazo de pan; allí un vaso de vino ó una copilla de aguardiente; este me ofrece un cigarro, el otro me suelta un par de zapatos viejos, tan viejos como los que llevo ahora..... ¡Y Gregorio vive, y Gregorio se ríe de la suerte y de las mojigangas y farsas de este mundo! ¡Esa vida fué la de mis primeros años..... y sólo en ella se es libre y dichoso!

Al hablar así, ya la expresiva y gesticuladora faz se había iluminado y transformado; corría por ella otra vez la sangre, los ojos de azulada córnea brillaban, y el pelo revuelto vibraba y se sacudia como el de los monigotes de médula de sauco sometidos á los efectos de la corriente.

—Pero, Gregor—objetó Rosario,—no me negará usted que ese traje andrajoso.....

Hablando así le remiraba, y notaba lo mugriento de la corbata, la absoluta falta de botones del chaleco, lo destrozado del pantalón, y el lastimoso estado de las altas botas, pareciéndole que se reían al borde de la suela, y que las arrugas no eran arrugas ya, sino cortes transversales.

—¿Miras mi facha?—exclamó regocijadamente el bohemio.—¡Mírala, hija, que tiene que ver! En las estaciones te aseguro que he pasado ratos deliciosos. Aquí, donde todo se vuelve elegancia, última moda y lujo,—un lujo exagerado y ridículo, de *cocottes;*—aquí, donde las mujeres se pasean por el andén con doscientos francos de plumas en los sombreros de paja y mil de encajes en el

vestido de batista, me han mirado como se mira á un ser caído de otro planeta, y he oído carcajadas detrás de los abanicos..... ¡Si te dijese que el cobrador quería echarme del tren, nada más que por mi pergeño! ¡Empeñado en que yo había robado el billete de primera! Porque vine en primera. ¿Qué te figurabas tú? Ya que tenía con qué..... Y al bajarme, en Mónaco, me quedaban ocho francos; pero los dí de limosna á la mujer de un pescador..... Así es que tuve que venir á pie. ¡Hace calor, hija!

—Gregor, es tiempo perdido decirle á usted nada..... ¡Si ha de ser usted lo mismo siempre....!

—Lo mismo..... *Yo* no nací para veleta.....—añadió el bohemio, recargando el *yo*.—Y tú, paloma, ¿qué tal? ¿cómo lo pasas?

—Bien, Gregorio..... muy bien.....

—Pues te encuentro desmejoradilla, ¡vive Dios! ¿Y Lipe; puede saberse qué hace Lipe? Tengo más ganas de verle que de beber un grog cargado de ron.....

—Beberá usted el grog antes.... En este momento, Felipe despacha con Miraya, y ha mandado que no le interrumpan.....

Yalomitsa se echó atrás. Sus ojos lucieron con salvaje inquietud y con indescriptible fiereza irónica.

—¿Y va conmigo esa orden? ¿Conmigo, con Gregorio Yalomitsa, que le ha tenido en brazos, que he sido el amigo y el confidente de su madre? ¡Centellas! ¡Sari, le calumnias! Ahora mismo he de abrazar á Felipe, y ahora mismo me vas á llevar á donde esté..... ¡Después de los sacrificios que hago por venir! ¡Pues no faltaba otra cosa!

Y arrastrando á Rosario, antes que dejándose conducir por ella, Yalomitsa penetró en el despacho como una bomba.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Se concluirá.

EL PARTIDO SOCIALISTA EN ESPAÑA

Hay en nuestro país muchas personas instruídas que, reconociendo que el Socialismo tiene razón de ser y alcanza gran desarrollo en otras naciones, niegan que en España pueda llegar á tener arraigo y consideran, por tanto, de todo punto estéril la propaganda que hacen sus partidarios.

Solamente siendo poco observadores ó estando muy aferrados á ciertos prejuicios, puede emitirse tan equivocada opinión respecto al país en que vivimos.

Lo que principalmente da vida al Socialismo es la producción burguesa, ó, precisándolo más todavía, una de las fases superiores de esa producción, la concentración de los capitales. ¿Hay algún país de Europa que no haya entrado en esa fase? Creemos que no, y si alguno hay, ese seguramente no es el nuestro.

Ciertamente no podemos compararnos con ninguna de las naciones de gran desarrollo industrial, pero, aunque á paso corto, vamos por el mismo camino que van ellas. Concentración capitalista hay en Vizcaya, Andalucía y Cataluña, y, por más que la rutina y la imprevisión constituyan los rasgos dis-

tintivos de la burguesía española, aquélla se hará de día en día más intensa en dichas regiones y se irá extendiendo á todas las demás que forman nuestro pueblo.

Hay, pues, en España condiciones bastantes, atmósfera suficiente para que el Socialismo viva y prospere; lo que no hay todavía es campo bastante bien preparado para que los progresos del Socialismo se aproximen á los que hace en Alemania, Francia, Bélgica, Austria, Italia y otros países.

Esto, mejor que con razonamientos, podremos demostrarlo con hechos, haciendo una breve historia del partido socialista español; y como no nos duele el que aparezca pequeño, aunque otra cosa deseáramos, al lado de los partidos socialistas de los otros países, empezaremos por exponer algunos datos que permitan apreciar los poderosos elementos de que aquéllos disponen.

Partido socialista alemán.—Tuvo en las últimas elecciones 1.876.000 votos; en el Parlamento está representado por 48 diputados; tiene también representación en algunas Dietas y en varios Municipios y cuenta con 41 periódicos diarios y 123 semanales.

Partido socialista francés.—Tuvo en las últimas elecciones 1.400.000 votos; le representan en la Cámara de Diputados 45 individuos; es dueño por completo de Municipios como Marsella, Lila, Roubaix, Montluçon, Ivry, Commentry, Narbona y otros; tiene mayoría en los de Roanne, Vierzon, Calais, Fourmies, Perpignan, Cette, Tolon y muchos otros, entre los que se cuentan bastantes de poblaciones rurales; minorías en centenares de Ayuntamientos y algunos consejeros generales. La Prensa del partido pasa de 80 periódicos, entre diarios y semanales.

Partido socialista austriaco.—Ha tenido en las recientes elecciones, en que por primera vez ha ido á la lucha electoral, 700.000 votos, de los cuales solamente á Viena corresponden 90.000. Los diputados elegidos son 14. Su Prensa cuenta más de 80 periódicos, entre diarios, políticos y profesionales.

Partido socialista belga.—Ha obtenido en la lucha electoral 461.000 votos, eligiendo 29 diputados. Tiene en el Senado 2 representantes, mayoría en 78 Municipios y minorías en 210. Componen su Prensa 5 periódicos diarios y un gran número de semanarios políticos y profesionales. Sus Casas del Pueblo ó Cooperativas, donde se paga á los obreros salarios más crecidos que en las fábricas y talleres patronales y obtienen los afiliados no pocos beneficios, dejan á la caja del partido importantes sumas para la propaganda.

Partido socialista italiano.—En las elecciones legislativas que acaban de verificarse ha obtenido 135.000 votos, sacando triunfantes 15 candidatos. Tiene representación en muchos Municipios y defienden sus ideas más de 30 periódicos, 1 de ellos diario.

Partido socialista danés.—En las elecciones últimas, verificadas en 1893, alcanzó 25.000 sufragios. Tiene en la Cámara de diputados 9 representantes, 2 en el Senado y 94 en los Municipios. Su Prensa la forman 6 periódicos diarios y 3 semanales.

Por ser de menos importancia, no damos las cifras relativas á los partidos socialistas suizo, inglés, servio, rumano, búlgaro, portugués, argentino y norteamericano.

Veamos ahora si la existencia y el desarrollo del partido socialista español acusa lo que hemos dicho más arriba.

Aunque se fundó en Madrid en 1878 por un puñado de trabajadores, puede decirse que no fué conocido ni dió verdaderas señales de vida hasta 1886. A los comienzos de este año hízose una excursión de propaganda por la provincia de Barcelona y vió la luz *El Socialista*. Ambas cosas fueron el resultado de repetidos esfuerzos pecuniaros del puñado de socialistas que había entonces.

El programa que adoptaron los fundadores del partido fué, en su esencia, el mismo que tenían y tienen los partidos socialistas de las otras naciones.

Parte primera ó fundamental: *Posesión del Poder político*

por la clase trabajadora y transformación de la propiedad de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social ó común.

Parte segunda ó programa mínimo: *Una serie de medidas políticas, en las que se hallan comprendidos los derechos individuales, y otra serie de medidas de carácter económico.*

La misma táctica empleada por la generalidad de los socialistas de otros países fué la que acordaron observar los fundadores del partido socialista en España; ó lo que es igual, vivir completamente separados de todos los partidos burgueses y ejercitar la acción política, como partido de clase, todo cuanto fuera posible.

Ese programa y esa táctica fueron defendidos y propagados en los *meetings* que pudieron celebrar y desde las columnas del semanario *El Socialista*. Aunque muy poco á poco, el partido progresó, sin sufrir nunca el menor retroceso. Su primer órgano en la Prensa ha pasado algunos apuros, pero ni una sola semana ha dejado de publicarse.

Cuatro Congresos ha celebrado el partido socialista español. El primero se efectuó en Barcelona en 1888. En él, además de ratificarse el programa, salvo leves modificaciones, y la táctica ya adoptados, hízose una Organización general. Según ésta, el partido se compondría de Agrupaciones Locales, y éstas se formarían por los individuos que estuviesen conformes con las aspiraciones de aquél. Cada individuo, siempre que no estuviera enfermo ó careciese de trabajo, abonaría una cuota, que sería determinada por su respectiva Agrupación. Para representar al partido, hacer respetar su programa, exigir el cumplimiento de la Organización general y de las resoluciones de los Congresos y procurar el desenvolvimiento del mismo, habría un Comité Nacional. Dicho Comité residiría en Madrid y percibiría para atender á sus necesidades una pequeña cuota mensual de cada afiliado que trabajara.

También se acordó en este Congreso que el partido fomentara las Sociedades de resistencia y apoyase con todas sus fuerzas las luchas que mantuviesen los obreros con los patronos.

Cuando se efectuó este Congreso componían el partido 16 Agrupaciones.

El segundo Congreso se celebró en la capital de Vizcaya. La principal cuestión tratada en él fué la electoral, recayendo el acuerdo de que el partido tomase parte en las primeras elecciones legislativas que se verificasen, y en las sucesivas resolviese con arreglo á los medios de que dispusiera y á las circunstancias.

De acuerdo con la táctica mantenida por el partido desde su fundación, se decidió no admitir coalición ni alianza electoral con los partidos burgueses.

Al celebrarse el Congreso de Bilbao, el partido socialista estaba formado por 23 Agrupaciones.

El tercer Congreso se verificó en Valencia. Se trató en él también la cuestión electoral, resolviéndose que en las elecciones legislativas presentase candidatos el partido en todas las localidades donde contase con elementos organizados, y en las elecciones municipales y provinciales acudieran solamente á la lucha las agrupaciones que tuviesen probabilidades de alcanzar un triunfo material ó moral.

El acuerdo de que en las elecciones legislativas presentase el partido candidatos en todas las localidades donde hubiera elementos socialistas organizados, obedeció á la idea de poder sumar todas sus fuerzas. Ese mismo Congreso aprobó un programa municipal, redactado y presentado por el Comité Nacional del partido. Contiene dicho programa las reformas de carácter municipal que más interesan á los trabajadores.

Al verificarse el Congreso de Valencia constituían el partido 37 Agrupaciones.

El cuarto Congreso se efectuó en Madrid. Su principal trabajo consistió en reformar la Organización general del partido. Por la aprobada en el Congreso de Barcelona, sólo podían pertenecer á aquél las Agrupaciones formadas por individuos que aceptasen el programa del mismo y sus acuerdos, pero no las Sociedades de oficio. Habiendo ganado la propaganda so-

cialista á muchos obreros asociados, fueron apareciendo Sociedades compuestas totalmente de individuos conformes con las aspiraciones del partido; lo que obligó al Congreso de Madrid á reformar la Organización general, dando entrada en ella á dichas Sociedades.

Cuando se verificó este Congreso, tenía el partido 45 Agrupaciones.

El año próximo se celebrará el quinto Congreso, que acusará, seguramente, un importante aumento en las fuerzas del partido socialista, pues al presente cuenta ya, á más de las adhesiones personales de individuos que residen en poblaciones donde no hay todavía organización, 50 Agrupaciones, de las cuales 4 están constituídas por trabajadores del campo y otras 4 por obreros de las minas.

La disciplina en el partido socialista es severa. Los que faltan intencionadamente al programa, no cumplen sus acuerdos, votan á los candidatos burgueses sabiendo lo que hacen, ó cometen acciones deshonrosas, son excluídos de él.

Partido defensor de los intereses proletarios, no se concreta solamente á difundir los ideales que sustenta y á ejercitar la acción política, sino que procura con el mayor interés asociar á los obreros para que mejoren las condiciones del trabajo. Esto explica que la principal organización obrera española de carácter resistente ó que emplea la huelga contra los patronos que no aceptan las peticiones de sus trabajadores ó quieren imponerles condiciones durísimas, la hayan creado los socialistas y los socialistas la dirijan.

A la Unión General de Trabajadores—que es la organización á que nos referimos—pertenecen la Federación de los obreros preparadores, hiladores y tejedores mecánicos, la Federación Tipográfica y la mayor parte de las Sociedades obreras de España. El número de individuos que hay en ella no baja de 6.000. Esta organización se fundó en 1888, ha sostenido diversas huelgas, entre ellas una importante, la de «La Industria Malagueña»; ha celebrado cinco Congresos y ha es-

tado representada por un delegado propio en los Congresos obreros internacionales de Zurich y Londres.

Los individuos del partido socialista no han incitado jamás á la huelga á los trabajadores de ningún oficio, y más de una vez las han impedido con sus consejos; pero cuando han surgido, ya por provocación de los patronos, ó por querer los obreros conquistar alguna mejora, se han puesto inmediatamente al lado de los huelguistas para auxiliarles en todo cuanto han podido. Si las autoridades, como casi siempre ha pasado, han cometido arbitrariedades y atropellos con los obreros que defendían su dignidad ó su salario mediante la huelga, los socialistas no han vacilado un instante en protestar contra la conducta de aquéllas, y en procurar que hicieran lo mismo los demás trabajadores. Esta actitud, en armonía con las ideas y los intereses que defienden, ha costado á muchos socialistas visitar la cárcel y aun ser condenados á meses de prisión.

La ayuda pecuniaria del partido socialista no ha faltado tampoco á los obreros que han luchado contra los patronos.

En 1890 hubo, entre otras huelgas de menor importancia, una de tejedores en Navarcles, otra de obreros del mismo oficio en Manresa, otra, de tejedores también, en «La Industria Malagueña» y otra de mineros en Vizcaya. Para todas ellas abrió suscripción *El Socialista*, reuniendo para los primeros más de 700 pesetas; para los tejedores de Manresa y para los de Málaga 1.432, y para los mineros de Vizcaya más de 1.000.

En 1892, los mineros de la misma región tuvieron otra huelga, seguida, como la anterior, de prisiones. *El Socialista* recaudó para auxiliar á dichos trabajadores más de 1.500 pesetas.

En 1894, los representantes de «La Industria Malagueña», propiedad de la poderosa casa de Larios, quisieron obligar á los operarios á disolver la Sociedad que, para la defensa de sus intereses, habían creado algunos años antes. Los obreros se negaron á ello. Para obligarles á ceder, los fabricantes cerra-

ron la fábrica, y por consecuencia de tal actitud surgió una de las huelgas más importantes que se han conocido en España,—huelga que duró cerca de tres meses, no obstante haber realizado las autoridades todo género de abusos y tropelías para concluir pronto con ella, y que, si no fué ganada por los trabajadores, sirvió al menos para producir una magnífica explosión de solidaridad entre todos los obreros organizados de España, para afirmar la solidaridad internacional de los asalariados, y para demostrar á la poderosa casa malagueña que los que en un tiempo se sometían sin chistar á cuantas órdenes dictaba, no lo hacían ya sin medir sus fuerzas con ella y sin resistir todo lo posible.

Los huelguistas, entre mujeres y hombres, llegaban á 4.000 y tenían en caja, al surgir la huelga, más de 10.000 pesetas.

Perteneciendo su Sociedad á la Unión General de Trabajadores, las colectividades que formaban ésta les prestaron decidido apoyo. Lo enviado por ellas directamente á los huelguistas pasó de 6.000 pesetas.

El partido socialista apoyó con la mayor resolución á dichos trabajadores y agitó todo lo que pudo á la masa obrera española para que auxiliase á quienes defendían contra unos millonarios el derecho de asociación.

Apenas declarada la huelga, abrió una suscripción *El Socialista* á favor de los referidos obreros. Cuando las autoridades de Málaga hicieron las primeras prisiones y los huelguistas empezaron á irritarse, el Comité Nacional del partido socialista acordó enviar á Málaga un delegado de su seno para recomendar á aquéllos la calma y aconsejarles lo que les pudiera beneficiar. Antes de salir ese delegado de Madrid, se consultó á la Junta Directiva de los tejedores si consideraba beneficiosa para la lucha que sostenía la presencia en Málaga de un miembro del antedicho Comité. La respuesta fué afirmativa.

Preso y encausado el representante de éste al poco tiempo de encontrarse en Málaga so pretexto de haber injuriado al

gobernador, el Comité Nacional del partido socialista envió otro de sus miembros, que estuvo al lado de los huelguistas mientras el primero no pudo prestarles su cooperación.

Lo recaudado por *El Socialista* para auxiliar á los huelguistas malagueños ascendió á 15.011,50 pesetas. Además, los individuos del partido costearon los gastos que ocasionó el envío de los dos delegados, y un año después atendían al sostenimiento de uno de esos dos compañeros, que cumplía en la cárcel de Málaga cuatro meses de arresto, impuestos por los Tribunales con motivo de la citada huelga.

Para auxiliar en esta contienda á los obreros de «La Industria» enviaron recursos los trabajadores de Portugal, Italia, Austria, Alemania é Inglaterra.

El partido socialista español no se ha limitado á prestar ayuda á los obreros españoles, sino que, como partido de carácter internacional, ha hecho lo propio con los trabajadores de los otros países.

En 1892 recaudó *El Socialista* más de 400 pesetas para los tipógrafos alemanes, que mantuvieron una huelga general.

En 1893, el mismo órgano del partido socialista recaudó para los trabajadores de Sicilia, víctimas de bárbara persecución con motivo de los disturbios causados allí por la miseria y el hambre, cerca de 1.000 pesetas.

Y este mismo año ha recaudado el citado periódico, para los trabajadores en huelga del puerto de Hamburgo, más de 400 pesetas.

El total de lo reunido por *El Socialista*, hoy órgano central del partido de su nombre, para ayudar á los trabajadores de España y de fuera de España en sus luchas para mejorar su suerte, asciende, en números redondos, á 25.000 pesetas.

En estos instantes tiene abierta una suscripción á favor de las tejedoras de Manresa, que se niegan á aceptar un trabajo muy superior á sus fuerzas.

La cantidad total reunida por *El Socialista* no representa todo lo recaudado por el partido de que este semanario es ór-

gano para auxiliar á los trabajadores en sus reclamaciones, pues, aunque bastante menos, los otros periódicos con que aquél cuenta han reunido cantidades con igual objeto.

A miles de pesetas asciende también lo gastado por el partido socialista en hojas, manifiestos y reuniones de propaganda. El número de éstas ha sido relativamente crecido, y las poblaciones donde más se han efectuado son: Madrid, Bilbao, Barcelona, Valencia, Málaga, Mataró, Linares, El Ferrol, Oviedo, Gijón, Burgos, Palma de Mallorca, Santander, Játiba y la zona minera de Vizcaya.

Por las malas condiciones económicas de nuestro país y también por la ignorancia obrera, no ha sido posible á los socialistas españoles acudir aún á la cooperación de consumo, tanto para beneficiar á los trabajadores, como para obtener ellos recursos con que extender la propaganda de sus ideas y fortalecer su organización. Pero lo que no han hecho hasta aquí, por tropezar con muchas dificultades, lo harán más adelante. Esa obra la ha comenzado ya la Agrupación socialista de Mataró montando una modesta panadería, que produce excelentes resultados.

En el terreno electoral, el partido socialista no ha obtenido señalados triunfos, hecho que tiene su explicación, no solamente en ser España el país donde los Gobiernos cometen más abusos para sacar de las urnas una inmensa mayoría adicta á su política, y donde la compra de votos y toda clase de sobornos se realizan en mayores proporciones, sino también en que no se ha enseñado á los trabajadores á ejercitar el derecho electoral. Sin embargo, las elecciones legislativas en que ha tomado parte le han servido para difundir sus ideas y adiestrar en esa lucha á buen número de obreros, y las elecciones municipales, á la vez que para eso también, para llevar á algunos Municipios individuos que le representen y que defiendan en ellos los intereses de la clase proletaria.

En las elecciones legislativas de 1891, los candidatos presentados por el partido socialista obtuvieron 5.000 votos.

En las de 1893, reunieron 7.000.

En las últimas, verificadas el año anterior, alcanzaron 14.000.

En las elecciones municipales de 1891, los socialistas bilbaínos acudieron á las urnas. Como los partidos burgueses no les concedían importancia, descuidaron la elección, y cuando se hizo el escrutinio se encontraron desagradablemente sorprendidos con el triunfo de cuatro socialistas. Apelando á fútiles pretextos, se anuló la elección de tres de los elegidos: sólo uno entró en el Ayuntamiento.

En las elecciones de 1893 volvieron los socialistas de Bilbao á la lucha; pero más prevenidos los burgueses que en las anteriores, les disputaron los puestos mediante la coacción y el soborno, y ningún candidato socialista logró el triunfo. Sin embargo, obtuvieron más votos que en 1891.

En estas mismas elecciones presentaron candidatos los socialistas de dos ó tres localidades más, pero logrando tan sólo triunfos morales.

En las elecciones de 1895 acudieron á las urnas los socialistas de Bilbao, Mataró, El Ferrol y dos ó tres puntos más. En Bilbao, á pesar del dinero repartido, triunfó un candidato socialista en dos distritos, en Mataró resultó elegido otro y en El Ferrol venció otro también con mayor número de votos que los que alcanzaron en el mismo distrito los otros candidatos vencedores.

Hay, pues, al presente tres Municipios con representación socialista, que seguramente aumentará en las elecciones que se verificarán dentro de unos días.

Esos representantes socialistas han propuesto, y en algunos casos conseguido, que se voten por dichos Ayuntamientos medidas favorables á los trabajadores.

Si ya le ha sido posible al partido socialista español forzar las puertas de algunos Municipios, no es de creer que tarde mucho en forzar las del Parlamento. Que propague un poco más sus ideas, que aumente algo la potencia de su organiza-

ción, y logrará que nuestro país deje de figurar entre los pocos que no tienen en su Parlamento minoría socialista.

Los periódicos que defienden las ideas socialistas en España son ocho: seis semanales, uno que aparece quincenalmente, y una revista decenal. Se publican: *El Socialista* y *La Ilustración Popular* (revista), en Madrid; *El Grito del Pueblo*, en Alicante; *La Lucha de Clases*, en Bilbao; *La Voz del Obrero*, en El Ferrol; *La República Social*, en Mataró; *El Defensor del Trabajo*, en Linares, y *La Aurora Social* (quincenal), en Gijón.

Cuenta, además, dos bibliotecas: la del órgano central del partido, y la «Biblioteca Socialista», las cuales publican folletos y obras de los principales socialistas de todos los países.

El partido socialista español mantiene frecuentes y cordiales relaciones con los partidos socialistas de las otras naciones, y marcha con ellos de perfecto acuerdo, á pesar de haber afirmado frecuentemente lo contrario cierto partido burgués.

La mejor respuesta dada por los socialistas españoles á esa afirmación ha sido el tomar parte en los cuatro Congresos que el Socialismo internacional ha efectuado desde el año 1889 acá. En esos Congresos el partido socialista español ha estado representado por un delegado propio en los de París, Bruselas y Zurich, y por tres, propios también, en el verificado en Londres el año pasado. En estos Congresos las cuestiones principales han sido votadas por unanimidad.

No solamente los socialistas españoles están de acuerdo con sus correligionarios de los demás pueblos, sino que esos mismos correligionarios, conocedores de las dificultades con que aquí se lucha, prestan atención al movimiento socialista de España y le alientan y ayudan. En 1893, la Democracia socialista alemana envió al Comité Nacional del partido socialista español 500 marcos con destino á gastos electorales.

Quien ha organizado en nuestro país la Manifestación del 1.° de Mayo ha sido el partido socialista. Tiene esa obligación por haber votado dicha revista obrera en unión de los demás partidos socialistas en el Congreso internacional de París, y

cúmplela con la mayor fidelidad, viéndose secundado en tan grata tarea por todas las Sociedades obreras que quieren mejorar el estado de la clase trabajadora.

Habiendo intentado los anarquistas desnaturalizar el carácter y objeto de la Manifestación en los primeros años, el partido socialista les salió al paso, descubrió los propósitos descabellados que aquéllos abrigaban, y logró que los incautos que los seguían se apartasen de ellos. Desde entonces, la Manifestación obrera celébrase en nuestro país con la solemnidad y el orden que sus autores se propusieron y que á los intereses de los trabajadores conviene. Este carácter serio y tranquilo ha sido mal interpretado por la mayor parte de la Prensa, que lo ha tomado como signo de decadencia de la movilización obrera. El tiempo, que ha rectificado otros muchos errores respecto al Socialismo, se encargará de rectificar también ese.

Si el partido socialista español, fiel á su táctica, ha combatido á las fracciones republicanas, por representar éstas un equívoco para los trabajadores, más ha combatido todavía á los anarquistas (lo mismo á los teóricos que á. los partidarios de la llamada propaganda por el hecho). Le ha obligado á conducirse así, más aún que el discrepar de ciertas ideas de esos dos grupos, los erróneos procedimientos que ambos defendían: la abstención de la lucha política el uno, y el sistema del terror el otro. Nada puede dañar más á los intereses de la clase obrera que la adopción de cualquiera de esos dos procedimientos. Esta campaña del partido socialista ha valido al mismo el odio de los anarquistas fanáticos, que más de una vez no han reparado en unirse á los republicanos para atacar á los que predicamos que la clase trabajadora debe constituirse en partido político distinto y opuesto á todos los partidos burgueses. El partido socialista, tanto porque le importa no aparecer confundido con los elementos anarquistas, como por haber logrado que muchos obreros salieran del error en que estaban, hállase satisfecho de la conducta que ha observado con aquéllos.

No ha conseguido hasta ahora el partido socialista influir en los asuntos que más preocupan al país, ni menos aún obligar á los representantes en el Poder de la clase privilegiada á que fijen su atención en las cuestiones que más afectan á los trabajadores; pero no por eso ha dejado de hacer labor útil, pues á más de dar educación política á muchos obreros, de hacerles ver que les es de suma necesidad ejercitar todos los derechos políticos, de despertar su afición al estudio de todo cuanto con su condición se relaciona, ha creado un núcleo de fuerzas llamado á aumentar pronto en proporción considerable.

Compónese hoy el partido socialista español casi totalmente de obreros manuales; los obreros intelectuales que hay en él, alguno de superiores facultades, apenas pueden aportar al mismo, por la situación especial en que actualmente se encuentran, su actividad y su saber; pero como esa situación no ha de durar siempre, y como es inevitable que acudan pronto á las filas socialistas los hombres de inteligencia que aman la verdad y la justicia, y los proletarios de levita á quien el presente régimen social niega, en el mismo ó mayor grado que al albañil ó al minero, medios para vivir, el día que eso ocurra el partido socialista español progresará rápidamente y pondrá á la clase dominante en el caso de mejorar la condición de los asalariados y de facilitar con esa mejora la obra de paz y de ventura que á ellos toca realizar.

P. Iglesias.

ALGUNAS OBSERVACIONES

SOBRE EL "QUIJOTE" DE AVELLANEDA

Al Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Ilustre amigo y admirado maestro: Cuando, con la avidez que todo escrito de usted despierta en mi débil inteligencia, leí su admirable carta, titulada «Una nueva conjetura sobre el *Quijote* de Avellaneda», asaltóme de improviso, tan enérgicamente como suelen los estímulos intelectuales, vivísimo deseo de exponer á usted con sincera modestia, pero con grande curiosidad de conocer su inapelable fallo, todas mis suposiciones, conjeturas, dudas é intentos sobre asunto tan de mi particular interés, y tan relacionado con otros que son objeto de mi constante estudio desde hace más de siete años.

Pensando en ello, y recordando que también ese trabajo mío (1) ha de someterse pronto á la suprema autoridad de usted, parecióme que, ya que en ese Estudio ha de ser usted mi juez y maestro, no sería tan grave imprudencia solicitar igual

(1) *Estudio biográfico y crítico de Fr. Gabriel Téllez.*

honra para unas meras observaciones, y cuando lo fuese y recayera sobre mí la culpa de molestar á usted y de obligarle, acaso, á corregir mis errores, aún me atrevería á holgarme de mi culpa si con ella daba ocasión á nuevo escrito de usted, que sería nueva página de oro para nuestra historia literaria.

Además, desde que tengo la honra y la satisfacción suprema de oir las sublimes lecciones de usted, sobre nuestros grandes polígrafos, paréceme como que ese parentesco y comunión espiritual que se establece entre el maestro y el discípulo, ese prestigio de la inteligencia que enseña sobre la inteligencia que aprende, tan semejante á la atracción de fuente cristalina para los labios del sediento, servirá, si no de descargo, á lo menos de disculpa á esta natural tendencia de interrogar á quien todo lo sabe, tan propia en quien lo ignora todo.

Y, finalmente, debo hacer constar que, si me atrevo á escribir sobre asunto por usted iniciado, es en la seguridad de que la opinión que en él apunta es sólo una conjetura, y no un criterio definivo, y en la seguridad también del desinterés con que usted desea el esclarecimiento de este punto, de verdadera importancia para la historia literaria—por su íntima relación con la primera novela del mundo—y en el cual ha marcado usted varias atinadísimas direcciones que han de servirme de guía, y que, según mi humilde criterio, son caminos de felices descubrimientos. Así, si algún éxito se lograse en esta investigación, á usted cabría la doble gloria de la iniciativa y del acierto.

Expuesto por usted tan magistralmente el asunto que motiva estas modestas observaciones, que no es otro sino esclarecer el origen del *Quijote* de Avellaneda y resolver el enigma del nombre de su autor, y apuntadas asimismo en su carta las principales soluciones intentadas por la crítica, no he de insistir sobre esto sino lo necesario para trazar el plan de mi breve estudio.

«Nada de lo que se refiere al *Quijote* puede ser indiferente

á ningún español—escribe usted en su carta con incontestable verdad—y pocas cosas se refieren á él tan de cerca como la tentativa audaz del que intentó suplantar á Cervantes y arrebatarle su gloria.»

Y en este breve párrafo de usted se contiene, juntamente con la causa del interés que inspira á la crítica el descubrimiento del verdadero autor del pseudo *Quijote*, la más cumplida disculpa al persistente empeño con que todos los cervantistas, buenos ó malos, han intentado probar sus fuerzas en el esclarecimiento de este enigma.

Con firme y seguro paso penetra la serena crítica de usted por la intrincada selva de inducciones y suposiciones, en su mayor parte gratuitas, que obstruyen desde antiguo el camino de estas investigaciones, rechazando, como quien es, lo que hay en ellas de falso é infundado, para ir progresivamente recogiendo y estrechando el círculo de las probabilidades, hasta reducirlo, como conviene, á las más breves y racionales proporciones.

Expone usted, primeramente, el empeño de Pellicer y sus secuaces en atribuir el pseudo *Quijote* á un fraile dominico, empeño que fué causa de que sucesivamente se adjudicase la paternidad de la obra á cuatro dominicanos distintos (Fr. Luis de Aliaga, Fr. Andrés Pérez, Fr. Alonso Fernández y el doctor Juan Blanco de Paz), de los cuales, el que mayores y más respetables votos alcanzó fué el inquisidor general y confesor de Felipe III, Fr. Luis de Aliaga, grande favorecedor, por cierto, de mi egregio amigo Fr. Gabriel Téllez.

Reduciendo usted, como dice, á *forma descarnada* los argumentos en que se apoya esta suposición, halla que no son sino los tres siguientes:

1.° El hecho de ser el P. Aliaga aragonés, según era ó parecía el fingido Avellaneda.

2.° La circunstancia de ser dominicano, como han querido los críticos que fuera el émulo de Cervantes.

3.° La suposición fundada en las tan zarandeadas décimas

de Villamediana, de que á Fr. Luis se le aplicaba el apodo de *Sancho Panza* en 1621.

La primera hipótesis, la de que Avellaneda fuese aragonés, es tan aventurada, como usted observa y demuestra con el examen de su estilo, si bien en éste se advierten desigualdades é incorrecciones muy dignas de nota.

La segunda, que se basa en el hecho de ser dominico Aliaga, no es del todo infundada, si se atiende á las respectivas referencias y encomios á la Orden de predicadores y exhortaciones á la devoción del Rosario que contiene el libro, aunque todo ello no baste á demostrar que su autor perteneciese á dicha Orden.

Y la tercera, la alusión de Villamediana, pudiera ser más significativa, si se admitiese que el apodo de *Sancho Panza* se aplicó también á Aliaga, aunque por extensión y sólo en un sentido; ya que á mi parecer existió una personalidad que tenía muchos más puntos de referencia—si bien en la proporción en que las cualidades se asemejan á sus defectos correspondientes—con la inmortal caricatura cervantesca.

De modo, que en cada una de las suposiciones antes citadas hay una vislumbre de verdad, la cual se desvanece y apaga tan pronto como se atribuye el falso *Quijote* á Fr. Luis—tan diverso físicamente, y en otros varios conceptos del Sancho cervantino—pero cobra nuevo vigor y claridad si suponemos que el P. Aliaga no fué del todo ajeno al libro ni á su autor.

Pero no insistiré ahora sobre este punto, rechazando, como usted, la suposición de que Fr. Alonso Fernández fuese el autor del falso *Quijote*.

Con mucho mayor fundamento pudiera atribuírsele á

> «..... el autor de *La Pícara Justina*,
> capellán lego del contrario bando»,

como le declara Cervantes en su *Viaje al Parnaso,* puesto que la lucha de escuelas ó de partidos poéticos era evidente entre

el autor del *Quijote* legítimo y los defensores de Lope, y puesto que el mismo Cervantes le declara sin rebozo afiliado al partido de sus émulos.

Pero siendo tan diversos el estilo de *La Pícara Justina* y el de la novela tordesillesca, no hay para qué mezclar—á lo menos por ahora—el nombre de Fr. Andrés Pérez con la presente indagación.

Atribuir el *Quijote* de Tordesillas á una venganza de Blanco de Paz, es alejarse totalmente del verdadero punto de partida de esta cuestión y sacarla de sus naturales términos de lucha y antagonismo literarios, para perderse en tenebrosas invenciones trágicas ó en ingeniosas cavilaciones, no sustentadas sino en pueriles y arbitrarios anagramas, como por exceso de sutileza aconteció á mi llorado amigo y bondadoso prologuista D. Nicolás Díaz de Benjumea.

Confundir la turbia y mal oliente, aunque chistosa y facilísima, prosa de Avellaneda con la dicción pulquérrima, el sentido filosófico y la factura clásica del Rector de Villahermosa, equivale á desconocer totalmente el valor del estilo literario y hasta los más determinantes caracteres de la personalidad humana.

Descartados, pues, los cuatro dominicanos y Bartolomé Leonardo de Argensola, y descartado sin más examen el terenciano grave y casi perfecto D. Juan Ruiz de Alarcón, queda uno sólo de cuantos la crítica ha señalado hasta ahora como probables autores del pseudo *Quijote:* Lope de Vega; pero á éste menos que á ninguno puede atribuirse la obra.

No porque Lope, que jamás anduvo corto en desquites y en represalias, no fuese capaz de tamaña y aun de mayor venganza contra sus émulos, que, comparado con su orgullo ofendido, aún me parece pequeño desahogo el del *Quijote* de Tordesillas, sino por las tres poderosas razones que usted alega:

1.ª Que el estilo de Avellaneda no puede confundirse con el de Lope, en ninguna de sus diversas maneras.

2.ª Que si Lope hubiera escrito aquella novela, se hallaría

algún indicio de ello en su íntima correspondencia con el duque de Sessa (desde 1605 á 1633).

3.ª Que á ser de Lope, ó protegido por él, el libro se hubiera vendido como pan bendito, y no fué reimpreso ni una vez en aquel siglo.

Y además de todas estas razones, porque leído el libro con atención, no queda probabilidad, ni aun remota, de poder ahijárselo á Lope ni á ninguno que tratase de defenderle con verdadero calor y empeño.

Y aquí comienzan las observaciones que yo tenía apuntadas sobre el *Quijote* de Avellaneda, y que se relacionan con un estudio más completo que, con el título *El sentido del Quijote*, preparo para La España Moderna.

Pero antes de exponerlas, tan humildemente como cumple á mi ignorancia, y más ahora por ser usted á quien me dirijo, tócame consignar que el camino de las justas de Zaragoza, emprendido por Pellicer y muy sabiamente seguido por usted, en busca del émulo de Cervantes, es ciertamente el más directo y seguro para encontrarle.

Otro de los asuntos más relacionados con la génesis del falso *Quijote*, es el muy delicado y aún no bastantemente esclarecido de las relaciones entre Lope y Cervantes.

Relaciones harto difíciles, ó mejor dicho, enemistad declarada, cuyo proceso no he de seguir después de haberlo usted historiado en su carta.

Séame permitido, sin embargo, enumerar cronológicamente los documentos por usted alegados, para trazar sumariamente la marcha de aquellas relaciones, de donde partió la total división del Parnaso en dos opuestos campos, capitaneado el uno por Lope, como creador (aunque no siempre apologista) de nuestro teatro, y el otro por Miguel de Cervantes, padre de la novela é impugnador de la dramática nacional.

Tan íntimamente relacionadas están estas luchas de escuelas y partidos literarios con la cuestión que estudiamos, como

que así el *Quijote* de Avellaneda como *El viaje al Parnaso* eran los vivos fogonazos y las agudas armas arrojadizas que del uno al otro campo se lanzaban los valientes adversarios en aquella brava explosión de sátiras parnasianas que anublaron el aire en 1614.

He aquí la historia que usted traza de aquella enemistad:

1604. Cervantes, en la primera parte del *Quijote*, califica de *conocidos disparates* las comedias de Lope; y en los versos preliminares de su gran novela se burla muy á su sabor de los motes, empresas y blasones que Lope estampó en su *Peregrino*, llegando hasta herir las costumbres y la honra del gran dramático.

1604. Lope, que conoció inédita la parte primera del *Quijote*, se vengó de ella antes de que saliera á luz, escribiendo en su famosa carta del 14 de Agosto que no había ningún poeta *tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabase á Don Quijote*, y añadiendo en la misma epístola que sus comedias eran *odiosas á Cervantes*.

1615. Cervantes, en el prólogo á la segunda parte del *Quijote*, aludió á Lope, encomiando con acerba ironía su *ocupación continua* y virtuosa, justamente en los días en que eran escándalo de la corte sus sacrílegos amores con doña Marta.

1612. Leyó Lope en la Academia de Saldaña, valiéndose de unos anteojos que le prestó Cervantes, de los cuales decía el primero que *parecían huevos estrellados mal hechos;* y aunque F. Guerra presenta este rasgo como prueba de buenas relaciones entre ambos ingenios, no es prueba concluyente ni va exenta de censura la referencia de Lope.

Encomió éste á Cervantes en su comedia *El premio del bien hablar*.

1621. Le elogió, por cierto con tibieza, que ahora nos suena á censura, en *La Filomena*, diciendo que *«no le faltó gracia y estilo en sus novelas»*.

Estas y los cumplimientos oficiales de *El laurel de Apolo*, son las referencias de Lope á Cervantes, que usted cita.

Y ciertamente que el elogio contenido en *La Filomena*, más parece agravio; porque decir del padre de nuestra novela *que no le faltó gracia y estilo* en las suyas, antes suena á detracción que á encomio, y más si se tiene en cuenta lo que añade respecto á las novelas: «Confieso que son libros de grande entretenimiento y que *podían ser ejemplares*—así llamó Cervantes á las suyas,—pero habían de escribirlas hombres científicos ó, por lo menos, grandes cortesanos, gente que hallase en los desengaños notables sentencias y aforismos».

Y como Lope no tenía á Cervantes ni por hombre científico ni por grande cortesano; y como Cervantes se había burlado no poco de los aforismos y sentencias que tanto encomia Lope, así como de las citas que éste hacía de los filósofos, la censura es evidente.

Pero aún hay otra prueba de que la enemistad de Lope no perdonó á Cervantes, ni aún después de muerto, y es el siguiente pasaje de su comedia *Amar sin saber á quién*, en que Leonarda riñe á su criada por su afición al *Romancero*.

LEONARDA. Después que das en leer,
Inés, en el Romancero,
Lo que á aquel pobre escudero
Te podría suceder.
INÉS. *Don Quijote de la Mancha*
(Perdone Dios á Cervantes)
Es de los extravagantes
Que la corónica ensancha.
Yo leo en los *Romanceros*
Y se me pega esta seta,
Tanto que de ser discreta
Tengo muy buenos aceros.

Cervantes, Avellaneda y otros se habían burlado de Lope, ridiculizándole injustamente, porque tomaba para sus comedias los asuntos, los títulos, y aun el habla de los viejos romances, y aquí Lope se desquita zahiriendo á Cervantes y elogiando los *Romanceros*.

Transcribo ese pasaje, en prueba de que la enemistad entre Cervantes y Lope duró hasta más allá de la muerte del primero, y tuvo singularmente carácter de lucha de escuela, y á veces carácter de lucha literaria entre dos grandes personalidades que se hacían sombra, porque Cervantes no perdonó jamás á Lope el haberse *alzado con la monarquía cómica*, eclipsando totalmente su estrella dramática, hasta el punto que él mismo declaró en el prólogo á sus ocho comedias y entremeses, *nunca representados*, ni Lope llegó á perdonar á Cervantes la injusticia con que juzgaba su gloriosa dramática.

Algunos pasajes de *El viaje al Parnaso* y las muchas é intencionadas alusiones en que abundan las *Novelas ejemplares*, los *Entremeses*, la segunda parte del *Quijote* y el *Pérsiles*, evidenciarán hasta qué punto fué Lope el blanco de las sátiras cervantinas.

Reservando para el citado estudio el examen de esas sátiras, diré que desde el primer capítulo ó canto del *Viaje al Parnaso*, se manifiesta tan á las claras la hostilidad de Cervantes contra Lope y su teatro, que no ha menester encarecimiento. Despídese el poeta de la corte antes de emprender el imaginario viaje, y dice:

«Adiós teatros públicos honrados
Por la *ignorancia* que ensalzada veo
En *cien mil disparates recitados*.....»

Lo cual era ratificar en 1614 lo dicho en 1605: que las comedias en boga, las ensalzadas, las aplaudidas, las de Lope, eran *conocidos disparates*.

Y hasta la forma en que cita al gran poeta, tiene mucho más de satírica que de encomiástica, pues, como si se tratara de chaparrón ó granizo, comienza:

«*Llovió* otra nube al gran Lope de Vega,
Poeta insigne á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja ni aun le llega.

Estos versos son el encomio oficial con su punta de ironía, pero los que siguen evidencian el sentir de Cervantes:

«Era cosa de ver maravillosa
De los poetas la apretada enjambre
En recitar sus versos muy melosa,
Este muerto de sed, aquél de hambre.
Yo dije, viendo tantos, con voz alta:
«¡Cuerpo de mí con tanta poetambre!»

Y esto fué todo lo que se le ocurrió después de nombrar á Lope. ¡Y es, por desgracia, harto elocuente!

No lo es menos la circunstancia de disparar tres tercetos contra las comedias endiabladas, justamente á continuación de otro encomiástico de Almendáriz, declarado enemigo de Lope, que escribe en su citada carta: «Cosa para mi *tan odiosa como mis librillos á Almendáriz* y mis comedias á Cervantes».

El cual dice de las comedias, después de elogiar á Almendáriz:

«Mas no ganaron mucho en esta feria,
Porque es discreto el vulgo de la corte.....»

Y no parece sino que llama *discreto* al vulgo por el sólo placer de contradecir á Lope, que le había llamado *necio*.

Mucho más pudiera citar, pero baste lo dicho para evidenciar la enemistad entre Lope y Cervantes; enemistad que, más que de oposición de escuela, nacía de antagonismo personal, puesto que Cervantes, que acusaba á Lope de no guardar los preceptos clásicos en sus comedias, los guardó mucho menos en las suyas: y cosas todas ellas de las cuales usted está mucho mejor enterado que yo, pero que en el presente caso enumero con el propósito de que sirvan de base á mi estudio.

Porque, en efecto, el antagonismo de Lope y Cervantes fué la causa primera y fundamental de aquellas divisiones literarias que tuvieron por naturales efectos, en 1614, *El viaje*

al Parnaso y el *Quijote* de Avellaneda, á cuyo examen é historia trataré de ceñirme en adelante.

Tomando, pues, por punto de partida los tres á que usted concede mayor importancia en su carta:

1.° La enemistad entre Lope y Cervantes;

2.° Las justas zaragozanas;

3.° Los versos que anteceden á la primera parte del *Quijote*.

Diré que el primero es como la fuente y raíz de donde parten y se originan los otros, y que á todos éstos, y además á los versos ingeridos en el postrer capítulo de la primera parte del *Quijote*, concedo singular importancia en mi estudio.

Trataré de esbozar ahora mis anunciadas observaciones.

Para evitar nueva redacción transcribiré los apuntes que me sugirió la lectura del libro de Avellaneda, adaptándolos á la forma de esta carta y tratando de relacionarlos con la de usted.

1.ª Adviértese desde luego que el *Quijote* de Tordesillas está escrito por un discípulo y allegado de Lope, á quien dolieron las injustas censuras de Cervantes al teatro del Fénix.

2.ª Pero se nota clara y distintamente al propio tiempo, que el libro no es defensa ni apología de Lope, que no hay en todas sus páginas un rasgo de sentida indignación contra su apasionado censor, ni un arranque de entusiasmo tal como debía sentirle quien admirase de veras á Lope, poeta sin ejemplo ni rival, quien se jactase de imitarle, y quien saliera á defenderle contra *mil detracciones*.

3.ª Más aún: por toda la obra circula, aunque mansa y como furtiva, una marcadísima corriente satírica contra Lope, corriente que á veces se hace harto visible y se manifiesta en alusiones tan claras y evidentes que no dejan lugar á duda de que quien escribió el libro tenía por objeto, tanto el contradecir á Cervantes, como el zaherir á Lope (y este propósito ya lo declara Avellaneda en su prólogo, aunque del modo velado que diré).

4.ª Nótase desde luego, que el autor no es aragonés y fá-

cilmente se descubre que es castellano y de la mejor cepa de hablistas, aunque él trate de humillar el estilo, y hasta me atrevería á asegurar que era escritor madrileño, si bien por haber hilvanado el libro aprisa y acaso con ayuda de vecino, se advierten en él algunos descuidos, provincialismos y vulgarísmos muy dignos de observación.

5.ª Adviértese que su autor (porque el verdadero autor, aunque alguien le prestase leve colaboración, es uno solo) está muy enterado en todas las rencillas, escarceos, sátiras y chismes literarios del Parnaso y Academias de Madrid, tanto que trasciende todavía el libro á aquellos *lindos agrios* que dijo Lope, y fueron causa de la clausura de la Academia Selvaje, á la cual alude, notándose sobre todo las referencias y pullas á Góngora, que fué, por cierto, causa de la enemistad entre Lope y el falso Avellaneda.

De todo lo cual se infiere claramente, que el incógnito novelista era un discípulo de Lope, á quien justamente le dolió ver denigrado el arte que él seguía y profesaba; pero que al defender la escuela no defendió juntamente al maestro, por hallarse á la sazón enojado con él.

Ahora bien: como yo encuentre un discípulo de Lope, que fuese declarado antagonista de Cervantes, y el más valiente defensor de la dramática nacional, y que al propio tiempo se hallase enemistado con su maestro, nadie me negará que estaré muy cerca de encontrar la verdad.

Y si descubro en las obras de este mi probable Avellaneda las mismas tendencias que revela su *Quijote,* es decir:

1.ª Decidido antagonismo con Cervantes, por ser éste declarado impugnador del teatro, de que mi presunto Avellaneda era defensor valentísimo;

2.ª Visible enojo contra Lope, á quien abiertamente zahiere y satiriza;

3.ª Marcada hostilidad contra Góngora, á quien embozada pero repetidamente alude en su discutida novela; si tales tendencias descubro en las obras del que tengo por autor del

falso *Quijote*, hallaré doble motivo para ratificarme en mis presunciones.

Y si hallo, además, la causa del enojo entre Lope y el discípulo suyo á quien me refiero, y encuentro por añadidura que el *Quijote* de Tordesillas refleja y transparenta dicho enojo y su causa, creo que entonces tendré derecho á que mi hipótesis comience á adquirir cuerpo de verdad.

Pero si, á mayor abundamiento, logro evidenciar que el Sancho del *Quijote* legítimo, Avellaneda y mi candidato, son una misma persona, opuesta á Cervantes y enemistada con él quizá no solamente por asuntos literarios; si evidencio juntamente que esta persona tenía con Sancho mucha mayor semejanza física que Aliaga, y que entre ella y Sancho existe, así en lo físico como en lo moral, la misma relación que entre el original y su caricatura; y si para mayor certidumbre hallo que mi presunto original de Sancho se da por aludido de que se le represente en él, y contesta y graceja y se ríe de su caricatura, complaciéndose en exagerarla; si pruebo que todo esto estaba muy dentro de su temperamento y de su carácter; y si por ventura acierto á señalar entre el estilo de Avellaneda y el de mi candidato tales afinidades, concordancias y coincidencias que no dejen lugar á duda sobre la identidad de las personas que trato de identificar; si pruebo que mi candidato es el aludido en las *Sentencias* de las justas zaragozanas, y en cuanto á estas justas se refiere en ambos *Quijotes*, demostrando además que estuvo por aquella época en Aragón, y que de ello hay memoria (harto significativa, por cierto, en sus obras); y si, finalmente, descifro los *sinónimos voluntarios* de Cervantes, de que se queja Avellaneda, y pongo de manifiesto los motivos de enojo que existían entre ambos; si pruebo que el que tengo por Avellaneda se da por aludido de las pullas que le arroja el *Manco sano*, y las recoge y se las devuelve en sus obras, creo que habré demostrado quién fué el autor del falso *Quijote*, y por qué se hallaba enemistado con Cervantes y enojado con Lope.

Tócame, ante todo, probar la primera de mis afirmaciones: que Avellaneda era discípulo de Lope. Y para proceder con orden, empezaré por exponer los documentos en que se funda.

1.° La dedicatoria con que Avellaneda dirige al Alcalde y Regidores, etc., de Argamasilla, su libro, y el celo con que lo escribió *contra mil detracciones.*

2.° El prólogo, donde su autor declara:

I. Que la causa que le mueve á escribir aquel libro es singularmente su enojo contra Cervantes, el cual dice haberle *ofendido* á él y *particularmente* á Lope. De donde podemos deducir que Avellaneda era autor dramático de los de la escuela de Lope.

II. Que las novelas de Cervantes eran *más satíricas que ejemplares.* De donde puede inferirse, ó á lo menos suponerse sin violencia, que estas novelas molestaron también á Avellaneda, y acaso que estas fueron las que le molestaron más porque la novela tordesillesca salió casi pisando los talones á las *Ejemplares* de Cervantes y muy lejos de la primera parte del *Quijote.*

III. .Con las *Novelas*, y con la primera parte del *Quijote* se encara singularmente Avellaneda, diciendo en su prólogo de la última, que por haberse escrito entre los hierros de una cárcel, no pudo menos de salir «quejosa, *murmuradora*, impaciente y *colérica,* cual lo están los encarcelados». Luego de la primera parte del *Quijote* y de las *Novelas Ejemplares*, se queja singularmente Avellaneda, y puesto que trata de *murmuradora* á dicha primera parte, no será violento inferir que en ella se vió él murmurado ó denigrado.

IV. Acusa Avellaneda á Cervantes de ofender á los demás y de hacer *sinónimos voluntarios*, y esto de los *sinónimos*, unido al calificativo de *murmuradora* que da á la parte primera del *Quijote*, nos evidencia que Avellaneda no se quejaba sólo del apodo de *Sancho Panza*, como hasta ahora se ha supuesto, sino que se daba por ofendido de algo más grave, y este algo era, sin duda, cómo de sus mismas palabras se deduce, una *murmuración ofensiva*, disimulada en forma de *sinónimos vo-*

luntarios, es decir, de palabras de doble sentido, empleadas según el modo cervantino, modo del cual nos da su autor breve pero significativa receta en el *Persiles*.

V. Y por último, Avellaneda llama á Cervantes viejo, descontentadizo y envidioso, y le echa en cara su prisión en Sevilla y su manquedad.

Con tales insultos —que no trato de disculpar, pero que acaso no fueron inmotivados — evidencia Avellaneda cuánto era su enojo contra Cervantes, y como enojo tal, como para manifestarse tan duramente no es lógico suponer que naciera de causa tan baladí como la que se le atribuye (el haberle dado el mote de *Sancho)*, de la crudeza y violencia de estas represalias, se deduce en buena justicia: ó que Avellaneda era un hombre atrabiliario y feroz, hasta el punto de pagar con las más crueles injurias una burla inocente, ó que, por el contrario, Cervantes había ofendido tan gravemente á Avellaneda, que llegó á sacarle de tino y prudencia.

Sobre este último punto creo oportuno consignar que nuestra crítica, hasta hace poco, más declamatoria que estudiosa y observadora, falló de plano en esta causa, sin pararse á examinarla ni aun de lejos; y se contentó con vaciar sobre Avellaneda todo el vocabulario de las injurias, llamándole *ruin plagiario*, *envidioso émulo, reptil miserable*, con otras lindezas tales y tan suaves, caritativas y misericordiosas.

No se me recuerden los insultos de Avellaneda á Cervantes, que ni los olvido ni los disculpo; pero insisto en creer que la misma dureza de esas represalias supone de parte de Cervantes, provocación más violenta que sus juicios sobre la dramática de Lope y el haber apodado *Sancho* al falso Avellaneda, y el enojo de éste y sus propias palabras parecen indicarlo claramente. Así; para averiguar si sus quejas eran ó no fundadas, averiguar se debía, ante todo, si Cervantes acostumbraba hacer los *sinónimos voluntarios* de que se duele el de Tordesillas, y si solía zaherir á sus émulos con veladas alusiones y con disimulados sarcasmos.

Repito que no trato de exculpar á Avellaneda; pero tampoco creo que ni la justicia ni la historia literaria ganen nada en que se le condene sin oirle, y en que se obscurezca este punto en vez de tratar de esclarecerlo.

3.° El tercer documento que debo examinar en este litigio en demanda de datos sobre la condición y carácter de Avellaneda, es la novela misma, de cuyo estilo hago las siguientes deducciones:

I. Que no era su autor ese rabioso y destemplado émulo, díscolo, feroz é ignorante que nos han presentado hasta ahora los críticos, puesto que la nota dominante en todo el libro es la alegría. Una alegría naturalista, suelta, franca, chispeante, á veces sucia y mal oliente, y por lo mismo, tan contagiosa y tan promovedora de la risa, como todos los chistes *batanescos*, ya que, como usted dice con tanta gracia, este libro *todo es batanes*.

Pero fuerza es confesar que este género chistoso y regocijado, aunque harto *escatológico*—según usted observa—no supone ciertamente un carácter duro, hosco, atrabiliario y malévolo, sino antes un temperamento expansivo, alegre, naturalista y juguetón, que nos hace involuntariamente pensar en nuestros dos escritores más satíricos y chistosos, y por cierto más *escatológicos* á las veces: D. Francisco de Quevedo y Tirso de Molina.

II. Del estilo del libro se advierte asimismo que su autor, aunque dice para mejor encubrirse, no que es natural de Aragón, sino que desciende de aquel reino, no es ciertamente aragonés, puesto que los que cita Pellicer como aragonesismos de Avellaneda, ni son constantes ni invariables en su prosa, sino que aparecen en ella á trechos, como ingeridos voluntariamente, ó más bien como rasgos de otra pluma, ni puede afirmarse que sean declarados aragonesismos, sino que, como usted afirma, *son más bien solecismos y descuidos de dicción que verdaderos provincialismos*.

Pero aun admitiendo que sean las dos cosas, es decir, pro-

vincialismos y descuidos de dicción, ambos serán naturales efectos, así de la prisa con que se borrajeó el libro, como del hecho, á mi parecer muy probable, de haber tenido Avellaneda en aquella empresa, como Sansón Carrasco en su desafío con Don Quijote, un Tomé Cecial, es decir, un escudero, un auxiliar, un colaborador, aragonés por cierto.

Y así del hecho de esta colaboración, como de los descuidos gramaticales que por causa de ella ó de la prisa con que se redactó se advierten en la novela de Tordesillas, extraigo yo nuevos testimonios en prueba de mi hipótesis sobre el falso Avellaneda, puesto que hallo que á lo de la colaboración—que pudo tener más de una causa — alude él emblemática, pero muy claramente, en cierta obra suya, y veo que de los defectos gramaticales repréndele Cervantes repetidas veces en el *Quijote*, y que á mayor abundamiento, mi presunto Avellaneda contesta donosa y determinadamente á tales reprensiones.

Pero salvos esos descuidos, que pueden ser tanto efecto de la precipitación, como rasgos de ajena pluma, y—admitido que Avellaneda fuese autor dramático—muestras de la natural inseguridad que en el manejo de la prosa habría de hallar quien tuviese por diaria costumbre escribir en verso y tan deprisa como entonces reclamaba el teatro—si ya es que aquella inseguridad no tuviese otras causas de que pienso hacerme cargo adelante—salvos esos descuidos, quien detenidamente estudie el libro, fácilmente advertirá que su autor, el que lleva en él la voz cantante, era castellano y de la mejor casta de hablistas, puesto que, según usted nota, su estilo está casi exento de los resabios culteranos y conceptistas de su tiempo, y su *decir es terso, fácil, llano y transparente siempre.*

Es más: examinando despacio su estilo y aun ciertos modismos y pormenores característicos, me atrevería á asegurar que el falso Avellaneda era madrileño, ó por lo menos desde largos años vecino de la corte; y en lo que, á mi parecer, no cabe duda, es en que pertenecía al Pindo madrileño, frecuentaba las Academias y mentideros y sabía hasta los más menudos

pormenores de las rencillas, chismes, sátiras y epigramas que corrían entre ingenios y maldicientes.

III. Que era autor dramático parece delatarlo su propio estilo, aquella *innegable fuerza cómica* que usted le reconoce, y aquella misma tendencia suya á exagerar, abultar y subrayar tipos y situaciones, tendencia sintética y plastificadora tan propia del dramático, como del novelista lo son el hondo análisis, la descripción copiosa, la riqueza de observación y las suavidades, morbideces y veladuras, con todos los demás refinamientos propios de la prosa narrativa.

Indícalo, además, la circunstancia harto significativa de decir en su *prólogo* que *casi es comedia toda la historia de don Quijote*; y afirmar asimismo que las más de las novelas de Cervantes eran *comedias en prosa*, afirmación que, á mi parecer, ó no tiene sentido, ó significa el deseo de rebajar el mérito de las novelas cervantinas, diciendo que no eran sino comedias, faltas de las galas y bellezas de la poesía.

Censura que, hecha así por comparación, lleva implícito el elogio y concede la preferencia á la comedia en verso—como eran entonces todas—y, por lo tanto, evidencia y delata al autor dramático.

Evidencia que plenamente se confirma con la respuesta que dió Cervantes—en cierto pasaje del *Quijote*, que adelante mencionaré—á este injusto parecer de Avellaneda acerca de sus novelas.

IV. Pero, notándose todo lo dicho en el libro que examino, se advierte desde luego en él una contradicción flagrante entre el propósito de defender á Lope y el modo de realizar este propósito, puesto que no sólo no le defiende, sino que por todas sus páginas circula, aunque mansa y medio encubierta, una marcadísima tendencia satírica contra él.

Trataré de explicarme, y para conseguirlo, procederé por partes.

Así, prescindiendo ahora de que el libro sea ó no satírico para con Lope y su teatro, diré que desde luego advertirá

el menos lince que si su autor se propuso principal y *particularmente,* como indica en el prólogo, defender á Lope y su dramática de la injusta censura de Cervantes, no puso en lograr su empeño ni todo el ingenio y habilidad que de él prometen las páginas de su novela, ni el calor y entusiasmo que supone el hecho de salir á romper lanzas por su maestro.

Porque para no hacer de Lope mayor defensa que aquella tan débil y tibia que se esboza en el prólogo y alguna que otra vaga cita—acaso por la intención más satírica que encomiástica—no valía la pena de levantar banderas por él.

Y, sin embargo, el que las levantó militaba, á mi parecer, debajo de ellas, era de su legión y su discípulo, y se dolía en lo íntimo del alma de ver tachadas por Cervantes de *conocidos disparates* y *ejemplos de necedades,* las comedias que entonces se representaban, que no eran sino las de Lope y su escuela.

Y aquí se me dirá que si Avellaneda era discípulo de Lope, y se dolía de ver menospreciado su teatro, ¿cómo no lo defendió? ¿Y cómo—lo que es peor aún—aprovechó aquella coyuntura para satirizar á su maestro?

Y yo contestaré: primero, que esa contradicción aparente ó real no es obra mía, ni de mi invención, sino que en el libro está y de él brota y transpira por todos los poros de su estilo; y después, que esa misma contradicción viene á convertirse en nueva prueba en apoyo de mi hipótesis acerca del fingido Avellaneda.

Porque basta suponer que éste fuese un discípulo de Lope gravemente enemistado por entonces con su maestro, para dar cumplida solución á estas dudas, y aun á todo el problema planteado.

Porque admitido que Avellaneda fuese discípulo é imitador de Lope, claro es que había de dolerle el agravio inferido al arte que él seguía y profesaba; y hallándose enojado con su maestro, evidente es asimismo que no sólo no estaría dispuesto á incensarle y apologizarle—como en otras ocasiones hizo

—sino que si, como presumo, se hallaba herido en lo más vivo de su amor propio y aun de su dignidad, natural y humano era que aprovechase aquella ocasión de desahogar su justo enojo, aunque fuese adoptando la forma cómica y burlesca que adoptó.

Pero antes de declarar quién fuese este discípulo y cuál era su situación para con su maestro y para con Cervantes, y cuántos puntos de contacto, de semejanza, de identidad le encuentro con el fingido Avellaneda, me detendré á dejar asegurada la racionalidad de esta hipótesis.

Y el mejor modo de acreditarla, me parece que será el demostrar que no existe otra ninguna que mejor explique la contradicción innegable que ofrece el autor del falso *Quijote*, arrojándose á escribirlo *contra mil detracciones* y en defensa de Lope y su teatro, y no intentando siquiera tal defensa, sino antes gozándose en lanzar no pocos saetazos al Fénix, á propósito de doña Marta, de las aguas y *nieves* á que se exponían los enamorados (con alusión al apellido de aquella señora. *Nevares*) de Jerónima de Burgos, huéspeda de Lope en Segovia en 1613 (la reina *Segovia* que decía Sancho); de San Martín, el amigo de Jerónima; de los vayas que daban de noche á algunos muy discretos y agudos, y de otras cosas que tan bien concuerdan con los sucesos de Lope y con sus cartas al duque de Sessa.

Toda contradicción desaparece tan pronto como se admite la hipótesis de ser un discípulo de Lope, enojado á la sazón con su maestro, el autor de la discutida novela.

Y si á mayor abundamiento declarásemos que este discípulo del Fénix fué el más esforzado paladín de su dramática, el que con mayor conciencia y calor la mantuvo; si admitimos que fué no menos que Tirso de Molina, aquél que, en defensa del drama nacional *trituró la doctrina de las unidades*, realizando *la más valiente y nerviosa apología de la antigua escena*, como usted tan hermosamente ha dicho, entonces la verosimilitud de mi hipótesis subirá de punto, porque en verdad que

no tuvo la *comedia nueva* caudillo más valiente y decidido que el que en aquellos mismos días de 1614, en que salió á luz el *Quijote* de Tordesillas, tan bravamente la defendía de los ataques de Cervantes y los de su bando.

Y puesto que Tirso era—como sus obras acreditan—el más valiente y el más batallador corifeo del partido de Lope, claro está que necesariamente había de ser el más declarado y formidable enemigo de Cervantes; y siéndolo, ¿qué mucho que le hubiese *disparado aquella novela*, como dijo el *Manco sano*, refiriéndose al autor de *La Pícara Justina?*

Y al llegar á este punto, paréceme oir el clamoreo con que cervantistas y tirsianos acogerán semejante suposición, que á unos y otros parecerá grave desacato y despropósito insostenible.

Halágame, sin embargo, la esperanza de poder sustentarla con razones de índole moral y confirmarla con numerosas pruebas literarias.

Las dos más importantes objeciones que los críticos opondrán á mi hipótesis serán de la misma especie, puesto que consistirán en hallar ofensivo para Téllez el papel de Avellaneda y el género de venganza por él empleado, y tener asimismo por indigno de su pluma el estilo, á veces tan por extremo naturalista y mal oliente, de su *Quijote*.

De ellas, así como del cargo más grave que usted dirige á la novela de Tordesillas, espero yo defender á Tirso. Pero antes me cumple acreditar que el libro es suyo; y al paso que intento probarlo y hago, aunque ligeramente, su historia y análisis, iré recogiendo por el camino copiosas pruebas, que espero que han de serlo muy elocuentes, en descargo y hasta en justificación de su autor.

Que aunque no trato de absolverle, ni le defiendo siquiera de los graves insultos que dirigió á Cervantes, puesto que hasta ahora se le haya condenado sin oirle, creo llegada la hora de que se le conozca antes de juzgarle.

Y se le ha condenado sin oirle, primero, porque no se sos-

pechaba que Avellaneda fuese Tirso, y segundo porque de aquella viva y alteradísima disputa que Cervantes y Tirso (ya con su nombre, ya con otro supuesto) mantuvieron, no ha llegado á nosotros á través de los siglos más que una de las voces: la voz robusta, vibrante y juvenil del sanguíneo y franco y espontáneo Téllez, que con el desatado torrente de sus enojos, de sus risas ó de sus donaires, de todo punto dominaba y encubría los acentos débiles, suaves y semi-italianos de la voz apagada y melodiosa del anciano Cervantes, tan dueño de sí mismo y tan maestro en sutil ironía y consumada disimulación.

Ya que él mismo dice, refiriéndose á su modo de tratar á los poetas de su tiempo:

—«Yo socarrón, yo poetón ya viejo,
Volviles á lo tierno las saludes,
Sin mostrar mal talante ó sobrecejo.
No dudes, ¡oh lector caro, no dudes,
Sino *que suele el disimulo, á veces,*
Servir de aumento á las demás virtudes!»

Y por si incurriese de nuevo en las iras de los fanáticos de Cervantes—entre los cuales tengo la honra de contarme,—les advertiré que la admiración y el entusiasmo no excluyen la verdad ni la justicia; y que así como toda la admiración del mundo no alcanzaría á borrar la correspondencia de Lope al duque de Sessa, tampoco bastaría á negar que Cervantes fuese consumado maestro, así en el hacer *sinónimos voluntarios* como en todas las artes del disimulo, que aunque éstas no hubieran sido moda y tendencia de su tiempo, y aunque á ellas no le hubiese inclinado naturalmente su propio temperamento, su vida entera, pasada bajo la disciplina militar ó en cautiverios, prisiones, servidumbres ó dependencia forzosa de gentes que intelectualmente le eran muy inferiores, hubiese bastado á graduarle de doctor en aquellas artes.

Y por haberlo sido, y por haber cubierto su aljaba satírica

de bellas y retóricas flores, no se han advertido hasta ahora los tiros que disparaba á sus contrarios—si bien desde hace tres siglos la creencia de que el *Quijote* contiene ocultas censuras es unánime,—y oyéndose en cambio las quejas, las amenazas ó los denuestos de sus adversarios, hase supuesto, con aparente razón, que en los unos todo fué injusticia y destemplanza, y en el otro todo inculpabilidad y mansedumbre. Téngase en cuenta que sólo hablo de los escarceos literarios, aunque éstos, á veces, tomasen subido color de sátira personal.

Tal ha sido, hasta ahora, la contienda entre Cervantes y Tirso.

Contienda interesantísima, que trataré de seguir paso á paso en la biografía del segundo, tocándola ahora ligeramente.

Necesario será buscar el reverso de aquellos sinónimos cervantinos, que eran palabras á dos haces, como monedas, y cuando se lo hallemos podremos juzgar de si Avellaneda tuvo ó no motivo para ofenderse de aquel habilísimo equivoquismo.

Cierro aquí esta que parece digresión y es juntamente descargo previo de mi defendido, y planteamiento de la cuestión satírica entre Tirso y Cervantes, estudio, á mi parecer, nuevo y de excepcional importancia para la historia literaria, y vuelvo á tomar el hilo de mis consideraciones.

Prometí en el programa ó plan que me he trazado, hallar un discípulo de Lope que fuese antagonista de Cervantes en la contienda sobre el teatro nacional, y que se hallase enemistado con su maestro en 1614. El discípulo ya lo encontré, y es tal, por todas sus condiciones, que ni soñado vendría mejor para el caso; fáltame ahora presentar pruebas evidentes de su antagonismo con Cervantes y de su accidental enojo con Lope.

Pero como son tantas y tan varias las pruebas que poseo, los datos que hallo, las consideraciones que me asaltan, las coincidencias que me atraen, las curiosidades que me solicitan,

perdonará usted si faltase orden donde sobra la materia, escasea el espacio y urge el tiempo.

Así, mis consideraciones irán ahora en telegrama, de puro breves y concisas; y las citas que haga, en los mismos huesos, de puro enjutas y descarnadas.

Que Tirso era antagonista de Cervantes en la cuestión del teatro, ya lo prueba el hecho de ser discípulo de Lope, y discípulo tal, que podía poner cátedra, como la puso después, llevándose la borla de la preceptiva dramática.

Pero Tirso se arrojó á más que á seguir á Lope, enfrente de Cervantes; se arrojó á defender desde sus primeros pasos el drama nacional y la escuela de Lope, jactándose de que de los dos bandos que disputaban sobre el teatro, él seguía el de los discretos, que era como notar de lo contrario á Cervantes, que acaudillaba el bando opuesto.

Tal afirmación es evidente en la escena XIV del acto II de *El vergonzoso en Palacio*, donde, por boca de *Doña Serafina*, hace Tirso aquella entusiasta apología de la comedia, que concluye afirmando que es:

«Manjar de diversos precios,
Que mata de hambre á los necios

(y esto cuando Cervantes se quejaba de que no se representaban sus obras.)

Y satisface á los sabios.
Mira lo que quieres ser
De aquestos *dos bandos.*

Y contesta Tirso, por boca de *Doña Juana:*

..... Digo
Que *el de los discretos sigo.*»

Conocido el antagonismo dramático entre Cervantes y la escuela de Lope, decir Tirso que de los dos bandos que dispu-

taban por el teatro (ó que se disputaban el teatro), él seguía el de los discretos, valía tanto como recoger el guante arrojado por el autor del *Quijote* y colocarse enfrente de él.

Muchas más pruebas y numerosas citas pudiera alegar para demostrar esta oposición literaria entre *El fraile de la Merced* y *El Manco de Lepanto;* pudiera también insinuar que acaso la enemistad entre ambos no era nueva ni únicamente literaria; pero con lo apuntado creo que basta á demostrar mi propósito, ya que dejo probada en principio—aunque espero confirmarlo con más copiosos é importantes testimonios— la primera parte de mi programa; es decir, que Tirso era el discípulo de Lope, antagonista de Cervantes en la disputa sobre el teatro.

Fáltame ahora demostrar que Tirso estaba enemistado con Lope en 1614, y probar además que no sólo era el aludido con el apodo de *Sancho Panza* en las *Sentencias* de las justas de Zaragoza, sino que era el modelo del Sancho de Cervantes en las dos partes de su *Quijote*, y que de serlo se dió él por aludido en varias comedias suyas. Evidenciaré, además, que en en una de sus farsas se queja Téllez de que Cervantes llevase á sus novelas los sucesos reales de su tiempo, declarando en otra que en las novelas de aquellos días se *infamaba la verdad*, y doliéndose, por lo tanto, con tales quejas de lo mismo de que se dolía Avellaneda.

Y una vez probado todo esto, la enemistad de Tirso y Lope, el hecho de ser el primero el original del Sancho de Cervantes y el de quejarse Téllez de las *Novelas Ejemplares*, trataré de evidenciar cómo influyeron y se manifestaron estos dobles enojos de Tirso en el libro de Avellaneda, emprendiendo entonces resueltamente y sin rodeos la identificación entre Sancho y Tirso y la de ambos con el novelador de Tordesillas.

Bien quisiera yo declarar aquí la causa del justo enojo que por entonces separaba á Tirso de su maestro; pero debiendo por muchos y poderosos motivos reservarla para mi biografía de Fr. Gabriel, me contentaré con evidenciar los efectos de

aquella causa; es decir, las muchas y significativas sátiras que Tirso disparó á Lope en todas sus comedias de entonces (*Marta la Piadosa*, *El amor médico*, *Amar por señas, Quien no cae no se levanta*, *Antona García*, *Amar por arte mayor*, etc.); pero de todas estas sátiras haré breve mención al compararlas con las que Avellaneda disparaba al mismo blanco desde su *Quijote*.

Básteme indicar aquí que el nombre de D. Luis de Góngora se hallaba muy enlazado con el origen de esta enemistad de Lope y Téllez, y que también de esto hallaremos marcadas señales en el libro de Tordesillas.

Y ciñéndome ahora á lo más sustancial de mi investigación, recordaré que, como dejo apuntado, las *Sentencias* de las justas de Zaragoza y los versos de la primera parte del *Quijote*, son dos elementos fundamentales, y han de ser los dos puntos de partida de esta disquisición, ya que, como usted ha sospechado con grande acierto, son los dos caminos más seguros para encontrar al encubierto Avellaneda.

Consignado por usted el hallazgo del Códice que describe y extracta Pellicer en su biografía de Cervantes, me limitaré á copiar los versos de las *Sentencias* que usted cita, por ser los que importan á nuestro objeto.

Relativos al primer certámen son estos:

A Sancho Panza, estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento
Caballero en Rocinante.

Pellicer sospechaba atinadamente que este poeta á quien se llama aquí *Sancho Panza*, omitiendo su verdadero nombre, era el fingido Alonso Fernández.

Entre las sentencias del segundo certamen, se hallan estos versos, tan malos como interesantes para nuestro estudio:

Al blanco de la ganancia
Dice con poca elocuencia
Que la ignorancia se encubre
Sancho Panza, y él descubre
La fuerza de su ignorancia;
Y pues afirma de veras
Sus inventadas quimeras,
En galeras tome puerto,
Que tras azotes es cierto
Se siguen siempre galeras.

Relacionando estos últimos versos con el suceso del azotado que se refiere en el cap. VIII del *Quijote*, de Avellaneda, insiste Pellicer en sospechar que el aludido en esta sátira es el autor del falso *Quijote*, á cuyo propósito observa usted: «y tal alusión en Zaragoza y en el mismo año de la publicación del libro, da mucho peso á la inducción de Pellicer y mueve á sospechar que el poeta aragonés designado con el nombre de *Sancho Panza*, sea efectivamente el temerario rival de Cervantes».

Ahora bien; hallándose usted tan inclinado á creer que el poeta aludido en las *Sentencias* sea el supuesto Avellaneda, y tan dudoso de que éste fuese aragonés, según demuestra el siguiente párrafo de su carta: «Como se ve, los indicios gramaticales no pueden ser más débiles, y si no hubiese otros para tener por aragonés á Avellaneda, *no sería yo ciertamente quien se atreviese á afirmar su patria*. La afirmo bajo la fe de Cervantes, que me parece imposible que la ignorase, á pesar de la forma un tanto dubitativa en que se expresa.»

Forma dubitativa muy elocuente, si se observa que siempre que Cervantes se refiere á la patria de Avellaneda lo hace gracejando, puesto que ora le llama *aragonés*, ora dice que lo parece *en el lenguaje;* ya indica que es *vecino;* ya que es *natural de Tordesillas*, ó ya en fin, que *es aragonés y se dice natural de Tordesillas;* todo lo cual, á mi parecer, no era sino pura burla y modo de dar *vaya* al autor del falso *Quijote*, cuando

no fuese medio de significar que era y no era de Aragón, es decir, que un aragonés tenía parte en el libro (1).

Pero volviendo á mi razonamiento, diré que hallándose usted muy inclinado á creer que el aludido en las *Sentencias* zaragozanas es Avellaneda, y muy dudoso de que éste fuese aragonés, tan pronto como á la inducción de Pellicer vengan á sumarse otras que, á mi juicio, sobre no estar peor fundadas, concuerdan visiblemente con ella y todas entre sí, y convergen con singular conformidad hacia el mismo punto, yendo á fundirse é incorporarse todas con la misma personalidad en quien tantos términos de relación íbamos hallando con Avellaneda, no dudará usted de que ésta sea la que mayores condiciones tiene para serlo.

Y á fin de evidenciarlo apuntaré, aunque ligeramente, todas las afinidades que Tirso de Molina reunía en 1614 con el fingido Avellaneda, con el aludido en las justas, y con el Sancho cervantino; apuntando además las pruebas que contienen sus obras de su desavenencia con Lope y de su antagonismo con Cervantes, compulsando de paso las alusiones del *Quijote* legítimo con las respuestas que les daba Tirso en sus comedias; cotejando asimismo las ideas y sátiras esparcidas en éstas con las que abundan en el falso *Quijote;* estudiando aquella forma característica y personal con que Tirso contestaba á las sátiras y caricaturas que de él hacían sus émulos, gozándose en extremarlas y abultarlas de propósito, hasta lo grotesco; procedimiento que es el mismo adoptado por Avellaneda y la mejor defensa que puede hacerse de su libro, ya que éste no es ni

(1) En el prólogo á la segunda parte del *Quijote* dice Cervantes de su émulo: que *encubre su nombre y finge su patria;* en el cap. LIX, que *en el lenguaje es aragonés porque tal vez escribe sin artículos;* y en el mismo capítulo le llama *autor aragonés;* en el LXII, le nombra como á *un tal vecino de Tordesillas;* en el LXX, le designa como *aragonés que él dice ser natural de Tordesillas,* y en el LXXII, le llama *un tal Avellaneda, natural de Tordesillas.*

ha de considerarse como novela comparable con el *Quijote*, por ningún título, sino como un *vejamen* de los que acostumbraban á darse los ingenios de entonces; como un desahogo, trazado de prisa y *contra mil detracciones*, que no en defensa de Lope, sino en la suya propia, borrajeó su autor, en quien no era bajo instinto, sino socarrona ironía y personal desquite la tendencia á exagerar hasta el más extremado naturalismo, hasta Rabelais y hasta Zola, los tipos inmortales de Cervantes.

Para mayor orden y claridad en mi examen iré apuntando las pruebas ó demostraciones que pueden sumarse á la racional hipótesis de Pellicer.

1.ª Tirso era, como Avellaneda, antagonista de Cervantes—según dejo probado—en la disputa sobre el teatro.

2.ª Era autor dramático, discípulo de Lope, y se hallaba enemistado con él; circunstancias que son las mismas que advierto en Avellaneda.

3.ª Estuvo en Aragón hacia 1614.

4.ª Y justamente como producto de aquel viaje, escribió en respuesta ó réplica á *El Curioso Impertinente*, de Cervantes, *El Celoso Prudente*, que contiene el cuento del *sastre* azotado, doblemente significativo, porque á Tirso llamaban sus contemporáneos burlescamente *sastre*; y *sastre del campillo* (1), y en aquel cuento (aunque se halla tan dentro de las

(1) Muchas pruebas pudiera citar aquí de que á Tirso llamaban sus contemporáneos sastre, sastre de Toledo, etc.; pero faltándome el espacio, citaré estos versos suyos en *Los Hermanos Parecidos*:

ENGAÑO. .....
Ogaño
Se metió sastre el engaño
Yo me cosí este vestido
Los retazos del *pendón* (*)
Tantos girones me dan.

(*) Pendón de sastre era la enseña, hecha de retazos, que como muestra ponian á su puerta los de este oficio.

entrañas y de la tesis de la obra que dió origen á la de Calderon, *A secreto agravio*.....) encontró Tirso modo de gracejar diciendo con doble sentido:

Ya no me llaman el *sastre*
Sino sólo el *azotado*.

Y como por aquellos días, según demuestra cierto documento mercenario, terminó Tirso sus estudios en Alcalá, sumando esta circunstancia con el hecho de apodarle el *sastre* y con el de ser el modelo del Sancho cervantino, se comprenderá que en los versos de la justa le aludiesen, diciéndole:

A *Sancho Panza estudiante* (acababa de serlo)
Oficial (sastre) y paseante.....

Cuán bien conviene todo esto con Tirso, y cuán mal se acuerda con Aliaga, es cosa que no ha menester encarecimiento; y cuán íntima concordancia existe entre las *Sentencias* de la justa (condenando á pena de azotes al Sancho en ella aludido), y entre el cuento del *azotado* en *El Celoso Prudente* y el pasaje del capítulo VIII de Avellaneda, tan á la vista se halla que no necesita comprobación.

Y coincidencias son estas que cobran mayor fuerza, si se advierte que en *Amar por señas*, comedia escrita por aquellos días y en la cual Tirso tan repetidamente alude á los libros de caballerías y tan á las claras contesta al *Quijote*, se halla justamente nueva alusión al referido azotamiento. (Acto III, escéna XXV.)

Y citaré además el hecho de haber escrito Tirso *Santo y Sastre*, comedia de la vida de San Homobono que acaba:

Esta historia nos enseña
Que para Dios todo es fácil;
Y que en el mundo *es posible*
Ser un hombre *santo* y *sastre*.

MONTOYA. .....
Soñé otra vez que me daban
Sacándome á la vergüenza,
Por las calles de la corte
Cuatrocientos de la penca.
Iba yo cari-vinagre
Llorado de verduleras.....

5.ª Además de *El Celoso Prudente*, del viaje de Téllez á Aragón nacieron *La Dama del Olivar*, que parece recuerdo de su estancia en Estercuel; *Cómo han de ser los amigos*, donde hace de Zaragoza y del Pilar mención muy semejante á la contenida en el *Quijote* de Tordesillas; *Los Amantes de Teruel*, fruto sin duda de su permanencia en el monasterio del Olivar, tan cercano á la patria de Marsilla, y obra donde se halla el siguiente exabrupto poético, prueba evidente de la relación que existe entre el viaje de Téllez á Aragón, su enojo con Cervantes, y el origen del falso *Quijote:*

¡Oh, enemigo soldado,
De brazo arremangado
Alarbe, bañes el morisco acero.
Agrávete un cobarde
Y á la venganza siempre llegues tarde!.....
.....
Con la presencia *enfades*
Y bien ninguna gala te parezca;
Nunca sirviendo agrades.
.....
Y á la *envidia* rendido
Mueras, cobarde, como mal nacido.

Los versos son malos y se hallan sin duda tan extragados como toda la comedia; pero bien á las claras se advierte que son un desahogo de Tirso contra Cervantes, á quien recuerda el burlesco mote de Pentapolín *el del arremangado brazo*, y á quien viene á decir en forma de cómica imprecación lo que puesto en tiempo presente le dice Avellaneda en su prólogo:

que *enfada* con su presencia, que no le satisface nada y que le mata la *envidia*. («Y pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes y por los años tan mal contentadizo que todo y *todos le enfadan*.....» y después le llama envidioso y le dice: *no nos canse*.)

Pero antes de continuar este cotejo, quiero hacerme cargo de otra acertadísima observación de usted, que como por la mano conducirá mi estudio á su verdadero término, el cual será aquel en que vengan á sumarse en una sola y verdadera personalidad, el Sancho de Cervantes y el Sancho de las justas de Zaragoza, Alonso Fernández de Avellaneda y Tirso de Molina.

Dice usted en su carta, con admirable penetración crítica, que «los versos que anteceden á la primera parte del *Quijote no están enlazados de modo alguno* con el tema del libro, sino que *más bien le contradicen*,» puesto que ni los amores de Don Quijote son en el libro como se pintan en los versos, «*ni Sancho tomó las de Villadiego* para retirarse del servicio de ningún señor, etc.,» y con singular acierto añade usted que «estos versos, además de ser parodia de los elogios enfáticos que solían poner al frente de los libros, *tienen escondido algún misterio* que para los contemporáneos no lo sería ciertamente».

Y aquí ocurre naturalmente preguntar: Esta divergencia y hasta contradicción que usted tan oportunamente nota, así como otras que yo apuntaré, ¿no serán prueba evidente de que Don Quijote y Sancho eran personajes reales, modelos vivos de quienes copió los suyos el autor, y demostración palmaria de que, en ésta como en otras ocasiones, se refiere Cervantes á los originales y no á las copias?

Pues bien, todos los versos relativos á Sancho (así de los preliminares como de los ingeridos en el último capítulo de la parte primera), con otras innumerables saetas disparadas por Cervantes en las dos partes de su obra inmortal, todas iban dirigidas al mismo blanco, que era Tirso, original indudable del Sancho cervantino.

Y digo que lo fué, primero porque Sancho se parece á Tirso, como la caricatura á su modelo, y porque Cervantes sumó en aquella cómica personalidad todos los cargos que aisladamente—y con mayor ó menor disimulo—imputaba en sus obras á los frailes y á los poetas de su tiempo, y todos los defectos que suponía en Téllez.

Y segundo, por algo que es mucho más elocuente, y es que Tirso se da por aludido de ser el original de Sancho, y contesta irónicamente á todas las burlas que Cervantes en aquella forma le dirige.

Ahora bien, ¿qué mayor prueba de que á una persona se la alude, sino el darse ella por aludida y responder en el mismo tono á las sátiras y donaires?

Pero hablen los ejemplos y las pruebas, y cotéjense las coincidencias y relaciones que por todas partes hallo entre Sancho Panza, Tirso y Avellaneda, que espero que de esta compulsa ha de brotar clara y evidente la verdad que buscamos.

6.° Dice Cervantes en el soneto del *Burlador* á Sancho Panza:

Sancho Panza es aquel, *en cuerpo chico*, etc.

y por todo el *Quijote* graceja á costa de la pequeñez de Sancho.

Y Avellaneda, á los comienzos de su *Quijote*, escribe una apología de los pequeños, por boca de D. Alvaro Tarfe, que defiende, por cierto muy gallardamente, y valiéndose de la autoridad de Cicerón, la brevedad de estatura de su andaluza dama, con rasgos que recuerdan la prosa de Tirso en su apología del *Vergonzoso*.

Y Tirso, en *El amor médico,* dice por boca de su gentil *doctor* D.ª Jerónima:

No dan la ciencia los años

.....

Ni de mi estatura corta

Menor alabanza espero
.. . .
Que la falta de mi cuerpo
En el espíritu sobra.

Alegando en defensa de la brevedad de estatura aquel apotegma que invocó Lope en favor de D. Juan Ruiz de Alarcón (*«La virtud unida es más fuerte que la dilatada.»*)

Platón toda corpulencia
Hace al ingenio enfadosa

(Esto no lo hubiera dicho un alto).

De aquí el adagio *amens longus*,
De aquí el filósofo axioma:
Fortior est virtus unita
Se ipsa dispersa.....»

Alegación que poco después contradijo (y por cierto aludiendo muy visiblemente á Téllez) el maldiciente y agudo doctor Suárez de Figueroa, diciendo: «Importa excluir de públicos oficios á sujetos menores de marca, *hombrecillos pequeños*, *sin que obste el brocardico del filósofo: La virtud unida* etc.» (1). De modo que Suárez de Figueroa, como Cervantes, personificándole en Sancho, y como el mismo Tirso defendiendo la pequeñez, nos declaran que Fr. Gabriel era de baja estatura.

Y otro tanto acontecía, sin duda, á Avellaneda, ya que

(1) El satirizado en el pasaje á que me refiero, no era únicamente Alarcón, como creyó el Sr. Fernández Guerra, y bien claro lo demuestra el párrafo que luego sigue: «Si el chico, *aunque bien formado* y capaz, debe hallar repulsa en lo que desea, si ha de representar autoridad con su persona, mucho mayor es justo la halle el *gimio en figura de hombre*, *el corcovado imprudente*, etc.....» Aludía, pues, á un *pequeño* y á un jorobado; el jorobado claro es que era Alarcón, y el pequeño el que había alegado el brocardico del filósofo, es decir, Tirso.

éste, como Tirso, y por cierto también con autoridades de filósofos, defiende la brevedad de estatura, sin duda porque también alguien le había motejado de pequeño: dobles y singulares circunstancias que me animan á seguir teniéndoles por una misma persona.

7.° Y más lo pienso cuando veo que Cervantes alude muy repetidamente al *Burlador*, creación que tanto nombre daba entonces á Téllez, y siempre con referencia á *Sancho*, y que Avellaneda graceja en su obra á propósito de la infanta *Burlerina*.

Y más me afirmo en mi creencia, cuando advierto que el Sancho de la segunda parte está mucho más recargado de tintas que el de la primera, circunstancia que prueba la venganza de Cervantes y respira su justo y no disimulado enojo contra Avellaneda, comprobando que, en efecto, *Sancho* era la caricatura de su émulo, porque no pudiendo suponer que Cervantes se enojase contra un hijo de su fantasía, es lógico de toda lógica, creer que su enojo iba contra el modelo viviente de su imaginado *Sancho*, el cual modelo acababa de tomar tremenda venganza de su pintor.

8.° El *Sancho* de la parte segunda del *Quijote* es más glotón, más hablador, más malicioso y bellaco, y excita con mayor frecuencia las iras de su amo, que le dirige los mismos insultos que Cervantes hubiera dirigido al novelador de Tordesillas, llamándole «*truhán moderno y majadero antiguo*,» diciéndole que «*quien tropieza en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhán desgraciado*» (1); apostrofándole con ira,

(1) Que es lo mismo que en el cap. LXXII dice Cervantes por boca de SANCHO, refiriéndose abiertamente al libro de Avellaneda: «*Decir gracias no es para todos*,» y lo mismo que refiriéndose(aunque indirectamente, al propio libro) pone en boca de D. Quijote: «*Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios*» (cap. III), con lo que se demuestra que Cervantes dice á Sancho lo mismo que al autor del falso *Quijote*, por ser ambos la misma persona.

que parece sentida, de «*¡prevaricador del lenguaje que Dios confunda!*», y acabando por decirle: «*que toda esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y malicias*».

¿Y quién más pródigo de refranes que Tirso, que había intitulado con refranes casi todas las comedias que llevaba escritas?

Verbi gracia:

1.° *No le arriendo la ganancia* (auto).

2.° *Tanto es lo de más como lo de menos.*

3.° *¿Tan largo me lo fías!....*

4.° *Quien calla otorga.*

5.° *Quien habló, pagó.*

6.° *Quien da luego, da dos veces*, etc., porque pasan de once las obras intituladas con refranes que llevaba escritas al publicarse la segunda parte del *Quijote*, debiendo agregar á esta suma los muchos proverbios que Téllez ingería en sus comedias, singularmente en las escenas villanescas.

De modo que, á más de la pequeñez del cuerpo, Tirso se parecía á Sancho en la prodigalidad de sus refranes.

Pero aún hay entre ellos otra semejanza.

9.° Cervantes pinta á Sancho como gran comedor, sin duda exagerando, según costumbre, las cualidades del original. Y lo más singular del caso, lo que acaba de corroborar mi creencia, es que Tirso responde socarronamente á esta alusión.

Recuérdese el soneto de la primera parte del *Quijote:* «*De Gandalín..... á Sancho Panza.....*», y véase cómo lo contesta Tirso en «*Tanto es lo de más como lo de menos*», diciendo por boca de Gulín, en quien se personifica:

Yo, lacayo *Gandalín*,
El primero que anda á mula,
Trompetero de la *gula*,
Que por eso soy Gulín;
Ya en jumento, ya en rocín,
Ya de portante, ya al trote,

Daré á venteros venganza.
No me llamen Sancho Panza,
Que se enfada Don Quijote.

Ahora bien, ¿qué significación tiene este personaje de Gulín, por medio del cual Tirso se desquita de alguien que le motejó de glotón? ¿Qué relación tiene Gulín, contemporáneo de *El Rico Avariento*, con Gandalín ni con *Sancho Panza* y don *Quijote*?

¿Ni qué sentido tiene este pasaje, si no es el responder Tirso á Cervantes, que le motejaba de glotón personificándole en Sancho?

En buena lógica, si este pasaje no significa lo que digo, no significa nada. Luego no cabe darle otra interpretación.

Y dándole la única que tiene, es evidente que Tirso procede aquí como Avellaneda en su *Quijote*, es decir, que se personifica en Gulín, para exagerar con burlesca ironía la caricatura de Cervantes, y acaba declarando que éste le llamaba *Sancho Panza,* y que existía un *Don Quijote* verdadero que se enojaría por ello.

Pero aún existe otro documento (1) que, por circunstancias que explicaré en su biografía, se refiere directamente á Téllez, en el cual Cervantes le llama *gatazo de refitorio* y *panza-en-gloria*, que es como llamarle *Sancho Panza.*

Y una vez probado que Tirso era juntamente *Sancho* y Avellaneda, fácilmente se comprenderá cómo á pesar de que en 1614 brillaba ya con luz propia y clarísima el astro dramático del mercenario, aun al lado del sol de la gloria de Lope, Cervantes, que le conocía muy bien y desde muy antiguo, no se dignó citarle por su nombre en *El viaje al Parnaso*, tributándole un elogio tan embozado, tan dudoso y tan

(1) *Vejamen que dió el doctor Salcedo al doctor Don Alonso de Salazar*..... Es uno de los tres opúsculos del Códice Colombino publicado por D. Aureliano F. Guerra en 1864.

mezclado de censura como aquél que le otorga, notándole de estudiante *gorrón* é incluyéndole en el grupo de los seis encubiertos religiosos á quienes califica de *bobos*, *necios*, *melindrosos é hipócritas*, por el hecho de recatar sus nombres.

Lujo de dicterios tan ajeno á la mansa y suave condición de Cervantes, tan desproporcionado para con la inocente culpa de aquellos buenos eclesiásticos y tan poco respetuoso hacia tan graves personas, que únicamente se explica por el hecho de hallarse entre ellas el aborrecido émulo del autor.

Hecho evidente y elocuentísimo por cierto, pues de otro modo no podría razonarse el por qué Cervantes, que prodigó sus elogios á tantos poetas menores, excluyó de entre sus elegidos al inmortal mercenario.

Y no queda el recurso de suponer que Cervantes no le conociese, pues aunque no tuviera yo otros indicios de las relaciones que existieron entre ambos, las que mediaban entre Cervantes y la Orden de la Merced, en cuya iglesia yacía enterrado el padre del autor del *Quijote* (1), así como la notoriedad que alcanzaban las comedias de Téllez, ora amotinando los concursos de los corrales, como aconteció en 1613 con *El Castigo del Pensé que*—donde se satirizaba al ínclito linaje de los Jirones,—ora representándose en la Huerta de Lerma, para obsequiar al rey y al príncipe, como sucedió en 1614 con la *Santa Juana*, el prestigio universal de que por entonces gozaba el nombre del *fraile de la Merced*, escrito con letras rojas por todas las esquinas de la corte, no deja resquicio á la duda de que Cervantes, tan conocedor de todos los poetas, desconociese á Fr. Gabriel Téllez, que tan de cerca iba siguiendo las huellas del gran Lope.

De modo que ni aun los que se nieguen á creer cuantas re-

(1) El precioso libro del Sr. Pérez Pastor, *Documentos cervantinos*, acaba de evidenciar las buenas y estrechas relaciones que desde los tiempos del cautiverio de Miguel de Cervantes hasta 1631 mediaron entre la familia del gran escritor y la Orden de la Merced.

laciones voy hallando y espero hallar entre las obras de Cervantes y las de Tirso, ni aun los que contradigan que éste sea juntamente el original de *Sancho* y el incógnito Avellaneda, nadie podrá dudar de que Cervantes le conocía, ni nadie negará que, conociéndole y siendo testigo de su gloria, la mención que le concedió en *El viaje al Parnaso* es prueba evidente de su enojo con él, porque Tirso en 1614 era algo más que un estudiante laureado, aunque *gorrón;* Tirso, en aquellos días, así por su fecundidad como por su gloria, meritoriamente adquirida, era el dramático que más se acercaba á Lope; y aunque se llegue á suponer que no fuese el aludido en los tercetos á que me refiero (que á todas luces lo parece),

El otro cuyas sienes ves ceñidas, etc.,

tampoco esto eximiría á Cervantes de su menosprecio para con Téllez, porque mayor culpa hubiera sido excluirle del coro de los poetas; y aunque sea cierto que de él excluyó al ilustre Alarcón, ni una injusticia redime á otra, ni la segunda es tan grande como hubiera sido la primera, puesto que Alarcón, vuelto de Méjico en 1611, y no dedicado de lleno al teatro—según parece—hasta 1613, no tenía en 1614 ni tantos méritos ni tanta fama como Téllez, teniendo para Cervantes el doble pecado de ser discípulo de Lope y colaborador de Tirso.

Así, en esta ocasión como siempre, entre varias apariencias de verdad, la verdad legítima será aquella que, siendo más una y más sencilla, mejor resuelva todas las dudas, allane todas las dificultades y concierte todas las discrepancias.

Y lo que mejor resuelve en este caso todas las dudas es el enojo que animaba á Cervantes contra Téllez al escribir su *Viaje al Parnaso*, justamente en los días en que á toda prisa se fraguaba en Toledo el falso *Quijote*, hecho del cual se hallaba Cervantes tan enterado como Lope y el autor de *La Pícara Justina* lo estaban en 1604 de cuantas alusiones contenía la primera parte del *Quijote*, inédita á mi parecer entonces, á pesar de los juiciosos razonamientos que el Sr. Pérez Pastor ale-

ga en su citada obra para demostrar que existía otra edición anterior á 1605.

Toda la segunda parte del *Quijote*—muchos de cuyos capítulos son contemporáneos al *Viaje al Parnaso*—es una constante prueba y corroboración de mi tesis.

Puesto que aunque antes se creyese que hasta el capítulo LIX, en el cual declaradamente alude á la novela tordesillesca, no se dió Cervantes por entendido de la existencia de semejante libro, basta abrir el suyo por las primeras páginas para convencerse de lo contrario, ya que desde sus comienzos transpira y brota por todos los poros de su grandilocuente prosa la ira magnífica de su autor; ira soberbia que sirve de alta inspiración al gran poeta, y que, transformada por su temperamento de consumado satírico en sutil ironía, en sazonadas burlas y en incisiva alusión, mana como fluido vivificante de su pluma, anima el estilo, aguza la intención, caldea hasta el rojo los conceptos y marca el tono más alto y más brillante que alcanzó la sublime dicción cervantina. Por eso la segunda parte del *Quijote* es lo más hermoso y vibrante que se ha escrito en prosa castellana. Porque, indudablemente, la ira es la musa de la sátira.

Adviértase cómo desde los primeros capítulos fustiga Cervantes á los poetas satíricos, diciendo en el capítulo I que los poetas *suelen vengarse con sátiras y libelos, venganza, por cierto, indigna de pechos generosos*; y en el XXXVII, por boca de la Trifaldi: «..... que de las buenas y concertadas repúblicas se han de desterrar los poetas, como aconseja Platón, á lo menos los lascivos.....» A los satíricos se refiere, puesto que concluye: «porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantua..... sino *unas agudezas, que, á modo de blandas espinas,* os atraviesan el alma y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido». A lo cual han de agregarse las severas reprensiones que dirige don Quijote á los poetas satíricos, en sus pláticas con el del *Verde gabán* y con su hijo.

Censuras y alusiones que claramente evidencian cuánto era

el enojo de Cervantes hacia los poetas satíricos en 1615, y naturalmente inducen á pensar que sin duda lo era el autor del falso *Quijote*.

Los capítulos II, III, IV y VIII, del de Cervantes, aunque parecen referirse á la primera parte de la misma obra, se refieren embozadamente á la de su antagonista, como demuestra este pasaje del cap. IV, en que diciendo Sansón que el autor daría su obra á la estampa, *llevado más del interés que de darla se sigue que de otra alabanza alguna*, contesta Sancho: «*¿Al dinero y al interés mira el autor? maravilla será que acierte*, porque no hará sino harbar, harbar, como *sastre* en vísperas de pascua, y *las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfección que requieren.*» Y como Cervantes no dudaba de su *acierto, ni de la perfección de su obra*, ni había de decir de sí propio que la escribía *antes por el interés que por la alabanza y la gloria*; y como sería suponerle necio el suponer que dijese de sí lo que tan lógicamente podía decir de su émulo, y tan bien se ajustaba con la doble circunstancia de haber escrito aquél de prisa su novela, y haber dicho en su prólogo, con referencia á Cervantes: «pero *quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su Segunda parte.....*» claro es, como la luz del día, que Cervantes habla aquí por Sancho, y que se refiere á Avellaneda. Con lo que dejo evidenciado, aunque más pudiera decir: 1.°, que Avellaneda escribió de prisa su *Quijote;* 2.°, que Cervantes le alude constantemente desde los comienzos de la segunda parte del suyo.

Y con mayor claridad, en el cap. III, donde en el sabroso diálogo que don Quijote y el bachiller Sansón Carrasco mantienen, refiriéndose, al parecer, á la primera parte del gran libro, y en realidad al de Avellaneda, nos declara Cervantes quién era su émulo, contestando al juicio de éste, que trató de rebajar las *Novelas ejemplares*, llamándolas *comedias en prosa*.

Afirma primero don Quijote, que: «para componer historias y libros de cualquier suerte que sean, es menester gran juicio y maduro entendimiento»; añadiendo, con marcada alu-

sión á Avellaneda, que: «*decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios*», que es lo mismo que dice en el *prólogo*, dirigiéndose á su émulo: «*que no es tan fácil hinchar un perro*»; y lo mismo que don Quijote dice á Sancho que «*quien tropieza en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhán desgraciado.*» Y, siguiendo la alusión embozada, dice el bachiller: «*no hay libro tan malo que no tenga algo bueno*» (frase que literalmente repite el autor en el cap. LIX, refiriéndola entonces declaradamente al libro de Avellaneda, y nueva prueba de que aquí también es el aludido) á lo cual responde don Quijote: «No hay duda de eso..... pero muchas veces acontece *que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron en todo ó menoscabaron en algo.*» «La causa de eso es—dijo Sansón—que *como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso.*»

Y, por si se dudase á quién iba la alusión, á renglón seguido escribe: «Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas..... etc.,» y á continuación habla de algunos *teólogos* que no son buenos para el púlpito y son *bonísimos para conocer las faltas ó las sobras de los que predican;* es decir, para censurar á los demás; añadiendo por boca de don Quijote: «Quisiera yo que los tales *censuradores* fueran *más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atreverse á los rayos del sol clarísimo de la obra que murmuran.....*» El pasaje es sobremanera elocuente:

Primero, porque repite que el *escribir libros*, y sobre todo, el decir *gracias* y *donaires*, es de *grandes ingenios*, y no ciertamente de los que *descomponen los donaires,* como escribió de Téllez (1).

(1) «A los donaires suyos echó el resto
Con propiedades al gorrón debidas,
Por haberlos compuesto *ó descompuesto.*»
(Viaje al Parnaso.)

Segundo, porque clarísimamente contesta á Avellaneda, que trató de deprimir sus novelas llamándolas comedias en prosa.

Tercero, porque da á entender que su émulo tenia *méritamente granjeada fama* por obras *no impresas*, es decir, por comedias aplaudidas en el teatro, y que tan pronto como imprimió su libro, el libro que á Cervantes le ofendía, *vino á perderla ó menoscabarla, porque como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan, cuanto es mayor la fama del que las compuso.*

Y como Tirso tenía entonces tan méritamente granjeada su fama en el teatro, y como no había impreso aún sus comedias, ¿quién dudará de que éste fuese el poeta dramático, autor del libro que tanto enojaba á Cervantes, y de que esto era contestar con reprensión á la crítica que Avellaneda intentó hacer de sus novelas, haciéndole ver cuánto más difícil era escribir libros para la imprenta que comedias para el teatro?

Pero si se dudara aún de quién era el aludido, el traer á cuento á los poetas é inmediatamente á los *teólogos censuradores*, acabaría de evidenciar que se trataba de un teólogo poeta y autor dramático—puesto que sus obras no impresas eran famosas;—y como el buen P. Remón no escribía ya para el teatro, y era además amigo de Cervantes; y como Lope tenía impresas muchas obras, y no era teólogo de profesión, claro es que á todas luces el aludido era Tirso, el más grande de los dramáticos teólogos de entonces, á quien por ser además satírico en todos conceptos, cuadraba la censura de Cervantes.

De modo que por cualquier parte que miremos la cuestión, resulta siempre que Tirso era juntamente el fingido Avellaneda y el Sancho cervantino.

Adviértase que Cervantes dirige unos mismos consejos á diversos personajes de su novela, singularmente á Sancho y al estudiante D. Lorenzo, hijo del del *Verde gabán*, porque á través de las diversas ficciones del libro, su sátira era una é iba derechamente á un objeto, el cual en muchas ocasiones era

Tirso; y esto más visiblemente en la segunda parte, es decir, después de publicada la novela tordesillesca.

Así, á propósito de la ignorancia de la gramática, de la murmuración y de las sátiras, los tres graves cargos que Cervantes imputaba á Avellaneda (Tirso), dirige en el *Quijote* consejos y cargos demasiado semejantes á dos personajes tan distintos como Sancho Panza y el estudiante D. Lorenzo, en el cual son muy de notar estas significativas circunstancias: primera, descuidaba la teología por las musas; segunda, había escrito unos versos de *Píramo y Tisbe*, á cuyo asunto hizo Téllez una fábula *siendo estudiante* (según él mismo declara); tercero, Don Quijote le predica demasiado sobre las sátiras y la gramática para que el sermón no fuese intencionado; cuarto, cuando le visitó el Hidalgo Manchego, estaba componiendo una glosa para una justa literaria—la misma sin duda que fué el caballo de batalla del *Quijote* de Avellaneda — si ya no eran las justas teresianas de 1614, en que fué premiado Cervantes y no lo fué Tirso, acaso por hallarse desavenido con Lope; que era uno de los jueces.

Pues bien, á los irónicos y picantes razonamientos sobre los linajes que Cervantes pone en boca de Sancho, y á los consejos que dirige á éste y á D. Lorenzo sobre el aprendizaje de la gramática, contesta Tirso en *Tanto es lo de más como lo de menos* y en *¡Ventura te dé Dios, hijo!*

Dice Sancho (1): «*Dos linajes solos hay en el mundo*, como decía una agüela mía, *que son el tener y el no tener*.....» Recuérdese lo que el mismo personaje ha dicho á propósito de los *linajes* (2), de lo que *fué y no es*, refiriéndose al encumbramiento de personas de humilde origen, párrafo que termina asegurando que «*lo que pasó no es, y sólo es lo que vemos presente*». Palabras con cuyo sentido concuerda también la glosa

(1) *Quijote*. P. II, cap. XX.
(2) P. II. cap. V.

de D. Lorenzo (1): «*Si mí fué tornáse á es;*» pues bien, á todas estas pullas contesta Tirso en *Tanto es lo de más como lo de menos:*

LIBERIO. Quien fué
Dueño tuyo.
GULIN. ¿Fué? Pasó
No sé pretéritos yo,
Los *presentes* sólo sé.
Dos linajes solamente
En el mundo puede haber,
Que es tener y no tener,
Y un tiempo, que es *el presente*.....

Es decir, lo mismo que alegaba Sancho: «*Dos linajes solos hay en el mundo..... que son el tener y el no tener.....*» Tomado aquí en el mismo sentido sarcástico en que acostumbraba á tomarlo Téllez.

¿Cabe más clara y directa respuesta á las alusiones de Cervantes, ni prueba más palmaria de ser Tirso el Sancho de su *Quijote*, ni de que Tirso se representa en Gulín, exagerando la caricatura cervantina, como hace Avellaneda en su Sancho?

Pues aún hay más. Téngase presente que ya en cabeza de Sancho, ya en la de Don Lorenzo, en toda la segunda parte no deja Cervantes de censurar las faltas de gramática, dirigiéndose siempre á Téllez; recuérdese que á Don Lorenzo le dice que *no haga nombres de verbos*, y se comprenderá por qué Fr. Gabriel, cuya tendencia, como la del incógnito Alonso Fernández, era abultar irónicamente los defectos que se le imputaban, en respuesta á tales reprimendas escribió su comedia: *¡Ventura te dé Dios, hijo!*, cuyo protagonista es un estudiante de rudo y grosero ingenio, que pugna en vano por aprender la gramática, y al comenzar la acción aparece estudiando justamente el verbo *sum, es, fuit* (por contestar á lo de la glosa: *si mi fué tornase á es*, y demás alusiones) y acaba por

(1) P. II. cap. XVIII.

arrojar el arte de Nebrija, que luego le hace recoger el dómine; y obsérvese con qué gracia se mofa Tirso de las reprensiones de Cervantes, en la escena de la lección (á propósito del *hacer nombres de verbos).* (Acto I, esc. II.)

OTÓN. Comienzo, nominativo
Sum.
FULVIO. ¡Donoso majadero!
Nombre hacéis á sum, es, fuit!
¿No es *verbo?*
OTÓN. Dómine, sí.

Y para no citar más que otro, entre cien ejemplos que se me vienen á las mientes—y reservaré para otro artítulo, donde incluya lo mucho que me falta por decir del libro—véase el capítulo LXVIII (de la parte II), en el cual, recordando Don Quijote á Sancho las promesas que le tiene hechas, le dice: «..... y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tardase en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem.*» Sentencia que, como empresa del librero Juan de la Cuesta, iba estampada en las primeras ediciones del libro inmortal, y que tanto dió que cavilar á mi buen amigo Benjumea.

Pues bien, véase ahora cómo Téllez, siguiendo su costumbre, responde al anterior pasaje en *Marta la Piadosa.*

Por razones que indicaré en su biografía, en vez de personificarse, como en otras comedias, en un pastor llamado Tirso, Tarso, Tirseo, etc.; ó en un caballero nombrado Don Gabriel, Tello, Téllez, etc., el autor se personifica aquí en Pastrana, simbolizando á Lope en Don Felipe (el amante de Doña Marta).

La escena V del acto I evidencia la ficción y alusiones. Pastrana y Don Felipe hablan como Sancho y Don Quijote.

PASTRANA. A pie, á caballo, á jumento,
A mula, á carro y á coche,
He caminado esta noche
Sólo por darte contento.

DON FELIPE. ¡Ay, Pastrana! En mis desgracias
Halla mi *felicidad*
Cierta ayuda en tu amistad
Y pasatiempo en tus gracias.
....
.....

Y añade luego:

Si mis desdichas recelas,
Sírvate en esta ocasión
El símbolo del halcón
Con capirote y pihuelas:
Que alivia mi desventura
El misterioso letrero
Donde dice: *alegre espero*
Tras las tineblas, luz pura.

¿Cabe respuesta más clara, alusión más transparente y directa al citado pasaje del *Quijote,* y al símbolo del librero Juan de la Cuesta, que era no una grulla sino, como dice Tirso, un halcón, rodeado por el referido lema? (1)

Esta comedia es además una de las pruebas más terminantes del enojo de Tirso para con Lope, puesto que en ella satiriza crudamente sus culpables intimidades con Doña Marta, como adelante probaré.

Volviendo Don Felipe en la escena citada al tema de sus amores, dice:

D. FELIPE. ....
Mal persuadirme podrás
Que de aquí amigo me parta,
Porque no me dan más cuerda
Memorias á doña Marta.

(1) Aunque otra cosa hayan supuesto los anotadores del *Quijote*, el ave grabada en la empresa de Cuesta, no es una *grulla*, porque ni es zancuda como éstas, ni de ser grulla tendría conexión con el consabido lema; y siendo, como dice Tirso, un *halcón con capirote* (es decir, con los ojos tapados) conviene perfectamente con la leyenda: *Post tenebras,* etc.

Y contesta Pastrana:

Según eso, á buena cuenta
Seremos en esta danza
Don Quijote y Sancho Panza
Parando de venta en venta.

¿Puede darse mayor prueba de que Lope era *D. Quijote*, y Tirso *Sancho*, y de que ambos lo sabían y el segundo se gozaba en gracejar á este propósito?

Toda la comedia está llena de alusiones á Lope y á doña Marta, que así como otras que citaré más adelante, demuestran cumplidamente el enojo de Tirso con su maestro en la época en que se escribió el falso *Quijote*, que, como espero comprobar, contiene las mismas sátiras á Lope que abundaban en las comedias de Tirso de aquellos días.

Porque el modelo de ambos *Quijotes*, el *Don Quijote* verdadero, era Lope, el poeta ensoñador é imaginativo, tocado á la vez de la eterna locura de la poesía y del delirio de grandezas, el amigo de los príncipes y de los blasones heráldicos, el de *las diez y nueve torres* en el escudo, el dramatizador del *Romancero* y de los poemas caballerescos, que no otras eran sus andantes caballerías, el de las varias aventuras, el que fué *vegadas mil paleado* por *cautivos follones y raheces* en sus varias y novelescas andanzas, el que puso á sí y á sus cosas y á sus damas nombres altos, PEREGRINOS, sonoros y significativos (1).

Así como el Sancho, pequeño, regocijado, sanguíneo, naturalista, decidor, alegre y pródigo de refranes, era Tirso.

Puesto que si ambos eran amigos hacia 1604, y ambos enemigos y antagonistas de Cervantes, bastaría que éste los viese

(1) Recuérdese que Lope, cuyos verdaderos apellidos eran *Vega* y *Fernández*, se firmaba *Lope Félix de Vega Carpio*, llamando á sus amigas *Camila Luscinda*, *Marcia Leonarda*, *Amarilis*, etc.

juntos, por entonces, para que sintiendo con temperamento de artista y con susceptibilidad de émulo, el vivo contraste que ofrecerían las opuestas figuras de los dos grandes dramáticos; Lope, alto, enjuto, avellanado, moreno, pálido, bigotudo, imaginativo y melancólico; Tirso, pequeño, robusto, blanco sonrosado y peli-bermejo como un tudesco, de ojos alegres y *bailadores*—como Cervantes le pintó,—verboso y donosísimo, inagotable en los chistes y en los refranes, bastaría, repito, que el padre de nuestra novela viese juntos ambos tipos, para que, herida su mente por el vivo contraste que ofrecían, engendrara aquellos sus dos tan contrapuestos personajes de Don Quijote y su escudero, es decir, del gran creador del teatro y de su secuaz, su discípulo, su colaborador y amigo Téllez, los cuales llevaron al arte los dos grandes elementos que simbolizan en la excelsa novela de Cervantes: Lope, la idealidad romántica; Tirso, la siempre joven y risueña, la eterna realidad humana.

Y ciertamente que el viejo proverbio castellano, por usted tan oportuna, tan inspiradamente citado, no tendría pequeña parte en la prodigiosa invención cervantina.

Para demostrarlo basta leer el proverbio y la declaración que de él hace Covarrubias: «Allá va Sancho con su rocino.»—«Dicen que éste era un hombre gracioso que tenía una aca, y donde quiera que entraba la metía consigo: *usamos de este proverbio cuando dos amigos andan siempre juntos.*»

Luego, al ver juntos á Lope y á Tirso, recordó Cervantes el proverbio; y al reflejarse en su mente creadora el contraste de ambos caracteres, cristalizó en ella la obra maravillosa que tiene por alma aquella lucha, porque la visión de ambas personalidades, tan grandes y salientes de suyo, agrandada por el poder del genio, ascendió hasta la esfera de lo sublime, y pasó de lo particular á lo universal; de modo que la contraposición de dos caracteres individuales se dilató y creció hasta convertirse en doble símbolo de lo real y lo ideal, y en trasunto y emblema de la lucha perdurable de este dualismo que

constituye nuestro ser, objetivándose á veces poderosamente en ese eterno *Quijote*, generoso y ensoñador, á veces en ese eterno *Sancho*, malicioso y materialista, que personifican las dos opuestas mitades en que se divide la humanidad, y aún los dos contrarios elementos que nos conforman y completan.

No quiere esto decir que Tirso y Lope fuesen exactamente como *Don Quijote* y *Sancho*, sino que sirvieron de origen á ambos tipos.

Admitido que Lope sea el modelo de *Don Quijote*, se comprenderá sin violencia su carta del 14 de Agosto de 1604, porque si, como dice en ella, sus comedias eran *odiosas á Cervantes*, no resultará forzado que Cervantes pusiera en caricatura á aquel cuyas comedias aborrecía, sin duda por haber eclipsado totalmente las suyas, privándole del lauro y del provecho que de ellas se prometía.

Y si Cervantes hizo en *Don Quijote* la caricatura de Lope, ¿qué cosa más natural ni más humana sino que Lope se doliese de ello y juzgase duramente el libro donde se le ridiculizaba y donde con tanta injusticia eran tratadas sus comedias?

Que Lope fuese el original de *Don Quijote*, cosa es que intentaré probar en mi estudio sobre el sentido de la novela incomparable.

Y siendo Lope el *Don Quijote* de Cervantes ¿qué violencia habrá en suponer que Tirso, imitador y auxiliar de Lope en la gran empresa dramática, sea el escudero del héroe cervantino?

Recuérdese á este propósito que el soneto de Gandalín, escudero de Amadis de Gaula, á Sancho Panza, escudero de Don Quijote, concluye:

> Que sólo á tí, nuestro español Ovidio,
> Con buzcorona te hace reverencia.

Téngase presente que Tirso, dándose por aludido, contestó á este soneto por boca de Gulín, y siendo él el interpelado, claro es que en buen romance significan estos versos que sólo

á Tirso admitía á su trato é intimidad Lope, que no era otro el Ovidio español á quien se refería Cervantes, llamándole así tanto por su condición de poeta y por el hecho de haber estado desterrado (según prueba su biografía), como por lo que dice de sus *transformaciones* (en la segunda parte del *Quijote)*, transformaciones que convenían muy bien con las que en su vida tan varia y novelesca adoptó aquel Proteo que se llamó Lope de Vega.

De modo, que siendo Tirso el único á quien Lope estimaba y admitía á su intimidad, hallamos que Lope y Tirso serían los dos amigos por quienes Cervantes recordaría el proverbio y su acepción explicada por Covarrubias.

Proverbio del cual, como usted con grande acierto insinúa, tomó Cervantes sus invenciones de Sancho y su rucio, extrayendo sin duda lo más sustancial y filosófico de su novela del singular contraste que ofrecían los dos tipos que le sugirieron su creación maravillosa.

Así nacería el *Quijote* de Cervantes, donde una vez imaginado—y aun aprovechándose de sus tipos para satirizar á sus contemporáneos—procedió el autor con el desinterés propio de todo supremo artista que busca ante todo la belleza y persigue sobre todo el ideal soñado.

No comparemos, pues, la obra magna del padre de nuestra novela con el juguete pueril, con el ligero desenfado de aquel otro poeta que, en su arte propio, llegó á ser casi tan grande como Cervantes en el suyo, de aquel prodigioso Téllez, que, según el acertadísimo juicio de usted, ha sido, después de Shakespeare, el mayor creador de caracteres del teatro moderno.

Porque juzgar á Tirso por este rasgo de su pluma, sería tanto como juzgar á Quevedo por cualquiera de aquellos *desenfados* y *juguetes*, que con razón excluyó F. Guerra de la colección de sus obras.

Y no quiere esto decir que la novela de Tordesillas carezca en absoluto de mérito, sino que ni por ella hemos de juzgar

del de su autor, ni menos debemos compararla con el gran libro de Cervantes.

Porque Cervantes, anciano en la edad, maestro en las experiencias, dominador de sí mismo, consumado en todas las artes del disimulo, dueño y señor de la lengua, y de aquel su incomparable estilo en que Castilla puso su habla generosa, Italia las armonías musicales y las sutilezas intencionadas, Andalucía las gracias inagotables y la burlona ironía; Cervantes, novelista sin ejemplo y, por lo tanto, incomparable psicólogo aplicado á aquel solo arte sublime, escribió el libro de su vocación y de su vida.

Tirso, en cambio, joven, impetuoso, sanguíneo, expansivo, decidor, avezado al tumulto de las aulas de Cómpluto, no tan dueño de sí ni de su prosa, falto de tiempo y de reposo, ofendido en lo que más le dolía, abandonado y aun insultado por su maestro, solicitado por la continua labor dramática, herido por las agudas saetas de Cervantes, borrajeó deprisa, con enojo y en colaboración, un desahogo, un *vejamen* en que, extremando de propósito y con intención irónica sus procedimientos efectistas y satíricos de dramático — tan diversos de los del novelador — exageró y abultó deliberadamente los caracteres de la novela del gran autor, que en todos los suyos le zahería mucho más crudamente de lo que las apariencias revelan.

No existe, pues, término de comparación entre ambos libros. Pero una vez rechazado todo intento de cotejo con la novela sin par, el *Quijote* de Avellaneda, considerado aparte y visto á su verdadera luz, merece desde luego, como usted tan justamente declara, «un buen lugar entre las novelas de segundo orden del siglo XVII»; y admitido que su autor sea, como creo, Fr. Gabriel Téllez, merece mucho más, merece un atento examen de la crítica, en comparación con las demás novelas de su autor, y reclama un largo y completo estudio; porque así por su parentesco, aunque bastardo, con el libro de Cervantes, como por las singulares causas que le dieron

origen; por las importantes obras, y por los grandes escritores con quienes se relaciona, es, á mi parecer, punto de verdadero y de muy atractivo interés para la historia de nuestras letras.

Perdone usted, ilustre maestro, la osadía de haberle dirigido, á la buena de Dios, y en la esperanza de que usted se digne enmendar mis yerros, estas *observaciones*, que por no cansarle con nuevas cartas, terminaré en forma de artículo y téngame por la más entusiasta de sus discípulas y admiradoras.

Blanca de los Ríos de Lampérez.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA.

Mi hermana mayor.—Labradores y artesanos.—Pobres y ricos.—Camaleones y políticos.—Conspiración alfonsina.—Cantan en el ejército del Norte, se sublevan en el Este y dudan en la capital.—Chascarrillos.—Soy ministerial durmiendo.—Los de siempre.—Damas nobles de España.—Alfonso XII.—Un profeta, dos arrepentidos y un sabio.

En Octubre del 74 fuí á Borja. Había muerto mi hermana mayor, que era de esas criaturas cuya misión en la tierra es sufrir y endulzar la vida de los demás. De niña, cuando los demagogos de mi lugar trataron de asesinar á mi padre, de 1820 al 23, permanecía horas y horas noche y día en el balcón esperándole hasta que volvía á casa. Sufrió con resignación las consecuencias del atropello injusto que con él cometió, en 1827, el Gobierno de Fernando VII, y, del 34 al 40, los groseros insultos de los liberales. Me rogaba inútilmente no riñese con sus hijos aunque me llamasen faccioso sin serlo. Me desesperaba el calificativo. Si los chicos de los *cuscos* eran muchos, apelaba á la estratagema de la fuga. A pocos, les hacía frente; las labradoras de la vecindad me ayudaban

con sus gritos. Mi hermana jamás habló mal de nadie, no comía por dar más á los pobres, y á excepción de lo que heredó de su madre, repartió lo que la dejó su marido entre la Iglesia y la Beneficencia. Estará en el cielo. A mí me costará trabajo por impaciente. Cuentan que el lego de un convento pidió limosna á una señora muy rica con fama de santa. Al echarlo, furiosa, de la habitación porque manchó el suelo con el lodo de sus sandalias, iba el fraile murmurando: «Se impacienta; no es santa.»

En mi lugar me gusta mucho oir hablar á los jornaleros cuando descansan en el campo y toman su frugal merienda. ¡Con qué placer comen la cebolla cruda, el pan moreno, y beben el negro vino aragonés! A un mozo le oí el siguiente cantar:

Cuantos más gobiernos muden
En la villa de Madrid,
España será más *probe*,
Pudiendo ser muy feliz.

Los labradores son los más sufridos, sobrios, valientes y los mejores defensores de la nación. En 1874 que se lamentaban los obligasen á ser soldados en la guerra civil, dijo un viejo, señalando los Pirineos:—Si *juera* contra los franceses todos iríamos voluntarios.

Los artesanos valen menos. A un albañil le dió en 1868 por ser fanático en religión y en política. Preguntó al Cristo del Calvario, preciosa ermita situada en la cima del monte de la Muela de Borja: ¿Quiere vuestra Divina Majestad que sea republicano?—Sí—le contestó una voz.—Señor: ¿continuaré como voluntario de la libertad defendiendo la federal?—No—le respondió la misma voz.—Muy contento de que Jesucristo opinaba como él, soltó el fusil. Era un hablador; contó á sus compañeros lo que pensaba hacer, uno se escondió debajo del altar, otro cerró el templo y entregó la llave en el inmediato santuario de la Misericordia, cuando vieron que el majadero

subía de Borja. El arma le habría servido como al que compró un par de magníficas pistolas para evitar que le robasen. Después que los ladrones se las quitaron, despojaron y apalearon, les dijo:—Prestármelas un momento.—¿Para qué?—le preguntaron.—Para c..... en ellas.

Antiguamente, en el referido santuario, daban todos los años una comida á los pobres de Borja. Si la pagaba el clero, después de hartarse bajaban cantando á la población:

La *gentecica probe*
Rabiando de hambre va.
¡Muera el cabildo!
¡Viva la ciudad!

Si el Municipio hacía el gasto, ahullaban los ingratos:

¡Viva el cabildo!
¡Muera la ciudad!

Refería mi madre que al acercarse á Borja los franceses en 1808, se sublevó el pueblo, y gritaban los pobres: «Mueran los ricos que son afrancesados.» Siempre ha existido la envidia que ahora se llama socialismo ó anarquismo.

En Melilla compré varios camaleones, los llevé á Borja, se acabaron las moscas y murieron de hambre. El frío del Moncayo no les probó. Estaban acostumbrados al céfiro del Gurugú. Son reptiles simpáticos que se parecen á los políticos en que cambian de color cuando les conviene y en servirse de la sin hueso para comer. Permanecen inmóviles mucho tiempo, abren la boca y con su larga lengua atrapan los insectos. Rara vez andan, vuelven los ojos hasta verse la cola, toman el color del objeto más próximo y engañan á la infeliz víctima. Si se acercan uno á otro se ponen blancos de ira y envidia. Lo mismo les sucede á los que se dedican á la política. Los primeros temen quitarse los mosquitos, y los segundos los destinos.

En Madrid dijo una dama que la generalidad de los españoles eran alfonsinos:—Si mandan, se aumentarán con los muchos que se dirigen al sol que más calienta. En los pueblos pequeños se conoce más que en los grandes lo que piensa la gente. En el mío no hay más que un boticario moderado alfonsista, por odio á otro que es progresista exaltado, un notario borrico y un abogado que yo llamo la liebre decrépita desde que por miedo aplaudió al *pedricador* de balcón expresidario, que en 1868 echó una *arengada* á las turbas inconscientes desde las Casas Consistoriales—la repliqué.

En la capital de España frecuentaba la casa de un general que conspiraba por la restauración. Jamás me habló del complot; me alegro; nos conocíamos hacía más de treinta años; le inspiraba yo absoluta confianza. Lo colocaron y lo sentí; no comprendía yo sirviese voluntariamente á la República. Si era para hacer mejor la guerra al Gobierno, el fin no justifica los medios. Mi afecto para él era grande y sincero; le quería después que á mi hijo y mi hermano; no le debía absolutamente nada en mi carrera. Al marcharme á Borja con licencia, me dijo que, si yo no tenía inconveniente, se reuniría él con varios amigos, al anochecer, en mi casa, calle de Piamonte, número 27, tercero izquierda; que previniese á mi criada Rosa, callada, fiel, buena y de mucho sentido común, tuviera preparada una habitación para el día que la avisaran. No le puse ningún reparo, ni añadió más. La verdadera amistad debe llevarse hasta el sacrificio. No ignoraba el riesgo que corría prestando mi casa á los conjurados, exponiéndome sin serlo. Si hubiera sabido que de cien había noventa y nueve probabilidades de perder la vida, la habría puesto á su disposición. Recordaba que en 1866 el teniente aragonés Ventura, agente de Prim, pidió al de igual clase Mas, que se hallaba de guardia en Burgos, le permitiese por aquella noche reunir en su casa á varios revolucionarios. Accedió por amistad y, sin otro delito, fusilaron á los dos en Barcelona.

Un mes después volví de Aragón, y me dijo mi criada:—

Sabrá usted que una mañana me avisaron vendrían por la noche el general y varios caballeros, previniéndome sólo abriese la puerta á los que preguntasen: «¿Está Rosa?» Encendí luces, fueron llegando, y desde entonces se reunen casi todos los días.—¿Quienes son?, la interrumpí.—No los conozco; uno es muy alto, grueso; al subir la escalera se agita y respira con dificultad.—El conde de Valmaseda, pensé yo.—Otro de los más constantes, prosiguió Rosa, es un señor viejo, flaco, largo y cano.—El general Marchesi, calculé; conspirador en 1841, 43, 54, 68 y 74.—También viene otro pálido, moreno, muy nervioso; siempre me pregunta: «¿Y el coronel?»—El general Martínez Campos, dije para mí.—Con ellos se reune un joven fino, de barba rubia, que parece paisano.—No atiné quien sería. Pues señor, reflexioné, es famoso lo que me sucede. Imito al sastre que le mandaron hacer doce capas negras con embozos verdes, para otros tantos conjurados; al cortarlas, siguiendo la tradición de los del gremio, sacó una más, se la puso, y, creyéndole los conspiradores compañero suyo, le hablaban misteriosamente de lo que no entendía; me llevarán á las prisiones militares y me formarán causa; nadie creerá que soy ajeno al complot, ni podré convencer á ninguno que sólo sospecho de lo que tratan los que en secreto se juntan en mi casa; gracias que me envíen á Fernando Póo ó al presidio de Melilla, sin mando de cuerpo. Se abusaba de mi afecto, convirtiéndome en amigo víctima.

Seguían acudiendo todos los días á mi habitación los principales personajes que trabajaban por Don Alfonso; nunca los veía. Abandonaba mi casa al anochecer y no volvía hasta las doce. Un día me descuidé, oí la campanilla y que preguntaron varias veces: «¿Está Rosa?», frase que servía de contraseña para que mi criada abriese la puerta. Llegó el general; se admiró de encontrarme, y exclamó:—¡Ola! Salga á la sala y lo presentaré á los amigos.—Era original lo verificase en mi casa uno de fuera. Manifestó que yo era el coronel dueño de la habitación, y me preguntó:—¿Los conoce usted?—Incli-

né la cabeza, y contesté:—Menos al señor, y señalé al de las barbas rubias.—D. Francisco Romero Robledo.—Este me dió la mano y dijo que había pasado muy buenos ratos viendo las curiosidades que adornaban mi gabinete, y que era excelente idea coleccionar retratos de igual tamaño, al óleo, de personajes españoles contemporáneos.—Sí, sólo tengo celebridades caídas; soy cortesano de la desgracia. Ahí ve usted al príncipe Alfonso, pintado por el pobre Rosales. A Don Amadeo de Saboya, por Casado; lo adquirí cuando le echaron los que lo trajeron. A Isabel II, por el mismo.....—El que me presentaba temió continuase en aragonés, y me interrumpió.—No hay inconveniente se entere usted de lo que tratamos, ó se marche.—Saludé á los conjurados, y á escape bajé la escalera de mi casa.

Tan ajeno estaba de los trabajos de los alfonsinos, como de los que practicaban sus contrarios para impedir la restauración. Se la veía venir á todo correr; la traían el ejército y las mujeres, que dominan la sociedad. Aquel representa la unidad de la patria, y éstas aborrecían ó se burlaban de los que establecieron el matrimonio civil, atacando á sus creencias religiosas; los carlistas perdieron la ocasion de hacerse dueños del poder, abandonando las armas hasta que la federal disolviera el ejército.

A las tropas, en 1874, les faltaba subordinación. Los que mandaban, sublevados el 68, no podían predicar con el ejemplo. En prueba de ello la oficialidad del ejército del Norte cantaba:

«Si de Logroño
sale Vuecencia,
allá en Octubre,
mi general,
no se le olvide
llevar magnesia
y unas conservas
de Mayoral,
para cenar,
para cenar.

Si alguien os dijo
de simpatías,
os dió camelo,
mi general;
es su carácter
y su aspereza
poco á propósito
para mandar,
para mandar.
Deje del Ebro
la fresca orilla;
déjela pronto,
mi general,
que allí las truchas
ya no se cogen
á braga enjuta
ni con charlar.
A pelear,
á pelear, etc., etc.

La tarde del 29 de Diciembre me dijo una muchacha, sobrina mía, muy contenta, que los militares acudían á los cuarteles; una brigada se había sublevado á favor del príncipe Alfonso. Sabía yo la opinión de la mayoría de los oficiales que hicieron volver á las filas en 1873, y no dudé que la contrarrevolución se haría sin derramamiento de sangre. El general Martínez Campos proclamaba en Sagunto por rey al príncipe de Asturias, y Jovellar, general en jefe del ejército del Centro, lo imitaba, sin que un soldado se les opusiese. El general que convirtió mi casa en centro de conspiradores alfonsinos me dijo, muy preocupado, que tal vez dormiría en mi casa; que la nación pasaba por una grave crisis en aquel momento. Al día siguiente me preguntó:—¿Conoce usted al marqués de la T.....? —Sí, señor, le contesté.—Vaya usted con el capitán..... y esta tarjeta; que entregue la cantidad que se necesita para que el Depósito de Caballería de Alcalá secunde el movimiento. No podía darme comisión más repugnante. Seguía yo haciendo el papel del sastre que conspiraba sin saberlo. Por fortuna, no

encontré al marqués. Se ocultaba, para evitar compromisos.

Volví, y supe que ya no era necesario el dinero. Mejor. A estos se reducen los servicios que presté á la restauración de Alfonso XII. Corrí compromisos, expuse mi existencia y obré como autómata por uno á quien profesaba verdadero cariño.

Enamorado platónico del príncipe Alfonso, hasta porque era niño y por oposición á los ingratos que habían recibido tantos beneficios de su madre, deseaba su venida. Desde que admití la gracia general y no pedí la licencia absoluta, jamás me pasó por la imaginación ser desleal al Gobierno establecido, que consideraba pésimo de remate.

Hay generales muy particulares; convierten á sus inferiores en humildes servidores domésticos y gustan rodearse de bajos aduladores, sin comprender que éstos, por vengarse, los desprecian.

Uno quiso mandarme á buscar un periódico, teniendo criados que lo ejecutasen. —¿Qué va usted á hacer ahora? me preguntó. —Ir á comer, contesté, marchándome en el acto. Le adiviné el pensamiento. No le hizo gracia.

—Usted no ha hecho nunca nada, me dijo.—Ni usted tampoco; casi siempre hemos ido juntos, le repliqué.

Se le vertió á un cadete la copa de vino, y le preguntó un general: —¿En qué mesas acostumbra usted á comer? —En las que cambian de manteles diariamente, respondió.

Un alférez palideció al hallarse en la primera acción. —¿Tiene usted miedo?, le preguntó un general. —¡Tanto, que si tuviera usted la mitad, ya habría echado á correr! exclamó.

La arbitrariedad, la falta de educación y las carreras improvisadas desprestigiaron las altas clases de la milicia. Un oficial dijo á otro: —¿Quién es el paisano que has saludado?— Será general, por su facha de bárbaro, le contestó.

Más valeroso el general Martínez Campos que los otros conspiradores, se lanzó á proclamar por rey al príncipe Don Alfonso. Los conjurados civiles quisieron desautorizarlo, temiendo fracasara el movimiento; querían que los militares,

siempre imbéciles, les sirvieran de carnaza para pescar á río revuelto. Uno de los más conspicuos, al saber que el general había marchado á Sagunto, le aterraba la idea de que apareciese un nuevo Narváez, O'Donnell ó Prim, y dijo:—Si sale mal, lo fusilará el Gobierno, y si no, nosotros.

Tan aprovechado joven fué ministro de la revolución, de la restauración, y lo sería del mismísimo Satanás. El prototipo del político.

Don Arsenio Martínez Campos salió de Madrid el 28 de Diciembre, y al frente de la brigada de D. Luis Dabán, que estuvo con Serrano en Alcolea, proclamó el 29 en Sagunto al rey Alfonso XII. D. Joaquín Jovellar, que mandaba el ejército del Centro, el que buscaba generales para la revolución el 68, se adhirió al movimiento restaurador; trataban de ganar la guarnición de Madrid; la mayor parte simpatizaba con los alfonsinos, la menor seguía fiel al Gobierno del señor duque, como llamaba el cuerpo diplomático extranjero al presidente del Poder ejecutivo. Algunos, como siempre, navegaban entre dos aguas, hasta que supieron que el ejército del Norte se negaba á batallar contra los insurrectos del Centro.

Por fortuna, no cayó sobre ambos la ignominia de Alcolea, Vicálvaro y Torrejón, matándose neciamente para elevar á los que se pasan de listos.

La prueba de que la opinión no apoyaba á la República indefinida, es que se derrumbó sin que nadie la sostuviera. Su caída fué un sainete. El único pronunciamiento que no hizo verter sangre; aceleró la conclusión de la guerra carlista. Los sucesos históricos se juzgan por el resultado. El ejército, en adelante, no se dejará seducir por los ambiciosos, para después ser despreciado por ellos. Si alguno trata de engañar á los oficiales, le volverán la espalda, como ya ha sucedido. ¡Dichosos los jóvenes, que no han conocido los tiempos de tiranía, desorden, oprobio y vergüenza que nosotros los viejos!

En nombre del duque de la Torre, presidente del Poder ejecutivo de la República, que se hallaba en campaña, publicó

el presidente del Consejo de ministros, D. Práxedes Mateo Sagasta, una proclama diciendo que los generales Martínez Campos y Jovellar habían levantado al frente del enemigo la *bandera sediciosa de D. Alfonso de Borbón.* Llamaba al hecho *rebelión que nos deshonraba á los ojos del mundo civilizado.*

D. Francisco Serrano renunció el poder y marchó al extranjero. El 8 de Marzo ofreció ayudar al rey. Algunos progresistas y demócratas se hicieron alfonsinos. Los unionistas ó montpensieristas, todos. A tragar siempre.

El 31 de Diciembre de 1874, comenzó á gobernar el ministerio regencia, presidido por D. Antonio Cánovas, hasta la llegada á Madrid del rey D. Alfonso XII, proclamado por el ejército sin más oposición que los carlistas armados.

A las doce de la noche del 30 de Diciembre oí gritar: ¡Viva Alfonso XII! y me fuí á la cama satisfecho. Al día siguiente leí el nombramiento de los ministros del rey. Uno, autor del manifiesto de Cádiz, deshonró á la madre del nuevo monarca en 1868, otro había sido revolucionario me lancé á la oposición. Sólo seis horas en mi vida, que pasé dormido, he sido ministerial. Por eso me reluce tanto el pelo. A mi inolvidable amigo el marqués de Molins, ministro de Marina, le pedí la gracia por mis grandes servicios á la restauración que hiciera á Borja puerto de mar. Lo esperamos desde Felipe V, que á mis paisanos, partidarios del francés, los saquearon los soldados del archiduque.

Con la restauración poco ganaron los que consideran la milicia como religión de hombres honrados. Continuaron halagados los que se habían sublevado el 54, 66, 68, 73 y 74; á los que pidieron el retiro para cobrar sueldo entero, volver como víctimas, recibir los ascensos que les habían correspondido si hubieran corrido peligros, sin experimentar las escaseces de los que pasaron años á media paga, les llamaban *la invasión de los cucos.* A los que ingresaron en el ejército el 68, echados antes por delitos comunes, los titulaban *la invasión de los tunos.* Siguieron unos y otros en la milicia junto con los que

ascendieron por alfonsinos. Item más: los oficiales carlistas que como Cabrera abandonaron á su rey cuando se convencieron que no vencería, y los hijos de D. Enrique de Borbón.

Como á estos, faltando á una ley, les reconocieron los empleos que les habían dado en las filas de D. Carlos, al ser interpelado en el Congreso el ministro de la Guerra, se excusó, diciendo que era en pago de los servicios que prestó á la libertad la infanta Doña Carlota su abuela. Cuénteselo usted á ella, debieron replicarle.

La Nación seguía pagando los vidrios rotos.

De la revisión de las hojas de servicio nadie se ocupó. Ni pasaron revista de inspección á los regimientos, como se verificó después de los pronunciamientos del 43 y 54 para expurgarlos de los oficiales inútiles ó perniciosos.

Los políticos saben de todo: leyes, hacienda, cánones, náutica, milicia, artes, obstetricia, etc., etc. Su objetivo es pescar una cartera y la cesantía. Nada les importa que haya revoluciones ni la deshonra de la patria. La mayoría cambia de partido como de camisa. Los militares que se dedican á la política dan asco. Uno que era teniente en 1868 y general el 74, al oir que decían el 76 que no era prudente fiarse de un jefe del ejército de malos antecedentes, exclamó:—¡Más confianza que en mí tenía el duque de la Torre, y buena se la hice!—No todos los políticos son malos; á los buenos les sucede como á las señoras modestas y virtuosas: aunque sean hermosísimas no las mencionan los revisteros en los periódicos.

La revolución dañó más á España que la invasión francesa de 1808. Los que causaron tan gran desastre, los que permanecieron pasivos ó indiferentes, los que alentaron á unos y excitaron á otros, los que tenían obligación por deber ó gratitud de defender á Isabel II, de la cual habían recibido mercedes y no lo hicieron, suspiraban por la restauración. No sólo los moderados, sino los exaltados, que no mandaban, conspiraron juntos, incluso el jefe de la partida de la porra, por Alfon-

so XII, con la idea de contribuir á volcar lo que levantasen si no ocupaban los primeros puestos.

Hay una partida de bandidos, ateos en política, que se van y se vienen, hacen y deshacen revoluciones; gente egoísta, malvada, sin pudor ni vergüenza, que adoran al dios éxito y que les son indiferente las calamidades de los demás; aspiran siempre, sin reparar en los medios, á enriquecerse, figurar y gozar. Mientras los hombres de bien, cuya cobardía es proverbial, no los aplasten, nunca lo verificarán, continuarán burlándose de ellos.

Como la moral es la misma en todas las épocas y circunstancias, si bien deseaba la venida de D. Alfonso, no la quería por medio de una sublevación militar, persuadido que la opinión le traería sin remedio, á voz en grito decía que los que cobran de una situación no deben atacarla, sino abandonarla, y libres de todo compromiso hacer lo que les parezca.

No varié de conducta; no contribuí á la venida de Alfonso XII, sino exponiendo mi vida en aras de la amistad; no presenté memoriales pidiendo recompensa. Ni siquiera solicité la banda de María Luisa para mi criada Rosa Torres por los riesgos que corrió sin esperanza de lucro ni ascensos en su carrera. ¡Cuántas se engalanan con la referida condecoración habiéndola ganado menos!

Una de las muchas inconsecuencias de la revolución de 1868, fué cambiar el título á la *Real orden de Damas nobles de la reina María Luisa,* creada por Carlos IV en 1794 para honrar á su fiel consorte, en *Real orden de Damas nobles de España*, aunque había en ella extranjeras. En la *Guía de forasteros* de 1869, borraron el nombre de Isabel II, en pago de que concedió la banda á las esposas de los principales revolucionarios, y dejaron el de la duquesa de Montpensier, que por envidia ayudó á destronar á su demasiado bondadosa hermana. Doña Isabel de Borbón y Borbón aparece en la *Guía* del 71, gracias á la caballerosidad de Don Amadeo de Saboya; en la del 73 al 74 no hay *Damas nobles de España.* Todas plebeyas. Lo que no

podrán quitar á las españolas es la hidalguía, el catolicismo, el valor y el amor á la patria. Por eso odiaban la revolución.

Desde 1868 al 74, se repartieron los demócratas 50 títulos de Castilla, 127 grandes cruces de Carlos III y 712 de Isabel la Católica. Se aristocratizaron.

Si por desgracia hubiera otra *Gloriosa,* no se repetiría que sólo de infantería pidieran la separación del ejército activo más de 3.000 oficiales. Unos Quijotes. Reconocerían el Gobierno. De los escarmentados salen los avisados. Es cuestionable si obraron bien los que abandonaron las filas después de cumplir con su deber. Sólo se debe defender á la patria, una é indivisible. Había en una ciudad de la costa de Levante, muy levantisca, un partidario acérrimo de la restauración. Nombró ésta alcalde á un cacique perpetuo, republicano convertido en monárquico, que dobló la contribución al siempre borbónico, y como se callaba el desengañado, repetía él satisfecho burlándose: «¡Ya no chilla tanto el alfonsino!»

Un coronel, progresista acérrimo, muy enfermo, envidiaba mi color sano y se desesperaba de ver tan bueno á un reaccionario. Le visitaba el médico, que llegó á ministro de la república por ateo y blasfemo. Aunque repetía que era enemigo de Dios, los reyes y la tisis, no curó la que padecía el militar. Pusieron al cadáver del coronel sus cruces y condecoraciones.—¿Para qué, si la caja va cerrada?—pregunté.—Por si la abren—contestó su suegra; temería que el médico, del cual publicaron una caricatura convertido en demonio, se llevara al yerno en cuerpo y alma.

—Si viene Alfonsito tendremos que irnos—dijo en 1874 un general á otro, ambos revolucionarios del 68, y añadió el segundo:—Los generales borbónicos, después de Alcolea siguieron cobrando el sueldo de cuartel; lo mismo haremos nosotros, aunque mande D. Carlos.—Algunos trataron con él, según las cartas que el conde de Belascoain escribió al pretendiente, y éste, falto de delicadeza, entregó para que se publi-

caran con otros documentos asquerosos que compró el Gobierno después de la última guerra civil.

Si me gustara exhibirme, habría dado gracias á los revolucionarios en los periódicos, porque no me rompieron la cabeza. Hablé cuanto se me ocurrió, traté de ser justo y fueron tolerantes conmigo. La revolución del 68 fué más humana que la del 34 al 40. En ésta asesinaron las turbas á los generales Basa, Méndez Vigo, Quesada y Esteller. La soldadesca sacrificó á Cantarac, Ceballos Escalera, Sarfield y coronel Mendívil. En varias poblaciones se degolló á los frailes y á los prisioneros carlistas. Las cobardes represalias eran autorizadas y consentidas por los Gobiernos de ambos partidos. Poco se llevaban.

La revolución ofreció extirpar los abusos y los centuplicó. La Restauración postergó á los leales, y por sistema, de miedo, protegió á los felones. Ni media docena de los coroneles que mandaban regimientos de infantería ó caballería el 68, y no se pronunciaron la inmensa mayoría, llegaron á generales. Morirían rabiosos.

Al que me echó en 1868 de la Dirección de la Guardia civil, progresista el 43, unionista el 66, último ministro de la revolución, traté de felicitarle sinceramente el día de Reyes de 1875. No me recibió.—Vengo á ver al general, me dirijo siempre hacia el Ocaso—dije á su ayudante.

El 9 de Enero de 1875 llegó á Barcelona Alfonso XII en la fragata *Navas de Tolosa*. La gente de orden le recibió con entusiasmo, como iris de paz. El 11 desembarcó en Valencia y el 14 entró en Madrid, á caballo, vestido de capitán general. Opiné debió ostentar las divisas de sargento de infantería, de cuya graduación lo expulsaron, para que no murmurasen de la rapidez de su carrera. Iba rodeado de generales revolucionarios y de los que no defendieron como debían á Isabel II. Cuentan que una niña al ver la comitiva, recordó la de Don Amadeo, y exclamó:—¡Mi abuelito entra con todos los reyes! —El día estaba espléndido, al revés del que hacía cuando re

cibieron al rey de la revolución. En la calle Mayor ví pasar á Don Alfonso. Su juventud inspiraba simpatías. Las ideas monárquicas del pueblo de Madrid se habían enfriado. Sólo se notaba alegría entre las señoras que ocupaban los balcones. No oí un viva. Un aristócrata, gran amigo del monarca italiano, compinche de sus aventuras, exclamó:—Al niño Alfonsito sólo le quieren mujeres y soldados.—Si no le falta valor, le sobra con eso para morir reinando—le repliqué.

El rey debe ser el primer soldado del ejército y dar ejemplo. Su traje oficial es el de la suprema diginidad de la milicia. Ninguno ha llevado la toga del magistrado, aunque en su nombre se administra la justicia.

Varios generales moderados antes, republicanos después, esperaron al rey en Palacio. En él los revolucionarios de levita, de mil cubiertos de plata sólo dejaron cuarenta y uno. Al visitar el magnífico alcázar, me preguntó uno:—¿No se admira usted de ver tan hermosos objetos de arte?—No, señor; los conocía. Lo que me admira es que no los hayan robado.

Prim exclamó:—¡Ay de nosotros, los que tuvimos la honra de preparar la revolución y lanzarnos los primeros para iniciarla, si no supiéramos crear un nuevo orden de cosas, estable y permanente! No sé á qué rincón del mundo podríamos ir á esconder nuestra vergüenza.»—Fué profeta.

El general Caballero de Rodas, sublevado el 68, arrepentido el 73, escribió el 74: «Desgraciadamente han concurrido á formar parte del ejército carlista muchos jefes y oficiales, injustamente olvidados por la revolución; otros se veían postergados, sin más delito que el cumplimiento de sus deberes; otros, conservando sus modestas posiciones á fuerza de buenos servicios, veían alcanzar altas jerarquías á los viciosos, insubordinados y más bullangueros.» Pudo añadir: á los que robaron caudales ó asesinaron á sus jefes.

García Ruiz, ministro republicano unitario, publicó lo siguiente:

«Los pocos que habían aprendido á ser verdaderos federa-

les acudieron á Cartagena á desgarrar la patria, presa por doquiera de la anarquía, que ya se manifestaba con sus incendios y horribles asesinatos en Alcoy, ya con sus deplorables bacanales en Barcelona, ó ya con sus aspiraciones comunistas y atropellos vergonzosos en Valencia y casi toda la Andalucía. Gracias que Aragón y todo el N. N. O. de España manifestaron su jamás olvidado sentido práctico; que si no, la desmembración del país hubiera venido á enrojecer los rostros de los buenos y á deshonrar el nombre español ante la historia.

»El levantamiento de Cartagena, que, entre otras mil vergüenzas, nos hizo pasar por la de ver casi la mitad de nuestra escuadra en poder de alemanes, y una buena parte de ella sumergirse en el fondo del Mediterráneo, concluyó con la especie de dictadura inerte de Pí, á la que siguió el gobierno de Salmerón; pero débil, irresoluto é impotente voluntario ante una cuestión de escuela, reducida á si se podía privar de la vida á un criminal, cuando preciosísima sangre humana regaba abundantemente nuestros campos y calles, tuvo que dejar su puesto á Castelar.

»Los esfuerzos de Castelar no eran, ni podían ser con mucho, bastantes á salvar lá libertad y la patria. La nación en masa maldecía á la situación federal por sus excesos.

»¡Pero qué cuadro más horrible el de la España desde el 23 de Abril de 1873 al 2 de Enero de 1874! Viéronse por doquiera muertes, incendios, devastaciones, luto, escándalos y mil actos atroces y vergonzosos: la guerra civil, tomando pavorosas proporciones, devoraba nuestros tesoros y nuestra juventud. Los carlistas se presentaban tan imponentes como lo habían estado en 1835 y 36.

»La guerra cartagenera, además de contribuir á arruinarnos, nos tenía deshonrados ante el mundo culto. No había un español amante de las glorias de su patria que no llorase por la suerte de ésta y de su integridad.»

Don Emilio Castelar, en las primeras Cortes de la restauración, dijo:

«Ahora estamos aprendiendo nosotros. Hemos aprendido ya que el poder, llámese República ó Monarquía, necesita sus atributos esenciales, sobre todo el de ser obedecido; hemos aprendido que todas las libertades deben existir, pero son como si no fueran cuando falta la seguridad; hemos aprendido que para que haya esta seguridad se necesita un gran ejército (rumores); sí, señores, con infantería, caballería y artillería (risas), y además guardia civil y carabineros, ingenieros y marinos; hemos aprendido que el ejército necesita una gran disciplina, porque no se puede enviar á nadie á que busque la muerte á su frente, si no lleva la muerte á la espalda. (Fuertes rumores.)»

De sabios es mudar de consejo.

UN SOLDADO VIEJO.

PROYECTO DE UN PLAN DE ESTUDIOS

DE SEGUNDA ENSEÑANZA

Se acentúa cada día más la convicción de que nos hace falta una nueva ley de Instrucción pública, y se impone la necesidad de acometer de una vez la reforma de la enseñanza en sus tres grados de primaria, secundaria y superior, porque sólo así, teniéndolo todo á la vista simultáneamente, se pueden distribuir con acierto los estudios, sin cargar demasiado la mano en uno de sus períodos, en tanto que otro permanece pobre. Obra que se hace por fragmentos independientes, carece de unidad en el conjunto.

Pero esta ley no debe ser hechura de un partido político; y sería bueno que la comisión encargada de formularla se compusiese de unos cuantos, muy pocos, hombres competentes en la materia y afiliados á distintas comuniones políticas, ó á ninguna. Además, sería muy conveniente que esta comisión, sin apresurarse demasiado, escuchase y discutiese las opiniones de los que, consagrados á la enseñanza, tuviesen por oportuno aportar, como datos dignos de ser tenidos en cuenta, los frutos de su propia experiencia.

Sólo en este último concepto, y sin pretensión alguna de que mis ideas, aunque arraigadas, sean las mejores, me atrevo á exponer á grandes rasgos un plan de estudios secundarios que me parece satisfaría bastante bien al doble carácter que debe tener este período de la enseñanza, cual es: 1.°, suministrar el grado de *cultura general* de que convendría no careciese ningún ciudadano, y 2.°, proporcionar la *preparación especial* que necesitan los que hayan de estudiar alguna carrera científica ó literaria.

En el plan que voy á exponer á la consideración de las personas á quienes pueda interesar, he procurado huir tanto de la deficiencia de lo que hoy está vigente, como de la exuberancia del sistema del Excmo. Sr. Groizard y otros. Si es verdad que con el progreso de los tiempos ha quedado pobre el cuadro de estudios que hoy seguimos, no es menos cierto, á mi entender, que se debe ser muy circunspecto en la admisión de nuevas materias, so pena de desnaturalizar la segunda enseñanza, sacándola de sus límites racionales.

*
* *

Conforme *en el fondo* con el Sr. Groizard, creo y he defendido siempre que la enseñanza secundaria debe ser *intensiva* y dividirse en *dos períodos*, el segundo bifurcado en las dos secciones de *Letras* y *Ciencias*.

Dicta el buen sentido, y la experiencia confirma, que se aprende con dificultad una materia cuando ésta se da una sola vez y en todos sus detalles, y que además se olvida en los años subsiguientes si de ella no se vuelve á tratar. En las ciencias es frecuente el no poder descender á ciertos desarrollos en un punto dado, sin conocimientos previos y generales acerca de otros que se deben tratar después; en historia se necesitan á cada paso ideas anteriores de conjunto, si se han de poder razonar los sucesos, cuyas complejas causas muchas veces se re-

lacionan con acontecimientos de pueblos que más lejos han de ocupar la atención del lector; en lenguas es perjudicial cansar desde el principio la memoria con excepciones y detalles que no permiten asimilarse el sentido y el alcance de las reglas generales. Es siempre mucho más fructífero hacer primero un estudio somero, que abarque los puntos culminantes, los grandes principios, las reglas más generales, y descender luego, en otro ú otros cursos, á detalles y desarrollos que vayan llenando el cuadro, con lo que, de paso, se recuerda necesariamente lo estudiado el curso anterior ó los cursos anteriores, porque á cada momento se tiene que hacer referencia á los principios, acontecimientos ó reglas generales que precedieron.

Entiendo, pues, que todas las materias se han de ir desarrollando progresiva é intensivamente, formando con cada una de ellas dos ó tres asignaturas sucesivas que, abarcando el conjunto de la ciencia ó arte objeto del estudio, vayan profundizando cada vez más en sus detalles.

La división de la segunda enseñanza en dos ciclos ó períodos, el primero *general* y *especial* el segundo, ya subdividido en dos secciones, me parece no menos conveniente, aunque sé que tiene adversarios. Sin embargo, el establecimiento de estos dos períodos no es más que la aplicación del anterior principio de intensión, puesto que todas las materias del primero (excepto el latín y el francés, excluídos de este período en el plan que voy á exponer) se repiten con más extensión en el segundo, y no debe, por tanto, repugnar la división á los partidarios del desarrollo intensivo de las asignaturas.

Por lo que hace á la subdivisión del segundo ciclo en dos secciones paralelas, aconséjanla varias razones que me parecen muy atendibles. Recomienda en primer término tal bifurcación la homogeneidad, digámoslo así, que convendría existiese en los alumnos matriculados en cada una de las asignaturas latas de este período: el profesor no tiene tanta libertad,

tanto gusto, tanto entusiasmo, para descender á ciertos detalles cuando sabe que una parte considerable de sus discípulos no encuentra interés en ellos, porque le son ociosos para la carrera que han de seguir después. Por otro lado, si, como es opinión corriente y muy fundada, estamos en el caso de aumentar algunas, siquiera sean pocas, materias á las que en la actualidad se cursan, y si todas se deben fraccionar por lo menos en dos años, para que su estudio sea intensivo, resultará uno de estos dos inconvenientes: ó un considerable número de años para hacer el bachillerato, ó un recargo mental muy superior al que actualmente deploramos.

El recurso de las asignaturas alternas en manera alguna resuelve la dificultad. Por lo que respecta á las materias añadidas, es evidente que suponen aumento de lecciones y de estudio; y de las que son ahora diarias, algunas, aunque se repartan en dos cursos, exigirán más tiempo del que al presente se les consagra, y no podrán por lo mismo ser alternas, como, por ejemplo, el latín, la física, las matemáticas, que se pasan hoy demasiado deprisa para que pueda haber verdadero aprendizaje.

Si se quiere una enseñanza más sólida y á la vez más reposada que la actual, una enseñanza que eduque sin agoviar á nuestra juventud, se impone como una necesidad la subdivisión del segundo período en dos secciones. La única objeción que, con algunos visos de fundamento, puede hacerse á esta bifurcación, me parece ser la de los que arguyen que eso obligaría á los jóvenes á decidirse demasiado pronto por una carrera; pero conviene fijarse en que las vacilaciones de las familias no provienen de que á los catorce y aun á los doce años de edad no estén perfectamente manifiestas las aptitudes y aficiones *literarias* ó *científicas* de los niños (único punto que habría que resolver en realidad, puesto que dentro de cada sección caben diferentes carreras), sino del dudoso y muy problemático porvenir que en nuestros días ofrecen todas ellas en general, por la gran competencia que resulta del excesivo nú-

mero de individuos que en las mismas buscan su modo de vivir, con vocación ó sin ella. Los que por falta de recursos tienen que dedicarse á un oficio, que son los más, deciden más temprano su definitiva profesión, entrando en los talleres como aprendices cuando los de posición acomodada ingresan en los Institutos.

Por otra parte, poco significa el retraso de uno ó dos años (á lo sumo tres, en mi plan) que pudiera originar el cambio de vocación; no faltarían ciertamente muchos que, para tener abiertos más amplios horizontes, estudiasen las dos secciones seguidas (ocho años, y aun menos, utilizando la enseñanza libre). Por último, no se debe perder de vista que, si conviene facilitar el estudio del período general como medio de cultura y preparación para profesiones, escuelas de Artes y Oficios, etcétera, no hay que ser pródigo en dar facilidades para las carreras, si se quiere desviar un paso de ellas la invasora corriente de medianías, y aun nulidades, para quedarse con los que tienen verdaderas aptitudes.

***

Antes de presentar el cuadro de asignaturas y hacer de él un ligero análisis, quiero manifestar las condiciones generales que he creído deber imponerme como pie forzado, no sólo para conformarme con el número de catedráticos actuales (restableciendo, sí, el suprimido de matemáticas, que es absolutamente indispensable), sino también para uniformar en lo posible el número de clases al día y las horas de trabajo mental de los alumnos, así como la obligación diaria de todos los catedráticos, evitando el injusto recargo de alguno que otro. Estas condiciones generales son las siguientes:

1.ª Los alumnos tendrán en cada curso cuatro asignaturas, dos de ellas diarias y una alterna, de lo que resultan tres lecciones al día y cuatro horas y media de cátedra, por ser invariablemente de hora y media la duración de cada una. No

se cuenta el aumento de hora y media diaria durante los dos primeros años, para el dibujo (una hora) y la gimnasia (media hora), porque son materias que no sólo no fatigan el espíritu, sino que sirven de descanso á los trabajos mentales.

Una sola excepción hay, la del cuarto año, sección de Letras, en que sólo resultan tres ó dos lecciones al día, alternativamente, con cuatro y media ó tres horas respectivamente de clase. Pero no he hallado medio de hacer diaria, como hubiera deseado, la asignatura de Historia general, sin recargar al catedrático.

2.ª Todos los profesores, que ingresarán con 4.000 pesetas de sueldo, tendrán dos clases al día ó sean tres horas de lección, para lo que estarán encargados de dos ó más asignaturas análogas.

Sólo resulta una excepción á favor del que dé las matemáticas elementales, el cual no tendrá más que clase y media. Para igualar con el trabajo de los demás el de éste (que, por supuesto, alternaría con su compañero), hubiera sido necesario hacer diaria la asignatura de Nociones de Geometría y Dibujo lineal, lo que habría desnivelado, con recargo, la tarea de los alumnos de segundo año.

Nada tengo que decir en apoyo del número de asignaturas, lecciones al día y horas de clase que en este plan se imponen á los alumnos, porque creo haberme colocado en un justo medio, y me parece que nadie hallará exageración en más ni en menos. Pero necesito justificar el aumento de trabajo que pido á los catedráticos duplicando el tiempo de clase.

Es éste uno de los puntos esenciales de mi proyecto; y mientras no se quiera entrar por este camino, creo que fracasarán todos los planes de mejora material, ó al menos ésta será mezquina. Me parece que no puede aducirse ninguna razón de peso contra el desempeño de dos cátedras diarias por cada profesor. No es sostenible la idea de que tres horas diarias de lección, con la preparación precisa, sea un trabajo ex-

cesivo, y la prueba está en que todo catedrático que tiene ocasión de dar lecciones particulares en materias permitidas por la ley, como son las asignaturas de lenguas vivas, no las desaprovecha, y son muy numerosos los profesores privados que dan seis y más horas de lección al día (1). Además, los actuales auxiliares y supernumerarios se ven con frecuencia precisados á dar tres y aún cuatro lecciones, cuando coinciden clases vacantes con las sustituciones por enfermedad, lo que supone cuatro y media y aún seis horas de trabajo.

No vayamos á buscar comparaciones con países extranjeros cuya prosperidad contrasta con la pobreza actual del nuestro; España no puede ser espléndida con sus catedráticos, pero nosotros podemos ofrecerle más trabajo para ahorrarle personal, y entonces nos atenderá mejor.

No estará de más añadir que, aunque en los países florecientes se paga á los profesores bastante mejor que en el nuestro, se les suele exigir, al menos á los de segunda enseñanza, mucho más trabajo que á nosotros.

Esta acumulación de asignaturas me parece, por lo demás, una necesidad ineludible, si es que queremos mejorar la enseñanza, diluyendo por lo menos en dos cada una de las asignaturas de ahora, y añadiendo alguna que otra nueva, como propongo en el plan que voy á desarrollar, el cual exige que se duplique el número de catedráticos ó el trabajo de cada uno de los actuales. Lo primero es imposible; lo segundo, por el contrario, es hacedero. Después de todo, vengo á coincidir aquí también con el Sr. Groizard, puesto que sólo necesito cinco catedráticos de Letras y otros cinco de Ciencias, con la misma gratificación de 1.000 pesetas que señaló aquel ministro para dos acumulaciones.

Quiero anticiparme, no obstante, á la objeción de que el

(1) Tengo actualmente noticia de algunos que suman diez y aun doce horas de trabajo, entre diferentes colegios.

aumento de 1.000 pesetas no puede prosperar, no sólo por la actual penuria en que nos encontramos, sino también porque no parece regular que los catedráticos de segunda enseñanza ingresen con sueldo superior al de los de facultad. Ambas razones son atendibles, pero no suficientes para desechar este aumento definitivamente y para siempre. La segunda, por lo menos, perdería su fuerza, si, haciendo las reformas simultáneamente en los tres grados de la enseñanza, como he dicho al principio, á fin de enlazar el progreso ascendente de los estudios, se exigiese también más trabajo á los catedráticos de las Universidades, puesto que, al fin y al cabo, si España es pobre para los unos, lo es no menos para los otros. Entonces podría disminuir el número de profesores de facultad y escuelas superiores, poniendo á cargo de cada uno clase y media, por ejemplo, y amortizando las vacantes. Aun los que al presente gozan del privilegio de tener sólo una lección alterna, aceptarían gustosos (hablo en general) una diaria y otra alterna, con el mismo aumento de 1.000 pesetas sobre el sueldo que hoy disfrutan.

Y volviendo á los de segunda enseñanza, á que se limita mi trabajo, me parece que cabría el temperamento de reconocer en la ley el derecho á las 4.000 pesetas, para cuando lo permitiese la situación económica del país, percibiendo por ahora sólo una gratificación de 500.

Todas las asignaturas serán obligatorias, incluso el dibujo y la gimnasia; pero esta última será puramente práctica y no tendrá exámenes.

* * *

He aquí ahora el cuadro de asignaturas, expresando en él con las iniciales *D* ó *A*, á la izquierda de cada una de ellas, si es *diaria* ó *alterna*, y á la derecha qué profesor está encargado de su desempeño, designando á cada uno de ellos con una letra del alfabeto:

PRIMER PERÍODO.—ESTUDIOS GENERALES

Primer año.

D. Elementos de Gramática general y castellana	A.
A. Nociones de Lógica y Moral cristiana.....	B.
D. Elementos de Aritmética y Contabilidad.....	F.
A. Nociones de Geometría y Dibujo lineal.....	
D. Dibujo de figura....	K.
D. Gimnasia higiénica.....	L.

Segundo año.

A. Nociones de Geografía é Historia.....	E.
A. Nociones de Derecho usual.	B.
D. Elementos de Física y Nociones de Química.....	G.
D. Elementos de Historia natural é Higiene	H.
D. Dibujo de figura.....	K.
D. Gimnasia higiénica...	L.

SEGUNDO PERÍODO.—ESTUDIOS ESPECIALES

SECCION DE LETRAS

Primer año (tercero del bachillerato).

D. Elementos de Lengua latina.....	C.
D. Preceptiva literaria (Retórica)	D.
A. Geografía general y de España	E.
A. Elementos de Filosofía..... ...	B.

Segundo año (cuarto del bachillerato).

A. Elementos de Lengua francesa.....	A.
D. Ampliación del Latín.....	C.
A. Historia general.....	E.
A. Ampliación de la Filosofía.....	B.

Tercer año (quinto del bachillerato).

A. Ampliación del Francés.....	A.
D. Clásicos latinos.....	D.
A. Historia de España.....	E.
D. Repaso para el grado.....	Auxiliar.

SECCIÓN DE CIENCIAS

Primer año (tercero del bachillerato).

D.	Elementos de Lengua latina	C.
D.	Aritmética y Algebra	I.
A.	Ampliación de la Química	J.
A.	Organografía y Fisiología	H.

Segundo año (cuarto del bachillerato).

A.	Elementos de Lengua francesa	A.
D.	Geometría y Trigonometría	I.
D.	Agronomía é Industrias	G.
A.	Ampliación de la Historia natural	H.

Tercer año (quinto del bachillerato).

A.	Ampliación del Francés	A.
D.	Ampliación de la Física	J.
A.	Cosmografía y Física del globo	J.
D.	Repaso para el grado	Auxiliar.

*
* *

Echando una ojeada comparativa al cuadro de asignaturas que precede, se observará que en el primer año de estudios generales están repartidas por igual las letras y las ciencias, pero que en el segundo son alternas las primeras y diarias las segundas, que tienen más directa aplicación á los usos de la vida y que preparan para los estudios de muchas carreras breves y modestas, así como para las escuelas de Artes y Oficios.

Los conocimientos que comprende este período deben considerarse como suficientes para los que no hayan de seguir carrera literaria ni científica.

Los que se propongan estudiar la Facultad de Letras, la de Derecho, el Notariado, etc., tienen también los estudios científicos necesarios con los del período general. Es preciso

huir de exageraciones y observar que, salva la Agricultura (que durante mucho tiempo no se ha exigido) y media clase de Geometría, las asignaturas de ciencias comprendidas en este período son las mismas y de la misma duración que ahora en el bachillerato único, y ya he hecho notar, además, que en el segundo año se da algún mayor desarrollo á las ciencias que á las letras.

Y por lo que hace á los que quieran seguir las Facultades de Ciencias, Medicina ó Farmacia, no sólo no pierden aun cuando las letras en el período general estén algo menos desarrolladas que las ciencias, porque una importante parte de las asignaturas de aquella sección (un curso diario de latín y dos alternos de francés), se hallan también incluídos en los tres años de la sección científica. Cierto es que estos alumnos no cursan ninguna asignatura expresamente de retórica; pero en cambio han de hallar suficientes modelos literarios en los trozos castellanos, latinos y franceses que tendrán que estudiar ó traducir y analizar en cuatro años de estudios gramaticales.

Para ser admitido á la segunda enseñanza bastará presentar certificado de haber aprobado la primera enseñanza superior, aboliéndose el actual examen de ingreso, que en realidad apenas sirve para nada.

Al finalizar el primer período se puede expedir un título de *Grado de Estudios generales*, exigible para emprender las carreras que no necesitan conocimientos superiores, de que antes hice mención, como son las de telégrafos, aduanas, ayudantes de obras públicas, peritos mecánicos, ídem químicos, y, en general, para matricularse en toda suerte de estudios profesionales. Podría también pedirse este grado para obtener ciertos cargos oficiales, como empleos, y asimismo convendría se hiciese indispensable su posesión para seguir cualquier carrera militar, sin perjuicio de la preparación especial que actualmente se exige para el ingreso en las academias militares. No es posible poner en duda que por semejan-

tes medios se generalizaría extraordinariamente la cultura, no sólo en las clases no pudientes, sino también en la media, y se elevaría de una manera notable en poco tiempo el nivel intelectual de nuestro pueblo.

Pero es preciso advertir que para extender así el radio de los *Estudios generales*, habría de darse la enseñanza de este primer período en condiciones muy distintas de las del segundo ó de las en que hoy se explican las asignaturas del bachillerato: libros poco, muy poco voluminosos, exentos de demostraciones abstractas, ricos en ejercicios, problemas y cuestiones prácticas, y además de reducido precio. Por último, habrían de ser muy módicos los derechos de matrícula en este período de la segunda enseñanza.

***

El número de asignaturas del segundo período es idéntico en las dos secciones, aunque con media clase menos en el segundo año de Letras que en el de Ciencias, por no haber querido recargar al catedrático de Historia con una lección alterna de más, según se hizo antes observar.

En los Elementos de Lengua latina y los dos cursos de Francés, que son comunes á las dos secciones, estarán reunidos los alumnos de ambas.

En este plan, como puede observarse, he atendido con sumo cuidado el estudio de las lenguas, cuyo encadenamiento, dicho sea de paso, es evidente con la sola inspección del cuadro. Pero es necesario fijarse en una circunstancia importante en cuanto al plan de exposición. Informado todo mi sistema en el método intensivo, hay que abandonar el antiguo procedimiento de dar sucesivamente y completas las diferentes partes de la gramática; y en los cursos elementales, que no por ello deben dejar de ser completos, hay que ver un poco de todo, y ha de abordarse aun la sintaxis, haciendo aprender de

ella lo más general y urgente para estar en disposición de traducir siquiera trozos sencillos, cuidadosamente rebuscados y escogidos con acierto. Y tanto mejor si los profesores, imbuídos en los modernos procedimientos fonéticos, dan á la enseñanza oral de las lenguas la importancia que debe tener, sobre todo en el francés, como lengua viva incluída en este plan de estudios (1).

Esta lengua queda lo mismo que ahora, por lo que hace al número y sucesión de clases: dos asignaturas alternas en cursos consecutivos. Es tiempo muy suficiente para dominarla, si se tiene en cuenta que ha precedido el curso elemental de Latín y el de Gramática general y Castellana, ambos de lección diaria.

La última de estas dos asignaturas, primera de la segunda enseñanza, merece, por su gran importancia, que se le dediquen aquí algunas líneas. No se trata, al decir *Gramática general*, de exponer á los niños los principios filosóficos del lenguaje, como por el nombre podría tal vez entenderse, sino tan sólo las *generalidades de gramática* que son indispensables para estudiar cualquier idioma de un modo racional. En esta asignatura se ha de formar el alumno, con definiciones seguidas de ejemplos y variados ejercicios en castellano, claro concepto de las más ó menos bien llamadas partes de la oración (clases de palabras) y de su oficio en ella, aprendiendo á distinguir sin vacilaciones el sujeto, el complemento directo, sin confundirlo con el indirecto, los circunstanciales, etc.

Esto, hecho precisamente sobre el castellano, se conseguirá más pronto y con menos fatiga que simultaneándolo con el latín, como se hace ahora, porque sólo habrá que pensar en el

(1) Es fácil estar al corriente de estos procedimientos de enseñanza, puesto que la cuota anual que se satisface en la *Association phonétique des Professeurs de Langues vivantes* se limita á cinco francos para los socios *activos*, que reciben mensualmente tres ejemplares de la Revista, y tres francos para los *adherentes*, que sólo reciben un ejemplar.

concepto, sin el trabajo de memoria que supone el recordar al mismo tiempo las formas de la inflexión latina. Y viceversa, cuando se inicie el estudio de esta lengua, toda la atención se podrá concentrar en las voces y sus desinencias, porque, conocido su valor analógico y sintáxico, será fácil aplicar los casos y los tiempos.

Por otra parte, las generalidades de gramática, puestas en la primera asignatura de lenguas y precisamente en la castellana para que, con ejemplos castellanos y, por tanto, sin dificultades de interpretación, se comprenda bien el valor y oficio de cada palabra, tienen la importante misión de acabar con el embrollo, que resulta para los jóvenes, de las múltiples definiciones que cada autor da á su manera. Las gramáticas latinas y francesas destinadas á la segunda enseñanza deberían respetar las definiciones dadas en la castellana como generales, lo que, además de fijar más y más su concepto, ahorraría el tiempo que actualmente se pierde en hacer olvidar aquéllas y aprender otras nuevas cada vez que se hace el estudio de una lengua.

No se me oculta que esto obligaría á todos á someterse á las deficientes y muchas veces viciosas definiciones de la Academia Española, cuya gramática es de rigor en la asignatura de castellano. Pero este inconveniente, que la docta Corporación podría evitar revisando y corrigiendo un libro que tanto curso tiene en España y en América, se atenuaría desde luego haciendo cada profesor las ligeras modificaciones que fuesen *indispensables*, como, por ejemplo, separar del pretérito imperfecto de subjuntivo la forma terminada en *ría*, para hacer con ella el condicional, que exige el francés; diferenciar los adjetivos de los pronombres demostrativos, etc.

Entrando en otro orden de consideraciones, sé que algunos me dirán que no puede aprenderse bien el castellano sin el latín. Es ésta una opinión que he oído sostener muchas veces, y con la que no estoy de acuerdo; lo cual dista mucho de suponer que la lengua clásica romana no sea de precioso valor para conocer la nuestra á fondo. Pero se puede hablar con

toda perfección el castellano sin conocer el latín; y en nuestros días, de positivo decaimiento de esta lengua, estoy bien seguro de que la ignoran algunos, quizá muchos, escritores y escritoras contemporáneos muy correctos y castizos; y, por otro lado sería muy aventurado afirmar que escriben bien el castellano todos los que poseen á fondo el latín, porque se encontrarían muchas excepciones.

Enhorabuena que los alumnos del segundo período aquilaten con aquella lengua el castellano; los del primero aprenderán éste mucho mejor estudiándolo directamente y empleando en ejercicios prácticos de lectura y de composición el mucho tiempo que invierten hoy en estudiar declinaciones y conjugaciones exóticas para ellos. Y por lo que hace á la parte práctica del idioma, lejos de estar desatendida en los tres últimos años de las dos secciones, no puede dejar de cultivarse en ninguno de ellos, si los profesores de Latín, Francés, Preceptiva literaria y Clásicos, cuidan de que sus discípulos hagan frecuentes traducciones por escrito, traducciones cuyo estilo castellano sea escrupulosamente revisado y corregido.

Con la omisión de la lengua latina en el primer período, deben darse por satisfechos los partidarios del bachillerato sin latín; aquellos dos primeros años constituyen, en efecto, un pequeño bachillerato sin clasicismo. Muy conforme con los que han dado la voz de alerta contra ese empeño de hacer estudiar latín á todos los alumnos de segunda enseñanza (y casi todos se quedan sin aprenderlo), yo creo mucho más procedente que lo estudien un número limitado, pero que éstos lo estudien de verdad. En el período de Estudios generales el latín sería un estorbo, y considero necesario suprimirlo.

En cambio es indispensable en los Estudios especiales ó preparatorios, y muy principalmente en la sección de Letras. Creo que los latinistas me perdonarán la supresión de esa lengua muerta en el primer período, ya que en el segundo le doy un desarrollo bastante superior al que tiene actualmente y al que se le concedía en el plan Groizard. En lugar de las cua-

tro asignaturas alternas de este último, ó las dos diarias de hoy, siempre con la denominación de Latín y Castellano, yo pongo cuatro diarias, equivalentes á ocho alternas, que se suceden en el orden ascendente que sigue: 1.°, Elementos de Gramática general y castellana; 2.°, Elementos de Lengua latina; 3.°, Ampliación del latín, y 4.°, Clásicos latinos. En esta última asignatura se ha de hacer el análisis literario de los autores que se traduzcan.

Poco necesito decir en lo relativo á las demás materias. Los estudios geográfico-históricos, que principian en el segundo año, se continúan sin interrupción en los sucesivos de la sección literaria. Reunidas la Geografía y la Historia en la primera asignatura, cual corresponde al estudio general y somero de materias afines, se separan después, ampliándose. Resultan cuatro asignaturas alternas, esto es, una más de las que hoy se consagran á estos estudios, lo cual se puede dar por suficiente, si bien yo hubiera preferido hacer diaria la del segundo año (cuarto del bachillerato), á haber sido esto posible sin recargar de trabajo al catedrático.

Entiéndase que la Geografía, que debe ser esencialmente descriptiva y política, admite, sin embargo, muy bien en mi plan las sencillas nociones de Cosmografía, que es costumbre incluir en esta asignatura con el nombre de Geografía astronómica, por cuanto han precedido en el curso anterior las nociones de Geometría. No obstante, conviene ser parco en esto, atendida la edad de los alumnos. Y por lo que hace á la parte Física, debe limitarse á la explicación de los accidentes de la superficie terrestre de que se necesita algún conocimiento para hacerse cargo de la distribución de las aguas y las tierras, sistemas orográficos, etc., pero sin entrar para nada en lo que se relaciona con la Meteorología. De este modo no quedan desprovistos de nociones de Astronomía los que sigan la sección de Letras; que para los de Ciencias ya hay en el último año una asignatura especial de Cosmografía y física del Globo.

Algo es forzoso decir acerca de la Filosofía, que algunos quisieran ver enteramente desterrada de nuestros Institutos. No soy yo de este parecer, y creo que se deben consagrar á estas materias siquiera las tres asignaturas alternas que he fijado, con las que se viene á mirar bastante bien el Derecho usual, resultando en definitiva cuatro asignaturas alternas de estudios que pudiéramos llamar *filosófico-sociales* si no resultase demasiado pretencioso el nombre. Estas cuatro asignaturas, á cargo del mismo profesor, van seguidas en años concutivos.

Al que me objete que semejantes materias no deben abordarse en el primer año, les contestaré que la asignatura de *Nociones de Lógica y Moral cristiana* no puede ofrecer ninguna dificultad en su primera parte, que, limitada, ó poco menos, á la Dialéctica, es un estudio tan sencillo como la Gramática, con la que tiene relaciones estrechas y puede muy bien marchar de pareja. Y en lo que respecta á la segunda parte, ¿quién, al reflexionar en el decaimiento moral que tan hondamente perturba nuestra sociedad, puede encontrar ocioso el que se procure levantar el espíritu y formar la voluntad inspirándose en la sublime moral cristiana? Esta asignatura puede, hasta cierto punto, servir de preparación á la de Derecho usual del siguiente año.

Desde un punto de vista general se observará que en todos los años de la sección de Letras se simultanean estudios de *Lenguas*, *Letras* y *Filosofía* (ésta en el quinto año se halla comprendida en el *Repaso para el grado)*.

El grado de Bachiller en Letras se ha de exigir para emprender los estudios de las facultades de Letras y Derecho, como ahora, así como para las carreras del Notariado, Diplomática, etc., sin perjuicio de los cursos preparatorios existentes en la actualidad.

***

Por lo que hace á la sección de Ciencias, poco hay que advertir aquí, porque es evidente el encadenamiento y lógica sucesión de sus asignaturas.

En lo referente á las Lenguas es aplicable lo dicho para la sección de Letras, puesto que, salva la omisión de la Ampliación del Latín y los Clásicos latinos, se dan aquellas en las mismas condiciones para una y otra sección, como que son asignaturas en que reciben juntos la enseñanza los alumnos de Letras y los de Ciencias.

Las dos asignaturas latas de Matemáticas vienen preparadas por las dos correspondientes del primer período; conocidos ya los principios y dominada la práctica de las operaciones fundamentales con números enteros y fraccionarios, así como los principios generales de Geometría y Dibujo, se pueden abordar con pie seguro las principales demostraciones matemáticas, sin abrumar, como hoy, á los niños que, sin preparación previa, encuentran serias dificultades para seguir los lógicos razonamientos de las ciencias exactas. No hay que echar en olvido que al estudio de estas dos asignaturas, suficientemente latas para la segunda enseñanza, han precedido las nociones de Lógica, que, sin Psicología, como queda ya dicho, han podido ser muy bien aprendidas en el primer año.

La Física y la Química separadas pueden recibir una sólida ampliación después de la asignatura de elementos y nociones de estas dos ciencias unidas, en el segundo año, análogamente á lo que se hace con la Geografía é Historia. Se da ya en el tercero la Ampliación de la Química, á la que bastan y sobran, para comprender los caracteres físicos de los cuerpos, los conocimientos de Física adquiridos el curso anterior, y para resolver problemas los Elementos y práctica de Aritmética del primero. La Ampliación de la Física se relega al último año para que hayan precedido no sólo todos los de Mate-

máticas, sino también la Química ampliada y todas las asignaturas de Ciencias naturales, con lo que se podrá obtener un brillante resultado en esta importante materia, que de otro modo se domina difícilmente.

La Organografía y Fisiología, de que ya se tiene alguna noticia por los elementos de Historia natural del curso anterior, preparan para el siguiente la ampliación de esta ciencia, que ya tiene muy suficiente base física desde el segundo año, y va precedida de toda la enseñanza de Química (inorgánica y orgánica), de que tanto ha menester aquélla.

Lo mismo hay que decir de la Agronomía é Industrias, que presupone, en primer término, más que medianos conocimientos químicos, y tiene los suficientes de Física é Historia natural con las asignaturas del segundo año. Los catedráticos de ciencias naturales no tienen, pues, que perder tiempo, como hasta ahora venía sucediendo, en dar nomenclatura química y anticipar otros conocimientos que corresponden á las ciencias físico-químicas.

La Cosmografía se puede dar ampliamente, porque se halla en su verdadero lugar, que es el último año.

Si se echa ahora una mirada de conjunto á los estudios que comprende la sección de Ciencias, es fácil notar que en todos sus años se simultanean asignaturas de *Lenguas*, *Matemáticas* y *Ciencias físico-naturales* (las Matemáticas van incluídas, para el quinto año, en el *Repaso para el grado)*.

El grado de Bachiller en Ciencias puede servir de preparación exigible, no sólo, como ahora, á los que hayan de seguir después las facultades de Ciencias, Medicina y Farmacia, sino también á los que piensen emprender las diferentes carreras de Ingenieros y Arquitectura, puesto que supone estudios más completos y conocimientos más sólidos que los que adquieren

nuestros actuales bachilleres. Esto, por supuesto, no quiere decir que dicho grado pueda reemplazar los cursos preparatorios actualmente existentes en las facultades, ni menos el examen de ingreso en las escuelas especiales; semejantes estudios previos representan una *preparación especial,* que no debe confundirse con la *general*, que da el grado de Bachiller en Ciencias.

***

En contraposición á lo dicho arriba con referencia á los estudios del primer período del bachillerato, los del segundo han de revestir un carácter literario ó científico más riguroso, sin rehuir las demostraciones abstractas ni las cuestiones que no se traducen directamente en aplicaciones prácticas. Sin embargo, nunca se recomendará bastante la cautela que se debe tener aun aquí para no excederse en la extensión de los programas, y el exquisito cuidado con que se han de elegir las materias, para no hacer perder á la segunda enseñanza el carácter de elemental, de muy elemental me atreveré á decir, que debe imperiosamente ofrecer, aun en sus asignaturas de ampliación.

Los derechos de matrícula en este período pueden recargarse tanto como se hayan rebajado los del primero. Pero habría que establecer un sistema bien entendido para conceder matrículas gratuítas á los alumnos pobres que hubiesen demostrado en los estudios generales capacidad y aplicación.

Por lo que hace á las cátedras desempeñadas en calidad de acumulación, las he distribuído entre los profesores de la manera que me ha parecido más lógica y oportuna; pero esta distribución no debe ser imperativa por el momento, y provisionalmente sería menester atenerse á las aptitudes y aficiones particulares de cada uno de los actuales catedráticos.

Tomás Escriche.

CRÓNICA LITERARIA

Dos novelas: La Tierra de Campos, por D. Ricardo Macías Picavea —Cartucherita, por D. Arturo Reyes.

En la crónica anterior hablé de un nuevo novelista: el señor Unamuno, autor de *Paz en la Guerra*. De otras dos obras de escritores nuevos en este género—*La Tierra de Campos*, de D. Ricardo Macías Picavea, y *Cartucherita*, de D. Arturo Reyes—he de decir ahora algunas palabras. Decididamente se dan novelistas en esta temporada literaria, tan mala para los dramaturgos.

El Sr. Macías Picavea hace sus primeras armas en la novela con *La Tierra de Campos*. No es, sin embargo, un desconocido. Traductor de Quinet, autor de varios trabajos estimables, catedrático, hace años, de un Instituto de provincia, el Sr. Macías no lleva por primera vez su nombre á las prensas españolas. En su novela se advierte esa sólida preparación que da para cualquier clase de trabajos literarios la cultura, la educación del gusto, el comercio frecuente con los grandes maestros de las letras.

Cuenta el autor de *La Tierra de Campos*, en la introducción de este libro, que habiendo venido á sus manos ciertas

notas y observaciones de un su amigo, difunto, sobre la tierra y los hombres de Castilla, ocurriósele á aquel hacer con estos materiales una novela castellana, á lo cual le animaron calurosamente otras personas que de aquellos apuntes tenían conocimiento. Este relato es, por las trazas, una ficción literaria de que el autor se vale para explicar, como luego lo hace, que en su obra lo principal es la observación de la realidad, y lo secundario la ficción novelesca.

Y así es, en efecto. El Sr. Macías Picavea pinta admirablemente el paisaje castellano, traza con vigor y colorido la figura del campesino de Castilla, con su «pátina terrea», como dice el novelista, pero en su obra la acción es muy inferior á las descripciones de lugares y tipos.

Casi todos los personajes de la novela están bien concebidos, así como la mayoría de las escenas. En la combinación de estos elementos, ó sea en la composición general de la fábula, es donde se echa de ver la natural inexperiencia del autor como novelista. Pero si el conjunto de su obra presenta defectos; si en él no están fundidos los materiales novelescos de manera que, encubriendo la ficción que los une, se presenten como partes vivas de una acción real y verdadera, no por esto deja de interesar el libro, y, sin duda alguna, contiene páginas hermosas y acabadas. Apelando á un símil arquitectónico, es un edificio algo defectuoso, construído con bellos y sólidos materiales.

Bellos y sólidos, porque á más del instinto estético que adivina la belleza y espontáneamente la reconoce, posee el Sr. Macías esa educación del espíritu, esa *discreción literaria* que evita lo grotesco y lo amanerado, que huye lo mismo de la afectación culterana que de la vulgaridad, y sabe dar á cada personaje y á cada escena el colorido oportuno. Gran cualidad, aunque modesta, pues en los momentos mismos en que el ingenio del autor no logra elevarse con las alas de la inspiración á las altas cimas del arte, le mantiene á un nivel decoroso, en un justo medio digno de estima y aun de alabanza.

Que el Sr. Macías Picavea siente la poesía natural de la llanura castellana, lo demuestran dos admirables pasajes de su libro: la pintura que hace de un crepúsculo vespertino en los áridos campos que rodean á Valdecastro (lugar principal de la acción) y el cuadro que traza del despertar de la Naturaleza en una mañana de invierno. Ambos son verdaderos trozos de poesía descriptiva en prosa, páginas que pueden sostener la comparación con las de Pereda, el gran paisajista de la montaña.

Entre los personajes de la novela, algunos son algo borrosos. Otros recuerdan, en perjuicio suyo, pues no los superan ni aun igualan, á los de *Doña Perfecta* de Galdós. Tales son, por ejemplo, Doña Presentación y Mariquita, que es la Rosario de esta historia, cuya acción tiene alguna semejanza en la lucha de pasiones con la de aquella novela, si bien no termina con un desenlace trágico como el que tan admirablemente presentó Galdós en su libro, primero, y después en el teatro. Pero en la parte genérica de los tipos castellanos, en el carácter de raza y de región (superior por lo que toca á la ejecución artística á la parte individual), la pintura es tan expresiva como la de los paisajes de la tierra de Campos. Aquellas figuras de labriegos y de hidalgos campesinos, en que aún alienta poderosa la herencia histórica, á pesar de los cambios acumulados por la sucesión de los tiempos, tienen cierta dignidad nativa que las hace grandemente simpáticas.

El personaje que más me agrada en esta novela es D. Ildefonso Bermejo. Es la figura más *castellana,* más austera y de mayor relieve de las que intervienen en la acción de *La Tierra de Campos*. El Sr. Macías da muestras de sagacidad psicológica al expresar el carácter de las convicciones políticas de Bermejo. Era la suya—dice—no una política, sino una mística. Así han sido los tipos más puros de nuestra política, no cultivada sólo por utilitarios, como piensa el vulgo, sino también por idealistas. Caracteres íntegros, espíritus sinceros, corazones entusiastas, pero hombres funestos muchas veces, fanáti-

cos de una idea, tercos é intransigentes, que á fuerza de divagar por la región de sus principios, se olvidaron de que la historia de los pueblos se hace á retazos y tropezones, con arreglos y componendas, sobreponiéndose á cada momento el *vivir* al *filosofar*.

Tipos son éstos que van desapareciendo, y que, perdidos entre los representantes de las generaciones nuevas, semejan los últimos ejemplares de una especie que ya no se reproduce y está, por tanto, condenada á extinción próxima é inmediata. Así ocurre en *La Tierra de Campos*, dentro de la esfera limitada en que la acción de este libro se desenvuelve. D. Ildefonso Bermejo ve acabar en él la intransigencia de su raza. Esto es lo que da una melancólica poesía á la última escena del libro, en que el citado personaje de la novela se deja llevar, campo atraviesa, por su caballo, dejando atrás la lucha política, en que es derrotado su bando, como si quisiera buscar en la soledad y tristeza de la llanura el ambiente acomodado á la soledad y tristeza de su espíritu.

La crítica ha hecho algunas objeciones á esta parte del libro, por entender que no se explica bien el estado de ánimo de Bermejo. A mi juicio, el novelista deja entender lo bastante, y lo que queda en una discreta penumbra no es necesario precisarlo. El viejo Montesco comprende que ha terminado su papel, al ver á su hijo pasado al bando de los Capuletos por la boda con la heredera de los Garzones, la familia enemiga. En su alma de fanático debe aparecer aquella boda como una defección, como un abandono, aunque el amor paternal se niegue á confesarlo. Y á este dolor se une el del alejamiento de la compañera de sus años de vejez—querida ó amiga, poco importa que el novelista no lo determine—viniendo á aumentar la soledad interior en que está sumido.

Tiene esta escena cierto tinte shakespeariano, en la medida que es posible lo haya dentro de la prosáica existencia de un cacique de Castilla. En algún momento recuerda Bermejo, aunque remotamente, al rey Lear; por supuesto, á un rey

Lear burgués, que calza zueco en vez del coturno trágico. Así son las tragedias de la vida real, rara vez limpias de toda prosa, casi siempre mezcladas con elementos pedestres y vulgares, y en cuyos actores lo trágico aparece como accidental y episódico.

Tratándose de una novela *castellana*, parece más indispensable que en otra alguna lo castizo del lenguaje. Castizo es, en efecto, el de *La Tierra de Campos*, y tiene, en la introducción sobre todo, y en las descripciones, corte cervantino. Acaso da el autor demasiada familiaridad á la frase en algunos pasajes, creyendo evitar así la afectación. No olvide, sin embargo, que los extremos se tocan, y que la exagerada llaneza puede resultar también artificiosa y afectada.

En resumen, *La Tierra de Campos* es una novela que merece leerse. Hay en ella algunas páginas magistrales; otras, nada más que medianas; pero, á pesar de los defectos de la obra, muestra el Sr. Macías condiciones de verdadero novelista.

*
* *

El Sr. Reyes, autor de *Cartucherita*, no es como el señor Macías, un novelista *primerizo*, digámoslo así. Mas para el público de Madrid como si lo fuera, pues sus anteriores obras han llamado poco la atención, exceptuando, si acaso, la colección de poesías titulada *Desde el surco*.

Cartucherita, puede decirse que ha sacado á este escritor de la obscuridad. Pocas veces han sido tan generales y calurosos los elogios de la crítica periodística á una obra, cuyo autor era el día antes desconocido, ó poco menos.

A este buen éxito (que puede calificarse de extraordinario) de la novelita del Sr. Reyes, parece verosímil que haya contribuido, entre otras causas, la especial manera de ser de la prensa, á la cual no se sustraen en absoluto los literatos que

colaboran en los periódicos, aunque no sean periodistas profesionales. El tratarse de una novela andaluza y de torería, también puede haber ayudado algo, como luego explicaré.

La prensa tiene la pasión del descubrimiento. *Inventar* algo, en el sentido primitivo y etimológico de la palabra, y aun en el otro más usual y corriente, es uno de los fines naturales de la actividad periodística. Obligados á informar al público, los periódicos tienen que inquirir, y aspiran á descubrir las cosas más varias. Ya es la materia de la invención (ó hallazgo) el pensamiento secreto que tiene sobre algún asunto de Estado el Presidente del Consejo de ministros; ya las opiniones de una tiple ligera sobre el desnudo en el teatro. Alguna vez, para variar un poco, y á manera de paréntesis, entre el descubrimiento de un plan de guerra y el de una irregularidad administrativa, descubren los periódicos un portentoso niño de nueve años que ha escrito un drama en tres actos y epílogo, con ortografía y todo, ó un pastor de cabras, que *se trae* á la corte un tratado de metafísica, original y en verso libre. Cuando no se tiene á mano uno de estos fenómenos intelectuales, se descubre, á falta de cosa mayor, algún poeta nuevo, alguna Malibran en ciernes ó algún Fortuny en estado de canuto.

Al afán de novedad de los periódicos, á su tendencia á ver las cosas desde el punto de vista del *suceso*, de la información en letra de molde, únese cierta rutina, cierta limitación de horizontes y cierta solidaridad profesional, que hace que, lo que principalmente interesa á cada uno de estos órganos de publicidad, sea lo que discuten y dicen sus congéneres.

En gran parte, los periódicos, aunque parezca que se escriben para el público, se escriben para los periodistas. Son una conversación, y á veces una disputa, entre los diferentes papeles públicos, los cuales, por ese espíritu de solidaridad que les une, se imitan unos á otros, cuando no en los juicios ó en la forma de expresarlos, en la elección de asuntos.

Casi todos los periódicos tratan de idénticas materias, aunque cada uno discurra sobre ellas según su particular criterio.

Se crean su mundo especial, el mundo de la prensa, en el cual están enclavados sus tópicos, y basta que uno de aquellos enuncie un nuevo tema ó saque á luz una nueva noticia, por frívola é insignificante que sea, para que le sigan otros varios, si no todos, que es lo más frecuente. Cualquier desatino lanzado por algún periódico, tiene grandes probabilidades de circular por toda la prensa, ó de ser discutido y tomado en consideración por ella. En París hubo un burlón que hizo célebre su pseudónimo de Lemice Terrieux, enviando á los periódicos todo género de invenciones, que casi siempre insertaban aquellos con la mayor formalidad. Bastaba que cayese uno en el lazo, para que los demás le siguieran dócilmente, como carneros. Aquí no hemos tenido, hasta ahora, un Lemice Terrieux, pero los periódicos se copian unos á otros, tanto ó más que los de Francia.

***

Estos hábitos y propensiones de la prensa han contribuído, á mi juicio, á que se dé tanta importancia á la novelita del señor Reyes. Apenas si han hablado los periódicos de *Los Majos de Cádiz*, novela andaluza del Sr. Palacio Valdés, bastante mejor que *Cartucherita* (lo cual, en verdad, no tiene nada de extraño, por ser *Los Majos* obra de un novelista ya formado y de los mejores de España). Verdad es que el Sr. Palacio Valdés está ya *descubierto* y no constituía una novedad que brindar al público.

El Sr. Reyes ha tenido la fortuna de que algún literato distinguido se fijase en su obra y la juzgara con benevolencia. Y, poco á poco, *Cartucherita* por arriba, *Cartucherita* por abajo, casi se ha dado á la publicación de esta obra proporciones de acontecimiento literario, hasta que *ha venido la reacción*,

representada por dos excelentes artículos del bachiller Francisco de Estepa, cuyo nombre viene que ni pintado al caso, puesto que le ha correspondido el papel de Tío Paco, encargado de rebajar un poco lo que se había aumentado tan sin medida.

No es que *Cartucherita* carezca de mérito. Es, á la verdad, una obrita muy aceptable, una nota de color, un cuadrito de género andaluz, de colores vivos y alegres, que se ve con agrado; pero no pasa de ahí. No es una obra literaria de verdadera importancia como *Paz en la Guerra*, por ejemplo. Los personajes de la novelita del Sr. Reyes *no tienen nada dentro*, son completamente vulgares, no hay en ellos más que color local.

El asunto de esta novela habrá contribuído también á su buen éxito. Las costumbres andaluzas interesan más que las de otras provincias al público madrileño. El flamenquismo ha hecho que lo andaluz pase de provincial ó regional á nacional. En este sentido, Andalucía es la región que da el tono en España. Las demás provincias las conocen sus naturales: Andalucía es popular en todas partes, al menos en lo que tiene de pintoresca, de alegre, de comunicativa. Es la tierra de los toreros, de las mujeres más graciosas, de los cantares más sentidos, del mejor vino; de todo lo que en primer término se aprecia y admira en España. Para los extranjeros, español es sinónimo de andaluz. Exageran, sin duda, pero no andan del todo descaminados, si se tiene en cuenta el predominio de los gustos y costumbres de aquella comarca.

*
* *

En *Cartucherita* sucede lo contrario que en *La Tierra de Campos*. El efecto del conjunto es superior al efecto de las partes, consideradas aisladamente. La acción está desarrollada

con soltura y facilidad. Pero las pasiones y la manera de sentirlas los personajes son vulgares, y la psicología de estos es verdaderamente elemental. Lo mejor que tienen, y lo mejor también de la novela, es el lenguaje popular que el Sr. Reyes, les hace hablar con mucha naturalidad y colorido. El bachiller Francisco de Estepa ha puesto también algunos reparos á este aspecto de la obra; pero aunque es muy probable que estén justificados, creo que la reproducción del habla andaluza tiene en *Cartucherita* la suficiente exactitud para producir el efecto que busca el novelista.

Lo peor es cuando habla éste y callan los personajes. Entonces el estilo es ampuloso é hinchado como él solo; verdadero estilo de novelista por entregas.

Véanse algunas frases como muestra:

«La rectitud de su alma (la del torero *Cartucherita)* recobraba sus sacratísimos derechos.» Lo que quiere decir, en plata, el novelista, es que á dicho sujeto se le hacía muy duro corresponder á los beneficios de su protector, convirtiéndole en marido burlado, ó lo que pensaría el diestro, elevándole á la categoría de un Miura ó un Veragua.

Estos escrúpulos son al cabo ineficaces, y entonces, según el autor de la novela, «el placer se estremeció ante su propia grandeza y el delito ante su irresistible pujanza». Mucha hipérbole es ésta para un lío entre un torero y una flamenca. Si se tratara de alguna aventura entre una dama romántica y un poeta melenudo, la frase, cursi y todo, podría pasar.

A la impropiedad y *desproporción* de las frases se une en muchos casos la de los vocablos. Hablar, v. gr., de brusquedades *exóticas* de un torero (que no tiene nada de *exótico*), es tratar con demasiada libertad al idioma.

Por último, el desenlace de la novela, que sería lógico..... hasta cierto punto, si no hubiese lugar á que «el delito se estremeciese», como dice el autor de la novela, esto es, si Clotilde y *Cartucherita* no se la pegasen al pobre D. Lorenzo, no se explica bien después del triunfo amoroso del torero. Ver-

dad es que el lector se queda sin saber á punto fijo si la catástrofe es un accidente ó un suicidio.

Lo único positivo es que es una *salida* para el novelista, una solución ó un recurso que se le presenta para terminar su historia.

E. Gómez de Baquero.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

EL EMPLEO DE LA VIDA.

III

DEL DINERO

«Lo que gastes, más bien que lo que ganes, te hará rico ó pobre», decía un viejo cuáquero de agudo ingenio.

Sin pretender llegar á ser rico, es legítimo y necesario tener economía y hacer provisión para el porvenir inseguro. Hay un triste refrán que dice: «Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor huye por la ventana.» Pero es doloroso ver á su mujer y á sus hijos carecer de alimentos, de ropas ó de los cuidados de un médico, no poder hacerles gozar de un descanso ó de un cambio de aires necesario, y tener que decirse que esos sufrimientos hubieran podido evitárseles con un poco de aplicación seria ó por el sacrificio de un placer, aun inocente. Economizar para amontonar dinero es cosa miserable; pero economizar para poder conservar su independencia es justo y viril.

Tened un libro de gastos y llevadlo bien. No digo que sea necesario inscribir hasta las menores sumas, pero sabed siempre en qué habéis gastado el dinero y lo que ha costado cada cosa. El hombre que sabe siempre lo que tiene en el bolsillo y el precio de lo que compra, no hará nunca gastos superfluos. Los que despilfarran sus recursos lo hacen siempre á ojos cerrados. Nadie sería bastante loco para mirar de frente la ruina.

Sobre todo, nunca gastéis más de lo que tengais como medios de existencia. Apartad todos los años una pequeña suma, por ínfima que sea. Y, sobre todo, no contraigais deudas. Micamber dice en el *David Copperfield*, de Dickens: «¿Tenéis quinientas pesetas de renta? Gastad cuatrocientas noventa y nueve pesetas. ¿Cuál es el resultado? ¡La felicidad! ¿Tenéis quinientas pesetas de renta? Gastad quinientas una pesetas. ¿Cuál es el resultado? ¡La miseria!» Y, sin embargo, no hay más que dos pesetas de diferencia. No por estar puesta en boca de un personaje cómico es menos cierta la observación.

No es exagerar el decir que las deudas constituyen una verdadera esclavitud. «Quien va pidiendo á préstamo va sufriendo.» Horacio Greeley, cuya experiencia era muy grande, tenía razón al decir: «El hambre, el frío, los harapos, el trabajo enervante, el menosprecio, las sospechas, las censuras inmerecidas, son cosas que afligen; pero el tener deudas es peor que todo esto. No contraigais deudas nunca. Si sólo tenéis cincuenta sueldos, comprad un celemin de maíz, tostadlo y coméoslo. Pero no debais un dollar á nadie.»

«El mundo, decía Cobden, se divide en dos clases: los que economizan y los que gastan su dinero. Todas las casas, todos los molinos, los puentes, los buques, todas las grandes obras que han constituído la civilización y la dicha de la humanidad, son creaciones de los que han economizado; y los que derrocharon su substancia han sido sus esclavos. La Naturaleza y la Providencia han querido que así fuese en todos los tiempos. Sería yo el último de los charlatanes si prometiese á cualquiera clase de hombres el triunfo por la imprevisión, el abandono y la pereza.»

«El templo de Artemis en Efeso, decía Plutarco, es un asilo y un santuario para todos los deudores perseguidos por sus acreedores; pero el asilo y el santuario de la economía está en todas partes abierto para las almas frugales, quienes en ellos encuentran el honor y la alegría, así como la libertad de saborear allí muchos beneficios». Por consiguiente, no to-

méis á préstamo y no prestéis, excepto en los negocios. No conseguiréis jamás vuestro dinero ni la gratitud que se os debe, porque vuestro deudor os verá siempre con disgusto. Por tanto, dad con generosidad en la medida de vuestros recursos; pero no esperéis que os devuelvan el dinero.

No os desaniméis si tarda en venir el dinero, pues aun á la noche más larga la sigue el día. Pero si por acaso os sonríe la fortuna, no seais pródigos: decíos que la buena suerte no perdura. Más de un hombre se arruinó dejándose embriagar por un comienzo de buen éxito.

No os apresuréis demasiado á enriqueceros, y no os dejéis devorar por el ansia del dinero. Si á pocas personas les es dado conquistar grandes fortunas, todos pueden ganarse la vida con un poco de aplicación y de economía. Háblasenos con frecuencia de riquezas mal adquiridas. Pero, á decir verdad, la pobreza es también á menudo el resultado de la falta de honradez. Los verdaderos pobres no son quienes nada tienen, sino quienes tienen más necesidades.

Sir James Paget (1), en una de sus interesantes conferencias, nos da algunos datos estadísticos acerca de sus discípulos. De 1.000 alumnos cuya carrera pudo seguir, 200 abandonaron la profesión médica, heredaron ó fallecieron pronto. De los 800 restantes, 600 lograron un éxito honroso, y algunos un triunfo grandísimo. En junto, 56 fracasaron por completo: 15 no pudieron ser aprobados nunca en los exámenes, 10 se perdieron por su intemperancia ó sus desórdenes; y entre el total de sus discípulos, sólo 25 fracasaron por causas independientes de su voluntad. Estad seguros de que si en cualquiera profesión ofrecéis prestar servicios, se sabrá emplearos en ella.

En realidad, pocas personas tienen motivos para preocuparse por las cosas verdaderamente necesarias para la existencia. La Naturaleza exige muy poco y nos da mucho. Siem-

(1) Célebre médico inglés.

pre es caro lo superfluo. Tenía razón Franklin al decir: «Lo que cuesta un solo vicio bastaría para criar dos hijos.»

Acordaos de la máxima del duque de Wellington: «Crecidos intereses, mala garantía.»

No metais todos vuestros bienes en el mismo saco.

Por bien informados que estéis y aun cuando creais poseer á fondo vuestros negocios, puede aconteceros ver fallidos todos vuestros cálculos.

Los negociantes y los banqueros más listos se equivocan á menudo. Un hombre sensato sólo puede esperar tener acierto en la mayoría de los casos.

Nos han enseñado que dos y dos son cuatro; también son veintidós.

Ejercitaos en la paciencia y sabed aburriros en caso necesario.

Decía Bagehot (1) que muchos hombres de negocios se pierden por efecto de su incapacidad para estarse tranquilos en su gabinete de trabajo.

Todo hombre lo es necesariamente de negocios, que quieras que no. Todos tenemos nuestros deberes, una casa que dirigir, gastos que regimentar, y los pequeños negocios son á veces tan confusos como los grandes.

El buen éxito en los negocios depende más bien (y por ello debemos felicitarnos) del buen sentido, de la aplicación y de la regularidad, que del genio. «Dad abasto á vuestra tienda, dice un refrán antiguo, y vuestra tienda os abastará.» Dice Jenofonte que habiendo encontrado el rey de Persia un hermoso caballo y queriendo saber el medio de engordarlo en poco tiempo, preguntó á los más hábiles palafreneros qué era preciso para conseguirlo, y le respondieron: «El ojo del amo engorda al caballo.»

Importa mucho adquirir buenas costumbres prácticas en los negocios.

---

(1) Economista inglés.

Uno de mis más eminentes amigos me afirmaba no ha mucho, que, repasando en su memoria todos los casos en que había visto fracasar á hombres de gran valía y de carácter superior, nunca pudo atribuir su fracaso sino á este hecho: que por lo general obraron con lentitud é irregularidad, fueron incapaces de asociar con buen corazón sus esfuerzos á los esfuerzos ajenos, fueron testarudos y, en resumen, les faltó sentido práctico.

En todo negocio, pequeño ó grande, se necesita orden y método. Cada cosa en su lugar: esta es la verdadera máxima. Ordenad todo con esmero: eso os evitará mucha pérdida de tiempo. «Paréceme formarme cabal idea del desorden, dice Jenofonte, cuando imagino un labrador sembrando un revoltijo de trigo, cebada y legumbres y obligado después (si quiere una torta, un pan ó un plato) á hacer una selección que debiera encontrarse ya hecha para cuando lo necesitara.» Cita luego como ejemplo el caso de una nave: «Porque si los dioses envían una tempestad en el mar, no es ese el momento de buscar lo que hace falta ni proveer á un mal equipo. Los dioses amenazan entonces y castigan á los cobardes; si son bastante buenos para no perder á hombres que no son esencialmente culpables, preciso es agradecérselo; y si protegen y salvan á quienes nada descuidaron, hay que tener la más profunda gratitud á los dioses.»

Desde Aristóteles hasta Carlyle, los filósofos, por lo menos gran número de ellos, han escarnecido á quienes se ocupan en el comercio y los negocios, ó más bien han vituperado el comercio y los negocios mismos, como ocupaciones mezquinas y hasta envilecedoras. Platón negaba á los mercaderes todos los derechos civiles en su República. Una ocupación tan envilecedora dejábase á los extranjeros, si consentían en hacerse cargo de ella. Pero, puesto que el comercio será siempre por necesidad el quehacer de muchos hombres, sería muy de sentir que por sí mismo ejerciese una influencia nefasta sobre el carácter y fuese inconciliable con la cultura elevada.

Cierto es que hombres absortos en los negocios tienen poco tiempo que otorgar á otras tareas. Pero, limitándome á tomar mis ejemplos de la ciencia y de la literatura, básteme nombrar á Nasmyth, astrónomo é industrial; Grote, banquero é historiador; sir J. Evaus, fabricante de papel, presidente de la Sociedad de Anticuarios y tesorero de la Sociedad Real; Prestwich, negociante, después profesor de Geología en Oxford; Rogers, banquero y poeta; Praed, banquero y poeta. ¿Se me permite añadir á la lista el nombre de mi padre, banquero y matemático, tesorero y vicepresidente de la Sociedad Real durante muchos años?

Carlyle protesta con fuerza contra la doctrina que exige comprar en el precio más ventajoso y vender en el más caro.

Sin más explicaciones, pide que se fije un precio mínimo de compra y venta, por ejemplo, para el algodón, y sin duda para las demás mercaderías.

He aquí el lenguaje que según él deberíamos emplear: «No queremos fabricar algodón más barato que las otras naciones, con el propósito de vender más que ellas; cesaremos de vender menos caro; nos entenderemos para vender al mismo precio.» Ideas impracticables y quiméricas. Si vendemos menos algodón, compraremos menos alimento. Por otra parte, el mismo Carlyle reconoce que cuanto menos elevado es el precio de un artículo, más se vende; de suerte que si se aplicara su regla habría personas que necesitando vestidos no tendrían con qué comprarlos á un precio mayor. Pudiéramos muy bien contentarnos con un precio menor y, sin embargo, nos prohibe aceptarlo; lo cual, dentro de ciertos límites, privaría á unos de vestidos y á otros de alimento. La esencia misma del comercio consiste en trocar lo que puede fabricarse á bajo precio, por lo que no se puede fabricar en buenas condiciones. Por tanto, comprar lo más barato posible y vender lo más caro posible, no sólo es la regla inevitable del comercio, sino también la más provechosa para todos. Porque se compra á quienes tienen más necesidad de vender y se vende á quienes tie-

nen más necesidad de comprar. Cualquiera otra manera de conducirse haría recordar el modismo «Llevar agua al río.»

Algunos de los hombres más ilustres, más felices y mejojores, han vivido en la pobreza. Wordworht vivió años, con su hermana, de una renta de 37 pesetas semanales; y aquel período fué uno de los más felices de su existencia.

Si no tenéis la suerte de ser ricos, no por eso dejarán quizá el recuerdo y el cariño de hacer un mundo que os baste de algún humilde retiro, de alguna casita, de algún rostro querido.

No hay error más divulgado que la exagerada creencia en el poder del dinero.

¿Se trata del alimento?

Si el rico quiere estar bueno y sano debe vivir como un pobre» (1). Una comida sencilla y bien preparada vale por el festín más suntuoso. El alimento más sano y más sabroso, cuesta poca cosa cuando es de la estación, y fuera de sazón á nada sabe. Un huevo fresco es un verdadero festín.

¿Se trata de los libros?

Es preciso ser muy pobre para no poder adquirir todo lo que se apetezca leer. Los mejores libros (la Biblia, Shakespeare, Milton, etc.), no cuestan hoy sino un precio irrisorio.

Y el dinero ¿puede proporcionarnos la salud, el genio, amigos, la belleza ó la paz del hogar doméstico?

«El duque de Tsé—dice Confucio—era inmensamente rico y nadie le quería. Pei-hé murió de hambre y todavía le llora hoy el pueblo.»

Los hombres de fortunas cuantiosísimas—dice Bacon—no se conocen ellos mismos; en medio de sus negocios embrollados, no tienen tiempo para ocuparse de su salud corporal ni espiritual.»

Todas las cadenas son pesadas, hasta las de oro.

No cabe duda de que el dinero es una gran causa de in-

(1) Sir R. Temple.

quietudes: igual que la pobreza, trae consigo cuidados; y harto á menudo los ricos son más bien esclavos que dueños de su fortuna.

Más de un rico ha debido su ruína moral á su oro. Los ricos conocen á veces más cuidados en sus palacios que el pobre en su cabaña: sólo los varones prudentes saben encontrar su felicidad en la riqueza. Y el que se apresura demasiado á enriquecerse será pobre siempre. «Probablemente hay más dicha en vivir en una casa modesta y poder asombrarse por el esplendor de un palacio, que en habitar en un palacio y no maravillarse de nada»—dice Ruskin.

Para gozar de las riquezas hace falta no pensar demasiado en ellas. «Tened lo suficiente—dice Sadi—y eso os llevará; tened sobra de riquezas y tendréis que llevarlas.»

«No hay mayor miseria—dice Bacon—que tener poco que desear y mucho que temer.»

«Si eres demasiado rico, serás pobre; pues como un asno agobiado bajo la carga del oro que lleva, no harás más que transportar tus pesadas riquezas hasta la muerte; la cual acudirá á descargarte de todo (1).»

La riqueza conduce á la avaricia. En la escuela nos decían: *Crescit amor nummi, quantum ipsa pecunia crescit.*

«El pobre—dice Séneca—carece de muchas cosas: el avaro, de todo.»

Hase dicho con mucha gracia que los buenos samaritanos serían más numerosos, si no fuese preciso gastar el aceite y los denarios de la parábola.

«La busqueda febril y continua de la riqueza—dice Bacon—roba demasiado tiempo á quienes tienen que ocuparse de cosas más nobles; porque las riquezas no valen sino por lo que añaden á la vida, y nada vale la vida si está absorta en la persecución de las riquezas.» Se ha dicho que la pobreza es la des-

(1) Shakespeare.

posada del poeta; y que «quien posee un carro alado puede pasarse sin mulos y sin serones» (1).

Las frases de que nos valemos para hablar del dinero son muy significativas. A cada instante se dice que un hombre ha hecho fortuna, que está forrado de oro, que se revuelca en oro, pero nunca que goza de su oro; y, en efecto, los que ganan dinero jamás lo aprovechan ellos mismos. «Amontona bienes y no sabe quién los recogerá». En el *Banquete* de Jenofonte sostiene Charmidas que la pobreza es mejor que la riqueza, porque: «¿No es una verdad reconocida la de que vale más vivir en la seguridad que en el temor, ser libre que esclavo, recibir homenajes que tributarlos, merecer la confianza de su patria que ser objeto de sus sospechas? Pues bien, en esta ciudad cuando era yo rico antes, temía que un ladrón fracturase mi casa, me robase mi dinero y me hiciese á mí mismo una mala pasada..... Ahora duermo tranquilo, tumbado á la larga. Como hombre libre, tengo el derecho de viajar ó de permanecer aquí. Cuando era rico me injuriaban á causa de mis relaciones con Sócrates. Ahora que soy pobre, á nadie le dan cuidado. Cuando poseía grandes bienes era desdichado, porque veía al Estado quitármelos; ahora nada pierdo, puesto que no poseo nada, y siempre tengo la esperanza de ganar algo.»

Mucho hay de cierto en lo que decía Charmidas, pero no es toda la verdad. Por otra parte, al decir esto Charmidas salía de una comilona alegrada por los acordes de la música.

El dinero bien empleado puede hacer mucho bien. El oro es el poderío. Decía un ingenioso francés: es el rey de los reyes. El dinero nos da los medios de adquirir lo que deseamos tener. Si la campiña, una casa agradable, los libros y la música son bienes, el dinero puede hacérnoslos comprar. Si el ocio es un beneficio, el dinero nos permite proporcionárnoslo; si ver mundo es cosa que encanta, el dinero puede darnos los

(1) Emerson.

medios de viajar; si poder ayudar á nuestros amigos y socorrer las necesidades ajenas es un privilegio, el dinero nos proporciona ese gran goce. «Por consiguiente—decía Swift—tenedlo; pero dadle vuestro pensamiento y no vuestro corazón.»

El avaro es un hombre que apetece el dinero por el dinero mismo, y que lleva la economía al exceso, hasta el punto de convertirse en una simple máquina de amontonar oro. Una de las lecciones que la vida debe enseñarnos, consiste en defendernos contra todo cuidado ruín y mezquino, y el amor al dinero es uno de los más bajos.

Lo grande está en valerse con sensatez de sus riquezas. «Hay quien desparrama sus bienes, y los aumentará aún más; y hay quien se aferra á ellos más de lo que conviene, y se verá en la escasez (1).»

El célebre epitafio de Edward Constenay, conde de Devonshire, dice: «Lo que dimos, lo tenemos siempre; lo que gastamos, lo hemos tenido; lo que hemos dejado, lo perdemos.»

O, para citar una variante de la misma idea: «Lo que he ahorrado, lo he perdido; lo que he gastado, lo he tenido; lo que he dado, lo tengo siempre».

Sed generosos, pero sin estravagancia. «Hay quien se hace rico, y nada tiene, y hay quien se hace pobre y tiene grandes bienes. El que tiene compasión del pobre, presta al Eterno, y éste le devolverá su beneficio» (2).

El consejo dado por Cristo al joven rico, puede considerarse como referente sólo á él, pues es preciso pensar en nuestros hijos tanto como en los pobres. Vuestras rentas son vuestras, pero el capital que recibísteis de vuestros antepasados no os pertenece sólo á vosotros.

«Recomienda á los ricos de este mundo que no sean orgullosos, que no pongan su confianza en la inestabilidad de las

(1) *Proverbios.*
(2) Idem.

riquezas, sino en el Dios vivo que nos da todas las cosas en abundancia para gozar de ellas.

»Les recomienda hacer bien, ser ricos en buenas obras, prontos á dar y á participar de nuestros bienes, reuniendo así para lo futuro un tesoro bien colocado, á fin de obtener la vida eterna» (1).

No el dinero, sino el amor al dinero, según la Biblia, es la raíz de todo mal. «Si vuestras riquezas se acrecientan, no las améis.» En el Sermón de la Montaña se encuentran las mismas palabras: «No amontonéis riquezas sobre la tierra, donde los gusanos y la herrumbre todo lo echan á perder, y donde los ladrones fracturan y roban. Pero juntad tesoros en el cielo, donde los gusanos y la herrumbre no echan á perder nada; donde los ladrones no fracturan ni esconden. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón».

IV

DEL RECREO

«Trabajando siempre y no jugando nunca, un niño se vuelve tonto,» dice un refrán inglés. Si trabaja siempre en casa será delicado de salud, y cuando llegue á ser hombre será débil. Los juegos distan mucho de ser una pérdida de tiempo. Tienen grandísima importancia, puesto que desarrollan el cuerpo, sobre todo los brazos y el pecho, que sufren y padecen generalmente en la mayoría de nuestras profesiones.

Los juegos no sólo preservan la salud, sino que dan más ánimo para el trabajo. Enseñan á los hombres á entenderse

(1) San Timoteo.

unos con otros, á no obstinarse en fruslerías, á no aprovecharse demasiado de sus ventajas, á obrar con lealtad. Dan salud moral, á la vez que física, audacia y resistencia á la fatiga, dominio de sí mismo y buen humor: cualidades todas ellas no enseñadas por los libros. El duque de Wellington decía, con razón, que la batalla de Waterloo se había ganado en los campos de recreo de Eton. Las mejores lecciones de nuestras grandes escuelas, y las más útiles, son las que nuestros hijos aprenden jugando. Pero es preciso que los juegos sean un recreo y no una ocupación.

En cuanto á la importancia de los juegos desde el punto de vista de la salud, citaré la opinión de dos de nuestras mayores autoridades en materia de higiene. «Los juegos—dice sir James Paget—ejercen una influencia moral de las más bienhechoras, cuyos efectos se extienden hasta á nuestras ocupaciones cotidianas y á nuestros negocios. Porque, sin mezcla de ningún motivo interesado, hacen colaborar en un mismo fin á hombres maduros y á jovenzuelos; les enseñan á aceptar como compañeros á todos cuantos trabajen con celo en una misma tarea; les enseñan esa preciosa facultad de asociar sus esfuerzos á los esfuerzos de otros, facultad que es tan poderoso medio de obtener buen éxito en la vida. Y por tradición, si no por su misma naturaleza, crea costumbres de lealtad; pues todos reconocen que es vergonzoso ser desleal, por grandes que sean los intereses que medien; y los que tienen el hábito de jugar lealmente, tendrán lealtad en sus relaciones de negocios. Los que han adquirido el delicadísimo sentimiento de lo que es honroso en el juego, aprenderán más fácilmente á menospreciar todos esos pequeños recursos, que, si bien no caen bajo la férula de las leyes, son condenados por el sentimiento».

El profesor Miguel Foster, secretario de la Sociedad Real, dijo en una reciente conferencia que «aun en el trabajo muscular, el cansancio depende sobre todo del cerebro; y todos conocen una fatiga del cerebro que no se debe á los músculos:

Todo conduce á probar que el trabajo cerebral, como el trabajo muscular, va acompañado de cambios químicos; que estos cambios químicos, diferentes desde cierto punto de vista, son del mismo orden en el cerebro y en los músculos; y que la poca amplitud de esos cambios en el cerebro se compensa y hasta se supera por la sensibilidad excesiva de la substancia nerviosa.....

Si para la vitalidad del músculo hace falta una corriente continua de sangre pura, con el fin de renovar su fuerza expulsando de él los productos tóxicos acumulados por el esfuerzo, aún es más necesaria esa corriente para el cerebro; y el mejor medio de reaccionar contra esta intoxicación consiste de seguro más bien en estimular la actividad regeneradora de las partes humildes, que en querer desarrollar el poder de actividad del cerebro mismo.»

La caza y la pesca han acabado por acaparar por completo la palabra *sport*, que en otro tiempo significaba toda clase de juegos. Hasta quienes no se recrean con esos ejercicios, aún sienten su fascinación. Hemos heredado los gustos de nuestros antepasados, los cuales no sólo vivían en este mundo por y para el *sport*, sino que lo consideraban como la felicidad en el otro mundo.

Mucho se ha hablado de lo que debemos al agua pura, pero no es menor nuestra deuda para con el aire. ¡Qué maravilla es el aire! Penetra en nuestro cuerpo entero, baña nuestra piel con una materia tan sutil, que somos inconscientes de su presencia; y, sin embargo, es tan poderoso, que transporta nuestros buques por la superficie de los mares, y trae la pureza de éstos y de las montañas hasta el corazón de nuestras ciudades. Él es quien transmite los sonidos, la voz de aquellos á quienes amamos y todas las armonías de la naturaleza; es el vasto depósito de la lluvia que riega la tierra; templa el calor del día y el frío de la noche, extiende sobre nuestras cabezas su magnífica bóveda azul, y llena de fuego el horizonte á la salida y puesta del sol. Es de una suavidad tan exquisita y tan pura,

tan tierno y tan servicial, que se comprende cómo Ariel es el más delicado, amable y seductor de los espíritus de la naturaleza.

A menudo se habla del mal tiempo, pero en realidad ningún tiempo es malo: todos son agradables, pero de diversas maneras. Sin duda hay tiempos malos para el cultivo ó las cosechas; pero todos los tiempos son buenos para el hombre. El sol es delicioso, la lluvia refrigera, el viento nos refocila y la nieve nos estimula. Como dice Ruskin: «No hay mal tiempo, sino tan sólo diferentes especies de buen tiempo.»

El descanso no es por necesidad la pereza. Estar tumbado sobre la hierba al pie de los árboles en estío, oyendo el murmullo del agua, mirando pasar por el cielo blancas nubes, no es de ninguna manera una pérdida de tiempo.

El aire libre es tan necesario para el espíritu como para el cuerpo. La naturaleza parece siempre estar á punto de confiarnos algún gran secreto. Y, en efecto, nos lo confía.

La tierra y el cielo, los campos y los bosques, los ríos y los lagos, las montañas y el mar son la mejor de las escuelas, pues nos enseñan lo que jamás aprenderemos en los libros. Por añadidura, si vais al campo para bogar en una lancha sobre una corriente de agua, á coger flores en los bosques, ó fósiles en las canteras, ó conchas y algas á la orilla del mar; si jugais al golfo ó al *cricket*, ó si gozais del aire y del ejercicio de cualquier modo, veréis que no sólo mejorará vuestra salud, sino que desaparecerán vuestros cuidados ó á lo menos quedarán disminuídos. La naturaleza calma, refresca y fortalece; hace más sereno y más alegre al espíritu.

Sin embargo, una vida consagrada al placer y á los recreos sería de seguro muy egoista y detestablemente insípida. Nunca debemos hacer de los juegos la ocupación de nuestra existencia; pero no es pereza ninguna el disfrutar de ellos con moderación.

¿Y cuáles son los elementos del recreo? Hay placeres verdaderos y falsos. Platón hace preguntar á Sócrates por boca

de Protarco: «¿Cuáles son, Sócrates, los verdaderos placeres?» Y responde Sócrates: «Los que tienen por objeto los bellos colores y figuras, la mayoría de los que nacen de los olores y sonidos, en una palabra: todos aquellos cuya privación no es sensible ni dolorosa y cuyo disfrute va acompañado de una sensación grata y sin mezcla ninguna de dolor.»

Pero, si los sentidos pueden proporcionarnos verdaderos placeres, no son los más elevados. «Dice Filebo que para todos los seres animados el bien consiste en la alegria, en el placer, en el deleite y en todas las demás cosas de esta especie. Por el contrario, yo sostengo que no es eso; que la sabiduría, la inteligencia, la memoria y todo lo que es de la misma naturaleza, la opinión recta y el razonamiento verdadero, son mejores y más estimables que el placer para todos cuantos poseen esos dones, y son lo más ventajoso que existe para todos los seres presentes y futuros capaces de participar de ellos.»

Los verdaderos placeres son casi innumerables, siendo una pequeña parte de ellos: nuestros parientes y amigos, la conversación, los libros, la música, la poesía, el arte, el ejercicio, el descanso, todas las variadas bellezas naturales, el verano y el invierno, la mañana y la tarde, el día y la noche, el sol y la tempestad, los campos y los bosques, los ríos, los lagos, los mares, los animales y las plantas, los árboles y las flores, las hojas y los frutos.

Sólo nosotros somos culpables si la vida no nos proporciona placeres. «Todos pueden gozar, si pocos saben crear.»

Una hora de buena conversación me parece uno de los mejores placeres de la existencia. Es un tónico admirable, un verdadero alimento del cuerpo y del espíritu. Herrick habla con ardiente gratitud de su deuda á Ben Johnson y describe con vivacidad sus cenas: «Eran tales nuestras reuniones que nos volvíamos ebrios con una noble embriaguez. Y, sin embargo, un sólo verso tuyo hacía olvidar los manjares, hacía olvidar los regocijantes vinos.»

Cuando Johnson quería describir una velada agradable,

decía: «Hemos conversado bien.» A menudo, una hora transcurrida hablando con Darwin ó Lyell, Kingsley ó Ruskin, Huxley ó Tyndall, me ha hecho tanto bien como un baño de aire libre.

Hay pocos dones más desigualmente repartidos entre los hombres que el arte de la conversación. He conocido á hombres distinguidísimos, hombres muy interesantes á veces, á los cuales no podía sacárseles nada del cuerpo sino con tenazón. Uno que conversa ingeniosamente es bien recibido en todas partes. Como otro arte cualquiera, el de la conversación requiere ser cultivado. Nadie podrá sobresalir en él sin práctica.

«El primer elemento de la buena conversación, dice sir R. Temple, es cuidar de la verdad; el segundo, tener buen juicio; el tercero, tener buen humor, y el cuarto, tener ingenio.» Y entre esos elementos, los tres primeros, á lo menos, están al alcance de todo el mundo.

Muchas personas han aprendido por la conversación la mitad de lo que saben. «El que á menudo plantea cuestiones, dice Bacon, aprende mucho y agrada á la generalidad, sobre todo si las apropia al género de ingenio de las personas á quienes interroga; porque dará ocasión para que tengan gusto en hablar, y su inteligencia se enriquecerá de continuo.»

No cultivamos lo suficiente en nuestros hijos, ni aun en nosotros mismos, el sentido estético. Y, sin embargo, ¿hay algún placer más puro que éste, menos costoso, más accesible y universal? Una persona sentirá el goce más intenso al contemplar un paisaje, árboles, frutas, flores, el cielo azul, las nubes blancas, el mar centelleante, el rizado lago, los ríos que relucen, las sombras que recorren los matorrales, la luna y las estrellas, la noche. A otra nada le dicen todos estos prestigios. En vano brillan para él la luna y las estrellas; puede contemplar sin placer las aves y los insectos, los árboles y las flores, los ríos, los lagos y el sol. «Porque del alma todo cuerpo

toma su forma; porque el alma es la forma y crea el cuerpo (1).»

«Nuestros colores artificiales son bastante buenos para el esplendor de nuestro pobre orgullo; pero no bastarían para hacer los matices de una sola franja de nube desgarrada que se desvanece por la tarde, ni para pintar una sola pluma del ala de un pato silvestre (2).» «Hay una luz que el ojo busca siempre, con un sentido más hondo de lo bello: la luz del día que muere ó nace, y las rojas barras de las nubes que arden como fuegos de alarma en el verdoso cielo del poniente.

Los colores del cielo parecen rodear á veces la tierra con un nimbo de gloria. Hay puestas de sol tan hermosas, que nos parece ver abrirse ante nosotros las puertas del cielo.

Los comentaristas del Talmud nos dicen que en el maná encontraba cada uno su sabor predilecto; y de igual modo, en la naturaleza se encontrará sin esfuerzo lo que le proporcione el goce más intenso.

No tengo ninguna intención de proponerme hacer una lista completa de los verdaderos placeres. Y puesto que los placeres inocentes son tan numerosos, ¿por qué buscarlos malsanos ó inciertos? Agotad antes, á lo menos, los mejores; entonces tendréis todo el tiempo que querais para pensar en los otros.

Los que (empleando una frase corriente) han «visto la vida» y creen «conocer el mundo», suelen engañarse con frecuencia. Conocen menos las verdaderas realidades que un labriego que nunca salió de su aldea, pero supo mirar con claridad en derredor suyo.

Una vida egoista, una vida «de placer» (como se la llama, con harto error) es una miserable falsificación de la felicidad. Los que se dejan llevar de ella y sufren por eso, quéjanse del «mundo». Sólo ellos merecen vituperio. «Cuando los placeres

(1) Spencer.
(2) Hamerton.

nos han gastado, creemos haber agotado los placeres (1)». «Soy joven, ahora llego á la mitad de mi camino (dice Musset); cansado ya de andar, atrás me he vuelto (2).»

¡Qué melancólica confesión! Si hubiese vivido con cordura, hubiera podido mirar atrás con agradecimiento y adelante con esperanza.

V

DE LA SALUD

Las condiciones mismas de nuestra vida presente han dado á los asuntos higiénicos particularísima importancia. Nuestros antepasados vivían más que nosotros al aire libre, en el campo, de profesiones agrícolas.

Hoy estamos mucho más aglomerados en las ciudades, trabajamos mucho más en casas, tiendas y fábricas; nuestras ocupaciones son sedentarias y nos dan malos hábitos musculares, á la vez que nos exigen un gasto nervioso y cerebral mucho mayor. Por desgracia, es muy cierto que los habitantes de nuestras grandes ciudades son menos vigorosos que sus antepasados. Es imposible cruzar los barrios pobres de nuestras grandes ciudades sin que nos llamen la atencion la falta de vigor, la palidez, el aspecto enclenque de los hombres y de las mujeres que allí vemos. Por otra parte, nuestras mismas precauciones sanitarias son hasta cierto punto un peligro, puesto que hacen vivir á muchos seres poco viables ó enfermizos. Pero la miseria y el sufrimiento causado por la enfermedad pudieran á menudo combatirse eficazmente con un conoci-

(1) Vauvenargnes.
(2) *Vœux stériles.*

miento elemental de las leyes higiénicas. Desde los tiempos más remotos, los hombres de Estado previsores se vienen ocupando de la cuestión de salud. Todos han comprendido la importancia de la máxima: *Mens sana in corpore sano.*

El cuidar de nuestra salud es un deber sagrado. Preténdese á veces que las reglas de higiene formuladas por Moisés forman una gran parte de su enseñanza religiosa. No soy de este parecer. Acordémonos de que la Biblia es un Código de leyes de todas clases, de leyes civiles y sociales al mismo tiempo que religiosas.

Sin embargo, no por dejar de formar parte de la religión las leyes de la higiene, dejan de ser un corolario necesario de ellas. «¡Cómo! ¿No sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y os ha sido dado por Dios, y que no os pertenecéis á vosotros mismos? (1)»

La veneración de los egipcios al cuerpo era más cuerda que el desprecio en que se le tenía en la Edad Media; y no es ninguna virtud, sino más bien lo contrario, el cubrirse con andrajos y vivir entre la mugre.

«Los griegos consideraban como una ciencia y un estudio la educación física, con los mismos títulos que la educación intelectual. Sus mujeres se ejercitaban en los juegos de gracia y aun en los juegos atléticos. Con su existencia libre y vigorosa, produjeron esos cuerpos que son los eternos modelos de la belleza humana (2).»

Decir limpieza es como decir sanidad; así dice un refrán antiguo. Y los descubrimientos modernos de la Medicina confirman ese dicho y explican su sensatez.

Sabemos hoy: que muchas enfermedades no son primitivamente obra de una condición morbosa de los tejidos, sino verdaderas invasiones de organismos inferiores; que el cólera, la

(1) San Pablo.
(2) Kingsley.

viruela y otras muchas enfermedades, no nacen por sí mismas, sino de gérmenes que se introducen dentro de nosotros. Esto explica la inmensa importancia de la limpieza, no sólo en lo que atañe á nuestra persona, sino también en lo que concierne á nuestras casas, á los vestidos que llevamos, al agua que bebemos y al aire que respiramos.

¡Qué perpetuo milagro es el cuerpo humano! Reflexionad un instante el inmenso tesoro de conocimientos acumulados en el cerebro. Además, ¡con qué rapidez, con qué seguridad responden los músculos á los impulsos de la voluntad!

La piel es un tejido de una delicadeza y de una complejidad extraordinarias, formado por millones de células y con muchos kilómetros de venas, redes capilares y de otras clases, así como de nervios. Se renueva de continuo, y para realizar de un modo conveniente sus funciones, exige que se la cuide y que no se escatime el agua para su limpieza. El empleo del cepillo es casi tan necesario para la piel como para los cabellos. Para asegurar el buen funcionamiento de este maravilloso organismo, es menester ejercitar todas sus partes.

Puede decirse de muchos enfermos lo que de Hobson decía Milton: «La pereza es su principal enfermedad.»

«El lujo de Capua enervó el alma de Anníbal, á quien las nieves y los Alpes no habían podido vencer. Vencedor por las armas, fué vencido por los placeres (1).»

A pesar de todos los goces inocentes que nos proporcionan los sentidos, si se cede á ellos pueden llevarnos en derechura á todos los escollos de la vida, á la ruína, como las sirenas de la leyenda. Muchas de nuestras enfermedades las debemos á errores en la alimentación. Esta frase «la bebida» ha concluído por hacerse sinónima de alcohol, el peor azote de las razas septentrionales. A veces es preciso como medicamento; pero la tentación de abusar de él es tan fuerte, que se le debe la mitad de los crímenes y de la miseria en Inglaterra. El agua no ha

(1) Séneca.

causado nunca ningún crímen, pero puede decirse que el alcohol es el delito en botellas. Dice un proverbio judío: «Donde no puede ir Satanás en persona, envía el vino.»

«El vino—dice Plinio—hace temblar las manos, llorar los ojos; perturba nuestras noches, nos envenena el hálito y destruye nuestra memoria.» Sir W. Raleigh cita este pasaje, y añade luego:

«Todo el que se apasione del vino nunca merecerá la confianza de nadie, por ser incapaz de guardar un secreto. El vino convierte al hombre en algo peor que un bruto: en un loco. Y si lo amas, te despreciarán tu propia mujer y tus hijos y tus amigos.»

Shakespeare condena á menudo la bebida, y en términos excelentes: «¿Por qué los hombres han de introducir así en la boca un enemigo que les priva de toda su razón? ¿Por qué hemos de transformarnos en brutos, en medio de la alegría, del placer, de las diversiones y de los aplausos?» (1).

«¡Haber sido un hombre sensato, para convertirse primero en un necio, después en un bruto!» Pero al hablar así, antójaseme que eso es calumniar á los brutos.

Por otra parte, ¡cuán rica recompensa nos proporciona la moderación!

«Aunque parezco muy viejo, sin embargo, estoy fuerte y lleno de vigor todavía; porque en mi juventud no eché en mi sangre licores ardientes é indomables. Por eso mi vejez es como un invierno rudo, glacial, pero sano (2).

Extraña que el vicio del alcoholismo no sea condenado más á menudo por la Biblia. Preciso es recordar que este vicio es menos frecuente en los países cálidos que en nuestros climas. Sin embargo, Salomón lo ha denunciado: «¿Por quién son estos lamentos de ¡ay de mí! ¿Por quién las luchas, el ruído, las heridas sin causa, el enrojecimiento de los ojos? Por aquellos

(1) Shakespeare.
(2) Shakespeare.

que se detienen junto al vino y van en busca del vino adulterado. No miréis el vino cuando está rojo, cuando es de ver su color en la copa y cuando corre con facilidad. Muerde por detrás como una serpiente y pica como un basilisco» (1).

Hay razones para creer que el alcoholismo disminuye. Las ocasiones más numerosas de disfrutar de los placeres intelectuales, de la música (más accesible en nuestros días), de los libros, de los cuadros, un bienestar general más grande: he aquí algunas de las causas que ya han estimulado muchísimo la moderación.

Pero si al punto se notan los daños del alcohol, tampoco debe olvidarse que, además, comemos con exceso. Es probable que de cada diez personas nueve incurren en este error y se causan daño por su falta de sobriedad. Un banquete de tarde en tarde no perjudica; lo que pone pesado y enfermo es la costumbre de comer más de lo preciso. Es muy fácil comer en demasía; es difícil comer muy poco.

La moderación debiera ser la regla fundamental de la existencia: es una fuerza y no una debilidad; supone el dominio de sí mismo.

No estéis demasiado tiempo en la mesa, pero no os apresuréis al comer. Dícese que siempre se debe levantarse de la mesa con hambre.

El cerebro no puede trabajar si el estómago está cargado. «Después de comer, ni un sobrescrito leer», dice el refrán; pero es una singular existencia la que os obligue á descansar de una á otra comida. Comed para vivir, pero no vivais para comer. Abreviad la comida y alargaréis la vida. Cuanto más disminuyais la cantidad de alimento, mejor podréis trabajar con el cerebro.

Un estómago poco cargado aligera el corazón. Comed en demasía y siempre estaréis de mal humor. Se sufre con más

(1) Proverbios.

frecuencia por una mala digestión que por todas las demás enfermedades juntas.

«Guardaos mucho—dice Bacon—de todo cambio repentino en las partes esenciales del régimen; y si á ello os obliga la necesidad, tened cuidado de que todo el resto de vuestra manera de vivir se armonice con eso. Tener tranquilo el ánimo y alegre el humor á las horas de comer y de dormir, es uno de los preceptos cuya práctica contribuye más á prolongar la vida.»

Dada nuestra existencia sedentaria, todo el tiempo que pasemos al aire libre estará bien empleado. Esas horas no sólo merecen contarse en la vida, sino que la prolongan. Era un excelente proverbio el de los romanos: *in aere salus*. Nunca será demasiado todo el tiempo que estéis fuera.

El agua pura es tan necesaria para la salud como el aire libre. Usadla en abundancia, lo mismo al interior que al exterior; hasta cuidados que pueden parecer poco importantes, como los de la boca, aumentan mucho nuestro bienestar.

La salud depende mucho más de nuestros hábitos y régimen que de los medicamentos. Nuestros antepasados tomaban drogas para precaverse de enfermedades; no sólo la Facultad, sino hasta el mismo Bacon recomendaban su empleo. Sin embargo, eso era un error capital. Parece ser que Locke fué quien primero demostró lo inútil de esa costumbre. No necesitamos comprar á menudo medicamentos, si sabemos conformarnos con las reglas de la higiene.

Dejad libre el campo á la naturaleza y permitidla obrar. «No poned obstáculos al principio vital—decía Napoleón;—dadle ocasiones para defenderse, y será más poderoso que todas las drogas.»

Mucho aire, mucha agua y un régimen sensato constituyen los verdaderos medios de adquirir la tan preciosa alegría de la verdadera salud y de la fuerza; nos conservarán hasta una vejez avanzada toda la vivacidad de la juventud. Pero la salud no depende sólo del cuerpo. «La cólera, el odio, la tris-

teza y el temor son las influencias más nefastas y que más deprimen nuestra vitalidad (1).» Y, por otra parte, la alegría, el buen humor y la tranquilidad de ánimo son poderosísimos elementos de salud.

Se dice que Licurgo consagró en todos los comedores de los espartanos una pequeña estatua al dios de la risa.

Cuando estamos indispuestos, la menor cosa nos perturba el sistema nervioso, las menores contrariedades toman aspectos de catástrofes; esto es prueba segura de que necesitamos descanso y aire libre. A menudo oímos hablar del agobio de los niños ó decir que hombres hechos y derechos se han matado á fuerza de trabajar. Casi siempre nos mina, no el trabajo, sino un estado febril, la ansiedad y los cuidados. La pereza, el desorden y los goces egoistas han destruído más hombres que el trabajo. El cerebro requiere ejercicio, como los músculos. Si adquirió la costumbre de regularizar las horas de la moderación y del sensato empleo del tiempo, por prolongado que sea el trabajo, con tal de que no supere á vuestras fuerzas, os hará más provecho que daño.

Tarde ó temprano, casi todos conocemos el insomnio. No hay nada más deprimente; se experimenta una sensación perpetua de desdicha; pequeñas dificultades, que generalmente habría gusto en vencerlas, preséntanse entonces como insuperables; el espíritu parece evitar toda imagen agradable, para no pensar más que en lo triste ó deficiente de nuestra vida. Sin embargo, no desesperéis. Creo que el insomnio no ha muerto á nadie. Sobre todo, no se os ocurra tomar narcóticos: ahí está el verdadero peligro. Permaneced lo menos posible en casa y lo más posible fuera de ella, no os preocupe ninguna cosa y estad seguros de que acabaréis por recobrar el sueño. Si vuestros insomnios no se han prolongado en demasía, hasta os serán útiles, puesto que os habrán hecho ver cuán

(1) Dr. Richardson.

inapreciable beneficio es el del sueño, al cual no siempre estamos lo suficiente agradecidos.

Muchas enfermedades se deben al espíritu. Los médicos no sólo tienen que ocuparse de los síntomas físicos de una enfermedad, sino que, á menudo, tienen que responder á la pregunta de Macbeth (1): «¿No puedes tratar, pues, á un espíritu enfermo, arrancar de la memoria una pena arraigada, borrar los tedios escritos en el cerebro, y con algún dulce antídoto de olvido desahogar el pecho lleno de dañinas materias que pesan sobre el corazón?»

Por otra parte, la salud no es sólo una de las principales condiciones de la felicidad, sino que es necesaria para trabajar bien. No sólo es estúpido, sino egoista, el descuidarla.

Es imposible trabajar bien, á lo menos lo mejor que se pueda, si estamos rendidos de fatiga. Además, es muy mal cálculo el abusar de sus fuerzas, pues todo trabajo hecho en esas condiciones exige un período de tranquilidad y de sosiego; de lo contrario, vuestra labor no será nunca de buena calidad, viéndose en ella muestras de una irritabilidad, de una debilidad ó de una falta de juicio cualesquiera. Y si nos vemos obligados á colaborar con otro, serán mucho más frecuentes las ocasiones de rozamientos y de quisquillas. Cuando os halléis en ese estado inferior, no hagáis más que un borrador: veréis que vuestra mano tiembla y no responde á vuestra voluntad. No sólo hay entonces fatiga muscular, sino, más que nada, un agotamiento nervioso. El trabajo debe hacerse con gusto; para ello es preciso trabajar con regularidad y energía, pero no de continuo. No deben descuidarse el alimento, ni el descanso, ni el ejercicio, ni las vacaciones.

Los efectos deprimentes y debilitantes de la mala salud son profundos, sobre todo si uno mismo se tiene la culpa de ello. Sin embargo, muchas personas están destinadas á sufrir toda la vida, sin tener culpa. Pero á menudo acontece que la

(1) Shakespeare, *Macbeth*.

naturaleza compensa esta debilidad del cuerpo concediendo al espíritu más claridad y alegría. Todos hemos conocido personas condenadas á padecer de continuo, en quienes la jovialidad y el buen humor no eran sólo una lección para los que están buenos, sino que su vida parecía encontrar una belleza y una consagración en el dolor mismo.

VI

DE LA EDUCACIÓN NACIONAL

Desde los tiempos más remotos, todos los sabios han afirmado la importancia de la educación.

«De todos los tesoros—dice Hitopadesa,—el conocimiento es el más precioso, porque no se puede robar, vender ni destruir.» «La educación—dice Platón—es lo más hermoso que los mejores hombres pueden adquirir».

Montaigne decía que «la ignorancia es la madre del mal.» «La ciencia—decía Fuller—es la limosna más elevada que se puede hacer.» Decía un moralista francés: «Poder sin saber, es muy peligroso.» La vida de un ignorante carecerá siempre relativamente de interés. Razón ha habido para decir que el hombre necesita ciencia, no sólo para asegurar su vida, sino para vivir.

Decía Petrarca que lo que más le gustaba era *aprender;* y no cabe duda ninguna de que Shakespeare expresó su propia opinión en las palabras que atribuye á lord Say: «La ignorancia es una maldición de Dios; las ciencias son las alas que nos hacen subir hasta el cielo».

Salomón dice, en un bellísimo pasaje:

«Feliz el hombre que ha encontrado la sabiduría, que avanza en inteligencia: porque el tráfico que de ella puede ha-

cerse es mejor que el tráfico del dinero, y la renta que de ella puede sacarse vale más que el oro fino. Es más preciosa que las perlas, y todas las cosas apetecibles no valen tanto como ella. Tiene largos días en su mano derecha, riquezas y gloria en su izquierda. Sus vías son vías agradables, y todos sus senderos no son más que prosperidad.»

Y añade más adelante:

«Lo principal es la sabiduría. Adquiere sabiduría, y por encima de todas las adquisiciones adquiere prudencia (1).»

Y, sin embargo, la opinión contraria ha prevalecido largo tiempo, sobre todo en lo que atañe á las jovencitas. Un dicho alemán afirmaba que la biblioteca de las mujeres era su ropero, y otro refrán dice que á las jóvenes debe guardárselas entre los cuatro Evangelios ó entre cuatro paredes. Hace poco tiempo se consideraba que ni el pueblo ni los nobles debían preocuparse por la ciencia, que eso era negocio para curas y frailes. Hasta hombres llenos de sensatez y de bondad, como el Dr. Johnson, han enunciado como axioma evidente que si todos aprendiesen á leer nadie se ocuparía de los trabajos manuales. Pero el Dr. Johnson no se daba cuenta de la dignidad del trabajo.

Ese fué el primer concepto. El segundo fué: que la educación es una preparación para los negocios; que es preciso guardarse mucho de educar á los hijos por encima de su condición; que la lectura, la escritura y la aritmética bastan para los pobres.

Este modo de ver las cosas fué extendido á toda clase de negocios. Harlitt declaró que los niños á quienes se destinara al comercio debían contentarse con una instrucción elemental. «Todo hombre ganará dinero, decía, si no tiene otra idea en la cabeza.»

Hoy preconizamos la instruoción, no sólo para hacer de un

(1) *Proverbios.*

hombre un obrero mejor, sino para hacer de un obrero un hombre mejor. Victor Hugo ha dicho, con razón, que «quien abre una escuela cierra una cárcel.»

«La mayor parte de nuestros niños, decía un hombre de estado, suizo, nacen en la pobreza; pero cuidamos de que no crezcan en la ignorancia.»

El año 1870, en que se votó la ley acerca de la instrucción obligatoria, señala una fecha importantísima en la historia de Inglaterra. Por aquel entonces había 1.400.000 niños en nuestras escuelas de primeras letras; hoy ascienden á 5.000.000. ¿Y qué ha resultado de eso? La estadística nos lo dirá. Ante todo, desde el punto de vista criminal: hasta 1887, el número de criminales en nuestras prisiones tuvo tendencia á ir en aumento; durante ese año, el promedio fué de 20.800. Desde entonces acá no ha hecho más que disminuir: hoy es de 13.000; por tanto, en cifras redondas, ha disminuido un tercio. Pero recuérdese que durante todo ese tiempo no ha cesado de aumentar la población; desde 1870, hase acrecentado en un tercio. Si nuestros criminales hubiesen aumentado en la misma proporción, habría 28.000 en vez de 13.000, ó sea más del doble, y entonces nuestros gastos para cárceles y policía hubieran sido 8.000.000 de libras esterlinas, en lugar de 4.000.000. Respecto á los delitos cometidos por menores, aún es más satisfactoria la disminución. En 1856, el número de jóvenes condenados fué de 14.000. En 1866, hubo 10.000; en 1876, 7.000; en 1881, 6.000; y según las últimas cifras que he podido averiguar, 5.100. Si consultamos luego las estadísticas de los pobres, veremos que en 1871 se calculaba que había 47 indigentes por 1.000 habitantes. Habían llegado hasta el 25 por 1.000; desde entonces han descendido al 22. Por tanto, la proporción está reducida hoy á la mitad. Gastamos en Beneficencia pública 8.000.000 de libras esterlinas, y si hubiera persistido la proporción anterior gastaríamos 16.000.000. Luego nuestros criminales nos hubieran costado 4.000.000 más y nuestros pobres 8.000.000 más de libras esterlinas.

Permítaseme añadir que las estadísticas de los delitos graves aún son más tranquilizadoras. El promedio de las personas condenadas á trabajos forzados perpetuos en el quinquenio de 1860 á 1864 fué de 2.800. Desde entonces no ha cesado de disminuir ese número, y el año pasado sólo fué de 729 (ó sea la cuarta parte, á pesar del acrecentamiento de la población). Y, en efecto, habiendo llegado á ser inútiles 8 de los presidios de forzados, han podido emplearse en otros fines esos edificios.

Para probar cuán íntimo es el enlace entre el crimen y la ignorancia, añadiré que, según las últimas noticias que he podido adquirir, de 157.000 personas condenadas, sólo 5.000 sabian leer y escribir regular, y sólo 520 eran lo que puede llamarse personas instruídas.

PROMEDIO NUMÉRICO ANUAL *de personas condenadas á trabajos forzados en Inglaterra y en el país de Gales.*

DURANTE LOS CINCO AÑOS que han precedido.	Promedio.	Población de Inglaterra y del país de Gales.
Al 31 de Diciembre de 1859.....	2.389	19.257.000
— 1864.....	2.800	20.370.000
— 1869.....	1.978	21.681.000
— 1874	1.622	23.088 000
— 1879.	1.633	24.700.000
— 1884..	1.427	26.313.251
— 1889.....	945	27.830.179
— 1892	791	29.055.550

El cuadro anterior manifiesta de una manera clara la disminución progresiva y marcada de condenas graves, y esas cifras son tanto más notables, cuanto que la población ha aumentado en fuertes proporciones.

Sin embargo, espero que no se me acusará de no pensar

más que en el aspecto pecuniario del asunto. No he citado esas cifras sino para contestar á quienes son de parecer que nuestra educación nos cuesta harto cara.

También sé que es preciso poner ciertos correctivos á esas cifras, las cuales no aspiran á ninguna precisión científica, y que deben tenerse en cuenta otras muchas circunstancias. A pesar de eso, me parecen muy instructivas y muy tranquilizadoras.

En realidad, es cortísima la proporción de los delitos debidos al vicio ó á las tentaciones irresistibles. Las grandes causas de crímenes son la bebida y la ignorancia. Los buenos resultados ya adquiridos no sólo se deben al hecho de que los niños aprenden buenas costumbres en la escuela, adquieren hábitos de limpieza y de orden, sino también (y sobre todo) á que se les preserva de las malas lecciones de la calle y se les protege contra la fatal enseñanza del criminal y del vagabundo.

Cabe preguntarse si hemos encontrado el mejor sistema de educación nacional. Hay tres grandes preguntas á las cuales es preciso responder á cada instante en la vida. ¿Esto es bueno ó malo, verdadero ó falso, hermoso ó feo? Nuestra educación debiera ayudarnos á contestar á todas estas preguntas.

Hace más de dos siglos hablaba ya Bacon de aquellos «que dicen á los hombres que vayan á vender sus libros para comprar hornillos, abandonando á Minerva y las Musas, por ser unas vírgenes estériles, y fiándose sólo de Vulcano.» No debe abandonarse á Minerva y las Musas; pero hasta aquí no hemos fundado lo suficiente nuestra enseñanza en la Biblia de la Naturaleza.

Saber leer, escribir y contar no constituye una educación; como un cuchillo, un tenedor y una cuchara no constituyen una comida.

Háseme acusado con frecuencia de atacar la educación clásica. Eso es inexacto: el griego y el latín son una parte importantísima de toda instrucción; sería absurdo querer disminuir su valor ó descuidarlos; pero por sí solos no bastan, y

(como dice Carlos Buston) pasamos harto á menudo el tiempo en aprender qué expresiones empleaban los ingenios sutiles de hace veinte siglos. En efecto, se otorga demasiado tiempo y cuidado á la gramática de los textos; tanto, que se olvida ocuparse de las ideas que contienen. Y según nuestro sistema, los alumnos no aprenden nunca á hablar en latín ó en griego; además (esto es el colmo del absurdo y lo que hace lo más vana posible toda instrucción), se les enseña á pronunciar de muy diversa manera que los romanos ó los griegos y hasta que cualquier pueblo moderno, incluso los escoceses.

Aparte de eso, nuestro sistema no inspira amor á las literaturas clásicas. Thackeray, en sus notas de un viaje de Cornhill al Cairo, supone recibir la visita de la Musa griega, la cual le pregunta si no está contento de encontrarse en Atenas. Responde á esa pregunta con más franqueza que cortesía: «Señora, hiciéronme durante mi juventud tan trabajosamente desagradable vuestra sociedad, que ahora ya no puede encontrar en ella encanto ninguno.»

Sea cual fuere su importancia, el estudio del griego y del latín no es más que una parte de la instrucción. La frase *litterœ humaniores*, manifiesta hasta qué punto se consideraba antaño que toda educación debia tener relaciones humanas, y su raíz en la simpatía humana común á todos.

Dícese que Shakespeare sabía poco latín y menos griego. Los libros, á pesar de todo lo que á veces les añaden la meditación y los comentarios, no pueden bastar para instruirnos. Quien sólo ha estudiado los libros, quien nada sabe de la Naturaleza ni de la sociedad, nunca será un hombre completo, siempre le faltará algo.

Se ha dicho, con razón, que una gran parte de nuestra instrucción es tan poco eficaz como «la acción de leer un tratado de botánica en un jardín de flores para hacerlas brotar (1).»

(1) *Guesses at Truth.*

No basta aprender, sino que también es preciso saber desaprender.

La instrucción no tiene por objeto formar abogados, eclesiásticos, militares ó profesores, sino hombres. «Llamo educación completa y generosa, decía Milton, á la que hace á un hombre apto para desempeñar con justicia, habilidad y grandeza de alma todas las funciones públicas y privadas, lo mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra.»

Los filósofos han estado siempre demasiado dispuestos á suponer que cuestiones de hechos podían resolverse por consideraciones verbales. Conocido es el problema de Plutarco: «¿Es el huevo quien ha hecho la gallina, ó la gallina quien ha hecho el huevo?» Y una de las pruebas que aduce en apoyo de la última hipótesis es que siempre se dice el huevo de una gallina y no la gallina de un huevo.

Es probable que á consecuencia de los defectos que en nuestra instrución señalé más arriba, sea por lo que tan pocas personas prosigan su educación al salir de la escuela. Sin duda, se aprende mientras se respira. «Vivid y aprended siempre», dice el proverbio. Pero la cuestión está en saber si aprendemos, no importa cómo, á retazos cogidos de los periódicos ó de las novelas, ó si perseguimos algo que ni de lejos parezca una educación continuada y metódica.

En otro sitio transmití el parecer de una altísima autoridad acerca de los resultados que tenemos derecho á exigir de toda instrucción; ahora citaré otro concepto análogo del profesor Huxley.

«Una buena instrucción debiera poner á un muchacho de quince ó dieciséis años en condiciones: de leer y escribir su lengua materna con facilidad y precisión y cierto sentido literario adquirido en el estudio de nuestros autores clásicos; de conocer de una manera general la historia de su país nativo y las grandes leyes de la vida social; de adquirir los elementos de las ciencias fisiológicas y psicológicas, así como cierto conocimiento de la aritmética y de la geometría. Igualmente

debiera tener nociones de lógica, adquiridas más bien por experiencia que por teoría. En cuanto á la música y al dibujo, serán para él placeres más que un trabajo.»

Muchos de nosotros pudiéramos firmar las frases de John Hunter, el gran anatómico, pues hemos sentido lo mismo que él: «Siendo niño, tenía vivísimos deseos de saberlo todo respecto á las nubes, respecto á las hierbas, por qué cambiaban de color las hojas en otoño. Observaba las hormigas, las abejas, las aves, los renacuajos, las crisálidas; perseguía á las gentes, acosándolas á preguntas acerca de todo linaje de cosas que ignoraban ó que les tenían sin cuidado.»

«Sólo una cosa quiero decir de los libros (dice Locke, en su *Tratado acerca de la educación)*, y es: que el comercio con los libros, á pesar de todo cuanto suele decirse, no es, en sentir mío, la parte más importante de nuestros estudios. A él hay que agregar otras dos cosas que en parte muy grande colaboran en nuestros conocimientos: me refiero á la reflexión y la discusión. Paréceme que la lectura sirve sobre todo para coleccionar primeras materias, muchas de las cuales será preciso luego arrojar como inútiles. El papel de la reflexión consiste en elegir entre esos materiales, adaptarlos unos á otros y (si se me permite la metáfora) apropiar las vigas, escuadrar y asentar las piedras del cimiento y construir todo el edificio. Y el papel de la discusión con un amigo (porque de poco sirve discutir con los demás) consiste, digámoslo así, en examinar la estructura, pasearse por todos los aposentos, fijarse en la simetría y concordancia de todas las partes, advertir las cualidades y los defectos de cada cosa. Además, es el medio mejor de descubrir lo que falta y remediar los defectos: la discusión nos hace ver á menudo verdades que ignoramos y las graba en nuestra mente tan bien como la lectura ó la reflexión.»

VII

DE LA EDUCACIÓN PERSONAL

El papel de la educación es el de servir para desarrollar armoniosamente todas nuestras facultades. Comienza desde la infancia, continúa en la escuela, pero no se detiene ahí. Prosigue á través de toda nuestra existencia, consintamos ó no en ello. Toda la cuestión estriba en saber si lo que aprendemos más tarde se adquiere con sensatez ó completamente á la ventura. «Todo hombre, dice Gibbon, recibe dos educaciones: la que le dan y la que él se da: esta última es la más importante. En efecto, lo que aprendemos por nosotros mismos debe aprovecharnos más que lo que otros nos enseñan.» Dice Locke: «Nadie ha llegado á ser verdaderamente sabio ó ha podido adquirir una verdadera superioridad en ninguna ciencia por la sumisión á la disciplina y á la dirección de un maestro.»

Los que no han podido distinguirse en clase, cuando estudiaban, no deben desalentarse por eso: no son los más grandes ingenios quienes maduran los primeros. Si no habéis hecho ningún esfuerzo, ciertamente es vergonzoso; pero, sin embargo, no se debe desanimaros de todo esfuerzo futuro. Si habéis hecho lo posible para triunfar, sed perseverantes y acabaréis por vencer. Son numerosos los hombres que no han brillado en sus clases y que, á pesar de eso, consiguieron los más grandes triunfos.

Dícese que Wellington y Napoleón no prometían mucho en su infancia, y se afirma que lo mismo aconteció con res-

pecto á Newton, Swift, Clive, Walter Scott, Sheridan y otros muchos hombres ilustres. Por tanto, resulta claro que los discípulos menos brillantes no son siempre los que menos han aprovechado los estudios.

Háse dicho que el genio era «la facultad infinita de trabajar», y esta reflexión tiene mucho de verdadera. Como dice Lily, en su sabroso lenguaje: «Si la naturaleza no ayuda, todo trabajo es vano; pero, sin el estudio, la naturaleza es vana.»

Por otra parte, muchos jóvenes brillantes y distinguidos no han triunfado en la vida por falta de salud, de aplicación ó de carácter; y, empleando la comparación de Goethe, «se parecen á esas plantas que llevan flores dobles, pero no frutos». A veces acaban en la miseria; al paso que jóvenes de menos dotes, pero aplicados ó de mejor temple de carácter, no dejan de elevarse y concluyen por ocupar importantes posiciones, para honor suyo y bien de su país.

Ciertas dudas acerca del valor de la instrucción débense, como ha dicho muy bien el Dr. Arnold, «á esa extraña confusión en que se obcecan algunas personas entre la inocencia y la ignorancia. La verdad es que si despojais á un hombre de sus conocimientos no le convertís en un niño, sino en un bruto; en uno de los brutos más malos y dañinos de la creación». Porque, como lo demuestra en otra parte, si los hombres abandonan el guía más seguro de la existencia, se hacen esclavos de sus pasiones y son presa de los defectos de ambas edades: á la ignorancia del niño, agregan los vicios del hombre.

Aquel cuya educación tuvo buen comienzo en la escuela no la dejará luego en suspenso.

Repitiendo las palabra de Salomón, el fin de una educación ilustrada consiste: en hacer que se conozcan la sabiduría y la instrucción; en escuchar los discursos de la inteligencia; en recibir una instrucción de buen sentido, de justicia, de juicio, de igualdad; en dar discernimiento á los sencillos, conocimiento y ciencia á los jóvenes.»

Dice Thoreau: «Un hombre se apartará de su camino para

recoger un duro en plata, pero descuida las palabras de oro de los sabios de la antigüedad, aprobadas y declaradas verídicas por los sabios de todas las edades». Un melancólico proverbio francés dice: «¡Si la juventud supiese y la vejez pudiese!» Una buena educación nos dará conocimiento en la juventud y fuerza en la vejez. «La experiencia, dice Franklin, es una escuela costosa; pero los necios no aprenden más que en ella.»

Nada importa más en la vida que entrar con buen pie. Comenzad bien y vuestro progreso se hará cada vez más fácil y rápido. Por el contrario, si empezais mal os costará muchísimo trabajo enderezar luego las cosas. Es difícil aprender, pero más difícil desaprender.

Tratad de que se os grave en la mente lo mejor que hay en los libros, en los hombres, en las ideas, en las instituciones. Nunca debemos avergonzarnos de ser menos sabios que alguno de nuestros amigos; pero hay que ruborizarse de no haber aprendido todo lo que hubiéramos podido aprender.

La educación no consiste únicamente en estudiar idiomas y amontonar hechos; es una cosa más elevada que la instrucción, y diferente de ella por completo. La instrucción nos prepara tesoros para lo futuro; pero la educación siembra gérmenes que producirán seis, cien veces más.

Todo el mundo lo reconoce: el saber es poco, si con la sabiduría se comprara. A veces, en verdad, no se han apreciado lo suficiente sus beneficios. Por ejemplo, se dice que «el saber se enorgullece de lo que sabe, y la sabiduría se humilla porque no sabe aún más». Pero esto no siempre es verdad. Precisamente los que más han estudiado son quienes aprenden cuán poca cosa saben.

Dícese también, con poca exactitud, que los conocimientos no son más que «una masa sin desbaste y sin provecho, simples materiales que la sabiduría emplea para construir». Sin embargo, sería muy mal arquitecto quien cuidara poco de elegir materiales. Además, con frecuencia ocurre que conocimientos al pronto sin valor han sido más tarde preciosísimos.

Saber es poder. «Nuestro conocimiento de la electricidad es un ahorro del tiempo; de la escritura, un ahorro de palabras y movimientos; de las leyes sociales, una economía de dinero; de las leyes sanitarias, una economía de salud; de las leyes de la inteligencia, una economía de fatiga cerebral. En cuanto á las leyes del alma, ¿quién es capaz de decir todo cuanto las debemos (1)?»

«Respecto á la conservación personal, al sostenimiento de la vida y de la salud, lo que importa poseer es la ciencia. Si se trata de proveer indirectamente á esta misma conservación personal ganándose la vida, lo que importa es la ciencia. En el cumplimiento de las funciones paternales, el verdadero guía que hace falta es la ciencia. La clave indispensable para comprender la vida nacional pasada y presente (inteligencia sin la cual el ciudadano no puede dirigir su conducta) es la ciencia. Lo mismo acontece respecto á las producciones del arte y á los goces estéticos bajo todas sus formas; también en ello la preparación necesaria es la ciencia. De igual modo para la disciplina intelectual, moral, religiosa, el estudio más eficaz es la ciencia» (2).

Citaré también la opinión del deán Stanley: «¡Cuán raro y benéfico es el amor desinteresado á la verdad! No siempre vemos en seguida sus beneficios; á veces, sólo al cabo de varias generaciones, vemos toda la extensión de la felicidad que debemos á descubrimientos científicos hechos sin más móvil que un desinteresado amor á la verdad.» Mucha razón tiene Salomón cuando dice: «El sabio escuchará y así aumentará su sabiduría.» Hay poquísimos conocimientos enteramente inútiles, pocas cosas que no sea ventajoso verlas, á lo menos una vez. En realidad, no hay cosas pequeñas, sino entendimientos pequeños.

Triste es tener que confesar cómo á veces quedan ignora-

(1) Herbert Spencer.
(2) Ibid.

dos los autores de los grandes descubrimientos; lo cual nos aflige, pues quisiéramos poder acordarnos de ellos con gratitud. Porque es raro que los grandes inventores hayan trabajado con un fin interesado ó por afán de gloria.

Una atención sostenida y una aplicación constante en el trabajo, son en absoluto indispensables para quien quiera gozar plenamente de la vida. Si no concedéis á vuestra faena más que la mitad de vuestra atención, emplearéis en ella doble tiempo.

Es triste ver cuán poco han aumentado hasta aquí los goces intelectuales la felicidad del hombre. Y, sin embargo, el sentido primitivo de la palabra escuela (σχολη) es descanso ó recreo.

En el credo de los positivistas hay muchas cosas que no puedo aceptar. Sin embargo, tienen una noble divisa: «El amor por principio, el orden por base y el progreso por objetivo».

«Hay—dice Emerson—muchos hombres inocentes que adoran á Dios según las tradiciones de sus padres, pero cuyo sentimiento del deber no se ha extendido nunca hasta el cultivo de todas sus facultades».

El hombre es la medida de todas las cosas. Mide por pies la altura de las montañas y la profundidad de los mares; nuestro sistema de aritmética se funda en el número de nuestros dedos. Y, sin embargo, ¡qué pobre cosa es el hombre, qué poca cosa! Y, sin embargo, ¡á qué grandeza puede llegar!

El hombre, dice Pascal, es «*res cogitans*, *id est dubitans*, *affirmans*, *negans*, *franca inteligens*, *multa ignorans*, *volens*, *nolens*, *imaginans etiam et sentiens*.» Y en otra parte: «El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña pensante. No hace falta que el universo entero se arme para aplastarle. Un vapor, una gota de agua, basta para producirle la muerte. Pero cuando el universo le aplastase, el hombre aún sería más noble que quien le mata, porque sabe que muere; y el universo nada sabe de la ventaja que sobre aquél tiene».

¿Cuáles son las cualidades necesarias para hacer de un hombre una persona cabal? Un cerebro lúcido, un corazón afectuoso, un juicio sólido, un cuerpo sano. Sin lucidez, desentrañamos las cosas mal; sin cariño, corremos el riesgo de ser egoistas; sin salud, poco podemos; y las mejores intenciones harán más mal que bien, si el juicio no las ilustra.

Si deseamos alabar á un amigo, decimos que es un cumplido caballero *(gentleman)*. «¿Qué es un cumplido caballero?—decía Thackeray.—Es un hombre recto, dulce, animoso y sensato, que ejercita con gracia todas estas cualidades. Es una cosa más rara de lo que se piensa».

El verdadero medio de instruirse uno mismo, dice John Stuart Mill, «consiste en examinarlo todo con cuidado; en no retroceder nunca ante ninguna dificultad; en no aceptar ninguna doctrina, cualquiera que fuere la autoridad que se atribuya, sin un examen profundo y una crítica negativa, de modo que no puedan pasar inadvertidos ningún sofisma, ninguna incongruencia ni ninguna confusión de ideas; y, sobre todo, en exigir que se defina el significado de toda palabra que se emplee, y se aclare el sentido de toda proposición antes de admitirla. Estas son las lecciones fundamentales que es preciso aprender.» Y todo el mundo es capaz de aprenderlas.

Los primeros elementos de toda educación son accesibles á todos: ni la alcurnia ni la riqueza dan ventajas muy grandes. Decía sir W. Jones que con la fortuna de un labriego había logrado adquirir la educación de un príncipe. Hace mucho tiempo, se ha dicho que no hay camino real que á la ciencia conduzca; pudiera decirse que son caminos reales todos cuantos llevan á ella. ¡Qué recompensa no obtendremos siguiéndolos! La educación nos aclara toda la historia de la tierra y nos manifiesta que todo marcha hacia la luz y el progreso; nos permite gozar de la literatura universal; abre ante nosotros el libro de la naturaleza y nos alumbra fuentes de interés en todos los lugares.

Y si no podemos esperar que algún día se diga de nosotros

«era un hombre como nunca se verá otro parecido (1)», al menos podemos conducirnos de modo que haya «una belleza continua en nuestra vida», porque todos tenemos el sentido y el deseo de lo que no muere.

Si la educación no alcanza siempre buenos resultados, menos suele ser por culpa de la educación misma que del espíritu con que se emprende. «Porque los hombres han aprendido á apetecer la ciencia, y la adquieren: ya por curiosidad natural y anhelo de descubrir; ya para distraer su mente con una deliciosa variedad de objetos; ya para engalanar su inteligencia; pero rarísimas veces para ejercitar sencillamente, en pro y ventaja de la humanidad, esta razón que les cupo en suerte. ¡Como si debiera buscarse en la ciencia un lecho donde hacer que descanse el espíritu investigador é inquieto, ó un terrado donde el alma vagabunda y tornadiza pueda pasearse viendo paisajes hermosos, ó una torre orgullosa donde el ánimo altivo pueda establecerse, ó una fortaleza ó un campo atrincherado para la lucha y los combates, ó una tienda para vender en ella con lucro, y no un precioso depósito instituido para gloria de Dios y alivio del hombre (2)!»

JOHN LUBBOCK.

(1) Bacon.
(2) Idem.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

El mes de Abril.—La Semana Santa.—Cuadros religiosos.—Las insurrecciones.—Triunfos en Filipinas.—Actitud amistosa de los Estados Unidos.—La disminución del mal en Cuba.—La prisión de Ríus Rivera.—La situación europea.—Las elecciones italianas.—Renovación del pacto entre Hungría y Austria.—Los jesuítas en Alemania.—Conclusión.

I

Escribo al comenzar la Semana de Pasión, por ende, al acercarse la Semana Santa, y no puedo vencer el deseo de ir evocando mis recuerdos y haciendo aquellas reflexiones que traen aparejadas consigo estas festividades religiosas del año. Ni la intimidad en el hogar de las Nochebuenas, tan regocijadas para los niños, que aturden las cabezas más seguras con sus rabeles y zambombas pastoriles, resonantes á Eglogas; ni la festividad, con que principia el año, celebrada con mutuos recuerdos y bendiciones y regalos; ni la famosa Candelaria, conservada siglos y siglos en remedo y copia de las romanas Lupercales; ni el mismo día de San José, tan festejado, guardan el manantial de inolvidables emociones, por estos días santos inspiradas, en los cuales días pasamos, cuando sabemos sentirlos, desde los arrebatos del férvido entusiasmo popular, expresado con los ramos de olivo y con las hojas de palmeras,

á las injurias del pueblo, escupidas con ingrato furor al rostro de su Mesías, y desde los júbilos de la Santa Cena, en que la divinidad se difunde por el ser humano, á los lutos y duelos de la muerte, simbolizados por las negras telas que cubren los templos como las nocturnas sombras los espacios, y desde los abismos insondables de la muerte, que nos aflije con sus dolorosos misterios, al sábado de la Resurrección, que nos alegra con sus promesas del rejuvenecimiento universal para todos los seres y de la perenne inmortalidad para nuestras almas.

II

Yo recuerdo todos los años mi valle levantino. Llegan por estos días las primeras golondrinas, con revoloteos y píos alegrísimos. Los botones de manzanos y de albaricoqueros con flores matizadas estallan, que preceden á las hojas, bajo cuyas henchidas yemas preparan las aves sus nidos. Acaba el último vapor de la neblina en los montes y comienza el primer arpegio de las filomenas en los rosales. Aroman las brisas del Mediterráneo los salados efluvios de las algas, unidos á las bocanadas de los azahares que llegan leguas y leguas tierras dentro. Las palmeras vibran en lo alto, cual conjunto de arpas angélicas, preludiando en las solemnidades religiosas el hosanna ó el antífona de la Misa. Todo sonríe. Desde la hermosa luna de Pascua, rielando en los remansos, hasta las matas de claveles cubriéndose de capullos en los macetones. Todo sonríe. Y, sin embargo, el altar, con la Iglesia, llora. La tristeza del morir se asocia en esto al gozo de florecer, como una serpiente atisbando el primer aleteo de las avecillas que persigue. La Virgen de los Dolores aparece llorosísima sobre las aras, con sus siete espadas hundidas en el corazón, y al pie de sus negras ropas, en tazones relucientes por su cristal y por su porcelana, huelen como incensarios y gallardean como mariposas las blancas azucenas. Y por todas partes oíanse, allá en

en mi pueblo, al anochecer, murmullos de voces que susurraban dentro de las casas con unísono eco; y estos murmullos decían á una con sus ecos, que rezaban las familias los misterios dolorosos, acompañadas por el rosario y presididas por las mujeres de la tribu, en sus sillones asentadas, después de haber ido, antes que cayera la tarde y que sonara la oración, en grupos á rezar los pasos, extendidos al aire libre dentro de capillejas, donde resaltan lucientes porcelanas, por el Calvario y el Convento, que los seculares cipreses cubren y el cercano cementerio entristece.

III

Quedando siempre las mismas ideas en los fondos del alma, como cambia el influjo por ellas ejercido según la edad y la experiencia, para nosotros, de niños, aparecía la pasión de María sobre la pasión de Jesús. Y, sin embargo, no es lo mismo en el Evangelio. Atentos los evangelistas á confiarnos de Jesús aquello que interesa siempre á todas las generaciones y á todos los tiempos, háblannos mucho de su historia pública y háblannos poco de su historia particular ó privada. Entre las terribles señales de nuestra edad, ninguna tan verdaderamente infausta como la curiosidad insana que se apodera del público, indagando los actos animales, privados, particulares de los grandes hombres con preferencia siempre á las ideas y á los afectos eternos, únicos factores interesantes, así á la Historia como á la Ciencia. Embargado el pensamiento de los evangelistas por la divina misión del Salvador, no refieren de su vida privada sino aquello que se necesita saber para fundar la correlación estrecha con sus vocaciones y con sus fines. Pero la fe cristiana y la tradición universal y el sentimiento de todas las generaciones ha suplido este silencio evocándonos la Madre del Salvador muchas más veces que á la hora de su apostolado y de su triunfo, á la hora de su pasión

y de su muerte. Acércase á más andar ésta en las páginas postreras de los santos Evangelios. El pueblo tornadizo y rebelde se aíra contra el galileo, á quien recibiera como un Mesías el Domingo de Ramos. Las gentes farisaicas, innumerables á la sazón en Jerusalén, comunícanse unas á otras lo dicho por aquel profeta, que se ofrece como hijo de Dios en su increíble soberbia y promete derribar el templo de Jehová con una palabra y reedificarlo á los tres días. La gente oficial romana oye con menor interés lo relativo al Profeta, por haberlos muy numerosos entonces en Palestina, incendiada por el mesianismo universal. Pero sabe que Jesús ha dicho algo, lo cual no cree bueno, de tributos á César, y algo de su propia regia dignidad personal. Y de aquí asechanzas eclesiásticas é imperiales á Jesús. Así desmayan los mismos apóstoles, tan ufanos cuando las palmas y las ramas de olivo seguían á su Maestro, tan recelosos cuando le acosan los rayos del Sanhedrín judío y las lanzas del pretor romano. Pedro se apercibe á negar, Judas á vender; y entre tantas angustias, el Salvador llora lágrimas de sangre, siente agonías de muerte, alza las manos al cielo desde aquel Huerto de las Olivas, donde se iniciaban los prodromos de su pasión y los presagios de su fin; pide la intercesión del ángel con Dios, para que, si fuera posible, pasase de sus labios aquel amargo cáliz. Pero fué más amplio y más acerbo el cáliz de María, pues como madre, centuplica en el corazón las penas de su Hijo.

IV

¿Cuál porción de bebida tan acerba le tocó á María? Tamaña pregunta puede responderse de varias maneras, apelando á los documentos históricos y apelando á la inducción propia. Resultan las noticias referentes al Salvador tan por extremo escasas, que apenas participa María de la pasión y muerte del Hijo en las Escrituras canónicas. Pero si atendemos á lo que

nosotros alcanzamos de la naturaleza humana y de su irremediable sino, María padeció más que Cristo y más que Cristo murió en la cruz, porque toda madre centuplica todos aquellos dolores de que son sus hijos víctimas. ¿Quién, que se haya criado en los pueblos católicos, no recuerda la triste procesión de Jueves Santo por la tarde? Yo creo ver la humildísima del pueblo, y viéndola, traigo á mi corazón los primeros afectos trágicos de la inocencia y de la infancia. Las torres mudas; los hogares, como si en todos yaciese algún difunto, cerrados; sin vestiduras los altares y sin sacras; esparcidos los candeleros, extinctas las lámparas; el tenebrario apagándose y causándonos con su obscuridad graduada y sucesiva escalofríos como si el sepulcro se abriese á nuestros pies y el juicio final viniese sobre nuestras frentes; todos estos lutos de tan solemne día no llegaban á la congoja sentida cuando la Virgen Madre iba solitaria, envuelta en túnicas negras y negros mantos; sus manos amarillas como las de un cadáver; amarillo su rostro como las manos y lleno de lágrimas cuajadas cual granizo, porque nuestro terror trágico, al verla entre las elégicas endechas del Miserere cantado por voces lastimeras, nos sugería la idea de que nosotros, pequeñuelos entonces, podíamos también movernos en ese cruel momento, y quedarse nuestras madres como aquella mujer sin consuelo, como aquella sombra de la desesperación.

V

El divino Morales, en cuadro que resplandece por Toledo, nos ha presentado la cabeza de Cristo al concluirse la flagelación, al pisar la vía del Calvario, y aquella cara lívida con negra cruz á su lado, la diadema de abrojos en la frente, los cordeles al cuello, las lágrimas nublando aquella mirada que padece y aun expresa compasión de los demás, la sangre corriendo por los surcos de las mejillas y goteando de la negra bar-

ba, la respiración trocada por tensión de su garganta en una especie de sollozo, tienen tal realidad que ven pasar todos los dolores humanos juntos y sentir allí la crucifixión que los abscribe y sujeta nuestro propio ser, desposado el infeliz desde su nacimiento con la pena y con la muerte. Pues más efecto que la inmortal artística pintura de Morales producían en mí los santos de mi tierra en esta semana mayor. Cuando, por un lado, en aquella procesión de Jueves Santo, se veía la Soledad y por otro lado estaba el Nazareno, como la naturaleza humana se reproduce y se copia toda ella en cada instante sublime, la inteligencia con el corazón se ponían en tanto caso, y las penas horribles, y los desengaños asesinos, y los combates eternos, y las tragedias infinitas é innumerables agolpábanse á nuestros corazones y nos traían el recuerdo completo de cuánto habíamos sufrido todos en nuestros progenitores y el anuncio de cuánto deberemos aún sufrir en todos nuestros descendientes.

VI

Rafael ha pintado por maravillosa manera el paso de Cristo desde la casa de Pilatos al Gólgota. Es el momento en que, agotadas las fuerzas de Jesús, necesita le auxilíe y le socorra el Cirineo. Está Cristo caído en el suelo. Los golpes que le han dado, las heridas que le han abierto, la cruz que le han puesto sobre los hombros, las espinas con que le han taladrado la frente, los insultos y las vociferaciones de tanto calumniador como lo ha perseguido y acosado, la pena sugerida por los perjurios y las traiciones, el uso infernal de blasfemias, la bofetada, la flagelación, la pública ignominia, en tales términos han acabado con el que no puede sobrellevar la pesadumbre de su vida, y cae derribado, como un árbol seco, por tierra. Pero hay quien sufre más allí, hay quien padece padecimientos más acerbos todavía, su pobre madre. Jesús parece no que-

rer verla, por no resultar al cabo que en aquella terrible situación da muerte á quien le diera vida. Por tanto, vuelve los ojos á las mujeres, compañeras suyas, y, viéndolas llorar también como su madre, les dice: «No lloréis, hijas de Jerusalén, por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos.» Con efecto, Cristo vió todas las consecuencias de aquel terrible minuto; vió el templo de sus progenitores arruinado; el santuario destruído; las generaciones de aquella ciudad enclavadas como él en una cruz; Sion hecho un montón de cenizas, y los hijos de Sion, que se creyeran señores de la tierra, díspersos, arrastrando una cadena moral, peor cien veces que la cadena material de los esclavos; el eterno deshonor y la eterna ignominia, sólo por no haber comprendido las nuevas ideas contenidas en sus viejos ideales.

VII

Mas, el dolor de los dolores no está en Cristo crucificado, está en su madre al pie de la cruz. Para comprenderlo necesitamos sólo recordar el ministerio cedido de consuno por Dios y por el Universo á la madre. Sólo un amor como el suyo podría conllevar los dolores congénitos á la gestación, al parto, á la crianza de sus hijos. Por eso en la maternidad ha puesto Dios invencibles propensiones á la enagenación de sí misma, que parecen un suicidio lento y que son un holocausto perpetuo. Por algún ave que deje su cría sobre el nido ajeno, en la universalidad casi de ellas, el sentimiento maternal fija las inquietudes de los nervios sobre su nido, y los tiene allí como petrificados é inertes, dando el fuego de vida propio suyo á los menudos seres encerrados en las cortecillas del huevo. ¡Cuánto no ha menester la naturaleza de un ave contrariarse y qué milagros obra en ella el amor, cuando se calla y se fija, pliega sus alas y cierra su pico entregada por completo á la incubación que pide y necesita la perpetuidad indispensa-

ble de su especie! Dígase cuanto se quiera por los pesimistas: así que la mujer siente un fruto de su amor en las entrañas, ya se ha transfigurado. Y así que tiene un hijuelo ha compendiado su vida entera en la cuna. Imaginaos qué le pasará en materia de dolor cuando esa cuna se torne sepulcro y la criatura idolatrada yerto cadáver. El dolor de María en la cruz excede al dolor de Cristo, porque la pasión de éste se agranda y exacerba y recrudece al pasar por las telas del corazón de su madre. Adoremos á María en el pie de la cruz.

VIII

Vamos á la política en sumario muy breve, pues carezco de tiempo.

En mi última correspondencia dije, indagando un poco lo porvenir, con las reservas propias de quien se arriesga por horizontes, los cuales pueden ser adivinados, pero no conocidos desde lo presente, cómo irían en plazo breve las insurrecciones coloniales de vencida y los insurrectos de cabeza. Y así las formidables posiciones de Cavite, para cuya defensa los tagalos aglomeraran todo cuanto les sugiriera su rabia contra los españoles, han caído bajo el poder de nuestro ejército; y la bandera nacional ondea triunfante sobre sus trincheras tomadas y sobre sus reductos rendidos. Esta insurrección, subsiguiente á la cubana, después de habernos afligido al igual que la otra y perturbado la política interior más aún que la otra, precede hoy en declinación hacia el ocaso á su gemela, y anuncia la total pacificación en todos los territorios y regiones de nuestra madre patria, con universal regocijo de los españoles, á cuyas venas se han extraído torrentes de sangre y á cuyos ahorros adelantos con sacrificios sin tasa. Por eso un júbilo extraordinario ha estallado en toda la península, y manifestaciones tan entusiastas como pacíficas, han demostrado que la savia del patriotismo corre por los corazones hispanos todos, en-

cendiéndolos en fervor é impulsándoles á un afecto unísono y acorde, siempre que se trata de la integridad del suelo y de la honra del nombre colectivo, como de todos los verdaderos y comunes intereses nacionales. Pues algo semejante pasa en Cuba respecto de la pacificación deseada y algo debemos prometernos de los últimos acontecimientos, favorables todos á nuestra patria. Hablé con lisura el mes pasado de mi juicio favorable sobre documento de un interés tan grande como el discurso presidencial americano. Y los hechos vienen á decirnos que no marraban mis apreciaciones optimistas, pues á las palabras políticas han seguido hechos de tal naturaleza y de tanta trascendencia, que muchos insurrectos declaran á quien desea oirlo, y sobre todo á sus jefes, que lo creen todo perdido y que deben resignarse al período de las transacciones, si no quieren caer derribados en el período de la sumisión incondicional y absoluta. Con efecto, hacía yo en mi anterior revista dos observaciones: la primera, que habían muerto casi todos los cabecillas de las facciones cubanas, y que tal número de muertes decía bien claro cómo estas facciones habían grande necesidad de ser impelidas al combate, y no refrenadas por sus jefes, los cuales, para darles arrojo, se inmolaban, parte por heroismo, pero parte también por necesidad, necesidad y heroismo determinantes de grandes, pero inútiles sacrificios. Mientras yo escribía estas observaciones, las estaba confirmando el ejemplo de Ríus Rivera. Puesto á la cabeza de cuantas partidas dejara tal caudillo allende la trocha de Mariel, juró no rendirse nunca y prometió una guerra de mucha pujanza como la mantenida por su predecesor. Pero no se pueden decir estas absolutas, aunque se cuente con un grande corazón, si hay que contar con partidarios fatigadísimos, y seguros ya de que todos sus esfuerzos resultarán á la postre inútiles y de que nunca podrá sonreirles, nunca, la requerida y deseada victoria. Ríus Rivera combatió con muchísimo esfuerzo, mostró su fibra de guerrillero en el combate, hizo todo lo que su heroismo le dictara por salvar su gente, pero tuvo

que caer maltrecho, malherido, roto, á la suprema desesperación de los suyos y á la inevitable desgracia de su causa.

X

Las cuestiones europeas van tomando un mal caríz, mientras lo toman bueno las cuestiones nacionales. Ahora vemos cómo contra Grecia no hay más argumento que la fuerza, y cómo, reunidas las potencias, ufanas de componer una confederación internacional, no hacen otra cosa sino romper el derecho internacional, cuyos lazos debían á todas ellas juntarlas y sostenerlas. Ante la verdadera justicia internacional no hay naciones grandes ni chicas; todas tienen iguales derechos, como superiores personalidades políticas que son. Y, sin embargo, las naciones grandes apelan al supremo recurso de un bloqueo contra Grecia, porque son ellas grandes y Grecia chica. No me maravilla, pues, que, andando estas naciones tan desorientadas en los generales asuntos europeos, anden más desorientadas en los respectivos asuntos interiores. Los italianos acaban de celebrar unas elecciones, y cuando todos creíamos que estas elecciones iban á dar una mayoría ministerial compacta y firme, ahora vemos que Rudini, el presidente conservador de la situación, y Cavalloti, el jefe parlamentario de los radicales, se desavienen, después de haber constituído grande unión liberal contra lo que llamaban ellos procederes dictatoriales del formidable Crispi. E igual amargura, ó mayor, en Austria reina tras las últimas elecciones. Así el conde Badeni ha tenido que presentar su dimisión. Y esta dimisión se funda en que, después de haber intentado preparar un Gobierno con los elementos liberales de la Cámara, ve segura su derrota por una coalición de todos los partidos reaccionarios; y después de haber intentado preparar un Gobierno con los elementos reaccionarios de la Cámara, ve segura su derrota por la coalición de todos los partidos libe-

rales. Y debe tratarse nada menos que la renovación del pacto entre Austria y Hungría, base de toda la estabilidad alcanzada en un equilibrio inestable por ese colosal y monstruoso edificio que se llama el imperio austriaco. Y no es menor la confusión de Alemania. Todo se podía esperar menos que por un asunto de barcos salieran en este protestante Imperio ganancioso los jesuitas. Si al más agudo y listo magín le proponen un acertijo de tal clase, con seguridad no lo acierta. ¿Qué tienen de común los barcos alemanes con los ultramontanos jesuitas? Pues vais á saberlo. En la Cámara del Imperio existe un fuerte partido perteneciente á la Iglesia católica. Este fuerte partido vió con horror que Bismark se prevaliese del conflicto suscitado por los dogmas de la Concepción y de la Infalibilidad para expulsar á sus más tenaces mantenedores. Y los jesuitas no pudieron soñar ya con el Estado que les ofreció un asilo, magüer protestante, cuando los expulsaban las monarquías católicas, sin excluir á la ortodoxa monarquía española. Pues bien, así que hay una cuestión entre las oposiciones democráticas y el Imperio alemán, los católicos ofrecen al más buen postor sus huestes. Ahora se niegan á votar los demócratas el aumento de la escuadra, con muy buen acuerdo, y los católicos dicen: «Pues nosotros que hemos votado en su primer debate contra el aumento de barcos, votaremos en pro si la Cámara reabre las puertas del Estado á los expulsos jesuitas. Y hálas abierto la Cámara. Por el Parlamento podrán volver los jesuitas. Pero hay sobre tal Parlamento una Cámara federal, compuesta por los reyes con los Gobiernos germánicos, y esta Cámara no quiere nada con los jesuitas y opondrá el veto á su vuelta, con especialidad los reyes y los Gobiernos católicos. Ved, pues, como se relacionan los barcos y los jesuitas. Debíamos hablar de Oriente; pero lo dejo para la Revista venidera, no sin pedir al cielo que salve á Grecia.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 5 de Mayo de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

L'État comme organisation coercitive de la Société Politique, par Sigismod Balicki, docteur en droit, associé de L'Institut International de Sociologie.—Paris. Giard et Brière. — Un vol. de 184 págs. — Precio, 6 francos.

Si el encadenamiento de las ciencias no fundamenta, en nuestra opinión, toda filosofía, como se reconoció por pensadores insignes después que Comte lo hubo afirmado, hay que admitir, sin duda que reflexión atenta se complace en ahuyentar, que las alianzas que entre las llamadas ciencias particulares median, sus enlaces, las condiciones mutuas que saliendo, al parecer, de su peculiar egoismo, se prestan, auxilian infinitamente al espíritu que persigue la verdad cierta, con frecuencia abatido por abstracciones sinnúmero que erizan de escollos la senda ardua del conocer, corrige distinciones absurdas que, nacidas en el seno de erróneas teorías generan á su vez prácticos errores, y disuelve, en la manifestación unitaria de la suprema verdad de un sistema, dualismos y parcialidades, que hacen infecunda la labor de la ciencia, ayuna de virtualidad para la vida y divorciada constantemente de lo que la realidad exige.

Cuando este principio fué columbrado por filósofos ilustres, ensayóse ya el modo de aunar direcciones dispersas y hasta contradictorias, al parecer, del pensamiento que se dilataba.

Hoy cultívanse con esmero estas conquistas que hizo realizables la moderna vida y los positivistas sobre todo, que excinden todavía la realidad del saber de tantas suertes, y aún los que reaccionan y resucitan la metafísica, validos de procedimientos que les aprendieron, emprenden hermosos estudios sistemáticos, de conciliación fecunda, de las tendencias varias que la verdad reviste, dignos del más caluroso encomio y de los plácemes más entusiastas.

La conjunción de las ciencias físicas y naturales con las que á la sociedad atañen, tan distanciadas hasta hace poco, á que dió nombre de Sociología Augusto Comte, lleva en sí principios de inmarcesible valía; la compenetración perseguida de la Sociología y la ciencia del Derecho, alentará de seguro, por lo que se vislumbra, infinitos progresos, que no ponen la esperanza en remota lejanía, si se juzga la calidad de los estudios de esta guisa, que distraen nobles afanes de los sabios de ese aspecto de la vida.

A la clase de trabajos cuyo mérito encarezco en las líneas que preceden, pertenece el concienzudo de Segismundo Balicki, editado con elegancia por MM. Giard et Brière en la selecta *Bibliothèque Sociologique Internationale*, que M. René Worms dirige con singular acierto.

Por referencias sabíamos que tenían ese sabor las obras del escritor polaco, que logró mostrar en su última publicación francesa los alientos sobrados con que cuenta para mantener el predicamento adquirido entre los que cultivan producciones de ese género, rico en inestimables frutos. Sus principales estudios anteriores son unos artículos insertos con el título de *Democracia y liberalismo*, en la *Revista Social* de Lemberg, y otros publicados en uno de los pasados años en la conocida *Revue Internationale de Sociologie*, que se titulan *L'organisation spontannée de la société politique*.

Del último libro publicado en francés con el título que transcribo al principio, habré de decir poco ya, en consonancia con lo reducido de estas crónicas de libros, que exigen sólo

noticia somera de los que afrontan los riesgos de la publicidad.

Su contenido está distribuido en varios capítulos que especificaré, acomodándome á límites estrechos. Después de una introducción en que señala los puntos de intersección de ciencias afines, llamadas á grandes conquistas, y de decantar las excelencias de la Sociologia en armonía con la Filosofía del Derecho, pasa Balicki á exponer su teoría de la Sociología política, y al efecto, examina en un primer capítulo *Las relaciones del Estado en el seno de la sociedad política*, para lo cual distingue, previo minucioso análisis, los caracteres que le diferencian de la nación, la sociedad y el pueblo, y la comunidad de esencia que con cada uno guarda; después indaga *la organización del grupo gobernante* en armonía con las premisas sentadas y con lo que la Sociología y la Historia hermanadas muestran, y estudia luego las formas que esta organización reviste, en un capítulo tercero dedicado á los *Régimenes constitucionales;* en él expone los caracteres de las dos asociaciones que pueden ocurrir: por semejanza y por concomitancia *(assotiation par ressemblance et par concomitance)* correspondientes á los régimenes llamados directo y representativo, á su vez integrados respectivamente por la aristocracia y la democracia, y por la monarquía y el parlamentarismo.

Estudiadas así las formas que la constitución de un Estado puede afectar, prosigue el autor la investigación comenzada, en otros tres capítulos que destina á tratar *De la soberanía y de la organización gubernamental, De la organización de los súbditos* y *De los conflictos sociales y de su inhibición*, que le conducen, después de afirmar cómo la soberanía adecua con la unidad en que se hermanan los elementos dispersos y heterogéneos del pueblo, mantenida por el Estado; cómo la personalidad de los individuos colectiva, ha de estar en concordancia con el grupo en que el Estado encarna, y cómo se resuelven por inhibición de una parte, previo el poder coactivo del Estado, los conflictos azuzados por el germen de discordia que

el fondo de todo comercio entre heterogéneos elementos entraña, á un último capítulo de *Conclusiones*, resumen de la doctrina expuesta, y afirmación de la ruta que el Estado está llamado á seguir en ulterior vida.

Llegamos á hablar del fondo de la doctrina cuando no tenemos, á pesar nuestro, espacio para extendernos lo que menester fuera; sólo diremos, pues, que el autor concibe el Estado como organismo coercitivo de la sociedad política, que es la nación organizada, asociación espontánea y libre, proveniente de homogeneidad y afinidad de elementos internos que entrañan virtual proceso de diferenciación, y el pueblo, como expresión de heterogeneidad de elementos, producto de fusiones sucesivas, de grupos desemejantes. Si tenemos en cuenta que organizado el pueblo da lugar al Estado, que imprime cohesión coercitiva á los refractarios elementos que pugnan en su seno, y que es para el pueblo lo que la sociedad para la nación significa, se verán las relaciones que median, en concepto de Balicki, entre estos elementos que coexisten separados, gracias á estudios concienzudos hechos con lisonjero éxito, ya á fines del pasado siglo, por Adam Fergusson y Augusto Schlötzer, cuyos frutos, que decanta W. Riehl, nos damos prisa á recoger ahora.

En la doctrina de Balicki, convienen, según él mismo reconoce, Blunstschli, Waitz, Jhering, Savigny, Gumplowicz y aun Ahrens. A pesar de eso, no es difícil apreciar la originalidad del libro de que trato, y las nuevas aplicaciones que de la Sociología, la Filosofía del Derecho y la ciencia del Estado hace. Aunque no concuerde el suyo con nuestro juicio siempre, ni llamemos de igual suerte muchas cosas, ni interpretemos en consonancia algunos hechos, reconocemos en el trabajo que reseñamos labor profunda que aporta inestimables datos y solución cumplida á los estudios *realistas* de la sociedad y á los problemas pendientes con ella relacionodos.

Leopoldo Palacios.

Théories modernes sur les origines de la famille, de la société et de l'Etat, por Adolfo Posada; traduction française por Frantz de Zeltner. — Bibliotheque Internationale de Sociologie.—Un vol., 150 págs.—París, 1896; 4 francos.

Numerosas y diversas, inasibles á causa de su número y contradictorias en su gran diversidad: he ahí cómo se ofrecen las doctrinas, á veces simples, pero á menudo complejas, sobre los orígenes obscuros de la familia, de la sociedad y del Estado. Por otra parte, esas teorías son casi todas teorías modernas; y la confusión aumenta, sobre todo para quien quiere enterarse de ellas y trata de distinguir sus resultados definitivos. Y, realmente, las investigaciones científicas, aplicadas á este importante asunto, ¿han producido conclusiones indiscutibles y ha surgido la certidumbre absoluta, y por ende inmutable, de las incertidumbres por ellas aclaradas? No creo que cabe responder afirmativamente sin grave riesgo.

Pero, precisamente á causa de la persistencia de esas temibles obscuridades, adquiere todo su valor y plena utilidad un libro como el publicado por el Sr. Posada. En capítulos claros, mérito esencial, y breves, mérito capital, el Sr. Posada enumera y analiza los sistemas que brotan de múltiples investigaciones. ¿Se ha de afirmar que, en el origen, la unidad social fué el grupo de parientes nacidos de un mismo padre y gobernados autoritariamente por él? ¿Se ha de sostener, por el contrario, con Bachofen, que la humanidad ha comenzado por un estado de promiscuidad general, en el cual el varón no se cuidaba para nada de los hijos por él engendrados, pero en el que la mujer, consagrada á ellos, llega á ser el centro de la familia, y, por consiguiente, la depositaria de la autoridad? En suma, ¿por donde se ha empezado, por el matriarcado ó por el patriarcado? Cruel enigma. Fácilmente se ve el interés de la controversia, y de un modo especial en el resumen que de ella se hace por el Sr. Posada.

¿Cómo y por cuál evolución se extendió el grupo familiar? ¿Qué fueron, en realidad, la familia y la sociedad primitivas?

¿Cuál fué también la naturaleza del Estado primitivo? Acerca de estas cuestiones, de importancia excepcional, las discusiones se entrecruzan, armados los adversarios con fuertes argumentos. El Sr. Posada discierne en todo eso lo verdadero de lo falso. Verdaderamente, para concentrar en 150 páginas teorías y opiniones tan múltiples, se requería, no sólo una crítica muy perspicaz, sino también una gran competencia dogmática. Ni una ni otra faltan al Sr. Posada, cuya obra es, por consiguiente, un guía seguro y un libro excelente.

ERNEST CHARLES.

(De la *Revue Internationale de Sociologie.*)

Il problema delle origini del diritto, de S. Fragapane.—Roma, Ermanno Loescher é C.° éditori, 1896.—Un vol. de 291 págs., 6 liras.

Sabida es la importancia que en todos los órganos del conocimiento ha adquirido el criterio genético. Apenas hay ya ciencia alguna que se muestre satisfecha con el estudio estático de los seres ó fenómenos que le sirven de materia y que no sienta la necesidad de introducir, junto á aquél, el estudio dinámico, con el cual únicamente es posible darse razón de por qué los seres y fenómenos actuales se nos presentan en la forma en que los vemos. El criterio genético, además, que es forzosamente un criterio comparativo, sirve admirablemente para curarnos de ciertas ilusiones que con frecuencia padecemos, una de las más perniciosas, de las cuales, consiste en juzgar eternas, absolutamente imprescindibles é indefectibles, las condiciones que constituyen el medio en que vivimos.

En el campo social y jurídico, acaso donde las ilusiones re-

feridas han producido y siguen produciendo mayor daño, tenemos ya también á estas horas una literatura relativamente abundante, penetrada del sentido genético, histórico y comparativo, y gracias á la cual sabemos que el Derecho y todas las instituciones sociales han tenido un origen humildísimo en el tiempo, con formaciones naturales que han ido apareciendo en la vida, según la necesidad lo reclamaba, no dones gratuitos, y se modifican y transforman sin cesar, á medida que se transforman y modifican los factores de que ellas son un resultado. A esta literatura pertenece el libro del señor Fragapane, aunque se distingue bastante de otros trabajos del mismo género por predominar en él un sentido filosófico, sintético, de sobriedad en el dato y en el detalle, que en ocasiones hace al autor ser algo abstruso.

De cuatro libros se compone la obra. En el primero hace el señor F. una excursión por el campo de la historia de la filosofía, desde Grecia en adelante, para presentar ante la vista del lector las maneras diferentes cómo á través del tiempo se ha concebido y tratado de resolver el problema jurídico, hasta venir á la concepción genética de nuestros días: es, pues, un capítulo de historia de la filosofía del Derecho. El segundo libro está consagrado á exponer cuál sea el concepto científico de las investigaciones genéticas, cuál el método y las condiciones subjetivas de cognoscibilidad, cuál el supuesto científico de aquellas investigaciones (criticando en este lugar el uso ilegítimo que se hace del supuesto evolutivo y de las aplicaciones biológicas en sociología) y cuáles los datos á que las mismas han de contraerse por lo que al Derecho toca, datos que son, según el autor, de dos clases: unos relativos al hecho de la justicia y otros á la formación de la personalidad. A tal estudio, ó sea á indagar de qué manera se forma la justicia y la personalidad en el seno de la sociedad, están dedicados los dos últimos libros. El uno, que es el tercero de la obra, trata de cómo se originan, por selección gradual, las normas jurídicas, cooperando, al efecto, tanto el *consensus social* como la acción

é intervención del poder social; y de cómo aparece, también por grados, y adquiere cada vez mayor intensidad, el hecho de la sanción y con él la idea de la sanción. En el libro cuarto expone F. las condiciones que dan origen á la personalidad, tanto desde el punto de vista psíquico y moral, como desde el social y el jurídico.

El libro, que además de su valor intrínseco está editado en excelentes condiciones tipográficas, merece ser conocido por todos los amantes de los estudios de filosofía jurídica.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Aguilar y Cano (A.)—Los ingenios de las *Flores de poetas ilustres de España*. El Marqués del Aula. En 4.°, 50 páginas y colofón.

Aldrey (C. A.)—Ortografía fonética y justificación de la usual española. En 8.° mayor, 168 páginas.

Balaguer (V.)—El regionalismo y los juegos florales. En 8.°, VIII 327 páginas.

Banco de España.—Memoria leída en la Junta general de Accionistas. En 4.° mayor, 79 páginas.

Benavente (J.)—El marido de la Téllez; boceto de comedia en un acto. En 8.°, 94 páginas; 1 pta.

Bermejo (I. A.) — Curiosidades históricas. Costumbres y tiempos de Mari-castaña. En 8.° 335 páginas; 2 ptas.

Besteiro (J.)—La Psicofísica (obra premiada por el Ateneo de Madrid). En 4.°, 144 páginas.

Canto-Claro.—La cariátide. Novela. En 8.°, 292 páginas; 1,50 pesetas.

Carracido (J. R.)—Estudios histórico-críticos de la Ciencia española. En 4.°, 223 páginas; 3 ptas.

Castillo (M.)—La clasificación bibliográfica decimal: exposición del sistema y traducción directa de las tablas generales del mismo. En 4.°, 70 págs; 2 ptas.

Díez Pinedo (E.)—Anuario de la Bolsa, del Comercio y de la Banca para 1897. *Año VI.* En 8.°, 581 páginas; 5 ptas.

Estadística de la administración de justicia en lo *criminal* durante el año 1895 en la Península é islas adyacentes, publicada por el Ministerio de Gracia y Justicia. En 4.° mayor, 170 páginas.

Estadística de la administración de justicia en lo *civil* durante el año 1895, en la Península é islas adyacentes, publicada por el ministerio de Gracia y Justicia. En folio, 286 páginas.

Estado general de la Armada para el año de 1897. En 8.° mayor. 2 tomos; 6 ptas.

Fabié (A. M.)— Estudio sobre la organización y costumbres del país vascongado, con ocasión del examen de las obras de los señores Echegaray, Labairu, etc. En 4.°, XV-219 páginas; 3 pesetas.

Feliú y Codina (J.)—La real moza: comedia en tres actos, en prosa. En 8.°, 78 págs.; 2 ptas.

Gallego (T.)—La insurrección cubana. Crónicas de la campaña. En 4.°, 263 págs.; 3 ptas.

Ganivet (A.)—La conquista del reino de Maya, por el último conquistador español Pío Cid. En 8.° mayor, 387 págs.; 3 ptas.

Garay (Blas).—La revolución de la independencia del Paraguay. En 8.°, 215 págs.; no se vende.

Idem.—Compendio elemental de historia del Paraguay. En 8.°, XVI-300 págs.; no se vende.

García Criado y Menéndez (J.)—A orillas del Tajo; esparcimientos

literarios. En 4.°, XVI-272 págs.; 4 pesetas.

Gutiérrez Sobral (J.)—Canal de Nicaragua. En 4.°, 26 págs.

Hidalgo (J. G.)—Asuntos de ciencia y de enseñanza. I. ¿Dónde deben construirse el Museo de Ciencias Naturales y la Faculsad de Ciencias de Madrid? En 4.°, 16 págs.; no se ha puesto á la venta.

Irissarry Honorat (E. B.)—Complemento al maestro de los verbos franceses. En 8.°, 63 págs.; 1 peseta.

Lázaro é Ibiza (B.)—Botánica descriptiva. Compendio de la flora española y estudio especial de las plantas criptógamas y fanerógamas, indígenas y exóticas que tienen aplicación á la medicina, agricultura, industria y horticultura. *Tomo II.* En 4.° mayor, 1.038 páginas con grabados; 17,50 ptas.

Leoz (M.)—Poca cosa; cuentos. En 12.°, 61 págs.; 1 pta.

López Toral (F.)—La contabilidad secreta del comerciante, manufacturero, banquero, etc. En 4.°, 36 págs.; 2 ptas.

Maestre(T.)—Los degenerados; drama. En 8.°, 77 págs.; 2 ptas.

Márquez Sterling (M.) — Emanuel Lasker. Una partida con A. B. Hodges. El ajedrez en México. En 12.°, 32 págs.; 1 peseta.

Martí-Miquel (J.) — Flores de luz. Poesías de autores extranjeros puestas en rima castellana. En 12.°, 213 págs.; 0,50 pesetas.

Memoria y cuenta general del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid, correspondientes al año de 1896. En 4.°, 74 págs.

No se ha puesto á la venta.

Mhartín y Guix (E.) — Curso completo de taquigrafía abreviada, dividido en diez lecciones «Sistema Martí.» En 8.°, 166 páginas: 2,50 pesetas.

Monumenta historica Societatis Jesu nunc primum edita a patribus ejusdem societatis. *Annus quartus.* Fasciculus quadragesimus. En 4.°, 160 págs.; cada cuaderno 3 pesetas.

Contiene: Vita Ignatii Loiolae et rerum societatis Jesu: historia auctore Alphoso de Polanco, ejusdem societatis sacerdote. Tomus v. (1555.) (Pliegos 11 á 20).

Osuna (F. de). — Comentarios en verso escritos en 1599, para un libro en prosa que se había de publicar en 1896. En 8.°, 16 págs.

No se ha puesto á la venta.

Pérez Galdós (B) Doña Perfecta: drama en cuatro actos, arreglo teatral de la novela del mismo título. En 8.°, 87 págs.: 2 pesetas.

Idem.—La fiera, drama en tres actos. En 8.°, 79 págs.; 2 pesetas.

Restrepo (J.)—Estudio sobre la responsabilidad civil, por delitos y culpas. Alegato que el Dr. Julián Restrepo H. presenta al Tribunal de Cundinamarca, como abogado del señor General Juan M. Dávila. Bogotá. Impr. de Antonio María Silvestre. 1896. En 8.° mayor, 68 págs.

Ricar (M.)—Manual del ajedrecista. En 8.°, 88 págs.; 2 pesetas.

Ripollés y Baranda (M.)—Jurisprudencia civil de Aragón, recopilada y ordenada según el plan del Código civil. *Tomo I.* En 4.°, XLVIII-445 págs.; 7 pesetas.

Sánchez de Ocaña (R.) — Contribuciones é impuestos en León y Cas-

tilla durante la Edad Media. En 4.°, 456 págs.; 3 pesetas.

Sanmartín y Aguirre.—Filigranas. Intimas. En 8.°, 204 págs.; 2,50 p.

San Román (M. de). — Guerra civil de 1833 á 1840 en Aragón y Valencia. Campañas del general Oráa, 1837-1838. *Tomo II.* En 4.°, LIII-221 págs.; 4 pesetas.

Santos (J. N.)— España, Cuba, Estados Unidos; reformas que se imponen. En 8.°, 80 págs.; 1 pta.

Sastrón (M.)—Colonización de Filipinas. Inmigración peninsular. En 4.°, 115 págs.; 3 pesetas.

Satué (C.) — Mostaza inglesa. En 12.°, 95 págs.; 0,50 pesetas.

Scævola (Q. M.)—Legislación española. Código civil comentado y concordado extensamente. *Tomo XII.* En 4.°, 848 págs.; 9 ptas.

Sola y Uriel (D.)—Compendio de gramática castellana. En 8.°, 152 páginas. Cartón; 1 peseta.

Soriano (R.)—Por esos mundos..... En 12.°, 192 págs.; 0,50 pesetas.

Soto (S. M.)—El tercio alavés en la guerra de Africa (1859 á 1860). En 8.°, 133 págs.; 2 pesetas.

Taboada (L.)—Perfiles cómicos. En 12.°, 192 págs.; 0,50 pesetas.

Tejera y Magnin (L. de la.)—Puente transbordador, sistema Palacio. Memoria descriptiva. En fólio, 198 págs.; 10 pesetas.

Tello Amondareym (M.)—Ceuta, llave principal del Estrecho. Apuntes para un estudio político-militar. En 8.°, 408 págs.; 5 ptas.

Torcal (N.)—Armonías del crepúsculo (poesías). En 8.°, 203 páginas; 2 pesetas.

Torres Manzanares (B.)—Hipología militar. En 8.° mayor, XII-355 páginas; 7,50 pesetas.

Urrecha (F.)—Agua pasada; cuentos, bocetos, semblanzas. En 8.°, 215 págs.; 2 pesetas.

Valera (J.)—Genio y figura (novela). En 8.°, 218 págs.; 8 pesetas.

Valle-Inclán (R. del.)—Epitalamio (historia de amores). En 12.°, 109 págs. (cinco viñetas); 2 pesetas.

Valverde Téllez (E.)—Apuntaciones históricas sobre la filosofía en Méjico. En 4.°, XIV-477 páginas; 15 pesetas.

Vargas (R.)—Ejercicios de gramática castellana ó modo de enseñarla por el método intuitivo. En 8.°, 31 págs.

Viladot (O.)—Novelas contemporáneas. El caciquismo. En 8.°, 159 págs.; 2 pesetas.

Villalva y Hervás (M.)—Una década sangrienta. Dos regencias. En 8.°, 397 págs.; 3 pesetas.

Villalobos B. (D.)—Lecciones de historia de Chile, arreglada en círculos concéntricos y precedida de un estudio sobre la metodología del ramo. Dos tomos en 8.°, 251 y 340 págs.; 6 pesetas.

Wolf (F.)—Historia de las literaturas castellana y portuguesa, traducción del alemán, por Miguel de Unamuno, prof. de la Universidad de Salamanca, con notas y adiciones por M. Menéndez y Pelayo. *Tomo II* (fin). En 4.°, 492 págs.; 8 pesetas.

Zerolo (E.)—Legajo de varios. Cairasco de Figueroa y el empleo del verso esdrújulo en el siglo XVI. La lengua, la Academia y los académicos: usurpaciones de Inglaterra en la Guayana Venezolana; ensayos literarios, cuentos y otras cosas. En 8.°, X-420 páginas; 4,50 pesetas.

INDICE

Págs.

El saludo de las brujas, por Emilia Pardo Bazán..... 5
El partido socialista en España, por Pablo Iglesias..... 23
Algunas observaciones sobre el Quijote *de Avellaneda*, por Blanca de los Ríos de Sampérez..... 37
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 90
Proyecto de un plan de estudios de segunda enseñanza, por Tomás Escriche..... 107
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 127
La prensa internacional.—El empleo de la vida, por Sir John Lubbock, traducido por el Dr. Luis Marco..... 137
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 177
Notas bibliográficas, por Leopoldo Palacios, Ernest Charles y P. Dorado..... 188
Obras nuevas..... 196

LIBROS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA ADMINISTRACCIÓN DE

LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.—MADRID.

Aguanno (José D.)—*La Génesis y la evolución del Derecho Civil*, según los resultados de las ciencias antropológicas é histórico sociales, con una introducción de G. P. Chironi. Traducción de P. Dorado. Un gran vol. 4.° m., 15 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades.

Idem.—*La Reforma integral de la Legislación Civil;* traducción de P. Dorado. Un vol. en 4.° m., 4 pesetas.

Alcofurado (Mariana).—*Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly.* Un vol. impreso en cartulina, edición de bibliófilo, tirada de 200 ejemplares, á 3 pesetas.

Son las más bellas cartas de amor que existen impresas.

Anónimo.—*¿Académicas?* Curiosísimo librito anónimo, una peseta.

Anónimo.—*Currita Albornoz al Padre Coloma.* Un vol. una peseta.

Araujo y Sánchez (Ceferino).—*Goya,* estudio biográfico crítico, con el catálogo de sus obras. Un vol. en 4.° m., edición de bibliófilo, tirada de 300 ejemplares, á 3 pesetas.

Arenal (Concepción).—*El Visitador del Preso,* 3 pesetas. *El Derecho de Gracia ante la justicia* y *El reo, el pueblo y el verdugo,* 3 pesetas. *El Delito colectivo,* 1,50 pesetas.

Arnold (Mateo).—*La Crítica en la actualidad,* 3 pesetas.

Asensio (J. M.)—*Fernán Caballero,* una peseta. *Martín Alonso Pinzón* (estudio histórico), 3 pesetas.

Asser (T. M. C.)—*Derecho internacional privado;* obra completada por Alfonso Rivier; traducida, prolongada y anotada por J. F. Prida, profesor de esta asignatura en la Universidad de Valladolid. Un vol. en 4.° m., 6 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades.

Balzac (Honorato).—*Eugenia Grandet. Papá Goriot. Ursula Mirouet. César Birotteau. La quiebra de César Birotteau.* Cinco volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Barbey d'Aurevilly (J.)—*El Cabecilla. El Dandismo y Jorge Brummel. Venganza de una mujer. Las Diabólicas. Una historia sin nombre. La Hechizada.* Seis volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Baudelaire (Carlos).—*Los paraísos artificiales,* un vol., 3 pesetas.

Becerro de Bengoa (Ricardo).—*Trueba,* biografía, una peseta.

Bergeret (Gastón).—*Eugenio Mouton (Merinos),* una peseta.

Bourget (Paul).—*Hipólito Taine,* biografía, 50 céntimos.

Buylla (Adolfo A.)—*Economía.* Un vol. en 4.° m., de 676 págs., 12 pesetas.

Esta obra comprende ocho partes que constituyen la Economía

Política, cada una de ellas á cargo de un profesor especialista, en la siguiente forma:—I. Concepto de la Economía y carácter de su ciencia, por Adolfo A. Buylla.—II. Los conceptos fundamentales de la Economía Social, por J. G. Neumann.—III. La producción económico social, por F. Kleinwaechter.—IV. La formación del precio, por F. G. Neumann.—V. La Moneda, por E. Nasse.—VI. El Crédito y los Bancos, por Ad. Wagner.—VII. La distribución económico-social, por F. Mithoff.—VIII. El consumo económico social, por G. Lexis.

Sirve de texto en varias Universidades.

Campe (Enrique).—*Historia de América*, con notas y aclaraciones de Fernández Duro, dos volúmenes, 6 pesetas.

Campoamor (Ramón de).—*Ternezas y Flores*, *Ayes del alma*, *Fábulas*. En un solo volumen, 3 pesetas. *Doloras y Humoradas*. Todas en un solo vol., 3 pesetas. *Cánovas*, estudio biográfico, una peseta.

Carnevale (Manuel).-*La cuestión de la pena de muerte*. Un vol., 3 ps.

Idem.—*Filosofía jurídica*. Un vol. en 4.° mayor, 5 pesetas.

Contiene: Ciencia criminal y ciencia penal. El Derecho. La pena en el derecho. Noción de la pena. Función de la pena. El principio ideal en la pena. Auxiliares de la pena. Decadencia de la pena.

Caro (E.)—*El pesimismo en el siglo XIX. El suicidio y la civilización. Costumbres literarias. Littré y el positivismo. El derecho y la fuerza, ó Kant y Bismarck*. Cinco vols., á 3 pesetas cada uno.

Coppée (Francisco). — *Un idilio*, 3 pesetas. Delicadísima novela.

Cherbuliez (Víctor). — *Miss Rovel. La Tema de Juan Tozudo. Amores frágiles. Paula Meré. Meta Holdenis*. Cinco vols., á 3 pesetas cada uno.

Daudet (Alfonso).—*Jack*, dos tomos. *La Evangelista. El Sitio de París. Novelas del lunes. Cartas de mi molino. Tartarín en los Alpes. Cuentos y fantasías*. Ocho volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Dorado (Pedro).—*Concepción Arenal*, una peseta. *Problemas jurídicos contemporáneos*. Un vol. en 4.° m., 3 pesetas.

Dostoyuski (Fedor).—*La Casa de los muertos*, 3 pesetas. *La Novela del presidio*, 3 pesetas.

En estas dos obras relata de mano maestra, el ilustre novelista ruso, todos los trágicos incidentes de sus prisiones en Siberia.

Engels (Federico). — *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Un vol. en 4.°, m. de 336 páginas, 6 pesetas.

Es la obra más notable que ha producido el socialismo, después de *El Capital*, de Marx.

Fernan-Flor.—*Zorrilla*, una peseta. *Tamayo*, una peseta.

Fernández Guerra (Aureliano).—*Don Juan Eugenio Hartzenbusch*, una peseta.

Ferrán (Augusto).—*Obras completas*, 3 pesetas.

Comprende: Prólogo, por Gustavo Becquer, y Cantares del pueblo, La Soledad, La Perezа, Una inspiración alemana, El Puñal, Epitafio de una joven y traducciones é imitaciones de Enrique Heine.

Es un precioso libro que debe conocer todo el que haya leído las obras de su émulo Becquer, á quien supera muchas veces.

Ferri (E.)—*Estudios de Antropología*, 3 pesetas. *Nuevos estudios de Antropología*, 3 pesetas.

Idem. (En colaboración con Lombroso, Garofalo y Fioretti).—*La Escuela criminológica positiva*. Un vol. en 4.° mayor, 7 pesetas.

Flaubert (Gustavo). — *Un corazón sencillo*, 3 pesetas.

Fouillée (Alfredo).—*Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia*. Un vol. en 4.° m., 7 pesetas.

Idem.—*La Ciencia social contemporánea*, traducción, prólogo y notas de Adolfo Posada. Un vol. en 4.° m., 8 pesetas.

Idem.—*Historia de la Filosofía*, dos vols. en 4.° m., 12 pesetas.

Framarino dei Malatesta (Nicolás). *Lógica de las pruebas en materia criminal.* Dos grandes vols., 15 pesetas.

Esta obra, digno complemento del *Tratado de las pruebas en materia civil*, de Ricci, ha tenido un éxito enorme en Italia y viene á llenar completamente entre nosotros la necesidad sentida por los profesores de Derecho, abogados, jueces y magistrados, de un buen tratado rigurosamente científico y eminentemente *práctico* acerca de las pruebas en materia criminal. Ninguno de los problemas relativos á la indicada *prueba* queda por estudiar en este precioso libro. Empieza por una preparación lógica; luego estudia las cuestiones generales de *la prueba*, su naturaleza, sus reglas, su clasificación, el peso de la prueba; siguen las diferentes pruebas particulares, directas é indirectas (especialmente las indirectas), reales y personales, dedicando todo el tomo segundo á hacer un examen, el más completo que existe, sobre la prueba testifical, la documental y la material.

Garofalo (R.)—*La Criminología*, estudio sobre el delito y sobre la teoría de la represión, con un apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli, traducción por P. Dorado. Un gran vol., 10 pesetas.

Idem.—*Indemnización á las víctimas del delito.* Traducción y estudio crítico, por P. Dorado. Un vol. en 4.° m., 4 pesetas.

Idem.—*La superstición socialista.* Un vol. en 4.° m. 5 pesetas.

Idem.—(En colaboración con Lombroso, Ferri y Fioretti.) *La escuela criminológica positiva.* Un vol en 4.° mayor, 7 pesetas.

Gautier (Teófilo).—*Bajo las bombas prusianas.—Nerval y Baudelaire.- Madama de Girardín y Balzac*, tres tomos, á 3 pesetas cada uno.—*Enrique Heine*, biografía, una peseta.

Gay (Sofía).—*Salones célebres*, 3 pesetas.

Gladstone (W. E.)—*Los grandes nombres.* Un vol. en 4.° m., 5 pesetas.

Ocúpase el insigne político inglés en esta obra de los hombres ilustres que han contribuído al progreso de la humanidad.

Idem. *Lord Macaulay* (biografía)' una peseta.

Goncourt (Los hermanos).—*Querida.—Renata Mauperin.—Germinia Lacerteux.—La Elisa.—La Faustin.—La Señora Gervaisais.* Seis tomos á 3 pesetas cada uno.

Idem.—*Historia de María Antonieta, reina de Francia.* Un vol. en 4.° m., de 384 páginas, 7 pesetas.

Idem.—*Historia de la Pompadour.* Un vol en 4.° m., 6 pesetas.

González (Carlos).—*Derecho usual. Resumen de los principios generales del Derecho y del Derecho positivo español.* Un vol. en 4.° mayor, encuadernado en tela, 5 pesetas.

Esta obra es de utilidad grandísima para quien quiera conocer el Derecho sin estudiar la carrera, para quien desee recordar los conocimientos adquiridos, y principalmente para repaso de las asignaturas con objeto de tomar el grado. A este fin la emplean con grandísimo éxito los estudiantes.

Goschen (C. J.)—*Teoria sobre los cambios extranjeros, con una introducción del marqués de Villaviciosa de Asturias.* Un vol. en 4.° mayor, de 320 páginas, 7 pesetas.

Grave (Juan).—*La Sociedad futura.* Traducción del Dr. Marco. Un vol en 4.° m., 8 pesetas.

En esta importantísima obra se estudia lo que será la sociedad anarquista.

Gross (Hans).—*Manual del Juez*, para uso de los jueces de instrucción y municipales, Gobernadores de provincia, Alcaldes, Escribanos, Oficiales y Subalternos de la Guardia civil, Agentes de policía, etc. Obra traducida

del alemán é ilustrada con multitud de grabados. Un vol. en 4.° mayor, 12 pesetas.

Los grandes progresos realizados últimamente en el descubrimiento y captura de criminales en todas las naciones, se deben á la publicación de esta obra.

Trata, entre otras muchas materias: Del conocimiento de los hombres. Del interrogatorio. De los testigos. De la inspección ocular. De los peritos. De los médicos. De los casos que entran en el dominio de la medicina legal. De las huellas. De las manchas. De la fotografía. De la antropometría. Prácticas de los rufianes. Robos y secuestros. La superstición. La criptografía. La prensa periódica. Las lesiones. Las armas. Las estafas. Autores, cómplices y encubridores. De los incendiarios. Delitos cometidos empleando procedimientos científicos. Daños y perjuicios, etc.

Cumplowicz (Luis).—*Derecho político filosófico*, traducción del alemán, prólogo y notas, por P. Dorado, Un vol. en 4.° m., 10 pesetas.

De texto en varias Universidades.

Idem.—*La lucha de razas.* Un volúmen en 4.° mayor, 8 pesetas.

Guyau (M).—*La educación y la herencia*, estudio sociológico, traducido, prologado y anotado, por A. Posada. Un vol. en 4.° mayor, 8 pesetas.

Heine (Enrique).—*Memorias*, 3 pesetas.

Pocos libros más encantadores que este, en el cual el gran poeta nos cuenta sus aventuras.

Howard Collins (F.)—*Resúmen de la filosofía e Herbert Spencer*, con un prólogo de Herbert Spencer. Dos volúmenes en 4.° mayor, 15 pesetas.

El ilustre filósofo inglés ha declarado que este Resumen está muy bien hecho, y que es indispensable para quien quiera conocer á fondo su filosofía.

Hunter (Guillermo A.)—*Sumario de Derecho Romano.* Un vol. en 4.° m., 4 pesetas.

No hay estudiante inglés que no curse por este libro al que llaman *the little Hunter* (el pequeño Hunter), dándole el nombre de su ilustre autor, que actualmente ocupa la cátedra de Sumner Maine.

No existe libro que resuma mejor, ni con más claridad, ni en menos páginas, 220, el Derecho romano; por esto se valen de él para aprender muy bien en pocos días la asignatura los estudiantes ingleses, y ha sido aceptado con igual éxito por los españoles.

Kells Ingram (Juan).—*Historia de la Economía política*, traducida del inglés por M. de Unamuno. Un vol. en 4.° m., 7 pesetas.

Kidd (B.)—*La evolución social.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas.

Krapotkin (Príncipe Pedro). — *La conquista del pan*, 3 pesetas.

Lange (A).—*Luis Vives*, traducción del alemán, revisada por M. Menéndez y Pelayo. Un vol. en 4.° mayor, 2,50 pesetas.

El mayor elogio que puede hacerse de esta obra es recordar que su autor escribió la célebre *Historia del materialismo.*

Laveleye (E).—*Economía política.* Un vol en 4.° m., 7 pesetas.

Esta obra del ilustre profesor de Economía en la Universidad de Lieja, es completísima, alcanzando hasta el socialismo y la anarquía en sus últimas manifestaciones.

De texto en varias Universidades.

Lombroso (César).—*El hipnotismo. Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología. Ultimos progresos de la Antropología.* Tres volúmenes, á tres pesetas cada uno.

Idem.—(En colaboración con Ferri, Garofalo y Fioretti). *La escuela criminológica positiva.* Un volumen en 4.° mayor, 7 pesetas.

Lubbock (Sir John).—*La vida dichosa*, 3 pesetas.

Martens (F. de).—*Tratado de Dere-*

cho Internacional. Prologado y anotado por F. Prida, profesor de esta asignatura en la Universidad de Valladolid. Tres volúmenes en 4.° m., 22 pesetas.

Esta obra del ilustre profesor de San Petersburgo, es el mejor tratado de Derecho internacional, público y privado, que actualmente existe.

De texto en muchas Universidades.

Maupassant y Alexis.—*Emilio Zola*, biografía, una peseta.

Macaulay (Lord).—*Estudios jurídicos*, dos vols., 6 pesetas.

Manduca (F.)—*El procedimiento penal y su desarrollo científico.* Traducción, prólogo y notas por A. Pintós. Un vol. en 4.° mayor, 5 pesetas.

Menéndez y Pelayo (Marcelino).—*Nuñez de Arce*, una peseta. —*Martínez de la Rosa*, dos biografías, cada una una peseta.

Merimée (Próspero). — *Colomba*, 3 pesetas. — *Mis perlas*, 3 pesetas.

Meyer (F.)-- *Derecho administrativo. La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria, seguida de la organización administrativa en España*, por Adolfo Posada. Un vol. traducido del alemán, 5 pesetas.

II tomo.—*La Administración social. Exposición crítica de las teorías y legislaciones administrativas modernas más importantes*, por A. Posada. Un vol., 5 pesetas.

Miraglia (Luis).—*Filosofía del Derecho*, dos volúmenes en 4.° mayor, 15 pesetas.

Hermosa obra que compendia todos los adelantos en la materia.

Molins (Marqués de).—*Bretón de los Herreros*, una peseta.

Neumann (Barón Leopoldo de) — *Derecho Internacional público moderno*; obra traducida del alemán, prologada y anotada por A. Sela, prof. de esta asignatura en la Universidad de Oviedo. Un vol en 4.° m., 6 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y en la Escuela superior de Guerra.

Pardo Bazán (Emilia).—*El Padre Coloma*, 2 pesetas. *Alarcón*, 1 peseta. *Campoamor*, 1 peseta.

Passarge (L).—*Ibsen*, 1 peseta.

Picón (J. O.)—*Ayala*, 1 peseta.

Posada (Adolfo).—*Derecho Administrativo. La Administración política y la Administración social.* Exposición crítica de las teorías y legislaciones administrativas modernas más importantes. Un vol., 5 pesetas.

La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria, obra escrita en alemán, por F. Meyer, con introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada. Un vol., 5 pesetas.

Renán (Ernesto).—*Mi infancia y mi juventud*, 3 pesetas. *Memorias íntimas* (dos tomos), 6 pesetas. *Estudios de Historia religiosa.* Un vol. en 4.° m., 6 pesetas. *La vida de los Santos.* Un vol. en 4.° m., 6 pesetas.

Ricci (Francisco).—*Tratado de las pruebas (en derecho civil).* Traducción aumentada con notas y apéndices relativos á la legislación y á la Jurisprudencia española, por Buylla y Posada. Dos vols. en 4.° m., 20 pesetas.

Comprende: De la prueba en general. De la prueba por escrito. Del documento público. Del documento privado. De la prueba testifical. De la confesión. Del juramento decisorio. Del juramento de oficio. De la cosa juzgada.

Sainte-Beure (C. A.)—*Tres mujeres* (Madama de Staël, Madama de Sevigne y Juliana de Krudner. Apéndice: El salón de la Baronesa de Staël). Un vol. 3 pesetas. *Retratos de mujeres* (Madamas de Souza, de Pontivy, Durás, Roland y Guizot). Un vol., 3 pesetas.

Sardou (Victoriano).—*La perla negra* (novela), 3 pesetas.

Savigny (F. de).—*De la vocación de nuestro siglo para la Legislación*

y para la Ciencia del Derecho. Un vol. en 4.° m., traducido del alemán, 3 pesetas.

Schopenhauer (Arturo).—*Estudios escogidos*, 3 pesetas.

Idem.—*Fundamento de la moral.* Un vol. en 4.° m., 5 pesetas.

Idem.—*El mundo como voluntad y como representación.* Tomos 1.° y 2.° en un vol. en 4.° m., 12 pesetas.

Sighele (Scipión).—*El delito de dos*, ensayo de psicología morbosa. Un vol. en 4.° mayor, 4 pesetas.

Comprende: La sugestión en el delito. Sugestión de un delincuente sobre otro. La pareja sana. La pareja suicida. La pareja demente. Los Goncourt. Eloisa y Abelardo. Carlyle y su esposa. Ideas de Schopenhauer, Espinas y Roger. Los esposos asesinos. Los amantes asesinos. La pareja infanticida. El infanticidio. El aborto. La cortesana y el *soutenneur*. La pareja tribadita y la pareja cinédica, etc.

Idem. — *La muchedumbre delincuente*, ensayo de Psicología colectiva. Un vol. en 4.° m., 4 pesetas.

Idem.—*Teoría positiva de la complicidad.* Un vol. en 4.° m., 5 pesetas.

Spencer (Herbet).—*La Justicia.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas. *Las Instituciones eclesiásticas.* Un volumen en 4.° m., 6 pesetas. *La moral de los diversos pueblos y la moral personal.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas. *La Beneficencia.* Un vol. en 4.° m., 6 pesetas. *El organismo social.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas. *Instituciones sociales.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas. *Instituciones políticas.* Dos volúmenes en 4.° m., 12 pesetas. *El Progreso, su ley y su causa.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas. *De las leyes en general.* Un vol. en 4.° m., 8 pesetas. *Exceso de legislación.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas. (Contiene: Exceso de Legislación. Para qué es bueno el sistema representativo. La reforma parlamentaria. Intrusión del Estado en la circulación monetaria y fiduciaria. Administración especializada. Stuart Mill contra Hamilton. De la libertad á la esclavitud). *Etica de las prisiones.* Un vol. en 4.° m., 10 pesetas. (Contiene: Etica de las prisiones. La Etica de Kant. Etica política absoluta. Moral del Comercio. Moral y policía de los ferrocarriles. La sabiduría colectiva. Fetichismo político. Ensayo de estética. Filosofía del estilo. Uso y belleza. Las fuentes de los tipos arquitectónicos. La gracia. La belleza personal. Origen y función de la música. Fisiología de la risa. Las maneras y la moda. Los americanos).

Sthal (Federico Julio).— *Historia de la Filosofía del Derecho*, con prólogo de E. Gil y Robles, profesor en la Universidad de Salamanca. Un vol. en 4.° m., 12 pesetas.

Esta es la mejor obra del sabio profesor de la Universidad de Berlín, Federico Julio Sthal.

Stendhal.—*El amor*, 3 pesetas.—*Curiosidades amatorias*, 3 pesetas.

Stuart Mill (John).—*Mis memorias*, 3 pesetas. Precioso volumen en el cual el gran filósofo nos cuenta su vida con absoluta sinceridad.

Sumner-Maine (Sir H.)—*El antiguo derecho y la costumbre primitiva.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas.

Idem.—*La Guerra según el Derecho internacional.* Un vol. en 4.° m., 4 pesetas.

Idem.—*Historia del Derecho.* Un vol. en 4.° m., 8 pesetas.

Idem.—*Las Instituciones primitivas.* Un vol en 4.° m., 7 pesetas.

(Contiene: El antiguo Derecho. El parentesco considerado como fundamento de las sociedades. La tribu y la tierra. El jefe y la aristocracia El jefe y la tierra. Antiguas divisiones de la familia. Cómo se propagan las ideas primitivas. Formas del procedimiento en derecho romano, teutónico, brehon é indio. Historia del régimen de los bienes de la mujer ca-

sada. La Soberanía. Los Imperios).

Supino (David).—*Derecho Mercantil*, traducido y anotado extensamente por Lorenzo Benito, catedrático de esta asignatura en la Universidad de Valencia. Un volumen en 4.° m., 12 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y Escuelas de Comercio.

Taine (Hipólito).—*Filosofía del Arte. La pintura en los Paises Bajos. El Arte en Grecia. El ideal en el Arte. Viaje á Italia: Nápoles, Roma* (2 tomos), *Florencia, Venecia, Milán.* Diez volúmenes á 3 pesetas cada uno.

Idem.—*Historia de la literatura inglesa contemporánea* (Dickens, Thackeray, Macaulay, Carlyle, Stuart Mill, Tenyson). Un vol. en 4.° m., 7 pesetas.

Idem.—*Historia de la literatura inglesa.* Los orígenes. Un vol. en 4.° m., 7 pesetas.

Tarde (G.)—*Estudios penales y sociales.* Un vol., 3 pesetas.

(Comprende:El sufragio universal. El amor morboso. El atavismo moral. La arqueología criminal. Despoblación y civilización).

Idem.—*La criminalidad comparada.* Un vol., 3 pesetas.

(Comprende: El tipo criminal. La estadística criminal. Problemas de la penalidad. Problemas de la criminalidad).

Idem.—*El duelo y el delito político.* Un vol , 3 pesetas.

(Comprende: El duelo. El duelo en lo pasado. El duelo en lo presente. El duelo, sus causas y remedios. Los duelos en Italia. Los duelos en Francia. El delito político).

Idem. — *Las transformaciones del Derecho.* Traducción, prólogo y 120 notas, por A. Posada. Un volumen en 4.° m., 6 pesetas.

(Contiene: Derecho criminal. Procedimiento. Régimen de las personas. Régimen de los bienes. Obligaciones. El Derecho natural. El Derecho y la Sociología.

Thorold Rogers (James E.)—*Sentido económico de la Historia.* Un vol. en 4.° m., 10 pesetas.

Esta es una de las más importantes obras de nuestra colección. Explica la Historia á través de la economía política.

Tcheng-Ki-Tong.—*La China contemporánea*, 3 pesetas.

Tolstoy (Conde León).—*La sonata á Kreucer. Marido y mujer. Dos generaciones. El ahorcado. El príncipe Nekhli. En el Cáucaso. La muerte. El sitio de Sebastopol. Los cosacos. Iván el Imbécil. El canto del cisne. El camino de la vida. Placeres viciosos. El dinero y el trabajo. El trabajo. Mi confesión. Los hambrientos. ¿Qué hacer? Lo que debe hacerse. Mi infancia. Fisiología de la guerra. La escuela de Yasnaia Poliana. Mi juventud.* 23 vols., á 3 pesetas cada uno.

Turgueneff (Iván).—*Humo. Nido de hidalgos. El judío. El rey Lear de la Estepa. Un desesperado. Primer amor. Aguas primaverales. Demetrio Rudin. El reloj. Padres é hijos. La guillotina.* Once vols., á 3 pesetas cada uno.

Uriel Hancock (Anson).—*Historia de Chile*, traducida del inglés. Un vol. en 4.° m., 8 pesetas.

Esta interesantísima historia alcanza hasta el año 1893.

Valera (Juan). — *Ventura de la Vega*, 1 peseta. *Currita Albornoz al Padre Coloma*, 1 peseta.

Varios autores.—*Cuentos escogidos.* «El gallo del campanario», por Eugenio Moutón (Merinos). «La Criadita», por Cátulo Mendes. «Sganarelle», por Teodoro de Banville. «La obra maestra del crimen», por Juan Richepin. «Los Generales y el Mugik», por Chchedrine. «La partida de Chaquete», por Próspero Merimée. «El Ayuno», por Emilio Zola. «Christel», por Sainte Beuve. «El pan bendito», por Francisco Coppée. «Una Condesa», por Alfonso Daudet.

Varios autores. — *El Derecho y la Sociología contemporáneos*, por

Aguano, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregall, Pella y Forjas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña, etc.

Esta hermosa obra, de 800 páginas en 4.° mayor, contiene todos los progresos y el estado actual del Derecho y la Sociología; precio, 12 pesetas.

Varios autores.—*La Escuela criminológica positiva*, por Lombroso, Ferri, Garófalo y Fioretti. Un volumen en 4.° m., 7 pesetas.

Renombrada obra, en la cual exponen sus teorías los cuatro jefes de la escuela positivista de Derecho Penal.

Varios autores.—*Estudios de higiene general*, traducidos del alemán por F. Murillo. Un vol. de 300 páginas, 3 pesetas. Comprende: «Desarrollo histórico de la Higiene pública», por A. Hirsch, profesor en Berlín. «Patología comparada de las razas», por J. B. Stokirs, profesor en Amsterdam. «Las infecciones en la guerra», por R. Koch, profesor en Berlín. «Cómo degeneran las naciones: Causas y remedios», por A. Wurzburg, jefe de estadística en Berlín.

Varios autores.—*Novelas y caprichos*. Comprende: «Sopas de ajo», por el doctor Thebussem. «El collar de Perlas», por Manuel del Palacio. «Virtudes premiadas», por Jacinto Octavio Picón. «El Poder de la Ilusión», pequeño poema, por Campoamor. «El mechón blanco», por Emilia Pardo Bazán. «Tisis poética», leyenda, por José Zorrilla. «Chucho», aguafuerte, por A. Palacio Valdés. «La Risa del Payaso», anécdota, por Emilio Ferrari. «El novenario de ánimas», por Narciso Oller. «Placidez», por Eugenio Sellés. «La Condesa de Palenzuela», por Antonio de Valbuena.

Este precioso libro, ilustrado con más de 200 grabados y multitud de *Historias mudas*, vale 3 pesetas.

Varios autores.—*La nueva Ciencia jurídica, Antropología, Sociología*, por Aguanno, Altamira, Arenal, Dorado, Ferri, Fioretti, Lombroso, Oliva, Posada, Salillas, Escartín, Silió, Torres-Campos, Vida, etc.

Esta obra consta de dos volúmenes en 4.° m., con grabados, y da á conocer las aplicaciones de la Antropología y la Sociología á la Ciencia jurídica. Precio, 15 ps.

Varios autores.—*Ramillete de cuentos*. Comprende: «Malachka y Akulina», por el Conde León Tolstoy. «Muerte voluntaria», por Francisco Copée. «Caballería rusticana», por G. Verga. «El verdugo», por Balzac. «El libro japonés», por Eugenio Moutón. «Un animal sarnoso», por Pedro Loti. «El babieca de la señá Antoñica», por Juan Richepín. «Mateo Falcone», por Próspero Merimée. «Fragmento de una carta de mujer», por A. Daudet. «El baño de la Malibran», por A. de Pontmartín. «La canción del peral», por Paul Feval. «Cálculo exacto», por Dostoyensky. «Cómo se engaña á las mujeres», por Teodoro Banville. «Un jugador», por Paul Bourget. Un vol. 3 pesetas.

Varios autores.—*Tesoro de cuentos*. «El cura de Cucuñán», por A. Daudet. «Las dos margaritas», por Cátulo Méndez. «La miniatura», por Teodoro Banville. «El miedo», por G. de Maupassant. «Cuento histórico», por Teófilo Gautier. «Los ladrones y el asno», por Emilio Zola. «El asesino desnudo», por Juan Richepín, «Un veterano de la veterana», por Francisco Copée. «La Marquesa de Aureboune», por A. de Pont Martín.

Vivante (César).—*Derecho Mercantil*, traducción, prólogo y notas, por F. Blanco Constans, profesor de esta asignatura en la Universidad de Granada. Un vol. en 4.° mayor, 10 pesetas.

Sirve de texto en varias Uni-

versidades y Escuelas de comercio.

Waguer (Ricardo).— *Recuerdos de mi vida*, un tomo, 3 pesetas. En este hermoso libro refiere el ilustre músico sus memorias íntimas.

Wolf (Fernando). — *Historia de las literaturas castellana y portuguesa*, traducción del alemán, con notas y adiciones de M. Menéndez y Pelayo. Dos vols. en 4.° m., 15 pesetas.

Ybsen (Enrique).—*Casa de muñeca*, con biografía del autor y estudio preliminar, por L. Passarge, 3 pesetas. *La Dama del mar* y *Un enemigo del pueblo*, dos dramas en un solo vol., 3 pesetas. *Los Aparecidos*, *Hedda Gabler*, dos dramas en un solo vol., 3 pesetas.

Yhering (Rodolfo von).—*Cuestiones jurídicas* traducción del alemán, por Adolfo Posada. Un vol. en 4.° mayor, 5 pesetas.

Zola (Emilio).—*Biografías de Jorge Sand*, *Victor Hugo*, *Balzac*, *Alfonso Daudet*, *Sardou*, *Dumas* (hijo), *Gustavo Flaubert*, *Chateaubriand*, *Los Goncourt*, *Alfredo de Musset*, *Stendhal*, *Sainte-Beuve*, *Teófilo Gautier*, 13 tomos á peseta cada uno. *Las veladas de Médan*, 3 pesetas. *Estudios literarios*, 3 pesetas. *La Novela experimental*, 3 pesetas. *Mis odios*, 3 pesetas. *Nuevos estudios literarios*, 3 pesetas. *Estudios críticos*, 3 pesetas. *El naturalismo en el teatro*, 2 tomos, 6 pesetas. *Los novelistas naturalistas*, 2 tomos, 6 pesetas. *El Doctor Pascual*, 2 tomos, 6 pesetas. *Los hombros de la Marquesa*, 3 pesetas.

España moderna

AÑO 9.º NUM. 102.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

JUNIO 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL SALUDO DE LAS BRUJAS

(CONCLUSION)

X

INSTINTO

Contribuyó la presencia del bohemio en la Ercolani á despejar y normalizar la situación de Felipe y Rosario. Desde la llegada de Miraya se había establecido cierto alejamiento: lo que no fuese encontrarse completamente solos, era estar aislados: la interposición de un hombre equivalía á la de una multitud. Y lo que más les apartaba moralmente, no era la persona de Miraya, sino la representada idea, encarnada por el agente de Stereadi. En Miraya tenían que ver el símbolo de su eterna separación—tan próxima, y y que sin embargo parecía una pesadilla.

Viviendo Yalomitsa bajo el techo de Felipe, constaba que á las horas dedicadas á la política, Rosario quedaba acompañada y atendida por alguien adicto y cariñoso, que gozaba fueros de pariente, y que por su humorismo inagotable, era como bufón voluntario, altanero y genial, á quien ninguna ley sujeta, á quien no mueve el interés, y sólo por amistad se presta á espantar ajenas melancolías. Yalomitsa, excluído de los consejos y deliberaciones, "acompañaba" á Rosario, y cada día el cargo daba más que hacer, puesto que cada día estaba Rosario más sola, y mayor número de horas. Ya no era caso desusado el que Felipe y Miraya se pasasen el día en Mónaco ó en Rocabruna, almorzando allí, invitados por Nakusi,

conferenciando después con los personajes dacios, de ambos partidos felipistas. La situación política era muy distinta que al principio. Como la actitud del duque Aurelio había suprimido el obstáculo más temible que la candidatura de Felipe podía encontrar, los dos partidos, casi desligados de su pacto, empezaban á practicar activos manejos para comprometer á Felipe en el sentido de sus miras é intereses: la coalición, nunca muy estable, se había roto. Es el destino de las coaliciones todas: formadas por la necesidad de aplastar á un enemigo común, se desbaratan el día en que esta necesidad desaparece. Habiendo renunciado el duque Aurelio á sus pretensiones, más enfermo y decaído el rey á cada instante, ya Felipe no hallaba oposición; y á no ser por la sorda pero iracunda resistencia de la reina, celosa hasta más allá de la tumba, no faltaba quien creyese que era posible llamar á Felipe María en vida de su padre, para que éste sancionase libre y públicamente la transmisión de la corona. ¡Sí: á no ser por aquel rencor de una mujer constante en guardarlo y acariciarlo como se acaricia la hoja lisa de un puñal —rencor que no aplacaban el transcurso del tiempo ni la proximidad de la muerte—Felipe podría ya entrar en triunfo, aclamado príncipe heredero, en lo que había de ser su reino! Pero mientras tanto— y aun cuando hubiese que aguardar la procesión de los sucesos, esa procesión que lo trae todo, las horas de triunfo y las de derrota, las de embriaguez y las de desaliento, las supremas y las últimas— los partidos, mirándose ya con desconfianza, temerosos del porvenir, se empeñaban en asegurar la presa de antemano. Los liberales y Stereadi llevaban la mejor parte, porque tenían cerca de Felipe á su representante Miraya; pero los del partido antiguo, y el duque de Moldau á su cabeza, no dejaban de confiar en Nakusi, que si bien distaba mucho de poseer la inteligencia y el pico de oro del periodista, tenía sobre él la superioridad de la educación y del nacimiento, y en su carácter un sesgo caballeresco, entusiasta y varonil, que se había captado la simpatía del jóven príncipe.

Cabildeos y gestiones, intrigas y esperanzas ya sazonadas, se traducían en movimiento, en una ausencia casi continua de la Ercolani, que ya era para Felipe María una especie de apeadero, donde descansaba antes de asistir á nuevos conciliábulos y de dejarse ver, solicitar y halagar por sus partidarios, nunca saciados de su presencia en los primeros instantes, luna de miel del entu-

siasmo y la adhesión. Hoy era un viejo general cubierto de heridas, compañero del duque de Moldau, que solicitaba el alto honor de sentar á su mesa al príncipe; mañana una hermosa patricia, ornamento de la corte de Vlasta—una futura dama de honor de la futura reina de Dacia—que organizaba en los jardines de su villa un concierto ó baile, pretexto para que desfilase ante el príncipe lo más lucido de la colonia. Y Felipe andaba de zeca en meca, en continua exhibición, oyendo el rumor halagüeño que se alzaba á su paso, y recogiendo, mezcladas con sinceras y vehementes pruebas de amor, las prematuras y enervantes auras de la adulación y la interesada bajeza. Eran anticipadas emociones del reinar las que saboreaba Felipe, y se le subían al cerebro como los vahos de un licor emponzoñado, como bocanada de opio que embarga la razón y la voluntad.

Entre sus aduladores más declarados y solícitos, contábase aquel conde de Nordis, agente y mano derecha del duque Aurelio,—el mismo que en París había preparado secretamente la campaña de *La Actualidad* y enseñado á Viodal una estocada pérfida, que sólo por casualidad no envió á Felipe á contarlo al otro mundo.—No eran antecedentes para que Nordis fuese acogido con agrado, y efectivamente, Felipe, en dos ó tres ocasiones señaladas, recibió las humildes protestas de Nordis con rostro grave y displicente. Miraya, partidario de los moldes anchos y conciliadores de Stereadi, hubiese aconsejado una dirección de tolerancia, desconfiada en el fondo; pero el conde de Nakusi, cuyo ascendiente en el ánimo de Felipe era cada día mayor, sentía por Nordis una repulsión física, invencible. "Podré creer—decía—en la sumisión y en la renuncia del duque Aurelio, que está dando á todos sus partidarios la consigna de adherirse á la causa del príncipe Felipe; pero ¡jamás! ¡jamás! tragaré al Nordis, ni menos á sus adláteres Jegarsa el trapacero y Prunkay el espadachín. ¿Quiere saber vuestra Alteza—añadía con calor—la verdadera causa de que la gente honrada y noble del país se horrorizase ante la contingencia del advenimiento del duque Aurelio al trono? No era otra sino su.... su indulgencia hacia estos tipos sospechosos. Pedimos águilas y leones; no nos gustan los cuervos ni los buitres. No hemos olvidado que el duque Aurelio es un valiente, un gran capitán; pero nos parece que no ha debido consentir ciertas cosas..... Se refieren episodios de la guerra

que erizan los cabellos..... Hay historias de mujeres atadas á un cañón, desnudas, en presencia de sus padres y esposos; de niños ensartados con los sables; de prisioneros con las orejas cortadas..... ¡hasta de rescates por dinero! A mi tío el duque de Moldau no le agrada que se hable de eso..... Cree que si tales cosas son verdad deben callarse, y si son calumnias, con mayor razón..... Calumnias serán; tal vez el gran duque, obligado á hacer la guerra con tropas indómitas y feroces, no haya podido contenerlas, y ahora se le achacan á él las atrocidades de sus soldados....."

—Eso es lo más probable—observaba Felipe.—En todas las guerras pueden registrarse hechos análogos; si un caudillo es valiente, se le moteja de sanguinario y cruel.

—Cierto—asentía Nakusi; pero con el instinto de sencilla rectitud, que era la única ley de su inteligencia, añadía inmediatamente:—Mas, si eso no fué culpa del duque Aurelio, ¿á qué rodearse de gentuza como Nordis, como Jegarsa el falsario, comprometido en los negocios más turbios, hasta en el de la quiebra de cierta casa de banca judía, quiebra escandalosa, que nadie creyó, y que le costó al Estado varios millones; ó como Prunkay, que se vale de golpes ilícitos en los duelos? Quien es honrado—declaraba Nakusi echando atrás la cabeza con desdén—mal hace en proteger á los canallas: él no los rehabilita, y ellos, en cambio, le desprestigian y manchan. Ahí tiene vuestra Alteza á Nordis. De este no sabemos nada concreto, pero lo sospechamos todo; no conocemos su origen ni su familia; de lo que estamos seguros es de que no conviene jugar con él, y yo, no hace dos días, me he separado de una mesa de *whist,* porque ví que le hacían lugar..... ¡Y á este hombre, dándonos á toda la nobleza de Dacia un bofetón en el rostro, se le otorga un título, se le inscribe en nuestro libro venerable! ¡Por eso, señor—añadió el joven conde de Nakusi con altanero brío,—por eso y por otras cosas que duelen en el alma á todo patriota, más de un "antiguo" de Dacia ha abrazado la causa de vuestra Alteza, y está dispuesto á dar por ella, si necesario fuese, sangre y vida!

Cuando Nakusi hablaba así, Felipe María le miraba con interés vivísimo. La naturaleza de Felipe María era más intelectual que otra cosa, y su físico el de un hombre nervioso, impulsivo y variable. En cambio el conde Nakusi ofrecía el tipo de una raza militar y aristocrática á la vez, y sobre todo, enérgica, con su alta

estatura, su ancho pecho, su cintura quebrada, su cara de un moreno sano y sanguíneo, su boca sana y de firme dibujo, su aguileña nariz y su mostacho castaño y retorcido. Seguramente en tal hombre no había afinación cerebral; sus raciocinios no eran profundos, pero sí justos y derechos, y su instinto, su primer movimiento, fruto de una voluntad entera y guiada siempre por la dignidad y el culto del honor, no podía engañarle. Sintióse Felipe lleno de confianza en Nakusi, y apoyando su mano en el hombro del mozo, preguntó afectuosamente:

—Usted, en mi caso, ¿recelaría algo de la presencia de Nordis?

—Sí, señor—contestó con fuerza Nakusi.—Tanto recelaría, que librárame Dios de aceptar nunca una taza de té que él me brindase. Vuestra Alteza tiene más entendimiento que todos; pero yo, lealmente, no debo ocultar mis recelos. No me ha mentido nunca el corazón cuando escucho su voz..... Guarde bien vuestra Alteza su augusta persona! ¡A ese hombre con quien no he querido jugar, le creo capaz de todo! ¡De todo lo malo!

Felipe María calló. No le agradaba manifestar hasta qué punto le impresionaban los augurios de Nakusi, por no parecer pusilánime, defecto que él sabía que no se perdona á los reyes, ni á los que á serlo aspiran; y además, aquello no era pusilanimidad, como no lo es en quien camina de noche y á obscuras estremecerse si ve brillar unos ojos en la sombra. No podía olvidar que Miraya—y no por instinto, sino por raciocinio—había demostrado también una extraña aprensión al saber la venida y la aparente adhesión de Nordis á la causa de Felipe; y dominándose, con la fuerza de voluntad que sabía desplegar en casos como aquel, nuevamente murmuró, cual reflexionando:

—Pero si Nordis se atreve á intentar algo contra mí, ¿no será por iniciativa propia? ¿Tendrá instrucciones?.....

Nakusi bajó la cabeza, no se atrevía á formular una acusación directa contra el gran duque, al fin el hermano del rey, el valeroso caudillo, el veterano.....

—¡Sólo mi tío..... ó la reina! — prosiguió Felipe sonriendo, para animas á su interlocutor.

—¡La reina es una señora cristiana!—contestó lacónicamente Nakusi.

—Entonces.....

—Guárdese bien vuestra Alteza, señor — repitió el sobrino de Moldau.—Los grandes tienen la desgracia de que á veces les sirven..., hasta el crimen, aunque ellos no exijan tal servicio. El duque Aurelio de cierto no ordenará una infamia, pero Nordis es capaz de adelantarse hasta al pensamiento.... Guárdese bien vuestra Alteza — insistió con empeño, cruzando las manos.

XI

MÁS RECELOS

De las virtudes requeridas para el papel que iba á desempeñar, tenía Felipe, en grado más eminente, el valor; y, sin embargo, las indicaciones de Nakusi le hicieron sentir ese primer escalofrío inevitable, que causa hasta en el hombre más entero el peligro vago y sin forma, imposible de prever, y, por consiguiente, de evitar. La impresión fué rápida; la duración del escalofrío, corta y sin influencia depresiva. Con un desdén que tenía líneas de belleza olímpica y majestuosa, Felipe resolvió conjurar ese fantasma del miedo que se alza sangriento y lívido ante las testas coronadas. Para contribuir á disipar esa preocupación de un orden inferior, aunque tan humano, tenía Felipe otra muy honda y persistente: Rosario y su suerte. A medida que se acercaba el día de romper aquel lazo, más apretado de lo que sospechaba él mismo, el alma de Felipe se sentía invadida de sorda angustia, parecida al remordimiento. La desdicha más grande del hombre moderno, es ser á la vez egoísta y sensible: lo bastante egoísta para ceder á sus pasiones, lo bastante sensible para sufrir al presenciar el estrago causado por ellas en el ajeno destino. Por ser interior y cuidadosamente oculta, la lucha de Felipe no era menos violenta, ni menor su desasosiego. A decir verdad, no puede llamarse *lucha* aquel estado especialísimo: existe lucha propiamente dicha, cuando la voluntad fluctúa entre dos soluciones; y Felipe no fluctuaba: comprendía—en esos momentos de lucidez que acompañan á las crisis supremas—que estaba resuelto; que lo había estado desde el día y hora

en que los enviados de Dacia llamaron á su puerta y le saludaron con el nombre de *rey*..... Todos sus actos, á partir de aquel instante, habían sido inspirados y dictados por la volición—inconsciente al principio, y hasta envuelta en repugnancias y negativas semejantes á las de la mujer que rehusa el amor deseándolo en secreto con todas las fuerzas de su alma—al fin explícita, desbordada como torrente que todo lo arrebata. No fluctuaba, pero sufría, y tal vez sufría más al reconocer que no fluctuaba siquiera; que la conciencia de su divina felicidad al lado de Rosario, no era suficiente para quitarle el afán de correr á otra vida cuyos riesgos y amarguras presentía. Y no fluctuaba, á pesar de ver con intuición clara y aguda, que lo que dejaba atrás, lo que sólo había disfrutado poco tiempo, era la bienaventuranza, y lo que buscaba algo incierto y triste, cuyo peso de antemano sentía sobre los hombros, cuyo azoramiento ya le hacía latir de inquietud las sienes y el corazón.

La consecuencia fatal de estados del alma semejantes al de Felipe, es que impulsan á la resolución inmediata, la cual, sólo por ser resolución, tiene la virtud de sosegar, siquiera un momento, el espíritu. "El mal paso andarlo pronto,"—dicen para sí todos los que se ven en casos análogos—el condenado á muerte, que ansía llegar cuanto antes al lugar del suplicio; el enfermo, que desea la cruenta operación; el hierro registrando sus entrañas; la mujer en cinta, que, con vértigo indefinible, espía la llegada del primer dolor. Felipe, más hondamente afectado de lo que creía él mismo, revelaba este anhelo en una de sus conversaciones íntimas con Miraya,—porque la rectitud y lealtad de Nakusi, su otro confidente adictísimo, le hubiese estorbado un poco para descubrir sentimientos complejos, nada francos ni nobles, y en que entraba algo que un espíritu caballeresco reprobaría tal vez en voz alta,—ó en voz baja, que aún sería peor.....

—Comprendo—dijo al periodista Felipe—que es insostenible nuesta situación, y quisiera terminarla en un sentido ó en otro. He detestado siempre las posiciones falsas, y me parece la mía tan anómala.....

—La señorita Rosario—respondió Miraya, envalentonado por la confidencia y atreviéndose á pronunciar un nombre que rara vez resonaba en aquellos diálogos del príncipe y el consejero—no ha

podido presentarse mejor, y la causa de Dacia no tiene amiga más sincera. Comprenderá, pues, á maravilla el estado de las cosas, y ella misma incitará á vuestra Alteza á adoptar una medida..... que..... efectivamente..... ya tiene carácter urgentísimo.

Felipe María guardó silencio un instante, pero sus ojos, oscurecidos y dilatados, interrogaban.

— Sé lo que digo, señor..... — insistió Miraya eficazmente. — Noticias tengo, y frescas: de esta mañana misma. Los astros parece que se han puesto en conjunción para favorecer á vuestra Alteza. A la adhesión del duque Aurelio..... que á la verdad, me había parecido sospechosa..... tenemos que sumar otra..... más sorprendente, mucho más, y de una importancia tan extraordinaria, que apenas me atrevería á darle crédito, si no viniese la nueva por conducto bien fidedigno..... ¡La reina, señor! ¡La misma reina transige ya con la candidatura de vuestra Alteza, y no se opone á que antes de..... de los últimos momentos del rey..... sea vuestra Alteza reconocido oficialmente!

—¡La reina!—repitió asombrado Felipe.

—¡La reina! A decir verdad, ya teníamos barruntos de esta gran victoria, la victoria decisiva y capital. Ha andado aquí la mano de un apóstol, de un misionero y de un santo: el arzobispo de Vlasta. Hemos tenido la suerte de tropezar con una señora piadosa, y apelando á su conciencia.....

Mientras Felipe, nervioso, se levantaba y, midiendo á pasos agitados el aposento, echaba bocanadas de humo de cigarro, Miraya continuó, irritando su deseo y exaltándolo hasta el paroxismo:

—El arzobispo de Vlasta ha conseguido el triunfo, y ya la reina no tiene más que un baluarte donde se parapeta: la..... situación de vuestra Alteza, que también el prelado considera escandalosa! El día en que vuestra Alteza dé el ejemplo de una separación..... que tranquilice las conciencias..... la reina dará á su vez el de sacrificarse por la paz y por la gloria del reino de Dacia..... y estará dispuesta á besar en la frente al príncipe heredero..... y á..... á llamarse su madre. ¡Su madre! ¡Así, así, como suena!

—Sebasti—declaró Felipe deteniéndose y frunciendo el ceño—aquí estamos solos y hablamos como hombres. Nada me importan los escrúpulos y las aprensiones de la reina y del arzobispo, y si le dijese á usted otra cosa, usted no lo creería..... Pero ya, en el caso

en que me encuentro, una determinación se impone. Busquemos medio de que lo inevitable resulte menos doloroso.

—De eso se trata—aprobó el periodista, respirando á gusto al desembarazarse de lo que él allá por dentro llamaba *tiquis miquis* de la conciencia.—En primer lugar, es preciso que la señorita Rosario no carezca de recursos jamás.

—Toda mi fortuna personal será suya por donación—contestó precipitadamente Felipe.

—Es naturalísimo! Aunque algo mermada la hacienda de vuestra Alteza, basta para que una señora viva con holgura y comodidad.

—He pensado, además—prosiguió Felipe—arrendar la Ercolani por dos ó tres años, á fin de que Rosario permanezca aquí.....

—¡Magnífico! La Ercolani es un retiro digno de una elevada dama.... Pero, si bien todo eso es muy conveniente y necesario y deja á vuestra Alteza en el lugar en que no podía menos de quedar siempre, lo creo de..... de secundaria importancia al lado de.... otras cosas que..... en el momento presente..... que ya.....

—¡Sí, sí, entiendo!—murmuró Felipe, reprimiéndose y pasando sin querer la mano por la sien, donde un ligero sudor rezumaba.

—¡Vuestra Alteza adivina! Es de la mayor urgencia, es cuestión de días ya. Aparte de que la reina está pendiente de las resoluciones de vuestra Alteza, hay un motivo para que se precipiten los sucesos. La familia de Albania llega á Mónaco á fines de la semana..... Es decir, el príncipe no llega: vienen solamente la princesa, con la heredera Dorotea Electa,—*Electa de Dios,* según la llaman en Dacia.....—y con la hermanita menor Clementina Margarita, que es un ángel. No es posible que vuestra Alteza les haga la visita que esperan, sin que antes.....

Hubo otro momento de silencio. En ocasiones análogas, Felipe, convencido y subyugado, acostumbraba sin embargo no acceder de buenas á primeras. Era una manera de salvar su dignidad.

—Se pensará en eso, Sebasti—dijo al fin.—Lo que necesitamos—añadió agarrándose, como suele hacerse en tales momentos, á una insignificante circunstancia que disimulase más graves cavilaciones—es un cochero que sepa su obligación. Echo de menos á Esteban, y no me determino á enganchar uno de los troncos buenos, porque prefiero que se estén en la cuadra á meterlos en manos pecado-

ras. Y si llega el caso de hacer alguna visita..... de cumplido..... de ceremonia..... no he de presentarme con las jaquillas de diario. Además, esos animales se están resabiando. El tronco flor de romero es una pareja de fieras. Anoche quisieron soltarse, morderse, pelearse, y armaron un estrépito infernal.

—He previsto el caso—respondió Miraya, demostrando cortesana solicitud.—He encargado á Mónaco un cochero como debe ser el de vuestra Alteza, y ya me han hablado de uno excelente,—y dacio, por más señas, pero que lleva cinco años sirviendo en París.—Sólo que quiero informarme mejor. Todo cuidado es poco tratándose de la servidumbre de un príncipe que tiene enemigos....

—¡Enemigos! Nakusi es también un medroso como usted,—dijo serenamente Felipe, que ya se había rehecho y cultivaba la estética de los reyes, el desdén del peligro.

—Conviene avisparse—respondió meditabundo Miraya. —Hay moros en la costa, y he visto revolotear pájaros de mal agüero..... La transacción del duque Aurelio no me pasa á mí de aquí—y Miraya se llevó á la garganta las manos.—Se me figura que me daba menos aprensión cuando nos hacía la guerra sin rebozo..... Temo á los griegos hasta en sus dádivas..... Nuestro insigne Stereadi ha querido imponerme sus convicciones optimistas, pero, no lo puedo rediar, del gavilán no se fían á dos por tres las palomas.... ¿Qué hacen en Mónaco ciertos personajes? Es particular que nos hayan cobrado tanto cariño, que nos sigan á donde quiera que vayamos. Yo ruego á vuestra Alteza que, por si acaso, no salga solo nunca, y, sobre todo, que evite á los espadachines de la casta de ese Prunkay, que andan siempre buscando quimera. No he olvidado la es tocada de Viodal: aquello fué un aviso. El día en que vuestra Alteza haya asegurado, por un legítimo matrimonio, la sucesión al trono, se me quitará el miedo. De rodillas le ruego á vuestra Alteza que piense en todo lo que le digo..... Asegurar la sucesión..... Ese es su deber y su interés.....

—Bien; Miraya..... Yo sé lo que debo hacer—contestó régiamente Felipe.

XII

EMIGRA LA GOLONDRINA

Como una fatalidad, impúsose á Felipe la precisión de dejar cuanto antes la Ercolani, de desatar el nudo de la convivencia. Y, al advertir en sí este impulso que parecía, como dirían los antiguos, obra de un numen, Felipe notaba á la vez una especie de ardor fúnebre y malsano por la mujer á quien se disponía á abandonar. Si los arrebatados transportes, si ciertas vehemencias furiosas probasen algo más que la eterna contradicción que reside en el corazón del hombre, Rosario pudo creer, aquellos últimos días, que había reaparecido, llena y radiante, la luna de miel. Renováronse los paseos al bosque después de almorzar; á las horas de la siesta el templete y el bosquecillo acogieron otra vez el grupo inseparable de los primeros días, y de noche, la falúa recibió en sus pilas de almohadones el cuerpo del enamorado, que rendido al peso de la felicidad recuesta la cabeza para soñar plácidas visiones que se alzan de las olas, surcadas dulcemente por la embarcación, y heridas por el cadencioso batir del remo. Buscaba Felipe, en aquella embriaguez, una tregua, un instante de olvido, y con la avidez del que apura las últimas gotas del bebedizo, alzaba la copa de oro antes de dejarla rodar al fondo de las olas, como el rey de la balada—otro rey que también sufría.

Rosario se prestaba al juego. Acaso ella también quería aturdirse para no sentir el dolor. Tal vez, en su aquiescencia, en su complicidad, se ocultase la terca esperanza que nunca muere en los corazones verdaderamente apasionados; ó tal vez fuese aquella una peregrina forma de su constante abnegación.

Seguro ya de su victoria, Miraya, con la habilidad diplomática de siempre, dejaba el campo libre, respetaba el epílogo. Como en Mónaco echasen de menos á Felipe María sus amigos y partidarios, el periodista se encargó de explicar el hecho del modo más

grato á los acérrimos felipistas: era que el príncipe, llegado el momento de dejar definitivamente la Ercolani y de instalarse en Mónaco para cortejar á la princesa de Albania, necesitaba arreglar mil asuntos, y estaba consagrado á ese trabajo enojoso, pero indispensable. Cundía la noticia: el príncipe se prestaba á todos los deseos de sus leales súbditos; renunciaba á las aspiraciones de su corazón, borraba de un solo rasgo su pasado borrascoso—pasado que, por otra parte, contribuía á darle cierta aureola poética,—y se hacía, por el sacrificio de su amor, digno de la gratitud de la patria. Animoso y firme, no vacilaba: Dacia ante todo. Y los hombres serios y las damas delicadas y pudorosas le aplaudían, le compadecían, le querían más por sus desafíos, sus pasiones y sus luchas morales.

Atento á que ni el menor detalle pudiese comprometer el resultado de una campaña tan felizmente emprendida, Miraya no dejaba cabos sin atar. Había ajustado, en el mejor hotel de Mónaco, un departamento digno del príncipe heredero de Dacia, y buscado cuadras y cocheras donde cupiesen los trenes que debían trasladarse de la Ercolani, preparando así á Felipe instalación propia de su elevada categoría. Ya figuraba entre el servicio el cochero que debía reemplazar á Esteban: era un dacio montañés, de esos que han nacido á caballo, especie de centauro cuyo instinto atávico, perfeccionado por la enseñanza, puede hacer maravillas; y maravillas había hecho en Alejo—así se llamaba el nuevo auriga—la residencia en París y Londres, el continuo roce con caballistas, aficionados y chalanes. Su rostro atezado, duro y enjuto revelaba vigor y resolución, y no había sino verle asir las riendas para conocer que subyugaría al potro más indómito. Al observar una cicatriz que, partiendo de la sien, llegaba á la comisura de la rasurada boca de Alejo, Miraya hubo de preguntarle si había estado en la guerra, pues aquella señal delataba el filo de un arma corva, de las que usan los orientales; pero Alejo negó que hubiese servido jamás, si bien confesó una lucha cuerpo á cuerpo con cierto dálmata que le había cruzado con su sable.

Y mientras Sebasti Miraya ejercía las funciones de aposentador é intendente, ¿qué hacía Gregorio Yalomitsa; cuál era el papel del bohemio en la Ercolani? Un triste papel: el del que no cesa de rabiar y gruñir. No sólo no cruzaba palabra con Felipe María; no sólo guar-

daba en la mesa un silencio de niño encaprichado, sino que, cuando le era imposible no referirse al dueño de la casa, afectaba llamarle con insistencia "Flaviani." El apellido *Leonato* no existía para él. Y de vez en cuando, en la conversación general, enjaretaba una mortificante alusión á la bailarina, á sus desventuras, á las injusticias cometidas con ella,—á todo lo que era diplomático no mentar; y estos alfilerazos apuraban la paciencia de Felipe, y en Miraya determinaban arrechuchos y desplantes de grosería. Finalmente, tanto extremó la oposición el bohemio, que un día Miraya, llamándole aparte, le significó que en aquella casa no había puesto para él, y que si tenía delicadeza, se iría inmediatamente. Nada contestó Yalomitsa; encogióse de hombros con el más profundo desprecio, y media hora dspués, prevaliéndose de sus hábitos de familiaridad, entraba en el gabinete de Felipe y se arrellanaba en el canapé.

—Vengo á decirte adiós, Lipe—exclamó chupando su pipa y echando las piernas por cima de los almohadones.—No es porque ese emborronador criado tuyo me haya despedido ¡quiá! es que hace tiempo deseaba yo quitarme de enmedio más que aprisa. Me repugnas, me das náuseas, y no tengo por qué aguantar el asco, cuando puedo en otra parte, pidiendo limosna con mi violín, conservar sano el estómago. Pero desde luego te anuncio que volveré aquí; volveré así que tú hayas vuelto también las espaldas, desamparando á esa mujer que por tí se ha perdido, y á quien no mereces ¡necio! Cuando tú la abandones, ¡Yalomitsa la protejerá! Y ahora, abur; hasta nunca.

Alzó las cejas Felipe, con más impaciencia que cólera.

—Ya veo que no me tomas por lo serio—prosigió el bohemio, después de sacar una densa y apestosa bocanada de humo.—Haces mal, Lipe, haces muy mal. Creo que finges. Si yo te dijese que me voy como si tal cosa, también mentiría. Las raíces del cariño no se arrancan así. He sido amigo de tu pobre madre, de quien has renegado; me he sentado muchos años á su mesa, y todavía creo paladear su vino y comer su pan. Esto no se olvida. Te he visto en la cuna, te he tenido á caballo en esta rodilla horas y horas, me has tirado del pelo, me has arañado con tus manitas; y dejar de quererte me es imposible, ¡como me es imposible dejar de ser artista! Pero desde el día en que te embrujaron..... moriste para mí. Bebiste el filtro, pisaste la mandrágora, y perdiste la [razón. No te

rías, no, que ya sé que esa risa no te sale de dentro. Si estás pensando que aquí hay un loco y que ese loco es Yalomitsa, mira, Lipe, mira que te engañas: no hay más loco que tú. Me das lástima..... Por eso no la emprendo contigo á palos.

—Gregor—murmuró Felipe,—afortunadamente te conozco y te tomo según eres. A hacerte caso..... Miraya te habrá dicho cualquier aspereza. No te ofendas; ya sabes que donde yo esté habrá sitio para tí. No creas que he olvidado á mi madre.....—y al decir esto, la voz de Felipe se veló algún tanto.

Aquella nota de sensibilidad encontró eco inmediatamente en el corazón del bohemio, que exclamó temblando:

—Felipe, tú no eres de piedra. Aún estás á tiempo. Compadécete de Rosario..... y compadécete ¡sobre todo, de tu hijo!

Saltó Felipe en la silla, clavando sus ojos espantados en la cara cobriza del bohemio.

—¡No te entiendo!—murmuró.—¿Qué dices?

—¿Qué digo? La verdad.

—¡Te equivocas, Gregor.....! ¡Rosario..... me hubiese..... enterado á mí!

—O no. El alma que te falta á tí, le sobra á Rosario. No ha querido sujetarte. Te deja á tu albedrío. ¡Ella vale cien veces más que tú!

—Pero..... ¿te hizo confianzas?

—Ninguna. ¿Para qué? ¿Soy yo ciego? Tú estás persuadido de que Gregor es un pobre jilguero, un violín que ríe y que llora..... Gregor lee en el presente y en el porvenir.

Felipe permanecía clavado en la silla, atónito, abrumado por el peso de la noticia tremenda.

—Antes de marchar quise decírtelo, para que conste que lo sabías..... No podrás alegar ignorancia. La verdad; estoy por creer que no lo sabías realmente. Es imposible que las brujas de Macbeth, al saludarte rey, te hayan arrancado el corazón y te hayan puesto en su lugar un guijarro. Felipe, aún puedes romper el maleficio..... Aún puedes volver por tí, por tu honra; aún puedes apaciguar á la sombra de tu madre..... ¿No se te ha aparecido?

Al hablar así, el bohemio avanzaba sobre Felipe, agarrándole del brazo con mano convulsa, y quemándole el rostro con su hálito febril. Sus pupilas negras fascinaban, y ondulaba su melena serpen-

tina, encrespada y electrizada. Felipe retrocedió; no era la primera vez que le estremecía ver de cerca al bohemio irritado, agorero y feroz.

—Oye—dijo éste con una especie de extravío—ya sabes que también soy algo brujo. No es la primera vez, ni la segunda, que sueño que oigo una conversación, y á los pocos días la oigo en efecto, con sus mismas palabras y hasta con los gestos que en sueños ví hacer á los interlocutores. Tú estás seguro de que no miento. Pues por la sepultura de tu madre te juro, Lipe..... que he soñado cosas horribles para tí; cosas que hasta me falta valor para explicarlas. Te he visto tendido, boca arriba, al sol..... y las moscas revoloteaban sobre tu cara y se posaban en tus ojos!

Con trágico ademán, Yalomitsa hundió los dedos en la cabellera y se la mesó, como el que ve efectivamente un horrendo espectáculo. Un gemido ronco brotó de su garganta, y salió corriendo de la habitación, donde quedaba petrificado Felipe.

A la hora del almuerzo, buscaron en vano á Yalomitsa. Se había marchado á pie, con un hatillo al hombro y el violín debajo del brazo, por el camino polvoriento, y ya debía de estar muy lejos de la Ercolani.

XIII

ÚLTIMO PASO

Conviene hacer justicia á Felipe: la cosa en que menos pensó, fué la siniestra predicción del bohemio. Le hizo el caso que haría al chillido lúgubre de ave nocturna, ó al ronco desvariar de enfermo delirante; al cuarto de hora ni se acordaba de ella. Otra idea llenaba su espíritu; otras palabras repercutían sin tregua en su mente. "¡Tu hijo!" había dicho aquel insensato..... ¿Sería verdad? La hipótesis tan sólo bastaba para dictar á Felipe su línea de conducta diametralmente..... No era dable titubear: el deber se presentaba claro y categórico..... ¡No habérsele ocurrido antes que pudiese ser así! Contingencia tan natural echaba por tierra las combinaciones de la política y las imposiciones de la historia.....

Miraya salió en el cestito, con orden de recoger al loco de Yalomitsa si conseguía darle alcance, y se hallaron solos Rosario y Felipe, sentados en el sitio predilecto, el templete desde cuyos intercolumnios se veía el golfo y las gentiles escotaduras de la playa. La tarde, calurosa y luminosa, declinaba ya, cuando Felipe se decidió á interpelar á su amiga, del modo más confidencial y tierno.

—No hay nada de eso, nada absolutamente — respondió sin inmutarse la chilena que, sin duda, esperaba la interpelación, y hablaba con voz firme, clara y bien modulada.

—Rosario—dijo Felipe con ahinco y fuerza cariñosa;— piensa lo que respondes, porque de este momento depende nuestro porvenir. He contraído contigo una deuda.....

—Nada me debes, Felipe del alma —murmuró ella, poniendo en tensión la voluntad para contener la pasión que quería romper desatada por los labios.—Nada me debes. Con tu país, con tu nación, sí que tienes deudas de honra, y esas es preciso que las pagues..... cueste lo que cueste, y sea como sea.

—Escucha, Rosario.....— Y Felipe la cogió de las manos, caricia que ella rehuyó sin esquivez, sonriendo; porque su valor, ejercitado ya con la resignación, dispuesto y guardado como un tesoro, acudía entero á fortalecerla en aquella hora de prueba.— Escucha, Rosario..... nena mía, oye, no te apartes. No sé lo que tú pensarás de mí allá en tus adentros; pero reconocerás que, lo mismo en el banco del Jardín de París que ahora en este templete, donde hemos pasado momentos tan celestiales..... yo te he ofrecido siempre.... ser tu marido, serlo gozoso, satisfecho, cuando quieras. No debes dudar de mi polabra.... ¡pero si dudases, mañana mismo, ahora, dentro de media hora!.....

—No dudo, Felipe; — declaró Rosario sin perder su calma heroica. — Has estado y estás pronto á casarte conmigo; tengo que agradecértelo, y te lo agradezco. ¡Tanto te lo agradezco, tanto..... que no acepto, ni aceptaré jamás! Lo repito, lo repetiré mil veces: ¡jamás, aunque se hunda el firmamento!

—¡Jamás! ¡Ah, Rosario..... no son iguales todos los días ni todas las circunstancias, y el que dice "jamás" podrá tener que borrar la palabra en el aire con su aliento!.... ¿Estás hoy tan tranquila al decir ese *jamás,* como estabas ayer, en que te comprometías..... tú, tú *sola?*

Enmudeció la chilena algún tiempo, y sus pupilas vastas y aterciopeladas expresaron, del modo misterioso que expresa las emociones la pupila humana, una melancolía insondable, sin consuelo ni esperanza. Eran los ojos meridionales de Rosario tan habladores y tan cantores, poseían tal magnetismo, tal irradiación de sentimientos, que, sin alterarse ni moverse el resto de las facciones, ellos solos bastaban para revelar plenamente cuanto pasaba por el espíritu de su dueña. En aquel momento decían, con magnánima serenidad: "Me ofreces lo que sabes que no he de admitir. Tú me conoces..... y conociéndome, entiendes bien lo que tengo dispuesto."

—¿No quieres? ¿No me quieres por tu maridito? ¿Qué, me desairas *también ahora?*—añadió Felipe, con la zalamería involuntariamente felina de que sabía revestir sus halagos, y que determinaba en Rosario la reacción de la ternura, y como consecuencia, la de la abnegación generosa.

—*Ahora* lo mismo que *antes* — pronunció con lentitud y énfasis la chilena. — No ha cambiado la situación ni tanto así. Es decir: ha cambiado: antes tú no habías contraído compromisos con una nación que lo espera todo de tí..... antes no habías aceptado públicamente la sucesión de la corona de Dacia. ¡Podías volverte atrás... aunque no debías! En este mundo todos tenemos obligaciones que cumplir, deberes que llenar sin cobardía..... Unos son agradables y otros crueles..... ¡Y tan crueles!..... Tu deber consiste en *reinar*..... El mío, en no estorbártelo..... ¡al contrario! No creas que procedo así por humildad..... Es por orgullo. ¡Como que soy más soberbia que D. Rodrigo en la horca..... ¡Española al fin, de orígen..... y á una española nadie la humilla!.... ¿entiendes? Ve á tu destino, Lipe..... y no te digo que te acuerdes de mí..... ¡porque ya sé que acordar has de acordarte!

El tono de Rosario era decisivo. Transpiraba en él la energía de la resolución irrevocable; y, en efecto, una especie de orgullo exaltado, la arrogancia de la mujer hermosa y grande, de la mujer de precio, tesoro en cuerpo y alma, que no quiere arrostrar desdenes, y prefiere arrancar con sus propias manos valerosas la raíz ya insegura del amor. Este sentimiento, quizás menos noble que otros en que Rosario se inspiraba, pero femenil y natural, provocó en Felipe un arranque de egoísmo feroz, una racha de bárbaros celos prematuros; y anudando los brazos al cuello de Rosa-

rio, boca contra boca, balbuceó sin saber lo que decía, descubriendo el alma:

—Si has de ser para otro, prefiero quedarme y echar á rodar de un puntapie la corona.

Un dolor agudo atravesó el corazón de la chilena: sólo en aquel momento vió patente la diferencia entre la índole de su cariño y la del de Felipe. Sólo en aquel momento lloró sin lágrimas, con una de esas efusiones interiores de llanto que son mortales como las hemorragias internas, el tremendo sacrificio consumado, la honra perdida, la ofensa á Dios, la existencia colmada de afrenta y duelo que la esperaba á ella y,— ¡castigo horrible! —al sér que llevaba en su vientre. "Acepta, cásate con Felipe, no merece tu sacrificio;" murmuró allá en el alma de Rosario una voz burlona y tentadora... Pero la chilena se hizo fuerte otra vez; esgrimió su bien templada voluntad..... y desasiéndose blandamente, dijo sin jactancia, como el que se ofrece á realizar el acto más sencillo del mundo:

—Ve tranquilo. Me considero y me consideraré siempre tuya. No hay para mí porvenir. Mi historia se cierra el día en que tú salgas de aquí, hacia Mónaco..... á pretender..... á tu futura, *á la Electa.*

Felipe se sintió abrumado, aplastado, lleno de confusión. Deseaba sinceramente que Rosario le sujetase y le compeliese á deshacer toda la labor de los últimos meses y de los últimos días. En aquel instante señalado y postrero, conocía las dulzuras victoriosas de la dicha gozada en el paraíso de la Ercolani, y sus labios tenían sed aún, y el licor no se había agotado, ni siquiera se columbraba, al través de su rojo rubí, el fondo de la copa. El presente se revestía ya de la poesía embriagadora del pasado, de lo que no ha de volver nunca..... Y el enigma de aquel seno de mujer, que encerraba la clave de la vida al encerrar quizás la continuación de la raza, acrecentaba el afán de Felipe, atado, enlazado su corazón al de Rosario por mil hilos de piedad, de codicia de los sentidos y de anhelos del corazón.

—¡Haces muy mal en no decirme..... todo!—murmuró.—Estamos á tiempo. Luego que yo salga de aquí..... no podrá repararse el daño. ¡Sé franca! ¡No mientas! ¿Es cierto que tú....?

Y una ojeada y un movimiento significativo completaron la pregunta.

—¡No y no! — insistió Rosario en voz casi dura. — ¡Manías de Gregorio! No existen tales novedades sino en su imaginación. No me preguntes otra vez, porque me haces daño y me enojas. Si en algo me estimas, sigue tu suerte, cumple tu deber. Quien nace al pie del trono, Felipe, no es como los demás hombres: ni puede regirse por la ley general, ni tiene derecho para arreglarse la vida á su modo, olvidando los intereses que representa. Cuando..... entré en tu casa..... ¡bien sabía todo esto! Y sólo entré..... para que tú no lo echases en olvido. Otra mujer aspiraría á perderte: yo me propuse salvarte. Tu dignidad es obra mía, Lipe..... Tengo esta pretensión. En cambio del bien que te hago, te pido un favor: que no te detengas..... que te vayas cuanto antes. Los dos sufrimos mucho en este período..... así..... de incertidumbre, que para nadie es bueno. Un momento de valor..... cerrar los ojos..... y después, la conciencia en paz..... Animo, Lipe..... ¡Todo es el primer instante!

—¿Lo crees tú?.....—interrogó Felipe, abrumado por una fatiga repentina, que atribuía á la pena de separarse de aquella incomparable mujer.—¿Lo crees tú? ¿Y quién te lo asegura, vamos á ver? ¿Qué sabes si creyendo enviarme á la gloria y al triunfo..... me envías.....

No prosiguió, pero ya Rosario suponía haber adivinado. Hay un punto en que jamás se equivoca la mujer si ha vivido algún tiempo en intimidad con un hombre: Rosario conocía los quilates del valor de Felipe María, y no imaginó siquiera que aludiese á ningún riesgo positivo. Rosario había oído hablar de presentimientos, de extrañas corazonadas que nadie sabe de donde vienen; pero más tarde, cuando recordó, entre accesos de desesperación, aquella conversación y otras de los últimos días de su convivencia con Felipe, tuvo que reconocer que el corazón que menos avisa, el corazón menos zahorí, es quizá el más amante..... ¿Cómo pudo ella, la apasionada, la instintiva, responder á la vaga indicación de Felipe estas palabras que los acontecimientos hicieron terribles como una sentencia?

—Te envío á tu lugar en el mundo. Ya es tarde para que desertes. Si no querías, no debiste ir al Casino, no recibir aquella ovación, no fomentar aquellas esperanzas. No se juega con esta clase de cosas, Lipe; y si hoy retrocedieses en el camino emprendido, serías la ignominia de tu estirpe..... No he de permitirlo. No se dirá que á tal vergüenza contribuyó Rosario.

—Quizás.....—exclamó Felipe, más indeciso cuanto más decidida se mostraba Rosario—quizás hagas, sin querer, mi desgracia al rechazarme de tu lado. Voy á hablarte como se habla á Dios, nena, Rosario mía; desde hace unas horas, desde que se ha marchado Gregorio, no sé por qué..... ya comprenderás que no es porque las frases ni las acciones de ese desequilibrado me hagan fuerza..... pero en fin..... ¡acaso expresen algo que yo, sin saberlo, también sentía!..... Mira..... desde esa escena, parece que veo de otra manera la vida que me aguarda.

—Eres voluble, Felipe—murmuró la chilena—y no puedes serlo; ¡tú menos que nadie!

—No es volubilidad. Es..... no sé qué; ¿cómo explicarlo, si yo mismo no lo entiendo? Es una especie de sombra rara, que me quita el sentido. Si fuese supersticioso, superstición le llamaría. Pero, ¿á qué tomarnos el trabajo de buscarle nombres? Debe de ser lo más natural: la dificultad de dejarte. Me creí armado de más valor del que tengo. ¡Hemos sido aquí tan dichosos, Rosario! Lo que me espera ¿valdrá lo que abandono? No lo creo; no cabe en lo humano. Conozco que tienes razón, que es tarde; que estoy ya en tal caso, que no me es lícito retroceder..... Pero se me han caído las alas. ¡Dame ánimos tú, Rosario!

Un movimiento de protesta, casi de indignación, encrespó el noble espíritu de la chilena. Estuvo á punto de perder la paciencia, ó, mejor dicho, la exterioridad paciente que conservaba á tanta costa. ¡Felipe pidiéndole á ella, á la víctima, fuerza, estímulo y consuelo! Pero fijó la mirada en el rostro descolorido de su amante, y su cólera se abatió como la espuma del mar al cubrirla una ola de aceite. Felipe estaba verdaderamente triste; sus ojos, en vez de exhalar los reflejos de otras veces, se cerraban mortecinos; sus labios, ligeramente temblorosos, exhalaban un suspiro hondo que parecía queja tímida y humilde. La enamorada abrió los brazos, y Felipe María cayó en ellos, silencioso, inerte, sin expresar su pena más que con la violenta presión de sus dedos convulsivos, hincados en los hombros de Rosario. Y así permanecieron más de una hora, traspasados, no sabiendo qué decirse. Los dos comprendían que aquello era despedida—verdadera despedida—para siempre.

XIV

DUNSINANIA

Tres ó cuatro días hacía que Miraya, alojado en Mónaco, en el hotel donde estaban preparadas las habitaciones de su Alteza real Felipe María de Leonato, esperaba la llegada de éste, anunciada todas las mañanas por un lacónico billete, y suspendida por otro todas las tardes. El agente del ilustre hombre público Stereadi empezaba á darse al diablo. Aquellos retrasos no le hacían ni pizca de gracia, dígase la verdad. ¡Sí, gracia! Hasta puede asegurarse que le desesperaban, que le sacaban de quicio.—"Qué mala está de arrancar la muela"—decía para sí.—Y chasqueando la lengua contra el cielo de la boca, á estilo de inteligente que paladea un vino delicioso, añadía: "No es milagro. La chilenita vale un Perú. ¡Es una gran mujer, una mujer de oro! Pero me parecía á mí que no había de ponernos dificultades; tenía yo esperanzas de que cumpliese como buena hasta el fin. ¿Será que ahora, en el epílogo.....?"

Discurría así Miraya, á tiempo que acababan de servirle una taza de café, en la terraza del hotel, y un camarero le presentaba, abierto, un cajón de escogidos puros: todo por cuenta del hospedaje del príncipe. Cuando se disponía, rumiando sus preocupaciones, á hacer fiesta á café y cigarros, oyó, á sus espaldas, la voz respetuosa del camarero..... Que estaba allí el señor conde de Nakusi, que quería verle en seguida, y rogaba que pasase el señor al salón.....

—¿Por qué no vendrá aquí? Otro maniático como su ínclito tío el duque—refunfuñó Miraya, rechazando con mal humor la taza llena. —Cualquier bobería.

Apenas hubo entrado el periodista en el gran salón del hotel, en aquel instante solitario, cambió de parecer: la agitación del conde, la precipitación con que se levantó de la butaca y corrió hacia él, lo

entrecortado de su acento, le descubrieron que no se trataba de una nimiedad, de algún almuerzo ó concierto, sino de cosa muy grave.

—¡Stt! Hablemos, pero bajito..... Las paredes oyen en estos malditos hoteles—exclamó Nakusi.—Ahora, ahora mismo, salimos para la Ercolani.....

—¿Pero qué ocurre?—preguntó el periodista con curiosidad.

—Cosas que creo muy serias..... ¡Quizá la vida del príncipe.....!—tartamudeó Nakusi, que podía respirar apenas.

—¿Su vida? ¿Eh? ¿Cómo su vida?

Y Miraya se sentía palidecer y notaba que se le enfriaban las manos.

—Su vida..... Va usted á saber..... He recibido una carta....

—¿De su tío de usted?—preguntó Miraya, reaccionando con descortés ironía.

—No de mi tío, no—contestó el joven oficial, frunciendo el entrecejo, y adoptando, á pesar de lo crítico del momento, un tono de altanería involuntaria.—Del intendente de unas tierras mías, donde son colonos y pastores los padres de Esteban, el que fué cochero de su Alteza hasta hace poco.....

—¿Y eso, qué?—insistió Miraya.

—¡Paciencia! Mi intendente me pide justicia..... Parece que el padre de Esteban apareció cadáver al pie de un muro.....; y que á consecuencia de este suceso, la madre llamó á su hijo.....; Esteban acudió.....

—De mala gana, hay que decir la verdad, porque no quería separarse del príncipe.....—advirtió Miraya, que empezaba á entrever confusamente algo extraño.

—De mala gana, en efecto..... Pues bien; Esteban, según mis noticias, también ha sido muerto..... á cuchilladas, en riña, en la feria..... pero, aquí está lo grave: mi intendente cree que el lance fué provocado, y que los tres ó cuatro matones que se encargaron de despachar al pobre cochero, eran conocidos en el país por agentes políticos de..... de los enemigos de nuestra causa!

—¡Del duque Aurelio!—exclamó Miraya con explosión.

—¡No! ¡Eso no puede decirse! ¡Eso no puede creerse!—protestó dolorosamente Nakusi.—El duque no había de ordenar ciertas cosas; ¡es un noble, es un militar, es un héroe!

—¡Tararí!—canturreó con impertinencia el periodista.—Bueno,

quedamos en que no era el duque..... pero lo cierto es que han escabechado á ese pobrecillo de Esteban.... Y ¿con qué objeto.....? ¿Qué tiene que ver.....?

Como Nakusi, torvo y crispado, callase, Miraya se golpeó la frente de súbito.

—¡Ah! ¡Adivino! ¡Para meter en casa del príncipe otro cochero!

El conde sacudió enérgicamente la cabeza, echando á Miraya una ojeada de arriba abajo, desdeñosa y mofadora; y, remachando el clavo, murmuró:

—Cochero que, por más señas, ha entrado en casa del príncipe á instigación y por recomendación expresa del Sr. Sebasti Miraya. Sí, señor; los tontos podremos decir las tonterías; pero es axiomático que ustedes, los hombres de talento, son quienes las hacen. Sólo por los ojos zainos que tiene y por aquella cicatriz, no admito yo á semejante cochero, dándole el puesto de confianza, entregándole la vida de su Alteza.

—¡Tenía buenos informes!—alegó Miraya, sobrecogido á pesar de su petulancia y aplomo.

—Informes de su destreza..... que es consumada..... pero no de su pasado, no de su historia, no de la cicatriz que le cruza el rostro.... ¿No le ha dicho á usted ese bellaco que no había estado en la guerra nunca? Pues la hizo toda..... ¡oiga usted bien!, ¡como espía! y le señalaron en la cara por infamarle, habiéndose librado de ser fusilado gracias á su audacia y á su coraje..... En fin, no perdamos tiempo. Vamos los dos en persona, sin dilación, á la Ercolani, y escoltemos al príncipe, como es nuestro deber, y purguemos la casa de ese bandido. Yo no me había atrevido nunca á acercarme á la Ercolani..... por..... por respeto..... y no sólo por respeto al príncipe..... sino..... á otra persona..... á una señora! Hoy, es distinto. De cabeza..... Venga usted, ya llega mi coche..... ¿No tiene usted revólver? No estaría demás cogerlo.....

Cuando Miraya se encaminaba á la puerta, dióse de pronto una palmada en la frente.

—Es inútil ir, conde..... El príncipe debe estar llegando á Mónaco.

—¿Qué dice usted?—gritó Nakusi.

—El billete de ayer decía que si hoy, por la mañana, no se recibía aviso en contra, á las cuatro de la tarde estaría aquí su Alteza..... Son las tres y minutos..... Mientras vamos.....

—¡No importa! ¡No importa! ¡Razón de más! Le encontraremos en el camino.....

Y Nakusi bajó corriendo las escaleras, seguido de Miraya, que apenas tuvo tiempo de coger su sombrero, dejado encima de una silla.

Mientras los dos suben al coche y el cochero arrea á los caballos, que salen, no al trote, sino al galope, otro carruaje, un fino faeton inglés de guiar, sin pescante, marcha en sentido contrario por el camino pintoresco que, desde la Ercolani y siguiendo el borde del mar, conduce á Mónaco. Felipe María, desde la misma puerta de la villa, ha entregado las riendas á Alejo, y éste brega por igualar y contener á los dos magníficos y rebeldes potros color flor de romero—un pelo que, según opinión de los inteligentes, denuncia condición falsa y traidora, mientras los alazanes reunen á la fogosidad la nobleza.—Fijándose sólo en la estampa, el tronco flor de romero era lindísimo. Bajo la claridad del sol, el pelaje de los dos hermosos brutos parecía de seda color rosa pálido, con visos y ondas de plata gris; y sus crines rutilantes, sus delicados remos, sus acopados cascos, sus formas mórbidas, de elegante curvatura, los hacían semejantes á los caballos del sol esculpidos en alto relieve por los artistas de la Hélade. Cualquiera que no tuviese el ánimo tan abrumado de sensaciones como lo tenía en aquel instante Felipe, seguiría con interés la lucha entre el hábil cochero y el tronco, aquel día más que nunca inquieto, impaciente y hasta enfurecido ante el menor obstáculo, pronto á espantarse y encabritarse por todo lo que veía, fuese una piedra blanca, fuese un pescador que atravesaba el camino con sus redes al hombro.

Mas Felipe no atendía á los lances de esta batalla, que otras veces le entretenía mucho. Fijos los ojos en el mar, pero sin ver tampoco su azul planicie, sentía aún en el rostro las últimas caricias de Rosario, caricias que eran lágrimas, huella de fuego, húmeda sin embargo, húmeda y quemante. ¡Nunca más! El aire vivo, rápidamente cortado por la carrera de los caballos, secaba en el rostro del futuro monarca las postreras gotas del llanto del amor, y en su cerebro, ligero y casi vacío, sin ideas, como suele estarlo cuando los pulmones respiran activa y copiosamente, sólo campeaba una percepción fuerte, poderosa, absoluta: "No puedo retroceder, no puedo cejar. Pertenezco á mi suerte Vamos allá, su-

ceda lo que suceda." Iba, sí, iba á su destino, derecho, con los ojos de la mente vendados, para no ver peligros ni dolores; con los oídos tapados, á fin de no escuchar quejas ni voces lastimeras, de las que al pronunciar un nombre reblandecen el corazón..... Iba decidido, sabiendo de cierto que abandonaba la ventura, convencido de que no le era lícito disfrutarla desde que había sido saludado rey. Como hoja arrastrada por los remolinos del arroyo, su voluntad ya no conocía más dirección que la de la corriente que le impulsaba lejos, lejos de allí, á donde quisiese la fortuna llevarle.....

Dos ó tres veces los caballos se alborotaron, quisieron desmandarse, y Alejo, sombrío y cejijunto, les fustigó las relucientes ancas, por las cuales corrían estremecimientos de cólera, que hacían rielar la sedosa piel. Si Felipe no fuese tan abstraído, notaría algo extraño en las maniobras del cochero: diríase que procuraba inquietar á los animales, con una provocación sorda y continua, de efecto seguro; al par que los refrenaba duramente, á golpecitos reiterados, cada vez más fuertes, recalentándoles la sensible boca, toda bañada en espuma, y haciéndolos temblar á veces de dolor, los irritaba con el latigazo injusto, violento, sin causa. El caballo, animal tan capaz de experimentar corrientes de simpatía, siente también con vehemencia la antipatía, la protesta, el ciego y desesperado arranque contra la tiranía de un amo. Dóciles, aunque sea amaestrados, bajo las riendas de Esteban, los generosos potros se volvían esquivos, reacios y traidores bajo las de Alejo, que parecía gozarse en instigarlos á la rebelión. Según adelantaban por el camino colgado sobre el arrecife, donde podía ser doblemente peligrosa cualquier defensa del tronco, Alejo, en vez de calmarlos con las acciones suaves y conciliadoras de los cocheros prudentes, los excitaba más y más redoblando el castigo y las repentinas sofrenadas. En una huída terrible que dieron de pronto, vióse el ligero tren tan al borde del cantil, que Felipe María, saliendo de su ensimismamiento, no pudo menos de exclamar, maquinalmente:

—¡Eh! Alejo, atención..... Este sitio no es para bromas.

—No hay cuidado, señor.....—respondió el cochero, mirando de soslayo á su amo y conteniendo diestramente al tronco, con movimiento que revelaba tan consumada pericia, que Felipe, tranquilizado, volvió á sepultarse en su absorta contemplación del porvenir. Lo que se desarrollaba ante su imaginación, el panorama de

miles de figuras, que adivinaba soñando, no era el camino cosido como una cinta á la azul faldamenta del mar, sombreado por los copudos pinos de horizontal ramaje, y sobre el cual, algunas veces, blanca paloma, se suspendía una villita aislada y solitaria, parecida desde lejos á la Ercolani. Lo que Felipe María iba *viendo* interiormente eran las olas de la muchedumbre, alborozada y aclamadora; era la vía triunfal, entre gritos de entusiasmo y júbilo; era un palacio de altas techumbres, y, bajo un dosel de seda carmesí, un sillón dorado, rematando en garras leoninas, más elevado que los demás asientos..... Y se veía á sí propio, sentado en aquel sillón, dominando á la multitud, mientras desfilaban ante él, inclinándose, militares de uniforme de gala, mujeres hermosas, descotadas, cubiertas de collares y pedrerías, con luengas colas de raso, orladas de armiño, que al deslizarse sobre la alfombra producían un crujido suave, como el que producen al ser arrancados los pétalos de la rosa.....

Y eran tan vivas, tan insidiosas estas fantasmagorías, que Felipe María salió como de un sueño profundo al oir al cochero jurar sordamente y restallar la fusta, airadamente, una vez más, sobre las grupas nacaradas de los lindos corceles, enroscándola después con silbido de culebra, á su cuello redondo y salpicado de espuma; al advertir que corrían locos, con ese vértigo delirante del caballo que se desboca, y ni atiende ya el látigo, ni á la voz, ni conoce otra ley más que su propio frenesí. Felipe entendió el peligro, y el espacio de un relámpago, un segundo, titubeó entre arrojarse al suelo ó asir las riendas.Pero no tuvo tiempo. Con brusco impulso insensato, desarrollando sobrehumana fuerza y vigor, Alejo volteó hacia la izquierda el tronco, cual se voltea la manilla de un biciclo, y mientras los dos caballos, empinados, sublimes de actitud, girando en el vacío y azotando el aire con los remos delanteros, relinchando de espanto, acababan por desplomarse acantilado abajo, cayendo á los peñascos y al mar desde una altura de quince metros, y arrastrando como una pluma el coche, Alejo se lanzaba de costado al camino, sobre el cual quedó boca abajo, desvanecido, aturdido con la violencia del golpe.....

Volvió en sí al darle un puntapié Miraya, al triturarle la muñeca con sus dedos de hierro el conde de Nakusi.

—¿Y tu amo?

—¿Y el príncipe, ladrón, infame? ¿Qué has hecho del príncipe?.....

Y Nakusi apoyaba el cañón del revólver en la frente del cochero. Pero éste se incorporó poco á poco, les miró sin temor, de un modo fijo, siniestro, lleno de salvaje indiferencia, hasta que, en el dialecto de su provincia—que era la misma de Nakusi,—respondió friamente, como quien sabe las consecuencias de sus acciones y no las rehuye:

—Allí..... Allí ha caído.

El conde, desesperado, rugiendo, se inclinó sobre el precipicio..... El cuerpo de Felipe María, retenido por los agudos escollos, no había llegado al mar; estaba debajo, á plomo; con la mano les parecía que podían tocar su destrozada cabeza.

Emilia Pardo Bazán.

FIN

PROPAGANDA REGIONAL EN ESPAÑA

OJEADA HISTÓRICA HASTA LA EXTINCION DE LA CASA DE AUSTRIA

I

DEFICIENCIAS DEL DICCIONARIO DE LA LENGUA. CHISPAZOS SEPARATISTAS

Es muy parco el Diccionario de nuestra Academia en adoptar ciertas palabras generalizadas por el uso y la costumbre, no sólo en el lenguaje vulgar, sino en los escritos de ilustres literatos, incluso algunos inmortales de los que *limpian*, *fijan y dan esplendor;* y si merece aplauso el propósito de cerrar herméticamente la puerta á nuevos galicismos ó germanismos, dando siempre la preferencia á lo castizo y nacional respecto de lo exótico, tampoco faltan ejemplos de exagerado rigor en la exclusión sistemática de voces necesarias para llenar notorias omisiones del idioma patrio.

Al examinar en la duodécima edición de su obra el sentido de la palabra *nación*, encontramos el extenso vocabulario de *nacional*, *nacionalidad*, *nacionalismo* y *nacionalmente*, como derivados suyos; de *patria*, deduce *patrio*, *patriota*, *patrió-*

tico y *patriotismo;* en cambio, después de *región* no aparece más que *regional*, con el apéndice de *regionario*, aplicado á limitados servicios eclesiásticos. Nótase, por tanto, el contraste de que á la par de *nacionalismo*, ó sea «el apego de los naturales de una nación á ella propia y á cuanto le pertenece,» y de *patriotismo* «el amor de la patria,» no se haya dado carta de naturaleza á la de *regionalismo*, como expresión de afectos análogos en favor de una parte de la nación. Así resulta el caso verdaderamente extraño de que falten en el Diccionario voces empleadas por publicistas tan eximios y conocedores del castellano, como Pereda, en el discurso de entrada en la misma Academia de la Lengua.

Al pasar desde la edición undécima á la siguiente, recibió las bendiciones la palabra *separatista*, «el que trabaja y conspira para que un territorio ó colonia se emancipe de la Metrópoli,» pero no así la de *separatismo*, á pesar de su empleo frecuente en periódicos y revistas. Entre las acabadas en *ismo* ocurre lo propio con las de *salvajismo, catalanismo, proteccionismo, particularismo, feminismo, altruismo* y *misoneismo;* de las que terminan en *ista* faltan también *nacionalista, catalanista* y *regionalista*, y tampoco se encuentran en sus columnas *secesión* y *repatriación*, muy repetidas en la prensa periódica. Llamamos la atención del hecho, sin entrar á discutir las que debieran adoptarse en nuestro idioma.

En el repertorio técnico y artístico se muestra preponderante la influencia francesa, siendo muy raro el escritor que pone *relevado* en vez de *repujado*, ni arte de la *decoración*, «adorno ó lustre,» ó bien *del decoro*, «parte de la arquitectura que enseña á dar á los edificios el aspecto y propiedad que les corresponde según sus destinos,» generalizándose ya el título exótico de *Artes decorativas* adoptado por el *Centro* organizado en Barcelona para fomentar su progreso, y sancionado por la *Gaceta* en el reciente Real decreto de convocatoria para la Esposición de Bellas Artes de Madrid. La nube de galicismos es muy densa en asuntos administrativos y técnicos: se escribe

indebidamente *comité*, en vez de comisión; *financiero*, por rentístico; *finanza*, anticuado de fianza, en sentido equivalente á la palabra anterior; general *en* jefe, por general jefe; máquina *á* expansión, en vez de máquina *de* expansión; *gabarit*, por gálibo; *ajustaje*, en lugar de ajuste; *etiqueta*, por rótulo; *eclise*, por placa, sin contar otras muchas comprendidas en la Gramática de la Real Academia y en los Diccionarios de galicismos.

Obedece esta digresión á nuestro deseo de que la docta Corporación mantenga la pureza de la hermosa lengua castellana, rechazando las voces extranjeras que tengan aquí su equivalente, pero sin oponerse por esto á enriquecer el caudal de palabras con todas aquellas que el desarrollo universal de los estudios políticos, sociales, jurídicos, técnicos, filológicos y artísticos obliga á usar, si no hemos de quedar divorciados del movimiento progresivo de otros países, ú obligados al empleo de giros complicados y de repeticiones por carecer de un arsenal bien provisto para tan variado linaje de asuntos.

Discurriendo acerca de la política más adecuada para las Islas Filipinas, ha dicho recientemente D. F. Maldonado Macanáz: «que entre las muchas causas del extraordinario desarrollo de la planta parásita del separatismo en las colonias españolas consiste, una de las principales, en el funesto prurito de detracción de todo lo propio de que estamos poseídos hoy día los españoles». Otros escritores extranjeros y nacionales han atribuído las revueltas incesantes y la perenne discordia en que ha transcurrido para España la actual centuria—formando una excepción en el continente europeo—al secreto de la fuerza de los guerrilleros para combatir á los ejércitos mejor organizados demostrado en la guerra de la Independencia.

No vamos á hacer esta disquisición, que nos apartaría de nuestro objeto, limitándonos á recordar los largos períodos de convulsiones que atravesaron las naciones más adelantadas hasta alcanzar, con el arraigo de un concepto elevado del patriotismo, del espíritu de tolerancia y el desarrollo de los in-

tereses materiales, el sosiego y la estabilidad necesarias para realizar con serenidad y confianza la obra de su progresivo enaltecimiento; ¡con qué satisfacción publican libros como el titulado *Fifty years of National Progress,* presentando estadísticas elocuentes y cuadros gráficos de los vertiginosos adelantos del Reino Unido durante medio siglo en su población, comercio, industria, instrucción pública y aun en el don más preciado de tejas abajo, que es el de la salud de sus habitantes! En cambio, á nadie se le ocurre en España trazar un croquis semejante — aunque en esfera más modesta — de las mejoras nada despreciables alcanzadas desde el término de la primera guerra civil, prevaleciendo por regla general el afán de denigrar todo lo nacional, ora sea con razón ó sin ella, en mengua del espíritu patrio, al que á fuerza de contrariedades y desdichas se le ha ido apagando aquel aliento juvenil y vigoroso comunicado por los Reyes Católicos, que hizo á los españoles del siglo de oro capaces de las más arriscadas y legendarias empresas.

La extremada división de los partidos políticos, no sólo en sus tendencias, sino en lo más fundamental, ó sea la forma de Gobierno, constituye una causa de debilidad que sólo curará el transcurso del tiempo, como ha sucedido en los países venturosos que traspasaron los linderos del período revolucionario. No obstante, disfrutábamos desde la restauración de un lapso de paz al estallar las formidables insurrecciones de las provincias ultramarinas creando á la Metrópoli una de las crisis más agudas de su agitada historia. Por fortuna, toca á su término la rebelión tagala, pero la cubana ofrece un aspecto pavoroso, cualquiera que sea el desenvolvimiento futuro de los sucesos, ora se prolongue la guerra ó se llegue á una paz onerosa, dándose el caso insólito, entre las naciones colonizadoras, de una potencia enflaquecida y esquilmada en aras de su misma hijuela. Y para recargar las tintas del siniestro cuadro de nuestras desventuras, no han faltado alarmas, — al parecer infundadas — de trastornos intestinos, brotando también

en tan azarosas circunstancias algunas semillas separatistas dentro de la madre patria.

Se ha exagerado la importancia de estas dañinas manifestaciones, por confundir el movimiento regional, bastante acentuado en varias comarcas españolas, con la tendencia á la disgregación, que afortunadamente alcanza insignificante desarrollo, viniendo á demostrar la marcada diferencia entre los estrechos vínculos nacionales, bien arraigados y sólidos dentro de las fronteras metropolitanas, y el afán emancipador de las colonias principales, unidas á su matriz con lazos más flojos y de carácter movedizo, salvo honrosas excepciones.

A desvanecer la alarma producida por los chispazos llamados *nacionalistas* en el novísimo lenguaje, y á bosquejar el estado de la propaganda regional en diversas comarcas del reino, se encamina este rápido estudio, que exige como preliminar una breve ojeada histórica relativa á los orígenes de tales manifestaciones, derivadas de los rasgos típicos y peculiares de los diversos territorios enclavados en la Península ibérica.

II

CARÁCTER HETEROGÉNEO DE LOS ANTIGUOS ESPAÑOLES

Los gobernantes españoles, antiguos y modernos, han incurrido en un error al tratar de introducir en la Península el sistema unitario perfecto, moldeado á la francesa, por no acomodarse á nuestras tradiciones históricas, ni á la acentuada diversidad de matices entre las regiones españolas. Fué tan rápido el desplome del imperio visigótico, como lenta y trabajosa la expulsión de los muslimes y la obra de reconstituir sobre sus escombros los reinos cristianos, por efecto de sus continuas discordias, de su escaso escrúpulo en aliarse con los

moros para hacer la guerra á los príncipes de su misma religión, y de las frecuentes divisiones de los Estados que disponían los reyes entre sus hijos cuando se avecinaba su fallecimiento.

Las nacionalidades, formadas trabajosamente en largos períodos de conquista ó por entronques de las familias soberanas, se deshacían por ensalmo, volviendo los reinos al antiguo fraccionamiento, y á esto se agregaban los amplios fueros municipales, que convertían en autónomas á no pocas ciudades. El enlace de los Reyes Católicos y sus elevadas dotes de gobierno elevaron á España al rango de nación preeminente, y con la toma de Granada y la conquista de Navarra, se pusieron los cimientos para constituir más adelante un reino solo y unido. Pero los pueblos se avenían á tales innovaciones con la condición precisa de que les respetasen los reyes todos los fueros, privilegios, franquezas, usos y costumbres, consignados en sus viejas Constituciones, así como la facultad de reunir Cortes ó Juntas en los diversos Estados de la monarquía para dictar sus leyes propias; y cuando Felipe II se apoderó de Portugal no hizo más que incorporar un nuevo territorio á la Confederación española, pero manteniéndola escrupulosamente su régimen privativo.

Al juzgar de la diferencia esencial entre la organización política de la Península durante la casa de Austria y la predominante á la sazón en otras potencias, conviene conocer la opinión de los extranjeros, por hallarse en mejores condiciones para apreciar las divergencias principales entre los diversos sistemas de gobierno.

El embajador veneciano, cerca del emperador Carlos V, Micer Andrés Navajero, al ponderar en su viaje del año 1524 la hermosa ciudad de Barcelona, sus frondosos jardines y sus cómodas casas, añadía: «Tienen los catalanes tantos privilegios, que es muy poco lo que el rey puede mandarles.» El historiador francés Weis, decía, al comparar Francia, Inglaterra y España en los siglos XV y XVI, que presentaban una tenden-

cia común á crear intereses generales, destruyendo el espíritu de localidad; pero las dos primeras llegaron pronto á esa poderosa unidad con Francisco I y Enrique VIII, mientras las diversas provincias españolas *se acordaban demasiado de haber sido reinos independientes*. La individualidad fuerte y vigorosa de los pueblos de la Península les hacía poco aptos para un régimen homogéneo, y á pesar de la mano de hierro de Felipe II, puede decirse, sin exageración, *que había en España seis naciones diferentes* (1).

No podía ser grata á los reyes absolutos la conservación de un régimen que ponía tantas trabas al ejercicio ilimitado de su autoridad, obligándoles además á constantes peregrinaciones para solicitar de las Cortes los subsidios destinados á sostener los gastos comunes del Estado, y convencidos de que tal cúmulo de derechos redundaba en desprestigio de su dignidad, utilizaron las ocasiones propicias para quebrantarlos.

El afán nivelador era el empeño principal de los validos, como el Conde-duque de Olivares, según se desprende del párrafo siguiente, inserto en la Memoria que elevó á Felipe IV en los comienzos de su reinado : «Tenga V. M. como el negocio más importante de su monarquía el hacerse rey de España; quiero decir, señor, que no se contente con ser rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, conde de Barcelona, sino que trabaje y piense con consejo *maduro y secreto por reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla, sin ninguna diferencia;* que si V. M. lo alcanza, será el príncipe más poderoso del mundo.» Indicaba al efecto tres caminos para lograr el propósito: primero, el de promover los matrimonios, dando mandos y destinos en Castilla á los naturales de otras regiones y viceversa, é impulsar la fusión con *beneficios y blandurías;* el segundo, por medio de un golpe de mano, realizado con una gruesa armada, y el empleo simultá-

(1) *España, desde Felipe II al advenimiento de los Borbones.* Primera parte: Causas políticas de la decadencia de España.

neo de la diplomacia y de la guerra; y el tercero y más eficaz sería, «hallándose V. M. con esta fuerza, si en persona fuera como á visitar aquel reino donde se hubiese de hacer el efecto, y hacer que se ocasione un tumulto popular grande, y con este pretexto meter la gente, y con ocasión de sosiego general y prevención de adelante, como por nueva conquista asentar *y disponer las leyes en la conformidad de las de Castilla*, y de esta misma manera irlo ejecutando *en los otros reinos*» (1).

El Sr. Cánovas atribuye al Conde-duque el alegato del *Nicandro*, escrito en calurosa defensa suya después de la estrepitosa caída. Exclamaba el autor con vehemencia: «Señor, querer entender que se ha de conservar esta monarquía en los trances peligrosos estando compuesta de tan desproporcionadas partes, sin unión ni conformidad entre sí, es ignorancia, aunque la gobernaran ángeles, entre tanto que no se reduzcan á unión é igualdad en leyes, costumbres y forma de gobierno. Dicen los enemigos del Conde, que procuró derribar los fueros de Cataluña; *no ha sido sólo pensamiento suyo*, que su abuela de V. M., doña Isabel, tuvo por mejor el conquistarlo.». . . . . «¡Cuánto mejor le estuviera á V. M. no tenerlos por vasallos, sino por confederados! Decir que otros príncipes los tomarán con aquellos títulos es grave yerro, porque ninguno ha de querer dar celo y emulación á sus provincias sujetas sin aquellas preeminencias, ni tampoco *ser vasallo de sus vasallos.*»

Estos argumentos, aducidos por un ministro imbuído en ideas despóticas y que aspiraba á extender el rasero nivelador á todos los ámbitos de España, no pueden resistir el análisis de la crítica desapasionada. El instinto popular había dictado diversas cortapisas á la omnipotencia del poder real, entre otras razones de prudencia, para contener á monarcas y gobernantes imprevisores en la dilapidación de la fortuna patria, promoviendo empresas descabelladas y temerarias, sien-

(1) *Estudios del reinado de Felipe IV*, por D. A. Cánovas del Castillo. Tomo I, párrafo IV.

do las Constituciones heterogéneas de los diversos reinos el único dique á aquel empeño insaciable de dominio traducido en guerras crónicas que, extendidas por casi todas las naciones de Europa, desangraron á España, produciendo el aniquilamiento de sus fuerzas. ¡Cuán expuesto es dejar entregada la suerte del Estado en manos de un solo hombre! Pero la ambición de mando ciega de tal modo, que el sueño del Conde-duque consistía en generalizar las leyes de Castilla, estableciendo la unidad nacional bajo el régimen de servidumbre, puesto que, vencidas las Comunidades, se consiguió después anular á las Cortes con su vicioso sistema electivo y *el cohecho constante de sus procuradores*.

Y ¿hasta dónde hubiese llegado la política agresiva y el insensato afán de la monarquía universal si Portugal, Cataluña, Aragón, Navarra y las Provincias Vascongadas hubiesen abdicado todos sus derechos en manos tan inexpertas como las de la mayoría de los ministros españoles del siglo XVII? Si no le arredraba al Poder absoluto la confiscación de los caudales llegados de América por cuenta de particulares, ni de los legados para obras piadosas, ni el empeñar todas las rentas é impuestos, ni el pago de intereses anuales de 33 por 100, ni la destrucción de la riqueza pública por el fisco, ni la bancarrota, ¿á dónde hubiese llegado el desvarío sin el freno de los fueros locales?

No hay por fortuna un solo molde para el gobierno de las naciones, siendo, por el contrario, muy expuestas á fracasos las reformas radicales impremeditadas cuando se varía con la violencia su régimen peculiar. Sin necesidad de esa decantada uniformidad, ostenta actualmente la hegemonía de Europa la Confederación germánica bajo el cetro del emperador Guillermo II; Suecia y Noruega, así como Austria y Hungría no tienen más lazo común en su Gobierno que el mismo soberano; las Repúblicas de Suiza y los Estados Unidos de América del Norte presentan excelentes modelos bajo el régimen federal, é Inglaterra ostenta en sus inmensos dominios un ejemplo

elocuente de la más extraordinaria variedad de diversos tipos y gradaciones para la gobernación de sus 400 millones de habitantes.

Lo procedente hubiera sido en la España de aquellos siglos atemperarse á las condiciones de la idiosincracia nacional; mantener las energías de la vigorosa vida de las regiones, reduciendo al propio tiempo á más limitado marco la política aventurera en lo exterior, por exigirlo así la escasa población y riqueza nuestra comparada con la que á la sazón contaba Francia. Si además se hubiesen invertido los tesoros de América en fomentar los intereses materiales de la metrópoli en vez de prodigarlos á manos llenas en países extranjeros, no sólo en conquistas efímeras, sino en sostener un partido español á fuerza de dinero, otra hubiera sido la suerte de la península al extinguirse tan desdichadamente la Casa de Austria.

III

ORÍGENES DE LA SUBLEVACIÓN DE CATALUÑA

Considerando el Conde-duque *como el negocio más importante de la monarquía* el plan de asimilación de todos los Estados á Castilla, *sin ninguna diferencia*, no debe extrañar que tropezasen sus proyectos con serias dificultades, cuando lejos de disfrutar de paz en el exterior estaban empeñadas las armas españolas en multitud de guerras, en Francia, Italia, Alemania y Flandes, y luchaban en las costas de América y de Africa, contra ingleses, holandeses y berberiscos.

Partió Felipe IV en Enero de 1624 á celebrar Cortes en Aragón, Valencia y Cataluña. Pedía á los valencianos, reunidos en Monzón, un servicio de 2.000 infantes pagados por el reino para llevarlos *á donde fuera menester*. Resistíanse los

procuradores, por entender que esto equivalía á introducir las quintas como en Castilla, y además «porque harto exhausto ha quedado el reino con la expulsión de los moriscos, y harto cara les ha costado á los barones y caballeros que ahora debían esperar una remuneración, cuanto más nuevos sacrificios» (1). La tenaz resistencia dió margen á contestaciones agrias, y los ministros amenazaron con quitar á los nobles el privilegio del *nemines discrepante* y exigieron la supresión de las condiciones fijadas para conceder el servicio *so pena de traidores*. «Estas Cortes comenzaron dando muestras de su antigua dignidad, y concluyeron con la humildad de un esclavo que obedece á su señor. El rey y sus ministros, señaladamente el de Olivares, debieron quedar satisfechos del buen resultado de aquel ensayo de despotismo.»

Se resistían los aragoneses, reunidos en Barbastro, á votar el pedido, ofreciendo dinero en vez de soldados, y después de conminarles el rey á tomar una pronta resolución, les obligó á nombrar presidente con objeto de marcharse á Barcelona. Al propio tiempo introdujo tropas castellanas en Aragón, que por sus exacciones dieron lugar á no pocos disgustos, y á fuerza de amenazas se votó el servicio de 2.000 infantes por quince años, no debiendo exceder la paga de 114.000 escudos anuales.

No encontró menores dificultades en los tres brazos de Cataluña el pedido de otros 2.000 hombres en análogas con diciones, y contrariado el monarca les exigió en el término de tercero día la contestación de *sí ó no*. Como los pareceres estaban divididos y se demorase el acuerdo, dispuso sigilosamente el Conde-duque el regreso de Felipe IV á Madrid, sin conocimiento de los estamentos. Marchó muy enojado, sin hacerse cargo «de que las dificultades procedían, ya de los desaciertos y gastos de los reinados precedentes, ya de las guerras que él y su ministro favorito se empeñaban imprudentemente en sostener en todas partes».

(1) Lafuente: *Historia de España*, tomo XVI, cap. 1.

Quedaron agraviados los catalanes por su viaje clandestino, y se reprodujeron los desabrimientos de 1632; pero al invadir los franceses, siete años después, el Rosellón, pretendieron que se les confiase la defensa de su territorio, mostrándose dispuestos á hacer los mayores sacrificios para rechazarlos. Los Consejos juzgaron inadmisible la pretensión, según el historiador portugués D. Francisco M. de Melo, *por la poca satisfacción en que se les tenía á los catalanes* (1), habiendo contribuido á resolver la negativa *las diligencias del Conde-duque*, que seguía resentido con la nobleza catalana y buena parte de la plebe.

Al recibirse la noticia de la pérdida de Salces, se olvidaron los habitantes del Principado de sus antiguos agravios, haciendo espontáneamente heroicos esfuerzos para acudir en defensa de la patria. La Diputación y el Ayuntamiento de Barcelona, la lonja de mercaderes, la nobleza, los consellers, los gremios de artesanos y los pueblos, á imitación de la capital, rivalizaron en celo y fidelidad al rey. Improvisaron un cuerpo de ejército de más de 12.000 hombres (2), costeados por el país, con sus armas, equipo, artillería y medios de transporte, y pelearon con ardor y entusiasmo, contribuyendo eficazmente á recuperar la plaza de Salces, después de un asedio de siete meses.

Hallábanse en aquella época poco habituados los catalanes al servicio militar, y alcanzado el triunfo esperaban del rey calurosas felicitaciones y aún ciertas recompensas, especialmente para los inutilizados en la campaña, y «no solamente tardaron las mercedes, que ni un ligero ó vano agradecimiento de sus aciertos reconocieron jamás; y si no se les negó con artificio, la suerte ordenó que el desprecio de los mayores di-

(1) *Historia de la separación y guerra de Cataluña*, libro I, núm. 26.

(2) Lafuente cita esta cifra, pero Melo, que fué cronista y testigo presencial de los sucesos, estima, con referencia á los mismos castellanos, en 30.000 plazas las mantenidas por Cataluña.

simulase aquella grande obligación: esta experiencia dispertó en ellos, si no un arrepentimiento de lo pasado, un propósito de no tentar con nuevos méritos la fortuna; así fué común el interior descontento introducido en el ánimo de todos. Si llegasen á conocer los principios que baratamente compran la afición de los vasallos, lo mucho que vale el aplauso universal de las gentes, *ninguno llegara á ser remiso, cuanto más á parecer ingrato*» (1).

En efecto, el ministro Olivares correspondía á unos servicios tan meritorios con órdenes ásperas y desabridas, comunicadas al virrey, conde de Santa Coloma, en estos términos: «No es tiempo de rogar, *sino de mandar* y hacerse obedecer. Si no hay buenas camas para la tropa, no debe repararse en tomarlas de la gente más principal de la provincia, porque más vale que ellas duerman en el suelo que no los soldados. No se debe disimular la menor falta, por más que griten contra V. E.; aunque quieran apedrearle. Se debe obligar á todo el mundo. Consiento en que se me impute á mí lo que haga, con tal que nuestras armas queden con honor, y no seamos despreciados de los franceses» (2).

Estas órdenes, tan imprudentes é inoportunas, para fustigar á un pueblo viril y altivo como el catalán, se dictaban precisamente cuando era más necesario su valeroso concurso, dados los propósitos de Olivares de proseguir la guerra, y las coreaba Felipe IV, llamado el *Grande* por sus aduladores, con parecidas inconveniencias. «La provincia no puede cumplir peor respecto de los auxilios que debe dar. Esta falta nace de la impunidad..... Confiscarles los bienes á dos ó tres de los más culpables, á fin de atemorizar á los demás. Bueno será que haya algún castigo ejemplar».

Terminada la campaña de 1639 en el Rosellón, retiró las tropas el marqués de los Balbases á invernar en Cataluña, con

(1) Melo, lib. I, núm. 32

(2) Le Vassor, Historia de Felipe IV.

infracción de sus fueros, y en consonancia con las instrucciones recibidas de Madrid, dió alas á la soldadesca, compuesta de castellanos, italianos é irlandeses, para vejar al país; uníase además al espíritu generalmente licencioso de las fuerzas armadas, la falta de pagas y la miseria, que conspiraba á hacerlas más insolentes con los patrones y á aumentar sus exigencias como si se hallasen en país conquistado. Los resentimientos entre militares y paisanos se trocaron en profundos rencores, traducidos en desórdenes y asonadas, y como los atropellos iban en aumento, entendieron las corporaciones de Barcelona que debían acudir al virrey en demanda de justicia, pero cometió la imprudencia de arrestar á D. Francisco de Tamarit, representante de la nobleza, y á dos individuos del Consejo de los ciento.

Esta provocación fué la chispa iniciadora del incendio, y desbordado el furor popular, perdió su vida el conde de Santa Coloma al tratar de refugiarse en la falda de Montjuich acosado por los segadores amotinados en el día del *Corpus* de 1640. Desde entonces cundió rápidamente la anarquía, y reunidas las Cortes catalanas, se discutió ampliamente si las circunstancias exigían la apelación á las armas como medio de defensa. El obispo de Urgel pronunció un largo discurso recomendando los temperamentos de moderación y la obediencia al rey, pero no convenció á sus colegas; y el canónigo Claris le contestó con una arenga violenta y fogosa, terminando con estas palabras: «Volved en hora buena á los pies de vuestro príncipe, llorad allí, acrecentad con vuestra humildad la insolencia de los que os persiguen, y arrojad al fierísimo mar de su enojo este pernicioso Jonás, que si con mi muerte hubiera de cesar la tempestad y peligro de la patria, yo caminaré á su presencia arrastrando cadenas. Muera yo, muera yo infamadamente y respire y viva la afligida Cataluña.»

Acogió la caldeada Asamblea con atronadores aplausos la ardiente catilinaria del revolucionario Claris, y aprobado por aclamación el armamento del Principado, se apercibió sin pér-

dida de tiempo á organizar la resistencia; *y como no eran por sí solos capaces para luchar con tan poderoso monárca, acordaron pedir auxilio á Luis XIII de Francia.*

No era el patriotismo en los siglos pasados un sentimiento tan noble y delicado como en nuestra época, ni los vínculos de nacionalidad habían llegado á madurar en la Península, ni mucho menos aún en Italia, triturada á la sazón y dominada por los extranjeros, sucediendo lo propio en otras potencias. Coincidió con el reinado de Felipe IV la guerra de los Treinta Años, en la que los protestantes alemanes buscaron aliados para combatir á los católicos, originando la desmembración del Imperio, consumada en el tratado de Westfalia, y á su larga decadencia, no interrumpida hasta los tiempos modernos de Guillermo I y Bismarck. Al término de la guerra civil de la Fronda contra Mazarino, el príncipe de Condé se refugió en España poniéndose al servicio del citado monarca. A pesar de las miras ambiciosas que tenía Felipe II hacia el trono de Francia, no vacilaron los católicos en solicitar el apoyo de su ejército en las revueltas de la Liga, siendo frecuentes en aquellos tiempos los pactos y alianzas de esta índole y las defecciones de los magnates y generales.

IV

PÉRDIDA DE PORTUGAL Y GUERRAS DE CATALUÑA

Obrando el Conde-duque con escaso talento político, sembró vientos y recogió tempestades. Aun suponiendo que su plan unitario hubiese sido acertado, y no obedeciese al empeño de sojuzgar á los reinos, que conservaban sus libertades, á la servidumbre de Castilla, para manejarlos caprichosamente como verdadero autócrata, no pudo ser más desacertado el

momento escogido para asestar el golpe á los fueros de Cataluña.

Felipe II, que tanto superaba á su nieto en poderío y en dotes de mando, procuró atraer á los portugueses á raiz de la conquista realizada por el duque de Alba, haciendo en las Cortes de Thomar tales concesiones que, estrictamente cumplidas, dejaban reducido el poder real á mera ficción. Clâro está que bajo el criterio con que ahora juzgamos los asuntos de tan lejana época, se deduciría la inconveniencia de una anexión realizada, al parecer, por vanidad y sin provecho; pero debieron pesar en el ánimo del rey razones poderosas para no intentar con gentes de suyo quisquillosas el planteamiento de un sistema de asimilación á Castilla. La fuga de Antonio Pérez á Aragón dió margen al severo castigo del Justicia y á ciertas novedades introducidas en las Cortes de Zaragoza, pero la imparcialidad obliga á reconocer que se respetó la parte más fundamental de los fueros, y en los últimos años de su reinado tuvo la previsión de reconocer la independencia de los Países Bajos bajo el cetro de su hija.

Veamos las condiciones en que Felipe IV y el Conde-duque emprendieron la obra niveladora. Hallábanse en guerra con Francia, gobernada á la sazón por el hábil ministro é implacable enemigo de España Cardenal Richelieu; se habían roto las hostilidades entre los Estados de Flandes—nuevamente incorporados á España para desdicha suya—y Holanda; los tumultos de Évora, ocurridos en 1637, fueron un síntoma alarmante de la agitación que trabajaba á Portugal en favor de la dinastía de Braganza, á la que imprevisoramente se dejó residir en el país regido por sus mayores, no pudiendo ser más intempestiva la ocasión para exacerbar á los catalanes, lanzándoles á la rebeldía. Aun el Sr. Cánovas, tan benévolo é indulgente con el favorito, censuró la política adoptada en aquellos sucesos en estos términos: «Era imposible llevar adelante á un tiempo el pensamiento de la unificación nacional, la guerra religiosa contra los herejes holandeses y la tremenda ri-

validad que manteníamos con Francia. La tempestad se fué avecinando á toda prisa, y es inverosímil que el Conde-duque no la viera venir, y de ponerse en guardia aunque á deshora» (1).

Cierto que en los siglos posteriores aprovecharon otros Gobiernos las coyunturas propicias para privar de sus fueros á Valencia, Aragón y Cataluña, y cercenar los de Navarra y las Provincias Vascongadas, pero fué siempre aprovechándose de las divisiones locales ó cuando menos del quebrantamiento producido por largos períodos de guerras civiles, é impuesto como castigo por el vencedor á los países subyugados. Nada parecido ocurría en Cataluña en 1640; de modo que no pudo hacer Olivares cosa más grata á su enemigo Richelieu, quien vió el cielo abierto ante la bella perspectiva de extender las fronteras de Francia hasta el Ebro, habiendo bastantes indicios de sus intrigas en favor de la rebeldía catalana, según opinión del historiador Bofarull, y la evidencia de sus manejos en Portugal.

Muy poco ó nada se había adelantado desde la forzada anexión de la Lusitania para desvanecer los recelos y antiguos antagonismos de sus habitantes. La navegación del Tajo, habilitada por el ingeniero D. Juan Bautista Antonelly, en tiempo de la conquista, con el fin principal de abastecer el ejército español, quedó abandonada en la época de Felipe III. Al visitar este monarca en 1619 el reino de Portugal, celebró Cortes que le sirvieron la espléndida suma de 700.000 ducados para gastos de la jornada (2), y fué recibido en Lisboa con una suntuosidad y tales demostraciones de riqueza y magnificencia, que puede afirmarse no tuvieron parangón en ninguna otra ciudad de la Península (3).

---

(1) *Estudios del reinado de Felipe IV,* pár. 6.°

(2) *Viaje de la Catholica Real Magestad del Rei Don Felipe III N. S. al Reino de Portugal*, por Joan Baptista Lavaño. MDCXXII.

(3) En la *Historia de los medios de transporte en España*, que estamos preparando, desarrollaremos este punto.

En el discurso de bienvenida que al entrar en la capital le dirigió el consejero Ferreira, después de prodigarle alabanzas sin tasa por la grandeza de sus Estados, añadió: «Consiste en Vosa Magestade facer cabeza do suo imperio estta antiga é ilustre cidade, mas digna de elo *que todas as do mondo* asistendo aqui con su Real corte.» No tenía esta pretensión nada de exorbitante, dadas las magníficas é imponderables condiciones de Lisboa para el comercio de América, y del mal emplazamiento de Madrid, por su completa carencia de vías fluviales y de canales y los pocos intereses creados en la Villa, siendo aún reciente la instalación definitiva de la capital en su recinto. En nuestros tiempos hemos visto la sucesiva traslación de la corte italiana desde Turín á Florencia y de Florencia á Roma, á medida que avanzaba la unidad de los antiguos Estados independientes; y así como allí se ha prescindido de los intereses locales, aun postergando á ciudades florecientes, debió tenerse en España igual decisión, abriendo simultáneamente buenos caminos y vías navegables para contrarrestar el efecto de la excentricidad en la metrópoli del Tajo.

Antes de que los brazos del reino terminasen sus deliberaciones, les manifestó Felipe III la necesidad de regresar á Madrid, y siendo la única vez que pisó el territorio portugués, dejó descontentos y ofendidos á sus habitantes, que aspiraban, con razón, á la permanencia en Lisboa del rey y de su séquito durante largas temporadas.

Al estallar la rebelión catalana, llegaba al colmo la imprevisión de los gobernantes españoles, que dejaron por junto 500 mosqueteros para guarnecer á la capital, mientras las milicias portuguesas organizadas contaban, con sus reservas, 209.000 hombres, teniendo por generalísimo al mismo duque de Braganza, pretendiente al trono de sus antepasados. Comprendiendo, aunque tarde, la torpeza cometida, le llamaron á Madrid, tratando de ponerle al frente del ejército de Cataluña; pero en cuanto recibió la Real orden se desenmascaró, po-

niéndose al frente de la revolución, que triunfó con gran facilidad, dado lo desprovisto de tropas castellanas en que se encontraba aquel Estado; y aun cuando pretendió Castilla someterlo más adelante, no bastaron veinticinco años de guerra para domar la fiereza de sus habitantes, fracasando definitivamente nuestras armas en 1665 en el cerco de Villaviciosa.

Duró la separación de Cataluña trece años, terminando en Octubre de 1653 con la rendición de Barcelona al príncipe Don Juan de Austria. Fué una gran desgracia la entrega á Luis XIII de aquella comarca importantísima, pero la prueba fué decisiva para el patriotismo de los catalanes, quienes sufrieron con la soldadesca de allende el Pirineo y los asentistas del ejército francés, un calvario de vejámenes que superó al ocasionado por las tropas castellanas. Enseñó también el grave acaecimiento á Felipe IV á tratar en lo sucesivo á aquel país con mayores miramientos y consideraciones que las empleados durante la privanza del Conde-duque, cuyas consecuencias fueron la pérdida del Rosellón y de Portugal.

Desde entonces quedó borrada en las márgenes del Llobregat la inclinación francesa, ó sea *el único peligro serio de desprendimiento* de aquel florón de España en las contingencias del porvenir.

El estado miserable del reino en tiempo de Carlos II y el engrandecimiento de Francia con Luis XIV, influyeron para que la Península sufriera nuevas invasiones por los Pirineos.

Penetró el duque de Noailles en Cataluña el año 1689, apoderándose de las plazas de Camprodón y Urgel, y ese movimiento de avance permitió que la escuadra enemiga bombardease á Barcelona. Renovada la campaña con mayor ardor cinco años después, sufrió también varios fracasos el ejército español, mandado por linajudos, pero muy inexpertos generales, poniendo cerco á la capital del Principado el duque de Vendôme. Y fué tan valeroso el comportamiento de los catalanes en aquellas críticas circunstancias, que Lafuente lo juzgó en estos términos: «Tanto como se advertía de flojedad y

de inercia en la tropa y en sus jefes, se notaba de energía, decisión y valor en los naturales, así fuera como dentro de la ciudad. Al terrible retumbar del caracol que llamaba á somatén, aparecían las montañas coronadas de paisanos armados, conducidos por Bonén, Agulló y otros intrépidos caudillos. Dentro de Barcelona todos gritaban *que morir antes que entregar al francés aquella población invicta:* clérigos, magistrados, mercaderes, artesanos, mujeres, todos participaban de igual irritación y todos trabajaban á porfía. Barcelona se ofrecía á defenderse sola, con tal que se saliera el conde de la Corzana con todas las tropas, á excepción de las que mandaba el príncipe de Darmstad. Mas el virrey llevó adelante su plan de capitulación y de entrega, que se firmó á despecho y con llanto de todo el pueblo, y con disgusto y enojo de los mejores capitanes. El *Conceller en Cap* de Barcelona murió de dolor de no haber podido salvar la ciudad.» (1)

Don Jaime Tió, continuador de la historia de Melo, dice que los reyes trataron á Cataluña después de su rebelión con dulzura, y que fué acendrada la adhesión del Principado á su dinastía. «Dígalo si no el tesón con que defendía medio siglo después á la Casa de Austria contra el duque de Anjou: tenía viva en el alma la imagen del abandono de Francia, y acusaba su mala fe; ponderaba también la generosidad de Felipe IV y la noble satisfacción que de los pasados yerros diera á Cataluña, y hubiera gritado *¡Viva España!*, y lo gritó aún perdida toda esperanza.» (2)

Ya veremos cuán leales se mantuvieron en adelante hacia la madre patria.

PABLO DE ALZOLA,
Correspondiente en Vizcaya de la Real Academia de la Historia.

(Continuará.)

(1) Tomo XVII, parte III, libro V, capítulo XI.
(2) Conclusión.

DE VUELTA DE SALAMANCA

IMPRESIONES Y NOTICIAS

Al Excmo. Sr. D. Rafael Conde y Luque:

Mi distinguido y amable amigo: A nadie mejor que á usted, cuya valiosa recomendación me abrió con llave de oro las puertas del viejo Estudio salmantino (1), debo, en justicia, dedicar así las noticias que en él hallé, como estas mal trazadas cuanto bien sentidas impresiones, que la contemplación de la opulenta ciudad Renaciente, con sus monumentales edificios, sus señoriales palacios, su vetusto y vario caserío, su séquito de memorias y leyendas, su alegre y pintoresco aspecto, su pasado imperecedero y fecundísimo, dejaron en mi áni-

(1) Tengo verdadera satisfacción en consignar aquí mi profundo agradecimiento al Excmo. Sr. D. Mamés Esperabé, digno Rector de aquella Universidad, así como á su celoso Archivero D. José María de Onís, por la afectuosa acogida é inolvidables atenciones que me han dispensado.

mo, evocando en él tantos recuerdos y despertando tantas emociones, que apenas si acertaré á darles forma, ahora que, como desatada ráfaga de gloria, cruzan tumultuosamente ante mis deslumbrados ojos.

Para quien no lleve en sus venas, con el calor de la vida, el amor á los imponentes despojos de lo pasado, el culto hacia las venerables vejeces de la historia, Salamanca no será más que un poblachón destartalado y caduco, donde sobran ruinas y faltan viviendas, donde sobran monumentos y falta población, donde abundan las piedras y escasean los hombres y con ellos la animación, el movimiento y comercio propios de toda sociedad viviente.

Para quien ame la historia y se apasione por el arte, Salamanca es raudal inexhausto, fuente clara y abundantísima de memorias, inspiraciones y enseñanzas.

Su severa basílica románica, que ampara como madre á la florida y opulenta catedral nueva, que como ramaje pomposo retoñece de la robusta savia del tronco primitivo; sus inmortales Escuelas, sus arrogantes palacios blasonados, sus muros musgosos y carcomidos, sus rotas cresterías, sus gallardísimas rejas, sus incomparables portadas y patios plateresco, cincelados como joyas y dorados por el sol de tres siglos; sus negruzcos aleros, sus plazuelas tapizadas por la hierba, sus muros que, enrojecidos por los *vítores*, parecen bañados todavía en el esplendor de gloria de nuestros siglos de oro, dicen más á los ojos y al alma que cursos enteros de Historia, Estética y Arqueología.

Porque de aquellas bellezas y despojos recibe el espíritu la confidencia, la impresión directa de lo pasado, semejante á caricia materna que no puede transmitirse ni remedarse, sin despojarla de su mística virtud.

Que acaso no hay afecto que más nos enaltezca y dignifique, como ese inefable amor y veneración á lo pasado— suelo bendito donde arraiga lo presente para engendrar lo porvenir—afecto soberano que es como la fuerza de cohesión que

mantiene unidas las generaciones humanas y ata con espirituales lazos de amor é inteligencia las distintas edades del mundo.

¡Tristes de aquellos que permanezcan indiferentes ante la historia, y ¡ay! de los pueblos que olviden su pasado y abandonen sus monumentos!

Porque el mundo sin historia ni monumentos, sería como desdichado ser privado de la memoria: un verdadero idiota. Que quien no recuerda, ni agradece, ni ama, ni juzga, ni compara, ni atesora la experiencia, ni conserva el saber, ni estima el progreso, ni mide por lo sabido lo ignorado, ni abarca los grandes horizontes de la vida, ni conoce, ni goza, ni alcanza de ella más que el fugitivo presente.

La historia, en cambio, conciencia y maestra del mundo, nos enseña á juzgar, á conocer, á comparar y á medir los pasos de gloria que adelanta la humanidad por sus caminos de dolor, á celebrar sus triunfos, á llorar sus caídas, á amarla por lo que padeció, á admirarla por lo que logró y á medir lo que le falta en su camino ascendente.

No en vano se pregunta nuestro gran poeta:

«¿Dónde la vida está del que ha tenido
La lobreguez del porvenir delante,
Si deja tras sus pasos el olvido?»

Recordar es vivir..... y en pocos lugares se recuerda y se vive como en la monumental Salamanca, que se sobrevive á sí misma, y cuyas gloriosas memorias son como el alentar de lo pasado y su ideal supervivencia.

Nada diré aquí de sus orígenes ni de sus tiempos romanos, ni del valor con que sus heroicas matronas supieron romper el yugo de los soldados de Aníbal, ni de sus recuerdos visigóticos, ni de su entrega á las armas de Muza y su rescate por el primer Ordoño; nada de sus emigrados Obispos, ni de sus legendarios tiempos de Bernardo del Carpio; ni siquiera de su

repoblación, realizada bajo el cetro de Alfonso VI por el conde Raimundo y su esposa Doña Urraca, fundadores de su semibizantina iglesia; nada tampoco de sus sangrientas luchas contra los árabes fronterizos, ni de su rebelión contra Fernando II, ni de sus prelados y sus condes.

La verdadera historia de Salamanca empieza en los días de Alfonso IX, fundador de aquel egregio Estudio, que fué alma de la ciudad, raíz de sus grandezas, foco de eterna luz que aún proyecta sus vivos resplandores sobre la historia del pensamiento humano.

Salamanca nació con su Universidad, sobre la cual llovieron desde su origen, como rocío benéfico, los favores y donaciones, privilegios y larguezas de todos los monarcas y Pontífices.

Con hondo respeto, con verdadera devoción tomé en mis manos, en el Archivo, y leí conmovida aquella carta paternal en que el Santo Rey Fernando III declaraba tomar á su *comienda* y *defendimiento* á los *maestros* y *escolares* que acudiesen á las escuelas recién fundadas por su padre.

Ejemplo glorioso que generosamente imitaron todos los monarcas de Castilla desde el Sabio Alfonso, que organizó la enseñanza y dotó largamente á los maestros, hasta los Reyes Católicos, cuyos bustos, unidos por un cetro único, campean como sello de gloria entre los menudos y delicados follajes de la gentilísima portada plateresca; desde Carlos V y Felipe II, que parternalmente cuidaron de su conservación y aumentos, hasta el tercer Felipe, tan agasajado por ella al visitarla con su esposa Doña Margarita en 1600; y desde Felipe V hasta Carlos III, bajo cuyo cetro protector lanzó sus últimos rayos de crepúsculo y brotó sus últimas flores de decadencia la ya para siempre muerta y por siempre gloriosa Escuela salmanticense.

Porque la egregia Universidad, nacida á la sombra del templo, al amparo del Pontificado y entre los brazos de nuestros democráticos reyes, siguió los pasos de nuestra historia y

vivió la misma vida de la patria. Nacida al sol de la Reconquista y al soplo de la fe, alcanzó su apogeo en los claros días de Isabel y Fernando; brilló al fulgor de las victorias de Carlos V, prosperó bajo el poder del gran Filipo, decayó cuando en manos de su nieto comenzó á desmoronarse el alcázar de nuestra grandeza, y pugnó por regenerarse, aunque con savia ajena, bajo el renacimiento francés de los Borbones, para caer después herida de muerte, pero rodeada de las gloriosas ruinas que sembró en Salamanca la epopeya inmortal de nuestra santa Independencia.

Porque Salamanca y su Universidad, la *Madre de las ciencias* y la *Reina del Tormes,* cayeron para no levantarse; pero cayeron como los héroes, cubiertas de gloriosas heridas y coronadas de inmarcesibles laureles.

¡Y cuán grande, cuán imponente y magnífica aparece en su postración y en su silencio, bajo el glorioso polvo de sus alcázares, sus templos y sus escuelas!

De aquel montón de venerandos sillares irradia el calor de nuestra alma, el vapor de nuestra sangre vertida en defensa de la tierra, la luz de nuestra inspiración y el sol de nuestro pensamiento sin ocaso.

Al cruzar sus calles, donde resuenan los pasos, sus anchas plazuelas herbosas y desiertas, al medir con la vista la mole de su doble Catedral, la montaña de sillares de la Compañía, el enorme pórtico moderno de San Bartolomé el Viejo, restauración póstuma que subsiste cual monumento conmemorativo del regio instituto del Obispo Anaya; al contemplar las grandiosas fábricas inanimadas de los colegios del Arzobispo Calatrava y San Esteban, al penetrar en el aula solemnemente vacía de Fr. Luis; al cruzar las extensas plazas, los soberbios atrios, los vastos salones silenciosos y abandonados, renovóse en mí aquella impresión de Otoño y de crepúsculo que me invadió ante la gran basílica y la enorme plaza de Pisa, mudas y sepulcrales; y como en Pisa, no pude menos de preguntarme en Salamanca: ¿A dónde está el pueblo de estos monumen-

tos, á dónde las vivas y sonantes aguas de este ancho cauce, pedregoso y vacío?

Repitiéndome la melancólica interrogación, pasé ante la estatua de Fr. Luis, y por un momento imaginé que entreabría la boca de bronce para reanudar, después de tres siglos, sus lecciones, con aquella frase sublime que resuena en la historia con perdurable elocuencia. Atravesé bajo la gallarda portada del antiguo Hospital de Estudiantes, abierta junto á la de los Estudios menores, y con los ojos ebrios de luz y de imágenes magníficas y el alma henchida de recuerdos y de visiones espléndidas, penetré en el obscuro Archivo, impregnado de humedad.

Fué como caer de lo alto de cumbre resplandeciente al negro fondo de seno cavernoso y frío.

Montones de *Registros de matrículas,* estrechos y largos como las *Agendas* que usamos las señoras; haces de libracos de *Actos* y *Grados,* cubiertos de rugoso pergamino, con guardas de badana, cruzadas por tiras de fina cabritilla, me aguardaban en formidable batería, cuidadosamente apilados sobre la ancha mesa por la bondadosa solicitud de mi amable amigo el archivero. Por algunos momentos flotaron tumultuosamente ante mis ojos en la húmeda y sepulcral atmósfera del *Archivo,* millares de discos de variadísimos colores, que eran como el polvo irisado de aquel súbito desplome de visiones maravillosas.

La ciudad entera, con su lujo de líneas, con su derroche de colores, con sus sillares dorados por el sol y sus resaltes bruñidos por las lluvias; con sus aleros musgosos y sus caladas cresterías, y sus ventanas gemelas, y sus herrumbrosas rejas cubiertas de flores, como las de mi Sevilla; con su hermosa plaza, donde el estilo de Churriguera puso más calor y más individualismo que todos los pseudoclásicos en sus enormes y frías concepciones; la ciudad entera, con su libre y desenfadada arquitectura, que me recordaba el aspecto maravillosamente vario de las calles de Florencia; aquel animado

alternar de estrechas y arcaicas viviendas plebeyas, que transpiran memorias estudiantiles, con hidalgas moradas cargadas de blasones y henchidas de leyendas tan diversas como su estilo; mansiones ora ceñudas y semifeudales, como la vetusta casa de Doña María la Bava, manando sangre y odio de sus viejos sillares; y la de las *Muertes*, con su trágico nombre, de indescifrable sentido; ya ricas y ostentosas, como la de las *Conchas*, con su singularísimo ornato y sus históricos hierros; como la de las *Salinas*, con su gallardísima fachada y sus robustas ménsulas, de picante tradición; y aquella rica diversidad de monumentos, tales como la enhiesta y romántica *torre del Clavero*, la portada de San Esteban, esculpida como una custodia de plata, y sobre todo el Patio del Colegio del Arzobispo, verdadero milagro del Renacimiento, cincelado como una joya de Cellini y teñido con inimitables matices dorados, ambarinos y carminosos por el sol, enamorado de su belleza, el patio incomparable desde cuyas enjutas me miraban con expresión tentadora las cabezas animadas por el cincel de Berruguete; todas aquellas bellezas de línea y de color surgieron de improviso ante mi vista, solicitando con seducción irresistible mis instintos meridionales y mis amores estéticos, que me impulsaban hacia el sol y hacia la belleza.

Era como la rebelión de la luz y de las formas contra la muda abstracción del espíritu ante los áridos vestigios de cosas que pasaron.

Pero pronto mis ojos se avezaron á la obscuridad; pronto la obscuridad comenzó por hacerse transparente y acabó por tornarse en luminosa para los ojos de mi espíritu.

Allí, bajo aquellas rugosas faces de viejo pergamino, había más que folios carcomidos y caracteres tortuosos, á veces casi ilegibles. Allí estaban en apretadas haces los nombres gloriosos de nuestros grandes humanistas, canonistas, teólogos, legistas, médicos y poetas de ambos siglos de oro, mezclados con otros infinitos nombres obscuros y olvidados.

Legiones de escolares, venidos de todas nuestras provincias

y aun de los más remotos países, dejaron allí la única memoria que resta de su paso por el inmortal Estudio salmanticense. Aquella era la verdadera población de Salamanca; aquellos los hijos de la *Madre de las Ciencias;* aquellos los que cubrieron de rojos *vítores* sus muros de dorada piedra; los que llenaron de vida y animación sus patios y sus aulas; los que temblaban en el claustro románico de la vieja catedral, ante la capilla de Santa Bárbara (1), para salir después, llorando de rabia, por la *puerta de los carros*, ó pasear en triunfo los claustros, entre los plácemes y aun sobre los hombros de los generosos camaradas; aquellos los que alegraron la ciudad con sus músicas, rondas y serenatas; los que la hicieron temblar con sus motines, escándalos y zalagardas; aquellos, desde los nobles y alcurniados hasta los sopistas y gorrones, los embaucadores y tahures, los rufianes, bravoneles y temerones; desde los titulados hasta los *trazistas*, desde los arrogantes colegiales mayores hasta los *mozos de coro*, desde los belicosos caballeros de las Ordenes hasta los apicarados *bachilleres en floreo*, y los diestros graduados por Carranza; los de hábito y los de ropilla, los de chambergo y los de bonete, los frailescos y los clericales, luciendo sobre los hábitos de todas las religiones las becas de tan varios colegios, y alardeando, los unos de nobles, los otros de bravos; éstos de doctos, aquéllos de truhanes, esotros de enamorados, y todos de mancebos, decidores é ingeniosos.

Allí están desde los *nobles* y *generosos*, que encabezan los registros con nombres como los Córdobas, los Guzmanes, los Portocarreros y los Silvas, de España; los Dorias y los Spínolas, de Italia; allí desde los Téllez de Girón, los Ponces y Manriques, de Madrid; los Mendozas y La Cerdas, de Guadalajara y de Toledo: los Guzmanes, Quiñones y Lorenzanas, de León; los Fonsecas, Acevedos y Maldonados, de Salamanca; los Pizarros y Orellanas, de Trujillo; los Vegas, Lasos y Pulgares,

(1) En ella se conferían los grados.

de Granada; los Afán de Rivera, Enríquez y Vargas, de Sevilla; los Calderones, Barredas y Velardes, de la Montaña, y los Monroyes, de Extremadura, hasta los modestos Perlines, de Alaejos, y Cachupines, de Laredo, citados los últimos por Cervantes (1); desde el hijo del conde de Monterrey hasta el hijo de *Flórez*, el *pertiguero de la catedral;* desde los sucesores de los príncipes hasta el humilde *demandadero de las ánimas* (2). Aquél es el pueblo de las escuelas. De allí salieron los conquistadores que sojuzgaron al mundo, los teólogos que asombraron á los Concilios, los historiadores dignos de narrar nuestras epopeyas, los humanistas, los poetas y casi todos los ingenios de nuestros siglos dorados.

Más que las piedras de las venerables escuelas salmanticenses, vivirán los nombres inscritos en aquellos inestimables registros; porque allí enseñaron y aprendieron hombres tan célebres en todas las disciplinas humanas, como Fr. Luis de León, el Brocense, el astrologo Zacuht, y el músico abad Francisco de Salinas; allí brillaron el Tostado, Cisneros, San Juan de Sahagún, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de la Cruz, Las Casas, Soto, Victoria y tantos otros insignes teólogos; de allí salieron legistas como Luis de Molina, Juan Solórzano, Chumacero y Ramos del Manzano; canonistas como Covarrubias; historiadores como Hurtado de Mendoza, González Dávila, Zurita y Nicolás Antonio; médicos como Laguna, Horozco y Pérez de Herrera, humanistas como Nebrija, Lucio Marineo, Silíceo y Mallara; poetas como Juan del Encina, Góngora, Ruíz de Alarcón, Liñán de Riaza, Argensola, Calderón de la Barca, Villegas, Meléndez, Quintana y Nicasio

(1) *Quijote*, P. I, cap. XIII: «..... Aunque el mío—se refiere á linajes—es de los *Cachopines de Laredo*, respondió el caminante.....»

(2) Constan en aquellos Registros de Matrículas las del hijo de *Francisco Flórez*, pertiguero de la catedral, y las del *que pide para las ánimas.*

Gallego; capitanes como Hernán-Cortés; próceres como el Conde-duque de Olivares y otros no menos famosos.

Halagada por la esperanza de hallar una anhelada noticia, y convencida de que la paciencia es acaso la expresión más vigorosa de la voluntad, hojeé, animosamente, gran número de registros de *matrículas*, *juramentos, actos* y *grados*, logrando hallar en ellos los siguientes documentos, á mi parecer de verdadero interés para nuestros fastos literarios.

¡Dichosa yo, si al cerrar estas *impresiones* de Salamanca con la noticia de estos felices hallazgos, consiguiese allegar un leve granito de arena á la grande obra de la historia!

Estamparé los datos casi desnudos y exentos de todo artificio retórico, ya que los nombres de D. Juan Ruiz de Alarcón, D. Luis de Góngora, Pedro Liñán de Riaza, Julián de Armendáriz, Fray Hortensio Paravicino y Bartolomé Leonardo de Argensola bastan á iluminar con su esplendor estas obscuras páginas.

Nombres gloriosos, á los cuales deberán unirse el muy respetado y honroso de Fray Galcerán de Albanel, maestro de Felipe III y arzobispo de Granada, y el célebre de Fray Luis de Aliaga, Inquisidor general y confesor de Felipe III, y acaso más célebre aún que por ambos cargos, por habérsele supuesto autor del falso *Quijote*, y por ende antagonista de Cervantes.

1.° De los estudios del terenciano y delicadísimo dramático D. Juan Ruiz de Alarcón, en Salamanca, publicó su biógrafo D. Luis Fernández Guerra, cuatro noticias (1); pero omitió la

(1) *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, por D. Luis Fernández Guerra y Orbe. Madrid 1871. Contiene las siguientes *Noticias de los estudios de Alarcón en Salamanca.*

1.ª 1600.—Matrícula en *Leyes*, á 25 de Octubre. (Véase las págs. 20 y 470.)

2.ª 1600.—Bachilleramiento en *Cánones*, el mismo día 25 de Octubre. (Páginas 19, 20 y 470.)

3.ª 1602.—Bachilleramiento en *Leyes*, á 3 de Diciembre. (Págs. 20, 21 y 470.)

4.ª 1604.—Matrícula en *Leyes*, á 24 de Octubre. (Págs. 22 y 470.)

siguiente, que por referirse á tan célebre personalidad, me parece de verdadero interés.

Libro de Matrícula de 1599 á 1600.—*Facultad de Cánones*. (Comienza al fol. 26.) (Al fol. 65.) «*Juan Ruiz de Alarcón, natural de la ciudad de México, á 18 de Octubre de 1600. 5.° año.*»

2.° D. Luis de Góngora, es decir, D. Luis de Argote y Argote, pues tal era el apellido de sus padres, D. Francisco y doña Leonor, nació en Córdoba el 11 de Julio de 1561, y según sus biógrafos, pasó á estudiar á Salamanca, donde, á lo que parece, llegó á graduarse de bachiller, sin que se diga en qué facultad, ni se tengan—que yo sepa—noticias documentadas de sus estudios.

De ellos encontré la siguiente:

Libro de Matrícula de *1579 á 1580*.

Entre los *nobles generosos y dignidades*—que según costumbre encabezaban aquellos registros—figura:

D. Luis de Góngora, nat. de Córdoba, se matriculó ante mí Bartolomé Sánchez, hoy 20 de Noviembre de 1579 años.

Diez y ocho años tenía cumplidos entonces el futuro padre de los cultos, y á lo que parece llevaba ya tres en aquellas Escuelas, puesto que en la biografía de Pedro Liñán de Riaza, dice Barrera (1), que según asegura Lope de Vega, su grande amigo Riaza fué en Salamanca contemporáneo de Góngora, que empezó allí sus estudios en 1576.

De otros dos individuos de la familia de Góngora hallé noticia en aquellos libros:

Matrículas de 1583-84. (Fol. 79.) *D. Alonso de Góngora, nat. de Córdoba*, y *D. Baltasar de Góngora, nat. de Córdoba*.

3.° Pedro Liñán de Riaza. De este poeta, amigo de Lope, y tan celebrado por él como por Cervantes, Quevedo, Salas Barbadillo, el Padre Gracián y Jiménez Patón, sólo nos quedan los títulos de algunas de sus comedias, conservados en

(1) *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, página 214.

una carta de Lope al duque de Sessa (1), y dos bellos sonetos que en las páginas de un libro precioso *(Flores de poetas ilustres)* (2) se salvaron milagrosamente del general naufragio que padecieron sus obras.

He aquí las matrículas de Pedro Liñán, con las cuales acaso hemos hallado la revelación de su patria.

Matrículas de 1582-83.—*Canonistas: empiezan al fol. 22.*—Al mismo fol. 22: *Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo.* (A 12 de Noviembre de 1582).

Matrículas de 1583-1584.

1584.—*Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo.*

Latassa, el Padre Gracián y Barrera, afirman que era de Calatayud; y el cronista Andrés de Ustarroz le coloca, en su *Aganipe*, entre los ingenios aragoneses.

Pero Lope declara, en *El laurel de Apolo*, que ciudades competían por él como por Homero:

«Ciudades compitieron por Homero
Y por Liñán agora, pues le goza
Castilla y *le pretende Zaragoza*.....»

(1) Carta sin fecha: «..... Liñán hizo algunas y yo las ví; del *Cid* eran dos, una de la *Cruz de Oviedo* y otra que llamaban *La Escolástica;* de *Brabonel* también y de un *Conde de Castilla;* no sé que escribiese otras.....»

(2) Obra de la cual se ha publicado recientemente una «*Segunda edición, dirigida y anotada por D. Juan Quirós de los Ríos y D. Francisco Rodríguez Marín, é impresa á expensas del Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, marqués de Jerez de los Caballeros. Sevilla. Imprenta de E. Rasco,* 1896.» Edición que por la copia y valor de sus ilustraciones, como por su lujo y primor tipográfico, es honra del generoso Mecenas, de los eruditos anotadores y de las prensas de Rasco. Los sonetos de Liñán

1.º «Es la amistad un empinado atlante.....»
2.º «Si el que es más desdichado alcanza muerte.....»

van en esta *Antología* con los núms. 110 y 124, y en la *Floresta* de Böhl, con los núms. 807 y 808.

Y en *La Filomena* (segunda parte), dice, acaso no tan equivocadamente como supone Barrera:

«Oh tú, Pedro Liñán, que *injustamente*
Quiere el Ebro usurparte,
Como Calabria á Títiro divino,
Preciado de tu origen, para darte
Lo que de tí recibe:
Pero *responde el Tajo* cristalino
Que por tus versos vive,
Y que te vió nacer, desde sus ruedas
Donde devana eternamente plata».

Singular coincidencia es que el Registro salmanticense afirme lo mismo que Lope, tan grande amigo de Liñán, á quien dedicó dos sonetos, publicados con sus Rimas en la *Angélica* (1602), á quien citó en *La Dorotea* y en su correspondencia con Sessa, á quien mencionó tan afectuosamente en *La Filomena* y *El laurel de Apolo*, y de quien dice en *La Circe* (1624), epístola 2.ª, dirigida á Fr. Plácido de Tosantos:

Liñán me trujo á vos, cuya olvidada
Musa vive en mi fe tan verdadera
Como vivió de vos calificada.

Ahora bien; si Lope, tan amigo de Liñán, asegura que *el Tajo le vió nacer*, y las matrículas salmantinas testifican que era *natural de Toledo*, acaso es Lope quien acierta cuando dice de Liñán:

«..... que injustamente
Quiere el Ebro usurparte
Como Calabria á Títiro divino.....»

Acaso cabe al *claro Tajo* la gloria de haber engendrado al cantor de la *Amistad* y el *Desengaño*, y á mí la no pensada ventura de haber descubierto su verdadera patria.

4.° El cuarto y no menos importante de mis hallazgos consiste en tres matrículas que atestiguan los estudios del pulcro y horaciano poeta Bartolomé Leonardo de Argensola en la insigne Escuela salmantina.

De su vida y obras han escrito: el doctor Juan Francisco Andrés de Ustarroz, en los *Progresos de la Historia en el Reino de Aragón y elogio de sus cronistas;* D. Juan Antonio Pellicer, en sus *Noticias literarias sobre las vidas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola* (1), extractadas en gran parte del manuscrito de Ustarrroz; Latasa, en su conocida *Biblioteca;* el doctor Vicencio Blasco de La Nuza (2); Camon y Borao (3); D. Adolfo de Castro, en el tomo XLII de la *Biblioteca de Autores Españoles;* el conde de la Viñaza (4); el Excmo. señor duque de Villahermosa, en su discurso de entrada en la Academia Española (1884) y, por último, D. Mario de la Sala y el erudito Padre Mir, en sus biografías de Argensola.

De todos estos estudios biográficos, el más completo es el del docto P. Miguel Mir, á quien se debe el hallazgo del testamento de Argensola.

Pero aunque todos los biógrafos y comentadores del rector de Villahermosa nos dicen que estudió, así como su hermano Lupercio, en la Universidad de Huesca, y alguno, como el Padre Mir, nos indica que concurrió á la de Zaragoza, insinuando que asistió también á la de Salamanca, ningún documento fehaciente, ninguna fecha segura nos ofrecían hasta ahora de sus estudios.

Ni Quadrado ni ningún otro historiador de Salamanca le cita entre los ínclitos hijos de sus Escuelas; ni siquiera en la *Reseña histórica* de aquella Universidad, presentada á la Di-

(1) *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles.*
(2) Historias eclesiásticas y seculares de Aragón.
(3) En sus respectivos estudios sobre la Universidad de Zaragoza.
(4) *Obras sueltas,* de los Argensolas.

rección general de Instrucción pública en 1848 (1), que contiene tan copiosa lista de ilustres estudiantes salmaticenses, se halla memoria del insigne canónigo de la Seo.

Verdadera fortuna ha sido, pues, la mía en encontrar los siguientes documentos en los libros de Salamanca:

1.° Matrículas de 1581 á 1582. — *Facultad de Cánones* (folio 58, vuelto).

1582. — *Bartolomé Leonardo de Argensola, natural de Zaragoza, á seis de Junio de 1582 años, b. a.* (bachiller artista), *por Zaragoza.*

2.° Matrículas de 1582-1583:

Bartolomé Leonardo de Argensola, nat. de Zaragoza.

3.° Matrículas de 1583-1584. (Canonistas: fol. 23.) Al folio 25 vuelto, aparece:

Bartolomé Leonardo de Argensola, natural de Zaragoza (2).

Cuando en 1598 la Real y Pontificia Universidad salmanticense consagró solemnes honras á la memoria de Felipe II, mostrándose hijo fiel de aquel insigne estudio, Bartolomé Leonardo, que ya, desde hacía diez años, regentaba su curato de Villahermosa, viviendo, como elegantemente dijo su hermano Lupercio,

---

(1) *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca*, hecha por los doctores D. Manuel Hermenegildo Dávila, catedrático de Historia Natural; D. Salustiano Ruiz, de Matemáticas elementales, y D. Santiago Diego Madrazo, de Economía Política, Derecho público y Administración (Dávila Redactor), y remitida á la Dirección general de Instrucción pública, por el rector de la misma Universidad, en 2 de Noviembre de 1848. — Salamanca. Imprenta de Juan José Morán, calle de la Rua, núm. 49.—1849. —B. N.—Sig. 3—2066.

(2) Como se ve, en estos tres asientos de matrícula se confundió la procedencia con la naturaleza de Argensola, que, como prueba su partida bautismal y demuestra plenamente su testamento, era natural de Barbastro. Esta equivocación de las matrículas, es, á mi parecer, indicio claro de que Argensola vivía en Zaragoza desde antes de 1581, y acaso de que con antelación á esta fecha estudió en la Universidad Cesaraugustana.

Entre esas peñas ásperas y yertas
Con las nubes cubiertas, cuyas cumbres
De escuras nubes siempre están cubiertas,
Ya reprendiendo al pueblo sus costumbres,
Ya por él ofreciendo sacrificios
Junto á las aras entre sacras lumbres;» (1)

desde su cristiano y retirado albergue envió á Salamanca una canción con la cual compitió otra debida al juvenil ingenio del hijo del italiano Mucio Paravicino, oriundo de Milán, y deudo del Pontífice Clemente VIII (Aldobrandini), de Florencia.

5.° Fr. Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, nació en Madrid en 1580. Estudió humanidades con los jesuítas de Ocaña, Filosofía en Alcalá y Cánones en Salamanca, donde á los diez y nueve años profesó de trinitario calzado el 18 de Abril de 1600.

Continuó allí sus estudios teológicos hasta alcanzar el doctorado, de solos veintiún años (en 1601). Y al visitar Felipe III aquellas escuelas, estrenó sus dotes de orador sagrado, pronunciando la *oración gratulatoria* con que la Universidad saludó al monarca.

Un año después predicó en el capítulo de su Orden y fué electo definidor de ella. Desde entonces residió en Madrid y comenzó su fama de orador y de poeta.

En 1616 fué prelado de su convento, y en 1617 predicador de Felipe III. *Predicador de los reyes y rey de los predicadores* le llamaron, y puede decirse que fué el Góngora de la oratoria; pero aunque incurriese en los más graves pecados del culteranismo, sus propios defectos revelan la agudeza y alcance de su rico y extraviado ingenio.

---

(1) *Carta de Lupercio Leonardo de Argensola,* escrita en 1592. Publicada por Pellicer en sus *Noticias para la vida de Lupercio Leonardo de Argensola,* p. 8, y reproducida por el conde de la Viñaza en sus *Obras sueltas de Lupercio.*

Cuando, en 1599, vistió en Salamanca el hábito de la Trinidad, compuso unas *Liras*, celebrando su mudanza de estado, en las cuales decía de su deudo el Pontífice:

Guarde mi gran pariente
La púrpura real que arrastra en Roma,
Y entre coches y gente
A su tiara ofrezca el mundo aroma,
Que al fin deste camino
Yo seré como él Paravicino (1).

Y justamente el documento hallado por mí de sus estudios pertenece á aquel año de su noviciado, y demuestra que en él cursó el segundo de *Artes* (2).

Matrículas de 1599 á 1600 (fol. 12).

Colegio de la Santísima Trinidad, 29 Nov. 1599.

1599.—*Fr. Hortensio Palavicino. A.ta* (Artista) *2.° año.*

Y en aquellos mismos registros hallé que Fr. Hortensio, autor dramático (3), amigo de Lope y de su escuela, tuvo en la de Salamanca por condiscípulo en el estudio de *Artes*, á un declarado adversario del Fénix, cultivador también de las musas del teatro.

6.° Julián de Armendáriz, poeta lírico y dramático, ene-

(1) *Obras póstumas, divinas y humanas,* de D. Félix de Arteaga. Madrid 1641. Lisboa, 1645; 8.°

(2) En la citada *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca.....* Salamanca 1849.—Entre los *notables* (maestros ó discípulos) de esta Universidad, se menciona, con referencia al siglo XVII: en *Oratoria* á *Hortensio Paravicino y Arteaga, legista y teólogo, predicador famoso* (página 57), pero sin más indicación ni cita de año ni de documento alguno.

(3) Por encargo y mandato de Felipe IV, escribió en plazo breve una comedia caballeresco-mitológica de las de tramoya y apariencia, intitulada *Gridonia, ó Cielo de amor vengado*, que su autor llamó *Invención real*, y una *Loa* que echó una dama de palacio en una fiesta que celebró la reina con sus damas. *Obras postumas.....*

mistado con Lope, elogiado por Cervantes, y mencionado por Agustín de Rojas (1).

Matrículas de 1599 á 1600. *Artes y filosofía.*

14 de Diciembre de 1599.—*Julián de Almendáriz, natural de Salamanca.*

Pero aunque Armendáriz y Paravicino coincidieron en el estudio salmaticense, no así en las opiniones literarias, ya que el segundo perteneció al grupo de Lope, y el primero al partido de Cervantes.

Y esto con tal evidencia, que bastó que Lope escribiese en su famosa carta de 14 de Agosto de 1604: «..... cosa para mí *más odiosa que mis librillos á Almendares* y mis comedias á Cervantes»; para que el autor del *Quijote* proclamara en su *Viaje al Parnaso* (cap. VII):

> Julián de Almendáriz no reusa,
> Puesto que llegó tarde, en dar socorro
> Al rubio Delo con su ilustre musa.

Tres años después de terminarse el curso cuya matrícula dejo consignada, publicó Armendáriz su *Patrón salmantino* (2), poema biográfico de San Juan de Sahagún, y es muy de notar la circunstancia, advertida ya por La Barrera, de que entre las poesías laudatorias que encabezan el libro figuren unas quintillas de Lope de Vega.

Hecho que en nada modifica ni atenúa la creencia de la

---

(1) Rojas Villandrando le cita entre los poetas dramáticos:

> «Méscua, don Guillén de Castro
> Liñan, don Félix de Herrera,
> Valdivieso y *Armendáriz*, etc.....»

(2) *Patrón salmantino, de Julián de Armendáriz.* A D. Luis Carrillo, conde de Caracena..... En Salamanca por Artús Taverniel. Año MDCIII. (8.º) D. Bartolomé J. Gallardo califica á Armendáriz de «escritor puro, propio y castizo, teniéndole por «uno de nuestros más aventajados ingenios.

enemistad entre ambos poetas—como insinúa Barrera—y sí únicamente viene á fijar la fecha y el motivo de esta desavenencia, que nació sin duda de haber censurado Armendáriz alguna obra de Lope publicada entre Mayo de 1602 (fecha de las aprobaciones del poema) y Agosto de 1604, data de la carta de Lope.

Del dominicano Aliaga, más célebre por su supuesto antagonismo con Cervantes que por sus altos cargos políticos y religiosos, encontré la siguiente matrícula:

Libro de 1588 á 1589.

Colegio de San Esteban, de la Orden de Santo Domingo. (En la lista de los escolares). *Fr. Luis de Aliaga.*

Sabido es que Fr. Luis de Aliaga era natural de Aragón, y notorio que á D. Francisco de Quevedo, poco amigo suyo ciertamente, se deben casi los únicos juicios que nos restan de su vida.

Aliaga nació en Zaragoza el año 1565. Profesó en la Orden de Santo Domingo el 3 de Noviembre de 1582, fué lector en Teología hacia 1600 y se doctoró en dicha Facultad en la Universidad de Zaragoza á 16 de Octubre de 1602, obteniendo allí la cátedra de *Suma de Santo Tomás.*

Refiriéndose á esta época, escribió D. Francisco (1): «Leyó Teología en Zaragoza, mostróse licencioso en alguna proposición y fué apartado de la ciudad con reprensión. Este descamino le negoció la asistencia al generalísimo de Santo Domingo Xavierre, y con título de Provincial de la Casa Santa le vino sirviendo á Madrid en la visita de la Orden. Arribó Xavierre á confesor del rey por la devoción del duque de Lerma á su religión.....» y muerto el P. Xavierre, Aliaga, que era confesor del duque, por mediación de éste pasó á serlo del monarca; pero, desconocido el favor de Lerma, se declaró enemigo suyo, y según la expresiva frase de Quevedo, «dejó de ser su absolución y fué su penitencia.»

(1) Quevedo: *Grandes anales de quince días.*

Entre los concurrentes á la Universidad de Zaragoza, cuando, engrandecida ésta por el celo del prior Cerbuna, llegó á contar con maestros como Juan de Rivas, Lorenzo Palmireno, Pedro Simón Abril, Malon de Chaide, Andrés Schotto y Fr. Jerónimo Xavierre, cita el P. Mir (1) á Fr. Luis de Aliaga, *catedrático más tarde en San Vicente de Paúl.*

Ninguna otra noticia existe—que yo sepa—de la carrera religioso-literaria de Fr. Luis de Aliaga; así tengo por curiosa esta matrícula, que nos prueba que en 1588-89 estudiaba en el famoso Colegio salmantino de San Esteban.

De D. Garcerán Albanel, maestro de Felipe IV (cuando éste no era más que príncipe) y después arzobispo de Granada, hallé la siguiente, entre las

Matrículas de 1579 á 1580.

1579.—*Garcerán Albanel, natural de Barcelona.*

Los documentos que dejo consignados ayudan á formar dos grupos de estudiantes, correspondientes á dos generaciones de poetas y hombres ilustres.

Al primero (de 1579 á 1580) pertenecen los tres grandes líricos D. Luis de Góngora, Pedro Liñán de Riaza y Bartolomé Leonardo de Argensola, á los cuales se une, por razón de contemporaneidad, el sabio maestro de Felipe IV, D. Galcerán Albanel.

Forman el segundo grupo (de 1579 á 1600) el admirable dramático D. Juan Ruiz de Alarcón; el Góngora de los púlpitos, Fr. Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, poeta dramático de la falange de Lope, y el declarado adversario del Fénix, Julián de Armendáriz, autor del *Patrón Salmantino.*

Entre ambos grupos, aparece cronológicamente la matrícula de Fr. Luis de Aliaga (1588-89). A cuyos hallazgos—amén de ciertas curiosidades literarias—debo agregar los de

(1) *Bartolomé Leonardo de Argensola*, por el P. Miguel Mir, de la Real Academia Española.—Zaragoza, 1891, pág. 14.—A propósito del Padre Fr. Jerónimo Xavierre, v. la pág. 12.

numerosos documentos relativos á los estudios de algunos frailes mercenarios, célebres en la Orden por sus méritos y altos cargos, y de otros, por varios conceptos, íntimamente relacionados con la vida de Fr. Gabriel Téllez.

Con verdadera pena volví á cerrar las cubiertas de rugoso pergamino sobre aquellas apretadas haces de nombres, entre los cuales acababa de saludar algunos tan gloriosos.

Estos son, mi ilustre y bondadoso amigo, los frutos de mi investigación en el Archivo de la Universidad de Salamanca; y como á la benevolencia de usted los debo, á usted se los ofrezco, envueltos en tan mala prosa, como buenos son los deseos que tiene de servirle su agradecida amiga q. b. s. m.,

Blanca de los Ríos de Lampérez.

AVILA

IGLESIAS ROMÁNICAS

Las murallas de Avila, con las casas señoriales, que trazaban dos círculos interiores de defensa, todavía perceptibles en el plano de la ciudad moderna, forman una de las mejores páginas, acaso la más interesante, de la Arquitectura militar de la Edad Media en España. Las iglesias y monasterios, pertenecientes á los estilos que se llaman románico y ojival, constituyen otra página brillante y de no menos importancia. Unos y otros monumentos, los militares y los religiosos, representan las dos ideas dominantes de los fundadores ó repobladores de la ciudad en el siglo XI. Esas dos ideas, que á veces llegan á confundirse en una sola, hasta el punto de que la iglesia se convierte en castillo fuerte, según demuestra la catedral avilesa, son, ya lo hemos dicho anteriormente (1), las inspiradoras de nuestra raza en aquel largo período de lucha con los invasores árabes, lucha en la cual la espada era el me-

(1) Véase nuestro artículo *Avila, monumentos viejos y tradiciones añejas* en el núm. 95 de La España Moderna.

dio de vencer y la cruz el símbolo de gloria. No son éstas meras hipótesis. La historia ha dejado muchas huellas, apenas visibles en nuestro suelo, y conviene rastrearlas por medio de la Arqueología, porque los monumentos suelen revelarnos, con verdad más patente que la misma crónica, el carácter, la tendencia y la constitución íntima de las generaciones que pasaron.

En demostración de este aserto, observemos la repartición de las construcciones religiosas en el plano de Avila. Las murallas forman lo que puede llamarse circuito de la ciudad antigua, empezada á levantar y fortificar á fines del siglo XI; pero, en rigor, lo que marcan es el perímetro de la ciudadela, á cuyos lados septentrional y meridional se extendieron desde la fundación de aquélla barrios ó arrabales, cuyas iglesias ó parroquias, levantadas sin duda en el curso del siglo XII, subsisten en parte. Es decir que Avila, de la que ya dijimos que sus murallas responden en trazado y sistema de construcción al sistema seguido por los romanos, fué toda ella reconstruída conforme al principio seguido en la antigüedad, que colocaba en una eminencia aquellos elementos indispensables para el organismo social, á saber: la defensa, el santuario principal del dios tutelar y las viviendas de los poderosos. Aquello era el acrópolis ó ciudadela, en torno de la cual, en el llano, se extendía el caserío ocupado por la masa común de la población y se hallaban los templos de las deidades populares. Dentro de la ciudadela de Avila hallaréis, además del Alcázar y de las citadas casas señoriales, la catedral, dedicada al Salvador, con su ábside románico formando el cubo más importante de la muralla, casi á la mitad del lienzo oriental de ésta; hallaréis tan sólo dos iglesias románicas, bastante humildes, la de Santo Domingo, hacia el centro del recinto, y la de San Esteban, en la parte baja, en el comedio de las líneas laterales de muralla. Extramuros hallaréis todavía en pie siete iglesias románicas al Septentrión, contando de Este á Oeste, la famosa *Basílica*, levantada en el mismo paraje donde su-

frieron su glorioso martirio los santos titulares Vicente, Sabina y Cristeta, de culto secular en la tierra avilesa; la parroquia de San Andrés; la ermita de San Martín, que fué parroquia en su origen (1); Santa María de la Cabeza, hoy iglesia del Cementerio, y la parroquia que fué (2) de San Sebastián, luego dedicada á San Segundo, gloria de la silla episcopal de Avila; al Mediodía, y en aquella misma dirección, la importante parroquia de San Pedro, la de San Nicolás, y aun podemos añadir la de San Pelayo, que existió en la ermita de San Isidoro, cuyos restos, desmontados tiempos ha del sitio en que existió tal fábrica, se ven hoy reconstruídos en el paseo del *Retiro*, en Madrid. Todas estas iglesias parroquiales, además de las derruídas ó reconstruídas, como San Juan, intramuros, y Santiago, extramuros, fueron los centros religiosos de aquellos barrios humildes ó arrabales en que moraban los menestrales, los labradores, la gente pobre, en fin, que vivía al amparo de los señores de la ciudadela.

***

Uno de los caracteres constantes en las iglesias medioevales de Avila, es que están orientadas conforme á lo prescrito en las Constituciones apostólicas; es decir, que la curvatura de su ábside mira al Oriente, y el muro de fondo, donde suele estar la portada principal, mira al Occidente, y es de notar que en Avila se haya observado tan fielmente y por tanto tiempo esa disposición, mientras en Roma hay ejemplos bien antiguos de la inobservancia de la misma (3).

Las iglesias avilesas de estilo románico, están todas ellas construídas con una piedra de hermoso color amarillento do-

(1) Carramolino, *Guía del Forastero en Avila*, Madrid, 1872, pág. 87.

(2) Idem, íd., íd., íd., pág. 87.

(3) Martigny, *Diccionario de Antigüedades Cristianas*, trad. de Fernández Ramírez, Madrid, 1894, pág. 610.

rado, veteada de rojo; es una piedra arcillosa (1), blanda, muy bien escogida para la construcción y decorado propios de ese estilo. En cambio, las iglesias de estilo ojival son de granito. El estilo románico prefirió siempre la piedra amarillenta, como vemos en los monumentos congéneres de Segovia, Salamanca, Burgos y otros puntos de la Península, y en numerosos de fuera de ella. Sin duda, por tendencia de escuela, se buscaba para la armonía del conjunto ese color dorado que da á las construcciones religiosas un aspecto tranquilo y venerable, que tan bien cuadra á los lugares de oración y recogimiento. Pero la piedra de Avila es peregrina por su veteado rojo.

La planta de dichas iglesias es la corriente de la primitiva basílica cristiana, en ninguna de aquellas tan pura como en San Vicente, que, por serlo en todo, tomaremos aquí como tipo y término de comparación con las demás. Consta de tres naves, la central más ancha y en el alzado más elevada que las otras dos, las cuales se ven interrumpidas por el crucero que completa en el trazado la figura de la cruz latina, y tres ábsides, como cabeceras de aquellas. Tiene tres puertas, dos en puntos opuestos de las naves laterales, y la principal al fondo. Nunca tuvieron las iglesias avilesas los pórticos de arquería que son constantes y característicos en las iglesias de Segovia y de Valladolid, pues el pórtico que tiene por su costado meridional San Vicente, es una adición, poco feliz, del siglo XV.

Prescindiremos aquí del simbolismo de las partes de la *basílica* latina, que cuidadosamente conservaron los constructores de San Vicente, y de que dan cuenta los monografistas de tan notable monumento; pero sí haremos notar que en éste, á

(1) D. Enrique Repullés y Vargas, en su monografía *La Basílica de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta en Avila*, Madrid, 1894, pág. 50, dice de la piedra de este monumento que es «*un argilofiro* ó pórfido arcilloso, procedente de una cantera situada en proximidad al pueblo de *La Colilla*, á unos cinco kilómetros al Oeste de la ciudad».

diferencia de los demás, se halla ante la gran portada ó *porta-basílica* el atrio ó *nártex*, aunque no de las proporciones que en las primitivas basílicas, en las que servía para permanencia de los catecúmenos, penitentes y peregrinos, y tiene dicho atrio dos capillas que, á falta de catecúmenos, debieron servir para las otras dos clases de fieles que habían menester purificación ó descanso antes de entrar en el santuario. Otro recuerdo de la basílica latina, que se observa en San Vicente y en San Pedro, es el *cancel* sobre zócalo de piedra que separa la nave central del crucero para formar el coro para el clero.

En cuanto al alzado, los tres ábsides aparecen agrupados de modo que el central, por arrancar de un cuerpo que viene á ser como prolongación de la nave central, pasado el crucero, sobresale de los otros dos, que por la parte exterior parecen esconder casi un tercio de su desarrollo en el punto de intersección con los arranques de aquél; finas columnas adosadas dividen el tambor central en tres partes, y en dos los tambores laterales, abriéndose en ellas, sobre ligeras impostas, las ventanas, perfiladas en arco de medio punto, con sus columnillas adosadas, apareciendo el verdadero hueco rasgado y estrecho, con derrame al exterior, como una aspillera. Acaso San Vicente, por su situación avanzada, extramuros, pudo utilizarse como fuerte defensivo, y se previno el caso; pues en las demás iglesias, las ventanas, aunque estrechas, no lo son tanto. Únese el grupo de los absides al crucero, cuyas imafrontes con sus sencillos contrafuertes laterales y su rasgado y alto ventanal remata en piñón, que marca las suaves vertientes de techumbre, recordando la fisonomía de los templos latinos. En el medio del crucero álzase en San Vicente, como en San Pedro, y no en las demás iglesias, la linterna, cuadrada, con sus cuatro ventanales, uno á cada lado. Del crucero arrancan las tres naves que al exterior se distinguen por la mayor altura de la central, las tres con sus ventanas, correspondientes á los sucesivos tramos de las bóvedas. Y, por último, sólo en San Vicente, la portada, que quedó sin acabar, se abre entre dos cuerpos reforzados

de contrafuertes y coronados por un cuerpo de arquería, arranque, sin duda, de dos torres, que acaso no llegaron á terminarse, y de las cuales, la de la izquierda, fué rematada á fines del siglo XV con un cuerpo de gusto ojival decadente, que se despega del conjunto, y la de la derecha fué restaurada por el arquitecto Sr. Hernández Callejo, uno de los más entusiastas monografistas de la basílica (1).

En el interior, las naves están divididas por los machones, con sus columnas resaltadas, que sostienen los arcos y bóvedas, y los ábsides están cubiertos por el semi-casquete esférico, determinado por un arco de medio punto.

Tal es la estructura de San Vicente y la de las demas iglesias románicas avilesas, salvo las diferencias apuntadas y la de que las torres campanarios en San Pedro, San Nicolás (en esta iglesia altísima, como verdadera atalaya), San Andrés, no están al extremo de las naves, sino junto al ábside lateral izquierdo. Además, nos hemos referido á iglesias de tres naves y debemos advertir que las de San Isidoro y San Esteban son de una sola nave, y por consiguiente ésta forma con el ábside un solo cuerpo, careciendo de crucero.

Hemos hablado de arcos de medio punto: tal es el arco distintivo de todas las arcadas, portadas y ventanales del estilo románico; arcos á plena cintra son los que el observador descubre en el cuerpo central de la *Basílica,* en el apoyo de su linterna; pero estos arcos torales se ven calzados por arcos apuntados, puestos como refuerzo para que aquéllos sustentaran la dicha linterna, que es ojival; lo que denota que esta fué obra posterior á la primera construcción del templo, como lo fué también el embovedado de crucería de la nave central. A poco esfuerzo se advierten en San Vicente las distintas y sucesivas etapas de su fábrica, tal como se nos muestra hoy; y

(1) *Memoria Histórico descriptiva sobre la Basílica de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta en la ciudad de Avila.....* por D. Andrés Hernández Callejo.—Madrid, 1849.

si buscamos antecedentes en la historia, hallaremos una *Carta real* dirigida en 1290 al Consejo de Ávila, por Don Sancho IV, el cual dice en ella que porque había hallado la Iglesia de San Vicente *mal parada* y le habían mostrado una carta del rey Don Alfonso X, su padre, y suya, concediendo ciertas rentas para coste de las obras, ampliaba hasta la terminación de estas dicha merced; valiéndose de este documento y de los claros indicios que la misma fábrica manifiesta, el Sr. Repullés y Vargas, actual arquitecto restaurador de la *Basílica,* ha dado en su Monografía (1) de la misma un cuadro «probable» de la marcha de las obras, colocando la primera construcción en el siglo XII, las reparaciones de pilares y arcos á mediados del siglo XIII (tiempo de San Fernando), la continuación y terminación de estas reparaciones y la de los arcos torales, más la linterna ó cimborrio, á fines del siglo XIII (tiempos de Alfonso X el *Sabio* y de Sancho IV el *Bravo*), el zócalo y contrafuertes en la fachada Norte y arcos en la bóveda del *triforium* en el siglo XIV (tiempos de Alfonso XI). De suerte que el reinado de Don Alfonso el *Sabio* es el punto de partida de las obras de estilo ojival que se notan en la *Basílica;* y llamamos muy principalmente la atención respecto del hecho significativo de que las últimas de dichas obras fuesen las del *triforium,* es decir, las galerías que corren sobre las naves laterales, adición que no tuvo otro objeto sino el de prestar apoyo á la nave central. Es verdad que el paraje en que se alza la iglesia, por el gran declive y consiguiente derrame de las tierras, presta mal asiento á la fábrica y justifica dichos apeos, sobre todo la construcción del zócalo y contrafuerte por la parte Norte, que se hicieron al tiempo que el *triforium.* En la parroquia de San Pedro, también los arcos de la nave central son apuntados, y las bóvedas de crucería, y hay linterna muy semejante á la de San Vicente, pero con los ventanales á plena

(1) *La Basílica,* pág. 102.

cintra, que en San Vicente son apuntados; y, sin embargo, el aspecto de la fábrica de San Pedro es más uniforme y no se advierten tan claramente las adiciones del período ojival ó del que sirvió de transición del estilo románico, que es el prólogo de la arquitectura apuntada, al de pleno desarrollo de ésta.

San Vicente es, en suma, una fábrica levantada en todo el curso del siglo XII (acaso desde fines del XI) y acabada en los primeros años del XIII; reparada y alterada en sus primeras formas, durante un período que comprende desde mediados de dicha centuria hasta la mitad de la siguiente; y San Pedro es una construcción del siglo XII acabada ó reparada en el XIII.

De un modo ó de otro tenemos aquí dos ejemplos patentes de un hecho de suma importancia en la historia del arte, cual es el de que las fábricas románicas tal como fuera concebida primeramente su estructura, con los arcos de medio punto y las bóvedas de medio cañón, que en el cruce de dos daba por resultado la bóveda por arista, no ofrecía suficientes elementos de solidez para hacer á aquellas duraderas, y para este efecto se hizo menester en el siglo XIII voltear arcos apuntados y bóvedas ojivales; es decir, completar el sistema de construcción iniciado en los siglos XI y XII.

Por esta razón, salvo las indicadas modificaciones de estilo ojival ó de transición, la estructura y la fisonomía de las iglesias románicas de Avila se ofrece en todas uniforme. San Andrés, San Segundo, San Nicolás, que son las más importantes después de San Vicente y San Pedro, vienen á ser como reducciones, ó copias en pequeño, de esas dos importantes fábricas; y las demás iglesias, de una sola nave, aparecen como copias todavía más modestas del mismo tipo.

*
* *

Aparte de la estructura, impuesta por el sistema de construcción, las fábricas románicas se distinguen por su decora-

do. El estilo románico, á diferencia del bizantino, que sin duda le prestó algunos elementos, y á diferencia del ojival, fué muy sobrio de ornatos, y en Avila más sobrio que en otras partes. Los elementos de la construcción que podían prestarse á ser decorados eran los capiteles, las portadas, los ventanales, las impostas y las cornisas. Los motivos empleados en Avila para decorar esos elementos son muy pocos. Se reducen, salvo raras excepciones, que señalaremos, á las siguientes: en los capiteles, á una interpretación degenerada del capitel corintio con sus picadas hojas, que á veces se retuercen en voluta, ó en volutas que aparecen por encima de figuras, ora de sirena (motivo repetidísimo en portadas), ora de esfinges, ora de leopardos, ora de palomas, rara vez en figuras humanas, como las de un capitel de la portada Sur de San Vicente, en las que indica el Sr. Repullés si se habrá querido representar al conde D. Ramón de Borgoña y á su esposa Doña Urraca, reedificadores de la ciudad (1), y todos estos motivos bajo las fajas de hojarasca, palmetas enlazadas y cuadrifolios que corren por los biseles del abaco. En las portadas, aparte los capiteles, entre los que suelen alternar los de hojas con los de aves, cuadrúpedos ó seres quiméricos, la archivolta se compone de fajas (tres ó cuatro), de septifolias ú octifolias (de las cuales corresponden cada una á una dovela, labradas antes de sentarlas), alternadas dichas fajas con gruesos nervios que arrancan de las columnas; éstas, alternadas de pilastras, que corresponden á las fajas antedichas. En los ventanales suele servir de bordura al arco un baquetón ó una faja de ajedrezado; las impostas se engalanan también con este motivo, ó con trenzados, cuando no con palmetas, ó con las cuadrofilias, septifolias, etc., como los abacos y las fajas de las archivoltas; y por último en las cornisas forman los canecillos, lisos ó decorados con hojas, y los huecos intermedios con florones, cabezas ó figuras completas, precioso festón.

(1) *La Basílica*, pág. 64.

Ninguna cornisa más rica hay en Avila, ni más curiosa en España, que la de San Vicente, por el costado Sur: forma una serie de arquitos, sostenidos por canecillos en forma de hojas; á cada arco corresponde un hueco, á modo de hornacina, ocupado por una figura diferente, humana, de animal ó de ser quimérico. La variedad, la fantasía y el acento y gracia con que están ejecutadas estas figuras hacen de ellas una de las mejores páginas del arte medioeval en Avila.

No es esta la única variante decorativa que en San Vicente se encuentra; pues aparte de la portada principal, de que pronto nos ocuparemos, los capiteles de los huecos ajimezados del *triforium* difieren totalmente de los citados: su forma, cuadrada por arriba, y las hojarascas de poco resalto que enriquecen bellamente su equino responden á un tipo completamente distinto.

También difieren de los caracteres antedichos los ábsides de la parroquia de San Andrés, cuya nave mayor conserva capiteles iguales á los de San Vicente. Dichos ábsides, tanto en su decoración exterior como en la interior, se apartan del tipo sobrio avilés, y recuerdan, por el contrario, en la riqueza decorativa de capiteles y cornisas la exornación de los monumentos coetáneos de Segovia. Un detalle particular que en San Andrés se halla es el peregrino arco lobulado que por el interior ofrece el ábside de la derecha.

Hemos citado el románico segoviano, y hora es de decir que el estilo románico de origen francés, introducido en España por los cluniacenses, tomó en cada localidad un carácter especial, formó escuela, por decirlo así, y por eso es útil estudiar en conjunto los monumentos que produjo en cada localidad y compararlos con los de las demás. Castilla y León forman una región del románico; Aragón, Navarra y Cataluña forman otra, en que se ofrece con caracteres distintos. En Castilla, el románico de Burgos y el de Segovia se distinguen por su gallardía de formas y más aún por su riqueza decorativa, que en los citados pórticos exteriores de las iglesias segovia-

nas suele ser extremada y variadísima de motivos, denotando la fecundidad, la fantasía y el buen gusto de los imagineros de tal escuela. El románico de Ávila, por el contrario, es muy sencillo: se contenta, como hemos visto, con muy pocos elementos decorativos, que repite sin atrevimientos, sin buscar nunca riqueza en el conjunto ni pagarse de detalles que el escultor labra con una simplicidad sistemática. Los monumentos románicos avileses, cuyos prototipos son las partes más antiguas de San Vicente y San Pedro, de los cuales son copias las demás iglesias, ofrecen una decoración pobre, ejecutada con una falta de vigor que revela el trabajo rutinario de una escuela que vivió repitiendo los mismos motivos. Sin duda que la vida de esa escuela llena todo el siglo XII; pero no sería extraño que aislada, como sin duda vivió, hubiera perpetuado en el siglo XIII los mismos sistemas y motivos, insensible á las nuevas ideas y tendencias de los decoradores de la cornisa del lado Sur de San Vicente y de los ábsides de San Andrés. De todos modos, forzoso es reconocer, á pesar de esa característica local sencilla, expresión, al parecer, de unos artistas de poco vuelo, que las obras mejores, como son las citadas partes más antiguas de San Vicente y San Pedro, representan, sin duda, el período más severo, más clásico, si vale la palabra, del estilo románico, mientras que los monumentos segovianos, algunos de ellos por lo menos, con su exuberancia de ornatos parecen representar la decadencia de ese estilo. Por consiguiente, la importancia del románico avilés está en ser sus monumentos de la buena época, la más pura del estilo.

*
* *

Las citadas variantes decorativas que ofrecen algunos monumentos avileses, debidas sin duda á artistas venidos de fuera y no á los mantenedores de las tradiciones de la escuela local, no son comparables á la más peregrina de todas, de la cual no hallaremos par sino en las mejores creaciones de la

escultura francesa. Queremos hablar de la portada principal de San Vicente, y no lo hemos hecho antes por lo mismo que es una obra tan distinta de todo lo demás, tan exótica, no sólo en Avila, sino en España. Inútil trabajo sería describirla, tratándose de una obra, ya que no popularizada como merece, bastante reproducida por fotografías y dibujos. Por otra parte, sería harto prolijo describir aquella serie de archivoltas de variada exornación, sustentadas por columnas, á cuyos labrados fustes aparecen adosadas las figuras de los apóstoles; aquel tímpano, en el que falta una pintura, sustituída, no importa cuándo, por otra que tampoco importa conocer, y adornado con dos relieves representativos: el de la derecha, de la muerte del pecador y la del justo; el de la izquierda, de un pasaje de la historia de Lázaro y el rico avariento; cada relieve bajo un arco, cuyos apoyos son dos modillones laterales y la pilastra central, á la que está adosada la figura del Salvador.

A pesar del horrible deterioro que en tan hermosísimo monumento ha producido el vergonzoso vandalismo nacional, se descubre en esta portada un gusto tan exquisito en el trazado, un sentimiento tan estético en el modo de acentuar la forma y una delicadeza de ejecución, que pasma al observador y le hace comprender que se encuentra delante de una obra completamente distinta de lo demás que le rodea. El Sr. Hernández Callejo (1) encontró semejanza entre esta portada y la de Santa María en Toscanella, hecha en el siglo XIII; el señor Repullés echa de ver en ella una influencia oriental, y en la decoración de la archivolta inmediata al tímpano, ó sea la de menor radio, compuesta de figuras simbólicas del pasado, entre lacerías de fajas perladas, encuentra recuerdos de la orfebrería bizantina y de las obras de la escuela tolosana del siglo XII, y un carácter que se acerca más, dice, «á las artes de Persia que á las de Bizancio», y aún halla semejanzas con las archivoltas de la puerta principal de la catedral de San Dimi-

(1) *Memoria*, pág. 17.

tri en Vladimir (Rusia) (1). Ambos arquitectos procuran allegar datos, con estas comparaciones, para la exacta clasificación de una obra, cuyo origen no español reconocen tácitamente. Observada atentamente la portada, son patentes en la gallardía de las hojas, que bordean los arcos del tímpano, en el mismo trazado de éste, en los capiteles y en otros muchos detalles, un recuerdo vivísimo de las obras latino-bizantinas (si cabe denominarlas así) de Italia; se ven los elementos del arte pagano, apenas degenerados, como los conserva Italia, y se ve el modo de combinarlos que introdujo el arte bizantino, esto es, la influencia oriental. Por lo demás, esas lacerías que le recuerdan oportunamente al Sr. Repullés los dibujos caligráficos de los Códices del Norte, es el que vemos en algunas archivoltas de catedrales francesas, como las del Santo Triunfo, de Arlés, y la de Santa María de las Damas, en Saintes (2), que guardan mucha semejanza con las de San Vicente. Esos mismos elementos bizantinos se descubren también en esas y otras portadas francesas del siglo XII. Y si comparamos las figuras del Salvador y de los Apóstoles, tan bien hechas, tan airosas dentro de su arcaismo, tan acabadas en los detalles anatómicos y en el menudo plegado de sus paños, con las estatuas de las iglesias francesas del siglo XII, pronto echaremos de ver que se impone una conclusión evidente: que la portada de San Vicente es obra de escultores franceses del siglo XII, y buena muestra, por cierto, de la escultura románica francesa de ese período.

* * *

De intento hemos dejado para lo último la catedral de Ávila, cuya parte románica es interesantísima y difiere tam-

(1) *La Basílica*, pág. 76.

(2) Baudot, *La Sculpture française an Moyen Age et à la Renaissance*. París, 1884, lám. I y XVIII.

bién de los demás monumentos, ya citados, del mismo estilo. Como muchas catedrales, la de Ávila se ha construído en varios tiempos. Los cronistas, de que se hizo eco Carramolino, pretenden que el edificador de la catedral fué el conquistador Don Alfonso VI, que la obra fué comenzada en 1091, que duró dieciséis años y que el arquitecto director de ella fué el maestro Alvar García, natural de Estella. No es menester insistir aquí en la falta de pruebas, y, por consiguiente, de fundamento, de tales noticias (1). Sólo la carta de dotación (2) que hizo á la catedral avilesa Alfonso el Emperador, nos da cuenta de que fué *noblemente edificada* por el padre de este monarca el conde Raimundo de Borgoña, á quien el citado conquistador confió la repoblación y reconstrucción de la ciudad; pero de esa primera catedral es evidente que no se conserva resto alguno, como no sea un trozo de muro con su cornisa de románicos canecillos, que se ve á la derecha de la puerta que cae á la parte septentrional. Lo demás, todo el ábside con su *deambulatorio* y capillas absidales, es de estilo románico de transición, y el resto ojival del siglo XIV, con adiciones posteriores. Por consiguiente, hay que dudar, con el arquitecto inglés Street (3), que alguna parte de la catedral sea de los tiempos de su primitiva construcción, fuera del trozo que nosotros acabamos de citar; Street vió, con acierto, que el carácter general de la fábrica es el ya conocido á fines del siglo XII, pero con alteraciones considerables y adiciones de períodos más cercanos, y observa con razón que el deambulatorio, con su doble nave y capillas abiertas en el grueso de la muralla (pues

(1) Véase nuestro citado artículo *Ávila. Monumentos viejos y tradiciones añejas.*—ESPAÑA MODERNA, tomo 95.

(2) Quadrado, en su conocido libro *Salamanca, Avila y Segovia*, entiende que la fecha de este documento, no conservada en su copia existente en el archivo capitular, debe fijarse entre 1130 y 1135.—(Ed. de Barcelona, pág. 341.)

(3) G. Ed. Street, *Some Account of Gothic Architecture in Spain.*—London, 1865, pág. 164.

el ábside es un cubo de la muralla de la ciudad) es de las obras más notables de su género en España. La catedral de Ávila es, con efecto, una fortaleza, cuyos puntos defensivos son el ábside y las torres, de las cuales sólo la de la izquierda ó lado septentrional quedó acabada.

El ábside es al exterior un cubo semicircular, de bastante desarrollo, dividido en varios lados por resaltos á modo de estribos, desgraciadamente perforados en el siglo XVI para dar luz á las capillas. A no ser por esto, aquel cubo, coronado por una barbacana sustentada por canes, creeríase macizo. Nada haría sospechar por fuera que en el tal macizo están abiertas las capillas absidales de una iglesia. Este cubo difiere del resto de la muralla, en su construcción de aparejo regular, en no ser macizo y en tener barbacana corrida: justamente los caracteres de la arquitectura militar de sistema normando, que vino á sustituir al romano á que la muralla responde. Hemos hablado de ello al ocuparnos de las murallas, y sólo recordaremos aquí que desde el siglo XII se acostumbró en las fortificaciones de tipo normando á abrir huecos ó nichos en el interior de los muros, para ofrecer seguros fallos á los minadores que pretendían entrar por sorpresa en las plazas fuertes, y que desde el XIII se voltearon arcos de descarga en el interior de las torres, y se hicieron de piedra, sobre canes, las barbacanas, que antes se hacían de madera; de suerte, que el cubo en cuestión debe ser obra del siglo XIII, pues las capillas, que hacen oficio de huecos para aquel fin estratégico, son la resultante de los arcos y bóvedas de descarga con que aligeraron la construcción de tan enorme fábrica.

Para entrar á la barbacana hay que dirigirse, desde las torres, por encima del antiguo tejado de la catedral, formado con losas de piedra, acanaladas, casi planas, y por bajo del tejado moderno, al camino de ronda de la muralla; allí se encuentra practicada en el recio espesor del muro del cubo, la galería que se desarrolla en semicírculo con la abertura de la

barbacana á los pies del que la recorre. Angostas escaleras suben desde la galería al adarve ó camino de ronda, y detrás del muro hállase en el espacio comprendido entre él y los ventanales de la capilla mayor (espacio que cruzan á dos alturas diferentes los arbotantes, que contrarrestan el empuje de la bóveda poligonal) lo que debió ser seguro resguardo de la gente armada que estuviera de repuesto en los días de pelea. Aquel semi-anillo, en el que hoy sirven de pavimento los tejadillos de la *girola* y en lo antiguo debió estar cubierto de piedra, como lo demás, es de los trozos más interesantes de aquella construcción semi-militar semi-religiosa. Sobre el cuerpo de la capilla mayor, aún se ve el almenado, en que apoya el tejado moderno; de modo que aquello fué una segunda torre defensiva.

Cuando se examinan las cubiertas del ábside, se razona la estructura interior del mismo. Componen el deambulatorio una doble nave y las capillas. Estos son los embovedados de descarga volteados en el espesor del muro. La doble nave formada por columnas (no machones) como los deambulatorios de las catedrales francesas de Soissons y Saint Denis, de mediados y fin del XII, toscas por cierto en Avila, y de granito, ofrece desiguales espacios, mayor el que media entre las columnas y los machones de la capilla mayor. Estas columnas no tienen explicación en un espacio pequeño cerrado por bóvedas de crucería, si no se viera y se comprobara que son los apoyos de los botareles de que arrancan los arbotantes arriba indicados.

En el deambulatorio, los huecos de la capilla mayor, en el siglo XVI cegados con relieves, estuvieron, como en todas estas construcciones, abiertos, por lo cual no fueron menester hasta entonces las ventanas que han estropeado el cubo. Las bóvedas del deambulatorio, especialmente las de sus extremos, son interesantísimas desde el punto de vista de la construcción, viéndose en ellas peregrinos atrevimientos en el modo de resolver las resistencias.

En cuanto al decorado, los capiteles de los arcos de las ca-

pillas son de fina labor de ornamentación vegetal, menuda, de excelente dibujo y de fina ejecución. En los ventanales de la capilla mayor es de notar una particularidad: dichos ventanales son ajimezados, cerrados por dos arcos inscritos en otro de medio punto; y cuando en la sucesión de ellos llega la curva del ábside que se traduce en lados de un polígono, como los espacios son menores, menores son también los huecos del ajimez y sus dos arquitos de arcos de medio punto, que eran antes, se convierten en arcos de herradura, particularidad que no sería tan significativa si no se advirtiera que los capiteles de toda esa arcada participan de una influencia árabe evidente, que hace comprender que esos elementos decorativos, arcos y capiteles, son obra de mudejares.

La diferencia del color de las piedras—amarilla la caliza del románico, pardo el granito del ojival—y la diferencia de gusto y trabajo, manifiesta desde las alas anteriores del crucero, donde acaba la obra románica y empieza, en la catedral, la del estilo siguiente. Pero de este no debemos ocuparnos, pues lo mucho que de él puede decirse cae fuera de los límites que impusimos á este artículo, simple esbozo de los caracteres del estilo románico avilés.

José Ramón Mélida.

CRÓNICA LITERARIA

MISERICORDIA, novela por B. Pérez Galdós.—BEBA, novela por C. Reyes.

Es probable que el público de Galdós no clasifique la reciente novela de éste, *Misericordia*, entre las mejores que han salido de la fecunda pluma de nuestro gran novelista. Faltan, en efecto, á esta obra muchas de las cosas que atraen y entretienen á los lectores de novelas: movimiento dramático, una acción individual que sobresalga y se destaque del conjunto de la fábula, lucha animada de pasiones, lances de amor, que son lo que principalmente interesa en la literatura recreativa.

Es muy posible también que la parte más selecta del público, aquella que se paga menos de los gustos vulgares, no coloque á *Misericordia* al mismo nivel de *Angel Guerra*, de *Realidad*, de *Fortunata y Jacinta*, ni acaso al de *Nazarín*.

Mas representa esta obra un verdadero esfuerzo literario. Para los literatos y los aficionados, para cuantos conocen algo, de telón adentro, las dificultades del *oficio*, la última novela de Galdós es una de las que mejor manifiestan la maestría de

este escritor, que con muy escasos elementos dramáticos, con una acción reducida al mínimun y un asunto esbozado tan sólo, ha sabido dar á su novela interés y vida extraordinarios.

Por la *manera* (aunque se trata de obras de asunto y condiciones muy diferentes), *Misericordia* me recuerda el drama *Gerona*. Así en esta producción escénica como en su reciente libro, el Sr. Pérez Galdós ha hecho gala de una gran sobriedad en el desarrollo del asunto, desdeñando los tópicos en que ordinariamente cosecha sus efectos la literatura.

En ambas obras hay la menor dosis posible de *efectismo*, de artificios para producir impresiones ó efectos que no emanen directa y espontáneamente del asunto. En ambas la evocación de la realidad, es muy sencilla pero muy viva. Muestran la vida—*Gerona* la vida pública de una ciudad en un momento de gran interés histórico; *Misericordia*, la vida privada de una clase, tan varia en condiciones, tipos y procedencias, cual la que forman los mendigos y menesterosos en una gran capital—muestran la vida, repito, con la menor cantidad posible de afeite ó compostura.

Gerona fracasó en el teatro; más ante la crítica que ante el público. Fracaso injusto, á mi entender, pues había allí el germen de algo nuevo, viable y fecundo. De un drama popular histórico, en que lo plástico de la representación entrara por mucho. De un género escénico que tratase de hacer revivir ante los espectadores grandes escenas históricas, amenizadas por una ficción literaria sencilla que sirviera para hacer más agradable y más asequible al público semi-ilustrado la parte histórica del drama. Este género sería acaso el medio más eficaz de popularizar la historia, de hacerla entrar por los ojos de la multitud y de resucitarla con su color local y de época, para lo cual son gran auxilio, sin duda, los elementos materiales de la representación dramática, decoraciones, trajes, etcétera. Obras de este género enseñarían mucho más de historia al público vulgar, que los manuales y compendios que andan en manos de las gentes y cuya seca y escueta relación de su-

cesos y fechas no despierta imágenes en la fantasía, y sólo graba en la memoria algunos confusos datos.

* * *

Claro que *Misericordia* no tiene este fin educativo, si bien se parece al citado drama en que la ficción literaria de que se vale el novelista para presentar ciertos tipos y escenas de la vida real, está reducida á proporciones muy limitadas. El interés de esta novela consiste, en efecto, más que en la fábula trazada por la inventiva del novelista y en las situaciones en que coloca á los personajes, en el sabor de realidad que tienen, tanto los tipos, como las escenas de la obra. Sin esto, *Misericordia* sólo ofrecería mediano interés, pues el asunto de su principal acción se reduce á muy poco y casi nunca se levanta sobre el nivel de la vida ordinaria, ni por la lucha de pasiones ni por los conflictos en que se ven los personajes.

Pero, ¿basta eso en una obra literaria? ¿Es suficiente una enérgica evocación de la realidad, que desarrolle ante la fantasía del lector figuras y sucesos revestidos de las apariencias de la vida? La experiencia contesta afirmativamente. A no ser así, no habría sido viable la literatura naturalista, ni hubiese habido, acaso, para los libros recreativos otros tipos que el de las historias de caballería ó el de los cuentos de hadas.

Si se quieren casos extraordinarios, aventuras maravillosas, personajes casi sobrehumanos ó sobrehumanos del todo, hay que buscarlos en este género, que no ha desaparecido, por cierto, sino que comprende actualmente numerosas variedades, desde la novela popular de aventuras, de Julio Verne ó de Laurié, hasta la forma novísima, bautizada por la crítica francesa con el nombre de *roman-poème*, y de que son ejemplo algunas obras del italiano G. de Annuzio y de los franceses Schuré, Sarrazin, y B. Lazare entre otros.

Mas junto á esta clase de obras literarias, ha habido siempre, ó al menos ha habido desde que la novela adquiere en

una literatura pleno desarrollo, otro tipo de obras, que no buscan el interés en lo peregrino y extraordinario del asunto, sino en la verdad y viveza de las representaciones, y que, por lo mismo, no desdeñan los asuntos triviales, sino que tiene su gran repertorio en la vida común, que es la que más se presta á la observación, y por consiguiente á una expresión fiel y verídida, que sea como un simulacro de la realidad.

Un *yankee*, que emprende un viaje á la luna; un Nebo, como el de la *Decadence latine*, de Peladan; una Maximilla, como la de las *Vergini delle Rocce*, de Annunzio, no son seres con quienes nos codeemos todos los días en el mundo real. Son hijos de la fantasía, que, trasladados á los libros, conservan su aire de fantasmas, fantasmas encantadores ó simplemente entretenidos, pero fantasmas al cabo, con los cuales sólo sentimos una remota solidaridad. En cambio, humildes personajes humanos, incapaces tal vez de provocar nuestra admiración, nos producen emoción más honda que aquellas brillantes imágenes. Es que los hallamos más verdaderos, y así como los casos y escenas de la vida real nos impresionan más que los fingidos, entre estos últimos, los que mejor imitan á la realidad son los que mayormente nos conmueven, sugiriéndonos la ilusión de que ocurren entre seres de carne y hueso como nosotros, y á los cuales estamos ligados por los sentimientos de la solidaridad humana.

*
* *

Esto sucede con la última novela del Sr. Pérez Galdós. En ella nos presenta á una pobre señora de la clase media, doña Francisca Juárez, que, por su imprevisión y despilfarro, *viene á menos*, hasta el punto de llegar á una mal disfrazada indigencia. Por fortuna, tiene esta señora, para remedio de sus desdichas, una antigua criada: Benigna, la *señá Benina*, raro

ejemplo de fidelidad doméstica, que, agotados ya todos los recursos para sostener la casa, pide limosna, recatándose de su ama, cuyo orgullo señoril (que es casi lo único que de sus tiempos de prosperidad conserva) se sublevaría contra el amargo recurso de la mendicidad callejera. En una de sus correrías, la pobre *Benina* es conducida, con otros mendigos, al asilo del Pardo. Al volver, encuentra mejorada la posición de su señora. Una herencia, venida muy á tiempo, ha traído, si no la abundancia, al menos algún desahogo á la familia. Lo que no encuentra *Benina* es la gratitud que esperaba. Se la señala un corto socorro, y la infeliz se ve alejada de aquella casa, en que pasó los días de privaciones y amarguras y que sostuvo valientemente en los períodos de penuria, tendiendo la mano á las buenas almas á la puerta de una iglesia.....

Tal es, en resumen, el *argumento* de *Misericordia*, haciendo abstración de los episodios que de la acción principal se derivan. Alguno de estos hay muy interesante, como el del ciego Almudena, hebreo marroquí, que se enamora platónicamente de Benina, á pesar de los sesenta inviernos de la pobre criada. Es una figura muy poética la de este mendigo, peregrino venido de extrañas tierras, que sabe muchas historias fantásticas de gnomos guardadores de recónditos tesoros y anda con sus pobres ojos sin luz, buscando por el mundo á la dama de sus pensamientos, ó, mejor dicho, de sus sueños, como un héroe de leyenda ó de libro caballeresco. La figura de este Almudena se diferencia profundamente de las demás del libro; es un extranjero en la novela, un tipo aparte, que tiene muy poco de común con los demás de *Misericordia*.

Las aventuras de *Benina* dan ocasión al novelista para trazar diversos cuadros de la mendicidad madrileña. Se desarrollan ante el lector escenas de pordioseros pidiendo en los pórticos de los templos, pinturas de las casas de dormir en que se albergan los mendigos y de los tugurios de las afueras donde se cobijan algunos de estos infelices. Y alternando con la miseria sórdida, aparece la pobreza vergonzante, todavía más

amarga y penosa, de los *declassés*, de los *venidos á menos*, de Frasquito, doña Paca y Obdulia.

A pesar de la naturaleza del asunto y de la realidad de la pintura, no deja el libro impresión de repugnancia ni de horror. Y, sin embargo, la pobreza aparece allí con su acompamiento de miserias físicas y morales. Pero los pobres que pinta Galdós no tienen aire dantesco de desesperados; son buenas gentes que luchan por la vida á su modo, que ejercen su profesión y tienen su filosofía. Si no satisfechos, se muestran resignados con su suerte. Parecen casi felices; ¿quien sabe si relativamente lo son?

*
* *

Asusta en estremo la pobreza. Hasta la religión la cuenta entre los sacrificios supremos y le ofrece la perspectiva remuneradora de la bienaventuranza. Pero en las dichas y en los infortunios humanos hay algo de espejismo. Mirados á distancia parecen más amargos los unos y más placenteras las otras que son en realidad. El rico ó el que vive en holgada medianía tiene una noción más aguda y dolorosa de los horrores de la indigencia, cuando compara su situación con la del mendigo sucio y desarrapado que ve en las calles, que el pobre mismo, habituado á su mísera existencia. La maravillosa fuerza de adaptación del alma humana embota el dolor, como atenúa y borra el placer. Por ella, las dichas que ardientemente codiciamos, nos parecen sosas, de conseguidas, y el dolor que nos estremeció cuando era amenaza, nos resulta, cuando es realidad, menos punzante. Si apreciamos la dicha no por el conjunto de circunstancias favorables exteriores, sino por la disposición subjetiva, acaso el opulento á quien se ofrecen todos los placeres de la tierra se juzga tan infeliz por

pequeñas causas, como el mendigo que ignora si conseguirá el día de mañana el necesario sustento.

Claro está que esta semiequivalencia psíquica de las condiciones humanas no es una equivalencia real ni justifica el grito egoista: «los pobres son los más felices.» No, no lo son. Aun resignados, aun satisfechos con su suerte, su condición es digna de lástima. Viven sujetos á todos los inconvenientes de la civilización y privados de la mayoría de sus ventajas. Su subsistencia depende del azar. Le están vedadas no sólo las satisfacciones materiales de la vida, sino gran parte de las espirituales, como son aquellas que proporciona el cultivo de la inteligencia, imposible ó dificilísimo para los que tienen que resolver cada mañana el apremiante problema cuya fórmula brutal y escueta es esta sola palabra: comer.

La inseguridad de la existencia del pobre se asemeja en algún modo á la del hombre primitivo. Verdad es que en una sociedad civilizada se da rara vez el caso de que se deje morir de hambre á un ser humano; pero en ella todo está acotado y adjudicado, todo en poder de dueño ó poseedor, y nada hay que libremente se ofrezca al primer ocupante. Todo es ajeno para el pobre, y hasta la misma conformidad con su estado es lastimosa las más veces, pues suele implicar degradación y atrofia de las naturales aspiraciones del hombre. Los casos de santidad, de renuncia del mundo, son rarísimos.

Mas si en algún país puede hacerse tolerable el oficio de mendigo, es aquí en España. En las naciones ricas, más metalizadas y más severas con la holganza, se impone la dura ley del trabajo, de la concurrencia, de la justicia distributiva; se paga bien, pero se da con tasa y con sujeción á reglas. Aquí se paga mal, ó no se paga, pero se da generosamente y sin contar. Una extensa y añeja organización parasitaria hace que todos den y todos pidan. Cada cual pordiosea y socorre de diversos modos, según su condición y estado. El mendigo es un tipo nacional, un elemento de la hampa, que ha dado origen entre nosotros hasta á una rica y abundante literatura

especial, la llamada picaresca, con la cual se relaciona *Misericordia*, como *Nazarín*, aunque no sean pícaros, sino santos, ó poco menos, sus respectivos protagonistas.

El pobre es *alguien* en España, tiene su fisonomía propia, le corresponde un lugar en el *panorama* nacional, entra como uno de tantos elementos pintorescos en la abigarrada impresión que se forman de nosotros los *touristas* extranjeros. Hasta se da el caso de que aquí, donde ricos y medianos ignoran el ahorro y viven al día, haya pobres que economicen y lleguen á ser capitalistas, inspirando, cuando el azar los descubre, indignadas gacetillas á los periódicos, que no calculan la suma de privaciones, de angustias y amarguras que representan los billetes de Banco ó los títulos del Tesoro hallados entre los mugrientos harapos de un pordiosero, muerto de repente.....

*
* *

Cuadra bien á la novela de Galdós su título *Misericordia*. El novelista no declama ni *hace consideraciones* sobre las causas y remedios de la miseria. Contempla el espectáculo de la mendicidad con ojos enternecidos, no con la fría mirada del moralista, á quien los infortunios de los menesterosos sugieren prudentes advertencias sobre las ventajas del ahorro y las consecuencias de la imprevisión. En toda la obra palpita un caluroso sentimiento de caridad, de misericordia, que, por decirlo así, se cristaliza en el personaje principal de la novela, en *Benina*.

Aunque el asunto nada tiene de risueño, aparece en esta obra, con oportunidad y discreción, el elemento cómico. Sobresale entre todas, bajo este aspecto, la figura de aquel metódico y timorato Don Carlos, que, como gran socorro, regala á su pobre parienta doña Paca..... una agenda de bufete, para que

establezca una ordenada contabilidad doméstica, base, según él, de la prosperidad de las familias. Ofrecen también rasgos felices de este género Frasquito, Doña Paca, *Benina* y algunos de los personajes secundarios.

Hay entre estos uno que ofrece particular interés: Juliana, la ribeteadora con quien se casa el hijo de doña Francisca Suárez. El contraste entre la obrera que con su trabajo, su economía y su constancia, va camino de convertirse en *señora* y la señora acomodada que cae por su desorden y despilfarro en la miseria vergonzante, tiene sentido sociológico. Es un símbolo de la renovación de las clases modernas, y principalmente de la clase media, que por ser, más bien que una clase, un conjunto de muy varias condiciones y clases diferentes, ofrece tan á menudo ese espectáculo de humildes que se elevan, de ricos que vienen á menos, de gente que se despeña ó se desliza á los abismos de la pobreza, y de gente que, desde ellos, sube animosamente á la altura.

Ese cambio continuo de condiciones, debido, por lo general, en los casos favorables, á la constancia y á otros méritos, y en los casos adversos á vicios y debilidades, contesta mejor que nada á los declamadores y charlatanes socialistas que hablan de la clase media como si fuera una nueva aristocracia, inaccesible á los inferiores.

Del estilo de *Misericordia* poco hay que decir. Galdós es uno de los escritores que menos usan de afeites literarios. No hay en él sombra de amaneramiento, de prurito purista, de cuidado minucioso en limar y cincelar la frase. Mas por lo mismo que la forma literaria de sus novelas es sencilla, vigorosa y espontánea, pasan casi inadvertidos los pequeños lunares que podrían señalarse. La impresión del conjunto los hace desvanecerse. Y es de tener en cuenta también que por la naturaleza de los asuntos que suele elegir este escritor y por su manera de novelar, las formas del lenguaje popular y corriente (no del lenguaje plebeyo) preponderan en las obras del señor Pérez Galdós, las cuales ofrecen, desde este punto de

vista, gran interés filológico, y forman una rica colección de documentos literarios donde se contiene el tipo medio usual del castellano hablado en la época presente.

*
* *

Con gran interés he leído la novela *Beba*, del distinguido escritor uruguayo Sr. Reyles, de quien hablé en una «Crónica» anterior, á propósito de otra obra suya.

La prensa y la crítica hispano-americanas han celebrado mucho esta novela, encomiando lo castizo de su estilo, el color local de sus descripciones, el interés de la acción y la acertada pintura de los personajes.

La mayor parte de estos elogios me parece justificada. Hay exageración, sin duda, en comparar al Sr. Reyles con Pereda. Pero es cierto que el escritor uruguayo es, entre los de la América española, uno de los más castizos, de los que con mayor pureza escriben el castellano. En *Beba* hay poco que censurar bajo este aspecto, siendo lo que más disuena el uso del adverbio *recién*, que aquí anteponemos á los participios pasivos, y que el Sr. Reyles junta con otras formas gramaticales produciendo combinaciones tan extrañas como *recién cuando, recién estaba aprendiendo, recién á las doce del día.* Basta este pormenor para comprender que hay mucha diferencia entre el lenguaje de Pereda y el del Sr. Reyles, diferencia, por otra parte, muy explicable, pues en América, como en España y en todos los países, el habla común influye en el lenguaje literario, y allí es muy difícil que el uso general influya como elemento conservador del idioma. Tratándose de pueblos jóvenes en que se está formando la cultura nacional, que no tienen apenas tradición literaria propia, y que mantienen relaciones intelectuales más estrechas con naciones de otras lenguas que con la antigua metrópoli que les transmitió la suya; que además reciben de continuo elementos extraños, de diversos países é idiomas, aportados por la emigración eu-

ropea, es natural que la lengua hablada experimente numerosas variaciones y que éstas pasen poco á poco á la lengua literaria.

Con todo, el Sr. Reyles es superior, no sólo á muchos escritores americanos, sino á bastantes españoles, que si bien observan mecánicamente las reglas gramaticales, carecen de la intuición del alma del idioma y escriben de una manera pedestre, deslabazada y vulgar, con estilo de maestros de instrucción primaria.

Pero más que el escritor, sobresale en *Beba* el novelista. Quiero decir que la composición de la obra, su forma interna, su plan y desarrollo, me parecen superiores á la forma externa, al lenguaje. Algunos de los méritos que han visto en este libro los críticos hispano-americanos, no puede percibirlos el público español. El color local, la exacta pintura de las costumbres y paisajes del Uruguay, sólo los lectores de aquel país, ó los que allí hayan residido, pueden apreciarlos cumplidamente.

Pero, prescindiendo del mayor ó menor parecido local de las descripciones, cualquiera puede observar, leyendo el libro, que el Sr. Reyles sabe describir con colorido y poesía el campo, que ha sido siempre, literariamente al menos, el más espléndido fondo para que se destaque la pintura de un idilio amoroso.

Posee también el autor de *Beba* el arte de dar apariencia de realidad humana á sus personajes, y el menos difícil, pero tan necesario al novelista y al dramaturgo, de desarrollar la acción de manera que se sucedan naturalmente unas á otras escenas y unos á otros episodios, como si el autor copiase cosas sucedidas y no las fingiese y ordenara con su imaginación. Tiene, pues, el autor de *Beba* las principales condiciones que pueden exigirse á un novelista.

Recuerda su novela en algún punto, aquel idilio melancólico de *Le Docteur Pascal* con que cerró Zola la serie de sus *Rougon Macquart,* después del cuadro épico de *La Debâcle.*

Pero aunque *Beba* (diminutivo familiar de Isabel) y Rivero se asemejen un tanto al doctor Pascual y á Clotilde, es muy diferente la acción en una y otra novela.

En la del Sr. Reyles, lo que menos me agrada es el desenlace. Creo que el nebuloso arrepentimiento de Rivero y el suicidio de *Beba* no corresponden al carácter de estos personajes, tal como se muestra en la novela, sino que son hechos que aparecen fuera de todo determinismo y de toda correlación psicológica, como consecuencias que no están de acuerdo con sus premisas. Acaso hubiera hecho mejor el novelista dejando á sus dos principales personajes en pleno idilio de amantes satisfechos, en vez de señalarles la extraña expiación con que termina su historia. Mas parece exigencia excesiva por parte de un lector la de imponer al autor de un libro la solución ó desenlace más conforme á su gusto, y así termino felicitando al Sr. Reyles por su interesante novela, que muestra lo mucho que puede esperarse de escritor tan distinguido.

E. Gómez de Baquero.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

EL EMPLEO DE LA VIDA.

VIII

DE LAS BIBLIOTECAS

Un gran inglés, Ricardo de Bury, obispo de Durham, dijo con razón, hace más de quinientos años, en elogio de los libros: «Son los maestros que nos instruyen sin palos ni palmetas, sin palabras duras y sin cólera, sin pedir regalos ni dinero. Si os aproximais á ellos, no duermen; si los interrogais, nada os ocultan; si los desconocéis, jamás se quejan; si sois ignorantes, no pueden haceros burla.»

Si pudo hablar así hace tanto tiempo, con mayor motivo podemos hoy hacerlo nosotros. Porque los libros cuestan infinitamente menos caros y están al alcance de todos; están impresos, son manejables y ligeros, al paso que en otros tiempos eran inmensos, pesados, incómodos para llevarlos ó leerlos; y nuestros libros más sabios son de una lectura más fácil en

comparación de los antiguos. Cosa más importante todavía: además de los libros conocidos por Bury, nosotros tenemos otros muchísimos más. Hasta respecto á la literatura antigua, se han encontrado muchas obras perdidas. Puede afirmarse que en su tiempo casi no se conocía la novela; y respecto á la poesía, Bury vivió antes de que aparecieran Shakespeare y Milton, sin hablar de poetas más recientes. En cuanto á la ciencia, después de su muerte nacieron la química y la geología, y numerosos descubrimientos han hecho aumentar el interés de las otras ciencias.

Schopenhauer ha dicho que si la ciencia no le había producido nada, por lo menos le había evitado muchos gastos. Debemos reconocer que la ciencia no sólo ha aumentado inmensamente nuestra riqueza nacional, sino que ha disminuído muchísimo nuestros gastos. El dinero que hemos empleado en fundar escuelas, bibliotecas y museos es más bien una colocación remuneradora que un verdadero gasto. Sin embargo, no sostenemos las escuelas y bibliotecas públicas porque en definitiva son un ahorro, sino porque tan poderosamente aumentan la felicidad y el recreo de nuestros conciudadanos. Harto pocas diversiones tienen los pobres.

A menudo se me han burlado, con muy buen humor, porque afirmé que en la próxima generación nuestros más grandes lectores serán los artesanos y obreros. Pero ¿no viene en apoyo de mi tesis el creciente número de bibliotecas populares? Porque antes de poder fundar una biblioteca libre es necesario consultar á los electores del barrio, y sabemos que los eclesiásticos y los miembros de las profesiones liberales están en minoría en todas partes. Por consiguiente, los artesanos y los pequeños comerciantes son quienes fundan las bibliotecas y las utilizan. Los libros son absolutamente necesarios para los trabajadores de nuestras grandes ciudades. Su vida es en extremo monótona. La existencia del salvaje es mucho más variada: tiene que conocer y observar muy de cerca las costumbres de la caza, que él persigue, sus emigraciones y los lu-

gares que frecuenta; ha de saber dónde y en qué épocas puede pescar; cada mes le trae alguna mudanza en su alimentación. Necesita fabricar sus herramientas y construir su casa, encender fuego, una cosa tan fácil hoy, delicada y difícil para él. De igual modo, el campesino tiene variedad de ocupaciones: labra y siembra, siega y recolecta; se ocupa de sus vacas, de sus cerdos y carneros. Conducir un arado, hacer una empalizada ó atar una gavilla, dista mucho de ser tan fácil como se supone. Cuéntase que habiendo un día pedido un extranjero ver el gabinete de trabajo de Wordsworth, su criada doméstica respondió: «Este es el cuarto de dormir del señor, pero trabaja en el campo.» El labriego aprende también muchas cosas en el campo; sabe muchas más cosas de lo que suponemos, pero es ciencia campestre, que vale tanto como la de los libros.

Pero el obrero de fábrica tiene una existencia mucho más monótona. Está condenado al mismo trabajo, á veces al mismo detalle de fabricación, desde el comienzo al fin del año. Sin duda, logra á veces una habilidad manual casi milagrosa, pero muy limitada. Si no quiere concluir por no ser más que una máquina animada, tiene que pedir algún recreo y alguna distracción á los libros, y á veces sólo á los libros. Por fortuna, desde hace algún tiempo hay tendencias á disminuir las horas de trabajo, excepto en los almacenes; y, cosa menos agradable de hacer constar, hay momentos de paro forzoso. Pero las horas de ocio nunca deben ser horas de pereza: el vagar figura entre los mayores beneficios y la pereza es una de las más grandes maldiciones que puede haber; el uno es una fuente de felicidad, la otra lo es de desdicha. Si un pobre se encuentra sin trabajo durante algunos días, ¿qué puede hacer? ¿Cómo empleará sus horas desocupadas? Si puede penetrar en una biblioteca, no las perderá.

Todas las razones que tenemos para instruir á los niños son válidas para los adultos. Hoy tenemos en todas partes excelentes escuelas de instrucción primaria. Nos ocupamos con

afán en instruir á nuestros hijos. Les enseñamos á leer y á que les guste la lectura. ¿Y por qué? Porque estamos convencidos de que el estudio á todos aprovecha, que todo hombre estudioso llega á ser mejor obrero y todo obrero mejor hombre. Pero nunca se debe dejar de instruirse, y las bibliotecas son las escuelas de los adultos. Cuéntase que siendo niño el rey Alfredo tuvo gran deseo de poseer determinado libro. «Lo tendrá cuando sepa leerlo», dijo su madre. Y con esta condición lo obtuvo Alfredo. Nuestros hijos han aprendido á leer; ¿no tienen también derecho á libros, en recompensa? Además no faltan libros y los mejores son los menos caros de todos. La lectura es un placer que no depende de la riqueza, siendo casi el único del cual se pueda decir esto.

Los que nos ocupamos de negocios parece que nunca estamos satisfechos de lo que tenemos. Pero la fortuna nos da más libros de los que nunca podremos leer.

Empezamos nada más á comprender que la educación debe durar tanto como la vida; que nuestros hijos deben aprender otras cosas que gramática y palabras; que también deben ejercitarse los ojos y las manos. Por otra parte, la existencia de los adultos nunca debiera consagrarse únicamente á trabajos manuales ni á perseguir la riqueza. Deberían poder consagrar alguna parte á adquirir conocimientos intelectuales y á desarrollar su inteligencia. Todo hombre debiera también poder añadir algo á la suma de los conocimientos humanos; por humilde que sea su condición puede esperar hacerlo. No apreciamos aún la dignidad del trabajo manual; y por otra parte se tiende con sobrada facilidad á creer que la ciencia es una cosa inaccesible, buena solamente para los filósofos y los hombres de genio, y para quienes tengan con qué comprar aparatos especiales. Pero esto es un error. ¿A quién debemos nuestra fortuna? Sin duda, en parte, á prudentes monarcas y á grandes hombres de Estado; en parte, á nuestro valiente ejército de mar y tierra; en parte, á los atrevidos exploradores que han puesto los cimientos de nuestro imperio colonial; en parte tam-

bién á los filósofos y á los pensadores. Pero, aun acordándonos con agradecimiento de todo cuanto les debemos, no debe olvidarse que el obrero, no sólo se ha servido del vigor de sus brazos para ayudarnos, sino que también ha sabido hacernos aprovechar sus ideas. Watt era mecánico; Henri Cort, cuyos descubrimientos industriales han añadido á la riqueza nacional una suma que se estima equivalente á la de la Deuda nacional, era hijo de un albañil; Huntsman, que inventó el acero fundido, era relojero; Crompton, tejedor; Wedgwood, alfarero; Brindley, Telford, Mushat y Neilson eran simples operarios; Georges Stephenson guardaba vacas por cuatro sueldos diarios, y no aprendió á leer sino á los dieciocho años; Dalton era hijo de un tejedor; Faraday, de un herrero; Newcomen, de un herrero también; Arkwrigth fué peluquero; sir Humphrey Davy estuvo de mancebo en una botica; Boulton, el padre y creador de Birmingham, era hijo de un operario fabricante de botones, y Watt hijo de un carpintero. El mundo debe mucho á esos hombres, y su especie es numerosa. Debiéramos estar tan orgullosos de ellos como de nuestros grandes generales y de nuestros hombres de Estado.

Háblase con frecuencia de naciones «civilizadas»; y, sin duda, ciertos pueblos merecen este epíteto más que otros. Pero ningún país lo merece aún por completo. Necesítase que nos esforcemos en crear entre nosotros una verdadera civilización. Las bibliotecas pueden mucho en ello.

Hay muchas personas cuyo nacimiento equivale á una condena á trabajos forzados perpetuos, pero no por eso es necesario de ningún modo que su existencia sea sólo vacío y miseria. Precisamente porque tienen pocas diversiones y su vida es monótona, importa que tengan á su alcance buenos libros.

Uno de nuestros mayores hombres de ciencia, sir John Herschel, dijo: «Si se me permitiera elegir una afición que me sostuviese en todas las circunstancias de la vida, que fuese para mí un manantial perpetuo de felicidad y de alegría, una protección contra todos los males de la existencia y contra la

hostilidad de los hombres, escogería la afición á la lectura. Seguramente será dichoso el hombre que tenga ese gusto y medios para satisfacerlo, á menos que no le den los libros más nefastos. Porque de pronto penetra en la sociedad más escogida de todas las épocas, se convierte en ciudadano de todos los pueblos y contemporáneo de todos los siglos. Para él se ha creado el mundo.»

Los libros son cosas casi vivas. «Los libros—dice Milton—contienen en sí una descendencia viviente tan activa como el alma de la cual descienden.»

Los grandes escritores no perecen. «No ha muerto aquel cuya alma sublime eleva consigo á tu alma. Vivir eternamente en los corazones no es morir.»

El duque de Urbino, fundador de la gran biblioteca de Urbino, dispuso que cada libro se encuadernase con púrpura y se adornase con oro. Lamb decía que con más razón debieran darse gracias antes de abrir un nuevo libro, que antes de sentarse á la mesa.

IX

DE LA LECTURA

Los libros son á la humanidad lo que la memoria es al individuo. Contienen la historia de la especie humana, sus descubrimientos, la sabiduría y la experiencia acumuladas de los siglos; son el espejo de las maravillas y hermosuras de la naturaleza; nos sostienen en nuestras desgracias, nos consuelan en nuestras penas y tristezas, convierten nuestras horas de tedio en horas de delicias, llenan nuestro espíritu de ideas, de pensamientos sensatos y bienhechores, nos hacen salir de nosotros mismos y de nuestras miserias.

Hay un cuento oriental en que se trata de dos hombres, uno de los cuales era rey, pero soñaba todas las noches que era mendigo; por el contrario, el otro era mendigo y soñaba todas las noches que era rey y que vivía en un palacio. No sé si el rey era el más feliz de los dos. La imaginación es á veces más viva que la realidad. Sea como fuere, la lectura nos permite ser verdaderos reyes, si queremos, y habitar en los más suntuosos palacios; y, lo que aún vale más, nos transporta ante las montañas ó el mar, á las más bellas regiones del mundo, sin fatiga, sin hastío y sin gasto.

«Dadme— dice Fletcher—permiso para divertirme á mi antojo. El sitio donde están mis libros, esos inmejorables compañeros, es para mí una regia corte, donde á todas horas puedo conversar con los sabios y filósofos de otros tiempos; y á veces, para variar mis placeres, hablo con reyes y emperadores, discuto sus consejos, juzgo severamente y condeno sus victorias si se han logrado con deslealtad, y en mi ánimo rompo sus estatuas erigidas con injusticia. ¿Podría, por tanto, renunciar yo nunca á tan seguros placeres, para adquirir vanas é inciertas riquezas? ¡No! Sea todo vuestro afán reunir oro; todo el mío será acrecentar mi ciencia.»

Hanse comparado á menudo los libros con los amigos. Pero, mientras que entre nuestros compañeros la implacable muerte se complace en quitarnos los mejores y mejor dotados, el tiempo, por el contrario, mata los malos libros y purifica los buenos. Muchos hombres que disfrutaron de todos los beneficios de la fortuna, afirman que en la lectura es donde encontraron su mayor felicidad.

Ascham hace en su *Maestro de escuela* el conmovedor relato de su última visita á lady Jane Grey. La encontró sentada en el hueco de la ventana saliente, ocupada en leer la hermosa descripción de la muerte de Sócrates, en Platón. Sus parientes cazaban en el parque; ladraban los perros; se les oía por la ventana abierta. Díjola él su sorpresa al no verla fuera, á lo cual contestó: «Segura estoy de que todo el placer que

saborean en el parque, no es sino una sombra en comparación del que yo experimento al leer mi Platón.»

Macaulay era rico, poderoso, célebre, sano; y, sin embargo, en su biografía dice que las horas más dichosas de su existencia á los libros las debió. En una encantadora carta á una niña pequeña, exclama: «Gracias te doy por tu lindísima carta. Mucho me alegro de poder contentar á mi querida niña, y nada me es tan grato como ver que le gustan los libros; pues cuando sea tan grande como yo verá que valen más que todos los pasteles y dulces, que todos los juguetes y espectáculos, y que las diversiones de sociedad. Si yo pudiera ser el rey más grande de la tierra, con palacios y jardines, hermosas comidas y buenos vinos, magníficos trajes y cientos de criados, pero á condición de no tener nunca libros que leer, no querría ser rey; preferiría ser un pobre en una buhardilla con un montón de libros, que un rey á quien no le gustase la lectura.»

En efecto, los libros nos dan la llave de palacios encantados. Dice Juan Pablo Richter: «Se ve más á distancia desde el monte Parnaso, que desde un trono.» Hasta nos dan una idea más viva de las cosas, que la misma realidad. Y si un libro no nos interesa, no siempre tiene la culpa el libro. Saber leer es un arte. Leer de un modo pasivo no vale gran cosa. Todo el mundo cree saber leer y escribir, cuando, en realidad, poquísimas personas saben escribir ni aun leer con fruto.

«Más enseña el estudio en un año que la experiencia en veinte, dice Ascham. Enseña aquél sin peligro, al paso que ésta nos da más sufrimiento que sabiduría. Pésimo capitán es el que no llega á ser maestro sino á fuerza de hacer naufragios; ruín mercader es el que sólo llega á ser rico á fuerza de quiebras. La sabiduría que se compra con la experiencia cuesta muy cara.»

La elección de libros, como la de amigos, es un deber importante. Somos tan responsables de lo que leemos como de lo que hacemos. Un buen libro, repitiendo las nobles palabras de Milton, «es la sangre preciosa y vital de un ingenio maestro,

embalsamada y preservada expresamente para una vida que superará á su vida.»

Para sacar de nuestros libros, no digo tan sólo el mayor beneficio, sino sencillamente el mayor goce posible, es preciso leerlos para instruir á nuestro espíritu más bien que para recrearle. Los libros de fácil y amena lectura son útiles, como el azúcar forma una parte importante de nuestra alimentación; pero no podemos vivir sólo de eso.

Hay libros que nada valen: leerlos sería perder el tiempo. Los hay tan perniciosos, que no se pueden leer sin mancharse. Casos hay en los cuales conviene estar advertidos de los riesgos y tentaciones de la vida; pero todo lo que con el mal nos familiariza, es un mal. Hay libros, en abundancia por fortuna, que es imposible leerlos sin sentirse mejor. Los libros más hermosos nos elevan hasta regiones de pensamiento desinteresado, en que toda consideración personal llega á ser insignificante y en que se olvidan todos los cuidados y zozobras de este mundo. No hay nada tan doloroso como verse interrumpido en medio de semejante lectura. Duélese de ello Hamerton, de una manera conmovedora:

«Supongamos que un lector esté absorto por completo en la lectura de un autor, que acaso pertenece á otra época y á otra civilización. Supongamos, por ejemplo, que estais ocupados en leer la defensa de Sócrates, en Platón, y que toda la escena se despliega ante la vista interior como en un cuadro. Véis el Senado de los Quinientos, la pura arquitectura griega, el público ateniense todo oídos, el odioso Melito, los enemigos llenos de envidia, los amigos muy amados llenos de tristeza y cuyos nombres inmortales nos son tan queridos; y en medio el hombre vestido como un pobre, de lana burda en invierno y verano, el rostro ordinario y casi feo, pero iluminado con tal expresión de valor y de franqueza, que ningún actor podría simularla. Oís la voz serena que dice: «Τιμᾶται δ'οὖν ἀνὴρ θανάτου · εἶεν ·» Comenzais el sublime párrafo en que Sócrates se condena á ser alimentado á expensas del Pritáneo. Si conseguís ve-

ros libres de toda interrupción hasta el fin, saborearéis uno de esos minutos de noble placer que son la recompensa del trabajo intelectual.»

Es imposible leer durante una hora un libro interesante y bueno sin sentirse más dichoso y mejor. Y este placer perdura: nos da un tesoro de ideas felices y fortalecedoras, de donde podemos tomar á cada instante. Nuestra literatura es la herencia y el derecho inalienable de nuestra raza. Hemos producido y seguiremos produciendo algunos de los más grandes poetas, filósofos y sabios del mundo. Ninguna raza puede jactarse de poseer una literatura más brillante, más noble, ni más pura; es más rica que nuestro comercio, más poderosa que nuestras armas. Es el mejor título de gloria del país: nunca le estaremos demasiado orgullosos, ni demasiado agradecidos.

X

DEL DEBER SOCIAL

Todos ayudamos á gobernar nuestro país, y uno de nuestros mayores deberes consiste en prepararnos para esta gran responsabilidad. Para ello hace falta estudio y pensamiento, tanto ó más que buena voluntad. La grandeza misma, la extensión de nuestro Imperio son manantiales de peligro. Gobernamos á numerosas razas humanas, muchas de las cuales tienen ideas y aspiraciones harto diferentes de las nuestras. Pongamos como ejemplo la India. Su población es casi diez veces la de Inglaterra, y está dividida en grandes grupos pertenecientes á razas y religiones distintas. El indio propiamente dicho forma parte de la misma gran raza humana que nosotros. Su lengua no sólo es semejante á la nuestra por su origen y por su estructura, sino que contiene algunas palabras

que también se encuentran en el inglés. La palabra *poor,* con la cual terminan tantos nombres indios, corresponde á la palabra *borough* (ciudad, *burgo),* que entre nosotros es una terminación muy común. Pero los mismos indios no son más que una parte de la población de la India; y por la sangre están mucho más cerca de nosotros que de las razas dravidianas del Sur ó de los malayos y chinos del Este, aun cuando entre ellos y nosotros han labrado hondas diferencias el tiempo y la distancia. Su religión les mantiene en estado de guerra con los musulmanes, que en otro tiempo fueron y probablemente volverían á ser dueños de la India, si nosotros abandonásemos el país.

Pero si la India es quizá para nosotros la mayor de nuestras responsabilidades, tenemos también otras muchas. En toda la superficie del globo estamos en contacto con otras grandes naciones. Plantéanse y se plantearán siempre problemas que exigen tacto, moderación y miramientos por nuestra parte. Nuestros hombres de Estado deben saber cuándo es preciso amainar y cuándo resistir, así como la nación debe reconocer á qué hombre de Estado debe sostener ella.

La historia de la humanidad nos muestra una sucesión de grandes imperios que se han hecho polvo; Egipto, Asiria, Persia, Roma crecieron y se derrumbaron. En épocas menos lejanas florecieron Génova y Venecia, en gran parte, como nosotros, por sus naves, colonias y comercio. Para que nos sea dado evitar análogo destino, preciso es que evitemos sus faltas. «Mil años no siempre bastan para crear un Estado, y basta una hora para hacerlo caer hecho polvo (1).»

Respecto á nuestra política exterior, tenemos tanto interés como deber en conservar las más cordiales relaciones con los otros países. Por desgracia, las naciones suelen mirarse entre sí con ojos hostiles. Y, sin embargo, un poco más de luz nos hace ver que siendo todas ellas cosas humanas, todas debieran

(1) Byron.

ser amigas. Un predicador del país de Gales hacía comprender esta idea por medio de una imagen sencilla, pero muy notable. Contaba que paseándose cierto día vió enfrente una forma monstruosa en lo alto de un cerrillo; al aproximarse, descubrió que era un hombre; cuando estuvo muy cerca reconoció en él á su hermano.

Los demás pueblos no sólo son hombres, sino también hermanos nuestros, y por muchas maneras nuestros intereses son los suyos. Si sufren nos hacen sufrir también, y todo lo bueno que les acontece es también beneficioso para nosotros. El mayor de todos los intereses de Inglaterra es la paz y la prosperidad del mundo entero. El fulgor de la guerra ha deslumbrado la imaginación de la humanidad..... Se nos habla «de la pompa, de todo el glorioso aparato de la guerra», se repite que cada soldado lleva un bastón de general en la mochila; pero no podemos imaginarnos los infinitos sufrimientos que ha causado á la especie humana.

La carnicería y el dolor que la guerra origina son espantosos, y eso es un irresistible argumento en pro del arbitraje. El actual estado de cosas es una vergüenza para la especie humana. Puede dispensarse á las tribus salvajes que diriman sus contiendas por la fuerza de las armas; pero que naciones civilizadas empleen semejantes medios, eso repugna no sólo á nuestro sentido moral, sino á nuestro sentido común. Europa sostiene hoy en pie de paz tres millones de soldados; en pie de guerra diez millones, y se prepara á que asciendan á veinte millones. Los gastos nominales suben todos los años á doscientos millones de libras esterlinas; pero reclutándose casi todos los ejércitos del continente por medio del sorteo, son mucho mayores los gastos reales. Añadamos que si esos tres millones y medio de hombres estuviesen empleados en un trabajo útil, estimando en 50 libras esterlinas el producto anual de esa labor, sería preciso aumentar en ciento setenta y cinco millones de libras la suma antes indicada, lo cual hace subir á 375 millones de libras al año la totalidad de los gastos de gue-

rra en Europa. Ciertamente, hay consideraciones más grandes y más graves que las relativas al dinero; pero, en último término, el dinero representa vida y labor humanas. Es imposible considerar tales preparativos militares y marítimos sin concebir las mayores inquietudes. Si no nos llevan á la guerra, nos conducirán algún día á la bancarrota y á la ruina.

Los principales países de Europa se hunden cada vez más en la Deuda pública. Durante los veinte años últimos la Deuda ha subido: en Italia, de 483 millones de libras á 516; en Austria, de 340 á 500; en Rusia, de 340 á 750, y en Francia, de 500 á 1.300. Si se suma el importe de las deudas contraídas por los Gobiernos del mundo entero, se ve que en 1870 ascendían á 4.000 millones, carga fabulosa, terrible, aplastante. ¿Qué diremos hoy? Esas Deudas reunidas se elevan á más de 6.000 millones de libras esterlinas y siguen creciendo de día en día.

Lo peor es que la mayor parte de esa carga enorme, aterradora, no está representada por ningún valor real, no ha producido nada útil; se ha despilfarrado pura y simplemente, ó lo que es más triste desde el punto de vista internacional, se ha gastado en hacer ó preparar la guerra. De hecho, jamás conocemos hoy el verdadero estado de paz; en realidad, siempre estamos en guerra, sin batallas y sin matanza, por fortuna, pero no sin terribles sufrimientos. Hasta entre nosotros, en Inglaterra, la tercera parte de las rentas públicas sirve para preparar guerras futuras, otro tercio para pagar el coste de guerras pasadas, quedando nada más que un tercio para gobernar y administrar el país.

Aunque mi fórmula no es «la paz á toda costa», no me da vergüenza decir que es «la paz casi á cualquiera precio». Evidentemente, hay cierto número de cuestiones vitales que no pueden someterse al arbitraje; pero el conde Rusell, autoridad en la materia, decía que no hubo ni un solo caso de guerra durante los cien últimos años, que no hubiera podido resolverse sin apelar á las armas.

La última vez que vi á Gambetta hablamos de este asunto y me dijo, con la manera tan animada de expresarse que le era familiar, que si los gastos continuaban al mismo paso, llegaría un momento en que los franceses no serían más que un pueblo de mendigos ante una hilera de cuarteles. De entonces acá los gastos no han seguido al mismo paso, sino que lo han acelerado.

No puede pensarse en el estado de Europa sin inquietud. Rusia está arruinada por el nihilismo; Alemania teme al socialismo; Francia está aterrorizada por las amenazas de la anarquía, y marcha á escape hacia la bancarrota. Ciertamente, nada puede justificar ó excusar los últimos crímenes anarquistas; pero nada acontece sin alguna causa en este mundo. En el continente, los obreros dan por pobrísimos salarios horas de trabajo terriblemente largas. Léanse las noticias recién venidas de Italia, y se verá la mísera condición de los trabajadores agrícolas en ese país. En Francia y en otras naciones no es nada mejor la condición de los pequeños propietarios.

Siento mucha simpatía por la causa de la jornada de ocho horas; pero el *meeting* que hubo en Hyde Park hace dos años proclamó, con mucha sensatez, que la jornada de ocho horas no era posible sino por un convenio internacional. Pero si se sostienen las actuales instituciones militares, no se podrá restringir nada de las horas de trabajo. El único modo de llegar á la jornada de ocho horas consiste en disminuir los presupuestos de guerra.

Los tributos necesarios para sostener los ejércitos de mar y tierra, obligan á cada hombre y á cada mujer á trabajar una hora diaria más de lo necesario para su beneficio propio. En realidad, la religión de Europa no es el cristianismo, sino el culto al dios de la guerra. Pero, á lo menos, podemos echar todo el peso de nuestra influencia en el platillo de la balanza que lleva la Paz, esforzarnos en conservar cordiales relaciones con los países extranjeros y tratarlos con cortesía, justicia y generosidad.

Muchos países trabajan también en hacerse la guerra, y de un modo bien estúpido, por medio de vejaciones económicas. Cowper ha dicho que «la barrera de las montañas, forma los odios de las naciones, las cuales, de otro modo, querríau aproximarse y unirse como las gotas de una misma agua.» Pero, de hecho, las peores barreras son las levantadas entre sí por las naciones (aduanas, derechos de importación, etc.), y lo que aún es peor, todas las envidiadas é inmotivadas malquerencias en virtud de las cuales cada una atribuye á la otra hostiles propósitos, que tal vez ninguna de ellas haya concebido nunca.

Ese mismo espíritu de celos y de inquina que hay tan á menudo en el fondo de las relaciones internacionales, agría también de la más triste manera la política interior. Pero insultar no es discutir, sino más bien confesar la debilidad propia. Dícese, es cierto, que las revoluciones no se hacen con agua de rosas. Y, sin embargo, más mudanzas se han producido en la constitución del mundo por la discusión que por la guerra; y aun allí donde se ha hecho uso de la guerra, la pluma ha dominado muy á menudo á la espada. Las ideas son mucho más poderosas que las bayonetas.

«La humanidad—dice Mill—está muy poco adelantada aún para que un hombre pueda sentir esa universal simpatía con todos los demás, que imposibilitaría toda discordia en la dirección general de todas las vidas; pero aquel en quien está realmente desarrollado el sentimiento social, no puede pensar ya en el resto de los seres semejantes á él como en rivales que contra él pelean para adquirir la felicidad, y á los cuales debe desear ver vencidos en sus esfuerzos, para que pueda salir él victorioso en los suyos.»

Para realizar nuestra tarea de ciudadano con sensatez y utilidad, es preciso, como dice Burke, cultivar con esmero nuestro espíritu, conducir hasta el pleno desarrollo de vigor y de madurez todos los sentimientos honrados y generosos que están en nuestra naturaleza; aportar al servicio y al gobierno

del procomún todas aquellas de nuestras disposiciones que son apetecibles en la vida privada; ser así patriotas y no olvidar que somos unos perfectos caballeros *(gentlemen)*. La vida pública es un puesto de poderío y que requiere energía. Lo mismo falta á su deber quien duerme á la hora de la guardia que quien se pasa al enemigo. Pensemos más bien en hacer lo que debemos, que en reclamar lo que se nos debe.

Lord Bolingbroke, en su ensayo titulado *Espíritu del patriotismo*, cita y aprueba una observación de Sócrates: «Aunque ningún hombre se atreve á emprender un oficio que no haya aprendido, ni siquiera el más humilde, sin embargo, todo el mundo se cree competente para desempeñar el oficio más difícil de todos, el de gobernar.» Hablaba según la experiencia que de Grecia tenía. No hablaría de otro modo si viviese en este momento en Inglaterra.

En efecto, tenemos una grandísima variedad de problemas que exigen solución inmediata. Todos tratamos de educar á nuestros hijos, pero no es probable que á nadie se le ocurra que hemos encontrado un sistema perfecto de educación. Las luchas entre el capital y el trabajo están en vías de empobrecer nuestro comercio, de cortar el vuelo á nuestra industria; y, á poco que duren, harán bajar los salarios al disminuir los pedidos. La salud de nuestras grandes ciudades aún deja mucho que desear. Todavía está en mantillas la ciencia.

Por otra parte, toda cuestión de progreso, fuera de la vida cotidiana de la comunidad, exige un perpetuo esfuerzo. Las discusiones del Parlamento, la dirección de los asuntos locales, la administración de las oficinas de Beneficencia, en una palabra, los negocios de la comunidad entera reclaman tanto cuidado y tanta atención como los de los individuos; y hay una tendencia creciente, que se puede aprobar ó desaprobar según las ideas propias, hacia una organización autónoma.

Además, siempre hay pobres entre nosotros. Pero hay menor disposición á la anarquía y al socialismo que en otros países, gracias en parte á nuestras numerosas instituciones cari-

tativas, á una simpatía cada vez mayor entre pobres y ricos; y, en parte también, gracias á nuestras leyes en favor de los pobres, al libre cambio y á las condiciones físicas más satisfactorias que disfrutamos.

Sin duda, el entusiasmo es la palanca que hace mover el mundo; pero es triste pensar cuánto tiempo y dinero se ha malgastado en vanas experiencias, que una tras otra habían abortado ya. Han sido peor que inútiles, puesto que han hecho más daño que beneficio á aquellos á quienes debían auxiliar.

Acudir con eficacia en ayuda de otro es cosa menos fácil de lo que se cree.

Necesítase mucho juicio y clara videncia, á la vez que mucha bondad.

El dinero no es la cosa más esencial. En efecto, una autoridad en esta materia, miss Sewell, dice: «Parece que voy á soltar una paradoja, pero tengo por cierto que cuanto más pobre es un barrio menos se necesita que la caridad se haga allí con dinero, por lo menos en primer término.» La solicitud y el amor valen más que el oro. Quienes dan su tiempo conceden más que quienes distribuyen su dinero. Por otra parte, es muy de temer que el dinero y el entusiasmo, sin experiencia y disciplina, hagan más daño que provecho, pues lo que se hace mal puede perjudicar más que lo que se deja de hacer.

Más vale dar esperanza y fuerza, que socorros en metálico. La ayuda más eficaz no consiste en tomar sobre sí los males ajenos, sino en inspirar á los hombres la confianza y la energía necesarias para que los soporten solos, para que aprendan á afrontar con ánimo valiente las dificultades de la vida.

Preciso es tener cuidado de no aflojar el resorte de la independencia, en nuestro deseo de aliviar la miseria del prójimo. Siempre hay esta dificultad inicial: que ayudando á los hombres se les quita el principal motivo de trabajar, se debilita su sentimiento de independencia; todos los seres que viven á expensas de otro tienden á convertirse en simples parásitos. Por consiguiente, nunca deis un socorro en dinero; limitaos á dar

á lás personas ocasión de valerse por sí mismas. Debiéramos preguntarnos siempre si estamos en camino de destruir en el pobre el sentimiento de sus deberes, en lugar de darle los medios de cumplirlos mejor. Las relaciones humanas son cosas tan complejas, que por necesidad todos debemos muchas cosas á nuestro prójimo; pero, en cuanto fuere posible, todo hombre debería esforzarse en salir por sí solo del atolladero.

No podemos esperar ver á los otros conformarse con nuestro ideal. Sólo podemos ayudarles á realizar lo más elevado que hay en su alma, y alentarles en todo esfuerzo en pro de su perfeccionamiento moral. Siempre que se da dinero con sobrada generosidad, es para eximirse de alguna responsabilidad, más bien que por caridad verdadera. Sin embargo, todo esfuerzo consumado con la mira puesta en el bien general, tiene invariablemente su recompensa. Ningún trabajo nos proporciona más felicidad que el que hemos hecho con desinteresado propósito. El trabajar para otro añade dignidad al más humilde trabajo.

Y, por humilde que en efecto sea vuestro trabajo, hacedlo de todo corazón.

Trabajar en bien de nuestra patria, sin importarnos á qué precio ni con qué riesgo, es un deber absoluto; y «aquel que, por temor al peligro ó á la muerte, evita cumplir sus deberes para con su patria ó para consigo mismo, no es digno de vivir, puesto que la muerte es cosa inevitable y la virtud vive eternamente (1).»

Ocurre, aunque rara vez, que los servicios que podemos prestar á nuestra patria nos acarreen gravísimos peligros. Más bien se trata de sacrificar en aras de ella una parte de nuestros ocios, de consagrar algún tiempo á deberes ó trabajos que pueden parecer poco heroicos ó fastidiosos, pero no por eso menos necesarios.

Los negocios públicos (comisiones, elecciones y reuniones

(1) Gilbert.

leectorales, discursos, cargos municipales ó provinciales), son cosas poco novelescas sin duda, que no deslumbran la fantasía y no hacen palpitar el corazón. Sin embargo, un voto en tiempo de paz vale tanto como un sablazo en tiempo de guerra, y su eficacia no es menor aunque no se haya vertido sangre ni perturbado la paz.

El voto no es un derecho, sino un deber que todos hemos de estar dispuestos á cumplir.

Nadie tiene derecho á disfrutar de todos los beneficios de la desinteresada actividad de sus conciudadanos, á no ser que contribuya á ella por su parte en la medida de sus fuerzas, por débiles que sean.

«El medro personal no debe considerarse nunca—dice Bacon—como el objetivo de la existencia.»

Nunca se pierde el tiempo consagrado á cumplir sus deberes sociales, ni aun colocándose en un punto de vista bastante egoista y bajo. «Porque el amor al prójimo, el impulso por el cual obramos en su pro, ayudándole y sosteniéndole; el deseo de disminuir la suma de ignorancia y error, de disipar las equivocaciones y de reducir la cantidad de miseria sufrida por los hombres; la noble aspiración que nos impele á desear que por parte nuestra el mundo sea mejor y más feliz que antes de nosotros: estos son impulsos verdaderamente sociales y que acrecientan nuestra dicha aumentando la felicidad ajena» (1).

Meditemos también las nobles palabras de Marco Aurelio: «Ofrece al gobierno del dios que hay dentro de tí un ser viril, maduro por la edad, amigo del bien público, un romano, un emperador, un soldado de centinela en su puesto, como si aguardase la señal de la trompeta, un hombre dispuesto á perder la vida y cuya palabra no necesita el apoyo de un testigo, ni el testimonio de nadie.»

«El tiempo y el mundo—dice Keble,—son los términos de prueba donde nos preparamos para el cielo y la eternidad; y

(1) Arnold.

Dios hará los siglos futuros análogos á los momentos de nuestra vida.»

Hacer algo, por poco que fuere, para acrecentar la felicidad ó la moralidad de los demás, es de seguro la ambición más alta, la mejor esperanza que pueda tener un hombre.

Dícese que Pedro de Médicis ocupó á Miguel Angel en esculpir una estatua de nieve; eso era malgastar neciamente preciosos momentos. Aún más neciamente malgastamos nosotros nuestros momentos preciosos en esculpir ídolos de fango.

«Todos nos quejamos—dice Séneca,—de lo breve de la vida; y, sin embargo, tenemos más tiempo que acierto en saber emplearlo. Mucha parte de la vida pasa en hacer mal, otra mayor en no hacer nada, y casi toda ella en hacer lo contrario de lo que debiéramos.»

Sin embargo, por sensato que sea nuestro empleo del tiempo, los más favorecidos de nosotros logran muy poca cosa.

Uno de los elementos más importantes de la felicidad y del buen éxito consiste, sin disputa, en la facultad de trabajar con perseverancia y de seguido. Cicerón decía que para vencer se necesita audacia, audacia y siempre audacia. Mejor sería decir que hace falta perseverancia, perseverancia y siempre perseverancia.

«Un corazón regocijado es un festín perpetuo. Una pequeñez con temor de Dios vale más que un gran tesoro donde hay turbación. Más vale una comida de hierbas donde hay amistad, que una de buey cebado donde hay odio» (1).

Y en otro versículo:

«Un mendrugo de pan seco, donde hay paz, es preferible á una casa llena de manjares aderezados, donde hay discordias» (2).

Nuestra casa no es para nosotros preciosa, cual antaño, como refugio contra la arbitrariedad de los grandes ó del Es-

(1) *Proverbios.*
(2) *Proverbios.*

tado, sino contra los afanes y desasosiegos de la existencia: es un puerto de seguro abrigo en medio de las tempestades que necesariamente encontramos durante nuestro viaje á través de la vida; porque las existencias más felices conocen esos períodos de agitación, y el medro solo no da la felicidad ni la tranquilidad de ánimo.

El hombre no fué creado para vivir solo, ni aun en el Paraíso terrenal. «¿Qué haría un alma aislada, hasta en el mismo cielo?», dice Bernardino de Saint-Pierre. Pero si el pensamiento de todo hombre debe referirse á su hogar, también es preciso que aquél se nutra de elementos exteriores. No estamos hechos para la soledad únicamente, ni para la sociedad de un modo exclusivo. Ambas son bienhechoras y hasta diré que necesarias.

«Ni en la agitación del mundo, ni lejos de ella, florece el jardín que amo. Llegan á él noticias de la zumbadora ciudad en el sonido de las campanas, doblando á muerto ó volteando á boda. Y á través de la espesa umbría de las hojas que envuelve el banco donde estamos sentados, óyense palpitar en el aire las tocatas del reloj de la catedral; aunque entre ella y el jardín se extiende una legua de pradera regada por una corriente de agua ancha y lenta, que, movida por la pulsación regular y perezosa de los remos, hace ondular sus nemífares indolentes, y se arrastra bajo el peso de sus barcos mercantes hasta los tres arcos del puente, donde se corona con la tiara de las torres de la catedral» (1).

Las bellezas naturales son un goce perpetuo, pero la luz del cielo es muy poca cosa si el corazón permanece sombrío.

A nuestra familia debemos todos nuestros sentimientos de afecto, veneración y amor. Es la base y el origen de toda civilización, la verdadera educadora, la que nos enseña el bien, la que apela á todo cuanto hay más noble y elevado en nuestros

(1) Tennyson: *La hija del jardinero.*

sentimientos. ¿Pueden los mismos ángeles nada superior á esto: hacer felices á los demás?

Vuestra casa puede ser humilde, fea, sin poesía, fría, aun hostil; pero allí está la esfera de vuestra influencia y de vuestros deberes. Cuanto mayores dificultades encontréis en ello, más mérito y más felicidad tendréis en vencerlas.

Es más difícil soportar con paciencia los cuidados ó la injusticia, que llevar á cabo el trabajo más penoso: es un sacrificio de nuestro mismo ser, más costoso que cualquiera otro sacrificio de dinero, de tiempo ó de esfuerzo.

Pocos hombres sienten deseos de hacer desdichados á los demás; por otra parte, no es verosímil que esos pocos lean jamás lo que aquí digo. Pero es probable que en la gran mayoría de los casos lo que hace sufrir á otros sea más bien la falta de reflexión ó de tacto que la carencia de corazón. Acoged á todo el mundo con la sonrisa en los labios, con palabras benévolas y cordiales. No basta amar á quienes queremos, sino que es preciso darles muestras de nuestro cariño. A menudo, por ignorancia, por falta de reflexión ó de juicio, ofendemos á quienes más amamos y á quienes más quisiéramos servir.

Todos sabemos qué auxilio y apoyo moral encontramos en algunas sencillas palabras de estímulo.

«Muchas veces he dicho para mí—escribe lord Chesterfield—y sigo pensando siempre lo mismo, que una de las cosas más ignoradas es el verdadero modo de querer y de odiar. Se perjudica á aquellos á quienes se ama por excesiva indulgencia, cerrando los ojos ante sus defectos, á veces hasta alentándolos. Y cuando se aborrece, perjudícase uno mismo dejándose llevar de pasiones y arrebatos de ira exagerados.»

Hasta en medio de nuestros amigos es solitaria nuestra existencia: «Estamos con respecto á los otros como en islas diferentes de un mismo mar; estamos encerrados en la cárcel de nuestro cuerpo» (1).

---

(1) Juan Pablo Richter.

¡Cuán poco conocemos á nuestros amigos, á nuestros mismos parientes! Hasta los miembros de una misma familia viven á menudo en un verdadero aislamiento; sus existencias siguen líneas paralelas que nunca se encontrarán; no tienen ningún contacto real unos con otros.

«El corazón que nos ama con mayor ternura, y que más caro nos es, no adivina la mitad de los sentimientos que se esconden tras una de nuestras sonrisas ó uno de nuestros suspiros» (1).

Pasamos los días en discutir el tiempo, la última novela publicada, la política, la salud, las cualidades ó los defectos de nuestros vecinos, todo lo que ninguna relación tiene con nuestra vida interior, la cual es la única verdadera. Y hasta cuanto más vulgar y menos importante es una cosa, mayores probabilidades tiene de ser discutida, y quienes menos tienen que decir son precisamente los que más hablan.

Pocas personas se dan cuenta de que la conversación es un arte difícil. Para que una familia esté realmente unida y sienta al unísono, no bastan el cariño y la buena voluntad común; es preciso que también haya simpatía, así como la facultad de expresar y de hacer expresar ideas. Y si advertís que las gentes no se divierten, proponéos divertirlas.

Personas hay que hacen gala de decir siempre todo lo que les viene á las mientes. Sin duda, conviene que todos sean verídicos y sinceros. Pero la conversación exige alguna selección en las ideas. Si queremos interesar, necesitamos hacer algún esfuerzo para conseguirlo.

La primera víctima de un hombre que siempre está de mal humor, es él mismo: «Así, disgustando siempre á los demás y disgustado él de todo, no halla contento sino en estar siempre descontento (2)»; y no estando contento nunca de nada, jamás es feliz. Y, á ciencia cierta, disminuye también la dicha de los

(1) Keble.
(2) Pope.

demás. Hacer felices á quienes nos rodean, eso no exige ningún gran sacrificio por parte nuestra. Pero no basta querer; para conseguirlo se necesita tacto y estudio, hace falta constancia. Para hacer bien alguna cosa, buena ó mala, es menester aplicarse.

Mucho pueden las maneras benévolas y cordiales. Hay un refrán antiguo que dice: «Los modales constituyen el hombre.» Es cierto que más de un hombre ha debido su fortuna á sus maneras, como, con frecuencia, el carecer de ellas ha comprometido el buen éxito de otros muchos. El mismo primer ministro no siempre elige sus colegas únicamente por su práctica de los negocios, su elocuencia, su entendimiento ó su carácter, sino también á veces por sus modales. Prefiere aquellos que saben hacerse simpáticos á todo el mundo.

«Suele suponerse que la Concordia y la Discordia son expresiones derivadas de una metáfora musical. Tienen un origen más significativo: significan la unión ó la desunión de los corazones» (1).

Si no hay más remedio que reprender, hágase á lo menos con dulzura; sobre todo si se trata de niños, porque «la cunita de un niño se obscurece con más facilidad que el cielo estrellado del hombre» (2). Se dice que Rubens con una sola pincelada hacía llorar ó reir la cara de un niño. Y en la vida todos tenemos ese poder. A veces basta para ello una sola palabra.

Excelente máxima es la que nos aconseja reprender á solas y elogiar en público. Lo que digais en particular será escuchado con agradecimiento, porque en ello se advierte benevolencia. El efecto de vuestras palabras será más grande; al paso que un elogio público estimula más y recompensa mejor.

Sobre todo, si os veis obligados á reprender, hacedlo con firmeza pero con dulzura y como pesándoos; mientras os fuere posible, no mostréis ira ni acritud. «Si no hubiese estado co-

(1) Manwell, *Meridiana*.
(2) Juan Pablo Richter.

lérico, decía Architas á su esclavo, te hubiera castigado.» Si sentís ira, esperad por lo menos un momento y reflexionad antes de hablar. Mattheu Arnold afirma que la prueba más cierta de elevada cultura es una inagotable indulgencia que siempre se hace cargo de las circunstancias, y juzgando con severidad los actos juzga con dulzura á las personas. Pronto nos igualará á todos la muerte; acordaos de esto, y tratad á cada uno con cortesía, como conviene á un cumplido caballero.

A no ser por fuerza mayor, nunca os separéis con ira, ni aun con frialdad, de un amigo. Acordaos de que toda separación puede ser definitiva.

Hay palabras que son verdaderos rayos de sol; hay otras que se clavan como flechas en la carne y emponzoñan cual mordeduras de serpientes. Y si las palabras ofensivas pueden hacernos sufrir tanto, ¡cuánta felicidad deberemos á veces á una frase benévola!

Las buenas palabras—dice Jorge Herbert—no cuestan nada y valen muchísimo, porque: «Más de una flecha disparada al azar se clava en un blanco no previsto por el arquero; y más de una palabra pronunciada al acaso puede aliviar ó herir á un corazón lacerado.»

Ni siquiera es necesario siempre emplear palabras. Cuando Pedro negó á Cristo, nos dicen sencillamente que «el Señor miró á Pedro». Esa mirada de triste reconvención fué lo bastante: Pedro se retiró á llorar con amargura.

De igual manera que una mirada puede hacer sufrir, aun después de larga separación, una mirada basta á veces para llenar de júbilo el corazón. ¡Con qué ardor no deseamos el amistoso recibimiento de que estamos seguros! Basta una amable sonrisa para aclarar el día más obscuro. «Estar con quienes se ama: esto basta» (1).

---

(1) La Bruyère.

No seais demasiado retraídos. No temais demostrar cuáles son vuestros sentimientos. No sólo se debe ser afectuoso, sino que también se deben dar pruebas visibles del afecto. Sed tiernos, de un corazón siempre ardiente, atento y cariñoso. La simpatía presta mayores servicios que la caridad, el cariño vale más que el dinero, y una frase bondadosa causa más placer que un regalo.

Elegid vuestros amigos con mucha discreción: «son los adornos más bellos y preciosos de la existencia» (1). Escoged vuestra sociedad entre las personas honradas, «y lo seréis también vosotros», dice Jorge Herbert. «Dime con quién andas y te diré quién eres», dice un refrán español.

No es menos importante la elección de nuestras amigas. ¡Cuántos sabios han sido arruinados por sirenas, empezando por el rey Salomón! «Su noble carácter, extraviado por bellas idólatras, decayó hasta el punto de servir á inmundos ídolos» (2).

«La amistad es la joya de nuestra vida», ha dicho Lily; y el hombre que no tiene amigos merece profunda compasión, pues probablemente él es el único responsable de su aislamiento.

«Nadie es tan maldito por el destino, nadie está solitario tan por completo, que no vibre ningún corazón al unísono del suyo, aunque sea secretamente» (3).

¿Es preciso en absoluto, según la triste frase de Keble, que hayamos de estar todos aislados y solitarios?

«Encerrada cada cual en su oculta esfera de alegría ó de dolor, permanecen y viven separadas en sus celdas nuestras almas; y nuestros ojos ven lo que les rodea, con aspectos de felicidad ó de pena, según la luz interior que de cada corazón brota» (4).

Sin embargo, con frecuencia es apetecible la soledad; por-

(1) Cicerón.
(2) Milton.
(3) Longfellow.
(4) Keble.

que es difícil querer á su vecino, si se está condenado á no separarse nunca de él.

Ocurrirá forzosamente que de vez en cuando os creeréis con derecho á quejaros; pero entonces sed pacientes y razonables, tratad de colocaros en el punto de vista de los demás. Sobre todo, no os apresuréis nunca; la naturaleza no se apresura. «Quien mucho corre tarde llega», dice un refrán antiguo. Pero, sobre todo, no os déis prisa á reñir con las personas. Reflexionad primero, y aguardad antes de decidiros. Por muy resentido que pueda teneros la conducta de un amigo, al cabo de veinticuatro horas la vereis con otros colores.

Si habéis escrito una carta mordaz, chispeante pero ofensiva, guardadla hasta el otro día; y entonces puede apostarse doble contra sencillo que la romperéis.

Haced que vuestros amigos se os aficionen con la mayor fuerza posible; vale más no tenerlos, que no tenerlos seguros.

«No sigas la senda de los malos y no pongas el pie en el camino de los perversos. Apártate de él, no pases por allí, aléjate y marcha por otro lado. Porque no dormirían si no hubiesen hecho algún mal, y quitaríaseles el sueño si no hubiesen hecho caer á alguien; porque pan de maldad comen y vino de extorsión beben. Pero la senda de los justos es como la luz resplandeciente, que aumenta su esplendor hasta que llega á ser perfecto el día» (1).

Pero, aunque sea grave error conceder nuestra amistad á los malvados y á los necios, es poco cuerdo hacérnoslos enemigos, porque son muy numerosos.

Lamb dice ingeniosamente que las finezas hacen queridos á los ausentes; pero la bondad, la paciencia y la simpatía son aún más poderosos que los regalos.

Vuestros amigos tienen derecho á pediros todo lo que estéis en condiciones de darles, pero no lo tienen á pediros prestado.

«No pidais prestado ni prestéis— dice Shakespeare—porque

(1) *Proverbios.*

«se pierden á la vez el dinero y el amigo, y quien pide á préstamo no es económico.» Y Salomón nos advierte que «quien sale fiador de un extraño se arrepentirá de ello, pero quien aborrece las fianzas estará seguro».

Vuestros amigos os protegerán contra muchos peligros y tristezas. Cuando Augusto se vió agobiado de vergüenza por las liviandades de su hija Julia, decía: «Si aún viviesen Agripa ó Mecenas, no hubiera acontecido nada de esto.»

Y cuando hayais adquirido buenos amigos, sabed conservarlos.

«Los amigos que poseas y cuya amistad esté bien probada, sujétalos á tu corazón con círculos de acero» (1).

Nunca les déis motivo, por pequeño que sea, para quejarse de vosotros.

Y si la muerte llega á separarnos de nuestros amigos, aún podemos conservar la dulce esperanza de volver á verlos. Sin duda, esta esperanza no podría consolarnos de su pérdida, pero nos ayudará á soportarla con paciencia.

El acto más importante de la vida es de seguro el matrimonio. El amor parece embellecer é inspirar á la naturaleza entera. Transforma la humilde crisálida en aérea mariposa, hace brillar en primavera los más vivos colores en las alas de las aves, enciende la lámpara del gusano de luz, despierta el cántico de las aves y el canto de los poetas. La misma naturaleza inanimada parece experimentar su mágica influencia y las flores se engalanan con los matices más espléndidos.

«El hombre no puede conocer bendición más grande que una buena esposa, ni peor maldición que una mala»—dice Simónides.—«Una gotera perpetua en tiempo de recia lluvia y una mujer quisquillosa, todo viene á ser uno..... Vale más habitar en el rincón de un granero á solas, que con una mujer regañona en una gran casa» (2).

---

(1) Shakespeare.

(2) *Proverbios.*

Es bastante delicado el dar un consejo útil respecto á la elección de mujer. Sin embargo, conviene hacer algunas reflexiones. No es bueno casarse demasiado joven. No hagais un matrimonio por dinero, ni un matrimonio sin dinero. Y á menos de estar segurísimos de que de veras queréis aceptar todas las cargas del matrimonio, no os caséis; porque los casados son, ó muy felices, ó muy desgraciados. Es una responsabilidad muy grande el tomar mujer. No os fiéis de apariencias ni os dejéis engañar por ellas, «porque el matrimonio no es asunto de miradas y de manos juntas, sino de razón y de corazón» (1).

Una buena esposa es un sostén, no sólo en nuestra vida física, sino también en nuestra vida moral. «Los más viles, cuando aman—dice Shakespeare,—ven desplegarse en su corazón una nobleza que no es propia de su carácter.» Y si hasta los más viles sienten esa influencia bienhechora, ¡cuánto más poderosa no ha de ser en aquellos cuyo corazón es ya noble!

«Si un matrimonio es feliz—dice Tertuliano—¿dónde encontraremos palabras dignas de celebrar esa ventura?..... Porque aquellos á quienes une esa dicha, no se separan en los cuidados, ni en la adversidad ni en la alegría. Nada se ocultan; jamás se cansan uno de otro.»

Aceptais á vuestra mujer, según las admirables palabras de nuestro ritual, «para la buena y mala fortuna, para la riqueza y la pobreza, para la enfermedad y la salud, para amarla y quererla hasta que os separe la muerte.»

«Un matrimonio feliz—dice Stanley—es un punto de partida nuevo en la vida, otro comienzo de ella, una fuente de nuevas felicidades y obras; es la única ocasión que se nos presenta de decir adiós para siempre á nuestro pasado, á todas sus faltas y locuras; de emprender, llenos de esperanza, de

(1) Jeremías Taylor.

ánimo y de fuerza, nuevo camino en busca del porvenir que ante nosotros se abre. Podemos hacer de nuestra casa una imagen de la bienaventuranza celestial. Marido y mujer, padre y madre, hermanos y hermanas, padres é hijos, cada cual puede á su modo ayudar y sostener á los suyos mejor que otro cualquiera podría hacerlo; porque son perpetuas las ocasiones de obrar bien, y cada miembro de la familia conoce el carácter de los restantes mejor que el de cualquiera otra persona. Nadie sabría interesarse tanto por ellos, por su felicidad, por su gloria, por su belleza moral, por su bondad, porque tienen la misma sangre y la misma carne, y la felicidad y la gloria de cada uno es para todos felicidad y gloria; sus sufrimientos, sus debilidades ó sus desmayos pertenecen á todos por igual y todos padecen por ello igualmente. Y por la pureza, la fuerza ó la nobleza de uno, todos los demás se elevarán, á pesar suyo, hasta el deber, hasta el cielo, hasta Dios.»

Por último, los hijos son una responsabilidad grande y deliciosa al mismo tiempo. Dícese á menudo que se nos han dado y los padres imprevisores excusan su negligencia diciendo: «Puesto que Dios les ha dado boca, les dará qué comer.» Pero Matthew Arnold advierte con acierto que pocas cosas hay menos disculpables que dar el ser á pobres criaturillas á quienes no se puede alimentar como se debe, ni educarlas en un bienestar relativo y bastante seguro. ¡Crezcan calentados por un rayo de amor! Todo hijo que conoce el benéfico calor del cariño, estará mejor preparado para resistir las tempestades de la vida.

Sólo quien ama á sus hijos sabe cuán deliciosos acentos penetran en el alma de quien vive en comunión con esos seres queridos; su puerilidad, sus balbuceos, sus rabietillas, su inocencia, sus imperfecciones, sus exigencias, son otras tantas pequeñas fuentes de alegría y de consuelo para quien se goza en poseerlos y gusta de su sociedad. «Pero quien no ama á su mujer y á sus hijos alimenta en su casa á una leona y sostiene un manantial de tristezas; la bendición celeste misma no podría

hacerle feliz. De suerte que todos los mandatos de Dios para que amemos á nuestra esposa no son sino otras tantas necesidades y motivos de alegría que nos impone» (1).

XII

DE LA APLICACIÓN

Nunca despilfarréis nada; pero, sobre todo, no derrochéis jamás el tiempo. Cada día no aparece más que una vez, y ya no vuelve. El tiempo es uno de los dones más preciosos del cielo: una vez gastado, nada puede devolvérnoslo.

«El mismo cielo es impotente contra el pasado; pues lo que fué ha sido, y la hora extinguida no renace jamás» (2).

No empleeis el tiempo de manera tal que más adelante hayais de estar pesarosos de ello. No hay pensamiento más melancólico que el de «es demasiado tarde» ó «aquello hubiera podido ser». El tiempo es un depósito que se nos ha confiado; tenemos que responder del empleo de cada instante. «Sed económicos de sueño, como de alimento; pero, sobre todo, económicos de tiempo.»

Nelson dijo que la explicación de su fortuna se la daba el hecho de haber llegado á todas partes un cuarto de hora antes del momento en que se le esperaba. Nunca se debe decir á los niños, según lord Melbourne, más que estas palabras: «A vosotros os toca labrar vuestra suerte en la vida; os moriréis de hambre ó medraréis, según los esfuerzos que hayais hecho.»

Por otra parte, la aplicación no sólo es un elemento esen-

(1) Jeremías Taylor.
(2) Dryden.

cial para conseguir buen éxito; también ejerce bienhechor influjo sobre el carácter. «No seas nunca perezoso—dice J. Taylor;—antes, por el contrario, llena todos los ámbitos de tu espíritu con alguna ocupación útil y absorbente. Porque el pecado se introduce con facilidad en todos esos huecos que dejan la inacción del alma y la pereza del cuerpo; porque todo hombre perezoso, robusto y desocupado cae en la lujuria, si le asalta la tentación. Pero, de todas las ocupaciones, el trabajo corporal es la mejor y la más poderosa contra el demonio.»

El tiempo que consagramos á nuestros deberes públicos no se pierde. A menudo, en él aprendemos «el lujo de poder hacer bien».

Cuantos lo deseen, pueden ser hombres animosos y buenos patriotas. Todos pueden colaborar dentro de ciertos límites en cualquiera movimiento que tienda al bien público, en cualquiera obra cuyo resultado sea hacer más felices, más sanos, más virtuosos á los hombres.

XI

DE LA VIDA SOCIAL

Con legítimo orgullo decimos que la casa de todo inglés es su castillo. Pero eso no basta: debiera ser también el centro de todos sus pensamientos, su *home*. La ley de su país es lo que la convierte en una fortaleza; sólo su voluntad puede hacer de ella su hogar, su *home*.

¿Cómo lo consigue? Por el amor, la simpatía y la confianza. Los recuerdos de nuestra niñez, la bondad de nuestros padres, las esperanzas de nuestra juventud, todos los vínculos de simpatía y de admiración que nos unen á nuestros hermanos y hermanas, los pequeños servicios que les prestamos, nues-

tras esperanzas, nuestros intereses comunes: eso es lo que constituye la fuerza y la santidad de nuestro hogar doméstico *(home)*.

Una casa donde no habita el amor puede ser una fortaleza ó un palacio; nunca será un *home*, pues sólo por el amor existe. «Una casa donde no mora el amor no es un domicilio humano, como un cuerpo sin alma no es un hombre».

«El trabajo no es menos esencial para el espíritu que para el cuerpo. Un día de cuidados agota más que una semana de trabajo. El cuidado descompone el cuerpo entero, el trabajo asegura su buen funcionamiento y su salud; el ejercicio muscular da salud al cuerpo, el ejercicio cerebral da tranquilidad al espíritu; el trabajo mental da paz al corazón» (1).

«Dad á una joven un verdadero trabajo, un trabajo que la ocupe desde el alba y la deje, rendida, por la noche, pero con la conciencia de haber trabajado útilmente para los demás; y la impotente tristeza de sus entusiasmos sin empleo, se trocará en una majestad de paz radiante y bienhechora» (2).

Poco importa lo que hacéis, con tal de que hiciéreis algo. No han sido estériles ni aun las tentativas para hallar la cuadratura del círculo y la piedra filosofal.

«Las palabras son hijas de la tierra, pero las obras son hijas del cielo», ha dicho Johnson. Y hagais lo que hiciéreis, hacedlo con toda vuestra alma, cultivad todas vuestras facultades; es menester servirse de ellas ó se atrofiarán.

«La historia del genio, ó á lo menos lo que de él podemos advertir, es la historia de un esfuerzo no destruído por ningún obstáculo.» Muy grandes hombres pretenden que el genio está constituído, sobre todo, por la aplicación. Una mujer de genio, Jorge Eliot, se burla de la idea de que sus novelas hayan podido escribirse por inspiración.

---

(1) Jancourt.
(2) Ruskin.

«El genio—decía Dwigt á los estudiantes de Yale—es la facultad de perseverar en el esfuerzo» (1).

En resumidas cuentas, es más fatigoso mendigar que trabajar, y produce menos ganancia. Todos debieran bastarse á sí mismos. «Un labrador puesto de pie—dice Franklin—es más grande que un noble puesto de rodillas.»

Hablando Cobbet de su célebre *Gramática inglesa,* dice: «Aprendí la gramática siendo soldado, con un haber de sesenta céntimos al día. Estudiaba sentado en el borde de la cama; la mochila era mi única biblioteca; una tablita encima de las rodillas era mi mesa; y mi tarea sólo me ocupó un año de mi vida. No tenía dinero para comprar velas ó aceite; rara vez lograba en invierno tener otra luz sino la del fuego, y no me llegaba con frecuencia el turno de sentarme junto á él. No creais que era poca cosa la monedilla que de vez en cuando gastaba en comprar tinta, plumas ó papel. Esa monedilla ¡ay! era una gran suma para mí. Todo el dinero que me quedaba, después de mis gastos reglamentarios de alimentación, eran veinte céntimos por semana. Recuerdo (nunca se me olvidará) que una vez cierto viernes, abonados todos mis gastos, me quedaban cinco céntimos cabales para comprarme un arenque ahumado con que almorzar al siguiente día. Pero al desnudarme aquella noche, casi muerto de hambre, ví que había perdido mis cinco céntimos. Metí la cabeza debajo del miserable cobertor de la cama y lloré como un niño. Y, lo repito, si en medio de tales dificultades he podido proseguir mis tareas y acabarlas, ¿hay ni puede haber en el mundo entero un solo joven que pueda encontrar una excusa para conducir á su vez á buen término las suyas?»

Cobbet no tenía dinero, pero sí energía y valor. «La mayor parte de los hombres—dice Bacon—no parecen comprender las riquezas ni la fuerza de que disfrutan; se fían demasia-

(1) El genio es una larga paciencia (Buffon.)

do de aquéllas y poquísimo de ésta. La independencia y la abnegación enseñarán á un hombre á beber agua de su propia cisterna y á comer su propio pan, hallándolo sabroso, á trabajar y aprender fielmente para ganarse la vida y sacar el mayor partido posible de las cosas que se le confían.»

«Trabaja á todas horas, con ó sin recompensa—dice la Naturaleza;—trabaja nada más, y la recompensa vendrá por sí misma; sea delicado ó grosero tu trabajo, ya consista en sembrar trigo ó hacer epopeyas, con tal que lo hagas honradamente y puedas quedar satisfecho, te aseguro que te traerá una recompensa sensible y moral. Poco importan las derrotas: la victoria es tu herencia. La recompensa de todo buen trabajo está en haberlo hecho» (1).

El gran hechicero Miguel Scott—(refiere Walter Scott)—vió que no podía protegerse contra el espíritu que le servía, sino dándole trabajo perpetuo. Esto es universalmente verdadero:

«El Espíritu del mal, expulsado del corazón del hombre, volvió á presentarse; y hallándolo vacío entró de nuevo en él, con otros siete espíritus aún peores» (2).

La pereza no es un descanso; fatiga más que cualquier trabajo. Los romanos decían: *Difficilis in otio quies.* Es difícil descansar no haciendo nada.

Nunca os apresuréis. La naturaleza no se apresura. El primer consejo que da un guía suizo á los jóvenes ascensionistas es el de ir *immerlangsam*, lenta y seguramente, pues cuanto más despacio se sube más pronto se llega á la cumbre. Deteneos de vez en cuando, pero no andéis de acá para allá. El gran secreto de todo progreso está en no apresurarse nunca y en no divagar jamás. Dice un proverbio oriental: «La precipitación es enviada por el demonio; pero la paciencia abre la puerta de la felicidad.»

Muchas personas parecen creer que se puede ganar tiempo

(1) Emerson.
(2) Parábola del Señor.

apresurándose. Esto es un error grandísimo. Es preciso ir deprisa, pero importa mucho más hacer bien una cosa que acabarla con rapidez.

Por otra parte, lo que se hace con irregularidad, por accesos y con precipitación, agota mucho más y requiere un esfuerzo mucho mayor que si se anda despacio, seguramente, á paso regular, sin precipitaciones ni confusión.

La precipitación no echa á perder sólo la obra, sino también la vida.

«Trabaja sin prisas y sin descanso»: tal era la máxima de Gœthe. La palabra *descanso* no reproduce por completo su pensamiento, á decir verdad. «Avanza sin precipitación; que ningún acto inconsiderado comprometa para siempre los progresos de tu espíritu. Reflexiona bien, y sabe distinguir lo bueno; persíguelo entonces, sabiendo de qué poder dispones. Avanza sin precipitación: años sin cuento no pueden redimir un solo acto irreflexivo. No te detengas. La vida prosigue su rápido curso. Ve, lleno de audacia, esperando á que llegue la muerte. Deja en pos de ti algo poderoso y sublime que venza al tiempo. Es magnífico sobrevivir á las formas perecederas de que estamos revestidos» (1).

Trabajad con todas vuestras fuerzas, por consiguiente; pero no os apresuréis, no abultéis las cosas y no os inquietéis con exceso. Levantaos temprano; dad á vuestros músculos y á vuestro cerebro todo el descanso y el ejercicio que requieren; sed moderados en la comida, dormid siempre lo suficiente, no os afanéis de un modo inútil, y estad seguros de que vuestro trabajo no os hará daño. Los cuidados y las excitaciones, la impaciencia y la ansiedad no adelantarán vuestra labor y pudieran mataros á la larga, ó cuando menos acarrearos alguna enfermedad grave. Pero si vivís de una manera apacible y tranquila, el trabajo intelectual y el pensamiento serán para

(1) Gœthe.

vuestro espíritu lo que para el cuerpo son el ejercicio y el aire libre.

Sean cuales fueren vuestros deberes y obligaciones, cumplidlos lo mejor posible.

El duque de Wellington debió sus victorias tanto á sus facultades de hombre de negocios como á sus talentos de general. Se ocupaba con mucha asiduidad de todos los detalles de alimentos y subsistencia; sus caballos tenían siempre qué comer, sus hombres buenos vestidos, buenos zapatos y excelente alimento.

«¿Has visto un hombre hábil en su trabajo? Estará al servicio de los reyes» (1), dice Salomón. Y San Pablo nos alienta á «no ser perezosos para otro: sed fervientes de espíritu, servid al Señor».

La aplicación trae siempre consigo su recompensa. Colón descubrió la América buscando el paso occidental para las Indias, y Gœthe nos hace notar que Saul encontró un reino buscando las burras de su padre.

«Tened la resolución de cumplir vuestro deber—dice Franklin,—y haced siempre lo que hayais resuelto hacer.»

Supónese á veces que el genio puede suplir al trabajo. Es un gran error. Los hombres mejor dotados no triunfan sino con el trabajo; algunos de los mayores genios han triunfado en la vida más bien á fuerza de aplicación que por efecto de sus dones naturales. Sin duda, es innegable que ciertos hombres están infinitamente mejor dotados que otros. Pero si dos hombres de la misma edad siguen la misma carrera, el que poseyendo las más brillantes facultades no sepa emplearlas metódicamente, con energía y virilidad, se verá adelantar, á la larga, por un competidor de menos dotes, pero aplicado y enérgico. El trabajo sin genio será, de seguro, más fructuoso que el genio sin trabajo. No hay ventajas ni talentos, apoyos

(1) *Proverbios.*

ni poderosas amistades, que puedan reemplazar la falta de aplicación y los defectos de carácter.

Grosseteste, obispo de Lincoln y grande hombre de Estado, tenía un hermano perezoso, el cual se le presentó una vez á pedirle que le hiciese un personaje. «Hermano—le respondió el obispo,—si está roto tu arado, haré que lo compongan; si se te ha muerto un buey, te compraré otro; pero no puedo hacer de ti un hombre importante: labrador te encuentro y labrador seguirás, mucho lo temo.»

Milton no era sólo un hombre de genio, sino también un trabajador infatigable. He aquí las noticias que nos da acerca de sus costumbres. «En invierno, con frecuencia mucho antes de que el sonido de la campana despierte al hombre para el trabajo ó la oración; en verano, desde el primer canto de las aves, y á veces antes, me pongo á leer los mejores autores, ó hago que me los lean en voz alta, para preparar la atención ó dar pasto á la memoria; después, por medio de un trabajo sincero y generoso, que da salud y resistencia al cuerpo, rindo obediencia viva, sincera y espontánea al espíritu para ayudar á la causa de la religión y á la libertad de mi patria.»

No miréis nunca vuestro trabajo como un deber desagradable. Sólo de vosotros depende hacerlo interesante. Hacedlo con ardiente corazón; haceos dueños de todas las dificultades de vuestro asunto, examinad todas las causas que han podido modificar su historia y estudiar todos sus aspectos; pensad en todo el bien que puede realizar aun el trabajo más humilde; veréis entonces que todo deber merece excitar vuesto entusiasmo. Concluiréis por amar vuestro trabajo; y si lo hacéis con gusto, lo haréis con facilidad. Aunque al pronto os parezca imposible esto y fastidioso vuestro trabajo, sin embargo, puede ser que de ello obtengais una gran ventaja; como un viento de montaña un poco rudo, así el esfuerzo mismo fortalecerá vuestro carácter.

Suele preguntarse, y es pregunta importantísima, cuánto tiempo debe concederse al sueño. La naturaleza es quien debe

decidirlo. Ciertos temperamentos tienen necesidad de dormir mucho. Sería imprudente disminuir la cantidad de sueño que la naturaleza exige. El tiempo que se pasa durmiendo bien, jamás se pierde. Nada restaura con más eficacia la energía nerviosa, y en esta materia todo es poco para quienes viven en las ciudades.

La división del día adoptada por sir Edward Coke era la siguiente: «Seis horas de sueño, seis estudiando el Derecho, cuatro rezando, las demás, contemplando la naturaleza.»

Sir W. Jones modificó así la fórmula: «Seis horas para el Derecho, siete para el sueño bienhechor, diez para los negocios del mundo y todas para el Cielo.»

Siete horas no me bastarían. Es necesario dormir lo suficiente, para estar dispuesto de veras al trabajo, al despertarse.

Durante nuestros días de tristeza, sirve de gran alivio toda ocupación que distraiga de nosotros mismos nuestro pensamiento.

«La dicha de la vida consiste en tener siempre algo que hacer, alguien á quien amar, alguna cosa que esperar» (1). Con frecuencia, á decir verdad, llenamos nuestras horas inocupadas con toda especie de vanos temores y de inútiles cuidados.

Estad siempre ocupados, porque «en el trabajo y en el pensamiento encontrarás la paz que la tristeza nunca conoce (2).»

«Cualquiera comarca es una patria para el sabio,—dice el viejo Lily—y cualquiera casa, un palacio para el espíritu tranquilo.»

Sin embargo, trabajad con ayuda de la naturaleza y no contra ella. No intentéis remontar la corriente, á menos de veros obligados á ello, lo cual ocurre á veces. En este caso,

(1) Chalmers.
(2) Stirling.

remontadla con energía; pero, generalmente, nos ayuda la naturaleza si no la contrariamos.

«Porque, como en todo lo moral, quien menosprecia una ley de la naturaleza, las menosprecia todas. Entonces el universo entero se levanta contra él, y la naturaleza se arma de todos sus poderes incontables é invisibles para vengarse de él y de su posteridad, sin que pueda prever en qué momento ni de qué manera. Por el contrario, quien obedece á todas las leyes de la naturaleza, de todo corazón y con todas sus fuerzas, verá cómo colabora todo en favor suyo. Estará en paz con el universo físico. El sol encima de su cabeza y el polvo debajo de sus piés acudirán en su ayuda; porque está de acuerdo con la voluntad de Aquel que hizo el sol, el polvo y todas las cosas, y que les impuso una ley que nadie puede menospreciar» (1).

XIII

DE LA FE

Dicen las obras de estadística que, de 1.500 millones de hombres, 400 son budistas, 350 cristianos, 200 bramánicos y 150 mahometanos. Pero Selden, aunque exagera en sentido contrario, estaba de seguro más cerca de la verdad al decir que «los hombres pretenden tener todos la misma religión para vivir tranquilos; pero, si se miran despacio las cosas, difícilmente se encontrarían tres hombres que tengan de todo punto la misma religión.»

Nada tiene de extraordinario que así suceda. Puesto que no sabemos casi nada de este mundo, de ningún modo podemos esperar tener mayores informes acerca del otro.

(1) Kingsley.

«El maravilloso mundo en el cual vivimos ahora—dice Canon Liddon—es un templo de misterios augustos é innumerables, esté abierto ó cerrado para nosotros el mundo de la fe. Quizá vayais mañana á dar un paseo por el campo: por todas partes las yemas que se hinchan de savia ó el verde suave y fresco de las hojas que se abren, os recordarán que ya se dispone la primavera á ofreceros el maravilloso espectáculo de su triunfo anual. Por todas partes están en derredor vuestro las pruebas de la existencia y de la actividad de un poder misterioso, el cual no podéis ver, ni tocar, ni definir, ni medir, ni comprender. Ese poder existe, sin voz, sin ruido, invisible, pero activo, en cada rama encima de vuestra cabeza, en cada brizna de hierba debajo de vuestros pies.»

La duda es en realidad el fundamento mismo de la filosofía. Vivimos en un mundo de misterios; y, si somos incapaces de explicar la existencia del más pequeño insecto ó de la flor más ínfima, ¿cómo podemos esperar comprender el infinito? «Reconocemos que los atributos del Eterno son el espacio y el silencio—dice el Dr. Martineau.—Cuando el rocío de la noche ha hecho caer el polvo levantado por los afanes del día, y la vista cansada por los tedios microscópicos del trabajo diario se dirige á los vastos espacios de la meditación; cuando la tierra duerme como un desierto, bajo el infinito estrellado, la Presencia Inefable nos abraza aún estrechamente y nos hace estremecernos con el áspero viento de la noche y clava sus miradas en nuestros ojos con las multiseculares luminarias del cielo.»

«La existencia humana se presenta al principio rodeada de misterio—dice J. Stuart Mill;—la estrecha región de nuestra experiencia es como un islote perdido en un mar inmenso, que eleva nuestros sentimientos á la vez que estimula nuestra imaginación por su inmensidad y su lobreguez. Lo que aún obscurece más el misterio es que el dominio de nuestra existencia terrena no sólo es una isla en el espacio infinito, sino también en el tiempo infinito.»

Pero si constantemente nos vemos obligados á permanecer por fuerza en la ignorancia y á suspender el juicio, no por eso debemos perder el ánimo.

Escrutamos muchas cosas que no podemos explicar. «Si me preguntáseis qué es el tiempo—dice San Agustín—no sabría decíroslo; pero lo sé perfectamente mientras no me lo pregunten». Dice Martineau: «Los que me dicen muchas cosas acerca de la naturaleza de Dios, los que hablan de Él como si conociesen sus motivos y designios en todo, los que no se apuran para explicar sin trabajo la estructura de todas las cosas y la razón y misericordia de cada suceso, ó alaban la acertada economía del Omnipotente, y la elogian con suficiencia cual si fuese una obra maestra de razonamiento ingenioso; los que se pasean con aire resuelto y paso seguro por todas las vías de la Providencia; esos tales, con la misma precisión de sus afirmaciones, me conducen á las peores angustias de la incertidumbre y de la duda, y me obligan á exclamar: «¡Prometedme menos cosas y os concederé todo cuanto podais pedirme!»

«En medio de los misterios—dice Herbert Spencer—tanto más misteriosos cuanto más se piensa en ellos, habrá siempre la certeza absoluta de que el hombre está en presencia de una energía infinita y eterna, de la cual emana todo.»

Por consiguiente, es preciso limitarnos á sentir; nunca podremos definirlo todo.

Gran número de las diferencias que separan en sectas á los hombres son *facciones,* más bien que religiones. A despecho del consejo de San Pablo, persisten en decir: «Yo soy discípulo de San Pablo, yo lo soy de Apolos.»

Atácase á menudo á los hombres de ciencia, con el pretexto de que les falta fe. Sin embargo, Thoreau dice: «En realidad, hay más religión en la ciencia que ciencia en la religión.»

Pero el hombre de ciencia que duda no es escéptico por deseo de mofarse; su duda no expresa desdén, sino veneración. Como dijo bien Tennyson:

«Vacilante en su fe, pero en sus obras puro, acaba por descubrir una armonía en el fondo de las cosas. Creedme: hay más fe en la duda honrada que en la mayoría de los credos.»

Permítaseme poner como ejemplo dos hombres que representan bien á su clase. Dice el profesor Tyndall: «Cuando trato de dar al poder que en el universo se manifiesta una forma personal ó impersonal, siempre recusa toda expresión intelectual. No me atrevo á valerme del pronombre personal *Él* para designarle; no me atrevo á llamarlo *Espíritu;* ni siquiera pretendo llamarlo una *Causa.* El misterio de su existencia me aplana». El profesor Huxley es uno de nuestros pensadores más ejercitados; además es librepensador y no gusta de las instituciones religiosas establecidas. Pero nos dice: «Me es posible concebir la existencia de una Iglesia establecida y que fuese un beneficio para todos. Sería una Iglesia donde cada semana habría oficios consagrados, no á repetir proposiciones de teología absoluta, sino á desarrollar un ideal de vida justa, pura y noble; sería aquel un lugar donde todos aquellos á quienes agobia el peso de sus cotidianos afanes encontrarían un instante de reposo en la contemplación de la vida superior, que está al alcance de todos aunque pocos la alcanzan; donde el hombre que lucha y trabaja con miras de lucro tendría tiempo de ver cuán mezquinas son las recompensas que busca, si con la paz y la caridad se comparan. Creedme: Si existiera esa Iglesia, nadie querría la supresión de ella.»

Los teólogos intentan necesariamente expresarse en un lenguaje que todos puedan comprender. Sería injusto tomarlo al pie de la letra. Cuando los poetas hablan de la salida del sol, no se les acusa de ignorar la astronomía. Cuando se afirma que es la tierra quien gira y no el sol, no se dice ninguna herejía contra Shakespeare ó Tennyson. Los descubrimientos de la ciencia exigen un lenguaje aparte. Puesto que no podemos describir una flor ó una piedra sin forjar palabras nuevas, con más razón es imposible expresar el Infinito en términos humanos. ¿Por qué extrañarse entonces de que en otro tiempo se

atribuyesen á la presencia de espíritus ciertos fenómenos que se deben á enfermedades nerviosas?

Ningún mérito hay en creer lo que os es imposible explicar ni comprender. No hay mérito ninguno en creer sin evidencia suficiente, ó en persuadirnos de que creemos una cosa que no comprendemos. Hasta es imposible creer en lo que no se funde en *ninguna* evidencia. Tenemos el deber de no creer sino lo que sabemos que es verdadero, y suspender el juicio en todo lo demás.

Muchas personas aparentan que están obligadas á creer ó á no creer en todo. Y, sin embargo, muy á menudo no tenemos derecho á expresar nuestra creencia ni nuestro escepticismo.

La verdadera fe no es ninguna cosa intelectual. Debe ser cosa viva, y la fe sin obras es muerta. Selden compara la fe y las obras al calor y la luz: «Por la inteligencia puedo establecer separación entre ambos, lo mismo que sé cómo hay en la llama de una vela calor y luz reunidos; pero soplad la vela y los dos desaparecen juntos.» Las alusiones del magnífico capítulo undécimo de la *Epístola á los Hebreos* refiérense á las obras. Por la fe hizo Abel sus sacrificios, por la fe construyó Noé el arca, por la fe abandonó Abraham su tierra natal. Todos tendrían, ó por lo menos se admitirá que todos creían tener, una razón suficiente para creer y obrar como lo hicieron. Se les alaba por haber mirado cara á cara á un deber penoso ó difícil, que cumplieron sin vacilar, porque *creían* que eso era su deber. Sin embargo, uno de nuestros deberes (y no es el más fácil) consiste en suspender el juicio siempre que es insuficiente la evidencia. Hay numerosísimos casos en que la duda es de seguro un deber y casi una virtud.

«Nuestros minúsculos sistemas tienen un día de moda; tienen su día y dejan de existir. No son sino pálidos destellos de la verdad; y tú, ¡oh, Señor!, eres más grande que todos ellos» (1).

(1) Tennyson.

Poco á poco se levanta el velo que nos oculta la verdad, pero en innúmeras cuestiones no tenemos por ahora más remedio que contentarnos con seguir siendo ignorantes.

«Nuestra felicidad como hombres depende por fuerza de nuestro consentimiento en no conocer sino muy imperfectamente las cosas, aun las que más de cerca nos interesan. Todo nuestro gozo en la vida, toda nuestra facultad de obrar enérgicamente depende de nuestra capacidad de vivir y respirar en medio de una nube opaca. Satisfagámonos con verla abrirse á trozos, regocijémonos de poder vislumbrar á través de sus rasgones la realidad estable. Y comprendamos que hay cierta hermosura y nobleza en la misma obscuridad que nos rodea; y agradezcamos la existencia de ese velo bienhechor que nos oculta la excesiva luz que hubiera podido abrasarnos y la claridad infinita que hubiera podido fatigarnos» (1).

El profesor Huxley dice con razón: «Quien recuerde lo que me atrevería á llamar la parte soleada del cristianismo; su ideal varonil, mezcla de fuerza y paciencia, de justicia y compasión por la debilidad de los hombres, del deseo de ayudar al prójimo hasta el punto de sacrificarse uno mismo, de pureza y nobleza morales; ese ideal descrito por los apóstoles y en el cual creyeron legiones de mártires cuya fe era inconmovible; de donde hombres y mujeres de obscuro linaje, como Juan Knox y Catalina de Siena, tomaron alientos para hablar con severidad á pontífices y reyes; quien recuerde ese ideal, digo, nunca estimará por bajo de su valor la importancia de la fe cristiana en la evolución histórica del hombre.»

Dice San Marcos que uno de los escribas se acercó á Cristo y le preguntó cuál era el primero de todos los mandamientos. «Y respondióle Jesús: El primero es éste: Escucha, ¡oh, Israel!, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu pen-

(1) Ruskin.

samiento y con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento. Y he aquí el segundo, que se le asemeja: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. No hay otro pensamiento más grande que éste. Y el escriba le respondió: Maestro, has dicho bien y según la verdad, que no hay más que un solo Dios y que no hay otro más que Él, y que amarle con todo su corazón, con toda su inteligencia, con toda su fuerza, y amar al prójimo como á sí mismo, es más que todos los holocaustos y que todos los sacrificios. Viendo Jesús que había respondido como hombre inteligente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios.»

XIV

DE LA ESPERANZA

A muchas personas he oído manifestar su sorpresa porque se ponga la esperanza entre las virtudes, con el mismo título que la fe y la caridad. Compréndese que se pueda admitir la fe como virtud; la caridad también lo es visiblemente; ¿pero la esperanza? Sin embargo, puesto que la desesperación es un mal, la esperanza tiene que ser una virtud. La fortaleza y la tenacidad suponen la esperanza; y la fortaleza es una prueba de carácter muy superior á todo acto aislado de heroísmo, por noble que sea. Más de una mujer sacrificada é infeliz es una verdadera mártir.

No toméis las cosas muy á pechos. Nadie es vencido si no está acobardado.

Con el ingenioso buen juicio que le caracterizaba, dijo acertadísimamente Sydney Smith que si queremos hacer bien en este mundo «no debemos estar tiritando á orilla del río, pensando en el peligro y en el frío, sino tirarnos al agua con valor y cruzarla á nado, bien ó mal». ¡Cosa extraña! Rara vez

temen los hombres los verdaderos peligros; tienen mucho más miedo á los peligros imaginarios. Por ejemplo: tienen un miedo absurdo al ridículo.

Nunca os dejéis llevar de un sentimiento de vergüenza irrazonable. San Pedro hizo frente á los fariseos y á los soldados, pero retrocedió ante las pullas de los criados y servidores del Gran Sacerdote.

«Los cobardes mueren muchas veces antes de su muerte, los valientes no prueban la amargura de ésta sino una sola vez» (1).

Don Quijote, colgado por la muñeca en la ventana de la cuadra, creía estar sobre un abismo espantoso; pero, así que Maritornes hubo cortado la cuerda, vió que estaba á pocas pulgadas del suelo.

Los leones que aterrorizaron á Desconfiado y Timorato en el *Progreso del Peregrino*, estaban encadenados; Cristián lo vió así, en cuanto se acercó á ellos con audacia.

¡Cuántos ejércitos victoriosos de día huyeron de noche durante un pánico! La palabra «pánico» ha concluído por significar un terror sin fundamento. Y aun durante el día, muchos terrores y ansiedades carecen de fundamento.

El hombre que se queja de su suerte debiera preguntarse con quién querría cambiarla. No puede esperar tener á un tiempo la salud de éste, las riquezas de ese y la felicidad doméstica de aquél. Si está disgustado de su vida, le es preciso cambiar todo ó nada.

Coleridge, aplastado bajo el peso de la desventura, escribía á Sir Humphrey Davy: «En medio de todos estos cambios, humillaciones y terrores, permanece en mí el sentimiento del Eterno y sostiene contra todo ataque la firme creencia de que todo cuanto sufro está lleno de bienes para mí.»

Por consiguiente, no os dejéis llevar nunca de la desesperación. Todo se rescata, menos la desesperación. «¡Desdichado

(1) Shakespeare.

de aquel cuyo corazón se acobarda!», dijo Jesús, hijo de Sirac.

«Si el corazón se anonada, entonces todo está aniquilado: más hubiera valido no nacer» (1).

«Soportar nuestro destino es vencerlo» (2).

«Evitad las decisiones desesperadas: pasará el día más tenebroso, si tenéis valor para vivir hasta el día siguiente» (3).

Todo el mundo se equivoca. «El que nunca se equivoca no hará nada jamás», hase dicho con razón. Pero nunca se debe incurrir en el mismo error dos veces. Que vuestros errores os sirvan de lecciones, con lo cual se convertirán en peldaños para conduciros á una vida superior.

José Hume afirmaba que prefería tener un carácter alegre á 250.000 pesetas de renta.

Para la acción, el presente es todo. Pero, en cierto sentido, vale más y es más cuerdo vivir en el pasado y en el porvenir. Muchas desgracias se deben á que hemos sacrificado el porvenir por el presente, la felicidad de los años futuros por la satisfacción de un momento. Sin duda, «más vale un *toma* que dos *te daré*», pero nunca se sabe lo que el porvenir puede reservarnos; y los hombres más felices son aquellos que «tienen puestos su placer en el recuerdo y su ambición en el cielo» (4).

Nunca podremos equivocarnos mucho, si constantemente pensamos en el porvenir; porque el hombre «no tiene más que desprenderse de lo transitorio y perecedero, á los cuales nunca debe asociarse la verdadera vida, y el Eterno y todos sus beneficios descenderán sobre él y habitarán en él.»

Casi me atrevo á decir que el hombre debiera ser viril ante todo, y tener «la voluntad de obrar, el ánimo de atreverse» (5);

---

(1) Gœthe.
(2) Campbell.
(3) Cowper.
(4) Ruskin.
(5) Scott.

porque «nuestras dudas son unos traidores que con frecuencia nos hacen perder un bien que está á nuestro alcance, quitándonos el valor de intentar la aventura» (1).

El valor no sólo es una virtud, sino una parte esencial del carácter viril. Un verdadero hombre debe ser atrevido, como una verdadera mujer debe ser dulce; pero, claro es que el hombre debe ser dulce tanto como animoso, y la mujer animosa tanto como dulce. La temeridad no es el valor. El valor no consiste en despreciar el peligro, sino en mirarlo cara á cara con firmeza. No hay valor en correr peligro sin necesidad; pero cuando hay peligro, la cobardía lo aumenta. Contemplarlo tranquilos y bravos cara á cara es también el mejor medio de librarse de él. Por el contrario, huir delante de un enemigo es el medio más seguro de hacerse matar; sobre todo si, como Aquiles, es invulnerable en todas partes excepto en el talón.

Para que las cosas lleguen á ser del todo terroríficas, parece ser generalmente necesaria la obscuridad. En cuanto vemos la extensión exacta del peligro y se acostumbran á él nuestros ojos, disípase gran parte de nuestro terror. Seamos siempre serenos y valientes.

No esperéis demasiadas cosas. Dice Gœthe: «Saber esperar poco y gozar mucho de las cosas, es el verdadero secreto de la vida.» Por tanto, no esperéis demasiado y tened paciencia. Todo le llega á punto á quien sabe aguardar. Se ha dicho con razón que las sombras más tristes que encontramos son las que nos creamos nosotros mismos. De todas maneras, debemos esperar tristezas; pero hay que aprender á sobrellevarlas con ánimo.

«En vuestros momentos de más sombría tristeza — dice Richter—acordaos de las brillantes horas de felicidad.»

«Sabed también que es una cosa sublime el sufrir sin debilidad.»

Por otra parte, siempre tenemos el consuelo de saber que

(1) Shakespeare.

«ocurra lo que quiera, el tiempo y la ocasión pasan á través de la jornada más tempestuosa» (1).

«Después del invierno viene el verano; tras la noche vuelve el día, y á la tempestad sigue la calma» (2).

Por negra que nos parezca la vida, recordemos que el tiempo suavizará las peores tristezas. «La tristeza puede durar una noche, pero con la mañana viene la alegría.»

«Calla, corazón triste, y cesa de quejarte. Aún luce el sol detrás de las nubes, tu suerte es la de todos: en cada vida preciso es que haya horas de tormenta, y que algunos días sean tristes y obscuros» (3).

Si os acontece algo que os parezca una desgracia, aseguraos de ello antes de creerlo por completo. ¡Suelen ser tan engañosas las apariencias! Vivimos en un mundo donde no conviene desalentarse por cosas frívolas. Antes de probar, nunca sabemos todo lo que somos capaces de hacer.

La tristeza y la desgracia son á veces amigos disfrazados. Nelson halló medio de aprovecharse hasta de su ojo perdido el día en que lo volvió hacia el lado de la señal de retirada, la cual no quería ver.

«Hay hombres—dice Sir E. M. Grant Duff, en su encantadora *Vida de Renan* — como quienes no hubiéramos querido vivir, pero cuya muerte envidiamos.» El cadalso ha hecho inmortales en la Historia tantos nombres como el trono; y si sufrimos, es por culpa propia ó para bien ajeno.

«El sabio no se sienta para lamentarse, sino que se pone alegremente á su tarea para reparar el daño» (4).

Al paso que conviene gozar plenamente y con agradecido corazón de todos los innumerables beneficios de la existencia, no debemos considerar como males absolutos nuestras triste-

---

(1) Shakespeare.
(2) *La Imitación.*
(3) Longfelloso.
(4) Shakespeare.

zas y nuestros sufrimientos. Nadie podría considerarse mejorado por un buen éxito constante y no interrumpido; aun admitiendo que ese triunfo no corrompiese el carácter, acabaría por enervarlo y debilitarlo. Venciendo todas las dificultades, resistiendo todas las tentaciones, soportando con valor todas las tristezas es como se purifica, fortalece y eleva el carácter. «Puesto que estamos frente á la Eternidad, es preciso ir hacia ella noblemente» (1).

Por mucho que nos plazcan las caricias del suave céfiro y del sol de estío, no debe olvidarse que la naturaleza debe gran copia de su hermosura y sublimidad á las nieves y tempestades del invierno.

Las desdichas son como un viento rudo, pero que fortalece. Son necesarias para el desarrollo del carácter. Dice Epicteto: «¿Qué crees que hubiera sido de Hércules á no existir el famoso león, y la hidra, y el ciervo, y el jabalí, y todos aquellos hombres inícuos y crueles á quienes expulsó y de los cuales purgó á la tierra? ¿Qué hubiera hecho si no hubiese existido nada semejante? Es evidente que se habría embozado en el manto y echádose á dormir. Ante todo, hubiera dejado de ser Hércules si hubiese dormido toda su vida en la molicie y el ocio; y si hubiera sido Hércules, ¿de qué serviría? ¿Qué empleo habría dado á su brazo, á toda su fuerza, á su paciencia y á su valor, sin tales circunstancias y ocasiones para estimularle y ejecutarle?»

Cuando Sócrates fué condenado, se dolía Apolodoro de que lo hubiese sido injustamente. «¿Hubieras preferido que fuese culpable?» dijo el filósofo. «Porque—dice S. Pedro—es grato á Dios el que alguien, por motivo de conciencia, padezca malos tratos sufriendo injustamente; si al hacer bien se os trata mal y lo soportais con paciencia, eso complace á Dios.

(1) Geikie.

XV

DE LA CARIDAD

No sólo deberíamos obrar con los otros como quisiéramos que obrasen ellos á nuestro respecto, sino que también debemos ser benévolos con los demás si queremos que lo sean con nosotros. Si no les manifestamos alguna indulgencia, ¿cómo podrían tenerla para con nosotros? Por otra parte, es de observación general que una opinión caritativa tiene más probabilidades de ser fundada que otra cualquiera.

«Personas hay que, al parecer, creen que vencerán las dificultades de la vida como se dice que Anníbal pasó los Alpes rociándolas con vinagre» (1). Otras, están dispuestas á los mayores sacrificios, pero prescinden de esas pequeñas pruebas de bondad y de cariño que tanto valen para hacer feliz y dulce la vida.

Hasta si tenemos razones para quejarnos, la sinrazón que se nos hizo suele ser menos grave de lo que suponemos; y todo resentimiento no haría más que aumentarla. Ningún desafuero nos hace más daño que el deseo de vengarnos. Quien quiere perjudicar á otro se perjudica aún más á sí mismo; y la abeja perece por haber clavado el aguijón con demasiada ira.

Dicen que el buitre sólo tiene olfato para la carnaza, y preténdese que hay una tortuga que muerde antes de salir del huevo y después de su muerte.

---

(1) *Guesses at Truth.*

Hay personas que pasan la vida sin otra idea que encontrar defectos en todo. Sin embargo, más cuerdo es admirar que censurar, y una crítica malévola no tiene alcance. La crítica puede ser verdadera; sin embargo, no es toda la verdad. Es interesante estar entre bastidores, pero no es allí donde mejor se ve la obra. Proponeos ver más bien lo bueno que lo malo, en personas y cosas, y lo veréis casi siempre.

Tened siempre paciencia. Sabemos que si los niños lloran, de cada diez veces nueve es porque sufren; y los hombres no son sino unos niños grandes, desde este punto de vista como desde otros muchos. En hartos casos, si todo lo supiéramos, si conociésemos todos los sentimientos de quienes están de mal humor, les compadeceríamos en vez de incomodarnos contra ellos.

Si nos dicen que una persona está sufriendo, inmediatamente consigue nuestra indulgencia; nada le negamos, hacemos todo lo posible para aliviarle, le evitamos toda especie de molestia ó de fatiga. ¿Por qué no hacerlo así más que en esos momentos? ¡Cuánto mejor fuera ser siempre benévolos é indulgentes!

Nunca podemos conocer todo el peso de las tristezas, todos los cuidados, todos los sufrimientos íntimos de otro. Por consiguiente, hasta cuando creais tener derecho á quejaros, sed indulgentes. Por mucho que lo fuéreis, nunca será de sobra. Tomad á las personas por su lado bueno. *De mortuis nihil nisi bonum* es una excelente máxima; pero, ¿por qué limitarse á los muertos? ¿Cómo es que para una sola palabra cordial ó un solo acto bondadoso, nos refieren tantas anécdotas maliciosas ó duras críticas? ¡Lástima que no se hable de los vivos con tanta caridad como de los muertos!

No condenéis nunca con precipitación, y condenad lo menos posible.

«No juzgues á tu hermano; nunca podrás conocer todos los secretos de su cerebro y de su corazón. Lo que parece una mancha á tus ojos obscurecidos, pudiera no ser á la pura luz

de Dios más que una cicatriz dejada en su frente por algún duro combate victorioso, en el cual hubieras desmayado y sucumbido tú» (1).

Habrá, siempre hay, momentos en que sea preciso expresar desaprobación; pero, en tesis general, si no podéis decir una palabra benévola y caritativa, no pronunciéis ninguna. Dícese que Sydney Smith mandó recado á un amigo, el cual había hablado mal de él durante su ausencia, que le daba permiso para darle también de puntapiés cuando no estuviese delante. Sin embargo, en general preferimos que nos digan las verdades en nuestra cara, y no pasamos por que se hable de nosotros cuando nos es imposible defendernos. Pueden reirse las gentes y parecer regocijarse al oir cosas mordaces; pero estad seguros de que, naturalmente, deducirán que también diréis algo contra ellas y desconfiarán de vosotros, aunque al pronto se rían.

«Por eso, juzgad con indulgencia al hombre, hermano vuestro, y con mayor indulgencia todavía á la mujer, hermana vuestra, aunque hayan podido apartarse á sabiendas del buen camino, pues de humanos es errar. Estemos mudos ante la balanza. Nunca podremos ajustarla; dentro de ciertos límites podemos pesar lo que se ha hecho, pero nunca sabemos lo que se ha reprimido» (2).

Permítaseme defender también la causa de los animales. Dice con razón Séneca, que «con nuestros anzuelos y trampas, nuestras redes y nuestros perros (hoy pudiera añadir nuestras escopetas), estamos en guerra con todos los seres vivos.» Parece que no podemos evitar vivir en parte á expensas de las otras criaturas animales. Pero, precisamente por lo mismo que tanto les debemos, no es justo que les impongamos sufrimientos inútiles.

---

(1) A.—A. Procter.
(2) Burus.

«No mezclar nuestro placer ó nuestro orgullo al dolor de la más humilde criatura sensible» (1).

«Si tu corazón es puro, toda criatura será para tí un espejo de la vida, un libro de santa doctrina» (2).

Hoy no creemos ya que las bestias tengan alma; y, sin embargo, así lo creyó la mayoría de los hombres, desde Buda hasta Ringsley.

Sobre todo, las aves tienen algo de celestiales. «San Francisco de Asis, seguro él mismo de tener alma, creía por lo menos posible que las aves también la tuviesen, encarnada, como la suya propia, en una carne perecedera; no veía ningún descenso para el hombre en reclamar su parentesco de amor con seres tan bellos y maravillosos, los cuales (así lo creía él, con su sencillez antigua) alababan á Dios en los bosques como los ángeles en el cielo» (3).

Sea lo que fuere, conviene tratar á todos los animales con bondad y benevolencia: es un crimen imponerles sufrimientos inútiles. Wordsworth afirma que «la mejor parte de una existencia humana consiste en todos los pequeños actos innominados, olvidados de bondad y de amor.»

«Ora mejor quien más ama á todos los seres, grandes y pequeños, porque el Dios de bondad que nos ama los ha creado y los ama á todos» (4).

Entre todos los bellos pasajes de Shakespeare, no hay ninguno tan magnífico como aquel en que dice:

«Lo propio de la clemencia es no ser forzada; cae como el dulce rocío del cielo en el lugar puesto debajo de él. Dos veces bienhechora, hace bien á quien da y á quien recibe; su poder brilla sobre todo en los omnipotentes; sienta mucho mejor á los monarcas en el trono que la misma corona. Su cetro es

---

(1) Wordsworth.
(2) *La Imitación.*
(3) Kingsley.
(4) Coleridge.

el emblema de su poder temporal, es el atributo de la veneración y de la majestad, en una palabra, lo que hace temer á los reyes. Pero la clemencia está por encima de la autoridad del cetro, tiene su trono en el corazón de los reyes, es uno de los atributos de la divinidad. El poder terrestre que más se aproxima á Dios, es la justicia templada por la clemencia.»

Harto á menudo se considera la caridad como sinónimo de limosna, y sin duda tienen razón estos versos célebres:

«Los extranjeros y los pobres son enviados de Zeus; y la limosna, por pequeña que sea, es una dulce cosa.»

Pero la limosna no es más que una forma de la caridad; ni siquiera es su forma más elevada; y es la que, ejercida sin discernimiento, puede hacer más mal que bien.

El cariño y la simpatía tienen mucha mayor importancia.

«Enseñadme á compadecer los sufrimientos ajenos, á ocultar los defectos que veo, y la conmiseración que manifiesto á los demás tenedla por mis errores» (1).

Olvidad el mal, pero nunca olvidéis el bien. «¡Cuánto más penetrante que la mordedura de la serpiente es la ingratitud de un niño!» (2)

«¡Cuánto abundan los que no merecen ver la luz del día! Y, sin embargo, el sol sale diariamente» (3).

Supongamos que estais con el temor de una muerte próxima, que estais en víspera de comparecer desnudos y sin disfraz ante el Juez de toda la tierra para dar cuenta de vuestros actos para con el prójimo: ¿hay nada que más poderosamente pueda contribuir á ese espanto ante el juicio, como el pensamiento de haberos mostrado implacables y sin caridad para con los que os ofendieron, faltos de ese espíritu de perdón, que es vuestra única esperanza en aquella hora?» Y esos terrores naturales están justificados. Nuestro Señor dijo: «Pero

(1) Pope.
(2) Shakespeare.
(3) Séneca.

si no perdonais á los hombres sus ofensas, tampoco os perdonará vuestro Padre las vuestras.»

El divino precepto de que es preciso perdonar las ofensas y amar á nuestros enemigos, aunque se encuentra en otros sistemas de moral, es, sobre todo, un precepto cristiano. La Biblia afirma repetidas veces su importancia. «Porque si perdonais á los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial os perdonará también las vuestras: pero no os perdonará, si no perdonais á los hombres sus ofensas.» Aún hay más: no basta el perdón; se necesita ir más lejos. «Yo os digo: Amad á vuestros enemigos, bendecid á quienes os maldicen, haced bien á los que os odian, orad por quienes os ultrajan, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, porque Él hace lucir su sol sobre los malos y los buenos, y hace llover sobre los justos y los injustos.»

«La caridad—dice San Pablo—es paciente, está llena de bondad; la caridad no es envidiosa; la caridad no es insolente; no se infla de orgullo; no es malvada; no busca su interés; no se agría; no sospecha nada malo; no se alegra de la injusticia, sino que se goza en la verdad; excusa todo, cree todo, espera todo, soporta todo..... La caridad nunca perece; mientras que las profecías serán abolidas, cesará el don de lenguas, se anonadará el conocimiento.» Ahora, pues, permanecen estas tres virtudes: fe, esperanza y caridad.

«Pero la más grande es la caridad» (1).

---

(1) San Pablo.

XVI

DEL CARÁCTER

Para triunfar en la vida, son mucho más necesarios el carácter y la regularidad que el saber. No pretendo decir, entiéndase bien, que importa tener carácter porque á ese precio se consigue el buen éxito en los negocios, aunque no por eso es menos cierta la observación. Importa más hacer bien que saber que lo hacemos; y ya queramos llegar á ser virtuosos, ya deseemos medrar y ser felices, siempre hay que conducirse de la misma manera.

El valor de la vida se debe medir por su valor moral. Si tomais la resolución de no permanecer indecisos, si vuestra conciencia os dicta lo que se debe hacer, habréis encontrado la clave de toda la dicha que un pecador puede razonablemente esperar.

Nunca aumentaréis vuestra ventura, descuidando vuestro deber ó eximiéndoos de él. Signo de un hombre sabio como de un hombre virtuoso es «no parlamentar con temores indignos de un hombre; dirígese confiado allí donde el deber le llama, arrostra mil peligros si su deber lo exige, y fiando en su Dios los vence á todos» (1).

¿Qué se necesita para salir con bien en la vida?

Una sola cosa es necesaria. El dinero importa poco; el poder, la inteligencia, la fama, no son indispensables; la libertad no es precisa; la misma salud no es la única cosa necesaria. Lo necesario es el carácter, una voluntad completamente

(1) Wordsworth.

cultivada, eso es lo único que puede salvarnos; si eso no nos salva, de seguro seremos condenados.

Vuestro carácter será como hayais querido hacerlo. No todos podemos ser poetas ó músicos, grandes artistas ú hombres de ciencia, pero «hay otras muchas cosas de las cuales no puedes decir que no sirves para ellas. Haz todo cuanto esté por completo en tu poder: sé sincero, grave, laborioso, enemigo de los placeres, resignado con tu suerte, satisfecho con poco, benévolo, libre, sin afición al lujo, á la superficialidad, á la magnificencia. ¿No adviertes cuántas cosas puedes ejecutar desde hoy, para las cuales no tienes por excusa la ineptitud y la insuficiencia? Y, sin embargo, quedas voluntariamente por bajo de tus deberes. ¿Es una imbecilidad natural lo que te obliga á murmurar, á manifestar tu pereza, á dar halago y excusa á tu miserable cuerpo, á ceder á sus caprichos, á entregarte á la vanidad, á formar tantos proyectos? ¡No, por los dioses, no! Desde hace largo tiempo has podido verte libre de esos defectos. Empero, si en verdad naciste de ingenio tardo y poco agudo, preciso es que te intereses por este mismo defecto; que no descuides esa pesadez mental, ni en ella te complazcas.»

No hagais nunca nada de que hayais de avergonzaros. Hay una buena opinión, de la mayor importancia para vosotros: es la vuestra. «Una conciencia tranquila—dice Séneca—es una fiesta perpetua.»

Franklin, á quien debemos muchos consejos saludables, siguió un plan de conducta que no puedo aprobar de ninguna manera. Después de haber enumerado con claridad y exactitud las virtudes, dice: «Como me proponía adquirirlas todas, pensé que bueno sería no fatigar mi atención ocupándome de todas á la vez. Dueño de la primera, pasaría á la segunda y así sucesivamente hasta que hubiese adquirido todas trece (templanza, silencio, orden, fortaleza, frugalidad, aplicación, sinceridad, justicia, moderación, limpieza, paz del alma, castidad, humildad).»

Paréceme difícil que haya seguido este método, porque «si dais albergue á uno solo de los parientes de Satanás, le seguirá toda la familia.»

«Mucho nos extrañaría—dice el obispo Wilson—oir decir á alguien que acabase de dar limosna á un hombre: Vete á la taberna á gastar lo que te he dado, á jugártelo, á comprar algún ridículo juguete. Entonces, ¿por qué hacer uno mismo lo que sería absurdo aconsejar á otro?»

Caminad con la vista levantada y no baja. «Quien no levanta los ojos—dice Beaconsfield—sólo verá las cosas de la tierra; y el espíritu que no se atreve á volar á veces al cielo, está condenado á arrastrarse por la tierra.»

Sin duda, si se considera el fondo de las cosas, las ambiciones vulgares son despreciables; y nuestros más grandes hombres, Shakespeare y Milton, Newton y Darwin, no debieron nada á los honores y títulos dados por los Gobiernos.

Una de las grandes desventajas de las ambiciones vulgares consiste en no poder verse nunca satisfechas. En la ascensión de una montaña, cuando llegamos á una cima vemos otra erguirse ante nosotros. Los más grandes conquistadores, por ejemplo, Alejandro y Napoleón, jamás estaban satisfechos. Víctimas de una ambición excesiva, no podían «descansar y manifestarse agradecidos por su ventura.» «Quien está acostumbrado al triunfo y se ve detenido en su progreso—dice Bacon—está descontento de sí mismo y ya no es lo que era.»

Sin embargo, es ir demasiado lejos el afirmar como el poeta, que «una hora tumultuosa de vida brillante, vale más que un siglo sin renombre» (1).

La ambición egoista es como los fuegos fatuos: una engañifa brillante.

¿Qué puede por sí sola la alta alcurnia? María de Médicis, reina y luego regente de Francia, madre del rey de Francia, de la reina de España, de la reina de Inglaterra y de la du-

(1) Scott.

quesa de Saboya, fué abandonada por los soberanos, hijos suyos, quienes hasta se negaban á recibirla en sus dominios, y murió en Colonia en la miseria, careciendo casi de pan, al cabo de diez años de persecución. Todas las coronas son, más ó menos, coronas de espinas. Y cuanto más noble y concienzudo es quien lleva una, más pesan sobre él las responsabilidades del Poder. Es imposible no sentirse intranquilo cuando un solo error de juicio puede labrar la desdicha de millares de personas.

El hombre no ha sido hecho para quedarse estacionario, sino para adelantar; por lo menos, muchos no pueden estar quietos y necesitan avanzar ó morir. Sin embargo, en nuestras aspiraciones conviene que elijamos á conciencia los medios y los fines. Una elevación aparente no es más que un rebajamiento, si se ha logrado por medios indignos.

Entonces, ¿de qué manera podríamos conciliar esas dos necesidades contradictorias de nuestra naturaleza? Nuestra ambición debiera consistir en gobernar nuestra alma, que es nuestro verdadero reino. El verdadero progreso está en aprender cada vez más, en completarse cada vez más, en poder cada vez más. Y este progreso no conoce ninguna parada necesaria: á cada paso es más seguro y no más arriesgado. La primera y más elevada ambición que puede tener un hombre, es la de cumplir con su deber.

Dícese que la palabra *gloria* no figura ni una sola vez en los partes del duque de Wellington. El *deber*: tal era la consigna de toda su vida.

Por tanto, sin condenar toda ambición, sea la vuestra la del santo y la del sabio. Porque «la vanidad misma hubiera enseñado mejor un camino más seguro para adquirir la fama que apetecía, mostrando en las páginas de la Historia diez mil conquistadores por un solo sabio.»

Dentro de cien años, ¿qué importará que seais ricos ó pobres, aristócratas ó plebeyos? Pero quizá importe mucho que hayais obrado lo bueno ó lo malo..... «En último término,

poca importancia tiene lo que pensamos, lo que sabemos ó lo que creemos; lo único importante es lo que hacemos» (1).

«Pero, ¿dónde encontrar la sabiduría? ¿Dónde está el lugar de la inteligencia? El hombre no conoce su precio. Y la sabiduría no se encuentra en la tierra de los vivos. El abismo dice: «No está en mí.» Y el mar dice: «No está conmigo.» No se da por oro fino; no se compra á peso de plata; en comparación de ella no se hablará de coral ni de berilo. Y el precio de la sabiduría excede al de las perlas. El temor de Dios es la verdadera sabiduría, y la inteligencia consiste en apartarse del mal» (2).

Sed francos y verídicos. «El primer pecado cometido en la tierra—dice Juan Pablo Richter—(y, por fortuna, el demonio era culpable de él) fué una mentira.»

«El doble peso está en abominación para el Eterno, pero la buena medida es su gozo» (3).

«La verdad—dice Chaucer—es lo más hermoso que un hombre puede poseer.»

Clarendon dice de Falhland, que «de tal modo adoraba la verdad, que no se hubiera permitido más mentir que robar».

«Mentir—dice Plutarco—es manifestar primero que se desprecia á Dios, y después que se teme al hombre.»

Conviene avergonzarse si se ha incurrido en falta, pero nunca se debe tener vergüenza de confesarla.

«Innumerables cualidades forman un hombre y le dan aptitud para lo que debe hacer en la vida. Pero hay una cualidad esencial, y sin la cual un hombre deja de serlo, sin la cual ninguna vida grande ha existido jamás, sin la cual no ha podido hacerse una obra verdaderamente grande. Me refiero á la verdad, la verdad íntima. Pasemos revista á todos cuantos fueron grandes ó virtuosos. ¿Por qué los llamamos virtuosos

(1) Ruskin.
(2) Job.
(3) *Proverbios.*

ó grandes? Porque se atreven á ser verdaderamente fieles á sí mismos, se atreven á ser lo que son.»

«Retén esto sobre todo: sé fiel á ti mismo. De ahí se seguirá, tan cierto como la noche sigue al día, que nunca podrás ser falso con ningún hombre» (1).

«Hay dos cosas imposibles de separar, por opuestas que puedan parecer—dice Wordsworth:—la dependencia viril y la viril independencia; la confianza viril y la viril costumbre de no contar más que consigo mismo.»

Aprended á obedecer, y sabréis mandar; un mal soldado nunca llegará á ser un buen general.

«Si os sigue la buena fortuna, no cedáis al orgullo.» «El orgullo va delante del aplastamiento, y la altivez de espíritu delante de la ruina» (2).

Asociamos en nuestro pensamiento la pasión y la acción, la paciencia y la inacción. Pero esto es un error. La paciencia exige ánimo fuerte, al paso que la pasión es un signo de debilidad y una falta de dominio sobre sí mismo.

Si ocupais un puesto cualquiera, sed meticulosamente justo y cortés.

Cuenta Sadí que un rey de Oriente dió un día la orden de matar á un hombre inocente, el cual le dijo: «¡Guárdate de ello, oh rey; yo no sufriré más que un instante, al paso que tu culpa será eterna!» El Poder trae consigo responsabilidades. No penséis nunca en lo que os gustaría hacer, sino en lo que debéis obrar: este es el único y verdadero medio de conseguir la dicha.

Si vacilais entre dos deberes, elegid el más próximo. Hay personas que abandonan su familia para ocuparse en convertir salvajes; pero en primer término se debe ejercer la simpatía, como la caridad, para con sus deudos.

Todo existe en este mundo con la mira del bien. De ello

(1) Shakespeare.
(2) *Proverbios.*

podemos convencernos fácilmente. Todos hablamos del castigo que se acarrea el pecado. ¿De dónde viene ese castigo? De nosotros mismos. Así está hecho el mundo: la virtud es una fuente de alegría, y el mal trae en pos de sí el dolor. Pecar sin sufrir por ello dejaría de estar conforme con las leyes naturales.

La remisión de los pecados no significa que no se nos castigarán. Eso no sólo sería un imposible, sino una desgracia. En realidad, no hay mayor desventura que prosperar obrando mal. Si hacéis mal, el recuerdo del pasado emponzoñará todo vuestro porvenir. Quizá os perdonen aquellos á quienes hayais ofendido; pero al hacer esto «amontonarán carbones ardiendo sobre vuestra cabeza», porque su generosidad hará más negra vuestra acción.

La conducta decide de la vida; de ella dependen la dicha y la prosperidad. Los acontecimientos exteriores tienen poca importancia, relativamente; lo que nos rodea no importa tanto como lo que hacemos. Vigilaos, pues, á vosotros mismos día por día; la costumbre es una segunda naturaleza.

«Sembrad un acto y cosecharéis un hábito; sembrad un hábito y cosecharéis un carácter; sembrad un carácter y cosecharéis un destino.» Cada día nos trae un desarrollo en sentido del bien ó del mal; conviene preguntarnos cada noche dónde estamos, en esa materia.

«La humanidad—dice Emerson—se divide en dos clases: los que hacen bien y los que hacen mal.» Si pertenecéis á la última categoría, convertiréis los amigos en enemigos, el recuerdo en dolor, la vida en tristeza, el mundo en cárcel y la muerte en espanto.

Por el contrario, si enriquecéis á un alma con una sola palabra de consuelo ó de simpatía, con una sola hora de felicidad, habréis hecho una obra de ángel bienhechor.

Sería excelente que cada cual se encerrase una hora diaria, una hora nada más, ó siquiera media hora, para consagrarla á la meditación. No puede aceptarse como excusa la falta de tiempo. Sir Roberto Peel leía todas las noches un capítulo de

la Biblia, al regresar de la Cámara de los Comunes. Sin embargo, preciso es confesar que las sesiones no terminaban tan tarde como ahora.

Pensad en lo bueno, y no haréis lo malo.

«Quien piensa á menudo en la muerte y en el juicio final, en el cielo y en el infierno, no puede dejar de conducirse bien.»

Y la recompensa será grande:

«Hijo mío, no eches en olvido mi enseñanza, y que tu corazón guarde mis mandamientos, porque te traerán largos días y años de vida y de prosperidad.»

Por consiguiente, no perdais tiempo. «Acuérdate de tu Creador durante los días de tu juventud.»

Para morir como quisiéramos, es preciso vivir como debiéramos. Para el hombre virtuoso, la muerte no tiene terrores.

El Obispo Thirlwall, durante su última enfermedad, se puso á traducir en siete lenguas la siguiente frase: «Como el sueño es hermano de la muerte, es preciso que te confíes á la solicitud de Aquel que ha de despertarte de la muerte del sueño y del sueño de la muerte.»

Cuando Sócrates compareció ante sus jueces, «no hablaba como un sentenciado á muerte, sino como quien va derecho al cielo»,—dice Cicerón.

Todos cuantos así lo quieran, pueden vivir con nobleza. Tened, pues, de continuo puestos los ojos en el más alto ideal posible de existencia.

«¡Cuán ínfima cosa es el hombre si no se eleva por encima de sí propio!»

Así, sólo así podréis disciplinaros, de modo que algún día pueda decirse de vosotros lo que Marco Aurelio dice de Bruto:

«Su vida era noble y en él estaban tan bien mezclados todos los elementos, que la naturaleza hubiera podido erguirse para decir de él al mundo entero: ¡Ese era un hombre!» (1).

(1) Shakespeare.

Si sois mujeres, que pueda decirse de vosotras:

«Era una mujer perfecta, una noble naturaleza hecha para consolar, aliviar y mandar; era también un espíritu radiante, con algo del divino resplandor de un ángel» (1).

Las últimas palabras de Sir W. Scott en su lecho mortuorio, en Lockhart, fueron: «Ten virtud y religión, sé hombre de bien; ninguna otra cosa podrá consolarte cuando te veas como estoy.»

Balaam mismo, decía: «Muera yo con la muerte de los hombres justos, y sea mi fin al suyo semejante.»

John Lubbock.

(1) Dallas.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

La Resurrección universal.—La fiesta de Pascua.—El regocijo de todos los seres en primavera.—Goethe y Victor Hugo.—El Bazar de la Caridad.—El Duque de Aumale.—Avances de los turcos y retrocesos de los griegos.—El nomilanismo en política.—Las fiestas de los comunistas parisienses.—Recuerdos de los incendios comuneros.—El incendio de las Tullerías.—El incendio de la Casa Municipal.—Reflexiones. Conclusión.

I

¡Cuán profundamente humana la divina Pascua de Resurrección! Al vacío y al silencio de la muerte opone tal día la esperanza universal, extendida como un éter vivificante por la inmensidad del espacio y por la infinidad del tiempo. Cuando sacude la planta los gérmenes de futuras plantas; cuando el hueso mondado de la fruta, que parece leñoso, germina entre la humedad de los campos, donde ha caído como en abandono y al descuido; cuando la oruga fría, por el cierzo arrastrada, echa las dobles alas de mariposa, cubiertas con esmaltes que parecen metálicos y despidiendo reflejos que parecen astrales; cuando el nido, solitario al mes de Marzo, mes ventoso por excelencia, al Abril se calienta bajo la pechuga de una madre solícita y se llena de maqueteados huevos, los cua-

les se rompen y abren para dejar paso á las canoras y multicolores avecillas que levantan coros de píos y de gorjeos; cuando en las colinas florece la gualda retama, y en el trigo la roja amapola, y en los ribazos el modesto jaramago, y junto á los arroyuelos, festonados de luciérnagas, crecen al par de las argénteas azucenas las encendidas rosas, y desde los olivos del valle cargados de perlillas, que serán aceitunas, y las palmeras cargadas de polen, que será dátil, hasta las encinas y las hayas del monte se cubren de una flora cargada con promesas de una perpetuidad no interrumpida, la cual asegura su permanencia hoy, su inmanencia mañana y siempre en toda vida, celebran á una con la sublime indeliberación propia de su material naturaleza una pascua de resurrección, donde son aleluyas é himnos los cánticos y los aromas. Por eso, el cirio sagrado que brota sobre los altares del Sábado Santo, el agua lustral que cae como un rocío matutino chispeado por los litúrgicos hisopos, el alegre acento de las trompetas angélicas en los órganos de las iglesias desvestidas del canónico luto anterior, el Gloria rasgando la negra sombra del sudario que obscurecía los templos como si fueran tumbas, y devolviendo su alegre voz á las campanas que repican en las altas torres el aleluya lanzado por las Misas de Resurrección á los cuatro puntos del cielo, no sólo nos dicen que ha resucitado Cristo, nos dicen también que ha vuelto la golondrina desterrada por el frío; que gorjean los ruiseñores, mudos durante todo el año hasta cuando la primavera les enardece con su incendio de amores; que ha plantado en el campanario la benéfica cigüeña su nido, compuesto con ramas y hojas secas convertidas en un brasero de rescoldo vital; que la savia se ha ido rejuveneciendo hasta meterse por todos los poros del árbol y ha despertado las hojas y las flores; que nos hallamos en la Pascua donde se canta y celebra una renovación, la cual parece, no esperada, por lo querida de todos, como un don súbito del cielo y un milagro excepcional de Dios.

II

En la mañana del sábado he ido á la Misa de Gloria. Muchas y muy poéticas ceremonias tiene la Iglesia; ninguna comparable á las ceremonias del Sábado Santo. Cuando en las alturas del púlpito, con la entonación sublime del prefacio, entona eclesiástico cantor de rúbrica su magnífico *raconto* de cómo se creó el alma luz, en cuyos resplandores y en cuyos rayos todo lo criado se anima y esclarece, creo escuchar el poema cíclico de los vedas entre las irradiaciones del cielo indio, retratado por las aguas del Ganges, abrillantadas con las gelatinas donde se vân formando gérmenes innumerables de múltiples cosas y misteriosos protoplasmas de varios organismos; la salmodia de los pastores caldeos al descubrir en el seno de aquellas sus noches luminosas las constelaciones del firmamento, y pedirles manden sus querubes de fuego para revelarles cuanto dicen los espacios con sus jeroglíficos de soles; el cantar órfico que hace corresponder los números de nuestras tablas con los astros de nuestras constelaciones y arroja sobre la faz del hombre, todavía enredado en la materia y en las especies inferiores, el soplo de la humana idea; los símbolos del mágico Zoroastro divinizando el resplandor de la luz increada y diciendo cómo en sus focos todo se aviva y enciende y abrillanta; el *Te Deum* lanzado por los orbes, al rodar sobre sus ejes, y componer una sinfonía, cuyas escalas son esferas celestes, y cuyas notas son ráfagas de magnética electricidad, al Ser de los seres, á nuestro Sublime Creador. Despues de todas estas bendiciones y todas estas loas al divino luminar, nada tan expresivo del misterio en la transmisión de nuestra vida como el recuerdo é invocaciones al misterio en la trans-

misión de nuestra luz. Cuando en la Misa de Gloria el turiferario enciende con modestas candelitas el blandón de los altares y la solitaria lámpara, pendiente del techo en las bóvedas, recuerda el gran misterio de otra no menor animación: de la animación del espíritu, en cuyas creadoras lenguas de fuego las almas van encendiéndose para correr como fugaces exhalaciones por el tiempo, y volver, tras rápida carrera, como los cuerpos graves en sus caídas al centro de gravedad, ellas, en sus vuelos al Eterno Criador. Y luego, encendidas las luces y puesto en su candelabro el cirio pascual, comienzan las profecías, que os ponen ante los ojos desde la aparición del hombre sobre este planeta nuestro, hasta la muerte y conclusión de todos los seres en el Juicio final, que llega con estremecimientos tales como si quisiera volvernos al caos y en sus piélagos de tinieblas á todos confundirnos. Yo escucho con verdadero éxtasis todas las tradiciones á que la Iglesia llama en la Misa del Sábado Santo profecías; pero al oir la visión del gran Ezequiel, creo leer la respnesta incontestable al grito de Prometheo, de Job, de Hamlet sobre los orígenes del mal, dada por aquellos cementerios desolados, donde yacen los huesos en montones, tan olvidados como yertos, que á un soplo se mueven y levantan y sobreponen unos á otros, organizándose como estatuas vivas y animadas en esqueletos y recibiendo infusiones de médula, riego de sangre, redes arpadas de nervios, vestiduras de fibras, concluyendo en un esférico cerebro análogo con la bóveda celeste, pues lo infinito se comprende por medio de la idea en este cerebro, y por medio dél Verbo de la idea con Dios se identifica y se confunde.

III

Después de haber leído á Ezequiel, ya no puede caber duda sobre la Resurrección. Por eso la Iglesia, con su maravillosa intuición estética, cuya virtud le conservará el dominio sobre las almas eternamente, poco después de cantada la Profecía, tras el rito de la bendición del agua bautismal y las letanías, llega por sabias transiciones al momento sublime y capital de la Misa. Mi primer emoción en la vida, que yo recuerde ahora, es una Misa de Sábado de Resurrección, á que asistí el año treinta y nueve, allá en la parroquia del Rosario, de Cádiz, cuando no había cumplido aún seis años. Yo creo que miraban mis ojos de niño más la frente y la mirada de mi amantísima madre que los resplandores del altar. Entonces me parecía milagroso aquel cambio de los paños enlutados en flores y luces, aquel silencio que hace del ara un sepulcro subseguido por Glorias y Aleluyas. Han pasado muchos lustros de tamaña emoción, y en mi pecho se repite con igual viveza de sentimiento é igual vértigo de alegría que los experimentados en mi lejana infancia. Cuando el deán de Sevilla se volvió en el Sagrario á entonar el Gloria, y á este clamor jubiloso la titánica Giralda rompió en fragorosos acentos con sus lenguas de bronce, y el cubierto altar sacudió su negro velo para mostrarnos los ángeles y serafines aleteando entre irisados espacios y circuyendo á la Virgen Madre, representada en efigie de plata que una diadema de oro corona, y los paños negros, al desprenderse, mostraron los vidrios de colores, y los vidrios de colores cubrieron de círculos policromos los altos pilares con las cinceladas ojivas, y el acento del órgano se unió al aleluya universal despedido hasta por las piedras y acompañado con repiques de campanas, yo me imaginé vuelto á la infancia y sentí la fe de mis primeros años, completada por una confianza

verdadera y sin límites en el progreso universal. El mundo moderno guarda en la biblioteca de sus glorias dos páginas á este respecto del Sábado Santo y de la Pascua, que no serán superadas nunca. Es una el repique general de campanas celebrando la Resurrección, á que dió Víctor Hugo en frases la sublimidad misma que tiene la catedral de París y el acento de sus sonoras torres cuando tocan á Gloria. Es otra el segundo monólogo del desengañado Fausto, cuando el campaneo de Pascua le quita de los labios la copa envenenada, y le reconcilia de súbito á sus repiques y á sus aleluyas con el universo y con Dios. Así, tras las emociones despertadas en el sentimiento por las ceremonias litúrgicas, tras los estéticos goces inspirados y sugeridos por las artes consagradas al divino culto, tras los mudos rezos de una vida que pronto desaguará en la eternidad, la reflexión alcanzó el sobreponerse al sentimiento, deploró una vez más el carácter de nuestra época y el divorcio consumado por dos fanatismos contradictorios, pero igualmente funestos, entre la religión y la ciencia. ¿Por qué no rezan aquellos que piensan y saben, mientras rezan aquellos que ni saben ni piensan? ¿Porqué los creyentes imaginan toda filosofía rebelde á Dios, y los filósofos rebelde á la ciencia y á la sabiduría toda religión? El órgano que para ver tiene nuestro cuerpo, se halla compuesto de porciones contradictorias. En el sentimiento las ideas tienen un carácter, en la fantasía otro, y otro más diverso en la inteligencia. Con el raciocinio no podéis explicar el misterio. La silenciosa y triste sepultura sólo responde al llamamiento de la fe. Sólo podéis llenar el espacio vacío de los cielos é interrumpir el silencio mortal de las alturas con plegarias y oraciones.

IV

Muchísimos hechos han pasado en la primer quincena de Mayo que se acaba, y faltan medios para numerarlos con exactitud y exponerlos en serie. Una catástrofe inenarrable, un terrible incendio, como el estallado en la Tienda parisién de Caridad, dilata sus torvos destellos, cual un relampagueo del infierno, sobre mes, como el corriente, mes de cariñosa luz para los ojos, de regaladas mieles para el paladar, de suaves aromas para el olfato, de gorjeos para el oído, que parecen llamar á la vida y ahuyentarnos la muerte. Profundo sentimiento de solidaridad ha brotado en todos los corazones á esta horrorosa enseñanza de cómo el dolor se halla extendido y el mal sembrado por todas partes en nuestro mundo, y cómo cuantos no admiten la igualdad clarísima del derecho tienen que admitir la igualdad misteriosa del sepulcro, distinto cada cual por fuera, como sobreponiéndose al destino, pero en su contenido semejantes todos; pues así bajo las diademas como bajo los hierros, en la gloria y en la obscuridad, los humanos seremos podre y ceniza, después de vueltos á nuestra madre tierra. Cuando la noticia de tal catástrofe se difundiera, personaje altísimo, personaje de alcurnia regia, muere malherido por la pena que le causara: muere, allá en Palerno, el duque de Aumale. Una es y unida está la familia de Orleans; con claro carácter se presenta, siendo la sangre suya real y el nombre suyo Borbón, de hostilidad á los Borbones de la rama primera; y sin embargo, sus príncipes han roto en lo posible todo su heredado atavismo é inscrítose de antiguo en escuelas y fracciones políticas diversas, y aun encontradas ó enemigas. El príncipe de Joinville, marino principalmente, no desdeñaba este régimen parlamentario nuestro, cuya fundación costó á su abuelo paterno, Felipe Igualdad, honra y vida; pero, en

cambio, el duque de Nemours se alistó en la bandera legitimista y hubiera de grado combatido por los viejos ídolos en la Vendée ó ídose á la ciudad de Coblenza con los impenitentes ciegos emigrados que sostuvieron las Cruzadas por el absolutismo francés y por la reacción europea. No así el duque de Aumale. Muy caballeresco en su carácter, muy militar en sus vocaciones, tan pronto á requerir la espada como á usar la pluma, resaltaba entre todos los Orleanes por una personalidad propia muy de relieve, y aspiraba en sus ensueños á constituir especial magistratura, capaz de conservar algún resplandor monárquico en sí misma, y servir como un puente á la inevitable República. Por eso, cuando estalló la revolución del cuarenta y ocho proclamándose la República, el duque, jefe allá en Argel de un ejército numeroso, hubiera podido volverlo contra las nuevas instituciones, y prefirió acabar dando por base al trono de su familia un principio bien diverso del principio hereditario, y que aparece como el único que podía limpiarla del dictado de usurpadora: un principio de suyo tan republicano, como el principio de la soberanía nacional. Y aunque la República tercera no lo admitió de grado en su seno, bajo la inevitable advocación republicana mantuvo el pabellón tricolor Aumale, y se opuso primero á que su familia se ciñera el sudario de los Chambords y después á que su familia entrara en maniobras revolucionarias, las cuales imitasen los procederes de antiguos conspiradores y repitiesen el espectáculo de conspiraciones antiguas. Y esta doble afirmación de su política le indispuso primero con la paciencia y conformidad del conde de París, apegadísimo á su legado de la vieja dinastía que lo amortajaba en su pabellón blanco; y le indispuso después con las algaradas del duque de Orleans, tan parecidas á las conjuras y á los pronunciamientos clásicos. Así, no fué á las honras fúnebres del rey legítimo con sano consejo, pues al sobrino que fué, al conde de París, no le permitieron presidirlas, magüer su parentesco tan cercano con el difunto y su título de rey legítimo por herencia; y cuando, á

su vez, llegaron los funerales del conde de París, no permitió al duque de Orleans llamarse jefe de la casa francesa por temor á sancionar los procederes del muerto y reconocer en el vivo un verdadero pretendiente. Aumale, ya que no pudo dirigir la República, quiso habitarla; y ya que no encontrara en los franceses unos súbditos, cual soñara por los días de su juventud, se conformó con encontrar en ellos unos conciudadanos. Y así fué de veras francés, pues para demostrar que prefería el cariño de los franceses al imperio de su familia, hizo regalo de primer orden á una corporación ilustre, donde yo estoy hace años inscrito en calidad de asociado extranjero: le donó en vida un dominio, como dicen los franceses, ó sea un sitio real, como decimos nosotros, el cual contiene tales museos y bibliotecas y jardines, que sin duda lo hacen una maravilla entre las maravillas de Francia. Con estos antecedentes, á los políticos superficiales parecíales de antiguo la cosa más natural y más legítima del mundo que llegase Aumale hasta la jefatura del Estado francés, para desde allí prepararse la restauración de una realeza parlamentaria y constitucional para sí mismo y para los suyos. Mas todos cuantos de tal suerte pensaban, desconocían una muy sencilla cosa, evidente de suyo, y que á la vista salta si consideramos un poco Francia, la cual es, no puede menos de ser, será siempre ya una democracia; y esta democracia puede admitir el cesarista imperio, la militar dictadura, la República conservadora ó radical; mas lo que no puede admitir jamás es una monarquía burguesa; y Aumale con los suyos representa esta monarquía, levantada sobre un censo restringido, contrario al primero entre los principios democráticos modernos, contrario al sufragio universal. Así, cuando hubo necesidad inevitable de acabar con el censo de las clases medias y admitir el censo de las clases privilegiadas, desapareció la monarquía de Orleans, que no se restaurará. Descanse, pues, en paz de sus ambiciones, contrarias á la salud del pueblo francés y á los decretos de la divina Providencia.

V

El incendio en la Tienda de Caridad y el fin súbito de Aumale han divertido un instante la general atención de lo que hoy la embarga y absorbe, del problema turco-heleno. Si á nuestros gloriosos predecesores, los inspirados publicistas del año veintisiete, les dijeran entonces que, al acabarse una centuria tan rica en obras liberales y progresivas como nuestra centuria, el turco había de avanzar y el griego de retroceder, así en el Epiro como en la Tesalia, y que á este doble movimiento había de bambolear Grecia, no lo creyeran, y juzgaran maldito, inhumano, embustero, el oráculo de tan siniestra é increíble profecía. Y no digo nada del desengaño que nos hemos llevado cuantos creíamos no pasar de esta vida sin ver sobre la Basílica de Justiniano la cruz de Constantino repuesta por los helenos allí, para retrollevar la media luna de Ostman á sus cielos propios y naturales, á los cielos de Asia. Ahora es evidente lo contrario; y á la evidencia no hay que oponer negativas, ni siquiera reservas. En los espacios mismos, donde resolvió el destino la formidable batalla entre imperialistas de César y republicanos de Pompeyo, espacios rescatados al despotismo tártaro de la Constantinopla turca, por los mismos árabes aborrecida; el principio de la reconquista del territorio griego ha surgido, con espanto de la Europa cristiana, que teme una retrogradación á la barbarie, si el derecho de la fuerza se sobrepone á la fuerza del derecho, y los antropófagos de Armenia y Anatolia, que han convertido los mataderos de aquellas regiones en carnicerías de carne humana, consiguen la ruina de Grecia, nuestra madre intelectual, á quien debemos desde los arquetipos de nuestra escultura y las columnas de nuestros monumentos hasta las ideas filosóficas que

han esclarecido la ciencia y que han animado el espíritu. Yo creí que la dinastía helénica se creería incapacitada de proceder, como ha procedido, por deberes superiores á las complacencias con el pueblo; que, no contando con alianzas y con aliados, debió refrenar el público entusiasmo, en vez de alentarlo; que, reconocida y proclamada ya la inevitable autonomía de Creta, estuvo en el caso de contentarse por el pronto con este progreso y defender la reincorporación de los cretenses á la patria, muy deseada por éstos, no en los campos de batalla, con inútiles violencias, en los Consejos de Europa, con buenas ideas; pues si la ceguera de unas pasiones, más exaltadas que convenientes, y los arrebatos de unos voluntarios, más heroicos que útiles, impedían sus resistencias á las temeridades cometidas ó propuestas, debía imitar en la realeza los ejemplos de abnegación ofrecidos por Perier y por Grevy en la República, para no darnos ocasión á los republicanos de mostrar cómo todas las dinastías son iguales, y cómo, puestas en el caso de optar entre los intereses dinásticos y los intereses nacionales, optan siempre por los intereses dinásticos, sin escrúpulo, con grave detrimento de las naciones que rigen y con eterna infamia del nombre que llevan. Desde los principios de la guerra estuve yo diciendo á los griegos no hicieran caso á las relaciones de afinidad existentes entre Jorge I y su cuñado el príncipe de Gales; ni á las existentes entre la reina y su sobrino el czar de Rusia; ni á las existentes entre la princesa heredera y su hermano el emperador de Alemania; ni á las existentes entre la dinastía dinamarquesa y casi todas las casas reales de nuestra Europa, pues los reyes no tienen familia y han de subrogar sus afectos particulares á los afectos políticos: que muy hermano de Don Pedro Primero era su asesino el infante Don Enrique de Trastamara; muy prima de María Estuardo quien la decapitó, Isabel Tudor; muy yerno de Jacobo II quien lo destronó, Guillermo de Orange; muy padres del príncipe Carlos y de Fernando VII quienes los prendieron, Felipe II y Carlos IV; muy deudo de Luis XVI quien votó en la Conven-

ción su muerte, y su muerte inmediata, Felipe Igualdad; y no habían de suspenderse las leyes connaturales á una monarquía ni de variarse la índole de los monarcas por atender y servir á la muy artificial y muy exótica dinastía de Grecia.

VI

Fueron los griegos, y el coronel Vassos á su cabeza, en defensa de Candía, movidos por la fatal creencia de que repetirían la marcha sublime de Garibaldi, encontrando la misma victoria, y mientras Garibaldi no encontró en su navegación á Sicilia obstáculo de ningún género, antes complicidad manifiesta de las naves francesas y auxilio patente de las naves británicas, ha encontrado Vassos un bloqueo derogatorio de las leyes internacionales y un apoyo á las tiranías que necesitaba derribar, los cuales, bloqueo y apoyo, deshonran hoy á Europa entera y hacen temer sea ese anfictionado europeo, donde penetraran Estados tan libres como Francia, Italia, é Inglaterra, una confabulación retrógrada en pro de los tiranos. ¡Cuánto se han equivocado los demócratas alemanes, fundadores de la unidad germana, creyendo esta unidad favorable al progreso universal, aunque existiera la forma, incompatible con sus orígenes y sus finalidades, de un Imperio conquistador; cuando este Imperio debía corresponder con su organismo, sosteniendo un asolador armamento de guerra y deservir á la libertad, aliándose con déspotas feroces, como quien preside las matanzas de Armenia y espanta con sus voluntariedades arbitrarias y despóticas á la misma Turquía! En vano han mostrado los griegos el temperamento heroico de sus mejores soldados, y han, uno contra cinco, en batallas terribles, combatido como combatieran sus mejores héroes: en la isla y en la montaña se han llevado la mejor parte. Pero en las lla-

nuras de Creta, y del Epiro, y de la Thesalia, se han visto por la fuerza obligados á reconocer la superioridad del número; y los tigres de Janina mahullan todos con las fauces saciadas de sangre, y las raíces del Olimpo han visto levantarse victoriosos los hijos de las tinieblas y caer inmolados los hijos de la luz; y los desfiladeros de Tempé, donde hasta las piedras despiden gritos de libertad, se han trocado en estadio de los feroces jinetes que cazan hombres por Asia para convertirlos en mutilados siervos; y el siglo, que comenzó con el cántico de la Marsellesa y el triunfo sobre los déspotas coligados, corre peligro de concluir con el triunfo de los déspotas, saludados por los relinchos del caballo de Atila redivivo, significando, como los caballos del Apocalipsis, el fin de la humanidad y de tierra.

VII

Mes de Mayo, mes de las mariposas y de las flores, ¡cuán terribles aniversarios en tus días serenos y floridos guarda la humanidad! No queremos recordar otros, no necesitamos recordarlos, sino los traídos ahora con tanto estruendo á colación por los comunistas franceses: el aniversario de las quemas y de las matanzas, que asolaron y estragaron París el año setenta y uno, cuando á los horrores de las guerras con los extranjeros sucedieran los horrores de las guerras entre aquellos conciudadanos, guerras parecidas á la célebre y luctuosa leyenda de los hijos del ciego Edipo, hermanos infelices, que mútuamente, con recíprocos odios, se arremetieron, y mútuamente, con sendas espadas, se mataron. *Nefanda, regina, jubes memorare dolores.* Si dolores terribles los conmemorados, dolores colectivos y sociales, engendro de alucinaciones extraordinarias, sugeridas á pueblos enteros, no solamente por la Re-

ligión y el Arte, por la Historia y la Ciencia. Una idea general dominó á Francia el día que Francia proclamó la República vigente: la idea de que bastaba comunicar al aire tan prestigioso mágico nombre, para que surgieran los voluntarios de la libertad antiguos, cuyas voces, cantando la Marsellesa en coro que al corazón de los enemigos llegaba, con sus mágicos acentos, y metiendo por los riñones en el cuerpo de los defensores del absolutismo sus bayonetas, aterraron á todos los reyes europeos y les arrancaron de las sienes sus tradicionales coronas, esparcidas como apagados bólidos por los encendidos y tempestuosos horizontes de la revolución. Si esta idea dominó en los franceses, dados, desde su primera juventud, al culto de la República, otra idea dominó en los franceses exaltados: la idea de que bastaba entrar en el Municipio parisién, lleno de tradiciones revolucionarias, constituir numerosa junta, como la célebre constituída la madrugada del diez de Agosto de mil setecientos noventa y dos, llamándose Comunidad revolucionaria, para que renovase los prodigios de la inolvidable, cuyas legiones improvisadas tomaron las Tullerías, postrera Bastilla del absolutismo, y pidieron la Convención, quien, si dentro de Francia desatara un terror, sólo comparable á las maldecidas matanzas hechas por los déspotas asiáticos y por los triunviros, fundadores del Imperio romano, fuera de Francia extendieron legiones y más legiones de apóstoles del progreso, cuyas huellas dejaron en el suelo europeo luminosos regueros y en la conciencia humana inextinguibles ideas.

VIII

Los comuneros de nuestro tiempo sólo tienen que recordar incendios. Describamos, según los relatos de un testigo ocular, para horror eterno de todas las generaciones, los precedentes del incendio de las Tullerías. El veintiuno de Mayo, aquel general Bergeret, célebre por sus derrotas, como Napoleón por sus victorias, se trasladó á las Tullerías desde el Cuerpo legislativo, en cuya escalinata pudo erguirse y ver ya avanzando sobre el centro de París las tropas de Versalles. El Estado Mayor le seguía, y en el Estado Mayor resaltaba su ayudante inmediato de órdenes, por la exaltación y por la furia. El martes las granadas despedidas del Arco del Triunfo comenzaban á caer sobre los techos del palacio de los reyes. A las cinco de la tarde Bergeret reunió todo su Estado Mayor, todos sus oficiales de guardias y les comunicó la idea de hacer saltar en pedazos el monumento, templo y santuario de la antigua monarquía. A ninguno se le ocurrió pedir respeto al arte, invocar la religión de lo pasado, oponer á esa rabia de aniquilamientos la necesidad que tienen las generaciones de dilatar su vida en lo pasado por el recuerdo, como en lo porvenir por la esperanza. A ninguno se le ocurrió recordar que si los reyes habían errado bajo aquellas bóvedas, también los convencionales, cuyas sombras lo llenan todo en la moderna historia de Francia. Así que, propuso la quema el general, todos la aceptaron á una con júbilo y todos pusieron mano en la nefasta obra de facilitarla. Unos trasportaban los materiales, otros reunían las materias combustibles; rociaban estos de petróleo las paredes, y aquellos esparcían por los suelos de mármol y por las anchas escaleras los regueros de pólvora. Un inmenso barril fué colocado bajo el pabellón del reloj, y las salas henchidas de

municiones de artillería y de proyectiles explosibles. Cuando ya estaba todo terminado, las cuevas con los barriles, los escalones con la pólvora, las salas con los cartuchos y granadas; empapadísimas las paredes de petróleo, prontas las mechas, los incendiarios se fueron á cenar tranquilamente, aunque había sido aquel un día de matanza y se preparaba la noche á ser una noche de horror. A las dos de la mañana una especie de cañonazo colosal, de explosión increíble, hizo vacilar sobre sus cimientos todas las casas circunvecinas al palacio, que parecían buques balanceándose al choque de la tormenta. Los comuneros, apostados en las diversas guardias, se asustaron y corrieron donde estaba el general, preguntándole qué sucedía: «Nada, respondió, las Tullerías que saltan y arden». En efecto, las llamas subían á los cielos; inmensas columnas de blanco humo las coronaban allá en lo infinito como un volcán boca abajo; abríanse unas piedras y saltaban otras á la explosión de las grandes cantidades de pólvora; las maderas se trocaban bien pronto en brasas gigantescas y se desprendían rompiéndose en chispas colosales como sobre inmenso yunque; los pisos, las bóvedas, las torres, las linternas se desplomaban con tal ruido, que cada una de ellas al caer semejaba levantar á los aires tempestuosa y tonante nube; el calor era inmenso, indescriptible, como si innumerables fraguas se aglomeraran allí en un solo punto, como si cien cráteres abrieran sus gigantescos encendidos abismos por todas partes; y el humo espeso y el hedor insoportable asfixiaban en tales términos que semejaba aquel incendio horno ciclópeo, gigantesca hoguera, preparada para consumir en horas el cuerpo entero de la capital de Europa, próxima á convertirse en encendidos montes de carbones y á disiparse en huracanes de cálidas cenizas. ¡Qué espectáculo á los pocos días presentaba aquel santuario de la secular monarquía! De las estancias maravillosas, donde estaba el lecho de las reinas y la cuna de los delfines, ni sombra; del teatro, al cual asistieran tantas veces los soberanos de Europa, ni ruínas: del salón de las fiestas sólo el desierto es-

pacio; consumidos los cuadros que retrataban la gloria ó el orgullo y hechos polvo los bustos; los grandes frescos desvanecidos y transformados en negro hollín; las altas bóvedas amontonadas en el pavimento calcinado; algún nombre de antiguas victorias entre escombros de recientes derrotas; alguna estatua salvada de aquel naufragio, pero, aunque de pie, acribillada y herida; en los cuerpos bajos la escalera erguida como invitando á subir á lo vacío; y en las alturas el reloj casi al aire, parado, señalando por una especie de capricho del acaso la hora fatídica de la catástrofe.

IX

Además del terror que producía aquel incendio, todo el mundo temblaba á causa del cercano Louvre. Dejando aparte sus bellezas arquitectónicas, que recuerdan, sobre todo en la fachada fronteriza al agua, una de las más brillantes épocas del arte francés, influído por el arte italiano, contienen sus salones innumerables obras artísticas, honra del trabajo, ornato de la corona de glorias que dan al género humano resplandores de divino. Allí las inscripciones de Nínive y de Babilonia; allí las esfinges de Tebas, en cuyas frentes resplandecen todavía los dogmas hieráticos del antiguo Oriente; allí las momias encontradas en las ciudades funerarias del Egipto. Junto al museo Campana, rico en utensilios romanos, que nos presentan de relieve la cultura inmediatamente anterior á nuestra cultura moderna, el museo donde brillan aquellas lozas, aquellos platos del artista inspirado, del sublime alfarero que consumía en el horno su propia fortuna con la fortuna de sus hijos, y encontraba los primeros indicios de la Geología, de esa ciencia que ha recompuesto el planeta. Abajo, en las galerías inferiores, las estatuas griegas, los modelos del

perfecto arte clásico, y arriba ejemplares de las varias épocas de la pintura, desde los primeros cuadros de Cimabué, que aún llevan el reflejo del espíritu bizantino en sus estrechas frentes, hasta las Vírgenes de Rafael, en cuya sonrisa se han juntado el espíritu con la naturaleza. Y pensar que una llama podía en breves momentos derribar todos estos títulos de la nobleza de nuestra especie, todas estas místicas escalas levantadas por nuestro espíritu en la sucesión de los siglos para tocar el ideal. Las llamas habían devorado la Biblioteca, y penetraban ya por las galerías, cuando el celo de los empleados en el interior, y la presencia de las tropas en la calle pudo cortar el incendio. El incendio se propagó en aquellos días de manera espantable. Aunque no ardió el Museo, ardió la Biblioteca del Louvre, y en ella se consumieron ciento sesenta mil volúmenes, preciados tesoros de la ciencia. Poco después que al Louvre, devoraban las llamas al palacio real, residencia un día de los reyes, hogar más tarde de esa rama de segundones, los príncipes de Orleans, que atizaron todo desorden, para obtener del empuje de las revoluciones el trono que les negaran los caprichos de la herencia. Dividido en palacio, teatro y bazar, más rico éste en tiendas que muchas poblaciones de primer orden, costó trabajo á sus pacíficos vecinos impedir la propagación de los estragos desde la vivienda de los reyes á las viviendas del arte y del comercio. A la derecha del Sena elevaban sus llamas á la inmensidad el ministerio de Hacienda, encendido por los cuatro costados; varios edificios de la uniforme y larga calle de Rívoli; toda la calle Real, cuyo pavimento se asemejaba á un río de plomo derretido, cuyas paredes á gigantescas brasas, de las cuales se alzaban continuamente inmensas llamaradas. Allá, por los extremos, Belleville parecía próximo á desaparecer, y los graneros de la abundancia daban largamente con sus infinitas materias combustibles pábulo al incendio. Más abajo, las estaciones de los caminos de hierro cercanas á la plaza de la Bastilla, humeaban cual si fueran montañas de pez y brea. Hasta al seno de las aguas se

intentaba llevar el destructor elemento su contrario, y puestas en línea una multitud de barcas cargadas de pólvora y petróleo, no ardieron porque la primera de todas despidió una espesa nube de humo tan negra, tan sólida, que se asfixiaron en sus lóbregos senos muchos incendiarios.

X

Al otro lado del río flameaban principalmente el Hotel de la Legión de Honor, la calle de Lila y el Palacio de Justicia. ¡Con qué ávidos ojos miraban los amadores del arte elevarse entre el volcán, como una mariposa entre las llamas ó como un arca de Noé entre mares de fuego, el incomparable monumento anejo á este palacio, la santa capilla, radiosa aparición del siglo décimotercio, con sus agudas ojivas y sus recamados rosetones; con sus frescos primitivos y sus cristales, del brillo de los diamantes y de la riqueza que en matices tiene el iris; con sus agudas flechas perdidas en la inmensidad, cual esas almas místicas desligadas de nuestro bajo mundo; con su majestad y su gracia, que hacen de esas joyas del arte gótico una lámpara colgada del cielo por los ángeles católicos para iluminar á la tierra! Salvóse milagrosamente. Bien es verdad que también se salvó milagrosamente la iglesia de Nuestra Señora, en cuyos muros está escrita la historia de Francia, como en las gigantescas petrificaciones geológicas la historia del planeta. Cuando entraron los practicantes del vecino hospital, sus verdaderos salvadores, humo espesísimo llenaba todos los espacios, hedor á petróleo todo el aire, rosetones de los altos muros comenzaban á desprenderse calcinados, ardían materias combustibles al pie del altar mayor, y las sillas, en montón desde el pavimento al órgano, formado de viejas maderas, componían tal cúmulo de combustibles, que hubieran reducido

en cenizas á pocos minutos el venerable monumento. Y lo mismo sucedió al Panteón. Solamente la llegada del ejército pudo impedir que á tierra se viniera aquella obra donde resplandece el espíritu de ese siglo pasado que á todos ha redimido, y donde Francia espera aún reunir á los hijos ilustres dignos de dormir en el mausoleo de todas las grandezas el divino sueño de la gloria. Comprendo, sin justificarlo jamás, que los comuneros hayan quemado estos edificios, en su odio á la Monarquía y á la Iglesia. Comprendo que la defensa les llevara hasta reducir á cenizas, por ejemplo, el teatro Lírico y el teatro de la Puerta de San Martín. Comprendo todo eso fácil, muy fácilmente. Pero jamás he comprendido cómo desarraigaron de aquel suelo sagrado de la Plaza de la Greve el monumento por excelencia de los pueblos, la Casa de la Ciudad, testigo de los combates y de las glorias de la democracia francesa. Todavía los retraimientos del trabajador, su apelación al Aventino de la huelga, se llama hoy, en la clara y elegante lengua parisién, *greve*, como para indicar que ese sitio es el núcleo de la vida y la libertad de los siervos. Los primeros navegantes del Sena se congregaron por esos espacios. Los prebostes de los mercaderes, que opusieron á la soberbia del rey, á la soberbia del noble y á la soberbia del clero los derechos y votos de los pueblos, ahí tronaban. De esos salones salieron, como de las grutas de Eolo el huracán, las ideas que encresparon las guerras de la Fronda y que esparcieron tantos gérmenes republicanos en la antigua capital de Europa. Ahí puso París el lazo tricolor en el ojal de Luis XVI, que fué como vestir á la Monarquía con los sayales de sus siervos, humillándola más que en el cadalso. De ahí se partieron los que, al tomar y destruir la Bastilla, tomaron y destruyeron la antigua sociedad. Su campana fué la primera en lanzar el clamor de rebato contra los reyes, la noche del 10 de Agosto, noche creadora en el génesis de los pueblos. La omnipotencia de Robespierre y de la Junta de Salvación Pública, que llegó hasta vencer á todos los reaccionarios de Europa, encontró en la Casa de la Ciudad su

origen y su fuerza. En ella habitó la antigua comunidad que remedaban los nuevos comuneros. Sobre el rellano de su gran escalera proclamó Lafayette el definitivo destronamiento de los Borbones, y Ledru Rollin la República de Febrero. Y si ahí Lamartine contuvo con la magia de su palabra el oleaje de la demagogia, ahí también se elevaron los que destruyeron el faraónico Imperio de los Bonapartes y asentaron definitivamente sobre la monárquica tierra de Francia las sólidas bases de duradera República. ¡Ah! Comuneros, si no sentís amor al arte, respeto por esa arquitecttura del Renacimiento, en la cual floreció el espíritu humano; si no queréis perdonar las columnas estriadas, los chapiteles corintios, los ángeles y los genios esculpidos en las ventanas, los mármoles de esas maravillosas estancias, los frescos de Ingres, que parecen los últimos apagados rayos del sol de la Grecia dando en la espaciosa frente del género humano, la apoteosis que del trabajo y de sus luchas ha trazado en la galería de las fiestas el pincel de Lehmann; si tantas grandezas no conmueven vuestros empedernidos corazones, perdonad á lo menos esas estatuas de la fachada, efigies de los hombres mayores que ha engendrado París; perdonad á Condorcette, que ha llevado á la conciencia de este siglo la idea del progreso; á Molière, que es vuestro, hijo del pueblo como vosotros, artista y artesano, timbre inmortal por autor y por actor de la plebe; á Levoissier, que ha fundado la química moderna, de cuyos milagros tanto podéis esperar para vuestros hijos; á Turgot, que elevó al poder la reforma para evitar la revolución; al abate L'Epée, que, como Cristo, hizo oir á los sordos, hablar á los mudos, ver á los ciegos; á Juan Goujon, que, con su cincel, ha derramado todo el calor del genio italiano por las venas de Francia; á Ambrosio Paré, el gran cirujano; á Voltaire, el que os ha abierto el cielo del pensamiento matando á carcajadas las esfinjes puestas á sus puertas para impediros el paso; á todos esos héroes del espíritu, genios del trabajo, cuyas ideas y cuyos esfuerzos han fundido todas las cadenas, transformando á los antiguos siervos en los

nuevos ciudadanos de la ciudad eterna del derecho. Pero nada han perdonado; ya sólo quedan paredes ennegrecidas, pabellones á medio destruir, que casi se balancean al viento como los árboles; montones de hacinados escombros, cubiertos de cenizas y de hollín; estatuas mutiladas sobre el rescoldo extinto; el esqueleto del monumento, como un fósil gigantesco; y para mayor tristeza, y como en son de burla, erguidas sobre la universal destrucción las enhiestas chimeneas.

XI

¿Cómo se habían producido aquellos incendios? Imposible reducir este punto á la exactitud matemática de verdadera reseña histórica. Pasada la batalla, se hallaron en muchos edificios barricas de petróleo, materias explosibles, hacinados los elementos del incendio. Los habitantes que en París quedaron, cuentan haber visto discurrir aquellos días por las calles, de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, hasta por delante de las tropas, mujeres haraposas, tostadas, deformes como las brujas de las leyendas, llevando grandes regaderas de petróleo para verterlo por todos los respiraderos, que luego encendían con fósforos, método infernal, bastante á destruir las más sólidas viviendas. Pero el doctor Razona y el libetista Vessinier dudan de la existencia de las petroleras y atribuyen las catástrofes y los estragos del incendio á las bombas de Versalles. No es fácil preveer lo que puede dar de sí una ciudad de dos millones de habitantes en esos días de revolución. Salen al calor de los ánimos, á la alta temperatura social, seres que luego no volvéis á ver, como si sólo pudieran vivir en aquel clima artificial, bajo aquella encendida atmósfera. Así no es de extrañar que la mujer, la musa de todas las inspiraciones, el objeto de todos los amores, la casta esposa de nuestro es-

píritu, la madre fecunda del humano linaje, se convertirá, sumida en las tinieblas, ateraceada por el hambre, exaltadísima en el ardor de los combates, enloquecida por los discursos de los clubs, á la hora apocalíptica del instante supremo, en la furia sangrienta que paseó por la ciudad en armas la antorcha desvastadora del incendio. El pudor es una de las primeras virtudes de la mujer, y se vió á varias dormir al aire libre, sobre los colchones de las barricadas, en brazos de sus amantes: que á tales excesos llegan los tétricos días de las demencias sociales. Días de sin igual horror. Mientras los soldados avanzan con el odio y la muerte en el alma, los insurrectos erigen sus formidables barricadas; mientras una parte de París, libre de todo terror se regocija, otra parte de París agoniza y muere. Forman como las sinfonías más infernales y los cuadros más siniestros, el gritar de unos y otros en su ira, el avance y la resistencia; las voces imperiosas de mando y el estridor de las piquetas; el largo agrio trueno de las descargas cerradas y el estampido del cañoneo; las ruinas que se desploman y los combatientes que sobre aquel terromoto se levantan; las quejas del herido y el estertor del moribundo; los muertos sembrados en las calles y los infames que se lanzan sobre ellos á despojarlos hasta de sus vestiduras, como los cuervos en los campos de batalla; las casas violadas por unos y otros, convertidas en lugares de combate, donde se asesinan cuerpo á cuerpo en medio del terror de las familias, los pobres fugitivos, buscando, en vano, un auxilio contra la general matanza, como los náufragos en el diluvio; los degüellos bajo las bóvedas de las iglesias y al pié de los altares; los degüellos en la mansión de los muertos, siempre respetada de los vivos; el fusilamiento de las mujeres y el fusilamiento de niños; las víctimas de las cóleras de unos y otros, ó tendidas en el suelo, después de profanadas, escupidas, mutiladas, ó colgadas como racimos de horca á los hierros de los balcones; aquí y allá, en todas las grandes arterias, en todos los sitios principales, los ciclópeos edificios y los interminables muros de las viviendas

vacilando, como barcos en la tormenta, bajo la lluvia espesísima de la metralla; los obuses, los morteros, las ametralladoras, todas las máquinas de la artillería vomitando la destrucción; los techos, que se desploman con estrépito sobre las bombas, que revientan en mil pedazos; el aliento abrasador de los cien volcanes abiertos en los puntos más importantes de aquella babilónica capital; el insufrible hedor de los mares de petróleo en combustión; las ardientes lavas corriendo por el suelo y las espesas nubes de humo velando el sol y cubriendo los espacios; las llamas, ora en conos, ora en espirales, que despiden de su seno, ya negras pavesas semejantes á tristes y agoreras aves, ó ya chispas gigantescas, fragmentos candentes, aerolitos, espesa lluvia de fuego; el río cargado de cadáveres y enrojecido por el incendio, como si fuera un río de plomo fundido, mezclado con sangre humana, algo que no ha dicho, que no ha contado jamás, en los días más tristes de la Historia y en las más espantables visiones de los profetas, ningún apocalipsis.

XII

¡Oh! Ante esta gran catástrofe no nos detengamos en los instrumentos, no hablemos de las causas segundas; la Historia y la conciencia nos demandan subir más arriba, subir á las causas primeras para encontrar allí el origen de esta memorable tragedia, y hoy, después de haber estudiado con calma las piezas principales de este proceso, repito lo mismo que dije, al pie de la letra lo mismo, recientes aquellas ruinas, entre el humo de aquellos combates, á las Cortes de la revolución de Septiembre, con el asentimiento general de todos los diputados, que veían, como yo, el único culpado de aquellas infamias, el único reo de aquellos crímenes, el único autor de

aquellas catástrofes, en el cesarismo y sus secuaces. ¡Cómo! Despojo de la República; golpes de Estado, obra de una turba de Maquiavelos liliputienses y otra turba de pretorianos ébrios; veinte años de inmoralidad arriba, de servidumbre abajo; los escándalos del Imperio romano reproducidos; las peores pasiones del pueblo atizadas; proscripto el pensamiento sin escrúpulo; erigida la dictadura sin freno; decadencia en Europa; deshonra en América; guerra sin pretexto ni preparación, en que triunfaba el partido militar de la reciente libertad; ocho batallas perdidas en un mes; la leyenda bonapartista desprestigiada; el César entregado sin honor; Waterlóo reproducido sin gloria; los esfuerzos dantonianos de Gambetta contrastados por la fatalidad; la traición del 2 de Diciembre sobreviviendo al Imperio en los muros de Metz; París caído; el caballo del Pruth relinchando bajo los arcos de triunfo á las orillas del Sena; la República, después de su triunfo, nuevamente amenazada, y la sombra del feudalismo rural y de la monarquía nuevamente extendida sobre la Asamblea de Burdeos; dos provincias desmembradas del suelo nacional; cinco mil millones de rescate prometidos; la ocupación extranjera aceptada, y vosotros, liberales, vosotros atribuís á la libertad esta serie de catástrofes; castigo grande, sí, aunque no tan grande como la culpa de la generación proterva que desconoció la austera virtud de la libertad, y alargó dócilmente el cuello á la coyunda infame y vil del cesarismo.

Emilio Castelar.

Madrid, 31 de Mayo de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

La Question Sociale est une question de méthode, por el Dr. A. Vareille.

Trata este folleto las cuestiones siguientes: La ciencia social.—Su método.—Determinación del fin económico.—Naturaleza de la actividad humana.—Alcance de la ciencia económica.—Ley del progreso económico.—Desenvolvimiento del método analítico económico.—Conclusión.

Profesa el autor la doctrina llamada del colectivismo y se propone aportar en apoyo de ella una nueva demostración de su verdad, el valor de la cual debe de inspirarle gran confianza pues á publicarla le mueve, según sus palabras, el interés público urgente que hay en traerla cuanto más antes al debate en que está comprometida la suerte de la humanidad civilizada.

Y así, y aunque el opúsculo forma parte de un más amplio estudio sobre la cuestión social que el Dr. Vareille publicará, por parecerle, sin duda, larga y perjudicial la demora, se ha decidido á separar aquél del cuerpo principal de la obra y anticipadamente lanzarlo en el gran debate.

La demostración prometida consiste en llamar análisis á la

división del trabajo, fundamento de la organización económica, y en añadir que así como el conocimiento quedaría incompleto si á la obra del análisis, que separa, no se le junta la de la síntesis, que reconstruye, de igual modo la vida económica será perfecta cuando al elemento analítico de la producción se le complemente con una racional síntesis distributiva. Verdad (salvo la terminología) de una evidencia más que inmediata.

En sentir del autor, sólo al colectivismo está reservada la realización de esta síntesis, de que hoy, en la libertad reinante, y con la ley de los precios por única reguladora de los cambios, estamos aún bastante alejados. Por contra y por fortuna, con el colectivismo la producción individual «se subordinará á un orden general sintético, constituído por la *totalización* de los fines particulares»; los productos á aquello debidos, formarán la masa común partible, y equilibradas de esta suerte producción de un lado y necesidades de otro, la apetecida síntesis quedará por sí misma efectuada.

Algunos reparos cabría poner acerca de la inteligencia del término colectivismo, que así comprendido, más parece tener de comunismo que de tal, ni está exenta, en general, de objeciones la exactitud de los conceptos que emplea en los capítulos anteriores y preparatorios de éste, que es el importante. Y algo, en fin, pudiera también decirse sobre la consecuencia y rigor del nexo lógico que los liga entre sí; pero, en rigor, no obliga á tanto una simple nota bibliográfica como la presente, cuya extensión, según es de justicia, ha de ser proporcionada á la importancia de la obra ú opúsculo de que en ella se da cuenta.

J. Arias de Velasco.

L'Education Nationale.—Le probleme de l'education moderne et l'Université, par Mauricio Wolff; 1 vol., 200 págs.; París, V. Giard y E. Brière, editores.—Su precio: 3 francos.

Las ideas capitales de este libro habían sido expuestas antes en dos artículos publicados en la conocida *Revue Bleue* por el autor. El problema que trata es de los que se pueden llamar, sin reservas, importantes, transcendentales, como que quizá resume y compendia todos los otros que tanto preocupan en las modernas democracias: el social, el moral, el religioso, etc. Realmente, el problema de la *Educación nacional* abarca todas las cuestiones sociales desde el punto de vista de la formación del carácter de las gentes y de la inspiración de una conducta noble, desinteresada, laboriosa, entusiasta, sana, en suma, á la juventud que ha de labrar el porvenir de la patria y de la humanidad misma. Aunque el Sr. Wolff no haya examinado todos los aspectos de la educación nacional, ni menos haya sorteado las gravísimas dificultades que su orientación pedagógica supone, su libro resulta interesante y sugestivo.

Por de pronto, nuestro autor critica, con relación naturalmente á Francia, el actual sistema de la educación nacional, crítica que ya quisiéramos nosotros poder aplicar á España, donde apenas si las gentes saben con qué se come eso: la cree aquél insuficiente y peligrosa. La enseñanza se preocupa demasiado con el elemento instructivo, y no atiende lo bastante al aspecto educativo, olvidándose de infundir en la juventud los altos sentimientos humanitarios, base inconmovible de las grandes virtudes cívicas, y de mostrarle el papel importantísimo que está llamada á desempeñar mañana, en sociedades tan trabajadas por crisis hondas, morales y económicas, como las modernas.

Procurando precisar los términos exactos del problema de la educación nacional, advierte el Sr. Wolff que la preocupación constante de los pensadores debe ser, no sólo la educación de la democracia, sino la educación para la democracia; es ne-

cesario, en efecto, enseñar á la juventud que hoy la nación tiene el derecho de exigir algo más que símbolos, porque es tiempo ya de pasar de la teoría á la acción, y de practicar sinceramente las virtudes republicanas, si se quiere la República próspera y confiada en cuanto al porvenir. La educación nacional ha de proponerse eso: formar una juventud sana, firme, segura, para la acción.

Y para ello hay que inspirarse en los grandes educadores; es preciso buscar las tradiciones de los maestros, y sobre todo de Rousseau y de los idealistas de la revolución, á quienes tanto debe la causa de la educación y de las democracias contemporáneas.

Si la educación nacional ha de responder á su fin, es necesario que se eduque á las gentes en el culto del ideal, y eso sólo puede conseguirse haciendo que la educación sea obra de filósofos y de poetas, ya que los dos grandes vicios que esterilizan la labor educativa son, sin duda, el egoismo y la frialdad del corazón.

No todo lo que el Sr. Wolff escribe es aceptable, ni puede afirmarse, repito, que su libro toque todos los aspectos del problema, porque acaso limita demasiado el horizonte de su contemplación pedagógica, sobre todo al buscar los antecedentes de una gran tradición educativa; pero, á pesar de esto, es libro que se recomienda por más de un concepto.

A. Posada.

Delinquenti scaltri e fortunati, per Lino Ferriani. Como, 1897.—Un volúmen de LV-579, pág., 5 liras.

El autor de este libro, que lo es así bien de otros varios conocidos y celebrados por los hombres de ciencia, pertenece á la magistratura, y da, por tanto, con su ejemplo, un solem-

ne y significativo mentís al *infinitus numerus* de jueces, fiscales y demás «gente de toga» que dicen muy á menudo que el oficio de «administradores de la justicia» no deja tiempo libre para el estudio, y que, por lo demás, éste es perfectamente inútil, cuando no nocivo, para desempeñar bien la dicha función, para cuyo adecuado ejercicio piensan que basta y sobra con el «sentido común» y con el conocimiento de las correspondientes leyes sustantivas y adjetivas. El fiscal Ferriani, sin ser de otra madera que los demás fiscales y magistrados y sin desatender absolutamente en nada sus deberes como tal funcionario de la administración de justicia, tiene tiempo bastante para leer el número considerable de trabajos científicos y literarios que cita en sus escritos y para reunir y ordenar, como material de investigación psicológica y sociológica, aquellos mismos casos reales de delincuencia en que ha tenido que intervenir en concepto de ministerio público. Sus deberes de «hombre de ley» no le impiden tampoco, sino que, por el contrario, le sirven de particular estímulo para criticar, con valiente franqueza, los defectos del «orden» existente, v. gr., los del procedimiento criminal que actualmente rige. Y como los ejemplos de esta clase de individuos pertenecientes á la judicatura son tan raros (especialmente en España), bien merecen estos pocos que se les dé á conocer.

El tema de la delincuencia oculta, desarrollado por el autor, es uno de los más interesantes en el día de hoy para los penalistas, y ya algunos de estos (mencionados, aun cuando no todos, por el mismo Ferriani) han hecho indicaciones muy apreciables acerca de él, conviniendo todos en que, al lado de la criminalidad *grande,* de la contemplada directamente por las leyes, se halla otra criminalidad, la *pequeña,* que dice Sergi, la de aquellos que no caen en las mallas del Código penal, tan peligrosa ó más que la primera y á cuyo estudio, con el objeto de determinar sus causas y los medios de luchar contra ellas, deben encaminar sus esfuerzos los pensadores y cuantos se preocupen con el magno problema del mejoramiento

social. Pero el tema referido no se había tratado hasta ahora con la amplitud con que lo trata Ferriani. Cuyo libro, además de una muy interesante introducción, titulada *La Comedia de la honradez,* en donde se habla de ciertos factores que contribuyen á producir el ambiente determinador de la referida delincuencia oculta (la hipocresía actual, en sus múltiples manifestaciones), y además de una primera parte en la que se exponen los coeficientes á que se debe la impunidad de muchos delincuentes, el gran número de sobreseimientos, de absoluciones y de condenas á penas menores de las merecidas, contiene otras partes ó capítulos consagrados al estudio circunstanciado de las diversas formas de delincuencia oculta que hay en los delitos contra el honor, la propiedad y las personas, y de los factores á que se debe la existencia, en cada uno de estos órdenes, de tantos delincuentes «astutos y afortunados.»

Pero, á mi modo de ver, el distinguido magistrado italiano no señala el verdadero camino para salir del estado actual. Mientras subsista el presente sistema penal de la pena castigo, y el correlativo sistema procesal basado en la determinación previa, por parte de la ley, de todas las formas y trámites del procedimiento, las cosas continuarán lo mismo que están ahora, punto más punto menos. Sólo es posible, á mi juicio, remediarlas radicalmente, con el sistema de la pena tutela y medio de prevención, y con la consiguiente abolición de los códigos penales y procesales como obligatorios para los jueces, quienes no tendrán otra norma de su conducta que los dictados de una conciencia formada en el estudio constante anterior, combinados con las exigencias del caso particular de que en cada momento se trate.

P. Dorado.

Ha llegado á nuestras manos un elegante «Prospecto» referente á la edición que de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote*

de la Mancha, va á publicarse en Inglaterra por los Sres. Jaime Fitzmaurice-Kelly y Ormsby, y que, por tratarse de tan doctos hispanófilos y de la obra maestra de Cervantes, nos complacemos en reproducir para conocimiento de nuestros lectores:

El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, primera edición del texto restituido con notas y una introducción, por Jaime Fitzmaurice-Kelly, C. de la Real Academia Española, y Juan Ormsby. — Edimburgo. — Impreso por T. y A. Constable, impresores de Cámara de S. M.—David Nutt, editor.—Londres, 1897.

PROSPECTO

No hay edición buena del texto de *Don Quijote*. La *Editio Princeps* se publicó en Madrid; salió á luz la segunda unas semanas después. Hubo hasta cinco (y quizá seis) reimpresiones en seis meses, y en 1608 apareció la tercera edición madrileña. No se puede negar que la *Princeps* es defectuosa en algunos detalles; mas las «enmiendas» de la segunda son pocas y malas, mientras que las de la tercera son muchas y peores. En 1797 D. Juan Antonio Pellicer inventó la fábula de que la tercera se corrigió por Cervantes mismo; y sus sucesores le han creído. No se ha procurado, por ser imposible, probar esta leyenda con argumentos. Baste decir que los autores de la época de Cervantes no solían corregir las pruebas; que las «correcciones» del *Quijote* son, en sí mismas, absurdas; y que desde 1608 hasta 1797 no hay tradición alguna de que Cervantes tuviera parte en ellas.

Pudiera parecer cosa racional seguir, en tal asunto, las indicaciones de la Real Academia Española; pero la responsabilidad de la Academia en las ediciones publicadas por ella es puramente nominal. No son éstas resultado del trabajo colectivo de la Academia, sino del particular de algún individuo de la Corporación diputado por sus compañeros. Además, en sus

dos ediciones la Academia ha emitido dos opiniones distintas y se ha equivocado en ambas. En 1780, ignorando la historia bibliográfica del libro, tomó la segunda edición por la primera, y la tercera por la segunda: error que invalida tanto su edición de 1780 como las reimpresiones de ella en 1782 y 1787. Pasaron casi cuarenta años antes de que la Academia supiese que existieron dos ediciones madrileñas con fecha de 1605; pero, aun después de saber esto, confundió la segunda con la primera, invirtiendo el verdadero orden. Hay más: aceptó erróneamente la teoría, fingida por Pellicer, de que Cervantes corrigió los pliegos de la reimpresión de 1608. Desde 1819 la Academia no ha vuelto á tratar del *Quijote;* y los comentadores de más mérito son Clemencín (1833-9), y Hartzenbusch (1863). Aquel, creyendo exacto el cuento de la corrección auténtica de la tercera edición, tuvo que adoptar un texto radicalmente vicioso, y en sus notas se dirige al autor con las palabras y maneras de una institutriz furibunda. Por otro lado, Hartzenbusch, tipo del pedante alemán, acribilla á Cervantes con «enmiendas» impertinentes y dañosas.

Ya es tiempo de purificar este libro, el primero entre cuantos se han escrito; y si en España no se cumple con este deber, no se tachará de presuntuosos á quienes en otro país toman sobre sí tarea semejante. La primera primorosa edición del *Quijote* se publicó en Londres por Tonson en 1738; y desde la reimpresión de Bowle (1781), empieza una época nueva en lo referente al comentario. Después de España, tal vez es Inglaterra quien ha trabajado más para honrar á Cervantes. Sirva esto de disculpa de la presente edición.

La *Editio Princeps* expresa mejor las ideas de Cervantes, y su lección se ha conservado en todos los casos en que es conforme al buen sentido. Se ha cotejado el texto con la edición valenciana de 1605, con la de Bruselas de 1607, y con las posteriores ediciones madrileñas de 1605, 1608, 1637, 1647, 1652 y 1668. Las reimpresiones lisbonenses se rechazan por ser meras ediciones de pacotilla. Las «enmiendas» propuestas por la

Academia, Bowle, Pellicer, Clemencin, Hartzenbusch y don Ramón León Máinez se han considerado con el respeto debido, y las variantes de importancia se dan en las notas. Ni en un solo caso se ha admitido «enmienda» (por ingeniosa que fuera) cuando existe posibilidad racional de que Cervantes escribiera lo que se lee en la *Princeps*. Cuando la «enmienda» ha parecido inevitable, se ha tomado la más sencilla. Se ha preferido la forma que, envolviendo el menor cambio de palabras ó letras, pueda haberse entendido mal por los cajistas de Cuesta. La puntuación se ha revisado; el texto se ha arreglado de nuevo en párrafos; el diálogo se imprime en forma dialogal. Salvo en los discursos del Ingenioso Hidalgo y en las caricaturas de los libros caballerescos, se ha modernizado la ortografía. Las interpolaciones por manos ajenas se imprimen aparte en apéndices al fin del capítulo donde se hicieron. No se ha procurado «mejorar» á Cervantes. Ni mucho menos. Se ha querido respetar su intención, presentar sus palabras con nimia escrupulosidad y suprimir los ataques de ignorancia y pedantería, pensando que *Don Quijote* debe ser tratado con el mismo miramiento que cualquier otra obra clásica, y que el esfuerzo de reproducir integralmente el texto original de la obra maestra de Cervantes se hace ahora por primera vez.

Hasta aquí los Sres. Fitzmaurice-Kelly y Ormsby. Han hecho lo que se les alcanza para ofrecer al público una obra digna de Cervantes y de la fama de su libro inmortal. Por complemento, los impresores y editores han deseado dar á esta edición de *Don Quijote* el primor material que conviene á una de las obras más renombradas del mundo. La portada adjunta, la forma y papel de este prospecto, que son las de la edición misma, dirán al bibliófilo, mejor que todos los discursos, si han realizado su intento.

Sólo á los pocos elegidos se dedica una edición de esta índole. Se limitará el número en razón á los pedidos del Antiguo y del Nuevo Mundo, con el objeto de asegurar que los compradores no corran el riesgo de una depreciación posible.

Para cubrir los gastos de esta edición al precio convenido, el número de ejemplares no debe ser menos que 300; y en todo caso no se imprimirán más que 500 ejemplares, de los cuales algunos serán impresos en papel japonés.

Para los señores suscriptores el precio de los ejemplares será de dos guineas esterlinas, fuera de los gastos del envío, que han de pagarse antes de la entrega. El precio de los ejemplares no suscriptos al tiempo de publicación llegará á dos guineas y media, sin descuento alguno. Los ejemplares en papel japonés, cuyo número de ningún modo excederá de 25, se venden á seis guineas esterlinas, sin descuento.

Las suscripciones pueden enviarse directamente al señor D. David Nutt, 270 Strand, Londres, ó á cualquier otro librero en el reino de la Gran Bretaña é Irlanda; en España, al señor D. Victoriano Suárez, 48, calle Preciados, Madrid; y en los Estados Unidos de América, á la Compañía de Macmillan, de Nueva York.

OBRAS NUEVAS

Estadística general del comercio exterior de España, con sus provincias ultramarinas y potencias extranjeras en 1895, formada por la Dirección general de Aduanas. En folio, XXXI-990 págs.: 6 pesetas.

Andreu y Serra (R.)—Procedimiento electoral de España: vicios de inmoralidad que en el ejercicio del mismo se observan; sus causas; medios prácticos para corregirlos. Proyecto de ley electoral. En 4.°, 191 págs.: 2,50 pesetas.

Antich é Izaguirre (F.)—De colada. (La gramática en lejía). En 8.°, 66 págs.: 1 peseta.

Antología americana. — Colección de composiciones escogidas de los más renombrados poetas americanos. En 4.°, 400 págs.: 10 pesetas.

Anuario militar de España, año de 1897. Mandado publicar al Depósito de la Guerra por Real Orden de 13 de Octubre de 1896. En 4.°, 1.100 págs.: en tela, 7 ptas.

Arciniegas (I. E.)—Poesías. En 8.°, XXXI-195 páginas y un retrato.

Arnal (S).—Paseos escolares. Monografía pedagógica, redactada según el acuerdo de la M. I. Junta Provincial de Instrucción pública de Navarra. En 8.°, 124 páginas: 2 pesetas.

Ayuso (F. G.)—Las oposiciones de sanscrito, por varios aficionados al estudio del sanscrito. Rectificación y réplica. En 4.° mayor, 30 páginas.

Bárcena (G.)—Aventuras de un practicante de farmacia. En 12.°, cuaderno I: 0,25 pesetas.

Barrón (L.)—Frases populares. En 8.°, 467 págs.; 4 pesetas.

Baselga y Ramírez (M.)—Cuentos de la era. En 8.°, 231 págs.: 2 pesetas.

Benavente (J.)—De alivio: monólogo. En 8.°, 16 págs.: 0,75 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. *Abril de 1897*. En 4.°.

Bullón y Fernández (E.)—Ensayos de crítica filosófica. El alma de los brutos ante los filósofos españoles. En 12.°, 120 págs.: 1 peseta.

Cano y Cueto (M.)—Tradiciones sevillanas (en verso). Tomos 1 á 6. En 8.° mayor. Cada tomo 4 pesetas.

Carpena (R.)—Nomenclator escolar. En 4.°, 447 págs.: 5 pesetas.

Combés (P. F.)—Historia de Mindanao y Joló, por el P. Francisco Combés, de la Compañía de Jesús. Obra publicada en Madrid en 1667, y que ahora, con la colaboración del P. Pablo Pastell, de la misma Compañía, saca nuevamente á luz W. E. Retana. En 4.°, mayor., 3 hojas sin numerar, CXLIV columnas de prólogo del Sr. Retana, 5 hojas, 800 columnas y una hoja de colofón. Portada rojo y negro: 30 pesetas.

Cotarelo y Mori (E.)—Estudios sobre la historia del arte escénico en España. *II, María del Rosario Fernández, La Tirana*, primera dama de los teatros de la corte. En 4.°, VIII-287 páginas y un retrato: 3 pesetas.

Díaz Moreno (E.)—Estudios elementales y cuestiones prácticas de legislación hipotecaria, 2 tomos en 4.°, 438-x y 439 á 883-x páginas: 15 pesetas.

Duque y Merino (D.)—Contando cuentos y asando castañas; costumbres campurrianas de antaño. En 8.°, 183 págs.: 0,50 pesetas.

Escamilla (M.)—El instructor permanente. Compendio de ortografía. En 8.°, 212 págs.: 2 pesetas.

Estepa (F.)—Académicos en cuadrilla. Denuncia. En 12.° prolongado, 119 págs.: 1,50 pesetas.

Fernández Vaamonde (E.)—Mujeres. Semblanzas poéticas. En 8.°, 229 págs; 3 pesetas.

Gascón de Gotor (P.)—Zaragoza monumental; conferencias dadas en el Ateneo de Madrid. En 8.°, 85 págs.: 1,50 pesetas.

Genover y de Balle (I. de.)—Del poema dramático y género teatral de fantasía en Inglaterra y España. En 4.°, V-383 págs.: 4 pesetas.

Godos (L.)—Manual de fabricación industrial de chocolate. En 8.°, 263 págs.: 4 pesetas.

Gómez Zamora (M.)—Regio patronato español é indiano. En 4.°, 780 págs.: 8 pesetas.

González Cedrón (A.)—Tratado de contabilidad. En 4.°, 225 páginas: 2 pesetas.

González Fernández (A.)—Memorandum elemental de zoología. En 8.°, 286 págs.: 3,50 pesetas.

Guichot y Parody (J).—Historia del Ayuntamiento de Sevilla. Tomo I, desde Fernando III hasta Carlos I, 1248-1516. En 4.°, 397 páginas.

Guimerá (V.)—Diccionario comercial. Tomo I, cuaderno 1.° Cada cuaderno, 0,25.

Instrucción para el procedimiento contra deudores á la Hacienda. En 12.°, 128 págs.: 1 peseta.

Jiménez de la Espada (M.)—La jornada del capitán Alonso Mercadillo á los indios chupachos é iscaicingas. En 4.°, 40 págs.: 3 pesetas.

Lazarillo de Tormes; conforme á la edición de 1554. Publicado á sus expensas por H. Butler Clarke, M. A. Correspondiente de la Real Academia de la Historia. Oxford. Horace Hart, impresor de la Universidad. 1897. En 8.°, IV-94 páginas con una reproducción foto-

litográfica de la portada de 1554. En tela, 7,50.

Edición de 250 ejemplares.

Le Maire (J.) y Schouten (G. C.)—Relación diaria del viaje de Jacobo Le Maire y Guillermo Cornelio Schouten, en que descubrieron nuevo estrecho y pasaje del Mar del Norte al Mar del Sur, á la parte austral del estrecho de Magallanes. Reimpresa con una nota bibliográfica de J. T. Medina. Santiago de Chile. Imprenta Elzeviriana. 1897. En 8.°, VII-1 hoja, 56 págs.: 2,50.

L'Iniers (A. de).—De política. En 8.°, 66 págs.: 2 pesetas.

López (V. F.)—Un sueño (poema). En 8.°, 31 págs.: 1 peseta.

López Ferreiro (A.)—Galicia en el último tercio del siglo XV, 2.ª edición corregida y aumentada. En 8.°, 403 págs., 3 pesetas.

Maldonado C. (R.)—Estudios geográficos é hidrográficos sobre Chile. Santiago de Chile. Establecimiento tipográfico «Roma». 1897. En 4.°, CXXXVIII-2 hojas, 379 págs. 29 láminas y un mapa,

Medina (J. T.)—Juan Díaz de Solís; estudio histórico. Santiago de Chile. 1897. Impreso en casa del autor. En 8.°, CCCLII-252 páginas, 2 vols.: 12,50.

Medina (J. T.)—Una expedición española á la tierra de los Bacallaos en 1541. Santiago de Chile. Impreso en casa del autor. 1896. En 8.°, XXXVI-44 págs.: 3 pesetas.

Menor (E.)—Principios de Economía política. En 4.°, XVI-447 páginas: 7 pesetas.

Ojea y Márquez (S.) — Tesoros del Corazón de Jesús, depositados en la Iglesia católica, 2 tomos. En 4.°, 441 y 447 págs.: 7 pesetas.

Oller (N.)— Figura y paisatge. En 12.°, 283 págs.: 3 pesetas.

Oriol (R.)— Anuario de la minería, metalurgia y electricidad de España. Año IV. 1897. En 4.°, 384 páginas: 10 pesetas.

Ortilva. — El artículo séptimo del tratado de 1795 y el protocolo de 12 de Enero de 1877. En 4.° mayor, 199-XVI págs.: 6 pesetas.

Ovalle (E).—Código de Constituciones vigentes de todas las naciones civilizadas, compiladas por E. Ovalle. Tomo I. Constituciones de las Repúblicas. En 4.°, VIII-904 págs.: 10 pesetas.

Obras de D. José Peón y Contreras, de la Academia Mejicana y C. de la Española. Teatro. Tomos I y II. Méjico. Impr. de V. Agüeros. 1896 y 1897. En 8.°, XII-465 págs. y retrato y 462 págs. Cada tomo 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mejicanos; *tomos IV y V.*

Piernas Hurtado (J.)—Tratado elemental de estadística. En 8.°, 280 págs.: 4 pesetas.

Rodríguez García (G.) — Monografías de ciencias pedagógicas. En 8.°, 68 págs.: 1,25.

Román y Zamora (J.)— Repúblicas de Indias; idolatrías y gobierno en Méjico y Perú, antes de la conquista, 2 tomos. En 8.°, 332 y 328 págs.: 6 pesetas.

Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América; *tomos XIV y XV.*

Rouanet (L.)—Intermèdes espagnols (entremeses), du XVII^e^ siècle, traduits, avec une préface et des

notes. En 8.°, 2 hojas, 321 páginas y una de índice, 4 pesetas.

Ruíz y Tártalo (J.) — Principios de zootecnia. En 8.°, 159 págs. con grabados: 1 peseta.

Serra (P.)—Baratillo. Ensayos poéticos. En 12.°, 43 págs.: 0,50.

Soldevilla (F.) — El año político (1896). Año II. En 4.°, 4 hojas, 562 págs.: 6 pesetas.

Torrejón y Boneta (A. de).—Teoría y práctica de tasación agrícola. En 4.°, VII-416 págs.: 9 pesetas.

Torres Campos (R.)—La geografía en 1895. Memoria sobre el IV Congreso internacional de ciencias geográficas, celebrado en Londres. En 4.°, 287 págs., con láminas y un mapa: 6 pesetas.

Unión ibero-americana. Memoria de la marcha de la Sociedad durante el año 1896. En 4.° mayor, 21 págs.

Valdivieso y Prieto (D. A.)—El paria. Poema social satírico. En 4.°, 160 págs., 2 pesetas.

Vicente (C. de).—Termoquimia alimenticia; alimentación razonada del hombre sano y del enfermo. En 12.°, XVI-138 págs.: 2 pesetas.

Vidal y Careta (F.)—Suelo, lenguaje y canto. Primera monografía. España y Portugal. En 4.°, 7 láminas y retrato; 86 págs.: 7,50.

INDICE

Págs.

El saludo de las brujas, por Emilia Pardo Bazán..... 5
Propaganda regional en España, por Pablo de Alzola..... 32
De vuelta de Salamanca, por Blanca de los Ríos de Sampérez..... 52
Avila (iglesias románicas), por José Ramón Mélida..... 73
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero. 90
La prensa internacional.—El empleo de la vida, por Sir John Lubbock, traducido por el Dr. Luis Marco..... 102
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 168
Notas bibliográficas, por J. Arias de Velasco, A. Posada y P. Dorado 193
Obras nuevas..... 203

AP
60
E8
año 9
no.100-02

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY